

CIÓN



MONSABRÉ

CONFERENCIAS
DE NUESTRA
SEÑORA
DE PARÍS



BT96

M6

C. 1

008160

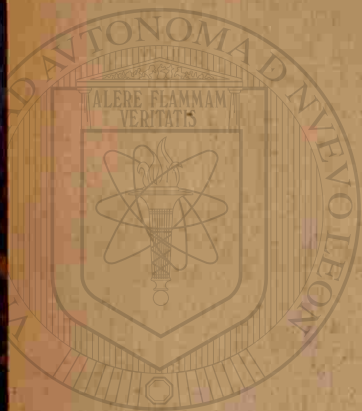


EX LIBRIS

HEMETHIERI VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080020747



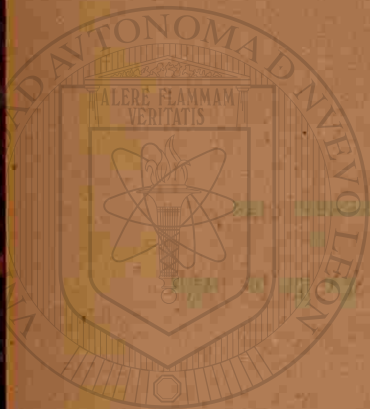
CONFERENCIAS

DE

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONFERENCIAS DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS

EXPOSICIÓN

DEL

DOGMA CATÓLICO

OBRA DE DIOS

Credo in Deum...

POR

EL M. R. P. J.-M.-L. MONSABRÉ

DEL ORDEN DE PREDICADORES.

TRADUCIDAS POR UN RELIGIOSO DEL MISMO ORDEN.

CUARESMA DE 1875

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

UNIV.
BIBLIOTECA



MADRID:

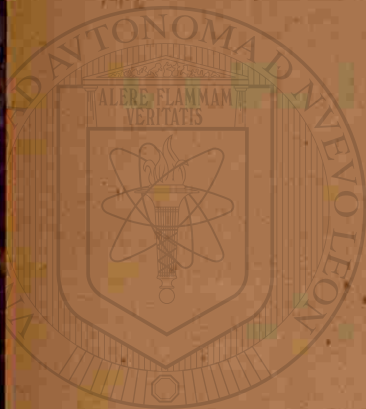
IMPRENTA DE LA PROPAGANDA CATÓLICA

Calle de Reguero, núm. 9.

1875.

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

44830
SECRETARÍA



Es propiedad.



FONDO COMUNITARIO
VALVERDE Y TELLEZ

CONFERENCIA XIII

ORIGEN DEL MUNDO

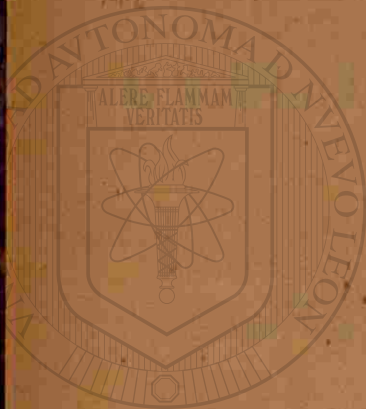
Credo in Deum...
Creatorem caeli et terra.

EXCMO. SEÑOR, SEÑORES:

Quando me preparaba el año pasado para hablar del sér, de las perfecciones y de la vida de Dios, me sentía oprimido por el peso de mi nada; y desconfiando de poder elevarme hasta aquella infinita grandeza, incomprensible para todo creado entendimiento, me prosterné en tierra, y exclamé con el Profeta: *De profundis clamavi ad te Domine.* «Desde el profundo abismo de mi debilidad clamé á ti, Señor. Oid mi voz, y venid á tomarme de la mano aquí donde me hallo, pues yo no puedo elevarme hasta Vos.» ¿Ha venido el Señor? ¿Me ha transportado á la sagrada cambre donde se muestra al alma? No me atrevo á afirmarlo, pues todavía me siento débil é impotente. Sin embargo, señores, el recuerdo de vuestra atención benévola y de vuestras religiosas emociones me hace creer que mi oración no ha sido vana, y que á lo menos puedo, gracias á la asistencia divina, introducirme en ese mundo lleno de misterios, y tan poco estudiado por el espíritu humano, y excitar en vosotros el deseo de explorarlo.

Después de estudiar el sér, la inteligencia, la voluntad y la vida de Dios, hemos procurado examinar en la misma esencia divina el acto del cual depende la producción de las criaturas.

098160



Es propiedad.



FONDO COMUNITARIO
VALVERDE Y TELLEZ

CONFERENCIA XIII

ORIGEN DEL MUNDO

Credo in Deum...
Creatorem caeli et terra.

EXCMO. SEÑOR, SEÑORES:

Quando me preparaba el año pasado para hablar del sér, de las perfecciones y de la vida de Dios, me sentía oprimido por el peso de mi nada; y desconfiando de poder elevarme hasta aquella infinita grandeza, incomprensible para todo creado entendimiento, me prosterné en tierra, y exclamé con el Profeta: *De profundis clamavi ad te Domine.* «Desde el profundo abismo de mi debilidad clamé á ti, Señor. Oid mi voz, y venid á tomarme de la mano aquí donde me hallo, pues yo no puedo elevarme hasta Vos.» ¿Ha venido el Señor? ¿Me ha transportado á la sagrada cambre donde se muestra al alma? No me atrevo á afirmarlo, pues todavía me siento débil é impotente. Sin embargo, señores, el recuerdo de vuestra atención benévola y de vuestras religiosas emociones me hace creer que mi oración no ha sido vana, y que á lo menos puedo, gracias á la asistencia divina, introducirme en ese mundo lleno de misterios, y tan poco estudiado por el espíritu humano, y excitar en vosotros el deseo de explorarlo.

Después de estudiar el sér, la inteligencia, la voluntad y la vida de Dios, hemos procurado examinar en la misma esencia divina el acto del cual depende la producción de las criaturas.

098160

Hemos visto que este acto, indispensable para explicar la existencia y la perfección última de todo ser finito, no causaba ninguna mudanza en la existencia ni en la perfección del Ser infinito. Más breve; hemos considerado la obra de Dios en su origen inmutable y eterno. Para justificar esta afirmación doctrinal bastarían las primeras palabras con que comienzan las Divinas Escrituras: *In principio creavit Deus caelum et terram*: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra.» Podría, pues, dar por suficientemente tratada la cuestión sobre el origen del mundo, y pasar desde luego á hacerlos admirar en sus magnificencias las perfecciones de nuestro gran Dios; pero la ciencia me sale al encuentro con afirmaciones extrañas, á que debo responder, y con pretensiones legítimas, que quiero satisfacer. No puedo contemplar las obras de Dios y describir sus bellezas antes de haber expuesto, comentado, explicado y probado estas dos proposiciones:

1.º El mundo procede de Dios; y yo desafío á la ciencia que me muestre una sola nota que pueda hacerlos dudar de su origen divino.

2.º El mundo procede de Dios, y procede de la manera que la Escritura nos ha dicho que procede; y yo desafío á la ciencia que muestre entre los hechos por ella observados y la palabra de Dios, una sola contradicción real é insoluble.

I

Job decía á sus amigos: «Preguntad á las bestias del campo, y os lo enseñarán; y á las aves del cielo, y os lo mostrarán. Hablad á la tierra y os responderá, y os lo contarán los peces del mar. ¿Quién ignora que la mano del Señor hizo todas estas cosas?» (1). Nadie, ignora, señores, entre las personas cultas, que

(1) Interroga jumenta, et docebunt te; et volatilia caeli, et in-dicabunt tibi; loquere terrae; et respondebit tibi; et narrabunt pisces maris. Quis ignorat quod omnia haec manus Domini fecerit? (Job, cap. xi, vers. 7, 8 y 9.)

el mundo sea obra de Dios. Pero hay muchos que, movidos por razones que no enumeraré ni apreciaré en este lugar, quisieran fuese de otra manera.

Algunos, ocupados exclusivamente en lo que ellos llaman datos positivos de la experiencia, afectan relegar las causas á un mundo oscuro é inaccesible, donde esperan que caigan pronto en olvido. ¡Vana esperanza! El empirismo sin conclusiones no puede satisfacer las exigencias del entendimiento humano. Un instinto persistente le impele en busca del primer principio de las cosas. Por eso, si quiere pasar sin Dios, es preciso que lo sustituya con alguna otra cosa; y no respondiendo sino los cuerpos á las investigaciones de sus sentidos, á los cuales ha traspasado el imperio de su razón, afirma la única existencia y el soberano poder de la materia.

He impugnado extensamente en otro lugar esta afirmación, y me creo dispensado de volver á compararme aquí en ella (1). Ya no habría más cuestión sobre el materialismo, señores, si no estuviera protegido por un sistema que le permite acumular las dudas sobre el dogma de la creación; de manera que pretende reconquistar el derecho de negar la causa suprema, por él tan aborrecida, y volver á levantar su ídolo sobre el derribado pedestal. Hablo del *Transformismo*.

Yo no puedo examinar aquí los antecedentes y el origen del transformismo, ni pedir cuenta de sus tendencias y de sus designios al autor de este sistema. Que sea ó no conforme á sus intentos, el espíritu de error se ha apoderado de su idea, que explota y exagera hasta el extremo de pretender ballar en ella la prueba de la *autogénesis* (2) del mundo. Mas esta prueba no la hallará.

¿Qué es el transformismo? Os lo diré, señores, en pocas palabras, porque es de todo punto indispensable el conocimiento de un sistema, si ha de juzgarse con acierto del uso que se hace de él.—Un sabio inglés,

(1) Véase la Conferencia sexta: *El ídolo contemporáneo*.

(2) Acción por la cual se crearía á sí mismo el mundo.

después de haber empleado largo tiempo en el estudio de las transformaciones con que se multiplicaban las razas, ha creído que podía aplicar esa fuerza transformadora al paso de una especie á otra especie, y reformar los cuadros de la ciencia, reduciendo el conjunto de los seres vivientes á un número muy pequeño de tipos primitivos. En virtud de algunas leyes simples, universales y constantes, como todas las de la naturaleza, la especie tiende, no solamente á la variedad, sino á una variedad infinita; y esta tendencia llega á producir cambios tan profundos y radicales, que un viviente puede ser totalmente desconocido, comparado con su punto de partida.

Bajo la influencia de mil circunstancias fortuitas, un sér viviente sufre modificaciones útiles á su existencia. Estas modificaciones se fijan en su naturaleza, se transmiten y se multiplican por vía de herencia; esta es la *selección natural*.

Abierto el teatro de este mundo, los débiles se encuentran al lado de los fuertes. Vivirían pacíficos, si la necesidad no les forzase á combatir por la existencia. En esta lucha sucumbe el débil, y le sobrevive el fuerte en condiciones de poder transmitir á su vigorosa posteridad los frutos de su triunfo; esta es la *concurrentia vital*.

Se verifica una modificación en cualquiera parte del cuerpo. En virtud de las armonías orgánicas de todo sér viviente, esta modificación introduce otra correspondiente en la parte homóloga del mismo cuerpo; esta es la *correlación de los crecimientos*.

Vigoroso, triunfante, revestido de nuevos encantos por la naturaleza que él ha modificado, el viviente hace valer sus prerrogativas contra los que pudieron disputarle el amor del sér que asocia á su vida, para la obra de la reproducción. Vencedor por segunda vez, asegura en su raza los progresos que le constituyen el más fuerte y el más bello entre todos: esta es la *selección sexual*.

A todo esto añadid las emigraciones y la influencia de otros medios, y comprenderéis cómo de transfor-

mación en transformación un briozoico ha podido llegar á ser un cetáceo, un gubio á águila, el humilde topo un elefante (1).

No os riáis, señores. Estas transformaciones os parecen extrañas, mas en sí mismas no son imposibles. Así como Dios ha concentrado la vida de un individuo en un embrión que no llega á su completo desarrollo sino sufriendo una serie de variaciones que de día en día le modifican profundamente, ha podido concentrar la vida universal en un protoorganismo, cuyas evoluciones llegasen á la espléndida difusión de la vida que al presente admiramos. Entonces sería necesario considerar las aguas y la tierra, á las cuales en el principio ordena la voz del Omnipotente que produzcan, no como simples medios, sino como causas activas y fecundas (2).

Igualmente, tampoco bastaría contentarse con seguir, á través de la gradación de las especies, la evolución de la idea divina que hace surgir un plan fundamental de formas infinitamente variadas; sino que sería menester seguir la evolución de la vida misma, paralela á la evolución de la idea divina.

Este plan, señores, no es indigno de la perfección del Creador, y por otra parte lisonjea nuestra propensión á la unidad. Nosotros veríamos de buen grado salir de un solo principio físico todos los seres que Dios ve en una sola idea. A primera vista, y según el parecer de los más graves hombres, el transformismo es seductor, como todos los sistemas simplificadores. Parece explicar la variedad fundamental del mundo orgánico, las relaciones morfológicas y anatómicas de los seres vivientes, la extinción de las especies; las aberraciones, las inutilidades y defectos de apropiación.

(1) Cf. Carlos Darwin: *Origen de las especies*.

(2) Dum deitans producat aquas nullo sane cogitat terram, aut aquam, quantum ex Dei imperio videlicet animalium, sui plantarum fulsere, varoque sortum parentis. Intelligenda sunt verba de loco ubi nec existere sperantur, ac si dixerit: producantur in terra. (J. B. Pianciati, in *hist. creat. commentatio*, página 10, B.)

ción que concuerdan difícilmente con la sabiduría del Criador; El ha hecho un señalado servicio á la ciencia reduciendo cierto número de formas animales á una forma específica y única, corrigiendo así la intemperancia de los clasificadores (1). Mas á pesar de esto no tiene derecho para protestar, en nombre de la ciencia, contra una noción de tal suerte arraigada en el espíritu humano, que la divergencia en las definiciones no basta á destruir la noción de especies distintas é incommutables (2). Esta noción, nacida de la observación de los hechos, no puede ser destruida sino por otros hechos en contra. Pero los transformistas no poseen hecho alguno que justifique su atrevida conclusión: *Las especies son transmutables*.—Su defecto capital consiste en exagerar la experiencia y el nervio de su argumentación; concluir de la posibilidad la existencia del hecho.

¿Qué dice la experiencia? Que la especie es variable, pero que no cambia; que su elasticidad es limitada y no indefinida. Las especies contemporáneas son las mismas que las de los tiempos más remotos de la historia humana; los siglos y la acción de las leyes modificadoras, invocadas por el transformismo, no han podido imprimir en ellas el menor cambio. La Paleon-

(1) Cf. A. de Quatrefages: *Darwin y sus precursores franceses. Estudio sobre el transformismo*, (I p., caps. II y III.)

(2) Mr. Quatrefages, en su *Estudio sobre el transformismo*, cita veinte definiciones de la especie, dadas por los principales naturalistas. Estas definiciones varían en la expresión de las ideas accesorias, pero convienen esencialmente sobre los puntos fundamentales... He aquí la de Mr. Quatrefages: «La especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes entre sí, que han descendido, ó que pueden mirarse como descendientes de un par único y primitivo, por una sucesión no interrumpida y natural de familias.»

Define la raza: «El conjunto de individuos semejantes pertenecientes á una misma especie, que han recibido, y transmiten por vía de herencia, los caracteres de una variedad primitiva.» La variedad: «Un individuo ó un conjunto de individuos pertenecientes á una misma generación sexual, que se distinguen de otros representantes de la misma especie por uno ó muchos caracteres excepcionales.»

tología nos enseña que una multitud de familias caracterizadas aparecen en la escala zoológica sin ser precedidas de tipos precursores (1). Esta ciencia no nos revela la marcha ascendente que los protorganismos debieran haber seguido en su desarrollo progresivo; en vano le demandamos los innumerables seres intermedios, que con sus variaciones sucesivas debían señalar el paso de una especie á otra. Consultada sobre su fenómeno esencialmente fisiológico—la reproducción,—la vida nos responde que ella tiende á fijarse en la especie; que los productos híbridos de dos especies próximas concluyen siempre por la esterilidad, á no ser que vuelvan á la especie de uno de sus ascendientes; y que no debe atribuirse esa esterilidad á la incansante vigilancia y al empleo de todos los recursos del arte humano por impedir esos retrocesos (2). Ved aquí, señores, los datos de la experiencia; omito ahora la crítica directa de las leyes á cuya acción es atribuida la transformación de las especies, leyes que, á juicio de varios fisiólogos, más bien tienden á la uniformidad que á la variación.

A estos datos de la experiencia opone el transformismo dos cosas: el tiempo y lo desconocido. Los siglos históricos nada concluyen contra él, porque la

(1) No se verifica este hecho sólo en los representantes más antiguos que dan principio á las clases y á las familias; Los erinocéidos ocupan, en efecto, un puesto elevado en la clasificación de los radiados, y esta familia empieza por sus tipos más perfectos, los *crialiporidos* son los moluscos más perfectos, y los primeros peces heroscecos, de los cuales muchos recuerdan por sus caracteres, en la época siguiente, los reptiles, se aventajan bajo casi todos conceptos á los que preñan nuestros mares. Estos hechos, ya incontestables, se avienen mal con la doctrina de la transformación de las especies y su desarrollo indefinido. Se ha evidenciado que muchas familias bien caracterizadas aparecen bruscamente, sin ser anunciadas por tipos precursores.

«Se ha reconocido que desde las épocas más remotas, los tipos genéricos y específicos son tan caracterizados y tan distintos como los de nuestros días.» (Comtejan: *Geología y Paleontología*.)

(2) Cf. Quatrefages: *Estudio sobre el transformismo*, II parte, cap. II y siguientes.

naturaleza ha podido realizar holgadamente el curso de todas sus variaciones, hoy ya consolidadas, durante los millones de años que han precedido á la historia. La Paleontología no suministra á la ciencia sino documentos insuficientes, y hay derecho para mirar «los archivos naturales de la Geología como memorias observadas con negligencia al formar la historia del mundo, y redactadas en un idioma alterado y casi por completo perdido» (1). Lo que quiere decir que el transformismo suprime sin escrúpulo todas las experiencias que le embarazan, para lanzarse libremente, por sobre el hecho de la variabilidad limitada de las especies, al inmenso campo de la hipótesis. La especie, nos dice, se cambia en raza, luego puede cambiarse en otra especie. Como si yo dijera: El hombre va de París á Pekin, luego puede ir desde la tierra á la luna. No es éste, señores, el modo de tratar la ciencia; por eso un defensor eminente del transformismo se ha visto obligado á confesar que este sistema «no podía ser aceptado definitivamente, sino con la condición de mostrar que el crecimiento por selección puede dar origen á una especie fisiológica» (2).

En este estado de la cuestión, yo tendría derecho, á mi vez, de aplazar á los paladines del transformismo

(1) Véase íntegro el texto original de Darwin: "Yo considero los archivos naturales de la Geología como memorias mal observadas para servir á la historia del mundo, y redactadas en un idioma alterado y casi perdido. De esta historia no poseemos más que el último volumen, que contiene la descripción de los acontecimientos realizados en dos ó tres comarcas. De este mismo volumen solamente se conserva aquí y acullá un corto capítulo, de cuyas páginas sólo algunas líneas en cada una inteligibles. Las palabras del idioma sucesivamente variable, en el cual está escrita esta oscura historia, llegando á ser más ó menos diferentes en los capítulos sucesivos, representan los cambios en apariencia repentinos y bruscos de las formas de la vida señaladas en nuestros estratos sobrepuestos, y por lo mismo inarmonías. Cuando se miran desde este punto de vista las objeciones que acabamos de examinar, ¿no parecen menos fuertes, sino es que desaparecen por completo?"

(2) Huxley: *Del puesto que ocupa el hombre en la naturaleza*, capítulo II.

universal, que pretenden probar científicamente el *autogénesis* del mundo, hasta el día en que puedan presentar una teoría basada en hechos completamente desligados de toda hipótesis, un sistema verdaderamente científico; pero no quiero, señores, que se me acuse de buscar un efugio.

Supongo, pues, que la evolución de un solo tipo primitivo, á través de todas las evoluciones del reino animal, sea un hecho demostrado por la ciencia: ¿cómo puede ésta concluir de ese hecho la eliminación de toda causa extraña al mundo?

¿Descenderá la ciencia por las pendientes de la vida hasta llegar á los seres ambiguos que flotan en los confines del reino vegetal y animal? ¿Verá en esos seres una transición real de un reino al otro por vía de transformación? ¿Buscará en los confines del mundo vegetal la célula rudimentaria, la simple *mónera*, el *organismo sin organismo*? ¿Atribuirá la generación de este primer elemento de vida á la acción de las fuerzas físico-químicas, y dirá después de esto: en la naturaleza todo nace de la naturaleza misma, y Dios es causa tan insignificante, que no merece la pena hablar de El? En verdad, señores, esto sería salvar con pasmosa facilidad los abismos más profundos que es posible imaginar. Si la ciencia de los ateos tiene los pies demasiado ágiles y la cabeza harto ligera para intentar esta expedición, hay una ciencia más grave que rehusa semejantes aventuras. Esta ciencia persigue los gérmenes en todos los medios que pueden ocultarles, y cuando ha conseguido destruirlos, espera que la naturaleza produzca. En vano: destruidos los gérmenes por todas partes, la naturaleza es estéril.

Puede, pues, la ciencia proclamar, en nombre de la experiencia, que la materia privada de espontaneidad nada puede engendrar; que no puede darse generación espontánea, que todo conspira á rechazarla, y que es necesario mirar como definitivamente condenada la doctrina que la afirma (1). Mas en-

(1) Esto es lo que han establecido sabios eminentes. Humboldt:

tonces ¿de dónde viene la vida?—Si el mundo inferior es incapaz de engendrar, es indispensable que una causa superior intervenga en su origen, y que el acto de trascendencia supla á la descendencia. El buen sentido nos indica este acto, señores, porque nos dice que lo más no puede derivar de lo menos; por consiguiente, la materia organizada de la materia inorgánica. Que se siga especulativa ó experimentalmente el encadenamiento de las causas, siempre será preciso reconocer la verdad de este axioma de los antiguos: todo lo que es primero en un género, es perfecto: *Omnis primum perfectum*. La ciencia está acorde con el buen sentido, cuando confiesa el misterio de la vida (1); cuando proclama que «la vida no nace de la muerte, sino de la vida;» (2) que la vida es la creación...; que en todo germen viviente hay una idea creatriz que se desarrolla y se manifiesta mediante la organización; que todo procede de la idea que crea y dirige (3); que la primera aparición de los seres orgánicos sobre la tierra es un enigma indescifrable que nos obliga, á pesar nuestro, á recurrir al poder infinito de un Creador.» (4).

¿Dónde estamos, señores? Hemos aislado el transformismo de la generación espontánea, y, por consiguiente, lo hemos reducido á no ser, en manos de la ciencia aya, más que un arma sin valor. En efecto; importa poco para el origen divino del mundo que todos los seres vivientes hayan salido de muchos gérmenes ó de

Cotta á Vaihingen.—Langet. *Tratado completo de Fisiología*.—Pasteur. *Heterogénesis ó tratado de la generación espontánea, apoyado en nuevas observaciones*.—Piorrann. *Ontología natural y curso de Fisiología*.—Claudio Bernard. *Memoria sobre los progresos de la Fisiología general en Francia*.

(1) El saber cómo las plantas han aparecido sobre la tierra, nos es tan imposible á nosotros los naturalistas, como averiguar el primer origen de todas las cosas. (Bischof.) Cf. Hattinger. *Apología del Cristianismo*, tomo 1, pág. 122, edición de La Propaganda Católica.

(2) Piorrann.

(3) Claudio Bernard.

(4) Bernardo Cotta.

uno solo, puesto que en ambos casos es necesario recurrir al acto trascendente del Creador. Imaginamos un protoorganismo perfecto, en el cual se halla condensada la vida de toda la naturaleza, y cuya evolución natural produce sucesivamente todas las especies; Dios es quien lo ha creado. Imaginamos, si es posible, una célula elemental, que se perfecciona con el concurso de las fuerzas cósmicas, y llega á ser la madre fecunda de los vivientes; Dios es quien ha criado esta célula y quien la conduce y dirige en todos sus progresos; porque repugna atribuir á un movimiento ciego y á circunstancias enteramente fortuitas el armonioso desarrollo de la vida en el mundo. El autor del transformismo, que no intentaba ciertamente mostrarnos la acción de la Providencia en el progreso de la vida, se ha visto obligado á convertir la *selección natural* en un poder inteligente que examina, mide y ordena (1); y uno de sus discípulos confiesa que si la ciencia de los fenómenos naturales puede explicarse por la transformación... deja poderoso como nunca el argumento en favor de un plan, y, por consiguiente, de un arquitecto» (2).

Cuan lejos estábamos nosotros, señores, de la atrevida afirmación que suprime la causalidad divina, otro tanto están los partidarios de la autogénesis del mundo de abandonar la doctrina de la generación espontánea, á pesar de las negaciones de la ciencia. En presencia de las investigaciones modernas y de los hechos de adquisición tan reciente, después de haber seguido atentamente la discusión y los detalles de las observaciones, no vacilan en mirar la generación es-

(1) Puede decirse, en sentido metafórico, que la selección natural examina cada día y á cada hora, á través del mundo entero, todas las variaciones, hasta las más imperceptibles, para desear lo que en ellas haya de malo, y conservar y agregar todo lo que haya de bueno; y que ella siempre obra así por todas partes, desde que se le presenta la ocasión para el perfeccionamiento de cada ente organizado, con relación á sus condiciones de existencia orgánica ó inorgánica. (*Origen de las especies*.)

(2) Ch. Lyell: *Antigüedad del hombre, prohibida por la Geología*.

pontánea como un fenómeno extraño á nuestro mundo actual, pero nos harán observar que la ciencia no ha demostrado aún la imposibilidad de la formación de un sér viviente por la acción sola de las fuerzas fisico-químicas, y que nada nos autoriza para sostener que haya sido siempre imposible en lo pasado, ó que no puede existir alguna vez en lo porvenir (1). ¿Qué respuesta es ésta, señores? Hémos aquí de nuevo en presencia de dos fantasmas, evocados eternamente por el transformismo: el tiempo y lo desconocido. Llevemos nuestra generosidad hasta el extremo. Para que no se crea que tememos si se nos ve vacilantes en el terreno de las concesiones, admitamos que la materia inorgánica puede pasar, por vía de generación, de la existencia molecular á la vida. ¿Qué resultaría de esto? ¿Que el mundo se ha hecho sin la intervención de una causa exterior? (2). ¿Que el universo se explica por las causas que existen en él? (3). No, mil veces no. Porque entonces preguntaremos: la materia, madre de los vivientes, ¿de dónde procede? A esta pregunta la ciencia atea no puede dar otra respuesta sino que la materia existe por sí misma.

Existir por sí mismo no es, señores, una cosa insignificante. Sin ser un eminente metafísico, sin cansarse mucho la cabeza, se comprende que es la más grande de todas las perfecciones. Sed, si es posible, eternos,

(1) Mr. Quatrefages: *Estudio sobre el transformismo*, cap. III.—Büchner, andaz siempre en sus afirmaciones, no ha temido estampar estas palabras extrañas, cuyo dogmatismo se opone, de medio á medio, á la teoría de la escueta que se llama metódicamente á sí misma *experimental*. «Es cierto que no tenemos ni pruebas ni conjeturas plausibles sobre los detalles de las relaciones exteriores mediante las cuales la generación espontánea ha producido en otro tiempo seres más perfectos que hoy en día; estamos lejos de negarlo. Sin embargo, cualquiera que sea nuestra ignorancia sobre muchos detalles de la creación, lo poco que sabemos nos autoriza para afirmar con certeza que ha podido, y ha debido verificarse sin la intervención de una fuerza externa.» (*Fuerza y materia*.)

(2) *Revue: Revista de Ambos Mundos*, 1.º de Agosto de 1863.

(3) Littré: *Conservación, revolución, positivismo*.

inmutables, inmensos, infinitos; todo esto es nada si lo habéis recibido de otro; pero si sois eternos, inmutables, inmensos, infinitos en virtud de la necesidad de vuestro sér, que no puede menos de existir, tendréis toda la perfección absoluta. De donde se sigue que toda perfección está subordinada al sér necesario, y que el sér necesario no puede menos de poseer toda la perfección, puesto que es, por el mero hecho de su existencia, perfección la más grande que se puede concebir. Juzgad ahora de la materia á la luz de estos principios. ¿Cómo podrá atribuirsele lo *más*, si carece de lo *menos*?

Esto es: ¿cómo podrá existir por sí misma, si es compuesta, divisible en todos sentidos, sujeta á continuas mudanzas, y sin manifestarse más que por fenómenos contingentes? En una palabra: ¿cómo podrá existir por sí misma, sin saberlo ni quererlo, puesto que no llega á ser viviente y pensador sino después de largas y penosas evoluciones? Aquí hay, señores, un abismo de inconcebibles absurdos.

Se me dirá acaso: «Ya conocemos ese género de refutación, ya lo habéis empleado vos mismo; es metafísica (1), mas no científica.» Pero ¿tan científicamente se afirma que la materia existe por sí misma? Pues entonces, ¿á qué ese desdén, os pregunto, de las inteligencias sublevadas contra la metafísica? ¡Ah! Ya lo sé. La metafísica es el código de los principios eternos que gobiernan las ciencias, y en nuestra época se sufren mal los gobiernos. Sin embargo, son tan necesarios en el orden científico como en el orden civil y político. Es tan imposible en la ciencia, sin la metafísica, lo que se llama sentido común, como el orden en una sociedad sin un gobierno respetado. Aceptemos, pues, señores, el juicio *definitivo* de la metafísica, y renunciando á perseguir, fuera del plan divino, una unidad química, adoremos el acto trascendental del Creador, que por todas partes se manifiesta; en el hombre,

(1) Véase la Confer. sexta: *El ídolo contemporáneo*, parte II.

que por sus perfecciones intelectuales se levanta sobre todos los otros reinos de la naturaleza; en el animal, que por la espontaneidad de su movimiento, dirigido por el instinto, excede á la planta; en la planta, que por su organismo se eleva sobre la materia inorgánica que, á pesar de ser contingente, imperfecta, frágil y estéril en sí misma, se coloca, por el hecho mismo de su existencia, á una distancia infinita sobre los insensibles abismos de la nada. Atengámonos á esta revelación graduada de la acción de Dios en el mundo, antes que correr las aventuras de los sistemas; mas todavía os diré que debiendo el transformismo organizarse científicamente y convertir en certeza sus hipótesis, en cien mil años como al presente, podremos defender con toda la energía de la verdad esta proposición: «El mundo procede de Dios.» Desafiamos á la ciencia á que nos muestre en él un solo carácter que pueda hacernos dudar de su origen divino.

II

Hay en el mundo sabio, señores, una multitud de espíritus distinguidos que se crearían deshonrados si no admitiesen la conclusión que acabamos de salvar de las asechanzas de la ciencia atea: «El mundo procede de Dios.» La naturaleza se abrió ante sus ojos conmovidos, como un gran libro en el cual leen el poder, la sabiduría, la bondad y las perfecciones de su Autor. Leen asimismo en él la larga y dramática historia de nuestro origen. Comparan esta historia con las primeras páginas de nuestros libros sagrados, y no hallaron entre los dos términos la perfecta conformidad que se creían en el derecho de poder exigir, concluyen que nosotros poseemos un falso libro de Dios; porque los libros de Dios no pueden ser contradictorios. Así, la Revelación pelagra, con gran contentamiento de los que desean hacer triunfar el racionalismo sobre la fe, y con gran temor de los que defienden que la fe es la luz de la razón. Para quitar todo pretexto á la satisfacción de los unos y confortar la debilidad de los otros,

he asentado antes esta proposición: «El mundo procede de Dios, como la Escritura ha dicho que procede;» y desafío á la ciencia á que me muestre entre los hechos que ella ha observado y la palabra de Dios una sola contradicción real é insoluble.

Antes de desarrollar esta proposición, permitidme, señores, apelar al buen sentido y á la buena fe de los intérpretes de los dos libros, la naturaleza y la Biblia, y hacerles notar que podrían, si quisieran, colocarse en una actitud de espíritu que les aborrase muchas colisiones.

La modestia sienta bien en los sabios, sobre todo en los que se ocupan en una ciencia nueva. Ahora, relativamente á las otras ciencias, la que recoge y estudia los monumentos reveladores de nuestro origen, la Geología, es muy moderna, y el texto que ella explota está sembrado de profundidades apocalípticas. No es, pues, juez competente para pronunciar sentencia sin apelación. Si hay entre vosotros, señores, amantes y celadores de esta ciencia, yo les exhorto á no confiar demasiado en la interpretación teórica de los hechos por ellos observados; á que no se crean poseedores del secreto de los vastos sepulcros en que la naturaleza primitiva está sepultada. Cada día la estáis llamando, y ella apenas se levanta de su profundo sueño; esperad á que haya dicho su última palabra, para poner la Revelación en tela de juicio. Acordaos que ha habido sabios que enseñaban en otro tiempo la existencia y la economía de los once cielos y de los cuatro elementos, sabios que llamaban á los fósiles *pedras figuradas* y *juegos de la naturaleza* (1); sabios que veían en las conchas halladas en las montañas pruebas del diluvio. Hoy os causa risa su simpleza. Mas no os riáis; no eran sencillos, sino que carecían de los datos de la ex-

(1) «Como la naturaleza no puede en sus juegos llegar desde el reino mineral á la fuerza vegetativa y sensitiva, ha hecho cuanto le era posible; esto es, que no pudiendo comunicar á las piedras la vida ni la sensación, las ha comunicado por lo menos la forma de los animales y vegetales.» (Atan. Kircher: *Mundus subterraneus*.)

perencia. Con más razón que ellos merecerías vosotros sufrir en el porvenir las burlas del ridículo, si pretendierais imponernos conclusiones prematuras, como verdades definitivamente adquiridas por la ciencia (1).

Juntamente con la modestia, pido además á los sabios que renuncien á todo espíritu de partido. Víctima de una pasión antirreligiosa, el intérprete de la naturaleza teme dar con descubrimientos científicos conformes al texto sagrado que le propone verdades divinas. Mientras nos acusa de ser demasiado bíblicos, es decir, de sacrificar la ciencia á nuestro respeto supersticioso por la palabra de Dios, más preocupado y perturbado que nosotros en sus afirmaciones, buye delante de ellas, y se esfuerza en crear, mediante una interpretación exagerada de ciertos hechos, entre la ciencia y la revelación oposiciones quiméricas. No es la experiencia la que rechaza la conformidad con las enseñanzas divinas, sino el espíritu de partido, que disimula esta conformidad.

Con ese sistema ¡cuántas ideas falsas sobre la naturaleza y el valor científico de nuestro Génesis; qué de exigencias irracionales tocante á la manera de su lenguaje! Se nos atribuyen arbitrariamente, con motivo de la inspiración del texto bíblico, pretensiones que jamás hemos tenido. Se pretende probar que la ciencia precedió á Moisés; que éste se sirvió de su nomenclatura y de su lenguaje. Todo esto es puramente una ridiculez. Nosotros creemos que la sabiduría divina ha

(1) «Los sabios más circospectos, entre los que se ocupan en esta clase de estudios, insisten con razón en la verdad de que nuestros datos geológicos son todavía harto imperfectos.» (Huxley.)

«La Geología, en sus partes más esenciales, permanecerá siempre siendo una ciencia fundada en puras hipótesis.» (G. Bischof: *La Geología*.) «Los naturalistas más competentes convienen sin dificultad, en que el error en las ciencias naturales es no solamente posible en nuestros días, sino que es, hasta cierto punto, inevitable.» (Dentinger: *Rechen und das Wunder*.) Citados por Kench: *La Biblia y la naturaleza*, Lección IV.

asistido constantemente á Moisés, preservándole de todo error; pero que Dios le haya dictado directamente el *Hexameron* para que sirviese de código científico á la humanidad, nunca ha sido tal nuestro pensamiento. Es muy posible que el autor del *Pentateuco* se haya valido, para contar el origen del mundo, de documentos conservados religiosamente por la tradición. La antigua ciencia de los egipcios no desconocía del todo este misterio primordial, y el pueblo hebreo, acostumbrado á escuchar á sus abuelos, no podía haber perdido la memoria de sus enseñanzas (1).

¿Quién sabe si la materia del primer capítulo del *Génesis* ha sido suministrada por algún canto nacional! El *Hexameron* bíblico es más bien un poema que una historia. Acción dramática, estrofas, refranes, ritmos, paralelismos; todo se encuentra allí (2). ¿Cuál podía,

(1) Mosan quæ de populi hebrei majeribus relict, partim e prisce narrationibus orationibusque, inter Hebræos ora propagatis, partim e scripti, tribuum stemmatibus, et familiarum genealogiis hausisse credibile est. Illa autem quod attinet, que de rerum ortu, deque generis humani initis, et primis seculis progressibus et fata, apud eam leguntur, videtur que cultores tunc Hebræi populi vicini, Phœnicii Egyptii, de illis rebus traderant, in suos usus ita convertere; ut illa eis, quas ipse de uno Deo, conditore et moderatore omnium, colendo doceret, accommodaret, atque Hebræorum animos à viciorum fabulis, adeoque religioibus, que his sæpe miscebantur, alienat studeret. (Rossmüller: *Poliglossa in Genesim*, §. 11.)

(2) «Nada más dramático que el *fat* divino que interviene en cada creación. El canto del *Génesis* está naturalmente interceptado por los refranes que anuncian el final de cada día y expresan la aprobación que Dios da á su obra, en cuanto al ritmo; se muestra por la simetría de los versículos. El paralelismo está designado por la división de la obra general en dos partes cuyas fases se corresponden. Así, la luz fué creada en el primer día, y en el cuarto el sol y la luna aparecen luminosos. El segundo día está señalado por la formación de la atmósfera, por la división de las aguas y por el descubrimiento de la tierra; el quinto día las aguas terrestres reciben los animales acuáticos, y el aire atmosférico se puebla de aves é insectos volátiles. El tercer día la tierra es cubierta de plantas; el sexto, los animales y el hombre empiezan á habitarla. Si se ve, mediante la interpretación ordinaria, que la tierra apareció y fué cubierta de plantas al tercer día, el resultado es el mismo: el adorno y la

cuál debía ser el objeto de este poema? ¿Promover un movimiento científico? No, ciertamente, sino instruir al pueblo en las verdades fundamentales del orden religioso y moral; obligarle á la adoración y al reconocimiento, mostrándole á Jehová, autor, ordenador y conservador de todas las cosas; preservarle de la idolatría, recordándole que toda criatura tiene su razón de ser en una causa superior: que toda criatura está destinada al servicio del hombre, complemento y obra maestra de la creación, y no para ser adorada del hombre. Para enseñar esto á un pueblo, señores, es necesario, como nota Santo Tomás, un lenguaje popular de figuras brillantes que hablen á la imaginación, pintando á grandes rasgos lo que aparece á los sentidos (1). Tal es el lenguaje de la narración del Génesis. En vano le exigís una exactitud científica, pues no tiene obligación de satisfacer vuestra demanda. No os hablará ni de levantamientos, ni de aluviones, ni de acciones físicas, mecánicas ó químicas, ni de estratificaciones, ni de reinos, clasificaciones, grupos, clases, órdenes, familias, géneros, especies, variedades; mas lo que vosotros considerarís como dislates de lenguaje, es precisamente lo que convenia decir, y no tendréis razón para andar buscando en la superficie del texto una contradicción que no hallaréis seguramente en sus profundidades.

Modestia, carencia de todo espíritu de partido, de preocupaciones y de exigencias irracionales; ved aquí, señores, lo que pedimos á los intérpretes de la naturaleza. En cuanto á los intérpretes de la Biblia, no están menos obligados que los hombres de la ciencia á proceder con mucho diente, si no quieren comprometer la

población de la tierra es el objeto del tercero y sexto día. (Fábri & Enríque: *Origen de la tierra y del hombre*, lib. II.)

Este paralelismo habia sido notado ya por Santo Tomás en su *Suma Teológica* (I p., q. 40, art. 1 in corp.)

(1) Considerandum est, quod Moyses rudi populo loquebatur. Quorum imbecillitati condescendens, illa solum eis proponit, quæ manifeste sensui apparent. (*Summa Theol.*, I p., q. 88, art. II et q. 70, art. 1 ad 3.º)

nobleza y la santidad de su misión. Que se abstengan, pues, de toda desconfianza injusta respecto de los sabios, recordando que el hombre por el pecado no ha perdido ni el derecho ni la facultad de sondear los secretos de la naturaleza (1); que es una disposición mezquina de espíritu el considerar como otros tantos conspiradores, enemigos de la fe, á los que consagran su vida á registrar los resultados de la experiencia, y están dispuestos siempre á comprobar sus descubrimientos, por temor de que sean opuestos á la palabra de Dios. Un creyente que se respeta á sí mismo, no padece estos temores. Nada teme de la ciencia falsa, porque es siempre confundida; nada de la ciencia verdadera, porque concuerda siempre con la verdad.

Los intérpretes de la Biblia no han agotado todavía todos los sentidos del texto sagrado. Hasta que la Iglesia no se declare por un comentario, fijándolo por una definición de fe, será lícito ensayar un sentido nuevo, aun cuando difiera del de los antiguos Doctores (2).

(1) Hanc scientiam (naturalium) homo peccando non perdidit nec illam, quæ carnis necessaria providentur. Et ideo in Scriptura homo de hujusmodi non erudit, sed de scientia anime quam peccando amisit. (Lib. II, Sent., dist. 23.)

(2) Scripturas super quinque libros Moysi juxta sensum litteralem, novunque Scripturæ asanum quodlibet illarum, sub sanctæ Matris Ecclesiæ ac à apostolicæ Sedis censura, rogo Lectores omnes ne precipites detestentur aliquid, sed libent omnia apud Sacram Scripturam, apud christiannæ fidei veritatem, apud Ecclesiæ catholice documenta se mirari. Et si quando occurrerit novus sensus textui consonus, nec à Sacra Scriptura nec ab Ecclesiæ doctrina dissans, quamvis à torrente Doctorum alienum alienum, equos se præbeant censors. Meminerintque sibi utrum unquam tribuere, Solis Sacre Scripturæ auctoribus reservata est auctoritas hæc, ut ideo credatur sic esse quia ipsi ita scriperunt, alios autem, inquit Augustinus, ita lego, ut quantumlibet sanctitate doctrinæ præpollent, non ideo credam sic esse, quia ipsi ita scriperunt. Nulla itaque detestetur novam Sacre Scripturæ sensum, ex hoc quod dissans à prioribus Doctrinibus; sed scrutetur perspicacius textum ac contextum Scripturæ, et si quadrate invenerit, laudet Deum, qui non alligavit expositionem scripturarum sacrarum priorum Doctorum sensibus, sed Scripturæ ipsæ integræ sub Catholicæ Ecclesiæ censura. (Cajetan. Comment. in Genes., pref.)

Digo más, señores: la exégesis tiene el deber de reformar las interpretaciones antiguas, cuando la experiencia nos convence de su insuficiencia ó de su falsedad. Sobre este punto nos traza Santo Tomás una línea de conducta, de la cual ningún hombre cuerdo debe jamás separarse. «Creed, dice el Santo, firmemente en la verdad de la Escritura; mas por cuanto puede ser expuesta en diferentes sentidos, guardaos de adheriros exclusivamente á una explicación, cualquiera que sea, hasta el punto de sostener que es la verdadera, por más que la razón haya demostrado de una manera cierta su falsedad; porque esto es exponer la Sagrada Escritura á las burlas de los incrédulos, y cerrarles la puerta para atraerlos á la fe» (1).

Santo Tomás se expresaba como San Agustín. Estos dos grandes genios tomaban las precauciones necesarias, conforme á los progresos de su tiempo. Nosotros, que nos vemos obligados á abandonar una parte de las explicaciones que nos han dejado, seguimos sinceramente sus consejos (2).

(1) Responde dicendum quod, sicut Augustinus docet in huiusmodi questionibus duo sunt observanda. *Primo* quidem, ut veritas Scripturarum inconcusse teneatur. *Secundo*, cum Scriptura divina multipliciter exponi possit, quod nulli expositioni aliquis ita precise inhæreat, ut si certa ratione consideret, hoc esse falsum, quod aliquis sensum Scripturæ esse credebat, id nihilominus asserere presumat: ne Scripturæ ex hoc verbo ab infidelibus derideantur, et ne eis via credendi præcludatur. (*Summa Theol.*, I, p. q. 83, art. 1.)

(2) A pesar de que no podemos seguir á Santo Tomás, en todas las explicaciones que ha dado á la obra de los seis días, no podemos menos de reconocer el merito de todas ellas. El gran Doctor estaba al corriente de todas las ciencias de su tiempo. Matemáticas, física, astronomía, anatomía, medicina, alquimia, nada le era desconocido. Sin duda alguna que si viviese en nuestros días, sabría conformar su gran talento con los nuevos descubrimientos, y darnos un hexámero que explicase tal vez muchas de las dificultades cuya solución buscamos todavía.

Todo esto que dice aquí el P. Moñabrí, es muy razonable; pero la necesidad de abandonar la teoría de los seis días naturales para explicar la creación, no pasa de mayor ó menor conveniencia.

Véase al Rmo. P. Galtí, Maestro del S. P., en su gran obra apologética, tomo I, pág. 838. (N. del T.)

Moderemos nuestra legítima impaciencia y evitemos las concordancias prematuras de esas traducciones prolijas, hechas palabra por palabra, que proclaman demasiado altamente la completa conformidad de la exégesis científica y de la exégesis bíblica. Se nos ofrecen dos textos apocalípticos, cuyos misterios no se presentan á nuestra vista sino poco á poco. Estos dos textos no pueden contradecirse; pero querer concordar todas las exposiciones que se han hecho de ellos, sería empeñarse en un imposible.

Hoy nuestras concordancias nos parecerán triunfantes; dentro de veinte años tal vez no servirán sino para hacer más difícil la empresa de nuestra posteridad intelectual. Contentémonos, pues, con poner lo cierto en presencia de lo cierto; esto es, los hechos comprobados por la ciencia en presencia de la narración bíblica, tal como la Iglesia la propone á nuestra fe; y no nos inquietemos por las dificultades secundarias, que proceden, ya de la insuficiencia de nuestros conocimientos, ya de la imperfección de nuestras teorías y de nuestras exposiciones. Desde este punto de vista afirmo, señores, que concuerdan entre sí los dos libros de Dios, la naturaleza y la Biblia, como vais á verlo comparando la narración bíblica con la narración científica.

En el principio crió Dios, dice la Escritura, el cielo y la tierra. La tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu del Señor era llevado sobre las aguas. La materia está pronta, y Dios procede á ponerla en orden; abre sus labios, y á cada sonido de su voz omnipotente produce una obra que comienza y acaba en un día.

El primer día aparece la luz; el segundo el firmamento divide las aguas superiores de las que están sobre la tierra. En el tercero aparece el elemento árido, la tierra, en medio de los mares, la cual produce las plantas, que llevan cada una en sí misma el germen de su posteridad; en el cuarto, el sol, la luna y las estrellas lucen en el firmamento, y alumbran la tierra; en el quinto se ven nacer los seres vivientes

que nadan en las aguas y las aves que vuelan en el aire; en el sexto, la tierra se puebla de bestias salvajes, de animales domésticos y de reptiles, cada cual según su especie. Todos estos vivientes recibieron una bendición que les promete la fecundidad. «Creced y multiplicaos», dice el Señor. Mas la obra de la creación no está acabada aún, le falta su más bello adorno. Al terminar el sexto día, Dios se reúne en consejo, y dice: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; y fué creado el hombre; Dios lo bendice, y le manda multiplicarse, y llenar la tierra, y someter todas las cosas á su dominio. Está acabada la obra de la creación.

Después de cada obra había dicho Dios: «Esto es bueno;» ahora afirma que todo es muy bueno. *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona.* Acabados el cielo y la tierra con todos sus adornos, empieza el día séptimo, que dura aún, bendecido y santificado por el reposo de Dios (1).

(1) En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra, empero, está ba informe y caía; y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Dijo, pues, Dios: «Sea hecha la luz.» Y la luz quedó hecha. Y vio Dios que la luz era buena, y dividió la luz de las tinieblas. A la luz le llamó día y á las tinieblas noche; y así, de la tarde aquella y de la mañana siguiente, resultó el primer día. Dijo asimismo Dios: «Haya un firmamento ó una grande extensión en medio de las aguas, que separe unas aguas de otras.» E hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y quedó hecho así. Y el firmamento llamólo Dios cielo; con lo que de tarde y de mañana se cumplió el día segundo. Dijo también Dios: «Reúnanse en un lugar las aguas que están debajo del cielo y aparezca lo árido ó seco.» Y así se hizo. Y al elemento árido llamólo Dios el nombre de tierra, y á las aguas reunidas llamó mares. Y vio Dios que lo hecho estaba bueno. Dijo asimismo: «Produzca la tierra hierba verde y que dé simiente y plantas fructíferas que den fruto conforme á su especie, y contengan en sí mismas su simiente sobre la tierra.» Y así se hizo: con lo que produjo la tierra hierba verde que da simiente según su especie, y árboles que dan fruto, de los cuales cada uno tiene su propia semilla, según la especie suya. Y vio Dios que la cosa era buena. Y de la tarde y mañana resultó el día tercero. Dijo

He abreviado, señores, y compendiado á grandes rasgos la narración mosaica, porque deseo que la leáis entera, y la meditéis por vosotros mismos: la encontraréis en la primera página de nuestros libros santos. Esta página es tan sencilla, que todo el mundo puede entenderla; y tan bella que las almas grandes, amadoras de lo sublime, siempre la han admirado. El escritor sagrado ha puesto en ello todo lo necesario, y ha omitido todo lo superfluo; y aparece manifiesto que lo que más sobresale, lo que debe encarnarse en el alma del pueblo más profundamente que los hechos contados, lo que intenta, como objeto propio, el cántico mosaico, es la enseñanza dogmática y moral. Dios existe; y existe anteriormente á todas las cosas, puesto que á todas ellas ha dado la existencia; es todopoderoso, puesto que los seres por Él llamados obedecen prontamente á su *fat*, y le responden: «Hémos aquí;» es

Después Dios: «Haya lumbreras y cuerpos luminosos en el firmamento del cielo, que distingan el día y la noche y señalen los tiempos y las estaciones, los días y los años, á fin de que brillen en el firmamento del cielo y alumbrén la tierra.» y fué hecho así. Hizo, pues, Dios, dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiese al día, y la lumbrera menor para presidir á la noche, é hizo las estrellas. Y colocólas en el firmamento ó extensión del cielo, para que resplandeciesen sobre la tierra y prosiguiesen al día y á la noche, y separasen la luz de las tinieblas. Y vio Dios que la cosa era buena: con lo que de tarde y mañana resultó el día cuarto. Dijo también Dios: «Produzcan las aguas reptiles animadas que vivan en el agua, y aves que vuelen sobre la tierra debajo del firmamento del cielo.» Crió, pues, Dios los grandes peces y todos los animales que viven y se mueven, productor por las aguas según sus especies, y asimismo todo volátil según su género. Y vio Dios que lo hecho era bueno. Y bendijolos diciendo: «Creced y multiplicaos, y haced las aguas del mar; y multiplíquense las aves sobre la tierra: con lo que de tarde y mañana resultó el día quinto. Dijo todavía Dios: «Produzca la tierra animales vivientes en cada género, animales domésticos, reptiles y bestias silvestres de la tierra, según sus especies.» Y fué hecho así. Hizo, pues, Dios las bestias silvestres de la tierra, según sus especies, y los animales domésticos y todo reptil terrestre, según su especie. Y vio Dios que lo hecho era bueno, y por fin dijo: «Hagamos al hombre á imagen

infinitamente sabio, puesto que divide y ordena todos los elementos del mundo, y coloca los seres vivientes en el medio que más conviene á cada uno; es infinitamente bueno, puesto que hace participantes de su propia bondad á todas las criaturas; sólo El es digno de ser adorado, porque solo El es príncipe soberano, Dios. El exige del hombre adoración, porque le ha hecho á su imagen y semejanza, y le constituyó rey de todo el mundo.

En fin; el hombre debe regular su vida de trabajo y de oración sobre la semana típica que ha presidido á la producción de la naturaleza. Tal es el fondo esencial de la narración de Moisés. Sobre este fondo esencial convienen todas las exposiciones, porque la esencia de la Iglesia es invariable y terminante.

En cuanto á lo restante, esto es, lo que mira á los conocimientos naturales, es accesorio; y no obstante,

y semejanza nuestra; y domine á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á las bestias y á toda la tierra, y á todo reptil que se mueve sobre la tierra. • Crió, pues, Dios al hombre á imagen suya: á imagen de Dios le crió: criólos varón y hembra. Y echóles Dios su bendición, y dijo: • Creced, multiplicaos, y encheid la tierra, y ensembraos de ella, y dominad á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á todos los animales que se mueven sobre la tierra. • Y añadió Dios: • Ved que os he dado todas las hierbas, las cuales brotan juntamente sobre la tierra, y todas las arboles, las cuales tienen en sí mismos simiente de su especie, para que os sirvan de alimento á vosotros, y á todos los animales de la tierra, y á todas las aves del cielo, y á todos cuantos animales vivientes se mueven sobre la tierra, á fin de que tengan que comer. • Y así se hizo. Y vió Dios todas las cosas que había hecho, y eran en gran manera buenas: con lo que de la tarde y mañana se formó el día sexto.

CAPÍTULO II

Quedaron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ornato de ellos. Y completó Dios al séptimo día la obra que había hecho, y en el día séptimo reposó, á caso de todas las obras que había acabado. Y bendijo al día séptimo; y le santificó por cuanto Dios había cesado en él de todas las obras que crió hasta dejarlas bien acabadas. (*Genesis*, capítulos 1 y 2, vers. 1, 2 y 3. Trad. de Amat.)

señores, en esta parte accesorio se descubren las grandes líneas del cuadro científico. Escuchad.

En el principio, dice la ciencia, la materia primera, sutil, inmensa, remolinea en el espacio. La fuerza que la anima en todas sus partes, manifestándose en algunos puntos por más vivas pulsaciones, crea varios centros de los movimientos, que luego van dividiendo aquel confuso caos y dispersando sus fragmentos fluidos, separados desde entonces los unos de los otros por horribles abismos: y con esto quedan constituidas las nebulosas. Estas, en su movimiento vertiginoso, se dividen en esos millares de estrellas resplandecientes, de las cuales no sabemos la extensión, ni podemos medir la distancia, ni descubrir sus órbitas, ni contar su historia. Una de ellas es el centro de nuestro sistema planetario, y de cuya masa procede la tierra que habitamos. ¿Cuándo se rompió el anillo con que el sol, moviéndose sobre su eje, había rodeado su esfera luminosa? No lo sabemos; pero un fragmento de ese anillo se ha convertido en nuestro globo.

La tierra, incandescente al principio como el sol de quien procede y cuyo impulso recibe constantemente, fué apagándose después poco á poco, á medida que sus elementos se condensaban. Cuando las sustancias volatilizadas por el calor pasan al estado líquido; cuando los metales fundidos descienden de las alturas atmosféricas como una lluvia torrencial; cuando los cuerpos precipitados se mezclan á impulsos del calor y cubren como con un escudo la incandescente piroesfera; cuando el agua, océano y nube inmensa, envuelve como en inmenso lienzo los primeros depósitos, y la tierra, sumergida en las tinieblas, deja de ser una estrella, entonces termina el período cósmico y empieza el período geológico.

Este período comienza por una época de muerte. Sin embargo, en lo profundo de las aguas las fuerzas físicas y químicas ejercen su poderosa acción. Bajo su constante influjo se forman sedimentos, se metamorfosean y aumentan incesantemente el espesor del robusto anillo que contiene los impetuosos hervores de

la piroesfera. Mas los Impetus de ésta no pueden ser comprimidos enteramente, y así se dilata como el oprimido pecho de un gigante, y lanza de su seno, con pavorosas explosiones, vastos levantamientos. Entonces aparecen los terrenos, y empieza á vivir la naturaleza. En el fondo de los mares y sobre los primeros continentes preparan los vegetales, nutridos de materias inorgánicas, el camino para otros seres más perfectos, á los cuales servirán ellos mismos de sustento (1). El reino animal sigue inmediatamente en su aparición al reino vegetal; los dos se desarrollan paralelamente á través de los cataclismos y las variaciones atmosféricas, que cambian muchas veces los medios de su existencia; pues mientras crece la vida, no descansan un momento las fuerzas del globo. Aquí minan los continentes descubiertos que vuelven á sumergir;

(1) Los vegetales que se alimentan directamente de materias inorgánicas han precedido abiertamente, dice M. Contejean, á los animales que se nutren de principios orgánicos. Si hemos de juzgar por lo que pasa á nuestra vista, en los arrecifes de formación moderna, es de presumir que muchos vegetales más perfectos que el *Equisetum sismoides*, la planta más antigua de las comarcas, como musgos, líquenes, hongos, algas fluviales y marinas, cuya fosilificación no se ha conservado, poblaban entonces las tierras y los mares. (*Geología y Paleontología*, páginas 523-30.)

En las rocas de esquisto situadas debajo de los primeros depósitos de restos animales se han encontrado vestigios de plantas marinas, pertenecientes á la clase de las fucalesas. Las mismas rocas de esquisto, según Froekhammer, deben á las algas de los océanos primitivos el carbono, el azufre y la sosa, que tienen unidos juntamente con la arcilla. En Bohemia, en Suecia, Irlanda, en la América del Norte, en todas partes, en fin, donde se presentan los primeros indicios de la vida orgánica, las rocas aparecen á nuestra vista entegrecidas con restos de algas, tan abundantes en algunos casos que forman, como en la Danfrieschiria, estratos de antracitas de muchos pies de espesor. Así la anterioridad de las plantas, que la razón hacía presentar, después de haber sido por largo tiempo confirmada, parece ya en el día un hecho científicamente adquirido. (Pozzy: *La tierra y la narración bíblica de la creación*, cap. III.)

No hay que admirarse de la escasez de plantas en las primeras capas; su sustancia semifluida se presta menos á la fosilificación que la de los animales.

más allá levantan el fondo de los mares y desalojan bruscamente sus aguas; aquí desvían el curso de los grandes ríos; más allá abren simas insondables, donde desaparecen sus aguas para siempre. De cuando en cuando discurren como animales subterráneos que se abren paso por sí mismos en las entrañas de la tierra, y lanzan hacia el cielo esas cadenas de colinas y montañas coronadas de cráteres, por donde estalla en incendios el fuego central, y precipita torrentes de ardiente lava hasta el fondo de los entumecidos valles.

Las épocas se renuevan bajo la acción de revoluciones seculares, en las cuales perecen hecatombes de seres animados. La mayor parte de ellos se han perdido para nosotros, pero sus restos exhumados nos cuentan hoy día la historia y los progresos de la vida desde sus principios. He ahí los líquenes, los musgos, los hongos y las algas, cuya generación estuvo largo tiempo velada bajo el misterio; he ahí las hierbas monstruosas, las gigantescas colas de caballo, los helechos arborescentes, las parásitas rastreras, formando caprichosos céspedes, nacidas en los pantanos templados por el fuego central; he ahí los espaciosos bosques con árboles de tejidos sueltos y de follaje pálido, que crecen con el zumbido de los vientos y el estampido de los truenos, bajo un cielo nebuloso que los inunda de electricidad y de lluvias. Las nubes se dividen, y el sol muestra á la tierra su faz radiante, y la penetra con sus vibrantes rayos. He ahí las palmeras, las higueras, las magnolias, los laureles, los robles y los sauces.

Mientras el reino vegetal realiza sus progresos, la vida animal se desarrolla sobre una línea paralela. He ahí los zoolitos de radios simétricos, los moluscos de blaudas carnes, de hermosas formas; los unos dotados de terribles brazos, y los otros protegidos por casas de duras paredes, que arrastran consigo; he ahí los crustáceos, los peces sin escamas, precursores de la multitud innumerable que había de poblar los ríos y los mares; he ahí, en medio de las grandes herbáceas, los enormes reptiles que dejan en el fondo de las

aguas estampadas sus manos de hombre (1); las grandes zancudas, á las cuales siguen inmediatos, aunque muy pequeños todavía, los primeros mamíferos; he ahí el leviatán de los antiguos mares, con escamas de cocodrilo y con pies de cetáceo; éste, pesado y grueso, quebrantado con sus ciento ochenta dientes la nave que se le pone por delante (2); aquel otro, ágil, sumergiendo en el profundo de las aguas su cabeza de serpiente (3); he ahí los dragones voladores, más espantables y temibles que los inventados por la fábula (4); he ahí, en fin, bajo los abrasadores rayos del sol, los insectos y los pájaros corredores que atraviesan las áridas llanuras, y los grandes lagartos y las serpientes que se deslizan por los sombríos bosques; los monos que juegan en las copas de los grandes árboles; los cocodrilos que devastan los lagos y lagunas; los quetonios y los grandes cetáceos que viven en los océanos; los roedores y los carnívoros cazadores, y en medio de las sabanas cubiertas de una vegetación exuberante, medio sumergidas en las aguas, inmensos rebaños de herbívoros: rinocerontes, paquidermos, antílopes, mastodontes, todos dominados por el behemot, rey de los animales terrestres. Behemot, de cuerpo colosal y de alma tranquila; behemot, cogido con sus largos y encorvados colmillos á los bordes de las riberas y de los estuarios, mientras que su cuerpo flota en el agua y su trompa respira holgadamente en la atmósfera; behemot, intermedio de los cetáceos y del elefante que le sucede en la historia (5).

Han pasado ya tres grandes épocas; once terrenos principales han acumulado, uno sobre otro, sus variados pisos; empiezan á determinarse los climas; la naturaleza camina sin duda á un estado de reposo; ¿y se detendrán aquí las evoluciones de la vida?—No todavía.

- (1) *Cheirotherium*.
- (2) *Ictiosauro*.
- (3) *Plesiosauro*.
- (4) *Pterodactilo*.
- (5) *Dinotherium*.

Llena de la claridad del sol, de lozanía, de movimiento y de alegres cantos, la tierra parece herida de improviso por una mano misteriosa, y se viste de luto. Los ventisqueros se precipitan con estruendoso movimiento en los valles, y un blanco sudario de nieve se extiende desde los polos hasta los trópicos; este es el período glacial, seguido de lluvias diluviales que inundan y devastan los continentes, excavan la base de las montañas, hunden los cauces de los ríos, dejando en ellos rastros intermitentes de arena, donde son sepultadas nuevas hecatombes de vivientes. Sin embargo, no perecerán todos. Refugiadas en las alturas multitud de especies, luchan contra los cataclismos, y bajo un cielo serenado ya, aparecen otras nuevas. Estas son los leones, las hienas, los ciervos, los bueyes de proporciones gigantescas, el caballo salvaje, el perezoso *megalonix* de largas uñas, el oso grande de las cavernas, el rinoceronte tiorino, el mammoth con sus astas retorcidas y el vellón lanudo, los renos y los uros. Mas no estarán ellos solos en posesión del globo, porque el hombre, su señor y dueño, ha llegado ya. Los sílex y los huesos tallados: hachas, martillos, tijeras, raspadores, cuchillos, punzones, agujas y flechas; las piedras, los huesos y el marfil en que ha grabado las figuras del oso, del mammoth y del raso, compañeros de su vida salvaje, y mucho mejor sus restos, que se encuentran enterrados en el fondo de las cavernas, testifican su presencia. Durante el período de su civilización, la naturaleza va entrando en calma, los climas se determinan y se acentúan notablemente; ábrese la era moderna, y empieza la historia (1).

(1) Ponemos aquí el cuadro sinóptico de las épocas geológicas y de los principales terrenos á los cuales hace referencia nuestra exposición científica.

Después del período cósmico, que comprende todo el tiempo que la tierra ha empleado en enfriarse, hasta que el agua ha pasado del estado de vapor á líquido, comienza el geológico.

I.—EPOCA AZOICA Ó SIN VIDA

Terrenos de sedimento.

TOMO III

Tal es, señores, en resumen, lo que nos dice la ciencia. He descartado de intento los términos técnicos, por que fatigarían vuestra atención, sin dar realce al cuadro que acabáis de presenciar. En este cuadro se hallan mezclados los hechos verdaderos con las hipótesis; mas bien comprendéis que para el paralelo que vamos á trazar de la narración bíblica y de la narración científica, debemos desentendernos de las hipótesis, y tener en cuenta solamente los hechos averiguados. Y estos hechos son bien pocos; y ni uno solo, que yo sepa, se omite en nuestro *Genesis*. Tal vez lo hayáis notado

II.—EPOCA PRIMARIA Ó PALEOZOICA

(LLAMADA DE TRANSICIÓN)

- 1.º Terreno cámbrico de Lyell.
- 2.º Terreno silúrico (país de siluros, Inglaterra), inferior y superior.
- 3.º Terreno devónico (Devonshire.)
- 4.º Terreno carbonífero ó de hulla.—Carbonífero marino inferior y superior.—Carbonífero lacustre.
- 5.º Terreno permio. (Permian, en Rusia.) Nueva grada roja de Zschstein.—Grada de los Vosgos.

III.—EPOCA SECUNDARIA Ó MESOZOICA

- 1.º Terreno triásico.
Arenisco abigarrada.
Caliza conchifera (muschelkalk).
Margas irisadas. (Keuper.)
- 2.º Terreno jurásico. (Jura.)
Lías.—Lías inferior, media y superior.
- 3.º Terrenos cretácicos.—Cretáceo inferior: capa neocomia y giasconia.
Cretáceo superior: banco tronense, senonense y coralífero

IV.—EPOCA TERCIARIA Ó NEOZOICA

- 1.º Terreno eoceno ó terciario inferior.
- 2.º Terreno mioceno ó terciario medio.
- 3.º Terreno plioceno ó terciario superior.

V.—EPOCA CUATERNARIA, Ó POST-PLIOCENA

Periodo glacial.—Diluvium.—Cavernas con huesos.
Epoca cuaternaria, correspondiente al periodo paleolítico de la arqueología prehistórica.

ya al escucharme; confirmemos ahora esto mismo con una exposición categórica.

La ciencia nos enseña que en el principio todo era confusión y tinieblas sobre la tierra; la Escritura nos dice que la tierra estaba desierta y vacía, y que las tinieblas tendían su negro manto sobre la faz del abismo. La ciencia ha averiguado que la luz es un fluido independiente de los cuerpos luminosos; la Escritura fija la aparición de la luz antes que la de los astros. La ciencia nos representa el globo primitivo anegado en las aguas en estado líquido y vaporoso; la Escritura

La edad de piedra se divide en dos épocas:

1.º EPOCA PALEONTOLÓGICA, SUBDIVIDIDA EN:

- 1.º Epoca de Saint-Acheul (Somme), caracterizada por toscos instrumentos de piedra de forma amigdaloides, tallados por los dos lados.—Aluviones cuaternarios inferiores de los valles.—Aluviones de altos niveles, superiores en forma de mesetas.—Mammoth y grande hipopótamo.
- 2.º Epoca de Monstier (Dordña) caracterizada por puntas de piedras talladas varias veces por un solo lado, y por grandes raspadores.—Bajos niveles, brechas, depósitos al aire libre y grutas.—Oso de las cavernas, rinocerontes con varices divididas. (Ticorinos).
- 3.º Epoca de Solutré (Saone et Loire), Langeria alta (Dordña) caracterizada por pedazos de sílex en hojas de laurel, tallados por los dos lados.—Depósitos descubiertos, despejados y grutas.—Mammoth, hiena, especies grandes de la familia *felis*, renos.
- 4.º Epoca de la Magdalena (Dordña), Langeria baja (id.) caracterizada por hojas de sílex muy abundantes, flechas con punta de hueso, y otros instrumentos de la misma materia.—Grutas y depósitos en la superficie.—Renos y uros muy abundantes.

2.º EPOCA NEOLITICA

Esta época no necesita subdividirse; está perfectamente circunscrita, como el tiempo que la mide; abraza la piedra pulimentada y todos los demás objetos del arte contemporáneos de esta piedra.

N. B. Para los que admiten que el sílex tallado pertenece al terreno terciario medio, la edad de piedra se remonta más allá del periodo cuaternario.

nos habla de las aguas inferiores y superiores. La ciencia nos dice que los continentes han aparecido en una época determinada; la Escritura nos muestra á Dios congregando las aguas en un lugar, y descubriendo el elemento árido. La ciencia nos enseña que la vida ha sido precedida de un período de muerte; la Escritura pone en el tercer día su aparición. La ciencia observa un orden progresivo en la producción de los vivientes, desde los vegetales más sencillos hasta los animales más perfectos; la Escritura nos describe el mismo orden á grandes rasgos. La ciencia afirma, apoyada en los datos experimentales, que la vida no toda ha sido producida á un mismo tiempo; la Escritura enseña que Dios ha empleado tres épocas en la producción de la vida. En fin, la ciencia dice que el hombre ha venido, en los últimos tiempos, á tomar posesión de su real dominio; la Escritura nos refiere en último término á la creación del hombre, que corona la obra de Dios, sin que conste que Dios se impusiese la ley de no crear después de él otros seres más imperfectos.

He aquí, señores, los puntos más culminantes de conformidad entre la ciencia y la Biblia, sobre los cuales debe fijarse toda nuestra atención. Entre estos puntos cardinales desaparecen, ó por lo menos se desvirtúan las dificultades más ó menos serias, pero que no pueden constituir una contradicción verdadera é insoluble si, como ya hemos indicado antes, se tiene en cuenta la incertidumbre de la ciencia y la naturaleza de la narración mosaica, esencialmente popular, poética y dogmática. Los sabios andan divididos sobre cuestiones que nos darían la llave de muchísimos misterios, si estuviesen definitivamente resueltas. Los unos quieren que el fuego haya sido el principio de todas las cosas; los otros dan con preferencia esta virtud al agua (1). Estos ven en la estratificación del globo el

(1) El sistema neptánico, que parece iba de vencida, vuelve á tomar nuevos bríos, y parece ser el más apto para la solución de las dificultades geológicas y bíblicas, según el abate Choquer: *La Géologie du Globe et les découvertes modernes*. Paris, 1876. (Número 2).

efecto de convulsiones formidables; aquéllos la consideran como depósitos tranquilos. Quiénes extienden, quiénes restringen el influjo de los fluidos; quiénes retardan, quiénes adelantan las influencias siderales sobre el desarrollo de la vida. Aquí se piden millones de años, más allá millares de siglos, para llenar las distancias que separan la era moderna del primer instante de la creación. Las suposiciones se oponen diametralmente unas á otras, y nosotros no podemos acomodarlas á nuestro Génesis sino mediante otras suposiciones más ó menos felices, que atiendan las dificultades sin resolverlas por completo.

Los trazados límites del discurso no me permiten entrar en pormenores sobre estas dificultades. Sólo me detendré en la principal: en aquella con que la ciencia ha metido más ruido y más espíritus posilánimes ha espantado: la dificultad cronológica. Renovad vuestra atención, señores.

«En vano, se nos dice, buscamos conformidad entre los hechos adquiridos y la narración bíblica; porque ésta no concede á la actividad divina para sus operaciones, más que el espacio de seis días de veinticuatro horas. Ahora bien; si hay alguna cosa demostrada, es que la extremada antigüedad del globo está escrita con caracteres indelebles en arrugas gigantescas, apenas cubiertas después de algunos millares de años por su epidermis. Nosotros ignoramos ciertamente el número exacto de años comprendidos en la suma total de los períodos paleontológicos; mas es evidente que para explicar, según la ciencia, cada uno de los períodos, necesitamos, por lo menos, algunos siglos, y en presencia de estos siglos, seis días son una irrisión verdadera. Luego vosotros, que nos habláis de la conformidad sobre los puntos culminantes, confesad que sobre el punto tan culminante del tiempo, la Biblia está en contradicción manifiesta con la ciencia. Confesad que nada tienen que ver esas apariciones mágicas que obedecen á un fiat, con las transformaciones científicas, resultado de gestaciones trabajosas y muchas veces seculares.»

Yo no haré ninguna concesión, señores, por la ra-

zón sencilla de que la dificultad propuesta es efecto de un desprecio. Se imaginan algunos que nosotros tenemos como un dogma definido por la Iglesia esta proposición: «Dios ha criado el mundo en seis días naturales,» y están en un error. La Iglesia no ha definido nada sobre el particular, y desde que comenzó la exégesis ha dejado siempre, sobre este punto, ancho campo á las interpretaciones. Y estas interpretaciones han discrepado en todos tiempos: y no podía ser de otra manera, porque la narración genesiaca, cuyas divisiones parecen claras á primera vista, nos deja inciertos sobre el valor real de ellas.

¿Cuanto tiempo medió entre el principio de la creación y la primera explosión del *fat* divino? La Biblia no lo dice. ¿Será preciso dar á los tres primeros días la misma duración que á los medidos por el sol, que no aparece hasta el cuarto día? No lo sabemos tampoco. En esta cuestión nada hay tan evidente como la oscuridad del *Genesis*. Por eso San Agustín, después de confesar que le era difícil entender lo que Moisés había querido expresar por los seis días, excogita una explicación enteramente ideal (1).

Según el Santo, en la creación no hay sino un tiempo inapreciable é indeterminado: los seis días designan el conocimiento angélico, en cuanto corresponden á las seis partes de la obra de Dios: conocimiento vespertino, como intuición de las cosas en sí mismas; conocimiento matutino, como visión de las cosas en el Verbo divino (2). Otros intérpretes, aunque menos sutiles, no quieren salir del mundo ideal. Unos creen que el escritor sagrado quiso expresar por los seis días el orden lógico del plan divino, más bien que la sucesión cronológica de las obras realizadas por su omnipoten-

(1) *Arduum quidem, atque difficillimum est viribus intentionis nostrae, volumina scripturae in istis sex diebus, mentis vivacitate penetrare, citram praeterierint dies illi; et addido septimo, nunc per volumina temporum, non re, sed nomine repetatur.* (*De Genesi ad litt.*, lib. iv, in initium.)

(2) Cf. D. Thom., I p., q. 74.

cia. Otros pretenden que Moisés ha abierto el canon de las Divinas Escrituras por la narración de una visión apocalíptica de lo pasado, como San Juan lo ha cerrado refiriendo la visión apocalíptica de lo porvenir. Cada uno de los días es un cuadro profético-histórico, que se desarrolla ante el espíritu del Profeta, y hay tantos cuadros cuantas son las fases principales en el drama de la creación; estas fases son seis en número, porque la acción divina debe servir de tipo y de medida al trabajo del hombre; mas es inútil tratar de enlazar los cuadros entre sí por medio de datos fijos; el Profeta ha prescindido del tiempo.

Estas interpretaciones me agradan, señores; sin embargo, si vosotros las halláis demasiado separadas del sentido natural de las palabras, veamos ahora este punto. «En el principio, dice la Biblia, crió Dios el cielo y la tierra.» ¿Qué principio es éste? ¿Es el principio de la creación propiamente dicha, ó el principio de una reorganización de elementos confundidos y de la tierra devastada por una gran catástrofe?

Responded. No podréis hacerlo, ni yo tampoco; porque Moisés pudo muy bien pasar en silencio la historia de los tiempos paleontológicos, y no empezó su narración sino cuando la Omnipotencia divina, renovando la faz de la tierra informe y des poblada, inaugura lo que vosotros llamáis Era moderna. Millones de siglos la habrán precedido, los cataclismos habrán trastornado el globo, y destruido repetidas veces la vida que le animaba. Después de un nuevo triunfo de las fuerzas destructoras, Dios pronuncia su *fat iuxta*, y en seis días naturales pone el mundo en el estado que contemplamos al presente. Tal es lo que se llama hipótesis de restitución (1).

¿Os desagrada esta hipótesis, señores? Ved, pues, aquí otra. La palabra *iom*, en lengua hebrea, significa,

(1) El abate Fabre d'Évieux, en su libro *Origine de la terre y del hombre*, defiende con mucho talento y erudición esta hipótesis.

en su sentido propio, día de veinticuatro horas; pero puede emplearse metafóricamente para designar un período indeterminado. ¿No se le podrá dar este último sentido en la narración mosaica, si la hermenéutica nos autoriza para ello?—Seguramente. La hermenéutica nos enseña que se puede y aun se debe preferir el sentido metafórico al propio, siempre que para ello tengamos razones graves. Pues bien, señores: dos son las razones graves que militan aquí en favor del sentido metafórico; por una parte, las revelaciones de la ciencia, en cuya presencia, si hemos de seguir el consejo de Santo Tomás, no debemos sostener un sentido que se opone á la verdad de los hechos; por otra, el fin que se propuso Moisés al referir esta historia. El quería establecer analogía entre la acción y el reposo de Dios, de una parte, y la acción y el descanso del hombre, de otra. Para esto necesitaba una semana típica, y no podía hacer resaltar bastante la idea de esta semana sino valiéndose de la palabra *día*, para señalar las divisiones. Mas si el día séptimo de la semana genésica dura todavía, después de tantos millares de años, no veo por qué los otros días hablan de ser más cortos que éste, y no representar en la anterior historia sagrada períodos indeterminados (1). Por lo demás, estos períodos no son una invención moderna; Bossuet los indicaba ya en estas notables palabras: «Dios, después de haber trazado el diseño del mundo, quiso adornarle mediante sus progresos diferentes, que le plugo llamar seis días» (2).

Resumamos lo dicho anteriormente.—La Iglesia nunca ha definido que el mundo fuese creado en una semana de días naturales. Ella nos deja en plena libertad de creer, ya sea en las divisiones lógicas de la acción divina, ya en los períodos indeterminados. Luego que seáis plutónicos ó neptunistas, convulsionistas

(1) Cf. Rensch: *La Biblia y la Naturaleza*. Lecciones XI y XII.
(2) Bossuet: *Elevaciones sobre los misterios*. Tercera semana, quinta elevación.

ó quietistas, millonistas ó millaristas, no podéis quejarnos con razón de que sois excluidos por la narración bíblica, y que no podéis concordar con ella vuestras hipótesis. La eternidad está á vuestra disposición, y nosotros esperamos tranquilamente que hayáis tomado de ella lo que os sea necesario, para fijar vuestra interpretación definitiva, que entonces será la verdadera: esperemos.

Mas ¡quién lo dijera, señores! la ciencia no se da por contenta con estas concordancias; pues, según dice, la humanidad no halla en ellas la cuenta de sus años. El hombre es evidentemente contemporáneo de las capas geológicas en que se hallan enterrados sus huesos, juntamente con los instrumentos de su trabajo y de su industria. Mas estas capas no pudieron ser formadas por una revolución brusca y repentina, sino por la acción lenta de diversas causas; acción que se manifiesta en el descenso de los aludes, en la profundidad de los valles de erosión, en el espesor de los depósitos de aluvión y en los de estalagmitas. Para explicar estos fenómenos se necesitan, por lo menos, algunos centenares de siglos, que la cronología bíblica no nos concede; porque ella cuenta los días de la humanidad, y, según sus cálculos, la humanidad no pasa más allá de sesenta siglos.

A esta dificultad podemos dar tres respuestas.

Y empecemos diciendo que, en caso de ser contemporáneo de algún hombre ó de alguna cosa, hay su más y su menos. Dos hombres son contemporáneos si han nacido en un mismo tiempo; un niño es contemporáneo de un viejo que murió centenario, si nació cuando el anciano contaba ya ochenta años. De esta manera, ¿no es el hombre contemporáneo de los terrenos cuaternarios? Es decir, que el *diluvium* no había llegado á su última fase, cuando el hombre apareció sobre la tierra para reinar, no sólo sobre las razas que habían de perecer, sino también sobre las que debían perpetuarse. En esta hipótesis, la cronología de la Biblia podría ya tal vez concordar con las observaciones de la ciencia.

Mas ¿por qué decir *tal vez*? La conformidad es tau-

to más fácil, cuanto que la Biblia no tiene cronología. El cómputo vulgar de la historia sagrada está fundado en combinaciones y datos que la Iglesia nunca ha defendido, y que es preciso aceptar con tanta mayor reserva, cuanto que el texto hebreo, el texto samaritano y el de los Setenta discrepan entre sí sobre este punto. Entre las cifras que nos dan los citados textos, hay una diferencia de más de mil años (1).

Por otra parte, cálculos ingeniosos permiten contar dos mil seiscientos sesenta y seis años entre el diluvio y el nacimiento de Abraham, en lugar de los doscientos veintidós que se cuentan de ordinario (2). ¿Quién nos asegura que los trabajos de los egiptólogos y de los asiríólogos en el estudio de las antiguas dinastías no nos obligarán a introducir todavía algunos millares

(1) Si se quiere evitar una multitud de incoherencias y absurdos en la narración particular de la vida de Abraham y de sus descendientes, es preciso admitir años religiosos de siete meses lunares. Hay, pues, en la Biblia años religiosos y años civiles, lo cual hace á la cronología más complicada. Deben combinarse juntamente estos años para conciliar entre sí los tres textos que dan, antes de la muerte de Abraham: el hebreo, 2008, el samaritano, 2249, y los Setenta 3474 años.

(2) Las cronologías de los caldeos, de los egipcios, de los asirios, de los chinos y de los indios no nos permiten creer, según ciertos críticos, que no haya más de doscientos veintidós años desde el diluvio hasta Tiaré. Debe, pues, cambiarse el cálculo que se hace ordinariamente en el capítulo xi del Génesis; esto es, en lugar de añadir los años de la generación unos á otros, sumar los años de la vida de los patriarcas, los cuales indican, no la edad de los individuos, sino el tiempo durante el cual permanecieron unidas las familias. Es necesario, pues, decir: Dos años después del diluvio, Sem engendró á Arfaxad; Arfaxad, que significa *separación*, pertenece en la persona de sus descendientes quinientos años con la familia paterna. Al fin de los quinientos años la familia de Arfaxad se separa de la de Sem, y entonces es engendrado el nuevo jefe Salé, Salé, que significa *reunido*, permanece en la persona de sus descendientes trescientos tres años con la familia de su padre Arfaxad. Después de los trescientos tres años, la familia de Salé se separó, y treinta años más tarde fue engendrado Heber; y así continuando las demás generaciones... Sumados todos los años llamados *años de familia*, dan el número de dos mil seiscientos sesenta y seis años desde el diluvio hasta el nacimiento de Abraham.

más de años en la cronología elástica de nuestros libros sagrados, acercándonos de este modo á grandes pasos hacia los remotos tiempos de que nos habla la ciencia?

Y la ciencia misma, ¿no se verá precisada á volver hacia nosotros? Porque, en último resultado, no se funda sino en cronómetros inciertos para la multiplicación de los siglos. Los depósitos que ella invoca no prueban la antigüedad de un terreno, sino en el caso de que las mismas fuerzas hayan obrado constantemente, desde el principio, en las mismas proporciones que en nuestros días (1). Mas no solamente es puesto en tela de juicio este principio por las más competentes autoridades, sino que también es contrario á la analogía. Seguid las fases de un movimiento vital en un individuo desde los primeros crecimientos hasta su completo desarrollo, y os venceréis de que las fuerzas vitales obran con más vigor é intensidad en el periodo de formación que en el periodo de simple conservación.

Lo mismo sucede en las fuerzas cósmicas, señores; lo que ahora hacen en un siglo, han podido obrarlo en un año cuando el mundo, nuevo todavía, buscaba el equilibrio de sus elementos. Por lo demás, muchas cosas pueden realizarse en quince ó veinte centenas de años.

Un antiguo druida que viniese hoy á visitar los lugares donde estuvo la antigua Lutecia, no quedaría menos admirado, seguramente, que un hombre cuaternario en presencia de las civilizaciones más brillantes de la era contemporánea.

¡Ah, nos habláis del hombre cuaternario! Es un moderno comparado con el sér misterioso cuyas huellas ha descubierto la ciencia, no en las capas superiores del terreno terciario, sino en las intermedias del mismo. Allí yacen sílex cuyo destino no puede desco-

(1) «Es imposible confirmar esta prueba.» A. Wagner.—La medida de la actividad, difiere según los tiempos; C. Vogt *Geologie*.—De Humboldt; *Cosmos*.—Pertz; *Autopsiologia*, Citada por Hestinger, *Apología del Cristianismo*, tomo II, Confer. xxii, pág. 86, edición de La Propaganda Católica.

necerse, y que por sus retoques, por sus cortes simétricos y artificiales, correspondientes á otros naturales, por sus señales de percusión, atestiguan los intentos, el trabajo y el uso de un sér que se ha proporcionado instrumentos y se ha servido de ellos. Si este sér es el hombre, como todo induce á creerlo, ¡cuán grande es su antigüedad, y cuán distantes estamos nosotros de los datos bíblicos! (1).

Señores: he querido darne cuenta por mi mismo del valor de esta dificultad. He visto con mis propios ojos y tocado con mis propias manos el terreno y los instrumentos en él hallados, y reconociendo la autenticidad y la importancia de este descubrimiento, nada me he conmovido; mis convicciones sobre la juventud relativa del hombre han permanecido tranquilas y serenas. Suponiendo que otras observaciones posteriores vengan á confirmar la única que se ha hecho hasta ahora, y permitan una afirmación general, esta

(1) Los instrumentos de pedernal de la época terciaria fueron descubiertos por el abate Bourgeois, director de la escuela de Pontlevoy, en el departamento de Thenay (Loire-et-Cher). He aquí los pisos del terreno en que se han descubierto:

- Aluvion cuaternario, con sílex, tipo de Saint-Acheul.*
- Veta de conchas fósiles. — Sílex tallados.*
- Arenas de Orleans. — Sílex tallados.*
- Caliza de Beauce compacta. — Sin sílex.*
- Caliza de Beauce en estado marino. — Sin sílex.*
- Marga arcillosa con acroterium. — Sílex tallados, muy escasos.*
- Marga con nódulos calcáreos. — Sílex tallados.*
- Mercia de marga lacustre y arcilla. — Abundantes sílex tallados.*
- Arcilla en sílex. — Sin sílex tallados.*

El pliocénico no existe en la comarca: los instrumentos se han tallado en el miocénico inferior con base caliza de Beauce: éstos son martillos, taladros, raspadores y fragmentos de cachillos.

Para asegurarse mejor de que la presencia del sílex tallado en el terreno miocénico no era efecto de una recomposición del terreno, el abate Bourgeois ha llevado al escarpulo hasta hacer abrir un pozo vertical en la colina. Sobre la parte compacta de la caliza de Beauce encontró, junto con otros instrumentos, un trozo con señales de percusión.

La autenticidad del trabajo y del yacimiento ha sido admiti-

afirmación no contradecirá, de seguro, en nada los datos históricos de nuestros libros sagrados. Porque una de dos: ó los sabios llegan á reconocer que habían exagerado el valor de sus cronómetros, y se ven obligados á admitir que sus terrenos son más modernos, ó bien nuevos descubrimientos nos dan motivos para suponer un sér antropomorfo, que haya sido en la admirable progresión del plan divino, cuyas armonías estudiaremos en la Conferencia próxima, el bosquejo y el precursor del hombre, y entonces debemos atribuirle los instrumentos de la época terciaria. ¿No habéis observado, señores, en el reino animal esos centros maravillosos de industria, que yo compararía á los de la sociedad humana?

Hay en él hiladores, tejedores, mimbreros, leñadores, albañiles, y hasta monárquicos y republicanos. ¿Por qué no habrá habido un tallador de piedras, esto es, un animal capaz de disponer groseramente la pie-

da por todos los hombres competentes en la materia que han visitado y estudiado por sí mismos el terreno. Según hace notar con razón el abate Bourgeois: Los hombres competentes para juzgar de semejantes descubrimientos no son los académicos, ni los arqueólogos, que han recogido algunas seguras polimentadas, ó bonitas flechas en forma de lengüeta; sino los hombres que han recogido sílex por millares, los han estudiado bajo todas las formas y en todos los estados, ánde el trabajo más tosco hasta el arte más delicado; hombres que no se contentan con mirar ligeramente instrumentos, sino que ven y examinan detenidamente series numerosas, y establecen comparaciones con tipos incontestables.

Con este procedimiento ha llegado el abate Bourgeois á una convicción tan profunda, de la cual es difícil no participar cuando se escuchan sus explicaciones. Véase su folleto (Braslas, 1873): *Los sílex con señales de trabajo humano, hallados en el terreno miocénico de Thenay.*

Debemos advertir sin embargo, que á pesar de esa convicción que suplen el orador, la Academia de Ciencias de Bruselas y la de París, después de oír á algunos de sus más sabios miembros, encargados de examinar la colección de Bourgeois, no ha admitido la explicación del señor abate, por no haber pruebas científicas de ser instrumentos de industria humana. Es decir, que, á juicio de las dos Academias, los supuestos instrumentos no son ni más ni menos que *juegos de la naturaleza.* (N. del T.)

dra para sus usos, y fabricar bien ó mal, martillos, tijeras, cuchillos, taladros y raspadores, para abrir los frutos, arrancar y limpiar las raíces de que se alimentaba? Bien considerado todo, los productos de su industria instintiva, comparados á los productos primitivos de la industria humana, no son más extraordinarios que la choza del castor comparada á la del salvaje.

Me detengo aquí, señores, por no abusar de vuestra atención. Sin duda quedan todavía otras dificultades que resolver; pero afirmo que no hay ninguna á la cual no pueda darse una respuesta satisfactoria, ó cuya solución no pueda legítimamente diferirse sin ofender á los que estudian en el libro de la naturaleza y sin herir la autoridad de nuestros sagrados libros. No pretendemos nosotros adelantarnos á la ciencia, porque no es ésta nuestra misión; pero la esperamos á pie firme en nuestras posiciones. ¿Qué digo? Poseedores de la ciencia suprema, promovemos todas las ciencias, y las convidamos á participar de los resplandores de su luz. Lanzaos en la inmensidad de los espacios ¡oh sabios! horadad la tierra, examinad sus capas más profundas, y llegad hasta su fuego central, y después venid á establecer en nuestra presencia el balance de vuestros descubrimientos; no nos asustaréis, no, ni siquiera podréis causar en nosotros admiración. Nosotros nos aprovecharemos de vuestros estudios; mas descartaremos con mano amiga las nubes con que rodeáis muchas veces la verdad, y purificaremos las aguas fértiles, enturbiadas con el cieno de vuestras preocupaciones. Vosotros nos acusáis, tal vez, de preveniciones injustas; os dejaremos hablar, y reconociendo vuestros servicios, no cesaremos, atendiendo á vuestro honor y al bien de las almas, de prestaros los nuestros. Continuad, pues, leyendo en vuestro libro: y si alguna vez llegáis á descifrar todos sus misterios, os hallaréis en presencia del Bossuet de la paleontología, que sabrá contaros palabra por palabra la historia natural y la historia sagrada, y convenceros de la perfecta armonía que reina entre los dos libros de Dios.

CONFERENCIA XIV

ARMONÍA DEL MUNDO

EMMO. SEÑOR, SEÑORES:

En nombre de la razón y de la ciencia hemos impugnado á los que pretenden hallar en el mismo mundo las pruebas de su autogénesis; hemos disputado con los sabios que, oponiendo á la narración bíblica los descubrimientos modernos, creen hallar contradicciones entre los dos libros de Dios: la naturaleza y la Biblia. Si se consideran atentamente nuestros argumentos y nuestras explicaciones, nadie podrá negarnos esta proposición formulada en la primera página de los libros elementales de nuestros dogmas católicos: «Dios ha criado el mundo en seis días.» Pacíficos poseedores de esta verdad fundamental, podemos contemplar ahora oportunamente la obra de Dios, admirando sus magnificencias y buscando en ella el reflejo de las perfecciones de su Autor.

La perfección divina existe en cada una de las cosas criadas. Esto es incontestable; porque la misma vez que con la virtud de su *fiat* llamó todos los seres criados á la existencia, proclamó igualmente su bondad: *Et vidit Deus quod esset bonum*. Sobre una escala en que el ser y la vida progresan indefinidamente, podemos seguir paso á paso las huellas y la imagen del Sér por excelencia, y de la vida infinita. ¡Cuán grande empresa sería la del que, pidiendo á todas las

dra para sus usos, y fabricar bien ó mal, martillos, tijeras, cuchillos, taladros y raspadores, para abrir los frutos, arrancar y limpiar las raíces de que se alimentaba? Bien considerado todo, los productos de su industria instintiva, comparados á los productos primitivos de la industria humana, no son más extraordinarios que la choza del castor comparada á la del salvaje.

Me detengo aquí, señores, por no abusar de vuestra atención. Sin duda quedan todavía otras dificultades que resolver; pero afirmo que no hay ninguna á la cual no pueda darse una respuesta satisfactoria, ó cuya solución no pueda legítimamente diferirse sin ofender á los que estudian en el libro de la naturaleza y sin herir la autoridad de nuestros sagrados libros. No pretendemos nosotros adelantarnos á la ciencia, porque no es ésta nuestra misión; pero la esperamos á pie firme en nuestras posiciones. ¿Qué digo? Poseedores de la ciencia suprema, promovemos todas las ciencias, y las convidamos á participar de los resplandores de su luz. Lanzaos en la inmensidad de los espacios ¡oh sabios! horadad la tierra, examinad sus capas más profundas, y llegad hasta su fuego central, y después venid á establecer en nuestra presencia el balance de vuestros descubrimientos; no nos asustaréis, no, ni siquiera podréis causar en nosotros admiración. Nosotros nos aprovecharemos de vuestros estudios; mas descartaremos con mano amiga las nubes con que rodeáis muchas veces la verdad, y purificaremos las aguas fértiles, enturbiadas con el cieno de vuestras preocupaciones. Vosotros nos acusáis, tal vez, de preveniciones injustas; os dejaremos hablar, y reconociendo vuestros servicios, no cesaremos, atendiendo á vuestro honor y al bien de las almas, de prestaros los nuestros. Continuad, pues, leyendo en vuestro libro: y si alguna vez llegáis á descifrar todos sus misterios, os hallaréis en presencia del Bossuet de la paleontología, que sabrá contaros palabra por palabra la historia natural y la historia sagrada, y convenceros de la perfecta armonía que reina entre los dos libros de Dios.

CONFERENCIA XIV

ARMONÍA DEL MUNDO

EMMO. SEÑOR, SEÑORES:

En nombre de la razón y de la ciencia hemos impugnado á los que pretenden hallar en el mismo mundo las pruebas de su autogénesis; hemos disputado con los sabios que, oponiendo á la narración bíblica los descubrimientos modernos, creen hallar contradicciones entre los dos libros de Dios: la naturaleza y la Biblia. Si se consideran atentamente nuestros argumentos y nuestras explicaciones, nadie podrá negarnos esta proposición formulada en la primera página de los libros elementales de nuestros dogmas católicos: «Dios ha criado el mundo en seis días.» Pacíficos poseedores de esta verdad fundamental, podemos contemplar ahora oportunamente la obra de Dios, admirando sus magnificencias y buscando en ella el reflejo de las perfecciones de su Autor.

La perfección divina existe en cada una de las cosas criadas. Esto es incontestable; porque la misma vez que con la virtud de su *fiat* llamó todos los seres criados á la existencia, proclamó igualmente su bondad: *Et vidit Deus quod esset bonum*. Sobre una escala en que el ser y la vida progresan indefinidamente, podemos seguir paso á paso las huellas y la imagen del Sér por excelencia, y de la vida infinita. ¡Cuán grande empresa sería la del que, pidiendo á todas las

ciencias que se ocupan en el estudio de la naturaleza, la descripción de las maravillas que cada una ha descubierto, se encargase de hacernos admirar la obra de Dios, en todos sus detalles conocidos! Yo dejaré para otros esta noble tarea, y me contentaré con una mirada general sobre el conjunto de la creación. Y ésta bastará para llenarnos de admiración; pues «la belleza de una obra, dice San Agustín, se manifiesta con más brillo en el conjunto que en sus partes. De cada cosa en particular la Escritura dice que es buena: del conjunto no basta decir que es bueno: es muy bueno, perfectamente bueno» (1). *Vidit Deus cuncta quæ fecerat et erant valde bona* (2). Estudiemos hoy, señores, el conjunto, la música sagrada y la armonía del mundo.

El mundo canta la gloria de Dios; sus penetrantes voces se confunden y se armonizan en un perfecto concierto, al cual podemos aplicar las reglas generales de la armonía. Y no hay armonía sin número: una nota puede ser sonora, pero no armónica. El número debe estar sujeto al ritmo; de otro modo nuestro oído no percibiría ningún canto en la sucesión de los sonidos. Sujetas al ritmo las notas, deben guardar la proporción de la variedad en la unidad; y si muchas veces una disonancia sabía, brilla instantáneamente en una frase musical, es preciso reducirla inmediatamente á un perfecto acorde que agrade al oído y dé reposo al alma. Número, ritmo, proporción de la variedad en la unidad; tres leyes fundamentales de la armonía, yoo han sido expresadas en estas palabras de la Escritura, conmovimiento aplicadas á la obra de Dios: *Omnia in numero, mensura et pondere disposuisti, Domine!* (3). •Todas las cosas habéis dispuesto, Señor, con núme-

(1) *Cam de singulis ageret, dicebat tantum: vidit Deus quia bonum est, cum antea de omnibus diceretur, parum fuit dicere bona nisi ad hæretur et valde... Omnia enim pulcherrimo multo est laudabilior in toto quam in parte.* (S. Agustín: *De Gen. contra Manichæ*, cap. xxi.)

(2) Génes., cap. i, v. 31.

(3) *Sapient.*, cap. xi, v. 21.

ro, peso y medida.» El mundo, unidad maravillosa, es una multiplicidad inmensa, medida por un arte infinito. En esta multiplicidad los elementos se agrupan y los grupos se componen de tal suerte, que todos se apoyan en un solo punto. Este punto es el infinito, de quien procede el mundo, Dios uno, cuyo número nos revela el poder fecundo, perfección del Padre Eterno; cuya medida nos declara la sabiduría admirable, perfección del Verbo; cuyo peso nos pone de manifiesto el amor sin límites, perfección del Espíritu Santo. He aquí, señores, el tema del cántico que intento haceros oír en este día, para aliviaros de las fatigas del razonamiento y de la aridez de las discusiones.

I

Lleno de admiración á la vista del campamento de los hebreos, exclamaba Balaam: «¿Quién podrá contar el polvo de Jacob, y saber el número de la stirpe de Israel?» (1)—Mi admiración es incomparablemente mayor, señores, cuando considero en la obra de Dios el ejército innumerable de los seres de que se compone. Colocado sobre una esfera móvil, más pequeña, respecto de la inmensidad de los espacios, que un grano de arena en las playas del Océano, contemplo extasiado los cielos. Mi vista descubre en ellos millares de resplandecientes antorchas; y esos millares de antorchas son otros tantos mundos más grandes que el sol que tiene á la tierra, mi patria, por un humilde satélite. Durante cincuenta siglos la humanidad ha transportado de uno á otro de esos mundos su imaginación embelesada; pero he aquí que la ciencia ha venido un día á despertarla, y le ha dicho: «Yo puedo extender la visión que te transporta, y multiplicar tus encantos. Mirad.—¡Oh maravilla! se ha agrandado el espacio, se han abierto profundidades inmensas, se han descubierto nuevos

(1) *Quis dinumerare possit pulverem Jacob, et nosse numerum stirpis Israel? (Num., cap. xxix, 10.)*

mundos, y el hombre atónito ha exclamado: ¡lo infinito!

Si, es lo infinito: ¡qué distancias y qué muchedumbre! El astro resplandeciente, que dista de nosotros treinta y ocho millones de leguas, toca en cierto modo los extremos de nuestra esfera. La pálida Luna, el excéntrico Mercurio, el centellante Venus, Marte con sus reflejos de púrpura, Júpiter con sus proporciones de gigante, Saturno con sus luminosos anillos, el misterioso Urano y el frío Neptuno, no se moverán solos en el espacio iluminado por los rayos del sol; una legión de astros, largo tiempo ignorados, combinan sus movimientos con las órbitas de los antiguos planetas. ¿Son éstos pequeños mundos que obedecen, desde el principio de las cosas, á las leyes de la creación, ó son por ventura los restos de grandes mundos, gastados por el tiempo, incapaces de retener alrededor de un centro enervado elementos más enérgicos? La ciencia está reuniendo los datos para dar su fallo sobre esta cuestión (1); pero no necesitamos esperar su respuesta para saber que todo nuestro sistema, sol, planetas, asteroides, meteoros, no tiene más importancia, en presencia de la inmensidad del universo, que una gota de agua de las que caen sobre la tierra. ¿Sabéis, señores, á qué distancia está, en el océano del mundo, la gota de agua más próxima á nuestra gota de agua, es decir, la estrella más cercana á nuestro sistema? No canséis vuestra imaginación, pues la realidad es más poderosa que vuestra fantasía; ocho mil millones de leguas nos separan de la estrella más cercana á nosotros. Internos en las profundidades del firmamento, pasad cuatro mundos más allá de la estrella polar, y ved aquí un astro que dista ciento sesenta mil millones

(1) Parece que la pequeñez de la masa total de los planetas menores, el cruzamiento de sus órbitas, la forma polidrica que se ha reconocido en ellos, la ausencia de toda atmósfera, y, finalmente, la gran distancia que los separa del sol, son otras tantas razones para creer, con Olbers, que estos planetas son fragmentos separados de un astro, único en otro tiempo. (Estanislao Meunier: *Le ciel géologique*, cap. III, pág. 192.)

de leguas. Más allá las cifras se aumentan, la imaginación se confunde, y la ciencia cuenta sin cesar: cien años, mil años, diez mil años, mil siglos, diez mil siglos. ¡Qué lenguaje es éste, señores? ¡Por qué hablar de años y de siglos, pues no puede fijarse el número de leguas? Hay estrellas tan distantes de nosotros, que un mensajero velocísimo no puede recorrer el espacio que las separa de nuestro globo, sino en cien años, mil años, diez mil años, mil siglos, diez mil siglos, con pasos de relámpago; con pasos de relámpago, porque este mensajero es la luz, la luz, que recorre setenta y cinco mil leguas por segundo.

¿Qué distancias, gran Dios! Pero entre estas distancias, ¿creéis que no hay sino tinieblas y un helado abismo de vacío?—No.—El telescopio, á medida que se va perfeccionando, nos revela más allá de esas seis mil antorchas que distinguimos á simple vista, millones y millones de soles, á los cuales cada día se agregan otros nuevos, cuya luz, viajera desde el día de la creación, llega hoy ó llegará mañana á nosotros. Y esos millones de soles son los restos apagados de una nebulosa que nos lleva al impulso de su movimiento; y á distancias inconmensurables existen otras nebulosas cuyas órbitas están pobladas por millones de soles. ¡Qué números! Pues no es esto solo. Más allá del último rayo de luz que alcanzan nuestros más poderosos instrumentos de óptica, el espacio no termina aún; entre los soles, restos de las nebulosas, no vemos, no podemos ver, y tal vez no llegaremos á ver jamás otros restos, el innumerable ejército de planetas y asteroides que giran alrededor de esos soles como centros.—*Quis dimittente possit pulcherrim?* ¿Quién podrá contar las estrellas del cielo?

Y no obstante, señores, esa multitud inconmensurable no representa todos los números de la creación, que se divide en tantos seres cuantas sea las partes que la constituyen; y estas partes se multiplican en el infinito *descendente* con una prodigalidad no menos admirable que los grupos en lo infinito *ascendente*. La mirada de la ciencia, dirigiéndose de las fronte-

ras de la inmensidad hacia las fronteras de la nada, ve surgir una infinidad de mundos microscópicos. No hablo de los átomos inorgánicos, unidos entre sí por las leyes de la atracción molecular, sino de los seres vivientes. Admirados de la fecundidad de las plantas y de los animales, nuestra imaginación confundida rehúsa representarnos el número de briznas de las hierbas, y el número de los infusorios é insectos que alcanza á distinguir nuestra vista; pero á la mirada de la ciencia las briznas de las hierbas se convierten en bosques, y el arador es un monstruo gigantesco. Ved ahí en los reinos vegetal y animal los microfítos y los microzoarios; los microfítos, de los cuales se necesitan mil millones para igualar en volumen á una gota de agua; los microzoarios, de los cuales un millar no pesa un gramo, y cuarenta millones apenas ocupan con sus conchas algunos centímetros cúbicos, y se acumulan por millares en un átomo del más fino polvo (1). Estos vivientes existen en todas partes: en el aire, en el agua, en la tierra, en nuestro cuerpo y hasta en nuestra sangre. Los veréis balancearse sobre un rayo de sol; legiones de ellos atravesarán vuestras fauces cuando comáis, cuando bebáis y cuando respiráis: bajo vuestros pasos forman capas, capaces de sostener ciudades enteras. Sus órganos, sus miembros, sus funciones, sus costumbres, son otras tantas maravillas. Hay entre ellos, á pesar de su pequeñez, gran desigualdad, pues cuentan sus aradores y sus elefantes. Los unos conservan, desde su nacimiento hasta su muerte, formas determinadas; los otros, verdaderos Proteos, sufren más de cien metamorfosis por día. Los crearáis frágiles, y resisten más que vosotros; los hielos y los desiertos, el calor y el veneno, todo lo soportan. Muchas veces aparecen secos y muertos, y una sola lágrima del cielo sobre la abrasada arena, una gota de rocío

(1) Cf. Erenberg: *Los animales infusorios... Mirada sobre la vida orgánica oculta en la naturaleza*.—Cf. M. Schwiaigintweit: *Memoria leída en el Instituto el 4 de Agosto de 1868, sobre la tierra travada recientemente por el del Tibet*.

basta para volverlos á la vida después de muchos años de una muerte aparente (1). Así, pues, cuando vuestra vista haya recorrido la tierra y contado los seres vivientes, aun le falta mucho que andar; la flora y la fauna microscópicas son mucho más extensas que la la fauna visible. ¿Quién podrá contar este polvo de flora y vida? *Quis dinumerare poterit pulverem?* Y tanto más, señores, cuanto que el número incommensurable de este polvo debe multiplicarse probablemente por sí mismo tantas veces, cuantos son los mundos creados en el espacio. Esto es abrumador, pero escuchad; yo oigo una voz que dice: «¡Aun más, aun más!»

¿Adónde volver la vista? No á la tierra, señores, ni al cielo de los astros. Salvad las fronteras de la nada, atravesad el universo, y en el punto extremo en que la ciencia os abandona, preguntad á la fe si no hay más que enumerar. ¡Oh prodigio! Los números de la materia desaparecen y se borran en presencia de los que nos muestra la fe. El ejército de ángeles, con sus escuadrones incorpóreos, remonta hacia el infinito su perfección en escala siempre ascendente. ¿Cuántos son?—El Profeta vió un millar de millares que ejecutaban las órdenes de Dios, y mil millones que estaban en su presencia (2). El gran Apóstol cuenta una multitud de muchedumbres de miles, *multorum millium frequentiam* (3). San Juan, miradas de miradas, esto es, un

(1) Si la simple vista nos muestra la vida extendida en toda la atmósfera, con el auxilio del microscopio nos descubrirá mayores maravillas: Rocífitos, brangiones y una infinidad de animalculos son levantados por el viento de sobre la faz de las aguas que se evaporan. Sin movimiento, arrojados en una muerte aparente, revolotean en el aire acaso por años enteros, hasta que el rocío los hace caer en tierra, disuelve la cubierta que envolvía sus cuerpos transparentes, y con su movimiento vertiginoso, y probablemente por medio del oxígeno que todas las aguas contienen, se excita de nuevo la irritabilidad de sus órganos. (De Humboldt: *Cuadros de la naturaleza. Ideas sobre la fisiología de los espaldas*.)

(2) *Millia millium ministrabant ei, et decies milles contena millia assistebant ei.* (Daniel, vii, 10.)

(3) Hebr., cap. xii, vers. 32.

ejército innumerable que nadie basta para poderlo contar: *Turbam magnam quam dinumerare nemo poterat* (1). En efecto: «es preciso creer que no pueden contarse, dice Bossuet; y la prodigiosa multiplicación que se ha hecho por los mayores números, sólo indica que son innumerables, y que el espíritu humano se pierde en esta inmensa muchedumbre. Contad, si es posible, las arenas del mar ó las estrellas del cielo, las visibles y las invisibles, y creed que no habéis llegado al número de los ángeles. Nada le cuesta á Dios multiplicar las cosas excelentes; y lo que hay de más bello es lo que, por decirlo así, El más prodiga» (2).—¿Y cuál es la razón de esto?—Porque lo que Dios intenta en la creación principalmente, dice Santo Tomás, es la perfección del universo, que se aproxima, en cuanto es posible, á su propia perfección, la cual le comunica multiplicando sobremanera las cosas más perfectas. No pudiendo comunicar á los ángeles la inmensidad de extensión, que sólo conviene á los cuerpos, les comunica la inmensidad de número, de tal suerte, que exceda incomparablemente en multitud á todas las sustancias criadas» (3).

Si el número pudiera ser infinito, estaríamos, señores, en presencia de lo infinito; pero el número, por más grande que se le suponga, no puede tener esta perfección acabada, propia de solo un sér colocado á

(1) *Apocalyp.*, cap. v, vers. II; cap. vii, vers. 9.

(2) Bossuet: *Elevaciones sobre los misterios*: semana 4.^a, elev. 1.^a

(3) *Dicendum est, quod etiam angeli secundum quod sunt immateriales substantie, in quidam multitudine maxima sunt, cumque materiam multitudinem excedentes. Et hoc est quod dicit Dionysius (4 cap. Celest. Hierarch): «Multi sunt beati exercitus supernarum mentium, infirmam et constictam excedentes nostrorum materialium numerorum commensurationem.» Et hujus ratio est, quia cum perfectio universi sit illud quod Deus intendit in creatione rerum, quanto aliqua sunt magis perfecta, tanto in majori excessu sunt creata á Deo. Sicut autem in corporibus attenditur excessus secundum magnitudinem, ita in rebus incorporeis potest attendi excessus secundum multitudinem... Unde rationale est quod substantie immateriales excedant secundum multitudinem substantias materiales quasi incomparabiliter. (Summ. Theol., 1 p., q. 50, a. 8.)*

gran distancia sobre todo número. No obstante, tal cual es el número de las cosas creadas, traspasa los límites de nuestra experiencia, los cálculos de nuestro espíritu y los esfuerzos de nuestra imaginación. Si nosotros pudiéramos contar los seres, una ilusión sacrilega nos haría creer fácilmente en nuestra divinidad; ¡que tanta es la fuerza del orgullo para llevarnos hasta la extravagancia! Mas ahora, oprimidos por la inmensidad, nos vemos obligados á confesar nuestra pequeñez y nuestra nada. La ciencia exagera igualmente este acto de humildad, y yo tendré ocasión más de una vez de revelarles la profunda immoralidad de ese orgulloso desdén con que nos mira, y la prostración á que nos condena. Notad aquí, señores, la extraña inconsecuencia de esos hombres que, rasgando el velo que ocultaba la naturaleza, nos presentan perspectivas infinitas, y rehusan ver en ellas el reflejo de la perfección, la única que puede explicarnos tanta grandeza. El mundo, por cualquier lado que se le considere, es un enigma indescifrable, si se prescinde de la causa fecunda que ha producido, con una prodigalidad en cierto modo infinita, los seres de que él se compone. Demasiado pequeño á la vez, puesto que se divide, y demasiado grande, puesto que no llegamos hasta sus fronteras, nos invita á reconocer y adorar la omnipotencia de su Creador.

¡Oh Dios! Más que vuestra existencia, es vuestra insagotable fecundidad y vuestra infinidad lo que nos revela con la proyección indefinida de los números en las cosas creadas. Pero estos números no son sino elementos confusos de la armonía, que debe mostrarnos en vuestra obra más claros indicios de las armonías eternas. Mostradnos vuestra sabiduría en la medida, como nos habéis mostrado vuestro poder en los números.

Señores: las combinaciones que pueden sufrir los números crecen en proporciones tan colosales á medida que aumentan, que no podemos hacer treinta sin

que la imaginación se confunda. Dos unidades no se combinan sino dos veces; pero tomad cinco unidades, y tendréis ciento veinte combinaciones; tomad doce, y tendréis una suma enorme de cuatrocientas setenta y nueve millones mil seiscientas combinaciones. Juzgad por aquí cuál sería el desorden del universo si el Omnipotente, que ha multiplicado los seres en una proporción casi infinita, no hubiese dado á todos y á cada uno la justa medida que convenia á la belleza de las partes y á la perfección del todo.

Los números de la creación son armoniosos, pues la Sabiduría divina ha regulado su valor, su movimiento y la fórmula de su expresión; como el artista regula el valor, el movimiento y la expresión de las notas y frases musicales que reúne en un canto sublime.

Escuchad esta Sabiduría eterna é infinita, que ha hablado al santo Job en otro tiempo, para corregir los insensatos discursos de sus amigos: «Ella es la que echó los cimientos de la tierra, determinó sus medidas y tiró sobre ella la primera cuerda de medir. Ella puso diques al mar, cuando se derramaba por fuera, como quien sale del vientre de su madre, y dijo: «Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá; aquí se quebrantará la soberbia de tus olas.» Ella manda á las estrellas de la mañana, muestra á la aurora el lugar de su nacimiento, traza á la luz sus vías misteriosas, al aquilón su camino, al torrente desbordado su paso y al relámpago su derrotero. Ella saca del tesoro de las aguas el rocío de la mañana, las lluvias del otoño y las nieves del invierno: ella concentra las centellantes pléyades de Tauro y dispersa las estrellas de Orión. Ella prepara la presa á la leona, y regocija á sus cachorros; fabrica los peñascos donde pare la ciorra, concede su libertad al onagro, sus galas al pavo real, al avestruz la ligereza de sus pies, que desafia al caballo y al jinete; al caballo su crin ondulante, su resuello aterrador, su fuerza y su bravura, que espanta al enemigo; al águila el vuelo tan poderoso con que se remonta hasta las nubes, y la mirada tan penetrante con que descubre á muchas leguas su presa. Ella ha creado á Behe-

mot (1), Behemot de ríñones sólidos, de ijares macizos, de cola terrible, de músculos entretreídos, de huesos de bronce y de terrillas de hierro. Esta es la obra maestra de sus manos. Los mentes más altos producen heno para él, y las bestias del campo retozarán junto á él; duerme en los lugares secretos, en medio de los juncos floridos y en el fango de los marjales, los cañaverales le cubren con su sombra y los sauces del arroyo le protegen con sus hojas. He aquí que se soberbía un río, y no se maravillará, y se promete que el Jordán entrará por su boca. La Sabiduría es la que ha formado á Leviatán, armado de feroces dientes y cubierto de terribles escamas: Leviatán de aliento de fuego, y de corazón duro como una roca: Leviatán que desafia la espada, la lanza, el dardo, la flecha y la clava. Debajo de él están los rayos del sol, y hace hervir como una olla el fondo del mar, y lo pone como cuando hierven los perfumes de Oriente. El fin creado para no temer á nadie... él es el ray de los hijos de la soberbia. En fin, ella es, la sabiduría de Dios, quien da á los animales el instinto y al hombre la inteligencia» (2).

He abreviado, señores, el canto divino, que á su vez no es sino un resumen de los acentos sublimes de la Sabiduría eterna, formando un concierto con los números infinitos de la creación. Podéis descender á todos los reinos, seguir sus variedades, preguntar á cada grano de arena de que se compone el universo, y pedirle su medida, que él os responderá. Sustancias, formas, movimientos, relaciones, todo está contado y colocado con un arte infinito, que llena de asombro á los sabios, áun á aquellos que no quieren elevarse sobre una experiencia vulgar. Un mineral con sus maravillosas combinaciones, una brizna de hier-

(1). Parece que la divina Sabiduría nos describe aquí, bajo el nombre de Behemot, el hipopótamo ó caballo marino, así como la ballena, bajo el nombre de Leviatán; aunque no falta quien por Behemot entienda el elefante, y por Leviatán el cocodrilo. (N. del T.)

(2). Job, caps. xxxviii ad xlii.

ba, un musgo, un insecto microscópico por los prodigios de su nacimiento, de su desarrollo, de su fecundidad, de la composición y disposición de sus órganos; ¡qué digo! una colmena de abejas, un nido de pájaros, una simple tela de araña, se ofrecen á nuestra consideración como otras tantas armonías: ¡cuánto más los espíritus con sus puras y tan admirables operaciones! Mas ya os he dicho, señores, que no seguiremos á las ciencias en sus trabajos particulares, ni nos daremos cuenta del valor, del movimiento y de la expresión de cada nota y de cada frase musical en el grandioso himno de la creación. Limitarémonos, pues, á un ligero estudio del ritmo general que produce la belleza del conjunto.

Lo que desde luego me admira en este conjunto es la progresión de los seres, y la simplicidad de sus leyes. Los seres se distinguen entre sí por una medida propia á cada uno de ellos; pero podían estar dotados de esta distinción en medio de la sencilla uniformidad de ritmo, que haría de la creación una obra inmensamente triste y enojosa. En lugar de esto, señores, los vemos sucederse unos á otros sin confundirse nunca, y subir hacia lo infinito por líneas progresivas, donde se oye á cada paso el *crescendo* de la perfección. La idea divina se manifiesta con tanta claridad en la disposición metódica de todas las existencias reunidas, que es preciso haberse obstinado en cerrar los ojos para no descubrir allí el plan de una sabiduría sublime. Los antiguos se complacían en recorrer la escala misteriosa que desde el ser á la vida, desde la vida á la sensación, desde la sensación á la inteligencia, los conducía hasta los atrios santos de la morada celestial (1).

(1) In rebus omnibus inanimata corpora infimam locum tenent, in quibus emanationes aliter esse non possunt nisi per actionem unius eorum in aliquid alterum...

Post inanimata corpora proximum locum tenet plantae, in quibus jam emanatio ex interiori procedit.

Ultra plantarum vero vitam altior gradus vitae invenitur,

¡Cuál sería hoy su gozo si, aprovechándose de los descubrimientos de la ciencia, pudieran aproximar más, mediante clasificaciones más completas, los escalones tan distantes, por los cuales se elevaban, sin embargo, con tan entera confianza! No hay cosa más árida que una clasificación científica, si se estudia sólo someramente; mas si se busca en ella la idea que la ha hecho posible, se deja oír una solemne expresión del sagrado ritmo del universo. Las diferencias de formas y de propiedades secundarias determinan las variedades, pero la variedad pertenece á la especie; una distinción elemental é inmediata, y los límites de fecundidad de los vivientes determina la especie, pero la especie pertenece al género: la ausencia de ciertos caracteres comunes, muy importantes y muy notables, diferencia los géneros, pero los géneros pertenecen á la familia; y reduciendo de este modo las semejanzas hasta llegar á la unidad de un carácter fundamental, extendido en una inmensa multitud, se ven pasar los seres de la familia al orden, del orden á la clase, de la clase al tipo, y del tipo al reino. Los reinos parecen separados por abismos, si no se atiende más que á su definición, pero en realidad están contiguos.

En las fronteras inferiores del mundo orgánico flotan indecisos centros de células rudimentarias, que apenas se distinguen de la materia inorgánica; y en los confines inferiores de la vida sensitiva el microscopio nos descubre organismos elementales, que parecen oscilar entre el reino vegetal y el reino animal. Recorriendo una por una las clasificaciones científicas,

que est secundum vitam sensitivam, cupis emanatio propria, etiam ab exteriori incipit, in interiori tamen terminatur...

Supremus et perfectus gradus vitae est secundum intellectum; nam intellectus in seipsum reflectitur, et seipsum intelligere potest...

Perfectior est intellectualis vita in angelis in quibus intellectus ad sui cognitionem non procedit et aliquid exteriori, sed per se cognoscit seipsum...

Ultima perfectio vitae competit Deo, in quo non est aliud intelligere et aliud esse. (D. Thom. Summa contra Gentes, lib. iv, cap. xi.)

cas, es fácil seguir la marcha ascendente de la perfección en la escala de los seres: perfección de la composición elemental y de las formas geométricas en los cuerpos inorgánicos, desde los cuerpos puramente amorfos hasta el más fino, más elegante, más brillante, más precioso de cristales; perfección de los tejidos y productos en los vegetales, desde los más sencillos líquenes hasta el cedro de las montañas, el roble de los bosques, y el árbol fértil de los jardines; perfección de la construcción del organismo y de las funciones en los animales, desde el más oscuro infusorio hasta el más noble de los vertebrados. Todo crece, se ensancha, sube y llega, por una progresión no interrumpida, al punto en que la materia debe unirse con la inteligencia.

Más ¿cuál es ese término en que la materia está unida á la inteligencia? Lo habéis adivinado ya, señores: sois vosotros, soy yo, es la humanidad. La humanidad, especie, género, familia y reino, único en que se reúnen todas las perfecciones del mundo inferior, y donde empieza la perfección del mundo superior. Porque, como habéis oído hace poco, hay un mundo superior, el mundo de las sustancias espirituales, más numeroso que el de las sustancias materiales. Allí cada ser se distingue de los otros seres, como una especie se distingue de otra especie; allí las especies se distribuyen en nueve coros; allí los coros se unen en tres jerarquías; allí la Sabiduría divina ha regulado el número; allí progresan, tendiendo sin cesar hacia la perfección infinita, la inteligencia y el amor; allí se continúa y se acaba, por una explosión suprema, un trino inefable, el ritmo comenzado en los confines inferiores de la creación. Admirad la obra de Dios, señores: aquí abajo, tres reinos ascendentes; allí arriba, tres jerarquías ascendentes; en el intermedio, un reino mixto llenando el abismo que separa la materia del espíritu; la suma *siete*-número místico, sobre el cual reina eternalmente la perfección infinita, la armonía divina. Descended y volved á subir esta escala sagrada; escuchad cada una de las notas y cada una de las frases

del himno universal, y por todas partes oiréis, más débil si estáis abajo, y más fuerte si estáis arriba, este grito de las criaturas: «Yo subo á mi Padre.» *Ascendo ad Patrem.*

Con la progresión de los seres admiro igualmente, en el conjunto de la obra divina, la simplicidad de las leyes; esto es, ese pequeño número de leyes generales á las cuales se reducen, como ramas á su tronco, todas las leyes particulares que causan la variedad en una vasta unidad. Y en primer lugar, veamos la ley de la composición, en virtud de la cual los mismos elementos entran con proporción invariable, sea por afinidad, sea por asimilación, en la composición de todos los cuerpos terrestres y celestes. Hemos analizado la tierra, señores, y reducido á un número limitado los primeros principios de todos los cuerpos contenidos en ella. Esos principios, ¿no son bastante groseros para formar los resplandecientes astros que pueblan la inmensidad del firmamento? ¿No deberíamos inventar una materia más sutil, más pura, más digna de aquellos focos que derraman torrentes de luz? No.—El cielo nos ha enviado las cenizas de sus planetas apagados. ¿Qué digo? Hemos interrogado á la luz misma, la hemos obligado, por el análisis del espectro, á que nos descubra el misterio de la composición de los soles, de que ella es para nosotros veloz mensajera; y ved aquí lo que nos ha dicho la luz: «La composición del universo físico no es tan variada como pudiera creerse *a priori*; ella tiende á reproducir un mismo plan general sobre escalas diferentes... Si; las nebulosas y nuestro globo difieren mucho desde el punto de vista de la constitución, y no obstante tenemos la prueba de que obran en ellos las mismas fuerzas, y de que cierto número de *elementos* son comunes. Las estrellas, por lo menos las más brillantes, presentan respecto de nuestro sol, á pesar de la enorme distancia que de él las separa, tales caracteres de semejanza, que es muy probable que tengan una constitución enteramente análoga á la suya. Asimismo, las nebulosas irresolubles están formadas de gases muy análogos á los que constituyen los co-

metas y las estrellas errantes; gases que entran igualmente en la composición de nuestro planeta, transportados á él por estos últimos meteoros. Esta unidad de constitución en los astros dispone el espíritu á considerarlos como procedentes de un mismo origen (1). Esperemos un poco más, señores, y la tierra, completamente explorada, y comparada con el cielo mejor estudiado, proclamará la gran ley de la unidad de la materia elemental en toda su extensión.

Esta materia elemental, dominada por una fuerza trascendental, se convierte en los seres vivientes en un elemento orgánico, la célula. Aquí, como en el mundo inorgánico, todo se ajusta á una misma ley, todo pasa por las mismas proporciones y por la misma medida. ¡Qué inmensa variedad de formas en las innumerables legiones de seres comprendidos en los dos reinos, animal y vegetal! Sin embargo, á pesar de esta variedad, á pesar de los misterios extraños de la metagenesis, que altera las generaciones; á pesar del cuidado receloso con que ciertos seres ocultan su himeneo, la experiencia nos permite afirmar que un viviente no se conserva ni se aumenta sino por la asimilación; que todo viviente nace de huevo y del acto generador (2).

Regulados de esta suerte en su formación todos los seres, desde los que se mueven bajo la influencia de una ley particular, como los flúidos, las aguas, la savia vital sometida á una maravillosa circulación, hasta los que se mueven al impulso de una voluntad propia, todos obedecen á una misma ley de movimiento. De una molécula á otra, de un astro á otro, la atracción, proporcional á la masa y á la distancia, establece una especie de misteriosa simpatía. Haría del mundo entero un solo cuerpo compacto é impenetrable, si otra fuerza no trabajase por separar los elementos

(1) Estanislao Meunier: *Le ciel géologique*, esp. 1, conclusión.

(2) Esta gran ley del origen de la vida, *Omne vivens ex ovo*, proclamada por Linneo, cada día es confirmada por la experiencia.

que ella tiende á reunir. Sometidos á esta fuerza los planetas, con todo lo que contienen, circulan, sin jamás pararse, alrededor de los soles; y los soles mismos siguen su camino desde el día de su nacimiento, para verificar su inmensa revolución alrededor de un centro desconocido, encubierto por el espacio á nuestras investigaciones, pero que nos hace sentir sus lejanas influencias. Por una analogía admirable, este ritmo general del movimiento y esta vasta unidad del firmamento se reproducen en el mundo de los espíritus. Todos gravitan alrededor de un mismo centro, que se llama la verdad y el bien, en cuanto atraen á sí el entendimiento y la voluntad. Y así como de los movimientos de la materia resultan la luz y el calor, así de los movimientos del espíritu resultan la luz pura del pensamiento y el calor santo del amor.

Desearía, señores, detenerme, pero el tiempo pasa, y me advierte que debo ceñirme sólo á indicaciones generales. Otro asunto nos ofrecerá ocasión de examinar más de cerca las leyes del mundo espiritual. He dicho lo bastante para que podáis daros cuenta de los números sujetos al ritmo. Con todo, esta belleza oculta en las profundidades del universo, no habla sino á la razón ayudada de la ciencia. ¿Y no ha hecho nada la Sabiduría divina por la razón popular, prevenida siempre por la imaginación? No lo penséis así. Dios sabe adornar, mejor que los artistas humanos, sus combinaciones admirables de la belleza universalmente inteligible con contrastes y limitaciones. Bien podrá no comprenderse, al escuchar una buena pieza de música, las distancias matemáticas de los sonidos; pero las oposiciones de tonalidad, de movimiento y de expresión, y los cantos imitados que se siguen y se repiten de una parte á otra, sobre todas las notas de la escala musical, encantan el oído del oyente más vulgar. Lo mismo sucede en el mundo. El mundo está lleno de contrastes: contrastes del orden físico y del orden moral; contrastes de la tierra y del cielo; contrastes de los climas y de las estaciones; contrastes de la luz y de las tinieblas, de grandeza y de pequeñez, de fuerza

y de debilidad, de rigidez y de flexibilidad, de desalifio y de gracia; contrastes de alturas y de abismos, de tempestades y de grandes calmas; contrastes de la vida y de la muerte; contrastes de pensamientos sublimes y pensamientos vulgares, de pasiones violentas y de pasiones apacibles, de costumbres civilizadas y de costumbres bárbaras; y en el fondo de este contraste, el contraste de este movimiento universal de todas las cosas en el eterno reposo de las leyes.

Transportada violentamente la imaginación de una cosa á otra, mediante los contrastes, se acerca nuevamente al conjunto mediante las imitaciones. El firmamento se nos ofrece como un vasto campo, cuyas flores son las estrellas, flores desde mucho tiempo abiertas, y no obstante flores perecederas que, al marchitarse, dejan caer en los espacios, y en lluvia de fuego, los pétalos luminosos de sus deshechas corolas; aquí en la tierra las flores de las praderas son las estrellas. Competiendo con el cielo, revistese el Océano, durante las noches templadas y apacibles, de fuegos móviles, que se levantan de las profundidades del abismo sobre la faz de las aguas; mientras que sobre curvas trazadas en el fondo de los mares, giran las estrellas vivientes y crecen las flores animadas, margaritas de purpura y pálidas anémonas. Hay en él igualmente sus praderas, sus bosques, sus caminos, sus rebalcos tímidos, sus carníceros, sus bestias fieras y sus gigantes. A su vez la tierra tiene sus olas tempestuosas; rocas, desfiladeros, colinas, montañas y llanuras interminables, desiertos, estepas y sabanas que imitan las ondulaciones, los furoros y la inmensa extensión de los mares. Los reinos de la naturaleza se prestan uno á otro notas y frases imitativas. Los cristales florecen en el fondo de las grutas; los verdís durante los días rigurosos transformarse en líquenes, musgos y helechos transparentes. Las plantas reproducen en sus tallos y caprichosas corolas las formas de reptiles y de insectos, así como la semblanza de los animales. En desquite de la ley que los tiene fijos al suelo, emprenden largos viajes, arrastrándose como serpientes, na-

dando como peces, ó bien enviando sus granos alados como aves, á visitar otras comarcas, y á fundar lejanas colonias. ¿Qué es aquel insecto colocado sobre el verde césped? Es un rubí, un zafiro, un topacio, una esmeralda, una piedra preciosa en movimiento. ¿Y ese otro que yo iba á coger? Es una flor que vuela y que acaba de separarse de su hermana.

Y la pobrecita dice á una mariposa encantadora: «No te vayas: mira cuán diferentes son nuestros destinos; yo me quedo, y tú te marchas. Sin embargo, nos amamos y vivimos sin los hombres, y apartadas de ellos: nos asemejamos, y dicen que las dos somos flores. ¡Oh! ¿Por qué á nuestro amor se le acaban los días felices? ¡Oh rey mío, toma asiento aquí conmigo, ó dame tus alas para seguirte!» (1).

¿Qué de imitaciones, hasta de sociedad, de industria y de pasiones humanas, en las monarquías siderales, en las repúblicas animales, y en los trabajos, combates y amores de los seres que no tienen para esto sino las inspiraciones del instinto! En la belleza popular, tanto como en la belleza científica de la creación, se

(1) Dijo la pobrecita
Con timbre fino:
No te vayas, hermosa;
Mas si el destino
¡Oh mariposa!...
Es distinto del mío,
Vuela con brío,
Separada del hombre
Las dos queridas,
Tiernas nos carcíamos
Siendo creídas,
Cual lo añhelamos,
Hermanitas de flores,
Juntas de amores.
Sea eterno el cariño
Que me regulas;
Haz asiento á mi lado;
Si no, tus alas
Dame, y tu vado
Seguiré con ventura
Por aura pura.

(VICTOR HUGO: *Chants du crépuscule*, chant XLVII.)

reconoce la mano del Artista supremo, la Sabiduría eterna. Si: ella es la que se manifiesta en la medida de los números. «Dios la posee desde el principio de sus caminos. Antes que nada se hiciese, ya existía. Estaba con El regulando y gobernando todos los seres, y deleitándose en el universo (1) con la facilidad, variedad y adorno de sus obras. Magnífica en las cosas grandes, é industriosa en las pequeñas: rica en las pequeñas é inventora en las grandes» (2). Era desde el origen principio viviente de todas las cosas; Verbo divino por el cual fueron hechas todas las cosas, y en el cual todas eran vida (3). Adorémosla, señores, y preparémos a admirar la consumación de su obra en el amor.

III

No basta que el valor, el número y la expresión de los números estén regulados en la armonía; es necesario, además, según hemos dicho, que las notas formen la proporción de la variedad en la unidad, y que las disonancias parciales, si las hay, se resuelvan en una armonía perfecta: sólo así puede haber armonía. No era posible que faltase la sabiduría divina á esta condición fundamental; por eso ha llamado en su ayuda al amor, para acabar por el peso la medida de los seres. «Mi peso es mi amor», dice San Agustín: *pondus meum amor meus*. Apliquemos estas palabras á la obra de Dios. Su peso es su amor, es decir, esa ley de que los seres inferiores no tienen conciencia, y que los lleva contra sus tendencias é instintos egostas, hasta darse en sacrificio, hasta la penetración de su existencia propia en otra existencia; esa ley que establece entre

(1) Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret á principio... Cum eo eram cuncta componens: et delectabar per singulos dies, ludens in orbe terrarum. (Proverb., cap. vii, 22, 30, 31.)

(2) Elecciones sobre los misterios, 3.ª semana, 8.ª elevación.

(3) Joan., cap. i.

los reinos de la naturaleza una solidaridad tal, que los seres inferiores reciben toda su nobleza de los superiores, y que éstos no existen sino para aquéllos; esa ley que la ciencia descubre en la tierra y en el cielo, y que la poesía ha cantado en fascinadores versos. Aplicad el oído á las voces de la naturaleza, y oiréis este grito: «¡Yo amo!»

«¡Oh! vosotras murmuráis en vuestras esferas sagradas, estrellas de la mañana, esta palabra triste y conmovedora; la más frágil de vosotras ha querido recorrer, cuando fué criada por Dios, las esferas etéreas en busca del sol, su amante inmortal; se ha lanzado en el seno de las profundas noches de la creación; pero otra lo amaba también, y los mundos empezaron á moverse alrededor del firmamento» (1).

No acuséis de extravagante el canto del poeta, señores. Los mundos infinitos que pueblan el universo tienen, como hemos dicho, una constitución análoga á la nuestra; y, por consiguiente, tenemos motivo para creer que están sujetos á la misma ley de amor, y que lo que pasa en nuestra esfera se reproduce en la más lejana esfera del espacio. ¿Y qué es lo que pasa en nuestra esfera? Voy á decíroslo.

La progresión admirable que acabamos de señalar en los seres no es el simple resultado de su yuxtaposición. Se prestan mutuos servicios, se compenetran, y se apoyan todos en un solo punto, en que se manifiesta

(1) Alfredo de Musset.

En vuestra marcha por celeste esfera
Los mundos al cruzar, tarde y mañana
Esta palabra dulce y placentera
Siempre deis con gracia soborana,
Bellas estrellas de la bella aurora;
Y de Febo la ruta encantadora
Sigue con ansia, de su amor llevada,
La más sencilla de esa gran mirada
Cual á su esposo, que en delirio adora:
A él se lanza ciega, ensayada:
Mas otra detrás de ésta viene amando,
Y así los orbes siguen su carrera
Del firmamento en derredor viajando.

la existencia de la obra total del Criador. La materia inorgánica se presta fácilmente á una asimilación misteriosa, para enriquecer con su propia sustancia hasta á los vivientes más perfectos; todo el reino vegetal se mantiene á sus expensas. El calor fomenta suavemente la adormecida semilla, y apresura la germinación. El agua se eleva en ligeros vapores, desde el seno de los océanos, recorre las alturas de la atmósfera, cae en copos de nieve, en lluvias, en rocío, y se convierte en arroyos, en torrentes y ríos, para ir á disolver ó multiplicar los elementos acumulados por la tierra en los pequeños sumideros donde van á ocultarse. El aire abandona su carbono en los labios microscópicos que lo aspiran; la luz se descompone en mil matices, y pinta sucesivamente las hojas, las flores y los frutos; la apacible brisa, mensajera de los castos amores, deja caer en lluvia invisible el polvo fecundante que las flores le confían; el calor que ha comenzado la vida, la lleva á cabo sazonzando los frutos. Y he aquí que todos estos elementos, calor, agua, jugo de la tierra, aire, luz y brisas, se convierten en otro viviente, recompensando de esta manera al mundo inorgánico de sus larguezas con el rico manto que cubre su desnudez.

A su vez el reino vegetal se comunica igualmente. «La existencia de los vegetales, dice un gran naturalista, es la que sustenta las especies animales. Trabajan continuamente por unir bajo nuevas formas los elementos separados por la muerte, por ordenar la materia inerte de la tierra, y mediante su fuerza vital preparan este conjunto que, después de mil modificaciones, se ennoblecce por último formando masas nerviosas, órganos del sentimiento y de la inteligencia» (1). Los vegetales con su respiración purifican el aire, de que se abreva el pulmón de los animales, y comunican con pródiga mano todos sus bienes; al insecto el jugo de las flores, al pájaro el grano de las plantas, á los trepadores el fruto de los árboles, á los ganados la

(1) De Humboldt: Cuadros de la naturaleza. Ideas sobre la fisiología de los vegetales.

hierba de los campos ó el musgo de las rocas, y á todos un festín generoso que se renueva sin cesar. En cambio, los convidados satisfechos, con sus patas velludas, con sus alas, con sus vellones y sus excrementos mismos, sirven á sus huéspedes de sembradores y fecundadores (1).

En el reino animal como en el vegetal, notamos una ley de superabundancia que, revelándonos la fecundidad del Criador, parece asegurar á ciertas especies el predominio de su número, y amenaza el equilibrio de la vida; pero la ley de superabundancia, está equilibrada por la ley del sacrificio. Lo que hay demás en algunos vivientes, desaparece en hecatombes de que se aprovechan otros vivientes, y así el peso de los seres sirve para mantener su justa medida: el amor viene en auxilio de la Sabiduría divina (2).

Seguid hasta su término el movimiento de penetración que funda un reino de la naturaleza en otro, y llegaréis á un mundo sublime en que se encuentran: en el hombre, llamado por los antiguos *microcosmos*, pequeño mundo, y por la Escritura, *omnis creatura*, toda criatura. El mundo no es ni obra ni conquista del hom-

(1) «En otro tiempo se atribuía casi exclusivamente al viento la fecundación de las flores cuyos sexos están separados. Kohbreuter y Mr. Sprengel han probado, con una exactitud admirable, que las abejas, avispas y un gran número de pequeños insectos voladores, desempeñan el papel principal en esta operación. Digo el papel principal, porque pretender que la fecundidad no pueda absolutamente tener lugar sin el intermedio de estos pequeños animales, no me parece una aserción conforme á la índole de la naturaleza, como lo ha demostrado M. Willden tanto minuciosamente. Pero por otra parte, es preciso observar que la dicogamia, las manchas encarnadas de los pétalos que indican los depósitos que contienen la miel, y la fecundación por el concurso de los insectos, son tres circunstancias casi inseparables.» (De Humboldt: Cuadros de la naturaleza. Ideas sobre la fisiología de los vegetales, nota 4.ª)

(2) Si todos los granos de alguna planta pudieran germinar, en poco tiempo inundarían comarcas enteras. Si todos los hijos de un pulgón vriesen y engonfriesen, al final de una sola estación, puestos unos junto á otros, cubrirían cuatro hectáreas de terreno. En manos de la vida de un hombre, los abadjes y los estruonios podrían llenar los océanos.

bre, y sin embargo lo posee, porque es más grande que él. Absorto en su obra maestra, le dijo Dios con amor: «Sé dueño y somete á tu imperio los seres que te han precedido.» *Dominamini, subijcite.* Así se ha hecho; el hombre es señor. Sus necesidades y sus placeres, en todos los reinos hallan tributarios y fieles servidores. El toma como soberano la morada que habita, los vestidos que le abrigan, los adornos con que se atavía, los variados alimentos con que se sustenta, los perfumes que respira, los remedios que aplica á sus males, las fuerzas que le alivian de sus fatigas, los instrumentos de su trabajo y la materia de sus invenciones. En ellos ejerce el poder de su inteligencia, en ellos satisface los caprichos de su imaginación y da sazón á sus sentidos. Al verlo vivir una vida superior á toda vida y á todo sér viviente, se diría que es el rey de la tierra: lo es, en efecto, y lo será siempre. Desde que el primer *fiat* sorprendió á la nada, Dios hacía sucederse, en provecho de su criatura privilegiada, las épocas y las revoluciones del globo. Para el hombre se levantaban las montañas que debían coronarse de hielo y perpetuas nieves, y dar origen á los ríos, arterias fecundas, y caminos primitivos recorridos en sus emigraciones por las familias y las razas; para el hombre se aglomeraban los duros granitos y toda suerte de piedras; para él se depositaban en el fondo de los mares los más ricos mármoles, salían de las ardientes entrañas de la tierra multitud de metales y de piedras preciosas, se formaban bajo la acción de diversas causas todos los materiales de tan útiles construcciones, de tan perfectos instrumentos, de tan brillantes adornos y de tan admirables obras; para el hombre los espesos bosques de las edades antiguas eran arrancados por las tempestades, después de haber purificado la atmósfera saturada de gases deletéreos, ó sepultados por los diluvios, tendidos y fuertemente presados en el fondo de los mediterráneos ó en los estuarios de los ríos, transformados, por una serie de acciones químicas, en capas inmensas de combustible, destinados á esperar que el genio de la industria viniera á exhu-

marlos, y hacer de ellos el más poderoso instrumento de la civilización moderna; para el hombre ensayaba el reino animal, gradualmente perfeccionado, los climas, y preparaba la aparición de las especies útiles.

¡Para el hombre! Si comprendéis esto, señores, no os admiraréis de la lentitud de Dios en la obra de la creación; no os escandalizaréis de encontrar en nuestros museos los restos de lo que vosotros llamáis razas perdidas. En comparación de la eternidad divina, los siglos son menos que instantes comparados con las vidas más largas; y puesto que se trataba de un sér soberano, era justo que Dios nos mostrase el aprecio en que le tenía, por el tiempo que empleaba y las vidas que sacrificaba para construirle su morada. Por lo demás, acabáis de verlo, nada se ha perdido; y si ignoráis el papel que las razas desaparecidas han desempeñado en la preparación de la era moderna, reconoced, por lo menos, que sus restos mutilados son seres útiles todavía para nuestra inteligencia, á la cual abrán un campo de posibilidad que agranda la idea del poder de Dios.

Así, pues, el hombre, que es el punto de llamada, el centro armónico de los números de la tierra, atrae á sí los reinos inferiores, de los cuales está penetrado. Sin embargo, no creáis que se hace en él una concentración egoísta, pues comunica más á la materia de lo que recibe de ella; él penetra también á su vez. Por la materia grávida, vegeta y siente; pero por él se eleva la materia al sublime honor del pensamiento, de la libertad y de la vida religiosa y, como veréis luego, de la vida divina. El mundo por su peso es atraído hacia el hombre, y el hombre por el suyo propio es atraído hacia Dios. Ved las pendientes que conducen hasta el rey de la creación, las legiones del mundo angélico. Ellas nos traen las inspiraciones, los consejos, los auxilios de la sabiduría y virtud divinas; ellas llevan á través de sus coros numerosos las oraciones, las acciones de gracias de la naturaleza, salidas del corazón y de los sagrados labios de la humanidad. La penetración de los seres, comenzada por amor, conti-

nuada por amor, se consume en el amor supremo.

Números infinitos, ritmo sublime, proporción admirable de la unidad en la variedad, y amorosa compenetración de los seres: nada falta á la obra de la creación. ¡Qué armonía, señores! Y sin embargo, esto no es sino un ligero murmullo. La Escritura nos enseña que sólo una pequeña vibración de la palabra de Dios ha llegado hasta nosotros: *Cum rix paream stilum sermonis ejus audierimus* (1). ¡Ah! Si nosotros conociésemos todos los efectos actualmente existentes de esta palabra, ¡cuáles serían nuestros arrobamientos y nuestros transportes! Esperemos tranquilamente nuevas revelaciones, y por hoy contentémonos con nuestra pequeña gota de armonía, pues bastará para embriagarnos de admiración, de reconocimiento y de amor. El mundo, tal cual es conocido del hombre, puede llevar por epígrafe estas hermosas palabras de Job: *Magna et incomprehensibilia, et mirabilia quorum non est numerus* (2). Grandes é incomprensibles maravillas, cuyo número se ignora. «Este es mi libro, decía un ilustre solitario, y puedo leer en él cuantas veces me agrade el pensamiento de Dios» (3). Tenía mucha razón. El mundo es un libro sin medio ni fin, en el cual cada uno procura leer un poco para vivir; libro de frases tan profundas que en vano se trataría de sondear: el ojo descubre allí un mundo, y en él halla el alma á un Dios (4).

(1) Job, xxvii, 14.

(2) Job, ix, 6.

(3) *Mens liber, o philosopho, est natura rerum á Deo conditarum, que quotiescumque mihi licuerit, libros ipsius Dei ad legendum suppeditat.* (S. Antonius, in lib. iv, *Hist. Sacrat.*, capítulo xviii.)

(4) Victor Hugo, *Chants du crépuscule*, xx.

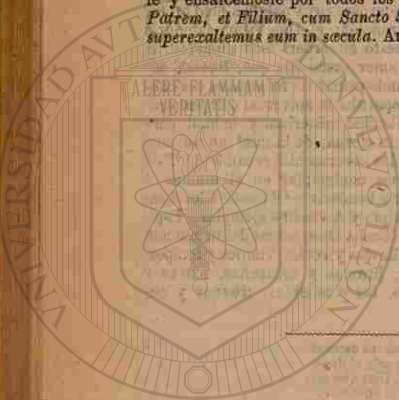
Los grandes orbes,
El mundo entero,
Son á mi vista,
Un libro inmenso,
Libro infinito
Que cien misterios

No, señores: no es el Dios sombrío y abstracto de la filosofía, sino el Dios viviente del dogma católico á quien debemos contemplar en el mundo; el Dios, principio fecundo que se mide á sí mismo en su perfecta y viviente imagen; el Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; el Dios Padre Todopoderoso, cuya palabra hizo brotar los números de la creación; el Dios Hijo, sabiduría increada, que ha puesto en orden esos números; el Dios Espíritu Santo, amor sustancial que, llevado sobre las aguas del mundo primitivo, fecundaba sus confusos elementos y preparaba la universal compenetración; el Dios multiplicidad misteriosa y unidad perfecta; el Dios armonía eterna, de la cual no son sino humildes vestigios todas las armonías creadas (1). Este es el Dios que debemos contemplar en el mundo, á quien debemos alabar y bendecir.—Obras de Dios, bendecid á vuestro principio y á vuestro ejemplar. Espíritus celestiales, bendecid á Dios; astros del firmamento, bendecid á Dios; lluvias y rocíos, vientos y tempestades, fuego y calor, brumas y escarchas, nieves y hielos, días y noches, luz y tinieblas, truenos y re-

Encierra escritos
Por solo el dedo
Del Dios que crea:
En él encuentro
La ciencia y vida,
Cuanto deseo,
Frases profundas
Que, si sondeo,
Hallo el abismo.
Ante mí abierto:
En él un mundo
Ve el ojo externo:
En él mi mente
Ve al mismo Eterno.

(1) Numerus et mensura et pondus ipse Deus est. Ipse est numerus, sine numero, á quo est omnis numerus; ipse est mensura, sine mensura, á quo est omnis mensura; ipse est pondus, sine pondere, á quo est omne pondus. Omnia ergo in numero et mensura et pondere tanquam si diceret omnia in se disposuit. (S. Aug.: *Dialog. quest. ad Orosium, quest. 39.*)

lámpagos, bendecid al Señor: tierras, montes y colinas, manantiales y fuentes, mares y ríos, bendecid al Señor, hijos de los hombres, bendecid a Dios. Bendigamos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos. *Benedicamus Patrem, et Filium, cum Sancto Spiritu; laudemus et superexaltemus eum in secula. Amen.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CONFERENCIA XV

EL MUNDO INVISIBLE

EMMO. SR., SEÑORES:

Al estudiar los tres elementos de la armonía universal del mundo, el número, la medida y el peso, hemos introducido varias veces en la obra de Dios una multitud inmensa de criaturas misteriosas, cuya perfección y cuyas acciones santas terminan la escala y completan la compenetración de los seres. ¿Teníamos derecho de referirnos a estas criaturas para adornar una obra que se recomienda a nuestra admiración por tantas otras magnificencias? Los ángeles, habitantes del mundo invisible, ¿no son un delirio de nuestra imaginación, un elemento de que la fantasía se sirve para poetizar la ciencia? A esta cuestión responde la Iglesia con una palabra de su admirable Símbolo, enseñando que Dios es autor de las cosas visibles e invisibles: *factorem... visibillium et invisibillium*; y bajo este nombre de cosas invisibles propone a nuestra fe el mundo angélico.

Este mundo, como podéis suponer, tiene por enemigos jurados a los que trabajan con todas sus fuerzas por suprimir la neumatología, esto es, la ciencia de los espíritus, bajo el pretexto de que no está al alcance de su experiencia; pero no son ellos solos. Un gran número de pensadores, abiertamente espiritualistas, miran de reojo, en nuestra enseñanza católica, el ar-

lámpagos, bendecid al Señor: tierras, montes y colinas, manantiales y fuentes, mares y ríos, bendecid al Señor, hijos de los hombres, bendecid á Dios. Bendigamos á Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos. *Benedicamus Patrem, et Filium, cum Sancto Spiritu; laudemus et superexaltemus eum in secula. Amen.*



CONFERENCIA XV

EL MUNDO INVISIBLE

EMMO. SR., SEÑORES:

Al estudiar los tres elementos de la armonía universal del mundo, el número, la medida y el peso, hemos introducido varias veces en la obra de Dios una multitud inmensa de criaturas misteriosas, cuya perfección y cuyas acciones santas terminan la escala y completan la compenetración de los seres. ¿Teníamos derecho de referirnos á estas criaturas para adornar una obra que se recomienda á nuestra admiración por tantas otras magnificencias? Los Angeles, habitantes del mundo invisible, ¿no son un delirio de nuestra imaginación, un elemento de que la fantasía se sirve para poetizar la ciencia? A esta cuestión responde la Iglesia con una palabra de su admirable Símbolo, enseñando que Dios es autor de las cosas visibles é invisibles: *factorem... visibillium et invisibillium*; y bajo este nombre de cosas invisibles propone á nuestra fe el mundo angélico.

Este mundo, como podéis suponer, tiene por enemigos jurados á los que trabajan con todas sus fuerzas por suprimir la neumatología, esto es, la ciencia de los espíritus, bajo el pretexto de que no está al alcance de su experiencia; pero no son ellos solos. Un gran número de pensadores, abiertamente espiritualistas, miran de reojo, en nuestra enseñanza católica, el ar-

ticulo de los ángeles, y pretenden que no debe hacerse el más caso que de las leyendas ó fábulas en que se narran hazañas maravillosas de genios y de adivinos. Son tan espiritualistas, que les repugna admitir que Dios haya colocado los ángeles en otra parte que en nuestros calenturientos cerebros. A fin de desengañar á tales adversarios, y también, señores, para daros á conocer mejor la perfección de la obra divina, emprendo hoy con vosotros un viaje de exploración al mundo invisible. Si os dignáis seguirme, establcere- mos primeramente la existencia de ese mundo invis- ible, y después estudiaremos la naturaleza y las funcio- nes de los espíritus que allí habitan. Nuestro orgullo se resentirá, tal vez, de ver sobre sí unas criaturas que exceden á nuestra nobleza, pero no tendrá motivo para ello: porque apoyados en ellas, por el hecho mis- mo de nuestra naturaleza, y amparados con su pro- tección, nos sentiremos menos aislados en las alturas de la creación, desde donde dominamos los reinos in- feriores.

Es preciso no confundir, señores, lo invisible con lo desconocido. Si no conociésemos más que las cosas visibles, la ciencia humana se reduciría á muy poca cosa. Un ser invisible puede ser conocido de tres ma- neras: por una afirmación digna de fe, por las mani- festaciones de su poder, y por una inducción racional, que averigua y determina el lugar que le corresponde en el conjunto de las existencias; y de estas tres ma- neras conocemos nosotros á los ángeles.

La Escritura no nos refiere su génesis. Moisés, dice Santo Tomás, temía que su pueblo, ignorante y mal acondicionado, aprovechara la menor ocasión para imitar, según sus tendencias, á los gentiles en sus prácticas idolátricas» (1). No obstante, sabemos por las

(1) Augustinus dicit quod angeli non sunt prætermisi in illa prima rerum creatione, sed significantur nomine cosli, aut etiam

preguntas que el Señor dirigió al santo Job, que los ángeles existían antes que nosotros. Hijos predilectos del Altísimo, se alegraban en su presencia, mientras que los astros de la mañana alababan á su Hacedor (1). Contemplaban las obras del Todopoderoso, y esperaban, para saludarle fraternalmente, el nacimiento del ser maravilloso que debía ocupar el centro de la creación, y unir en su persona los dos elementos de que está compuesto el universo: la materia y el espíritu. Hermanos de la humanidad por la inteligencia, no podían serle enteramente extraños. Dios debía dárnoslos á conocer; y por eso los historiadores, poetas, profetas y doctores sagrados nos hablan de ellos, dice San Gregorio, casi en cada página de sus escritos (2). En virtud de este múltiple testimonio, la Iglesia cree firmemente y confiesa en alta voz la existencia de un mundo invisible, poblado de naturalezas espiritua- les (3). En esto no hace más que seguir la tradición universal que, por más que se remonte en la vida reli- giosa de los pueblos, nos muestra siempre á la Divini- dad destinando al gobierno de las criaturas inferiores un ejército de seres intermedios y siempre en acción, ya se llamen *semidioses, genios, demonios, rabdiforos, rectores celestes, almas sidéreas, luces vivientes, eos, cabires*, ó de cualquiera otra suerte. Estos nombres di- versos designan siempre y en todas partes los mismos

lucis. Ideo autem vel prætermisi sunt vel nominibus rerum corporalium significanti: quia Moyses rudi populo loquebatur, qui nondum sapere poterat incorporam naturam. Et si eis fuisset expressura aliquas res esse super omnem naturam corpoream, fuisset eis occasio idololatriæ, ad quam proni erant, et à qua Moyses eos præcipue revocare intendebat. (Summa Theol., I p., q. 61, art. 1 ad 1.^{am})

(1) Ubi eras... cum me laudarent simul astra matutina, et jubilarent omnes filii Dei? (Job., xxxviii, 7.)

(2) Angelos et archangelos pene omnes escri eloquii pagina testantur. (S. Greg. Magn., Homil. 34, in Evang.)

(3) Firmiter credimus quod Deus ab initio temporis simul utranque de nihilo condidit creaturam, spirituales et corporalem, angelicam videlicet et mundanam, et deinde humanam, quasi communem ex spiritu et corpore constitutam. (Concil. Lateran. sub Innoc. III, cap. Firmiter.)

seres: spiritus invisibles, inferiores á Dios, superiores al hombre, ángeles.

Orfeo los ha celebrado en sus versos; Hesiodo nos refiere sus grandes hazallas; Tales, Pitágoras, y los antiguos sabios los colocan en el vestibulo del mundo divino, donde viven exentos de los males que á nosotros nos aquejan; Platón llena con ellos los espacios, los llama dioses secundarios, inteligencias separadas, almas celestes, genios, y verdaderos ministros de la Divinidad en el mundo inferior (1); Sócrates, su maestro, conversa familiarmente con uno de ellos; Aristóteles los considera como centros de atracción y como los motores de los orbes celestes (2); los orientales los adoran, los bárbaros y los salvajes temen su poder. Son invisibles, y no obstante, en todas partes son populares. Su nombre se encuentra á cada paso en nuestro lenguaje, para expresar la perfección, la gracia y la delicadeza; así decimos: una belleza de ángel, una pureza de ángel y amor de ángel. Si tratáis de persuadir á una madre de que el niño que mece en sus brazos no se asemeja á los ángeles, ó aquel á quien llora no ha ido á juntarse con sus celestiales compañeros; y vosotros mismos, señores, si tratáis de desprenderos del ideal angélico que os persigue cuando contempláis á vuestros tiernos niños, no lo podréis conseguir jamás; y tal vez á pesar vuestro, creéis en los ángeles, como creemos nosotros y creen todos los pueblos. Podemos decir aquí oportunamente con un autor sensato: Hay, pues, alguien que tiene más talento que los sabios obstinados en no creer sino lo que ven; y este alguien es todo el mundo.

(1) Plato inter nos et summum Deum quatuor ordines ponit, scilicet: deorum secundorum, intellectuum separatorum, animarum celestium, et demonum, sive bonorum, sive malorum. (S. Thom., opus. xiv de Angelis, cap. 1.)

(2) Secundum Aristotelis positionem inter nos et summum Deum non ponitur nisi duplex ordo intellectualium substantiarum, scilicet, substantiarum separatarum que sunt fines motuum celestium corporum et anime orbium que sunt moventes per appetitum et desiderium. (Cap. II, ibid.)

¿De dónde procede, señores, esta fe de todo el mundo? ¿De una revelación primitiva, por la cual Dios ha descubierto al primer hombre toda la extensión de su obra? No lo dudo; pero hay más aun. La universal y perpetua creencia de los pueblos supone una larga serie de fenómenos exteriores, por los cuales se ha manifestado el mundo invisible. Dejemos á un lado las leyendas y recorramos nuestra historia sagrada, que es bastante rica para instruirnos sobre un punto tan importante.

Moisés ha guardado silencio sobre la creación de los ángeles, y Santo Tomás acaba de darnos la razón de su silencio; pero cuando se trata de las manifestaciones del mundo invisible, el historiador sagrado quiere ser fiel á su deber de narrador de todos los sucesos notables que se han realizado en la humanidad. Describe con un candor admirable las apariciones é intervenciones de los espíritus angélicos, desde el día funesto en que vió salir al hombre prevaricador al lugar de su destierro, hasta el día glorioso en que pudo contemplar, desde la cima de la montaña, la patria prometida á su pueblo. He ahí el querubín, cuya espada de fuego se agita y defiende contra toda agresión la puerta del paraíso perdido (1). He ahí á los tres huéspedes misteriosos que reciben bajo la tienda del patriarca Abraham una generosa hospitalidad, y que prometen á Sara, su esposa, el hijo de su vejez, en nombre de Aquel para quien son fáciles todas las maravillas (2). He ahí á los dos ministros de la venganza divina que entran por la tarde en la infame Sodoma, salvan á Lot y á su familia, y á una señal hacen caer torrentes de llamas sobre la ciudad criminal, condenada por la ira del Señor (3). He ahí al consolador celestial que conforta en el desierto á la desconsolada Agar, y le revela los destinos de su hijo Ismael (4). He

(1) Génes., cap. iii, 25.

(2) Ibid., cap. xviii.

(3) Ibid., cap. xix.

(4) Ibid., cap. xxi.

ahí al mensajero salvador que detiene el brazo de Abraham levantado para inmolár a su hijo (1). He ahí a las falanges sagradas que suben y bajan por la escala misteriosa, con las manos llenas de oraciones y de gracias (2). He ahí a los fuertes que protegen a Jacob contra la ira de su hermano Esaú (3). La vida de los Patriarcas es una peregrinación continua, y los ángeles son sus exploradores y conductores; es una conversación con el cielo, en la cual los ángeles desempeñan el oficio sagrado de embajadores, haciendo entre los dos extremos las veces de la Divinidad, según la expresión de Santo Tomás: *Sustinentes personam Dei*.

Cuando Israel, convertido ya en un gran pueblo, huye de la tierra de Egipto, un ángel le va mostrando el camino; va y viene sin cesar de la vanguardia a la retaguardia del ejército, para vigilar y proteger su marcha. El es quien conduce a la nación elegida al lugar que le está prometido, y a la cual ésta debe honrar y escuchar, porque el Señor le ha dado su nombre (4). El Sinal está ardiendo; la gloria de Jehová ha descendido sobre su cima estremecida; el Señor habla, y los ángeles escriben bajo su dictado la ley santa que en lo sucesivo regulará la vida religiosa de Israel (5).

Muerto Moisés, recoge Josué su herencia, y se pone desde luego en relación con los espíritus celestes. En las llanuras de Gálgala se le aparece un hombre, y le muestra su espada desenvainada. «¿Quién eres? le dice Josué: ¿amigo ó enemigo?—Amigo, responde el ángel; yo soy el príncipe del ejército del Señor; vengo a ti para ayudarte» (6). Más tarde es también un ángel el que revela a Gedeón su misión de libertador (7). Un ángel anuncia el nacimiento y el destino de Sansón (8). Un

- (1) Génes., cap. xxii.
- (2) *Ibid.*, cap. xxviii.
- (3) *Ibid.*, cap. xxxiii.
- (4) *Exod.*, cap. xiv, 19; cap. xxxii, 20-28.
- (5) *Cf. Exod.*, cap. xx, con Heb., caps. i y ii.
- (6) Josué, cap. v, 13-14.
- (7) *Judic.*, cap. vi.
- (8) *Ibid.*, cap. xiii.

ángel sustenta en el desierto al profeta Elias (1); los ángeles de Samaria, luchando contra los sirios, son los que Eliseo muestra a su criado (2); un ángel es el que hiere de noche al ejército de Sennaquib, cubre el campo de cadáveres, y pone a los asirios en vergonzosa fuga (3); un serafín es el que purifica los labios de Isaias (4); el arcángel San Rafael es el que visita la casa de Tobias, conduce su hijo a la región de los medos, bendice sus bodas, y le devuelve sano y salvo a los brazos de sus ancianos padres (5); el arcángel Gabriel es el que desciende, al tiempo del sacrificio vespertino, junto al profeta Daniel, y le revela los grandes misterios del Altísimo (6). Visitado por los ángeles, en la persona de sus padres, de sus jefes y de sus Profetas, conducido por los ángeles, instruido por los ángeles, reprimido por los ángeles, protegido por los ángeles que inclinan a su favor el corazón de los Reyes (7), el pueblo judío vuelve a sus hogares después de setenta años de cautiverio. Sus guardas permanecerán al lado de él hasta el día de su gran crimen. Entonces, la abominación de la desolación invadirá el templo santo, y se oirán voces plañideras que clamarán: «¡Salgamos de aquí, salgamos de aquí! Abandonado de los ángeles, Israel dejará ya de formar un pueblo.

Los mensajeros de Dios, empero, no dejarán la tierra; un ministerio más santo que el que han llenado hasta aquí, los detiene en ella todavía. Los tiempos que habéis anunciado, han llegado ya. Descended, Gabriel, ¡id a anunciar a Zacarías el nacimiento del Precursor, y a la Virgen que ha de concebir, el nacimiento de Emmanuel (8). Escuadrones esclarecidos de la milicia celestial, rodead el pesebre donde reposa el divino

- (1) *III Reg.*, cap. xix, 5-7.
- (2) *IV Ibid.*, cap. vi, 18-7.
- (3) *IV Ibid.*, cap. xix.
- (4) *Isai.*, cap. vi, 6.
- (5) Tobias.
- (6) Daniel, cap. viii, 16 y sigs.
- (7) *Ibid.*, cap. x.
- (8) Luc., i.

Niño, derramaos por las llanuras de Belén y entonad: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. He ahí una gran nueva y un gran gozo; os ha nacido hoy un Salvador» (1).— Ministros del Altísimo, postraos ante su Hijo, formad la guardia alrededor de esta Majestad anonadada, protegédla contra la persecución de Herodes y contra las emboscadas de vuestros hermanos caídos; volad al desierto, acercaos á vuestro Señor y servidle (2). Si le veis anegado en la tristeza y agonía de muerte, sostened su cabeza desfallecida y confortadle (3). Pero ya que no quiere de vosotros legiones santas para librarse de las manos de sus enemigos, sed á lo menos los ayudantes y los heraldos de su triunfo; quitad la piedra del sepulcro que tiene cautivos sus despojos mortales; celebrad su victoria sobre la muerte, y decid á todos los que le han amado: *Surrexit Dominus vere*. «El Señor verdaderamente ha resucitado» (4).

El Señor ha resucitado y subido á los cielos.—¿Se habrá llevado consigo á los ángeles?—No, señores. Los vemos consolar á los Apóstoles (5), visitar á San Pedro en su prisión, y librarle de las cadenas (6); tomar á San Felipe, y llevarle adonde lo espera un neófito para recibir el bautismo (7); anunciar al centurión Cornelio que sus oraciones y sus limosnas han hallado gracia delante del Señor, y que es llegada para él la hora de su salud (8); confortar al gran Pablo en medio de una tempestad (9), y recrear con visiones admirables al discípulo desterrado en Patmos (10).

No creáis que estas visiones son las últimas mani-

- (1) Luc., II.
- (2) Matth., II y IV.
- (3) Luc., XXI, 43.
- (4) Los cuatro Evangelistas.
- (5) Act., I.
- (6) *Ibid.*, I, 12.
- (7) *Ibid.*, VIII.
- (8) *Ibid.*, X.
- (9) *Ibid.*, XXVII, 23-24.
- (10) Apoc., *passim*.

festaciones del mundo invisible; los ángeles han establecido su domicilio en la Iglesia. Los desiertos y las montañas, los claustros y los campos de batalla, han sido muchas veces honrados con sus gloriosas y benéficas apariciones. Muchos Santos han gozado de su amable familiaridad, y no pocas veces los pueblos cristianos han experimentado los efectos de su poderosa protección. La Iglesia narra en sus anales estas maravillas, y las canta en sus himnos. Esto dura desde hace dieciocho siglos, señores, y durará hasta el pavoroso drama del fin de los tiempos. Entonces la pálida muerte vendrá á recoger lo que resta de la humanidad, y los espíritus celestiales despertarán con sus clamores á los que duermen en el sepulcro, y un ángel abrirá las puertas del abismo para encerrar allí á los réprobos, y exclamará: *Factum est*, todo está consumado. Entonces los escogidos de Dios se confundirán con las santas falanges, según el puesto que cada cual haya merecido; y desde entonces la duración angélica y la duración humana terminarán en un eterno *aléluia*.

Vosotros no os ocupáis en vuestras historias sino de la epopeya humana, y no obráis bien, señores, porque la epopeya angélica se desarrolla al mismo tiempo que la nuestra; las relaciones del mundo visible y del mundo invisible son tan estrechas, que llegará un día en que las dos constituirán un solo mundo. Esta unión, manifestada en todas las edades por apariciones y beneficios, es una de las más sólidas razones de nuestra creencia, según la doctrina de la Iglesia.

Se ha dicho que el mundo angélico es una creación relativamente moderna de la imaginación humana. «El hombre, que todo lo hace á su imagen, no podía dejar el mundo privado de inteligencias superiores. Viendo en todas partes que la naturaleza se mueve con orden, ocurriósele la idea de animarla; y el mundo se convirtió para él en una mezcla inexplicable y misteriosa de una infinidad de agentes é inteligencias diversas. Más tarde, reflexionando sobre sí mismo, y hallándose bueno y malo juntamente, atribuyó esta contrariedad á los agentes que había inventado: de aquí

los genios buenos y malos; de aquí el mundo dividido en dos órdenes de agentes absolutamente contrarios é iguales. Pero no pudiendo sufrir el examen de la razón este dualismo contradictorio, el hombre llega finalmente á la idea de agentes subalternos y administradores, delegados los unos y los otros de un Dios creador y de soberana inteligencia (1).

Esta teoría neumatogénica no carece de cierta habilidad; pero, desgraciadamente para su inventor, y felizmente para nosotros, está en oposición directa con los hechos. La idea es tan antigua como el mundo, y la vemos, desde el origen de los tiempos, apoyada en fenómenos confirmados por la experiencia. Hay más, señores; la existencia del mundo invisible no es uno de esos misterios impenetrables que condenan nuestra inteligencia á una muda adoración. A esta pregunta, si hay ángeles, no nos basta responder con un filósofo moderno, cuyas tendencias místicas lo han conducido muchas veces hasta el vestíbulo de nuestros dogmas: *Yo lo creo y lo espero* (2), sino que respondemos resueltamente: «Yo estoy cierto.» En efecto, una inducción racional nos muestra en lo invisible una prolongación necesaria del mundo visible.

Lo que Dios principalmente se ha propuesto al crear, dice Santo Tomás, es el bien, que consiste en la semejanza del efecto á su Causa suprema. Cuanto la semejanza es más perfecta, tanto es la obra de Dios más digna de su poder, de su sabiduría y de su bondad. Mas ¿en qué consiste la perfección de la semejanza? ¿En una imitación grosera y lejana del sér y de la vida de Dios, tal como la vemos en las sustancias corpóreas y seres orgánicos? No, señores. Nuestra razón se resiste á admitir un mundo en que no existe sino la materia, por más perfectamente ordenada y organizada que se la suponga: un mundo eternamente inconsciente de su existencia y de su vida; eternamente condenado á la ignorancia de su origen y de

(1) *Encyclopédie des gens du monde*, art. *Démons*.
 (2) Jean Reynaud: *Terre et ciel*.

sus destinos; eternamente incapaz de gozar del bien que ha recibido de su Autor, y de referir este bien á su principio; espectáculo sin testigo, juguete inútil, despreciable é indigno de Aquel á quien hace infinitamente feliz la contemplación de su propia bondad. La asimilación perfecta de la criatura al Criador no se consigue sino por la imitación de la virtud productiva de Dios. La luz produce los colores; pero un cuerpo no se asemeja perfectamente á la luz sino cuando él ilumina también: el calor dilata el hierro, pero el hierro no se asemeja perfectamente al calor, sino cuando él calienta también. Así, señores, Dios produce el sér y la vida; pero una criatura no se asemeja perfectamente á Dios sino cuando lo imita en aquello con que Dios produce. Ahora bien: Dios produce por el entendimiento y la voluntad; luego deben hallarse necesariamente en el universo espíritus dotados de entendimiento y voluntad, sin los cuales el universo, impotente para representar su causa, debería suprimirse, puesto que en realidad no sirve para nada (1).

Pero hénos aquí á nosotros, señores, que siendo imágenes vivientes de nuestro Criador, representamos en nuestras potencias la perfección de las facultades por las cuales El obra, y su purísima sustancia en la sustancia inmaterial de nuestra alma. El mundo deja de ser un espectáculo sin testigo desde el momento en que estamos aquí para contemplar sus bellezas, y un juguete inútil desde el momento en que respondemos á la bondad del Criador por medio de un libro homenaje de todo nuestro sér. La asimilación perfecta del

(1) Respondeo dicendum, quod necesse est ponere aliquas creaturas incorporeas. Id enim, quod precipue in rebus creatis Deus intendit, est bonum quod consistit in assimilatione ad Deum. Perfecta autem assimilatio effectus ad causam attenditur, quando effectus imitatur causam secundum illud, per quod causa producit effectum, sicut calidum facit calidum. Deus autem creaturam producit per intellectum et voluntatem, ut supra ostensum est. Unde ad perfectionem universi requiritur, quod sint aliquae creaturae intellectuales. (*Summa Theol.*, I p., q. 50, art. 1.)

efecto con su causa suprema es evidente; el hombre es el coronamiento del universo. Del universo inferior, sí, señores, mas no de la obra entera mediante la cual manifiesta Dios fuera de sí su ser y su perfección. Luego estudiaremos la naturaleza humana en sus elementos, en su belleza, en su grandeza, en su gloria divina; y esto será para nosotros el tema de una ferviente acción de gracias. Por ahora, dirigid sólo una mirada sobre el vacío inmenso que separa el mundo visible del mundo divino. La gradación de los seres es perfecta, si seguimos su movimiento ascendente, de un reino á otro, hasta llegar á esa síntesis animada que se llama la naturaleza humana; pero la naturaleza humana está al borde de un abismo que es preciso llenar para acercarnos al infinito. El hombre, aunque es espíritu, no tiene, sin embargo, su plenitud de ser sino en la composición; necesita de la materia para existir, para obrar y para conseguir su perfección intelectual y moral. Como es engendrado mediante un germen y un acto materiales, por eso sus sentidos necesitan de la materia para extraer las formas sensibles que su actividad intelectual convierte en ideas, y llega á ser virtuoso regulando los apetitos de la materia por medio de aspiraciones inmateriales. De lo cual debemos concluir que, si el hombre es grande cuando se le compara con las realidades inferiores, es pequeño si le comparamos con las criaturas superiores. Mas es imposible que esta pequeñez sea la última palabra de la creación. Cuanto más le considero, tanto más obligado me veo á decir con Santo Tomás: «La imperfección en un género supone la existencia de otro más perfecto» (1). Pero me diréis: «Dios es la perfección misma. — Ya lo sé; mas El es increado, y yo busco en lo creado la perfección que me falta. ¿Dónde se halla ésta, sino en los abismos en cuyos bordes me encuentro?» No, no; esos abismos no quedarán vacíos. Las consecuencias lógicas del acto creador me inducen á

(1) In quocumque autem genere invenitur... Et has dicitur angelos. (Summa Theol., I. p., q. 51, art. 1.)

poblarlos de inteligencias perfectamente semejantes á la Inteligencia suprema; de espíritus puros é independientes que hallan su plenitud en la simplicidad, y no necesitan, como yo, de la materia para existir, obrar y perfeccionarse; de espíritus que se conocen en sí mismos, mientras que yo me conozco por los actos de mis potencias; de espíritus que conocen por medio de ideas infusas, mientras que yo necesito adquirirlas por los sentidos; de espíritus en los cuales se conoce á Dios mejor que en la unión de los dos elementos de que se compone mi naturaleza (1). Venid, ángeles santos, venid, que mi razón os reclama; llenad con millares de millares el vacío inmenso que poco ha me desvanecía; estableced el equilibrio numérico de las naturalezas creadas; continuad la gradación de los seres, terminada harto bruscamente por el compuesto humano; penetradnos con vuestras purísimas influencias, como nosotros mismos penetramos la materia con nuestro pensamiento y con nuestra fuerza. — Yo estoy más satisfecho cuando os contemplo superiores á mí, y mi espíritu, acercándose al infinito á través de vuestros coros armoniosos, comprende mejor la belleza de la obra de Dios. Yo necesito creer en vuestra existencia; sin ella el mundo sería para mí lo que es un cuadro sin perspectiva, un retrato sin expresión; lo que esta magnífica basilica si, arrancadas las columnas que sostienen sus ligeras bóvedas, como una tiara sobre la cabeza del pueblo cristiano, se sustityesen éstas por un cielo raso.

(1) Est autem in summo rerum vertice illud quod est, omnibus modis simplex et unum, scilicet, Deus. Non igitur possibile est quod immediate sub Deo collocetur corporalis substantia que est omnino composita et divisibilis: sed oportet ponere multa media, per que deveniantur á summa simplicitate divina ad corpoream multipliciter: quorum mediorum aliqua sunt substantie incorporee corporibus non unite. (Quest. Disput. de spirit. creat., art. 5.)

II

Señores: el mundo invisible existe; las tradiciones lo afirman, sus manifestaciones lo revelan, la razón lo descubre, lo reclama y fija el lugar que le corresponde entre las existencias creadas. Establecida esta primera verdad, se trata de conocer la naturaleza de los seres misteriosos que componen el mundo invisible: esto es, su esencia, sus facultades y el modo con que se ponen en relación con los demás seres. Escuchadme, ó, mejor dicho, escuchad á Santo Tomás, cuya única y admirable doctrina os quiero exponer ahora.

Los ángeles son, á la manera que Dios, espíritus puros sin mezcla de materia, por más sutil y etérea que se la suponga. Todas las figuras humanas, de viajeros, mensajeros, peregrinos, guerreros; todas las formas de los animales más extraños, de ruedas centellantes de abrasadas llamas, bajo las cuales son representados en la Escritura, se dirigen sólo á nuestros sentidos y á nuestra imaginación (1). Nuestra inteligencia no debe atribuirles á la esencia angélica, así como tampoco atribuye á la esencia divina los miembros y los actos exteriores, mencionados en los libros santos. Por lo demás, el correctivo sigue á continuación de las expresiones capaces de extraviarnos, y los ángeles son llamados por los autores sagrados «Virtudes de Dios y espíritus.» *Omnes sunt administratorii spiritus* (2).

No debe preocuparnos la opinión singular de algunos Santos Padres, que enseñan que los ángeles tienen cuerpos compuestos de no sé qué materia penetrable y penetrante, y sustentados de un maná celestial, llama-

(1) Corporales figure son forme que internum Angelis attribuantur per quandam similitudinem sunt intelligende... sicut et de ipso Domino multa corporalia in Scripturis, per quandam similitudinem, dicuntur. (S. Thom., opusc. viii, vel xv, *De substantiis separatis*, cap. xviii.)

(2) Hebr., cap. i.

mado en la Escritura el pan de los ángeles. Esta opinión no puede resistir á la fuerza de los razonamientos por los cuales hemos llegado á reconocer el mundo invisible; razonamientos que no pueden extenderse indefinidamente para hallar la perfecta asimilación de la criatura con el Criador. Pero además, señores, esta opinión está destruida por el magisterio de la Iglesia, que distingue claramente tras naturalezas en el mundo creado: la naturaleza espiritual ó angélica, la naturaleza corpórea, y la naturaleza mixta del hombre (1).

Los ángeles, reflejos vivísimos de la sustancia divina, son, pues, inteligencias y espíritus puros. La muerte que divide nuestro sér, y el tiempo que dispersa los elementos de nuestro cuerpo, no tienen parte en ellos; ninguna fuerza creada puede atentar contra su incorruptible esencia ni romper su unidad perfecta. Sólo Dios, por un acto soberano de su omnipotencia, podría aniquilarlos, si su decreto eterno no los hubiera hecho inmortales (2).

Son simples, sin embargo; no igualan todavía, ni igualarán jamás, la admirable simplicidad de Dios. Si no están compuestos de materia y forma, si su inteligencia posee las ideas infusas y si su voluntad está en acto desde el momento mismo de su existencia, no se hallan libres por eso de otra composición más sutil que se encuentra en todo espíritu creado. Su sustancia no se identifica con su acción, ni su virtud operativa con su esencia; su esencia no se identifica con su existencia; su sér lleva, mediante el accidente que determina su especie, el sello de la contingencia; mientras que en la Divinidad, sustancia, esencia, existencia, virtud operativa y operación, son una sola y una misma cosa, un solo y un mismo sér eterno y necesario. Dios es la misma simplicidad, tan propiamente llamada por Santo Tomás *un acto puro* (3).

Conocer es el primer acto de estos espíritus celestes

(1) Véase el texto del Concilio Lateranense citado más arriba.

(2) Cf. *Summa Theol.* I p., q. 50, arts. 1, 2 y 5; q. 51, art. 1.

(3) *Ibid.*, I p., q. 54, arts. 1, 2 y 3.

tiales. Su esencia no es bastante capaz para que puedan ver en ella todas las cosas, como Dios lo ve todo en la suya; no necesitan, empero, mendigar fuera de sí mismos las formas inteligibles que completan sucesivamente, y poco á poco, nuestra inteligencia sujeta al trabajo. El mismo acto que les da el sér, les da toda su perfección intelectual, y las ideas divinas penetran su naturaleza transparente, fijándose en ella é iluminándola desde los primeros albores de su existencia (1). Se conocen á sí mismos, pero no por ese movimiento reflejo que sorprende las operaciones de una potencia para reducirlas á su causa, sino por una intuición directa de su propia sustancia: son inteligibles al mismo tiempo que inteligentes. Basta que se contemplen á sí mismos para que, como en un espejo, puedan ver á Dios, principio de su perfección; tanto es lo que se asemejan á El! No es la esencia divina la que así se les manifiesta, sino una imagen radiante, cual no la ven: aquí nuestros ojos corporales ni nuestros sentidos internos. Todo lo que es espíritu, todo lo que es cuerpo, se manifiesta á su inteligencia mediante las razones eternas que el Verbo divino les ha infundido. Superiores á la materia, la contienen eminentemente, y la conocen en sí mismos por medio de un conocimiento simple é inmaterial, como su misma esencia (2).

La perfección de la voluntad iguala en los espíritus angélicos á la perfección de su entendimiento. Nosotros les atribuimos muchas veces nuestras acciones, para mejor comprender los actos de sus ministerios; pero esto, señores, es una ilusión de nuestra debilidad: los ángeles no experimentan la turbación y violencia

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 55, arts. 1 y 2.

(2) *D. Thom.*, I p., q. 58, arts. 1, 2, 3, 4 y 5.—Conforme con Santo Tomás, dice el matemático Duhamel, tratando de los métodos por los cuales se esfuerza el espíritu humano en llegar á la certeza: "Ser superior al hombre pueden no necesitar de estos rodeos y percibir inmediatamente todas las verdades con la misma evidencia. No necesitan de nuestros métodos, que no sirven sino para suplir la debilidad del espíritu humano." (*Des méthodes dans les sciences du raisonnement*, I p., cap. 1.)

de nuestros apetitos. «Cuando castigan, dice San Agustín, lo hacen sin cólera y únicamente por obedecer á la ley eterna de la justicia, que les ordena la ejecución del castigo; cuando se compadecen de la miseria y de la desgracia, lo hacen sin contristarse; cuando llevan el socorro á los amenazados de naufragio, lo hacen sin temor al peligro» (1). Su amor mismo, tanto el natural como el electivo, no les causa ninguna alteración. Aman el bien en Dios, en sí mismos, en sus hermanos, y en todas las criaturas, con un amor tranquilo y sabiamente ordenado: tranquilo y sabiamente ordenado como su amor, es el odio con que aborrecen el mal. Una voluntad semejante no puede conocer ni la perplejidad en sus designios, ni la inconstancia en sus resoluciones. Mientras que nosotros necesitamos de largas y penosas deliberaciones antes de decidirnos, la propiedad de los ángeles es no deliberar, sino fijarse instantáneamente y con un solo acto en el objeto de su elección. Dios les ha destinado, como á nosotros, una bienaventuranza infinita en la visión de su divina esencia, y para elevarlos á un fin tan grande les ha dado la gracia al mismo tiempo que les dió el sér. En un solo instante han dicho sí ó no, decidiendo así libremente, en un solo momento, de su suerte eterna. Ya nos ocuparemos en otra ocasión de este misterio; mas hoy no conviene apartarnos de la naturaleza de los ángeles (2).

Conocéis ya su esencia y sus facultades; pasemos á considerar sus relaciones. No digo sus determinadas funciones, sino sus relaciones, esto es, la manera con que se ponen en relación con los otros seres.

(1) *Sancti angeli sine ira puniunt quos accipiunt eterna Dei lege puniendos; et miseris sine miserie compassionis subveniunt, periclitantibus, et eis quos diligunt, absque timore opitulantur, et tamen istorum nomina passionum consueto locutiones humane etiam in eos usurpat, propter quamdam operum similitudinem, non propter affectionum inbrimitatem.* [S. August., cap. ix, *De civit. Dei.*]

(2) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 59, arts. 3 y 4; q. 60, art. 12; q. 62, arts. 2, 3, 4 y 6.

Poseen un lenguaje tan simple como su esencia, un lenguaje que les permite expresarse sin movimiento y sin ruido. Hablar en ellos es manifestarse: hablan con Dios para conocer su voluntad y obedecerla; contemplan su perfección divina, para admirarla. Hablan entre sí; los superiores, para mostrar á los inferiores su luminosa esencia, y los inferiores para pedir luz á los superiores. Podrían muy bien, por un acto de su libre voluntad, concentrarse en sí mismos y hacerse inaccesibles; pero el amor santo del orden establece entre ellos una misteriosa atracción, mucho más perfecta que la que constituye nuestro sistema planetario, porque entre ellos no son posibles las distancias. Hablan con los hombres fortificando secretamente su entendimiento, y persuadiendo su voluntad, que directamente no pueden mover; excitando sus pasiones generosas é hiriendo su imaginación y sus sentidos con brillantes apariciones.

No podemos ver con nuestros ojos corporales su purísima sustancia, ni en esta sustancia la verdad que desean manifestarnos. No obstante, ellos saben ponerse á nuestro alcance, obrando en un lugar determinado y sobre los cuerpos (1).

Obrar en un lugar es su manera de estar en él, y si no pueden igualar la inmensidad de Dios por la universalidad de su presencia, la imitan con la agilidad de sus movimientos. ¿No veís esos pájaros que hien den rápidamente los aires? Pues más veloces son los ángeles; más veloces que el sonido que nos viene desde lejos en las movibles ondas de la atmósfera; más veloces que el rayo que se desprende de las nubes; más veloces que la luz del sol, que recorre setenta y cinco mil leguas por segundo. En vuestra alma, señores, es donde podéis hallar un término de comparación: sólo el pensamiento puede daros una idea de la agilidad de los espíritus angélicos. El pensamiento suprime los intermedios y se traslada instantáneamente de un ex-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 106, arts. 1, 2 y 4; q. 107, arts. 1, 2, 3, 4 y 5; q. 101, arts. 1, 2, 3 y 4.

tremo á otro; así hacen los ángeles. El lugar no puede circunscribirlos ni medir su prodigiosa actividad (1).

Esta actividad la ejercen sobre la materia, no de la manera soberana que conviene sólo á Dios; pero ellos suplen las causas inferiores, mueven, trasladan, reúnen los elementos dispersos, componen con ellos los cuerpos sutiles de que se sirven para acercarse á nosotros, y auxiliarnos y hacernos oír la palabra del cielo (2).

Ved ahí á los ángeles, señores. Tienen todos la misma naturaleza; sin embargo, si consideráis atentamente su multitud innumerable, no tenéis que temer el desagradable espectáculo de la monotonía. Son tanto más variados, cuanto mayor es su simplicidad; porque no teniendo cantidad que pueda extenderse á muchos individuos y distinguirllos por su medida, cada uno de ellos, dice Santo Tomás, forma una especie. Pero en esta prodigiosa variedad, una gravitación supereminente establece, regula y mantiene la armonía sobre el modelo del ternario sagrado, de donde procede toda perfección. Las especies se distribuyen en coros, y los coros en jerarquías. Tres triplicados círculos inmateriales rodean la esfera del supremo Inteligible y llevan los abismos que lo separan de nuestra pequeña grandeza. De la misma manera que el mundo visible, el invisible tiene sus reinos, tres jerarquías en que se divide la luz y la acción. Imaginaos un ojo que viese todos los colores con todos sus matices en la luz del sol; otro que no viese los colores compuestos sino en los colores simples é irreducibles; otro que no viese los matices sino viendo cada color determinado en tal manera y en tal composición: he aquí, señores, los diversos grados del conocimiento angélico. La primera jerarquía ve las razones eternas de las cosas en la simple luz del Sér divino, conocido como principio natural; la segunda, en la luz múltiple de las causas universales; la tercera, en la determinación de estas

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 52, arts. 1 y 2; q. 56, arts. 1, 2 y 3.
(2) *Ibid.*, I p., q. 101, arts. 2 y 3; q. 51, arts. 2 y 3.

causas á efectos particulares. En cuanto á la acción, los unos consideran el fin general de todas las cosas, los otros ordenan el movimiento, y los otros lo ejecutan. ¡Yo os saludo, Angeles santos, que tocáis los confines de nuestra naturaleza y hacéis sentir sobre todos los puntos de nuestro mundo visible vuestra acción invisible! ¡Yo os saludo, Arcángeles, que anunciáis los grandes acontecimientos y lleváis á cabo las misiones sublimes! ¡Yo os saludo, Principados, que ordenáis la ejecución de los misterios sagrados! ¡Yo os saludo, Potestades, que definís los medios de poner por obra las leyes del gobierno divino! ¡Yo os saludo, Virtudes, que dáis la fuerza para obrar! ¡Yo os saludo, Dominaciones, cuya orden suprema designa lo que se debe hacer! ¡Yo os saludo, Tronos, que recibís las comunicaciones familiares del Rey de los reyes para transmitir las á los demás! ¡Yo os saludo, Querubines, cuya ciencia supereminente penetra los secretos divinos! ¡Yo os saludo, Serafines, que poseéis el divino amor en su más alto grado! He llegado á la más elevada cumbre de todos los mundos creados. ¡Gloria, pues, al Espíritu Santo, pronuncio ahora desde lo más alto de los cielos y tierra, adonde llegan los ardores de su santo amor! ¡Gloria al Verbo engendrado! ¡Gloria al Padre sin principio! ¡Gloria á mi Dios! A Vos me conducen siempre, por su semejanza, las perfecciones que contemplo en vuestras criaturas. ¡Qué arrobamiento para mi espíritu! ¡Qué gozo para mi corazón! ¡Bendito seáis para siempre! (1).

III

Quisiera, señores, dejaros sobre estas alturas empíreas; pero es preciso completar nuestro estudio, y para esto descender hasta nosotros, que somos el último término de las funciones angélicas.

El primer oficio de los espíritus celestiales es ado-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 108, arts. 1, 2, 3, 4, 5 y 6.

rar á Dios y obedecer todas sus órdenes. «He visto á los Serafines, dice el Profeta, que estaban de pie ante el sublime trono en que Jehová estaba sentado, y mirando unos á otros con el rostro velado, exclamaban: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria» (1). Velaban su rostro por respeto al profundo misterio que celebraban en su cántico, y para mostrar que ellos, los puros por excelencia, se juzgaban indignos de una visión tan sublime. ¡Gloria á nuestro Dios! Gracias te damos, Señor, Dios Todopoderoso, que eres, y que eras y que has de venir, porque has recibido tu gran poderío, y has entrado en tu reino. Vuestras obras son grandes y admirables, vuestros caminos son justos y verdaderos ¡oh Rey de los siglos! ¿Quién no te temerá? ¿Quién no te alabaré y ensalzará, porque solo Tú eres bueno? ¡Amén! Bendición, claridad, sabiduría, acción de gracias, honor, potestad, fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén! Hé aquí lo que los ángeles prosternados cantan eternamente (2). Me equivoco, señores: las palabras que acabáis de oír no son sino una traducción muerta de lo que el alma arrobada de los bienaventurados escucha en el cielo; porque el más perfecto lenguaje de los hombres es incapaz de expresar los altos misterios que los ángeles dicen y tornan á decir, sin repetirse jamás. Cantan, pero sus cánticos no son, como los nuestros, una serie de sonidos que se enlazan formando armonía; es un magnífico sistema de ondulaciones silenciosas, más expresivas que todas las voces humanas. Número, ritmo, proporción de la unidad en la variedad, todo se encuentra allí. La oración, atravesando las especies, los coros y las jerarquías, se purifica, se ilumina, se perfecciona, hasta que su religioso incienso se hace más digno de la majestad del Altísimo, y su música sagrada se pone en relación más directa con la inenarrable armonía del Sér divino.

(1) *Isaí.*, vi, vers. 2 y 9.

(2) *Apoc.*, xi, 17; viii, 10 y 12.

Lo que esta oración expresa en más alto grado, más bien que la admiración, es una obediencia ciega. Los ángeles se consideran delante de Dios como hijos dispuestos siempre á cumplir, á la menor señal, las amorosas voluntades de un padre. El Salmista pinta enérgicamente esta perfecta sumisión de los espíritus celestiales, cuando nos muestra á Jehová sentado sobre los Querubines, y todos los escuadrones de los poderosos en virtud, aplicando atentamente el oído para ejecutar sus órdenes. Son su virtud y sus ministros, y la bienaventuranza de que gozan no les hace olvidar un solo instante el estado de su perfecta obediencia (1).

Adoradores de la majestad de Dios é instrumentos dóciles de su voluntad, ejercen los ángeles, los unos para con los otros, oficios místicos que comunican á todos los coros del mundo invisible el soberano bien. Necesitaria de su lenguaje para decirnos cómo se celebran, en las jerarquías celestiales, aquellas fiestas sublimes, llamadas por San Dionisio misterios dedicados; cómo la virtud que purifica, el conocimiento que ilumina, y el amor que perfecciona, descienden centellantes é inflamados como torrentes de abrasadora luz, de los Serafines á los Querubines, de los Querubines á los Tronos, de los Tronos á las Dominaciones, de las Dominaciones á las Virtudes, de las Virtudes á las Potestades, de las Potestades á los Principados, de los Principados á los Arcángeles, de los Arcángeles á los ángeles; cómo lo que procede de Dios vuelve á Dios por los mismos medios de purificación, de iluminación y de perfección; cómo, en fin, cada oficio se armoniza con el propio sér. Pero, confieso mi ignorancia y mi debilidad; dejo junto al trono de Dios á los asistentes de su soberana majestad, y me abstengo de preguntar á los ordenadores el secreto de su disposi-

(1) Ascendit super Cherubim, et volavit. (Psalm. xviii.) Benedicite Domino omnes angeli ejus: potentem virtute, facientem verbum illius, ad audiendum vocem sermonum ejus. Benedicite Domino omnes virtutes; ministri ejus qui faciunt voluntatem ejus. (Psalm. cii.)

ción; y hablaré sólo, ya que están más próximos á mí, de los ejecutores de las voluntades divinas, que son los más humildes de mis hermanos en el cielo (1).

Los ángeles, señores, dispensan al mundo sus saludables servicios; y el primero permanente y universal es el gobierno de la naturaleza entera. En virtud de su forma inmaterial, abstracta é inteligible, son, dice Santo Tomás, superiores á todos los seres corpóreos; y como en todo orden establecido el inferior está sujeto al superior, debemos creer que todos los cuerpos son regidos por los ángeles. Tal es la enseñanza de los santos Doctores y la opinión de los antiguos filósofos que admitieron la existencia de los espíritus (2).

En efecto: recorre la tradición católica, desde Bossuet, que llama á los ángeles *defensores y protectores del mundo, y motores de todas las partes del universo*, hasta el admirable San Dionisio, que ha descrito los ministerios angélicos; en todos los siglos oíréis testimonios en favor de esta creencia que nos dan á entender los libros santos, cuando nos muestran inclinados delante de Dios á los que sustentan el mundo (3). La ciencia astronómica de los primeros pueblos nos representa las estrellas del firmamento acompañadas cada una de su guarda respectivo; las anti-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I. p., q. 106, art. 1.º, 2.º y 4.º

(2) Tam in rebus humanis, quam in rebus naturalibus, hoc communiter invenitur, quod potestas particularis gubernatur, et regitur à potestate universali. Sicut potestas validi gubernatur à potestate regis. Et in angelis etiam est dictum quod superiores angeli, qui præsunt inferioribus, habent scientiam magis universalem. Manifestum est autem, quod virtus spiritualis substantie, Nam omnis forma corporalis est forma individuata per materiam, et determinata ad hic et nunc: forme autem immateriales sunt absolute, et intelligibiles. Et ideo sicut inferiores angeli, qui habent formas minus universales, reguntur per superiores: ita omnia corporalia reguntur per angelos. Et hoc non solum à sanctis Doctoribus penitur, sed etiam ab omnibus philosophis, qui incorporeas substantias posuerunt. (*Summa Theol.*, I. p., q. 110, art. 1.)

(3) Deus... sub quo curvantur, qui portant orbem. (Job., capítulo ix, 13.)

guas teologías nos hablan igualmente con respeto de los raddóforos ó lictores del sol y de las plantas. La filosofía antigua, como os decía al principio, no se ha olvidado de las almas de los astros ni de los rectores inmateriales de los orbes celestes. Si las naciones orientales se han prostrado ante las estrellas del firmamento, no ha sido sino después de haber adorado á las inteligencias superiores, que una tradición respetable les mostraba como asociadas por el mismo Dios al gobierno del mundo (1).

«Nosotros hemos cambiado todo esto, me decís. Los espíritus celestiales se han convertido en leyes inmutables, cuya aplicación determinamos con una exactitud matemática. Sólo los niños y los poetas sueñan que los ángeles vuelan á través de los espacios.»

«¿Estáis, señores, bien seguros de ello? Vuestras leyes ¿son más que palabras que ponéis en lugar de las cosas? ¿Ignoráis que Newton se indignó cuando su discípulo Forbes quiso hacerle decir que la atracción era la causa de los movimientos celestes? ¿Desconocéis acaso esta notable confesión de Herschel: «Estudiando los fenómenos de la atracción, ¿no nos convencemos á cada instante de la existencia de causas que no obran sino bajo un velo que nos oculta su acción directa?» (2) ¿No veis cómo el movimiento circular del mundo protesta contra la gravitación, y pide ser ex-

(1) En el cielo, y lo más próximo posible á Dios, es donde se encuentra, en alguna manera, el origen del culto de los falsos dioses. Cuando la noción de un Dios supremo, inmaterial, infinito, se habla como borrado de la inteligencia humana, ofuscada por los sentidos, el hombre adoró desde luego las inteligencias superiores que la tradición le mostraba, asociadas por el mismo Dios al gobierno de este mundo. El sabelismo espiritual fué probablemente la primera forma de la idolatría; después la razón del hombre, debilitándose cada día más y más, y no pudiendo concebir sino lo material, adoró á los astros, en lugar de los espíritus á quienes se puede atribuir el orden maravilloso de las esferas celestes y el movimiento de los astros. De donde resultó el sabelismo grosero. (Mons. De Salinis: *Conferencia d'Amiens*, en 1851.)

(2) *Musée des sciences*, Agosto de 1856.

plicado por una causa independiente? ¿Os fijáis tan poco en el sentido natural de las palabras, que confundáis las leyes, que son las reglas de los agentes, con los agentes mismos? Yo no niego vuestras leyes de atracción, afinidades, acción de los fluidos, cuadrado de las distancias: combinad todo esto como os agrade; jamás podréis dispensaros de una fuerza motriz, cualquiera exista un movimiento; jamás esta fuerza motriz podrá ser la materia, indiferente por naturaleza al movimiento. Hace dos años os he probado que la fuerza motriz del universo debe ser simple, inteligente, espíritu; de otra suerte caéis con todas vuestras leyes, en el sabelismo grosero de los antiguos.

«Sea así, me diréis aún; admitimos la existencia de una fuerza simple é inteligente, pero no queremos más que una; nos basta Dios.» Comprendo esto, señores, si no hay ángeles; pero si la existencia de estos espíritus celestiales es un hecho probado, no veo por qué Dios habia de privarse de la cooperación de ellos en el gobierno de las cosas. Aunque pudiese hacerlo todo por sí mismo, un Rey no se rebaja por asociar á su gobierno hombres de talento cuyo desinterés le es conocido. El ejercicio de las leyes en un Estado no es menos activo y seguro porque aquellos que las han seriamente estudiado, velen sin cesar por su ejecución. Una sociedad no es menos morigerada, porque las clases elevadas ejerzan en ella una legítima influencia. Igualmente, señores, la causa primera no es menos grande y poderosa porque obre en el mundo mediante causas secundas, ejecutoras de su voluntad. Las leyes de la naturaleza no son menos perfectas y activas porque Dios las haya como encarnado, desde el origen de los tiempos, en los espíritus superiores, encargados de su inteligente y fiel ejecución. El universo, obra del Artista supremo, no es menos bello porque todas sus partes estén admirablemente ligadas por la acción jerárquica de las causas inmateriales (1).

(1) *Mihi videtur quod demonstrative probari potest, quod ab aliquo intellectu corpora caelestia moveantur, vel á Deo imme-*

Contentaos, si os place, con no ver en los espacios más que una inmensa máquina en que estudiáis y admiráis encadenamientos mecánicos; yo, respetando los descubrimientos y los cálculos de la ciencia, quiero elevarme más arriba, y unir en mi pensamiento el mundo visible é invisible. Yo concibo mejor el movimiento vertiginoso de los astros cuando los considero movidos por los espíritus, y comprendo mejor cómo ellos responden al Dios que los llama: «Hémos aquí,» suponiéndolos gobernados por los ángeles, que toman á su cargo la responsabilidad de sus movimientos, y veo mejor la armonía de las esferas, buscando el misterioso enlace de las fuerzas vivientes. En fin, no desespero descubrir en los orbes materiales la imagen numéricamente exacta de los orbes espirituales que forman coro ante la invisible majestad de Dios.

Pero dejemos la inmensidad y volvámos á nuestro humilde globo; que no es la opinión, sino la fe, la que á él nos llama. Aquí, señores, los oficios de los ángeles no son ya discutibles, pues tienen su historia y su dogma. El breve cuadro de las manifestaciones que he presentado á vuestra vista, nos obliga á creer que Dios envía de cuando en cuando sus ángeles para anunciar á los hombres los misterios de lo porvenir, intimarles sus órdenes, hacerles promesas, amenazas ó reprensiones, castigar á los culpables, probar á los fuertes, proteger á los débiles, consolar á los desgraciados, rechazar á los espíritus malignos, libertar á los oprimidos y ejercer, en fin, de una manera brillante los oficios de justicia y misericordia.

Esta acción intermitente de los espíritus celestiales no es sino una manifestación más brillante de otra acción constante, la de los ángeles de la guarda, cuyos oficios consisten en establecer, sin nosotros advertirlo,

diante, vel mediantibus angelis; sed quod mediantibus angelis ea moveat magis congruit rerum ordini, quem Dionysius infallibilem asserit, ut inferiora à Deo per media secundum cursum communem administrantur. (Opusc. xi, Respons. ad Lect. Venet. de art. 36, art. 2.)

relaciones permanentes entre el cielo y la tierra, en aproximar los espíritus inferiores por atractivos simpáticos y presentimientos misteriosos, y preparar, por medio de santas inspiraciones, las almas que los están confiadas á la última y gloriosa transformación que debe hacerlas semejantes á ellos. Un alma vale más que un mundo á los ojos de Dios, y por esto su Providencia destina á cada una un espíritu vigilante y protector (1). Nadie está privado de este amigo invisible (2) que, según las enérgicas frases de la Escritura, «no se duerme jamás en su puesto, nos protege en todos nuestros caminos, nos lleva en sus manos para que no tropiecen nuestros pies, y aparta la saeta arrojada contra nosotros en el día, y la malicia que nos rodea en las tinieblas» (3). Nos ha recibido de las manos de Dios, desde el día de nuestro nacimiento, y podemos estar bien seguros de su fiel compañía (4).

Que los amigos de este mundo, cansados de nuestras faltas ó de nuestros infortunios; se aparten lejos de nosotros; que la muerte desapiadada nos arrebatte, uno en pos de otro, á los que amamos: el ángel del Señor no se apartará de nuestro lado. En la aflicción nos consuela, en el peligro nos avisa, en la lucha nos protege, en la duda nos aconseja, y después de nuestra culpa nos reprende.

Conoce muy bien la admirable pureza de Dios, por estar siempre en su presencia y sentirse penetrado de su mirada divina; y sabe perfectamente que nada impuro puede sostener el brillo de su rostro adorable, que no puede sufrir la menor mancha de nuestra alma, y por eso nos mueve á llorar nuestras culpas: es decir, nos purifica.

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 113, arts. 1 y 2.

(2) *Ibid.*, art. 4.

(3) *Neque dormitet qui custodit te. (Psalm. cxx).—Angelus suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis. In manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum... A sagitta volante in die, á negotio perambulante in tenebris. (Psalm. xc.)*

(4) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 113, art. 5.

Nacido en las regiones de la luz, donde la verdad se comunica sin sombra, está siempre dispuesto á descender el velo que nos la oculta; nos acostumbra á sostener, por medio de la fe, el resplandor de las revelaciones que preparan la visión eterna, y según Dios se lo permite, nos comunica sus santas inspiraciones: es decir, nos ilumina (1).

Gozando de la plenitud de su ser, querría ver llenados los vacíos de nuestra naturaleza; y porque nuestra gloria corresponderá á nuestras virtudes, nos inspira el amor á santas costumbres que resplandezcan en todas nuestras acciones y nos encaminen seguramente á nuestro último fin, la bienaventuranza; es decir, nos perfecciona.

¡Oh cuán bueno, cuán precioso y cuán fiel es el amigo que Dios nos ha dado! Por más que le contristemos con nuestra indiferencia, y con nuestro desprecio le condenemos á la inacción y al silencio, no nos abandona nunca (2). Una sola cosa puede separarle de nosotros: el último grito de nuestra impenitencia. ¡Plegue á Dios que jamás lo oiga de nuestros labios! ¡Ojalá que su santa compañía nos conduzca, después de los últimos combates de la vida, á los coros celestiales, en que, ángeles también nosotros, tomaremos con ellos asiento en la bienaventuranza! (3). ¡Oh ángeles santos de mi Dios! He concluido de cantar vuestras alabanzas: permitidme que os dirija una súplica antes de dejar esta asamblea. Paréceme que os veo inclinados sobre cada uno de los que me escuchan. ¡Guardas de los hombres, acordaos que yo los amo, y que si yo fuese ángel como vosotros, ni uno solo saldría de aquí sin haber recibido una prenda de mi afecto! Vosotros conocéis aquellos cuyo espíritu atormentado lucha con las tinieblas de la duda y llama en su ayuda los socorros de la verdad; iluminadlos: á los que por unos

(1) Cf. *Summa Theol.*, q. 111, art. 1.
(2) *Ibid.*, I p., q. 118, art. 6.
(3) *Ibid.*, I p., q. 168, art. 8.

pensamientos tímidos y miradas inciertas se inclinan al partido del error, enderezados; á los que, cobardes de corazón, ceden fácilmente á las seducciones del mundo y á la violencia de las pasiones, fortalecedlos; á los que no aguardan sino una palabra, una señal misteriosa de la gracia para volver á Dios, esforzados; á los que con una fe robusta combaten contra ese torrente de incredulidad que perverte tantas almas, sostenedlos; á los que con magnánima esperanza se elevan por sobre todas las tribulaciones, afirmados; á los que por su caridad están dispuestos para toda obra buena, perfeccionados. Celebrad en este día, con vuestros hermanos de la tierra, los difíciles misterios, y comunicad á todos lo que vosotros mismos habéis recibido de vuestros hermanos superiores en belleza, la virtud, la luz y la perfección.

Otra plegaria más ¡oh santos y amables compañeros de nuestra vida! Los mismos libros que nos enseñan que sois nuestros guías, nos enseñan también que hay ángeles de guarda para los pueblos, reyes, capitanes, abogados invisibles, que gobiernan, combaten, defienden, ante el trono de la justicia y de la misericordia, la causa de las naciones, sin que por esto se opongan ni contradigan los decretos eternos de la Providencia (1). Vosotros sabéis dónde está aquel de vuestros hermanos que ha recibido la noble misión de proteger á Francia; aquél á quien nuestras infidelidades y nuestros crímenes públicos han contristado; aquél que nos ha rehusado en los combates últimos el apoyo de su brazo fiel, al que somos deudores de tantas otras victorias. Venid á buscarlo junto á nosotros y decidle que adoramos la justicia de Dios en vuestras humillaciones y en vuestras desgracias; que nos arrepentimos de vuestras faltas, que nos avergonzamos de haberle ultrajado con paganas invocaciones á la fortuna y á la estrella de Francia; que, atemorizados en presencia de lo porvenir, esperamos con agonía el fin

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 119, art. 8.

de su duelo, y el día bendito en que, levantados por medio de su protección, y acaudillados por él, podamos decir á los pueblos que nos creen borrados del globo:

«No más compasión insolente, no más orgullosos desprecios, no más vejaciones tiránicas: porque aquí está el ángel de Francia!»



CONFERENCIA XVI

LA NATURALEZA DEL HOMBRE

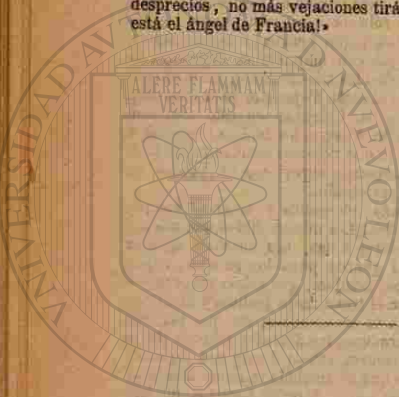
EMMO. SEÑOR, SEÑORES:

Entre la tierra y el cielo, entre la materia y el espíritu, entre los reinos ascendentes del mundo inferior y las jerarquías progresivas del mundo superior, se nos presenta un ser que es á la vez especie, género, familia y reino; que resume en su naturaleza todas las perfecciones de las criaturas corporales, y comienza la perfección de las enteramente espirituales; anillo misterioso y sublime cuya ausencia haría de los seres creados una cadena sin enlace, una obra mutilada, indigna de la sabiduría del Criador. Ya sabéis que este es el hombre. El es á quien debemos estudiar ahora. Su naturaleza, su belleza, su perfección y su participación de la vida divina, serán el objeto de las conferencias que nos restan en este año.

Y en cuanto á lo primero, ¿cuál es la naturaleza del hombre? La filosofía lo define «un animal racional,» y con más elegancia, pero acaso con menos exactitud, «una inteligencia servida por órganos.» Estas dos definiciones resumen la enseñanza católica, relativa al origen del género humano. «Dios, nos dice la Escritura, formó el cuerpo del hombre del cieno de la tierra. *Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae.* Inspiró en su frente el espíritu de vida, *et inspiravit in*

de su duelo, y el día bendito en que, levantados por medio de su protección, y acaudillados por él, podamos decir á los pueblos que nos creen borrados del globo:

«No más compasión insolente, no más orgullosos desprecios, no más vejaciones tiránicas: porque aquí está el ángel de Francia!»



CONFERENCIA XVI

LA NATURALEZA DEL HOMBRE

EMMO. SEÑOR, SEÑORES:

Entre la tierra y el cielo, entre la materia y el espíritu, entre los reinos ascendentes del mundo inferior y las jerarquías progresivas del mundo superior, se nos presenta un ser que es á la vez especie, género, familia y reino; que resume en su naturaleza todas las perfecciones de las criaturas corporales, y comienza la perfección de las enteramente espirituales; anillo misterioso y sublime cuya ausencia haría de los seres creados una cadena sin enlace, una obra mutilada, indigna de la sabiduría del Criador. Ya sabéis que este es el hombre. El es á quien debemos estudiar ahora. Su naturaleza, su belleza, su perfección y su participación de la vida divina, serán el objeto de las conferencias que nos restan en este año.

Y en cuanto á lo primero, ¿cuál es la naturaleza del hombre? La filosofía lo define «un animal racional», y con más elegancia, pero acaso con menos exactitud, «una inteligencia servida por órganos.» Estas dos definiciones resumen la enseñanza católica, relativa al origen del género humano. «Dios, nos dice la Escritura, formó el cuerpo del hombre del cieno de la tierra. *Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae.* Inspiró en su frente el espíritu de vida, *et inspiravit in*

faciem ejus spiraculum vite, y quedó hecho el hombre en ánima viviente: *et factus est homo in animam viventem* (1). Lo que equivale á decir, señores, que la naturaleza humana es un compuesto de dos elementos enteramente distintos, la materia y el espíritu; que estos dos elementos están unidos de tal suerte, que forman un solo ser, una sola vida.

No á todos agrada esta definición. Harto apasionada por la materia, que ha constituido sistemáticamente el objeto único de sus estudios, pretende una escuela moderna suprimir el espíritu humano, y trasladar sus nobles funciones á ese centro de fibras y moléculas que se llama cerebro. El hombre es sin duda un compuesto; pero un compuesto puramente orgánico, que siempre fué y siempre será materia. En contra de esto, un respeto exagerado al espíritu que intentan engrandecer, ha conducido á ciertos filósofos á negar la materia, ó á no atribuirle sino una intervención muy secundaria en el compuesto humano. El espíritu habita en ella, que es todo lo que le conceden; pero las facultades superiores del hombre funcionan independientemente del cuerpo. Los unos y los otros van errados en la verdadera noción de la naturaleza humana. Vamos á defenderla, señores; y como hemos hecho otras veces, vamos á levantar nuestro edificio combatiendo al de los adversarios.

I

Para suprimir el alma humana es absolutamente necesario desentenderse por completo de la narración bíblica, de nuestro origen, y negar la intervención de toda causa superior y de todo acto trascendental en la formación del hombre. Y tal es el procedimiento del materialismo. Os he expuesto ya su sistema más reciente, y he refutado los principios generales, en vir-

(1) *Genesis*, cap. II, vers. 7.

tud de los cuales pretende explicar el origen de todos los seres, mediante la transformación sucesiva de una materia primera, completamente desconocida (1). No quiero volver á refutar esos principios; pero la aplicación del transformismo al origen del hombre merece ser detenidamente examinada.

Con mayor empuje que de los demás seres, afirma de nosotros que no somos criaturas de Dios, pues procedemos de la ramificación de un animal antropoideo que llegó, mediante una larga serie de transformaciones en los órdenes superiores de los vertebrados, á una perfección próxima á la nuestra. Si se considera, dicen los partidarios del origen materialista del hombre, que en todos los seres vivientes las leyes fundamentales de la vida son idénticas é inmutables; que no sólo el punto de partida de los vertebrados es el mismo para todos, sino que su desenvolvimiento original se realiza en condiciones análogas; que por todos los lados de su conformación la especie humana está ligada y unida estrechamente con el mundo orgánico que la rodea; que por todas partes obedece á las mismas leyes orgánicas en la forma, en la organización, en las funciones y en la reproducción; que en la estructura de los huesos del cráneo, del cerebro, en la formación de la mano y del pie, de los dientes, de los músculos, de las vísceras, en una palabra, que en el mono y en el hombre todo se funda en los mismos principios y tiene los mismos fundamentos; y que las diferencias que separan al hombre del gorila y del chimpancé, son menores que las que median entre el gorila y los monos inferiores (2). Basta entonces descubrir en la naturaleza una ley que haya producido las especies y las familias de los animales, para que no pueda dudarse racionalmente que el hombre trae su origen del mono, que se ha transformado sucesivamente, ó, por lo menos, que desciende, como

(1) Véase la Conferencia XIII: *Origen del mundo*, primera parte.

(2) Büchner: *El hombre según la ciencia*.

los monos, de un origen primitivo común» (1). Ahora bien; esta ley se ha hallado ya, es la selección natural, la concurrencia vital, la correlación de los crecimientos, la selección sexual, en una palabra, el transformismo. Luego «no se debe vacilar en decir que el hombre puede pertenecer exclusivamente al puro orden de los monos, tomada esta palabra en toda su extensión» (2). Mucho más cuando su dentición y sus narices nos muestran que es una ramificación de la familia de los monos del antiguo mundo, y que respecto de su origen debe colocarse en la división de los monos catarrinos» (3).

Vosotros sabéis, señores, lo que se debe pensar de la pretendida ley de la transformación de las especies; la ciencia os ha probado que no se apoya sobre hecho alguno que pueda justificarla. Faltando esta ley, las relaciones que se observan entre el hombre y los animales que más se acercan á su configuración, no prueban nada absolutamente respecto de su origen común. Se puede aún estrechar más á los darwinistas, y mostrarles que las analogías por ellos señaladas están más que compensadas por las diferencias características que distinguen la especie humana de todas las especies animales.

El mono es trepador: todo su aparato de locomoción se ordena á este fin; sus pies son prensiles como sus manos. No se tiene derecho, sino con esfuerzo y siempre en línea oblicua, en lo cual se echa de ver un equilibrio violento. Su cabeza se inclina naturalmente hacia la tierra, á pesar del poderoso ligamento cervical que la levanta, y nos revela una bestia que halla la satisfacción de sus apetitos acá en la tierra. El hombre, al contrario, anda naturalmente en posición vertical (4). Se comprende, al verlo derecho, que está or-

(1) Huxley, citado por Reusch: *La Biblia y la naturaleza*, lección XXVII.

(2) Búchner, en la obra citada.

(3) Darwin: *El origen del hombre*. (*The descent of man*.)

(4) Cf. De Quatrefages: *Rapport sur les progrès de l'anthropologie*, pág. 444.—Cf. *Histoire de l'homme*, parte III, págs. 81 y 82.

ganizado para esta manera de andar (1). Sus pies, sólidamente asegurados, se apoyan sobre la tierra, sin vencer los arcos que los protegen contra la comprensión; los músculos de sus miembros inferiores tienen doblada potencia, para impedir al tronco inclinarse hacia adelante; su columna vertebral se introduce profundamente en la pelvis; sus vísceras, artísticamente pesadas y distribuidas, se prestan sin dificultad al equilibrio establecido; su cabeza se conserva derecha mirando horizontalmente sin necesidad de fuertes ligamentos para conservarla en esta posición: tanta es la precisión con que se halla colocada sobre la columna que la sostiene, y tan naturalmente equilibrada en la parte superior del edificio. Sin duda que no es ésta la actitud bestial del mono (2), sino el continente sublime cantado por el poeta:

Os hominis sublime dedit columpe mersi
Jussit et erectos ad sidera tollere vultus (3).

Mirad también la mano del hombre, tan flexible y perfecta, verdadero compás de geometría, maravillosamente adaptado á los fines de la inteligencia. Mirad sobre todo la cabeza, donde reside, ó á lo menos donde se manifiesta más gloriosamente, la potencia que abre

(1) De todos los seres de la creación, sólo el hombre está organizado para la estación vertical, sólo él anda naturalmente derecho; ésta es un carácter esencial que le separa evidentemente de todos los animales. La posición vertical en el hombre resulta de la conformación especial del esqueleto y del equilibrio establecido, no solamente en la acción de los músculos, sino también en los pesos de los diferentes órganos espláncicos. (Godron: *De l'espece et des races*, tomo II, páginas 119 y 120. Edición de 1859.)

(2) La manera con que la cabeza se articula en la columna dorsal, obliga al hombre á mantenerse derecho; mientras que en el mono esta articulación es de tal suerte, que le obliga á doblar la cabeza hacia atrás, cuando anda derecho, para mantener el equilibrio de su cuerpo; así le notado inculcar veces que el gorila no puede guardar, sino por muy poco tiempo, la actitud vertical. (De Challu: *Voyages et aventures dans l'Afrique équatoriale*, pág. 421. Edición de 1868.)

(3) Ovidio.

entre el hombre y la bestia un abismo insondable. Luego nos ocuparemos de esta potencia; por ahora contentaos, señores, con saber que su tabernáculo material es por sí sólo una protesta enérgica contra las afirmaciones del transformismo. Un sabio anatomista ha querido llevar á cabo el estudio de comparación entre el cráneo del mono y el cráneo humano; al efecto ha reunido las muestras de todas las razas; ha estudiado con la más minuciosa atención las relaciones y las diferencias; ha notado las protuberancias y las depresiones; ha tomado millares de medidas, y no hallando ya en toda la serie de los mamíferos un vacío que pueda compararse, siquiera remotamente, con el que separa al mono del hombre, termina su estudio con estas notables palabras: «Hemos llegado á conocer que el tipo humano es como una isla solitaria, que no está unida por ninguna parte á la tierra vecina de los mamíferos» (1).

No sólo el mono se diferencia del hombre por su estructura, sino también por el orden de su desarrollo: desarrollo de la capacidad del cráneo, desarrollo de su peso, desarrollo del ángulo facial, desarrollo de los pliegues y circunvoluciones del cerebro; en el hombre y en el mono todo se presenta en un orden enteramente inverso y opuesto á la ley establecida de que todos los seres análogos se desarrollan de una manera semejante, de suerte que se podría establecer este principio antitético, á saber: que las semejanzas entre el hombre y el mono proceden de sus diferencias (2). Es

(1) Aetzy: *Les formes du crâne de l'homme et des singes*. Véase también al abate Lecomte: *Le Darwinisme et l'origine de l'homme*, segunda parte.

(2) Véase á Pruner-Bey, *Bulletin de la Société d'Anthropologie* (1861, pág. 568).—Quatrejages: *Rapport sur les progrès de l'anthropologie*, pág. 246.

Es una ley sin excepción en historia natural que los seres semejantes se desarrollan de una manera semejante. Toda excepción de esta regla constituye una verdadera anomalía sin ejemplo, un verdadero prodigio. Mas este prodigio se ha verificado respecto del hombre... Así, los pliegues en el cerebro de los monos aparecen desde luego sobre los lóbulos inferiores, y más

imposible, señores, desconocer estas diferencias. Y por más que los transformistas pongan buen cuidado en atenuarlas, llamando en su apoyo á los más viles representantes de la humanidad, confiesan, sin embargo, que son enormes (1); pero con todo, no se desaniman, y no obstante los mentis solemnes recibidos del hombre prehistórico (2), en que intentaban apoyarse, esperan resignados á que la ciencia haya exhumado algu-

tarde sobre los lóbulos frontales. En el hombre sucede lo contrario: los pliegues frontales aparecen primero, y los inferiores después. Resultan de esto diferencias perpetuas durante la vida del feto; el hombre, desde este punto de vista, se presenta como una excepción irresoluble. (Gratiolet: *Revue des cours scientifiques*, tomo I, pág. 191.) Véase también al abate Lecomte: *Le Darwinisme et l'origine de l'homme*, p. II.

(1) «Las diferencias entre el cráneo del hombre y el del gorila, son enormes; y las que existen entre el hombre y el mono del orden superior, aun son considerables: cada hueso particular del gorila tiene señales tan peculiares, que le distinguen fácilmente del que le corresponde en el cuerpo humano.» (Huxley, citado por Reusch: *La Biblia y la naturaleza*, pág. 459.)

«Guardémosnos, pues, de acortar la distancia anatómica entre el hombre y los mamíferos más próximos á él. Esta diferencia es tal, que con dirigir una simple mirada sobre una parte cualquiera algo notable del cuerpo, por ejemplo, del esqueleto, le basta á un anatomista práctico para distinguir el hombre de un animal.» (Büchner: *El hombre según la ciencia*. ¿Quién somos nosotros? pág. 166.)

(2) Los principales restos humanos en que se apoyan para afirmar que el hombre desciende del mono, son: *El cráneo de la caverna de Engis*, 1833 (cerca de Lieja), *los cráneos de Cro-Magnon*, 1868 (Dordogne), de *Solutré* (en Macon), de *Bruniquel* (en Tarne y Garona), de *Menton* en 1872, de *Equisheim*, 1886 (Alto Rin), de *Borvey* (en Dinamarca), y el de *Neanderthal*, 1866, cerca de *Elberfeld* (en Alemania).

Todos estos cráneos pueden reducirse á los de las razas actualmente existentes.

El cráneo de Engis es, según Huxley, un hermoso tipo medio de cráneos humano, que lo mismo pudo haber sido el de un filósofo, que haber servido de receptáculo al pensamiento inculto de un salvaje; y por esto es quizás el más antiguo de los cráneos fósiles, y se remonta á la edad del *Uranus pelagus*.

Los cráneos de Cro-Magnon (de la edad del oso grande ó del mammoth) han sido igualmente designados por M. Pruner-Bey como *mongoloides, dolicocefalos* y de *gran cerebro*.

Los cráneos de Solutré (de la edad del oso grande, del mam-

nos centenares de cuadrumanos fósiles, sobre los cuales pueda el naturalista discurrir á sus anchuras (1). Esperan, sobre todo, hallar algún día, en las capas

muth y del reno), pertenecen á una raza análoga á la de los Esquimales y de los Japoneses.

Los cráneos de *Drumiquel* tienen un ángulo facial que no difiere en nada del de los habitantes actuales de los mismos climas.

El cráneo de *Menton* (de la edad del rinoceronte *Tichorima*, del *Ursus spelæus* y del *Felis spelæus*), es dolicocefalo, su ángulo facial no parece inferior al de las razas humanas de más inteligencia.

El cráneo de *Epinisheim* (de la edad del mammoth), se aproxima al de *Neanderthal*.

El cráneo de *Neanderthal* (de la edad del mammoth), es el que ha metido más ruido; se ha invocado particularmente como dotado de caracteres de mono por el enorme desarrollo de las órbitas de los ojos y la forma deprimida de la caja del cráneo. Pero, según M. Pruner-Bey, que ha hecho un molde del interior de este cráneo, es preciso reconocer que el cerebro del hombre de *Neanderthal* es de un volumen superior al volumen medio de el del hombre moderno, y que toda la superficie de su encéfalo, sin excepción alguna, está formada según el tipo humano.

En una palabra: todas las experimentaciones hechas sobre los restos del hombre prehistórico confirman esta conclusión de Aëby: «Es de notar que aun respecto de los tiempos más remotos no se han hallado todavía formas que no existan actualmente. Libre es, pues, cualquiera que crea como verdadera la teoría descendencial, de hacer una aplicación lógica al hombre; pero deberá con todo eso renunciar á invocar en favor de su hipótesis ni un solo hecho sacado de la historia de la humanidad, aun la más remota que hasta ahora conocemos.»

Véase á Pozzy: *La terre et le récit biblique de la création*, lib. III, cap. XI; al abate Lecomte, obra citada más arriba, art. 3, segunda parte, § 4.º

(1) «No hemos hojeado todavía, en el gran libro de la naturaleza, ni una sola página en que fundar alguna esperanza de hallar los restos de los anillos que nos faltan. La fauna de los monos antropoides son las regiones tropicales de Africa y las islas de Borneo y de Sumatra; regiones que, á decir verdad, nos son enteramente desconocidas respecto de los maníferos plenos y post-pliocenos.»

«Algún día, en lo sucesivo, cuando se hayan descubierto centenares de especies de cuadrumanos fósiles, podrá el naturalista discurrir con seguridad acerca de esta materia; al presente debemos limitarnos á esperar con paciencia, y á no abandonar nuestro juicio respecto de la transmutación, ó la influencia de esta carencia de primos. (Lyell: *La antigüedad del hombre*.)

inexploradas el famoso antropoideo que fué nuestro antepasado inmediato; esta esperanza en lo desconocido es tan poco científica como posible; por cuya razón, señores, debemos atenernos á los datos experimentales que distinguen tan abiertamente al hombre del bruto.

Sin embargo, confieso que, si no me fuera necesario violentar la Escritura, torcer las definiciones de la Iglesia (1), y ponerme en contradicción con toda la teología, me costaría muy poco conceder que el dieno de la tierra empleado por Dios para la formación del cuerpo humano ha recorrido sucesivamente todo el reino animal, y que no ha tomado su forma definitiva sino después de una larga serie de evoluciones; pues, al fin, esto no es imposible. Mas sería necesario que los transformistas me concediesen, por su parte, un acto trascendental, creador del alma, para que pudiesen existir en el hombre los dos elementos de que se compone, y esto es precisamente lo que me niegan; pues pertenecen, en su mayor parte, á esa escuela abyecta que afirma que el hombre procede del bruto, porque en último resultado no es más que una bestia. La materia es la que produce en él ese conjunto de efectos que llamamos, en su estado de unión, espíritu, alma y pensamiento. El alma es el producto de las metamorfosis, y de una composición extraordinaria de

(1) *Primi parentes immediate a Deo conditi sunt.*—Tal es la proposición del P. Perrone, la cual adhiere á continuación de esta manera: «Hæc propositio de fide est, ubi constat ex Conc. Lateranensi IV, cap. Firmiter, &c. Dum vato divinus protio parentes immediate a Deo conditos esse, significamus totum hominem, tum quoad corpus, tum quoad animam, adversus eos qui saltem corpus primi homines ex causis naturalibus, v. gr., ex terra limo, fungorum inatâr prodiisse affirmant. (Prolect. Theol., in conspectum redactæ, De homine.)

Santo Tomás no está menos expreso sobre este punto. En la *Summa Theol.*, I.º P.º q.º 91, art. 2.º: *Utrum corpus humanum sit immediate a Deo productum* termina así: «Quia igitur corpus humanum nunquam formatum fuerat, cuius virtute per vim generationis aliud simile formaretur, necesse fuit quod primum corpus hominis immediate formaretur a Deo.»

la materia (1); el conjunto de sus facultades es el resultado de las funciones encefálicas, según el dogma de la ciencia moderna, que no admite ni propiedades ni fuerza sin materia, ni materia sin propiedades ó fuerzas (2). Notad, señores, que esos apóstoles de la experimentación, esos heraldos del progreso, no han dado un paso de cien años acá. En suma, repiten lo que decía Cabanis (3), el cual copiaba servilmente á los filósofos del siglo XVIII. No admiten el alma, porque escapa, dicen, á sus investigaciones. Pues qué, señores, ¿no veis el alma? No habéis mirado bien. Yo la he visto, yo la veo todos los días, no en los sueños de mi fantasía, sino en el análisis científico de una de sus operaciones. Causa verdaderamente lástima ensalzar tanto la experiencia y engañarse hasta el punto de tomar un simple vector por una causa. ¡Ah! Si el alma silenciosa no se manifestase sino por los fenómenos puramente fisiológicos y por los instintos de la vida animal, comprendo que no alcanzaseis su existencia; pero ¿no la ois venir ante vosotros y declararos lo que ella es en la poderosa acción de los discursos? Nos llenáis de injurias á vuestro placer, cuando nosotros intentamos, ya como filósofos especulativos, ya como teólogos, estudiar al hombre y determinar su puesto en el mundo; nos acusáis de no sospechar siquiera que existan los hechos en cuestión, ni las leyes reales de la naturaleza (4). Pues bien, yo os devuelvo vuestros des-

(1) Buchner: *Fuerza y materia*, cap. *Cerebro y alma*.

(2) Littré: *Dictionnaire de Médecine*, en la palabra *Alma*.

(3) «El cerebro es el órgano particular destinado á producir el pensamiento, como el estómago y los intestinos á hacer la digestión. Los alimentos se reciben en el estómago con sus cualidades propias, y salen con cualidades nuevas. El estómago digiere. Así llegan al cerebro las impresiones por la mediación de los nervios; esta viscera se pone en acción, obra sobre ellas y las convierte en ideas; de lo cual podemos inferir con la misma certeza que el cerebro digiere, en alguna manera, las impresiones y hace orgánicamente la secreción del pensamiento.» Cabanis: *Rapports du moral et du physique de l'homme*, tomo 1, página 152.

(4) Buchner: *El hombre según la ciencia*.

precios y os acuso, á mi vez, de no saber siquiera lo que es el dón de la palabra, resultado auténtico y revelador del alma humana. Si no veis en ella más que sonidos y articulaciones labiales, dentales, paladales y guturales, es por sobrada ignorancia ó demasiada ceguedad. En nombre de vuestros principios, yo os invito y os cito á hacer un análisis, y afirmo que después de este análisis será imposible que no veáis al alma, tanto en lo expresado por la palabra, como en los efectos que ésta produce. El análisis os repugna, si no es hecho con el auxilio de vuestros instrumentos. Pues bien; yo analizaré por vosotros.

El hombre habla, señores, y le oigo decirme: «Yo veo, oigo, gusta, toco, siento y vivo.» ¿Cuál es la causa de todas estas cosas? ¿Es la materia? Si se me responde afirmativamente, pregunto á la materia: ¿por qué no vive ella en todos los lugares y en todos los tiempos? Pues, como dice Santo Tomás, es evidente que si la materia fuese el principio de la vida, todo cuerpo sería viviente ó principio de vida (1). Y, sin embargo, yo me encuentro á cada paso con cuerpos inanimados. Luego la vida no es esencial á la materia, porque ninguna cosa puede carecer de lo que esencialmente le pertenece. Mas si la vida no es esencial á la materia, ¿de dónde viene la vida á la materia, sino de una fuerza superior á ésta, de una fuerza añadida que le comunica propiedades que ella no tiene? El materialismo tiene miedo á esta fuerza (2); y, sin embargo, es

(1) «Manifestum est anim, quod esse principium vite vel vivens, non convenit corpori ex hoc, quod est corpus: attingit omne corpus esset vivens, aut principium vite, convenit igitur alicui corpori, quod sit vivens, vel etiam principium vite per hoc, quod est tale corpus. Quod autem est actu tale, habet hoc ab aliquo principio, quod dicitur actus ejus. Anima igitur, que est primum principium vite, non est corpus, sed corporis actus: sicut calor qui est principium calfactionis, non est corpus, sed quiddam corporis actus.» (Summa Theol., I. p., q. 75, art. 1.)

(2) «Si la ciencia se viese precisada á reconocer una fuerza vital, veríamos caer, derribado con el mismo golpe, nuestro principio de la universalidad de las leyes de la naturaleza y de la invariabilidad de la constitución mecánica del mundo; nos

preciso que la acepte, so pena de contradecir al hecho más evidente que existe en el mundo.

La palabra nos dice, pues, que hay en el hombre una fuerza superior á la materia. Esta fuerza, ¿es una simple propiedad que subsiste con la subsistencia de la materia, ó tiene subsistencia propia? La respuesta á esta cuestión, señores, es el *yo* que se afirma á sí mismo en todas sus operaciones. Nosotros decimos: yo veo, yo oigo, yo gusto, yo toco, yo siento, yo vivo, y por estas expresiones indicamos un sér que no conoce los cuerpos ni las impresiones que recibe de ellos, sino precisamente porque él no es ni cuerpo ni sentido. Si estuviera materialmente determinado para ver, no podría oír; si estuviera materialmente determinado para oír, no gustaría, y así de los demás; siendo exclusiva como lo es toda determinación orgánica (1). Si obrara sólo mediante una modificación orgánica, como el animal, podría ver, oír, tocar, gustar y sentir, pero no referir á un mismo principio las impresiones que ex-

variarnos en la necesidad de conceder que una mano, una potencia superior interviene en el trabajo de la naturaleza, para crear las leyes excepcionales que se sustruyen á todo cálculo; sería esto abrir una brecha en el edificio puramente natural del mundo; la ciencia no sería reducida á dudar de sí misma, y se habría concluido con el estudio de la naturaleza y del alma. (Báchner, citado por Heitinger, *Apología del Cristianismo*, tomo 1, pág. 102, edición de LA PROPAGANDA CATÓLICA.)

(1) Respondeo dicendum quod necesse est dicere, id quod est principium intellectualis operationis, quod dicimus animam hominis, esse quoddam principium incorporeum et subsistens.

Manifestum est enim, quod homo per intellectum cognoscere potest naturas omnium corporum. Quod autem potest cognoscere aliqua, oportet, ut nihil eorum habeat in sua natura: quia illud quod inest ei naturaliter, impedit cognitionem aliorum. Sicut videmus, quod lingua infirmis, que infecta est cholero, si amaro humore, non potest percipere aliquid dulcis, sed omnia videntur ei amara. Si igitur principium intellectuale haberet in se naturam alienam corporis, non posset omnia corpora cognoscere. Omne autem corpus habet animam naturam determinatam. Impossibile est igitur, quod principium intellectuale sit corpus et similiter impossibile est, quod intelligat per organum corporeum: quia natura determinata illius organi corporei prohiberet cognitionem omnium corporum. (*Summa Theol.*, I p., q. 76, art. 2.)

perimenta, ni pasar del conocimiento distinto y particular de estas impresiones al conocimiento objetivo de los cuerpos que las producen (1). Mas nosotros conocemos todos los cuerpos y sus impresiones al mismo tiempo y en el mismo *yo*; luego este *yo* no está materialmente determinado; luego este *yo* no tiene nada común con los cuerpos; luego este *yo* no se afirma á sí mismo, sino porque subsiste en sí mismo.

¿Queréis otra prueba más contundente aún de su subsistencia? Vedla aquí. El hombre dice *yo* en todas las fases de su existencia. El niño irreflexivo y descuidado, cuya viva imaginación revolotea como una mariposa sobre las primeras flores de la vida, dice *yo*; el adolescente que ve abrirse delante de sí diversos caminos de la vida, de los cuales debe elegir uno que guiará sus pasos, dice *yo*; el joven que peligra en el combate y clama á Dios diciendo: «¡Oh Dios mío, salvadme, porque voy á perecer!» dice *yo*; el hombre maduro que empieza á comprender la vanidad de las cosas humanas, y escucha atento los apresurados pasos de la eternidad, dice *yo*; el anciano que por algunos años llora sus faltas, y confiado en la misericordia de Dios espera cada día el fin de sus miserias, dice *yo*; *yo*, siempre *yo*, el mismo inmutable *yo*. Ciertamente que tengo conciencia de mi identidad, y no obstante me mudo á cada minuto. Aseméjase la materia, en su perpetuo movimiento, á un río que corre rápidamente, sucediendo una onda á otra onda, por más que la ciencia puede determinar matemáticamente el día en que no quedará un solo átomo de lo que ahora soy. A pesar de esto, digo siempre *yo*, y lo diré siempre. Afirmación que sería imposible si no hubiera en mí más que la materia: porque en la sucesión continua de los elementos que me componen, perdería infaliblemente la conciencia de mi identidad. No podría conservar esta conciencia sino en cuanto una sustancia inmóvil ve pasar la corriente de mi vida, y une en su inmuta-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 75, art. 3: *Utrum animi brutorum sint subsistentes?*

ble simplicidad la onda que empieza con la que termina.

Seguidme todavía, que no hemos llegado aún al término de nuestro análisis. Acabo de nombrar la simplicidad, que es una cualidad de la fuerza sobreañadida á la materia, que se manifiesta en la palabra por esta sola expresión: *yo pienso*. Yo pienso y veo en mí mi pensamiento. Lo veo bajo una forma que nada tiene de sensible, y que no puede explicarse sino por la simplicidad de lo que veo dentro de mí. Si mi pensamiento es una función de la materia, ¿dónde está? ¿En el cerebro? Pero el cerebro es una masa compuesta de una infinidad de fibras y de moléculas, cuya función general se divide en una infinidad de funciones. Si mi pensamiento está todo entero en cada una de las moléculas, debo verio tantas veces cuantas son en número las moléculas; mi individualidad se multiplicará tanto como ellas, y el hecho de conciencia que me atestigua mi unidad, estará en contradicción perpetua con mi esencia. ¿Diréis acaso que mi pensamiento no se recibe sino en una sola molécula? Pues una de dos: ó concebís esta molécula privilegiada como divisible, y entonces retrocedéis ante la dificultad sin resolverla, ó la reconocéis como indivisible, y entonces llegáis al punto á que yo quiero conducirlos: á un principio simple, que no puede confundirse con un órgano. ¿Se divide mi pensamiento, en toda la masa cerebral, en tantas partes cuantas son las moléculas de ellas? Pues entonces se contradice á sí mismo, puesto que se me presenta como simple é indivisible. Yo no veo, ni puedo ver las fracciones de la *justicia*, de la *honestidad* y del *deber* que concibo; y no obstante, debería verlas, si estas cosas fueran materialmente divisibles y divididas en el principio pensador.

Prosigamos adelante, señores. Mis ideas se combinan entre sí, y forman con su unión otras unidades intelectuales que llamo juicio y raciocinio. Yo digo: «El mundo es una armonía, este hombre no es bueno; esto es un juicio. Enlazo dos proposiciones, de las cuales la primera, más general, contiene en parte á la segun-

da, y de aquí deduzco una conclusión; esto es un raciocinio. El juicio y el raciocinio suponen una conveniencia ó una inconveniencia percibidas. Mas estas conveniencias y inconveniencias no pueden ser percibidas sino por un principio idéntico y comparador, que posea simultánea y enteramente las ideas ó las proposiciones sobre las cuales quiere juzgar y discutir. Este principio idéntico y comparador, ¿es la materia cerebral? No, porque toda modificación recibida en la materia excluye la existencia simultánea de otra modificación. Si tomo un poco de materia y hago de ella un cubo, es claro que este cubo desaparecerá totalmente, si de la misma materia quiero construir una esfera: uno y otra se excluyen mutuamente. Lejos de ser apta la materia para juzgar de la conveniencia ó de la inconveniencia de dos ideas coexistentes, mediante una comparación, no puede poseer una sin que la otra haya totalmente desaparecido. El principio idéntico y comparador que juzga y raciocina es, pues, un sér simple que nada tiene de común con la materia.

Lo habéis nombrado ya, y se llama inteligencia; la palabra que nos ha revelado hasta aquí su subsistencia y su simplicidad, nos revelará ahora su potencia creadora. No puede analizarse la frase más corta de los discursos humanos, sin dar con palabras que expresan una idea general y abstracta; esto es, una cosa que no existe realmente en la naturaleza, y por consiguiente que no puede causar ninguna impresión en la materia. Este cuerpo, este árbol, este animal, este hombre, obran mediata ó inmediatamente sobre mis órganos y los modifican transitoriamente; mas el cuerpo, el árbol, el animal y el hombre en general, el género y la especie, que yo veo continuamente dentro de mí, y que se introducen á cada paso en mis discursos, ¿dónde están? Si la materia fuera el principio de mis conocimientos, me representaría, de una manera fugitiva, las imágenes particulares de objetos particulares también; pero en ellas ni vería jamás ni podría expresar con la palabra cosas que carecen de imágenes; ideas generales que no representan ningún indi-

viduo determinado; ideas abstractas, fundadas en simples relaciones, como el orden, la belleza, la virtud, el deber, el honor; ideas puramente metafísicas que se ciernen en un mundo á cuyas puertas expira toda imaginación, como lo necesario, lo posible, lo absoluto, lo indefinido, lo infinito. Si yo veo estas ideas y las expreso, es prueba, dice Santo Tomás, de que mi inteligencia es una forma absoluta (1); pero es más, señores, es una prueba de que mi inteligencia es una fuerza creadora.

La materia puramente pasiva no recibe sino impresiones particulares, transmitidas por los órganos á la facultad de sentir, que nos es común con los animales.

Excitada por la sensación, la inteligencia, actividad fecunda, pasa al conocimiento de los objetos externos, reflexiona, abstrae, generaliza, se eleva hasta las razones eternas de las cosas, y adquiere ideas: estas forman su familia sagrada, y son los hijos de sus trabajos, y con más razón que Cornelia puedo decir mostrándolas en sus discursos: «He aquí mis joyas.»

Cuanto más vamos adelantando en nuestro análisis, tanto más vemos á la materia someterse á un elemento dominador; mas ved aquí una última revelación que acaba de disipar las insolentes pretensiones del materialismo. En los discursos del hombre se oye á cada paso esta palabra extraña: *Yo quiero*. ¿Es ésta la expresión de una actividad mecánica, regulada por leyes inflexibles á las cuales, según el dictamen de la ciencia, no puede sustraerse la materia? No, señores; es la expresión de una actividad espontánea que se determina

(1) «Anima igitur intellectiva est forma absoluta, non autem aliquid compositum ex materia et forma. Si enim anima intellectiva esset composita ex materia et forma, formas rerum reciperentur in ea, ut individuales. Et sic non cognosceret, nisi singulare: sicut accidit in potentiis sensitivis, que recipiunt formas rerum in organo corporali. Materia enim est principium individualis formationis. Relinquitur ergo quod anima intellectiva, et omnis intellectualis substantia cognoscens formas absolute, caret compositione formæ et materie.» (Cf. *Summa Theol.*, I p. q. 75, art. 5.)

á sí misma, después de una elección libre. En vano se trata de persuadirme que mis determinaciones están sujetas á la fatalidad; porque estoy irresistiblemente convencido de que yo me determino, porque así lo quiero con mi libre voluntad. La libertad tiene en todas las lenguas un nombre que no se borrará jamás, y en todas las conciencias un grito que no podrá ser ahogado: *¡Yo quiero!* El acto expresado por esta frase demuestra, hasta la última evidencia, que toda una serie de operaciones se sustrae en mí á la acción de la fuerza mecánica y fatal de la materia. ¿Podría yo mudar á mí albedrío tal ó cuál de mis acciones, si fuera la materia el único principio agente de mi naturaleza? Yo no digo á mi estómago que no segregue el jugo gástrico, ni á mi hiel que no segregue la bilis, ni podría decir á mi cerebro que no segregase el jugo pensante, si éste fuera el resultado de las funciones encefálicas. Pero, señores, yo pienso, porque quiero pensar; yo cambio de pensamiento como me agrada; yo entro y saigo por el tejido de las fibras y de las moléculas en que se pretende aprisionarme, y por todas partes encuentro libre el paso; yo lo domino. La fuerza superior, subsistente, simple, creadora, lanza este grito victorioso: «¡Soy libre en la materia esclava!»

Es libre, por consiguiente responsable; por eso oímos al hombre decirse á sí mismo: «Estoy contento, he obrado bien; me arrepiento, he obrado mal.» Nada más extraño, nada más absurdo y monstruoso que estos testimonios, tantas veces repetidos, de la conciencia humana, en el sistema de los que atribuyen á la materia el origen de todas nuestras acciones. ¿Es la infeliz dueña de estas secreciones? Si halláis que ha obrado mal alguna vez, echad la culpa á la odiosa necesidad que ordena sus movimientos; pero respetadla en la abyección del crimen como en las glorias de la virtud. No habiendo en ella ni crimen, ni virtud, ni abyección, ni gloria, el desprecio es una injusticia y la admiración una necesidad. En todas nuestras acciones no nos correspondería sino la indiferencia; pues todo está en orden, porque todo sucede según la ley. Tal

es, señores, el lenguaje que debería usar la humanidad materialista; pero, por la misericordia de Dios, la conciencia indignada protesta en todos los idiomas contra la confusión y trastorno de las nociones que son el fundamento de toda sociedad. En todas partes, aún en los pueblos de corazón pervertido y que abuelven de las iniquidades más repugnantes, oímos proclamar esta máxima fundamental del orden moral: *Declina à malo et fac bonum*: «apártate del mal y obra el bien.» En todas partes nos revela el lenguaje humano, superior à la materia esclava de las leyes físicas, é irresponsable, un principio libremente sometido à leyes superiores, y responsable de sus acciones ante el tribunal de la conciencia.

Podría yo nombrar aquí este principio, y resumir mi análisis; pero quiero completar mi triunfo sobre la materia por un breve examen de los secretos de la palabra.

Es una ley del orden físico que los fenómenos varían constantemente con la variación de las causas, y que las mismas causas producen regularmente los mismos fenómenos: de donde se sigue que la palabra, no siendo desde el punto de vista físico sino una serie de sonidos articulados, debe producir, si no se dirige más que à la materia, que es una cosa puramente física, fenómenos diferentes, si varían los sonidos, y fenómenos semejantes si lo son los sonidos. Y no obstante ¡cosa rara! contradiciendo à toda ley, palabras perfectamente semejantes producen fenómenos completamente diferentes, y palabras completamente diferentes producen fenómenos perfectamente semejantes. Encuentro un francés que me pregunta: *Comment vous portez vous?* (¿Cómo sigue V.?) y le respondo: *Très-bien, je vous remercie*: (Muy bien, gracias;) se me acerca un inglés, y me dice: *How do you do?* (¿Cómo sigue V?) *Très-bien, je vous remercie*: viene un italiano y me pregunta: *Como sta?* (¿Cómo está V?) *Très-bien, je vous remercie*. Un alemán, un ruso, un cafre, un hotentote, llevarían la misma respuesta, si yo entendiese sus idiomas. ¡He aquí el gran negocio! Trátase de aprender

un idioma, es decir, de comprender la relación entre los signos y las ideas, cosa totalmente imposible à la materia. La materia recibirá todas las impresiones que queráis; pero su reacción, siendo medida por la impresión recibida, no podrá dar jamás la misma respuesta à signos diferentes, que producen impresiones diferentes. No es, pues, la materia la que responde à la palabra, sino un principio simple, que recibe la impresión de esa cosa inmaterial que se llama relación; el mismo principio comparador cuya intervención hemos comprobado en el juicio y en el raciocinio.

Otro ejemplo en que los fenómenos se producen en sentido inverso. He leído en cierta historia: «El Rey volvió à la capital, y allí murió.» Este *allí murió* me deja completamente insensible. Pero yo leo en Corneille:

«Uno contra tres, ¡qué queréis que hiciese!

—Que muriese (1).»

Al instante siento latir mi corazón, estremecerse mis entrañas, y à mis ojos llorar. Estas dos palabras *que muriese* han conmovido todo mi sér, y penetrado hasta la medula de mis huesos. ¿X por qué esto, señores? ¿Por qué estaba tranquilo poco antes, y ahora no puedo contener mi admiración? Las palabras *murió* y *muriese* tienen en francés las mismas letras, y la entonación no ha podido cambiar la impresión recibida, puesto que las he leído en silencio. El mismo órgano ha sido modificado de la misma manera, y ha debido producir en la masa cerebral la misma impresión. He aquí la materia cogida en flagrante delito de contravención à sus propias leyes. Explicad, si podéis, de otra manera este misterio, sin acudir à la acción de una fuerza trascendental que ve lo que no ve la materia, y es será imposible. Yo he visto alguna cosa en este *que muriese*. Sí; he visto una virtud grande en la más comprometida y terrible de las pruebas; he visto à un ciudadano amar más à Roma que al fruto de

(1) *Horace*, act. III, esc. 6.

sus entrañas; he visto el amor de la patria triunfando de un corazón paternal; he visto á un padre preferir á la deshonra la muerte del último hijo que le quedaba; he visto lo sublime. La materia no conoce esto, señores, porque lo sublime no es el sonido de la materia, sino el sonido de un alma grande.

He nombrado el alma; estabais esperando este nombre, y yo mismo no puedo ocultarlo por más tiempo. No; el río sagrado, el rayo luminoso, la música celeste de la palabra no desciende de las regiones de la materia para volver á la materia, sino del santuario del alma para volver al alma. No; la materia indiferente para la vida, exclusiva en sus impresiones, móvil, mudable, divisible, pasiva, esclava, irresponsable, no puede ser la fuerza viviente, subsistente, inmutable, simple, creadora, libre, responsable, revelada por la palabra. La vida, la subsistencia inmutable, la simplicidad, la inteligencia, la libertad, la responsabilidad, es el espíritu, es el alma humana.

¡El hombre habla! Es necesario que tengáis en cuenta este fenómeno, vosotros que os aplicáis al estudio de los fenómenos; que apartéis vuestra atención, harto cansada de estudiar las funciones del cerebro, y que la dirijáis al efecto por vosotros atribuido á las funciones de ese órgano. No; yo no niego la participación de la materia en nuestras operaciones, aun en las más sublimes; luego veremos lo que hay sobre este punto; pero quiero que analicéis la palabra como analizáis los otros fenómenos, y pretendo que el decir después de ese análisis: «que el alma y sus facultades son el resultado de las funciones encefálicas,» es tan poco sensato y tan ridículo como el decir que el talento de un violinista es el resultado de cuatro cuerdas extendidas sobre una caja sonora, modificadas por la tensión de su longitud y heridas por un arco bañado de antemano en colofonia.

¡El hombre habla! ¿Necesito acaso de diferencias anatómicas ó fisiológicas para distinguirlo de la bestia? El solo dón de la palabra ¿no es acaso superior á todas las diferencias? El habla, descubre su interior, pone sus

ideas en comunicación con las de sus semejantes, hace promesas, juramentos, contratos, dicta leyes y funda instituciones, que modifica según las exigencias de los tiempos, de los lugares y de las circunstancias; crea tradiciones, añade á su experiencia la experiencia de las edades pasadas, se perfecciona, y perfecciona sus obras, y se eleva, en fin, hasta el principio y tipo de toda perfección, á quien adora é invoca. El animal, al contrario, no revela con sus gritos monótonos é inarticulados, sino instintos rebeldes á todo perfeccionamiento; tal como era en el principio, tal es ahora todavía. Por perfectas que sean sus obras, se reconoce en ellas la dirección de una inteligencia que no es suya, puesto que obra espontáneamente sin aprender nada, y sin adelantar jamás nada en lo que ha hecho siempre. Siempre son las mismas leyes las que presiden á su unión con sus semejantes, siempre las mismas necesidades, las mismas pasiones que le encadenan á la tierra, sobre la cual no alcanza á ver nada.

¡El hombre habla! Y doquiera que oiga una palabra, puedo decir: «He ahí un hombre.» El salvaje, que pretendéis asemejar al bruto, os opone el abismo insondable del lenguaje. Lenguaje desfigurado, sí queréis, pero lenguaje, del cual puede hacerse una gramática, y donde se hallan expresiones reveladoras de la conciencia, de la inteligencia, de la libertad, de la responsabilidad, del espíritu, del alma humana. Vosotros decís: «El salvaje es un bruto perfeccionado,» y yo digo: «El salvaje es un hombre degradado,» y me apoyo en la experiencia, en la soberana experiencia que, según vosotros, decide de todo. ¿No habéis visto, en plena civilización, esos seres sin Dios, sin fe, sin ley, sin hogar, sin letras, sin entrañas, cuya fiera mirada parece amenazar á todo lo grande, y cuyas sucias manos están prontas para todo crimen? Todo lo esperan de la aventura; la mortandad regocija sus corazones, y el incendio de nuestras obras maestras es para ellos solemne fiesta: su ideal es la igualdad brutal de todos y la vida en perpetuo ocio. Y ¿quién lo creerá! éstos han salido de las filas del hombre civilizado. Si una

catástrofe los traslada á un bosque inhabitado, allí se convertirán en los peores salvajes del mundo. Para el hombre son una deshonra, y para el animal son una honra á que no podrá aspirar, por más que todas las fuerzas de la naturaleza le prestaran su concurso para alcanzarla. Y vosotros mismos, señores, en vano tratáis de rebajaros; vuestra palabra protesta, por sus habilidades mismas, contra las doctrinas abyectas á cuyo servicio queréis obligarla.

¡El hombre habla! Por más que hayáis hallado entre él y el bruto semejanzas de conformación y de desarrollo, ninguna de ellas nos hará olvidar la diferencia característica que le separa del resto de los vivientes. ¿Por qué es obstináis en ver monos antropomorfos allí donde no hay más que una transición ordenada por la sabiduría divina para unir las diferentes partes del universo? La progresión admirable y la penetración amorosa de los seres, que hemos expuesto ya, ¿no os explican suficientemente las semejanzas y las afinidades de la naturaleza, sin necesidad de violar sus leyes?

¡El hombre habla! ¡Ah! dejadme escuchar el concierto de sus armoniosos labios. Este me enseña, mejor que vuestras investigaciones á mano armada, lo que es ese sér sublime, cuyos elementos separáis contra toda razón. La palabra tiene un cuerpo, el signo, y un alma, la idea; signo é idea, cuerpo y alma de tal suerte unidos, que no forman sino una sola cosa, que es la naturaleza humana entera, que se manifiesta y muestra en su más bella manifestación.

Conocemos ya, señores, los dos elementos de que se compone la naturaleza humana; ambos se demuestran por la experiencia; la materia por la experiencia física, el alma por la experiencia racional. Los dos no forman sino un solo sér, una sola vida: *Et factus est homo in animam viventem*. Sin embargo, habéis podido convenceros, por la demostración precedente, que no son

iguales entre sí. Escuchad lo que dice Santo Tomás á este propósito: «Entre todas las formas, el alma es la más elevada por su nobleza, y en tanto sobrepaja á la materia, en cuanto tiene una potencia y una operación que de ningún modo pueden convenir á las sustancias corporales» (1). Antes de él, ya otros filósofos habían reconocido esta dignidad del alma humana. «No hay en el alma, dice Cicerón, ninguna mezcla ni composición, ni nada procedente de la materia ó formado de ella; nada que participe de la naturaleza del aire, del agua ó del fuego, porque en todo esto nada hay capaz de producir la memoria, ni la inteligencia, ni el pensamiento; nada que pueda recordar lo pasado, prever lo futuro ó abrazar lo presente. Jamás podrá averiguarse de dónde recibe el hombre estas cualidades divinas, á no ser que nos remontemos hasta el Sér increado. Por donde se ve que la naturaleza del alma es de una especie particular, y muy diferente de todas las cosas materiales que conocemos» (2). Y Platón, en uno de sus *Diálogos*, dice: «Todo lo que es corpóreo y sensible está sujeto á la mudanza, y no permanece nunca en un mismo estado. Las partes de que está compuesto se desprenden, se evaporan y se disipan continuamente; pero el alma es un sér simple, indivisible, inalterable... Se parece más bien á la belleza inteligible, inmutable y eterna, que á las cosas sujetas al dominio de los sentidos» (3).

(1) «Anima autem humana est ultima in nobilitate formarum. Unde in tantum sua virtute excedit materiam corporalem, quod habet aliquam operationem et virtutem, in qua nullo modo communicat materia corporalis. Et hinc virtus dicitur intellectus.» (Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 76, art. 1.)

(2) «Nihil est animis mixtum, atque concretum, aut quod ex terra natum atque factum, esse videatur; nihil ne aut hancidum quidem, aut flabile, aut igneum. His enim in naturis nihil inest, quod vim memorie, mentis, cogitationis habeat; quod et præterita tenent, et futura provideat, et complecti possit presentia; que sola divina sunt. Nec invenitur unquam, unde ad hominem venire possint, nisi á Deo. Singularis est igitur quedam natura atque via animi, sejuncta ab his usitatæ notisque naturis. (Cicerón: *Tuscul.*, lib I, cap. xxvii.)

(3) Fedón.

Temía Platón, por respeto á esta belleza, su contacto con el cuerpo (1). Admite la existencia del alma en la naturaleza humana; pero el cuerpo, en lugar de ser una sustancia informada por el alma, no es sino un instrumento de sus operaciones. En el pensamiento de este filósofo, el cuerpo es una especie de carga, un sepulcro, una cárcel, una cadena que tiene al alma atada á la tierra (2). Aristóteles reprocha á su maestro esta ignorancia de las verdaderas relaciones de nuestros elementos constitutivos; y después de él toda la filosofía católica de la Edad Media ha expresado la unidad del compuesto humano en este principio, sancionado por la autoridad de un Concilio: *Anima est forma corporis* (3). «El alma es la forma sustancial del cuerpo.»

Este principio quedó envuelto, como tantos otros, en la universal reprobación con que fué herida la escolástica en el siglo XVII. Bajo el pretexto de oponerse á las vanas sutilezas, se menospreciaron verdades muy respetables; y respecto de la constitución de la naturaleza humana, se ha visto renacer al dualismo platónico. El alma está unida ciertamente al cuerpo, pero sólo como el viajero á la venta en que se halla de paso, como el jinete al caballo en que va montado; cada uno tiene su vida propia: el alma obra por su cuenta, y el cuerpo por la suya. Para explicar la evidente correspondencia de los fenómenos que aparecen simultáneamente en el cuerpo y en el alma—fenómenos de la sensación y del movimiento,—se inventó la armonía prestabilita, esto es, un conjunto de leyes divinas que causan el perfecto acorde que reina entre el

(1) «Cuando el alma se sirve del cuerpo para considerar cualquier objeto, ya por la vista, ya por el oído, ya por algún otro sentido, entonces es atraída por el cuerpo hacia lo que cambia sin cesar; se extravía y se turba, tiene vértigos como si estuviera embriagada para ser puesta en relación con las cosas que están en esta disposición.» (Padon.)

(2) «La filosofía nos enseña que el alma está realmente encadenada y retenida por el cuerpo, como por una prisión desde donde contempla todos los seres.» (Alicabad, fin.)

(3) Concilium Viennense, 1311.

alma y el cuerpo; ó las causas ocasionales, esto es, la acción de Dios que produce directamente una modificación del cuerpo, con ocasión de una modificación del espíritu; una modificación del espíritu con ocasión de una modificación del cuerpo; ó bien, finalmente, el *influjo físico*, esto es, una acción del alma sobre el cuerpo, ó del cuerpo sobre el alma, ejercida, ya inmediatamente, ó ya por medio de no sé qué mediador plástico.

Las dificultades de este dualismo, tan opuesto al sentimiento íntimo que tenemos de nuestra unidad, no podían menos de producir reacciones violentas. Vióse, pues, nacer al dualismo que, refugiándose en las alturas de la naturaleza humana, y contemplando desde allí la materia, creyó que no podía expresar mejor su desprecio que negando la existencia de toda sustancia corpórea. Por otra parte, el materialismo, armado de la experiencia científica, estudió el organismo, buscó su unidad, y creyendo que podía reducir á sus funciones todas las operaciones humanas, proclamó la existencia única de la materia.

Pero ved, señores, cómo la divina Sabiduría sacó bien del mal. La ciencia contemporánea, tan enemiga de lo que llama *antiguallas* de la Edad Media, nos conduce otra vez á ellas con sus investigaciones. No pudiendo llevar á cabo la demostración materialista que ha emprendido, porque el hombre opone á la causa divisible y necesaria, invocada por ella, actos simples y libres, atestiguan, sin embargo, la maravillosa correspondencia del desarrollo de los órganos y de las facultades del alma, la concomitancia normal é invariable de las funciones orgánicas y de las funciones psíquicas; obra por medio de inyecciones, de ligaduras y disecciones sobre las fuerzas de la inteligencia y de la voluntad, y produce artificialmente la parálisis y la imbecilidad; probando así experimentalmente esta verdad proclamada por la antigua escuela católica: «El hombre es un solo sér, una sola vida, porque el alma es forma del cuerpo.» *Anima est forma corporis.*

El alma es forma del cuerpo; esto es, señores, que

le comunica, no su manera de ser, puesto que es simple y el cuerpo compuesto, sino su sustancia; da el sér al cuerpo, y resulta de los dos un solo ente completo, de tal suerte, que la sustancia del compuesto humano es la misma que la del alma humana (1). El mismo hombre es el que vegeta, el que siente, el que se mueve, el que piensa, el que quiere y el que obra libremente. Haced del alma un agente separado ó parcial, un simple motor, por ejemplo, y la unidad desaparecerá completamente. Yo me engañó á mi mismo cuando digo: «Yo pienso, yo siento»; pues debería decir: «Una inteligencia entiende, y un cuerpo siente» (2). El yo, expresión de mi unidad, no es verdadero si el alma no recibiera al cuerpo á la participación de su propio sér, formando así un solo sér, que es el hombre, una sola sustancia, que es la sustancia humana (3).

(1) Anima illud esse in quo subsistit communicat materia corporali: ex qua et anima intellectiva fit unum: ita quod illud esse quod est totius compositi est etiam ipsius anima. (Cf. *Summa Theol.*, I, p., q. 76, arts. 1 y 5.)

(2) Respondeo dicendum, quod necesse est dicere, quod intellectus, qui est intellectualis operationis principium, sit humani corporis forma. Illud enim, quo primo aliquid operatur, est forma ejus, cui operatio attribuitur. Sicut quo primo sanatur corpus, est sanans, et quo primo scit anima, est sciens. Unde sanans est forma corporis, et sciens anima. Et hujus ratio est quia nihil agit, nisi secundum quod est actu. Unde quo aliquid est actu, ut agit, manifestum est quod primum, quo corpus vivit, est anima. Et cum vita manifestetur secundum diversas operationes in diversis gradibus viventium, id, quo primo operatur unumquodque horum operum vite, est anima. Anima enim est primum, quo nutrimur, et sentimus, et movemur secundum locum: et similiter quo primo intelligimus. Hoc ergo principium, quo primo intelligimus, sive dicatur intellectus, sive anima intellectiva, est forma corporis. Et huc est demonstratio Arist. in 2 *De Animis* (text. 24, tom. II.) Si quis autem velit dicere, animam intellectivam non esse corporis formam, oportet, quod inveniat modum quo ista actio, que est intelligere, sit hujus hominis actio. Ex parte enim uniuscujusque seipsum esse, qui intelligit... Ipse idem homo est qui percipit se intelligere et sentire. (Cf. *Summa Theol.*, I, p., q. 76, art. 1.)

(3) Anima habet esse subsistentem... et tamen ad hujus esse communicationem recipit corpus, ut sic sit unum esse anime et corporis quod est esse hominis. (S. Thom.: Opus, *De spiritu creato*, art. 2.)

Esta sustancia es la misma en toda la especie, y cada individuo la posee en propiedad, porque el alma se multiplica según la multiplicación de los cuerpos. Si un solo principio vital se extendiera á todos los individuos de la especie humana, la humanidad no sería más que un solo hombre, y la distinción de los fenómenos de la conciencia, lo mismo que la diversidad de los fenómenos intelectuales, no serían más que una extravagancia, un absurdo viviente (1).

Múltiple en la especie humana, el alma es sola é inmediata forma del cuerpo que anima. No necesita otra alma vegetativa, ni sensitiva, ni formas subalternas, que multiplicarían el ente y la sustancia, allí donde no debe haber sino un solo ente y una sola sustancia. Ella contiene de una manera emittente toda la virtud de las formas imperfectas, y obra por sí sola todo lo que éstas obran separadamente en los reinos inferiores de la creación (2). Subsistente, vegetativa, sensitiva é intelectual, una y armoniza en sí misma todas las vidas, sin confundirlas. El cuerpo se somete directamente á su acción; pues un intermedio cualquiera no haría más que desecharla, sin explicarlo, un misterio que es preciso aceptar, porque se encuentra en todos los puntos del universo: quiero decir, el misterio de la acción de lo simple sobre lo compuesto. Dios creador de la materia, los ángeles, ministros de Dios en el gobierno del mundo, no son menos admirables é incomprensibles que el alma como forma del cuerpo (3).

El alma humana existe sola en el cuerpo; pero ¿dónde reside? ¿No tiene un trono desde donde manda,

(1) Cf. *Summa Theol.*, I, p., q. 76, art. 1: *Utrum intellectus principium multiplicet secundum multiplicationem corporum?*

(2) Nulla alia forma substantialis est in homine, nisi sola anima intellectiva; et ipsa sicut virtute continet animam sensitivam... et nutritivam, ita virtute continet omnes inferiores formas, et facit ipse sola quicquid imperfectiones forme in aliis faciunt. Cf. *Summa Theol.*, I, p., q. 76, art. 3: *Utrum prater animam intellectivam sint in homine alie anime per essentiam differentes?* art. 4: *Utrum in homine sit alia forma prater animam intellectivam?*

(3) Cf. *Ibidem*, arts. 6 y 7.

un centro desde donde comunica la vida?—No; está toda entera en todo el cuerpo y en cada una de sus partes. No sólo establece el orden de su construcción magnífica y de su delicado mecanismo, sino que conserva hasta los menores elementos: causa la perfección del todo y la perfección de las partes. Por consiguiente, existe en todas y en cada una de las partes; no según la totalidad de su virtud, que no ejerce toda entera en cada división del organismo; porque aquí respira, allí palpita; aquí ve, allí oye; aquí se mueve, allí piensa; sino según la totalidad de su perfección y de su esencia (1). Y como sus vuelos la transportan más allá de los tiempos y de los mundos creados en las misteriosas é incommensurables regiones de lo pasado, de lo porvenir, de lo posible y de lo inteligible, sin abandonar la materia que anima, puede decirse, con Santo Tomás, que el alma contiene al cuerpo, más bien que el cuerpo al alma (2).

Su presencia en el cuerpo es activa en un grado eminente: no solamente anima el cuerpo, mas también lo crea en cierto modo, puesto que su virtud única desde un punto imperceptible en que la vida se concentra—en el óvulo,—hace germinar todos sus miembros y todos sus órganos (3); su fuerza plástica lo nutre, lo aumenta, y lo hace hábil para reproducirse por medio de la generación; su fuerza sensitiva localiza y distribuye sus sentidos (4); su fuerza intelectual

(1) «Substantialis forma non solum est perfectio totius, sed cujuslibet partis... Anima vero est forma substantialis. Unde oportet quod sit forma et actus non solum totius sed cujuslibet partis...» «Tota est in qualibet parte corporis secundum totalitatem perfectionis et essentiam, non autem secundum totalitatem virtutis, quia non secundum quamlibet suam potentiam est in qualibet parte corporis.» (Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 76, art. 8.)

(2) «Magis anima continet corpus et facit ipsum esse unum quam e converso.» (Cf. *Ibidem*, art. 3.)

(3) «Manifestum est quod primum, quo corpus vivit ex anima.» (Cf. *Ibidem*, art. 1.)

(4) Véase la *Summa* de Santo Tomás, I p., q. 78, art. 2. *Utrum convenienter partes vegetative assignentur, scilicet, nutritivum, augmentativum et generativum?* Art. 3. *Utrum convenienter distinguantur quinque sensus exteriores?*

y libre amolda las líneas y los graciosos contornos de la fisonomía. Escultor sufrido y constante, el alma invisible desde el interior en que obra, forma su imagen visible. Comunica á la frente la majestad y serenidad de sus pensamientos, y hace resaltar sobre el cráneo sus facultades superiores. El ojo refleja la autoridad de sus órdenes, y se ilumina con el fuego de sus pasiones. Sus labios inmóviles ó entreabiertos expresan su fortaleza y su paciencia, su dulzura y su bondad. El conjunto de sus facciones, su movilidad, su flexibilidad, su expansión, su calma, su rigidez y la actitud general de la conformación misma de su cuerpo, llevan el sello de sus hábitos morales, que constituyen el carácter individual. En una palabra; el cuerpo es obra del alma, una estatua viviente, animada por su mismo escultor, que se perfecciona ó se envilece con él, y representa al vivo la abyección, igualmente que la nobleza de su autor. Un hábil observador puede descubrir aquí los misterios de nuestra vida íntima, y un espíritu versado en la ciencia de las conjeturas puede adivinar lo porvenir.

El alma es la forma del cuerpo. Este principio, que nos presenta tan al vivo la unidad del compuesto humano, es fecundo en consecuencias especulativas y prácticas. Necesitaría un discurso entero para desenvolverlas; pero ya que no tengo tiempo sino para exponerlas brevemente, os invito á que las desarrolléis vosotros mismos en vuestras horas de reflexión.

Meditad, pues, estas palabras de la Escritura: *Factus est homo in animam viventem.* «El hombre está dotado de una sola alma viviente.» Esto quiere decir que la materia, elevada sobre sí misma, participa en nuestra persona de los honores del pensamiento y de la virtud; quiere decir también que el alma obra juntamente con la materia; que no puede prescindir de su ministerio, ni sustraerse enteramente á sus influencias, y que su perfección natural depende de su unión con el cuerpo (1). Sin duda que Dios puede obrar fue-

(1) Anima cum sit pars humanæ nature non habet natura-

ra de las leyes establecidas, é imprimir en el alma sus propios pensamientos, y atraerla de tal manera á su amor, que no sienta ya la esclavitud de la carne; sin embargo, cuando contraviene al orden establecido, no lo destruye.

Mas el orden establecido es que el hombre sea uno en sus operaciones, como es uno en su subsistencia; luego el alma obra mediante los órganos. Recibe de la materia animada, como queda dicho más arriba, impresiones con cuyo auxilio crea las imágenes, y se eleva de lo particular á lo general, de lo sensible á lo inteligible (1). Conocer, pensar, no es entregarse á una pura contemplación, sino realizar un acto mixto, que puede perfeccionarse con la perfección de un órgano, y alterarse por un accidente orgánico (2). Tanto en el orden moral como en el orden intelectual, necesita el alma de la materia: así lo demuestran las muchas debilidades y apetitos desordenados de que la virtud se resiente. Por eso, señores, nada hay más verdadero ni más práctico que esta máxima de los antiguos: *Mens sana in corpore sano*. «El alma está en un cuerpo sano.»

Tened en cuenta, vosotros que tenéis el cargo de juzgar á vuestros semejantes, y sed tanto más severos ó misericordiosos, según que el equilibrio de una naturaleza sea más ó menos estable. Tened en cuenta vosotros, á quienes confiamos el tesoro inestimable de nuestra salud. No manejeis el cuerpo con mano ciega y brutal, sino preguntad al alma si con impresiones demasiado vivas y con agitaciones desordenadas ha provocado las crisis contra las cuales nada pueden vuestros remedios, mientras no se quite la causa moral. Un médico materialista é impío puede ser, sin quererlo, un verdugo. Tened en cuenta la uni-

em perfectionem nisi secundum quod est corpori unita. Unde non fuisset conveniens animam sine corpore creari. (Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 90, art. 4.)

(1) Cf. *Ibidem*, q. 84: *De cognitione animae respectu corporalis*.

(2) Cf. *Ibidem*, I p., q. 84, art. 8: *Utrum iudicium intellectus impediatur per figuratum sensus?*

dad humana, y esta máxima práctica: *mens sana in corpore sano*. Maestros y directores de la juventud, disciplinad la carne, reprimid el ímpetu de sus pasiones, y preservad al alma; pero antes de impacientaros contra las rebeliones de las inteligencias y de las voluntades infantiles, mirad si existe alguna enfermedad corporal que curar. No debilitéis los cuerpos rindiendo á unas tiernas almas con excesivos trabajos intelectuales que obran de una manera funesta, y algunas veces mortal, sobre unos órganos que se están desarrollando todavía. Tened todos en cuenta, señores, vuestra naturaleza y su armonía. Por respeto á vuestro cuerpo, guardaos de ambiciones y de odios febriles; por respeto á vuestra alma, guardaos de placeres vergonzosos. Un alma demasiado apasionada gasta muy pronto la vida; una carne demasiado regada, la ahoga; y el alma que se sirve de este instrumento deshonrado, cae fatalmente en la impotencia y en la imbecilidad. Finalmente, tened en cuenta, sobre todo, vuestro origen divino. Vuestra naturaleza en sus elementos y en su unidad es un artefacto de Dios: *Dei edificatio estis*. ¡Respetad, pues, la obra de este gran Maestro! Decid con el santo Job: «Señor, tus manos han formado mi cuerpo, y distribuido todas sus partes.» *Manus tua fecerunt me et plasmaverunt me*. «Tú lo has revestido de carne y de piel, y lo has fortificado con huesos y nervios.» *Pelle et carnibus vestisti me; ossibus et nervis compegisti me*. «Tú me has dado la vida y tu providencia ha guardado mi espíritu.» *Vitam dedisti mihi... et visitatio tua custodivit spiritum meum* (1). Ahora «bendice al Señor, alma mía, y todo lo que hay en mí ensalce su santo nombre.» *Benedic, anima mea, Domino, et omnia quae intra me sunt, nomini sancto eius* (2).

(1) Job, cap. x, vers. 8, 11 y 12.

(2) Psalm: cii.

de su sér inmaterial y de sus infinitas perfecciones: *Ad imaginem et similitudinem nostram*.

Es preciso meditar hoy, señores, estas palabras y contemplar lo que hemos entrevisto ya en la serie de nuestras demostraciones precedentes, para añadir al conocimiento de los elementos y de la constitución de la naturaleza humana, el conocimiento de su belleza y de su grandeza.

En la naturaleza humana, por la parte que mira al mundo material, descubro una triple belleza que puede servir de modelo á las criaturas inferiores: belleza de construcción ó anatómica; belleza de funciones ó fisiológica, y belleza de expresión ó fisionómica. Por la parte que mira al mundo invisible, descubro una triple belleza, á la cual sirven de modelo las criaturas superiores: belleza intelectual, belleza moral y belleza social. En las relaciones del hombre con el espacio, con el tiempo y con los otros seres de la creación, descubro una triple grandeza que representa la inmensidad, la eternidad y la soberanía de Dios.

Antes de entrar en el desarrollo de estos pensamientos, permitidme, señores, dos breves observaciones. Y es la primera, que no volveré á tratar más las repugnantes doctrinas ya refutadas; pero en lo que voy á decir recibirán heridas tan profundas, que las destruirán mejor que nuevos argumentos. La segunda es que la síntesis que ofrezco hoy á vuestras meditaciones tiene por objeto suplir el curso completo de antropología católica, que debiera tener lugar en estas conferencias, pero que las condiciones de mi plan general no me permiten emprenderlo.

Dejo á otros este trabajo, y susitiyendo los detalles por el movimiento rápido de las ideas y por la concentración de las líneas, procuraré decir lo bastante para excitar en vosotros el deseo de estudiaros más, á fin de que os conozcáis mejor, para que améis más á Aquel que os ha hecho tan bellos y tan grandes.

CONFERENCIA XVII

BELLEZA Y GRANDEZA DEL HOMBRE

EMMO. SEÑOR, SEÑORES:

Un gran poeta, Shakespeare, ha dicho del hombre: «¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito por sus facultades! ¡Cuán admirable y expresivo por su forma y por sus movimientos! ¡Cuán semejante en su acción á los ángeles! ¡Cuán semejante á Dios en sus concepciones! ¡Es la maravilla del mundo y el tipo supremo de los seres animados!» (1). No me sorprenden estas admiraciones del poeta; porque Dios mismo me ha enseñado, en el acto de crear al hombre, la estima en que debo yo tenerle. Concentrando, en cierto modo, toda su vida y todas sus perfecciones, dijo: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.» *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram* (2).

¡Hagamos al hombre! Parece que Dios, después de haber formado el mundo, durante muchos siglos, y sacado de su seno los seres animados, no ha hecho nada aún. Se anima y se excita á producir alguna cosa nueva y más perfecta; una naturaleza superior será, mejor que el universo entero, la imagen y la semejanza

(1) *Hamlet*, act. II, esc. 2.

(2) *Genesis*, cap. I, v. 26.

Al trazar Dios en su pensamiento el plan de una creación, fija su mirada principalmente en el ser más perfecto; porque es una propiedad de lo perfecto resumir de una manera típica lo que está debajo de sí, y determinar el puesto que le corresponde. Cuando vemos el cuerpo humano después de los otros cuerpos, no debemos creer que Dios haya ensayado su poder con tanteos indignos de su sabiduría. Tenta presente su obra maestra, y distributa en el mundo mayor las perfecciones ya decretadas, condensadas y ordenadas en el mundo menor (1). El universo es magnífico, pero lo es más aún este compendio del universo que se llama cuerpo humano. Los elementos se combinan y funcionan en el con tanto orden, que es necesario haberse empeñado en despreciar todas las manifestaciones de la belleza para no confesar que la mano del supremo Arquitecto ha pasado por allí.

Considerad primeramente, señores, los materiales y la estructura del edificio. En el centro, una armazón sólida que determina las proporciones y las formas; los huesos son más duros que las otras sustancias, y más opuestos a las alteraciones, puesto que deben sostener y proteger todo el edificio. Desde la base hasta el vértice no forman sino un todo, y sin embargo son en número de doscientos seis. Allí hay columnas, bóvedas, arcos, receptáculos, palancas, goznes, muelas y cuchillos. Una ley de simetría preside á su colocación; sus curvaturas, sus prolongaciones, sus hundimientos, sus perforaciones están combinadas con maravilloso arte; sus articulaciones son fuertes, para darles unidad, y flexibles para permitirles el movimiento en varias direcciones. Los músculos, resortes poderosos, los cubren y los envuelven; y sobre ellos se extienden

(1) Homo dicitur minor mundus quia omnes creature mundi quodammodo inveniuntur in eo. (Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 91, art. 1.)

de como una coraza la piel, membrana á la vez suave y gruesa, dúctil y resistente, abierta é impenetrable.

Tal es la arquitectura exterior. En el interior, las distribuciones están reguladas de tal suerte, que no se encuentra el menor espacio desocupado. Partiendo de centros simpáticos, los órganos se encuentran sin estorbarse, dispuesto cada uno á desempeñar su oficio y á prestar sus servicios. Los unos blandos y esponjosos, para realizar mejor las acciones químicas; los otros duros y elásticos, para ejecutar mejor las acciones mecánicas. En un pequeño receptáculo, y en la cavidad abierta del abdomen, se hallan con sus auxiliares los delicados órganos de la nutrición y de la reproducción. Bajo los arcos del pecho están suspendidos los órganos de la respiración y de la circulación. Bajo la bóveda cerrada del cráneo, espera el cerebro las impresiones del cuerpo y las órdenes del alma. Una triple cubierta protege los dos hemisferios de esta masa de color gris, compuesta de una infinidad de fibras entrelazadas sin confundirse, y de un firmamento compacto de moléculas dedicadas, en donde se dejan sentir las impresiones divisibles de la materia y la acción del espíritu (1). Sólo el cerebro y el corazón están en relación con todo el organismo; el primero, mediante las fibras nerviosas; y el segundo, mediante sus venas. Todo está previsto en esta bella construcción del cuerpo humano, tanto en el aparato telegráfico como en el aparato de la circulación. No hay una sola molécula que no tenga su hilo, ni una que no tenga su vaso. Todo está en su lugar, y todo es admirable, igualmente las partes que el conjunto; de tal manera, que un gran anatomista después de haber diseccionado la mano de un hombre, no pudo menos de cantar un himno al Criador. Todo está en su lugar, los huesos

(1) "Qué admirable y misterioso órgano es el cerebro! Hallamos en él, dice Husehke, montañas y valles, puentes y acueductos, vigas y bóvedas, azadones y escarillos, árboles y gavilinas, arpas y horquillas tónicas... Nadie, hasta ahora, ha adivinado la significación de estas formas singulares." (Huschke: *Cráneo, cerebro y alma.*)

sos, los músculos, los nervios, las arterias, las venas, las vísceras; un mismo tejido une las partes entre sí, y un mismo elemento anatómico constituye la unidad de esta variedad.

Todo está en su lugar, y todo funciona con regularidad. Si os es dado imitar, señores, aunque groseramente, la belleza anatómica del cuerpo humano, os es imposible, hasta ahora, imitar su belleza fisiológica. Podréis inventar un juego mecánico, complicado y delicado, que produzca movimientos, pero jamás se acercará á ese conjunto ordenado de funciones solidarias que constituyen, en el mundo de la materia, la más bella de las armonías. El cuerpo humano funciona para formarse; funciona para sentir; funciona para moverse; funciona para aumentarse y conservarse; funciona para reproducirse.

Una simple impresión sobre una membrana celular, es el origen de todo (1). Esta impresión, circular en un principio, se alarga, crece y se rompe; es el embrión. Mientras que las dependencias del útero recorren las diversas fases de su evolución, él se aumenta, y los rudimentos que contiene se desarrollan en un orden relativo á los periodos de la vida exterior, que sucederá bien pronto á la vida oculta. Los instrumentos del alma que sirven para avisarla y para ejecutar sus órdenes, los nervios, aparecen los primeros con el cerebro; y después los órganos de los sentidos, los huesos, las membranas, las vísceras y los órganos inferiores.

Formado en todas sus partes, el cuerpo sale de la

(1) Esta membrana es el *blastodermo*, que se forma por la semantación del *vitellus* en el óvulo fecundado. Se ven multiplicarse en él los nódulos ó esferas de la semantación en número de dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, etc., hasta que se llena enteramente la cavidad del huevo. Acabada la semantación se condensan las esferas en la superficie, y se convierten en verdaderas células. Estas células, aplicadas las unas á las otras, se desdibujan, se funden entre sí, y concluyen bien pronto por formar una membrana esférica, incluida en la membrana *vitellina*... Esta es el *blastodermo* sobre el cual se forma la impresión embrional.

vida oculta, y funciona para sentir. Contad, si podéis, los haces de fibras imperceptibles que, partiendo de un centro, van á terminar en todas las partes de la superficie, para advertirnos la aproximación de los cuerpos, y revelarnos, ya su naturaleza, ya su forma, sus olores, su gusto, el placer ó el dolor que nos causan al tocarlos. A los dos lados de la cabeza, mirad esos laberintos misteriosos que el aire agitado hiere de mil maneras, formando, ya un ruido vago ó diversos sonidos, ya un estampido terrible, ó una música armoniosa. Bajo unos arcos protectores, y velos que se bajan y se levantan libremente, admirad esos espejos transparentes y móviles, en que la luz concentrada nos presenta las imágenes del mundo exterior. En el fondo de esos laberintos y detrás de esos espejos, el alma ha construido aparatos que le sirven para su vigilancia. Á la primera señal oye y ve.

Un edificio inmóvil, dotado de la facultad de sentir, sería ya una cosa grandemente bella; pero ved aquí, señores, cuánto más bello es el cuerpo humano que funciona para moverse. Con el auxilio de los resortes y palancas que hemos enumerado en la descripción de su arquitectura, ejecuta todas sus evoluciones: anda, corre, salta, se inclina, se dobla, se endereza, coge, lleva, descansa, acaricia, hiere, trabaja y obra de cien otras maneras, con unos movimientos tan perfectos, que no se oye ningún ruido en la máquina que los ejecuta; y si se someten á un estudio matemático, se descubre en ellos maravillas de equilibrio.

Las máquinas artificiales son siempre más ó menos defectuosas; aun después que las hemos perfeccionado esmeradamente, se alteran con el uso y reclaman nuestros cuidados para repararlas: sólo el cuerpo humano se repara por sus propias funciones. Con sus manos toma los alimentos, á los cuales da vida en parte, transformándolos en su propia sustancia, los deshace con sus dientes, los amasa con sus músculos, los saturará de saliva, y los disuelve con sus secreciones; absorbe por sus vasos capilares los jugos que convierte en sangre, y de la sangre se apropia por todas partes los

glóbulos vivificadores. ¿No sentís bajo las bóvedas del pecho palpitaciones rítmicas? Es el corazón que se agita, el corazón, océano abreviado, en cuyas móviles riberas se deshacen continuamente las negras y purpúreas ondas que á él afluyen. Envía á los pulmones la sangre venosa para purificarla en contacto del aire; de los pulmones recibe la sangre purificada que lanza energicamente por las arterias y sus infinitas ramificaciones á todas las extremidades. Para todos los órganos suministra sangre: sangre para calentar el cerebro, sangre para renovar los huesos, sangre para reparar los tejidos y las fibras, y sangre para conservar las secreciones. Sangre, sangre, dadme sangre, dicen á su manera todas las moléculas del cuerpo humano; y en la continuación de esta corriente de vida todas quedan satisfechas.

¡Oh admirables impetus del mar! exclama el Profeta. *Mirabiles elationes maris!* Pero más admirables son todavía las conmociones de este mar viviente, cuyas ondas saltan hasta las fronteras más lejanas de nuestra carne. Sin embargo, señores, no hemos acabado todavía las maravillas fisiológicas; ved aquí una que sobrepasa nuestra capacidad y nuestros esfuerzos: el cuerpo humano funciona para reproducirse. Más profundo y más insondable que los otros de la vida animal, el misterio de la generación acaba de asemejarnos, por la parte inferior de nuestra naturaleza, al tipo divino. En la materia inanimada no veo sino confusamente los vestigios de las perfecciones eternas; pero desde que percibo un cuerpo viviente, me elevo inmediatamente hasta el origen de toda vida. Si este cuerpo, por deleznable que sea, lleva en sí mismo una especie de inmortalidad, en cuanto posee la facultad de engendrar y de revivir en otro cuerpo: ¿no podemos ver ya en él, según lo permite la materia, el vestigio expresivo de ese Dios inmortal que ha dicho: *Ego vivo et vivere facio?* ¿Yo vivo y hago vivir? Tal es el cuerpo humano. El poder generador, del cual no se debería hablar jamás sino con el más profundo respeto, es el rasgo supremo de su belleza fisiológica.

Pero, debo confesarlo, señores; los dos géneros de belleza de que acabo de hablarlos, no son tan propios de nuestro cuerpo, que no se hallen en otros vivientes, si bien es verdad que en nosotros se hallan en un grado muy superior; mas hay una belleza que poseemos nosotros exclusivamente, es la belleza fisionómica. No hay duda que en la faz del bruto se puede descubrir la expresión de sus pasiones y de sus instintos; pero la irradiación de la vida no pasa más allá, mientras que los rasgos móviles del hombre llevan y conservan el sello de grandes y nobles inclinaciones. Su actitud recta y majestuosa revela un señor de la tierra, y un sér destinado para las contemplaciones del cielo; sus gestos variados nos hablan con una elococuente expresión; pero cuando su frente se ilumina ó se oscurece; cuando sus ojos despiden relámpagos ó se anegan en lágrimas; cuando sus labios, dilatados por la sorpresa ó contraídos por la emoción, se entreabren para dar paso á un grito de alegría ó á un sollozo; cuando unos surcos de la cara se deshacen para dar lugar á otros; cuando las ideas, las virtudes, las pasiones, el talento, el genio, la bondad ó el amor centellean sobre todos los puntos del rostro afectado ó impresionado; cuando la música de los sonidos producidos, por la laringe, y modulados por el paladar, la lengua, los dientes y los labios, acompaña la variada expresión de la fisonomía; cuando el cuerpo cauta como un arpa tocada por una mano invisible, entonces sí que es bello, á pesar de la irregularidad nativa de sus facciones, corregidas muchas veces por encantos inexplicables. La belleza fisionómica nos hace retroceder, señores; pues ella nos recuerda este principio, sobre el cual hemos insistido en la conferencia anterior: *El alma es forma del cuerpo.* Por otra parte, nos empuja adelante, porque la expresión del rostro humano es la invitación del alma, que nos advierte habernos detenido demasiado en los umbrales de nuestra bella naturaleza, y que es tiempo ya de entrar en sus profundidades: entremos, pues.

Pero antes, venid, criaturas de este mundo, venid

todas y admirad la belleza del cuerpo humano, y tomadlo por modelo vuestro. Elementos derramados en el espacio, venid, y aprended la manera de colocarlos con orden y de combinarlos en proporciones invariables; astros del firmamento, venid, y aprended cómo habéis de obedecer á las leyes que os rigen y á los espíritus que os gobiernan; océano tempestuoso, ven á aprender el ritmo de tus palpitaciones y á despedir de tu seno las aguas propicias que han de alegrar la tierra; ríos, torrentes y arroyos, venid, y aprended el modo de empalmarlos, de regular vuestras corrientes, y de multiplicar vuestras saludables influencias; rocas antiguas que formáis el esqueleto del globo, venid, y aprended el modo de sostenerlo, y de contener los latidos de su centro abrasado; abismos, venid á aprender cómo debéis ocultar vuestros tesoros; montes, colinas y montañas, venid, y aprended cómo debéis adornar la tierra con vuestras soberbias crestas y con vuestros variados contornos; plantas de todos los climas, animales de los campos, de los bosques y de los desiertos, venid, y aprended la manera de formarlos, de aumentarlos, de conservarlos, de usar de vuestros sentidos, de moverlos y de reproducirlos; venid y admirad este cuerpo que fué criado el último, contemplado por Dios antes que á vosotros en sus eternos pensamientos, porque era el más bello, y sobre el cual habían de amoldarse todas vuestras bellezas (1).

He concluído ya, señores, la descripción de la belleza del cuerpo, y he determinado el puesto que le corresponde en el mundo de la materia; respondamos ahora á las invitaciones del alma, y ahondemos más en el sentido de esta palabra divina. *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.*

Dios procedió, dice Bossuet, á la creación del hombre, no por un mandato, sino por un consejo, dándonos á entender con esto que iba á producir una obra de mayor perfección y de una belleza más acaba-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 91, art. 8: *Utrum corpus hominis habuerit convenientem dispositionem?*

da (1). Para esto era necesario que el hombre representase á su Autor, no por un simple vestigio, sino por modo de imagen. Pero sólo el alma goza de este privilegio; porque, como Dios, ella no admite en su esencia ninguna composición ni división numérica de elementos, pues es simple y espiritual; y en este espíritu resplandece, junto con la semejanza de la naturaleza de Dios, la doble belleza de las operaciones divinas.

Y desde luego, señores, se nos presenta la belleza intelectual. El acto creador ha dejado impreso en nosotros un luminoso destello de la cara de Dios, dice el Salmista: *Signatum est super nos lumen cultus tui, Domine* (2); y desde entonces, lo que ve la cara de Dios es lo que debemos ver nosotros; es decir, que nuestra inteligencia no puede tener otro objeto que aquel que alegra eternamente la inteligencia divina, la verdad. La verdad es el alimento inmaterial de todo espíritu. Dios, espíritu perfecto, se alimenta de ella en la inmutable contemplación de su Sér, origen y fundamento de toda verdad; y por lo mismo que nos configuró á su esencia, debía convidarnos á su festín. La sabiduría ha dispuesto una mesa, á la cual se sientan todas las innumerables legiones de las inteligencias creadas (3). Los ángeles nos preceden; pero nosotros tampoco estamos excluidos de ella. Mientras una parte de nuestro sér se inclina, como los animales, sobre la tierra para buscar su pan cotidiano, la otra, elevada á las regiones superiores de lo inteligible, se mantiene de la misteriosa sustancia de la verdad.

El conocimiento de la verdad no es en nosotros lo que en Dios, porque la capacidad y, si se me permite la expresión, el organismo intelectual, no son iguales. Dios conoce la verdad por una intuición directa, inmediata, simple y total, mientras que nosotros nos vemos precisados á buscarla, tomarla por partes, dividirla y componerla; pero para estas operaciones

(1) *Elevations sur les mystères.* (Samana 4.^a, elev. 5.^a)

(2) *Psalm.* iv.

(3) *Sapientia .i. posuit mensam suam.* (Prov., ix, 2)

trabajosas poseemos facultades que por su propio vuelo se elevan de las imágenes á las ideas, y de las ideas á los principios. Dios conoce infaliblemente, mientras que nosotros estamos sujetos al error y á la duda; pero la razón, si procede rectamente, puede conducirnos hasta la incommovible roca de la certeza, desde donde desafiamos á todos los enemigos de la verdad. Dios lo conoce todo, sin que ningún misterio pueda escapar á la penetración de su mirada infinita; mientras que un sinnúmero de cosas huyen y se ocultan en impenetrables tinieblas á los ojos de nuestra inteligencia; pero si comparamos nuestros conocimientos á las fugitivas sensaciones de los vivientes que nos rodean, todo es luz y esplendor en nuestro espíritu; y si no conocemos todas las cosas, podemos, sin embargo, elevarnos hasta la razón suprema de las cosas. Dios conoce en la unidad de lo presente, que reduce á un solo punto, los extremos más distantes de la duración, mientras que nosotros pasamos por una sucesión continuada de instantes, detrás de los cuales desaparece lo que deja de existir, y delante de los cuales se oculta lo que no existe aún; pero nuestra memoria, dispuesta siempre á ponerse en acción, conserva las huellas de lo pasado; y nuestra razón, siempre dirigida hacia lo porvenir, ejercita en él su fuerza conjeturadora. Dios abraza de una sola mirada todos los posibles, mientras que nosotros con dificultad los concebimos; pero concebimos las dimensiones infinitas de la perfección que los contiene, el poder inagotable de Dios. Dios no conoce sino un principio, que es su esencia, y en este principio conoce todas las demás cosas; mientras que nosotros subimos penosamente de los efectos á las causas, antes de descender de las causas á los efectos; pero no obstante, la potencia racional consigue agrupar las ideas dispersas alrededor de los principios de que se ha apoderado, y crea la ciencia humana. Hay más aún: enlazando todos los seres con su primer principio, y todas las verdades con su origen eterno, llegamos hasta la sabiduría, é imitamos, cuanto nos es posible, la incommensurable ciencia de Dios. En fin, señores:

hay un abismo entre el conocimiento divino y el conocimiento humano, un abismo entre la manera del conocimiento angélico y la manera del conocimiento humano; pero en último resultado, la verdad, que es el sustento cotidiano de Dios y de los ángeles, lo es también de la humanidad (1).

Que Dios es la belleza misma cuando se contempla á sí mismo; que los ángeles son más bellos que nosotros cuando ven en su propia esencia y en la luz infusa lo inteligible, objeto de sus conocimientos, lo creo. Sin embargo, estos tipos sublimes no me avergüenzan, porque soy semejante á ellos, y con esto me contento; y mi belleza intelectual me parece tanto más estimable y venerable, cuanto que es la corona de mis trabajos. ¿No os parece una cosa bella ver al fatigado trabajador comiendo por la tarde, en su hogar, el pan bañado con sus sudores? Verdaderamente aquel es pan suyo, pues lo ha ganado, y puede decir con toda verdad: *panem nostrum quotidianum*. Pues bien; como él, alimento yo mi espíritu del pan comprado con el precio de mis esfuerzos; y esto es bello, y esta belleza basta al presente para satisfacer mi ambición. Es la belleza del pobre, si miro hacia arriba; y es la belleza del más rico de los seres, si miro á las criaturas inferiores que se sustentan de una sustancia grosera, sin sospechar siquiera la existencia del pan sobresustancial que forma mis glorias y en el cual tengo mis delicias.

Porque, entendedlo bien, señores; la verdad es la perfección y la felicidad de mi inteligencia. Es perfección, porque yo no puedo conocer la verdad sino pasando de la potencia al acto, y porque mi ser es tanto más perfecto, cuanto está más en acto; es perfección, porque es mi objeto material, y porque toda facultad se perfecciona con la consecución de su objeto; es mi felicidad, porque la amo, me complazco y descanso en ella. Dios es feliz con lo que sabe, y yo también. Esta felicidad excede infinitamente á todas las satisfacciones de los sentidos. ¡Cuántas veces ¡oh Verdad santa!

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 84 y sigs.

me he conmovido al hallarte! ¡Qué alegría siento en mi alma al abrazarte, como recompensa de mis trabajos, con tus sonrisas y tus promesas! Entonces comprendo estas palabras del Salmista que, después de decir: «Señor, has dejado impreso en mi alma un destello de tu faz resplandeciente,» añade á continuación: «Has causado alegría en mi corazón.» Bien sé que esta alegría es demasiado limitada y demasiado pasajera para hacernos perfectamente felices en esta vida; pero es una prenda para el día en que la verdad se nos presente toda entera y sin velos.

Configurados á la belleza intelectual de Dios, debemos serlo igualmente á su belleza moral, pues la voluntad sigue al entendimiento: *voluntas consequitur intellectum*. Somos, pues, libres como Dios, y como El, capaces de querer el bien y de amarlo.

¡Somos libres! Afirmo hoy, señores, esta verdad; la prueba vendrá más tarde. Bien comprendéis que en medio de una síntesis antropológica no puedo extenderme sobre la naturaleza, la necesidad y las funciones del libre albedrío. Hoy sólo apelaré á vuestro sentido íntimo, al legítimo orgullo que sentís viéndoos sobre todos los seres sometidos á la necesidad; á vuestro justo desprecio de los cobardes que, por miedo del deber y de la virtud, excusan su depravación bajo el pretexto de la fatalidad. Sentido íntimo, noble orgullo, desprecio; todo esto me está diciendo que Dios nos ha tratado con respeto, que nos ha dejado en manos de nuestros consejos, que somos libres.

¡Somos libres! No consiste en esto toda nuestra belleza moral, pues no es más que el principio. El poder que se nos ha dado para determinarnos libremente, lo mismo que la facultad de conocer, son, por sí, de muy poco valor; sólo el acto mismo de conocer y de determinarnos al bien es el que nos honra. Somos libres para querer el bien. Cuando digo querer el bien, ya comprenderéis sin dificultad de qué bien hablo. Es un bien colocado sobre las apreciaciones del interés particular, un bien de cada uno y de todos al mismo tiempo, un bien fundado sobre el orden universal de las

cosas que se confunden con él; en fin, *el bien*, el objeto mismo de la voluntad divina convertido en objeto de nuestra voluntad; el bien que es necesario querer, no solamente con preferencia al mal, sino áun con preferencia á un bien menor; el bien que, elegido libremente, nos asegura la gloria del mérito; que elegido por hábito, nos reviste de la suprema belleza de la virtud.

Entrad en el interior de un alma cuya voluntad está determinada universal y constantemente al bien: ¡qué orden! ¡qué armonía! ¡qué esplendor! Allí se ha formado todo un mundo de constelaciones inmateriales, por la repetición ó intensidad de unos mismos actos; y en derredor de las virtudes cardinales, que son como los soles de la vida moral, gravitan pléyades de virtudes subordinadas, de que proceden naturalmente actos que llevan el sello de una perfecta rectitud.

En el medio se halla la prudencia, directora de la vida moral, centro regulador del movimiento de todas las virtudes á su fin. A su acción moderadora y directora hace concurrir todos sus elementos, la memoria, la inteligencia, la razón, la diligencia, la previsión, la circunspección y la vigilancia; en su órbita gravitan las virtudes de las cuales proceden los buenos consejos y las sabias y altas determinaciones. Junto á ella gira otro sol, la justicia, siempre dispuesta á cumplir todos los deberes y á satisfacer todos los derechos; y en la órbita de la justicia gravitan la religión con todo su cortejo de oraciones y actos sagrados, las acciones de gracias, el respeto, la obediencia, la gratitud, la sinceridad, la afabilidad y la liberalidad. Tras la justicia viene la fortaleza, que reprime los arrebatos y previene los decaimientos de nuestro espíritu; la fortaleza, madre de los actos heroicos y de los sacrificios sublimes; la fortaleza, sol de la magnanimidad, de la magnificencia, de la paciencia y de la perseverancia. En fin, en las delicadas fronteras de la naturaleza humana, donde la carne hace guerra contra el espíritu, se halla como última constelación la templanza, que modera los apetitos y los deleites; la templanza, guarda del pudor y de la honestidad, y rodeada de virtu-

des austeras y encantadoras: la abstinencia, la sobriedad, la castidad, la continencia, la mansedumbre y la modestia (1).

Tal es, señores, el alma del que quiere el bien con una voluntad universal y constante. ¿Conocéis algo más bello? ¡Oh cuán pálidos me parecen los astros del firmamento ante las radiantes constelaciones que iluminan el alma del justo! Necesito mirar más allá de los mundos para hallar un punto de semejanza. El es justo como Dios, justo como los ángeles. Digo mal, señores; Dios es justo por naturaleza, y el ángel por una determinación pronta y firme, que no se repite; pero el hombre no es justo sino después de una larga serie de esfuerzos y de operaciones, porque lleva en sí un mundo inferior que es preciso poner en armonía con el mundo superior de las virtudes, el mundo de las pasiones. Las pasiones no son malas en sí mismas; no obstante, por efecto de una desgracia que es referiré un día, pueden ser, y lo son ¡ay! enemigos de nuestra perfección moral. Abaten el alma ó la llevan hasta el delirio, la arrastran á los bienes sensibles, ó la alejan de los verdaderos bienes; en fin, conspiran contra la virtud, y preparan el reino del vicio, si no se enderezan sus inclinaciones, si no se reprime su impetuosidad. Mas el justo todo lo tiene previsto. A tiempo y con mano fuerte se ha enseñoreado de las pasiones, y las ha domado, debilitado y enderezado hacia el bien que se ha propuesto su voluntad. Se ha fatigado sin duda, ha quedado quizás herido en el combate; pero esto no hace sino realzar más su belleza. Me complazco en ver sobre la frente de los vencedores la señal de los golpes que han recibido; son un testimonio de la fiera resistencia de los enemigos vencidos, y del valor que ha sido preciso desplegar para derrotarlos. Dirigidas hacia el bien, las pasiones se convierten en servidoras y auxiliares del justo; el amor, sobre todo, le presta su ardor y sus impetuosos deseos, para llevarlo más rápidamente hasta la cumbre de la perfec-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I y II p., q. 47 y siguientes.

ción, donde le espera una verdadera y sublime paz que, según la expresión del Apóstol, sobrepuja á todo encarecimiento: *Pax... qua exuperat omnem sensum* (1).

Así, pues, señores, el hombre, con respecto á su alma, se mantiene del mismo alimento que Dios: conoce la verdad, ama el bien y recibe de uno y otro la perfección y la felicidad. En su naturaleza, en sus operaciones y en su belleza intelectual y moral, se refleja la imagen viviente de la Divinidad.

Pero no es esto sólo. Dios vive de una manera inefable, y los términos de su vida, apenas representados por oscuros delineamientos en la armonía del mundo, se manifiestan con gran brillo en las facultades y en las operaciones fundamentales del alma humana. Como Dios, ella engendra interiormente su verbo; como Dios, se ve y se ama en su verbo; como Dios, se expresa y obra fuera de sí por medio de su verbo. Envuelto en los misterios de la palabra, y á través de los velos de la carne, el verbo humano penetra en las almas y ejerce en ellas su fuerza creadora. Ilumina, conmueve, persuade, excita, transporta, aplaca, consuela, asombra, espanta, domina...; en una palabra, es el lazo que une al hombre con el hombre y forma la unidad social. No podíamos, señores, carecer de esta belleza, puesto que Dios, que nos ha hecho á su imagen, forma también en sí una familia y una sociedad. Por esto dijo: «No es bueno que el hombre esté solo.» *Non est bonum hominem esse solum*. Una simple mirada sobre sí mismo le determina á multiplicar su obra maestra y á crear entre el hombre y sus semejantes unas relaciones que, pasando de la familia á la tribu, de la tribu á la nación, de la nación á la humanidad entera, forman de muchos términos una unidad gloriosa, imagen sublime de la vida divina en la creación.

Debemos, pues, vivir en sociedad; la misma naturaleza humana lo exige, dice Santo Tomás: *Naturale est homini, quod in societate multorum vivat*. Sin esta

(1) Philip., iv, 7.

sociedad nuestras facultades serían inertes y no conseguirían su objeto. La inteligencia esperaría el choque que debía despertarla, la voluntad se agitaría en una esfera limitada donde no pueden ejercitarse las virtudes; el cuerpo mismo, no habiendo nada que lo ennobleciese, se inclina del lado en que halla la satisfacción de sus apetitos, y se aproxima á las bestias, borrando en este embrutecimiento las bellezas personales que acabamos de admirar. La sociedad es la que nos presenta á la hora conveniente el alimento divino de la verdad; la sociedad es también la que nos pone en estado de formar en nuestras almas los nobles hábitos en cuyo derredor gravita todo un mundo de virtudes; la sociedad es, finalmente, la que nos enseña á expresar la verdad y el bien por esa irradiación de la fisonomía y por esa bella música de la palabra, las cuales comunican á nuestros cuerpos tan elevado carácter de superioridad.

Dios así lo ha querido y decretado, señores. No es bueno que el hombre viva solo; la sociedad es el medio natural donde se desarrolla su belleza, y en su unidad ella es su manifestación más grandiosa y más sublime. Contemplad, os ruego, y admirad al hombre-pueblo. No es ya un solo cuerpo, una sola inteligencia, una sola voluntad. La bendición de Dios ha multiplicado casi hasta lo infinito este soberbio monumento de proporciones tan perfectas, de funciones tan bien ordenadas y de expresión tan noble. Las fuerzas intelectuales se reúnen en un centro luminoso, cuyos rayos aumentan á medida que avanzan los tiempos, y del cual proceden las artes, las ciencias, las letras, los descubrimientos útiles y gloriosos, y sabias instituciones. Todas las voluntades se fortalecen con el choque, ó se excitan por la emulación á difíciles empresas, á virtudes heroicas, á grandes y sublimes sacrificios. Del contacto, de la comunicación, de la mutua penetración de todas las bellezas, nace esa fisonomía radiante, noble y verdaderamente regia de los pueblos civilizados, en presencia de la cual es necesario repetir, con más entusiasmo que nunca, estas bellas pala-

bras del poeta: «¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito por sus facultades! ¡Cuán admirable y expresivo por su forma y por sus movimientos! ¡Cuán semejante en su acción á los ángeles! ¡Cuán semejante á Dios en sus concepciones! Es la maravilla del mundo y el tipo supremo de los seres animados.»

II

Bien sabéis, señores, que la belleza y la grandeza son dos cosas que se sostienen mutuamente. Siempre que el orden, la proporción y la armonía resplandecen; es decir, siempre que la belleza se muestra con esplendor, se impone y nos domina. Por eso, al describirnos nuestra belleza, he hecho ver nuestra grandeza; pero esa explicación, hartamente oscura, no llena mi designio de daros á conocer claramente el puesto que ocupa el hombre en las obras de Dios. Me propongo estudiar más extensamente su grandeza en las relaciones de su bella naturaleza con el espacio, con el tiempo y los reinos inferiores de la creación.

La ciencia moderna, considerando la inmensidad de los espacios y la multitud innumerable de seres de que están poblados, se confunde en actos de humildad que yo no alabo, porque procede de un profundo desprecio de lo que ella llama error geocéntrico de los antiguos. «¡Nuestros padres eran verdaderamente, ó muy ignorantes, ó muy ciegos! Creían cándidamente que todo había sido criado para nuestro miserable globo, y daban al hombre una importancia ridícula respecto de la creación, considerándolo como el eje de los actos múltiples que en ella se realizan, y como el último remate de toda perfección creada. Pero ya han pasado aquellos buenos tiempos; la ficción pueril de la humanidad se ha desvanecido ante la luz de las investigaciones científicas, y el edificio de doctrinas místicas sobre ella levantado, se ha desplomado juntamente. Una serie de pruebas irresistibles nos obliga á poner los límites del espacio á una distancia inaccesible.

De puntos que eran los astros del firmamento, se convierten en masas sorprendentes; su número se multiplica como las divisiones de la materia, y en esta división no representa la tierra sino un átomo, que confina con la nada. Morador de ese átomo, ¿tiene derecho el hombre para ensoberbecerse? El es viviente, sí; pero no es la expresión única de la vida. La fuerza inductiva de la razón nos dice que no debemos considerar esos mundos gigantescos que pueblan el universo, como soledades silenciosas. Compuestos de elementos análogos á los de nuestro globo, se prestan también como éste á las exigencias de la vida, y pueden ser los tabernáculos movibles en que habitan infinitas legiones de seres vivientes, entre los cuales ocupamos nosotros acaso el último lugar. Confundámonos con este pensamiento, y sobre todo guardémosnos de creer que Dios tenga designios tan grandes, como los que los católicos le atribuyen, sobre seres tan miserables.

¡Ah, señores! Razón teníamos para desconfiar de esta humildad, pues en toda esta doctrina de anonadamiento se oculta una inmoralidad profunda. Se deprime al hombre para alejarlo de Dios y atenuar en último resultado su responsabilidad, persuadiéndole de que, cualquiera que sea su modo de obrar, es tan poca cosa, que nadie tendrá en cuenta sus acciones. Mas en vano se pretende sacar partido de nuestra candidez y aturdirnos con cálculos astronómicos. Ya desde mucho tiempo sabemos nosotros á qué atenernos sobre nuestra pequeñez, comparada con la inmensidad; ni es la ciencia moderna la primera en mostrar su admiración y sus humildes confesiones. El Salmista ha dicho: «Cuando miro, Señor, á los cielos, obra de tus manos, á la luna y las estrellas, fijadas por tí en sus órbitas, yo me pregunto: ¿quién es el hombre para tenerlo en tu memoria y honrarlo con tus favores?» Y añade inmediatamente: «Le has coronado de gloria y de honor, y le pusiste sobre las obras de tus manos» (1). Es decir, se-

(1) Quoniam videbo coelos tuos, opera digitorum tuorum lunam et stellas que tu fundasti. Quid est homo, quod memor es

fiores, sobre todas las cosas corporales, y por consiguiente sobre el espacio. Nuestros cálculos, que prueban nuestra pequeñez, son el testimonio sublime de nuestra grandeza. Escuchad, sobre este punto, estas bellas palabras de un sabio: «Dando al hombre y al planeta en que habita una tan pequeña parte en el mundo material, parece que la astronomía no ha progresado sino para humillarnos. Mas si se mira después la cuestión desde otro punto de vista, y se reflexiona sobre la debilidad extrema de los medios con que se han abordado y resuelto tan grandes problemas; si se considera que, para comprender y medir la mayor parte de las cantidades que forman hoy día la base de los cálculos astronómicos, el hombre ha tenido que perfeccionar mucho el más delicado de sus órganos, y aumentar inmensamente la potencia de su ojo; si se observa que no le ha sido menos necesario descubrir métodos propios para medir larguísimo intervalos con la precisión de un décimo; que ha logrado impedir hasta los efectos más insignificantes que las variaciones continuas de la temperatura producen sobre los metales, y por consiguiente sobre todos sus instrumentos, y preservarse de las ilusiones sin número producidas sobre la dirección de los rayos de luz, por la atmósfera fría ó caliente, seca ó húmeda, tranquila ó agitada, á través de la cual deben hacerse necesariamente las observaciones, entonces el ser débil ostenta toda su grandeza. Al lado de estas obras maravillosas del espíritu, ¿qué importan la debilidad y fragilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué importan las dimensiones del planeta que habitamos, del grano de arena sobre el cual nos ha tocado en suerte vivir algunos instantes?» (1).

Yo voy más allá que Francisco Arago, señores, y digo: Dejemos á un lado los cálculos astronómicos, y

ejus, aut filius hominis, quoniam visitas eum...? Gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum. (Psalm. viii.)

(1) Francisco Arago: *Notices historiques*, tomo II, p. 278, *Biographie de Bulliy*.

retrocedamos hasta los siglos en que el error geocéntrico era admitido sin contradicción. Nuestros padres se engañaban considerando la Tierra como centro del movimiento universal; pero pensaban acertadamente haciendo del hombre el centro de todos los espacios creados. Y si no, ¿qué es un centro? Un punto simple é indivisible, común á todas las circunferencias, y que proyecta sus radios indefinidamente. Tal es el hombre por su alma inteligente. Ninguna distancia limita sus ideas, y uno solo de sus pensamientos se extiende más que todo el universo. Más allá de los espacios reales se imagina espacios posibles, y más allá de los espacios posibles, concibe mundos sin medida. ¡Ah! Vosotros creéis asombrarme, espantarme, aplastarme sobre la tierra, y confundirme con los átomos presentando ante mis ojos las perspectivas astronómicas. Desengañaos: yo soy más grande que vuestras inmensidades. ¡Paso, paso á mi espíritu! El recorre más de setenta y cinco mil leguas en un segundo. En un instante imperceptible, y sin dejar el cuerpo que anima, atraviesa la inmensidad en todas direcciones, lánzase desde el mundo material al mundo de los espíritus, desde las esferas sensibles hasta la esfera de lo inteligible, desde lo finito hasta lo infinito; en una palabra, desde el punto del espacio en que obra ve bajo de sí todos los espacios.

El hombre es más grande que el espacio, esto es incontestable; pero he ahí el tiempo que tal vez acabará con esta grandeza. ¿Por ventura respeta alguna cosa su acción implacable? Vémosle obrar sobre todas las existencias y destruirlas. Hasta los astros, que se les creía incorruptibles como la luz, sucumben bajo la acción lenta de los siglos. Unos después de otros se apagan, se deshacen y llenan con sus pavesas los espacios que antes inundaban con los rayos de su luz (1).

(1) Santo Tomás decía: «Corpora caelestia, que non habent materiam contructivam, subjectam incorruptibilitati sunt.» (Summa Theol., I p., q. 75, art. 6.) Pero la ciencia moderna piensa de otro modo. El estudio químico y mineralógico de los aerolitos ha mostrado desde luego entre la materia del cielo y de la tierra

¿Cómo podría el hombre resistir al tiempo, pues no hace más que aparecer sobre la tierra para desempeñar el papel de un actor insignificante en un drama inmenso, cuyas solas primeras escenas conocemos, y cuyo desenlace no podemos adivinar?

Tal es, señores, la triste y desconsoladora doctrina de aquellos que, no viendo en este mundo sino las evoluciones de la materia, no tienen en cuenta más que la parte exterior y mortal de que el alma está revestida. Pero, gracias á Dios, la voz alegre de la humanidad ahoga sus lúgubres acentos. En medio de las ruinas causadas por el tiempo, el hombre está convencido de que al entrar en la vida se hace dueño de los siglos, y de que su persona es indestructible. Entended, señores, que digo *su persona*; porque nosotros nos cuidamos muy poco de la indestructibilidad que nos promete el materialismo, la cual consiste en la conservación eterna de nuestros elementos: ¿Qué nos importan los elementos, si el ser no existe? Lo que nosotros creemos indestructible es el ser humano, la persona, el yo. Existo hoy y existiré siempre, porque Dios me ha prometido la inmortalidad. El cielo y la tierra pasarán, pero su palabra no pasará; yo experimentaré eternamente en mí su eterno cumplimiento. El que es señor de la vida, me ha dicho que me esperaba más allá de la muerte que ha de destruir y disolver mi cuerpo (1). Yo creo á su palabra, garantida por sus

una unidad llena de enseñanzas. Bien pronto la aplicación á los aerolitos de los métodos geológicos ha revelado entre estas pavesas celestes relaciones ignoradas; sus relaciones estratigráficas se nos han manifestado, y desde entonces la pavesa, convertida en Koell, nos ha demostrado la existencia de astros destruidos.

Un mismo astro pasa sucesivamente al estado: 1.º de nebulosa; 2.º de estrella variable; 3.º de estrella constante; 4.º de planeta luminoso; 5.º de planeta extinguido; 6.º de luna; 7.º de fragmentos voluminosos semejantes á los astroroides, y 8.º finalmente, al estado de aerolitos. (Estanislao Mennier: *Cours de géologie comparée*, Resume et conclusion.)

(1) Statutum est hominibus semel mori: post hoc autem iudicium (Hebr., ix, 27.)

infinitas perfecciones, y por mi naturaleza y mis aspiraciones.

Dios es sabio, y no puede hacer que los elementos divisibles de mi cuerpo se conserven eternamente en el espacio, si mi alma indivisible se reduce á la nada. Dios es sabio, y no puede dar preferencia á la menor de sus obras, permitiéndole mudar sólo de forma, y destruir al mismo tiempo la más bella de todas. Dios es sabio, y no puede dar virtud á los átomos para desafiar al tiempo, entregando á éste el alma, principio de la virtud y del pensamiento. Dios es sabio, y no puede respetar los restos de una carne que no ha sido más que instrumento de sensaciones, y aniquilar un espíritu que marchaba á la conquista de la verdad y del bien, antes de poseerlos enteramente. Dios es sabio, y no puede conservar en la dispersión unas moléculas alimentadas de sustancias corruptibles, y suprimir de un golpe una sustancia simple que se ha sustentado de un manjar incorruptible, como es la incorruptible verdad y la incorruptible justicia. En fin, la sabiduría divina, origen de la armonía en toda naturaleza criada, no puede negarse á sí misma por el desorden final de la más bella de las naturalezas.

Dios es justo, y no puede complacerse en ser el verdugo de su criatura, llenarla de deseos que jamás han de cumplirse, y empujarla violentamente hacia un término que jamás alcanzará. ¿Á qué esa necesidad universal de la felicidad que atormenta nuestros pobres corazones, si la vida humana se acaba en el sepulcro? Desde nuestro nacimiento hasta la muerte, ¿nos hemos visto saciados alguna vez? ¡Ay! Los deleites efímeros de este mundo no han hecho sino engañar los divinos desfallecimientos de nuestras almas, y hasta las alegrías de la verdad y de la virtud se han visto perturbadas por bajas exigencias, y oscurecidas por incesantes contradicciones. Nuestra naturaleza está organizada de tal suerte, que desea y espera necesariamente la verdad sin sombra, el bien sin mezcla de mal, el reposo perfecto de todas sus facultades en la paz; y se pretende que Dios la haya arrojado desplia-

dadamente en las tinieblas, en el vacío y en la nada eternal. Esto es atroz, señores, y por consiguiente es increíble; porque es propio de la divina justicia, dice Santo Tomás, dar á cada cosa lo que exige su naturaleza.

Dios es justo, y no puede dar fin á su gobierno de una manera contraria á su perfección. ¡Ah! Si todas las virtudes fueran recompensadas y todos los vicios castigados, durante la escena que cada mortal representa en el gran drama de la historia humana, podría Dios suprimir simplemente los actores, sin obligación de reemplazarlos por otros; mas no sucede así, bien lo sabéis. Oprimida bajo el peso del dolor, llega la virtud con harta frecuencia al término de su carrera, sin haber sentido la mano cariñosa de Aquel que le dice: ¡Ea, ea! *Euge, Euge!* Y colmado de misteriosos favores, duérmese el acariciado vicio en su escandaloso triunfo. No concluye, pues, todo con la muerte. La justicia exige que la virtud, infeliz en esta vida, obtenga nueva instancia ante el tribunal de Dios, y que el vicio impune sea castigado.

Dios es sabio y justo; ved por qué ha criado al hombre inexterminal: *Deus creavit hominem inexterminaliorem*. Por poco detenidamente que estudiéis vuestra naturaleza y sus aspiraciones, descubriréis en ellas una prueba evidente de vuestra inmortalidad.

Vuestra naturaleza está compuesta de dos elementos, de los cuales uno, visible y palpable, pasa, como todo lo material, por diferentes fases, que lo conducen hasta la separación de sus partes. No hagáis cuenta con él; pues, como sabéis, no tiene sino una vida prestada que recibe de una fuerza simple y subsistente en sí misma, de una forma pura, como decían los antiguos, que nosotros hemos llamado alma. En ella está el fundamento del yo, fundamento cuya incorruptibilidad nativa resiste á los golpes de todos los tiempos. Puede separarse lo que vive del principio de la vida, puede descomponerse el todo en sus partes; pero ninguna fuerza extrínseca ó intrínseca puede separar el principio de la vida de sí mismo, ni descomponer las

partes donde no existen, ni dividir lo que es una cosa con el sér mismo. El alma, según Santo Tomás, no puede dejar de existir sino separándose de sí misma, lo cual es absolutamente imposible (1). Cicerón expresaba este mismo pensamiento con estas notables palabras de sus *Tusculanas*: «El espíritu humano se siente movido por su propia fuerza, y no por fuerza extraña, y no puede suceder que jamás se aparte de sí mismo, y esto es lo que constituye su eternidad» (2).

La inmortalidad está, señores, tan radicada en nuestra naturaleza, que se muestra espontáneamente en nuestros deseos y en nuestras aspiraciones. Deseamos á todo trance vivir, vivir en la estimación y admiración de los hombres, vivir en los corazones de los que nos aman, vivir por el esplendor de nuestras obras, vivir por la memoria de nuestros beneficios, vivir á pesar de la austera experiencia que nos recuerda cada día que hemos de morir. Si, hemos de morir, y el horror que nos causa este pensamiento y la lucha formidable que se empeña durante los días de nuestra existencia terrestre, entre la vida y la muerte, es una prueba irrefragable de que hay en nosotros una fuerza indestructible. La pálida muerte, á pesar de la seguridad de sus golpes, no puede arrancarnos la confesión de sus triunfos; en la hora misma en que hiere, una voz irónica canta en nosotros victoria, y exclama: «No moriré todo.» *Non omnis moriar.*

(1) *Anime brutorum corrumpuntur corruptis corporibus; anima autem humana non potest corrumpi, nisi per se corrumpatur. Quod quidem omnino est impossibile non solum de ipsa, sed de quolibet subsistente, quod est forma tantum. Manifestum est enim quod id quod secundum se convenit alioni, est inseparabile ab ipso. Esse autem per se convenit formæ, quæ est actus. Unde materia secundum hoc acquirit esse in actu, quod acquirit formam; secundum hoc autem accidit in ea corruptio, quod separatur forma ab ea. Impossibile est autem quod forma separetur à se ipsa. Unde impossibile est, quod forma subsistens deamat esse. (Summa Theol., I. p. q. 76, art. 6.)*

(2) *Sensit anima se vi sua non aliena moveri, nec accidere posse ut ipso à se nunquam decoratur; ex quo efficitur eternitas. (Cicero: Tusculan., lib. I.)*

Desde el día memorable en que Dios fulminó contra el hombre prevaricador esta terrible sentencia: «Morirás de muerte.» *Morte morieris*, éste ha protestado con actos públicos, así como por sus íntimas convicciones, contra el pensamiento de que todo se acaba para él con el trágico desenlace que separa los dos elementos de su naturaleza. En todos los pueblos hallamos unido al dogma de la vida futura el culto de los sepulcros; culto conmovedor y lleno de revelaciones para el que sabe interpretar los actos públicos de la humanidad religiosa; culto en que las almas grandes y nobles han visto siempre la prueba evidente de nuestra inmortalidad (1). Y si no, ¿á qué esos honores tributados á una carne que se corrompe, á unos huesos áridos, á una ceniza estéril, si el hombre no está íntimamente persuadido de que una llama incorruptible sobrevive y se cierne sobre los tristes restos de lo que fué nuestro cuerpo? ¿De dónde procede esa persuasión entre todas las enseñanzas de la experiencia, sino de una revelación divina, ó á lo menos de un deseo natural de vivir siempre? Y siendo todo sincero y verídico en los movimientos espontáneos de la naturaleza, ¿cómo podrá ser éste una mentira (2)?

(1) «Allí, por un encanto invencible, la vida es inseparable de la muerte; allí la naturaleza humana se muestra superior al resto de la creación, y ostenta sus altos destinos. ¿Conocen acaso el fúnebre los brutos, ó pierden el sosiego por sus cenizas? ¿Qué impresión les hacen los huesos de sus padres? ¿O por mejor decir, ¿saben quién es su padre, cuando han pasado las necesidades de la infancia? ¿De dónde, pues, nos viene la poderosa idea que tenemos de la muerte? ¿Morirían nuestros hombres, si algunos átomos de polvo? No, seguramente; respetamos las cenizas de nuestros antepasados, porque una vez secreta nos dice que no está todo muerto en ellos, y esta voz es la que consagra el culto fúnebre entre todos los pueblos de la tierra; todos están igualmente persuadidos de que no es duradero el sueño, aun en el sepulcro, y que la muerte es únicamente una transformación gloriosa.» (Chateaubriand: *Genio del Cristianismo*, lib. vi, cap. III.)

(2) *Potest etiam hujus rei accipi signum ex hoc, quod unumquodque naturaliter suo modo esse desiderat. Desiderium autem non cognoscit esse, nisi sui hinc et tunc; sed intellectus apprehendit esse absolute, et secundum omne tempus. Unde omne*

Pregunto á mi cuerpo, y no recibo de él sino respuestas de muerte; pregunto á la religión de los pueblos, y no recibo sino respuestas de vida. Leo mi inmortalidad en las vastas necrópolis donde los muertos, respetuosamente depositados, esperan de la tierra la visita suprema de su posteridad, y del cielo la visita del gran Dios que ha de juzgarlos. Leo mi inmortalidad en las grutas funerarias manchadas con la sangre de los sacrificios. Leo mi inmortalidad en los árboles gigantes de los bosques americanos, cuyas flexibles ramas mecen dulcemente los sepulcros de los salvajes, á la manera que los brazos maternos mecen las cunas de sus hijos adormecidos. Leo mi inmortalidad en los soberbios mausoleos que piden al viajero un recuerdo y una plegaria para los que ya no existen. Leo mi inmortalidad en los humildes oteros en que una mano piadosa renueva las flores y las coronas; flores que dicen al muerto de parte del vivo: «Yo te amo siempre»; y al vivo de parte del difunto: «Respira siempre el aroma de mi amor»; coronas que dicen á la humanidad entera: «En el duelo de la vida y de la muerte el vencedor no es el que se piensa.»

Respetad, señores, las tumbas; son el libro del pueblo. Con sus manos sencillas escribe páginas conmovedoras, y recibe en cambio lecciones saludables que no pueden ser sustituidas por ninguna otra enseñanza. ¡Ay de vosotros si sacrificáis á la higiene del cuerpo la higiene del alma! Aprenderéis á vuestra costa lo que es un pueblo que olvida sus sepulcros. Pero no: tengo fe en los sentimientos del pueblo; no olvidará sus amados cementerios. Por lejos que los desterréis, tomará su pan de cada día para ir á visitarlos y adornarlos, para aprender allí y repetir á todas las generaciones: «La carne del hombre cae en tierra y se marchita como las hierbas del campo; pero su alma inmortal subsiste y

habens intellectum naturaliter desiderat esse semper. Naturale autem desiderium non potest esse inane. Omnis igitur intellectualis substantia est incorruptibilis. (Summa Theol., I p., q. 75, art. 6.)

descansa en el seno de Dios: el hombre es más fuerte que la muerte, más grande que el tiempo.»

Esta grandeza del hombre respecto del espacio y del tiempo es una consecuencia natural de su semejanza con Dios. Imágenes vivientes de la divina sustancia, debíamos representar de alguna manera su inmensidad y su eternidad. Digo más: habiéndonos Dios asemejado á la belleza de sus operaciones y de su vida sacrosanta, debía hacernos participantes de su soberana autoridad. Y tal fué el remate de la obra de la creación. En presencia de la naturaleza que le pedía un señor, nos ha ceñido una diadema, y nos ha dicho: «Reinad, someted á vuestro imperio todas las cosas.» *Dominamini, subjicite.* El hombre es rey: «Tiene á sus pies, dice David, los rebanos de los campos, las aves del cielo, y los peces que tienen trazadas sus sendas en la profundidad de las aguas» (1). Y Job, cantando nuestro imperio sobre la naturaleza, exclama: «Los metales más preciosos, como el oro y la plata, tienen sus venos y lugares ciertos donde se crían, y los halla la industria y diligencia del hombre. De la tierra saca el hierro; y la piedra derretida por el fuego la convierte en cobre. Saca el hombre á luz lo que estaba oculto en las tinieblas, y... busca los metales y piedras más preciosas en las entrañas de la tierra, donde están escondidos entre oscuridades y sombras. Horada los montes con caminos, jamás hollados de sus plantas; se encierra en las profundidades del globo... rompe las piedras más duras y derriba las montañas hasta sus fundamentos, para cortar allí mármoles y otras piedras. De las mismas rocas saca agua, y por entre ellas le abre paso: no hay cosa, por rara y oculta que sea, que no sea descubierta por su discernimiento y su ingenio. Baja al fondo de los mares y de los rios, y saca á luz mil cosas que estaban allí escondidas. Todo está sujeto á la industria y aplicación del hombre» (2).

(1) Omnis subiecisti sub pedibus ejus, oves et boves, universas insuper et pecora. Volucres caeli et pisces maris qui perambulant semitas maris. (Psalm. viii.)

(2) Job, cap. xxviii.

¿Qué dirían, señores, el Salmista y el Santo Job si vieran los progresos de nuestro regio dominio? Los continentes explorados, las islas apartadas descubiertas, los mares recorridos en todas direcciones, los ríos transformados en grandes caminos, examinadas las profundidades, utilizados los movimientos atmosféricos, descifrados los misterios del firmamento, medido el curso de los astros, analizada su constitución, domados los elementos más refractarios, y, al modo de animales, compellidos á realizar prodigios de fuerza, utilizados por la industria; encadenada la luz y convertida en rápido mostrador de las escenas de la naturaleza, de las obras del arte; la electricidad obligada á recorrer los hilos metálicos y á llevar nuestros pensamientos de un extremo al otro del mundo, desenterrados los primeros habitantes del globo, de sus sepulcros, más de mil años ha construidos, y colocados en nuestros Museos; conocidos los géneros, las especies y las razas de los reinos vegetal y animal; descritos y clasificados desde el gigante hasta el infusorio; puestos de manifiesto y prácticamente explotados los secretos de las combinaciones químicas y de las operaciones vitales; en fin, la naturaleza tributaria de nuestra magnificencia, de nuestros placeres sensibles, de nuestros recreos artísticos y de nuestras fiestas intelectuales, después de haber servido á nuestras necesidades: ved aquí, en compendio, señores, la estadística actual de nuestro imperio esperando lo porvenir; pues ¿quién sabe hasta dónde se extenderá? ¡Oh sí! el hombre es rey. Salud, criaturas de este mundo, salud á este ilustre monarca; y tú, monarca del universo, salud al Rey de los reyes.

Una dominación egoísta de un sér criado sobre los otros, sería un desorden y una deformidad en la obra de Dios. El reino del hombre no es, por consiguiente, un honor que pueda volverse estéril para el que nos ha dado la investidura; el hombre no es rey sino á condición de ejercer en nombre de la naturaleza un oficio sagrado que completa su grandeza: el de pontífice. Sin duda que las voces sublimes del cielo y de la tierra

cantan la gloria de Dios; pero expiran impotentes á las puertas de las mansiones eternas, si el hombre no transforma su lenguaje imprimiéndole el sello de su inteligencia y de su amor.

Entre el que recibe un homenaje y el que lo da, ¿no debe mediar una comunicacion de semejanza? ¿Y puede proceder la gloria de parte de un sér que ignora la naturaleza y el alcance de sus actos? Desde el momento que amo la gloria, deseo que mis méritos sean conocidos y admirados antes de ser alabados, y creo que no pueden ser bien alabados si no son conocidos y admirados. ¿Qué importan al conquistador la sonrisas de las fértiles comarcas que atraviesa, el resplandor de un hermoso día, los despojos de sus enemigos vencidos, si no espera oír de un millon de voces un *viva* pronunciado en su honor?

Santo Tomás ha dicho muy bien que «la gloria es una alabanza que procede del conocimiento.» *Claracum laude notitia* (1). He aquí, señores, por qué Dios, celoso de su gloria, por ser un derecho suyo, la exige de una persona inteligente, como libre tributo de sus actos, y por qué ha querido que el hombre, rey é inteligente de este mundo inferior, tuviese el poder real como un sacerdocio al mismo tiempo. El hombre, pues, conoce por el mundo, admira por el mundo, ama por el mundo, habla por el mundo, adora por el mundo, da gracias por el mundo, ruega por el mundo, á fin de que Dios, en cambio de la gloria que recibe del mundo, abra sobre él la fuente inagotable de sus beneficios. El hombre es sacerdote, *sacerdos*; es decir, el que da á Dios todas las cosas consagradas que la criatura debe á su Criador. El hombre es pontífice, *pontifex*, esto es, el que, á manera de puente interpuesto entre lo finito y lo infinito, transmite de uno á otro lado los actos religiosos, transformándolos en su tránsito. El hombre es el *omnis terra* que el Profeta convida á la adoración y alabanza de Jehová (2). Todo tiende á él, y por él á

(1) Cf. *Summ. Theol.*, I p., q. 2, art. 3, citando á San Agustín.

(2) *Psalm.* LXX: *Omnis terra adoret te, et psallat tibi.*

Dios; y esto constituye el punto supremo de su belleza y de su grandeza.

Os habla indicado superficialmente vuestro puesto en la armonía del mundo; vedlo ahora tan claramente determinado, que no podéis olvidarlo ni despreciarlo sin deshorraros. No deliréis, no os forjéis espacios imaginarios. Si los astros están poblados de habitantes, más ó menos elevados que vosotros en la jerarquía de los seres, lo sabréis un día. Al presente es preciso que os fijéis en la realidad de vuestros privilegios, que son bastante gloriosos para merecer vuestra gratitud y vuestro aprecio. Con respecto al mundo superior, os ha hecho Dios poco menos que los ángeles: *Minuisti eum paulo minus ab angelis* (1); y no obstante, ellos no son vuestros señores; sois sus hermanos en la inteligencia y en la belleza, y no súbditos suyos. Respecto al mundo inferior, vuestra belleza ocupa el primer lugar en la obra divina: *Constituísti eum super opera manuum tuarum* (2). Conservaos en este puesto, señores. No envilezcáis con vergonzosos placeres ese noble cuerpo en que ha puesto tantas maravillas el Supremo Arquitecto; no dejéis oscurecerse con la ignorancia ó el error esa luminosa inteligencia, que lleva impreso el sello de la cara de Dios; no entreguéis á la tiranía de las pasiones esa voluntad libre, cuyo ornamento natural es la virtud; no abuséis de la compañía de vuestros semejantes para corromper y ser corrompidos; en fin, no os hagáis dignos de este duro reproche del hombre que olvida su dignidad y su belleza: «El hombre, criado por Dios á su imagen y semejanza, dotado de razón y de inteligencia, envileció su estado y dignidad; semejante en la estupidez á las bestias, no atiende sino á lo presente, se olvida de los bienes eternos y ama solamente los caducos y perecederos» (3). Sois superiores al espacio, haceos dignos de

(1) Salmo VIII.

(2) *Ibidem*.

(3) *Homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis.* (Ps. XVIII.)

tomar un día posesión de él, y recorrerlo en triunfo, llevados por la mano omnipotente de Dios. Sois superiores al tiempo, preparaos mediante vuestros méritos las ventajas de la inmortalidad, esto es, la inalterable felicidad de los siglos eternos. Sois reyes, apiadaos, os suplico, apiadaos de las criaturas; no os convirtáis en tiranos suyos ó en verdugos, abusando de ellas para la satisfacción de vuestros apetitos desordenados, y apartándolas de su último fin. Ellas se dirigen á Dios, no las detengáis con la insaciable sed de vuestros deseos; antes bien, emplead vuestro imperio sobre ellas para crearos auxiliares en vuestro sacerdocio. Seis días se os han concedido para ser reyes, y uno para ser pontífices; sed generosos. Mezclad en todos los actos de vuestra vida el sacerdocio y el reinado, y que todo en vosotros, pensamientos, deseos y trabajos, cante á nombre del mundo entero, en todos los lugares y á todas horas, la gloria del Altísimo que os ha colmado de sus dones.

sus divinos labios un soplo de vida sobre el humilde barro que sus manos acababan de formar, y con aquel soplo divino imprimía en nuestras almas su semejanza, hasta la participación de su propia naturaleza; y ¡oh prodigio de poder y de amor! nos comunicaba su propia vida, haciendo del hombre un sér divino.

Esa palabra, señores, nos revela un estado que comunica á las bellezas y á las grandezas de la naturaleza un brillo incomparable é inesperado; esa palabra nos traslada á un orden superior, cuyos elementos constitutivos es indispensable conocer, puesto que corona la obra divina y muda completamente su aspecto. Vamos á ver, pues, hoy: primero, á qué fin se ordena en el plan de Dios la comunicación de su vida; segundo, en qué consiste esta comunicación.

I

Hay un proverbio que dice: «En toda cosa es preciso considerar el fin;» es la traducción popular de un axioma de la sabiduría eterna. Dios, al decretar la existencia de un sér, ve ya el término á que debe dirigirse, y con relación á este término ordena los medios que, después de una serie más ó menos larga de operaciones, deben poner al sér agente en posesión de su fin, en virtud de una operación suprema. Un sér agente, un fin y medios para alcanzar este fin: ved aquí, señores, los tres elementos constitutivos de todo orden. Los hallaréis en todas partes: en la gravitación de un átomo, en la germinación de una pequeña semilla, en la vida de un insecto, en el movimiento general del *cosmos*, y de una manera más ostensible, por estar más próximos á vuestra conciencia, en la economía de este pequeño mundo que sois vosotros mismos. Vosotros sois seres activos, y os consta por experiencia que vuestra actividad no se asemeja á la de los cuerpos, que reciben sus movimientos de fuerzas externas; y que de lo interior y de lo íntimo de vuestra sustancia parte el impulso por el cual se manifiesta vuestra vida. Como

CONFERENCIA XVIII

LA VIDA DIVINA EN EL HOMBRE

EMMO. SEÑOR, SEÑORES:

En la interpretación de la Escritura hemos hallado la verdadera naturaleza y dignidad del hombre. Estas palabras: *Inspiró Dios en la frente del hombre el espíritu de vida, y quedó el hombre hecho un alma viviente con vida racional*, nos han revelado la existencia de una fuerza simple, subsistente, inteligente y libre, forma del cuerpo humano y principio de toda actividad en nosotros. Estas otras palabras: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*, nos han revelado la belleza arquitectónica, ó fisiológica, y fisionómica de nuestro cuerpo, la belleza intelectual y moral de nuestra alma, la belleza social de la humanidad, la grandeza del hombre sobre el espacio, sobre el tiempo y sobre los reinos inferiores de la creación. De estas revelaciones nos hemos aprovechado para determinar el puesto que nos corresponde en la obra de Dios. Sobre esto nada más hay que decir; pero, señores, aún no podemos pasar á otro dogma católico. He dicho mucho, y todo lo que he dicho es nada si lo comparamos con el misterio profunda y sublime con que Dios ha terminado la obra de los primeros días. Ha tomado consejo en sí mismo, y ha dicho: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza;» pero no conocéis aún toda la inmensidad de su designio. Dejó Dios caer de

seres activos tendéis á un fin, no al de esos vivientes que sólo tienen sentidos que satisfacer, sino al de los espíritus, porque vosotros lo sois también. La verdad y el bien son el sustento cotidiano que debe alimentaros, hasta que, llegando á la perfección y á la bienaventuranza, los poseáis de una manera que satisfaga para siempre vuestros deseos. Para conocer la verdad estáis dotados de inteligencia, y para amar el bien, de una voluntad libre. Sin embargo, por grandes y rápidos que sean vuestros progresos en el conocimiento y en el amor, no llenan vuestras aspiraciones; porque la plenitud á que aspiráis no se halla sino en la fuente misma de la verdad y del bien. Al presente sois viadores, y la teología ha llamado muy bien á vuestro estado presente, estado de peregrinación, *in via*. Cuando hayáis llegado á la fuente de la verdad y del bien, Dios colmará el abismo de vuestros deseos, y entonces responderéis y seréis dichosos.

Pero ¿en qué condiciones se hará la comunicación final de Dios? Evidentemente, señores, en unas condiciones que conserven la proporción de los tres elementos del orden; sois agentes naturales, y no usáis sino medios naturales; luego no conseguiréis finalmente á Dios más que de una manera natural: esto es, por medio de las criaturas más luminosas, si queréis más atractivas, más aproximadas á la belleza eterna, más capaces de satisfacer vuestros deseos, que se habrán hecho en extremo imperiosos y vastos al fin de vuestra carrera, pero colocados siempre á una distancia infinita de la esencia divina, y obras siempre limitadas, en las cuales conoceréis y amaréis al Artífice supremo, sin verlo ni poseerlo jamás. Tal es el orden natural, orden necesario en todos sus elementos; pues Dios no puede crear sin ordenar á sí mismo lo que crea por el conocimiento y el amor.

Ahora bien, señores; este orden natural al cual se refiere todo lo que he dicho de la armonía del mundo, de la belleza y de la grandeza humana, no es la obra consumada de Dios, es simplemente la materia y punto de partida de un orden superior, mediante el cual

conduce el Criador toda la creación á la unión de su esencia. Tal es el orden sobrenatural.

Fijémosnos bien en esta palabra, porque tocamos un misterio que ha ejercitado en todos tiempos el talento y la penetración de los más profundos teólogos; un misterio que entrando á cada paso en la exposición del dogma católico, necesita ser claramente definido. Toda naturaleza criada tiene sus leyes constitutivas, en virtud de las cuales existe y obra, y sobre las cuales no puede elevarse por su propia virtud. Si merced á la intervención de una fuerza superior esta naturaleza transformada adquiere un modo de ser más noble, ejerce entonces acciones de un orden más elevado que las que proceden normalmente de sus facultades nativas; está sobrenaturalizada. De este modo la materia inorgánica es elevada á un orden superior por la vida vegetativa, la vida vegetativa por la vida sensitiva, y la vida sensitiva por la vida racional. En este sentido puede decirse que el mundo entero está ya sobrenaturalizado por el hombre, puesto que el hombre reúne, bajo la acción de una misma forma y en la unidad de una misma sustancia, todas las naturalezas inferiores. ¿Hay alguna fuerza creada capaz de dominar, de transformar y de sobrenaturalizar al hombre? Podéis suponerla, señores; podéis imaginar en la creación una serie indefinida de fuerzas que se sobreponen, y de las cuales las superiores son sobrenaturales respecto de las inferiores. Mas debo advertiros que en este sentido, puramente relativo, no debemos entender lo sobrenatural, si hemos de seguir la doctrina de la inmensa mayoría de los teólogos. Lo sobrenatural es una cosa absoluta y trascendental, que excede infinitamente á todo sér real y posible, á toda naturaleza creada y por crear: en una palabra, el sér verdaderamente sobrenatural es Dios. Toda progresión de sér participado, por larga y perfecta que se la suponga, no puede acercarse sino á una distancia infinita del Sér necesario. Existe por sí mismo, su fin inmediato y supremo es El mismo, se mueve por sí mismo y en sí mismo, se posee por sí mismo. El sólo se es fin, medio

y agente: todo un orden que adoramos bajo los nombres venerables é incommunicables de Eterno y Divino.

Este orden se basta á sí mismo y es el término de todo. De allí procede toda naturaleza; allí debe volver, si se quiere que sea sobrenatural en todo el rigor de la palabra. ¿Qué quiere decir esto? ¿Podremos salvar acaso los abismos que separan lo finito de lo infinito? ¡Iremos, por ventura, á vivir en ese océano inmenso de perfección y de bienaventuranza? Pero entonces nos convertiríamos en divinos. Si, señores: Dios así lo ha ordenado. La pacífica soledad en que se contempla, se admira, se ama, se bendice, se glorifica eternamente á sí mismo, le basta para su bienaventuranza; pero su bondad le ha determinado á comunicar fuera de sí la vida. Ha creado, y ha creado con tanto amor, que el sér arraucado del seno de la nada, obedeciendo á la fuerza de atracción que le llama á su último término, debe llegar á unirse con la esencia divina.

Permitidme recordaros sumariamente lo que decíamos el año pasado, al terminar nuestras Conferencias. Dios como principio, nos ha criado para sí mismo, *propter semetipsum*, de tal suerte que nuestra alma se halla en tortura hasta que no reposa en El. Podríamos gozar de este reposo contemplando, á través del prisma de las perfecciones criadas, un reflejo de las perfecciones increadas: esto es lo único que exige nuestra naturaleza. Mas Dios, según la bella y elocuente expresión de un gran Santo, ha visto que la naturaleza era una nodriza harto mezquina para dar á su criatura la leche de la felicidad; por eso quiere llevarnos á su seno para alimentarnos de su misma sustancia. La fe nos asegura que lo veremos cara á cara y tal como es, *sicuti est*; sér sin principio y fuente de todo sér, simplicidad perfecta y plenitud infinita, unidad indivisible y multiplicidad misteriosa: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Le veremos y le amaremos comunicándose á nosotros de esencia á esencia. En fin, Dios quiere ser nuestro fin, como es su fin mismo, con esta sola diferencia: que El es su fin por naturaleza y necesidad, y es el nuestro por un don gratuito. He aquí, señores, lo

que he llamado la verdad fundamental del orden sobrenatural.

¡Atención! Aquí es donde debe aplicarse este axioma: «El fin ordena los medios.» La felicidad no consiste en un objeto criado y limitado que represente con brillo superior á todos los esplendores de la naturaleza actual, la perfección infinita; la felicidad está en el Sér increado, en el Infinito mismo. Nuestro fin es propia y absolutamente sobrenatural; luego el medio para alcanzarlo debe ser propia y absolutamente sobrenatural. Hay algunos filósofos y algunos hombres honrados, tal vez vosotros seréis de este número, que admiten la proposición católica del último fin y se imaginan, sin embargo, que se puede poseer este fin sin que nada se mude en su naturaleza; pero se engañan miserablemente, y se engañan por falta de reflexión. Basta dirigir una simple mirada sobre nuestras facultades para conocer desde luego la inmensa desproporcion que media entre la visión intuitiva de la esencia divina y nuestro modo natural de conocer. Los objetos de nuestros conocimientos están en nosotros, y los vemos, no por una intuición inmediata de nuestra sustancia y de sus modificaciones, sino por representaciones ideales, por formas ó especies inteligibles creadas por la fuerza activa de nuestro espíritu, después de haber recibido las formas sensibles. Si nuestra naturaleza, sin sufrir transformación alguna, fuera apta para ver la esencia divina, sería preciso, ó que la fuerza activa de nuestro espíritu pudiese crear una especie inteligible adecuada á esta esencia, ó que esta especie, creada por Dios mismo, fuese presentada á nuestro entendimiento, lo cual, señores, es imposible de ambas partes con imposibilidad absoluta. De nuestra parte, la imposibilidad está en crear una forma inteligible que represente la esencia divina, sin haber visto anteriormente esta esencia, lo cual constituye en la cuestión presente una petición de principio; de parte de Dios, la imposibilidad está en crear una forma inteligible que represente adecuadamente su esencia, puesto que su esencia es infinita, y que todo sér creado, cualquiera que sea,

sustancia ó forma, no recibe jamás del acto creador sino una naturaleza limitada. De donde debemos concluir que no nos es posible naturalmente ver á Dios tal como es en sí mismo.

Podría aducir otras razones; podría, por ejemplo, haceros ver que, si hubiera una proporción natural entre nuestras facultades y la visión inmediata de Dios, deberíamos gozar al presente de esta visión, so pena de ser deformes, como seríamos deformes si estuviéramos universalmente privados del conocimiento de la verdad, objeto connatural de nuestro entendimiento. Podría demostraros también que la visión natural de la esencia divina supondría una relación necesaria entre el Criador y la criatura, y haría de nosotros unos seres necesarios, á la manera que Dios, contentándose todo en lo infinito: fin, medios y sér agente. Podría, finalmente, conducirnos hasta esta conclusión de Santo Tomás: «El bien que Dios nos tiene prometido excede de tal manera toda proporción con la naturaleza, que nuestras facultades naturales, lejos de poder conseguirlo, no pueden siquiera pensar en él ni desearlo» (1). Conclusión confirmada por estas palabras de San Pablo: «Ni ojo alguno vió, ni oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman» (2). Pero no quiero detenerme más en la metafísica (3). Tengo bastante con la prueba experimental que me suministra la simple consideración de nuestras facultades en el acto del conocimiento. Esta prueba nos conduce á la proposición que he formulado más arriba: «Nuestro fin es propia y absolutamente sobrenatural; luego el medio para con-

(1) Bonum est hominis nature humane proportionem excedens, quia ad ipsum obtinendum vires naturales non sufficiunt, nec ad cogitandum vel desiderandum, sed ex sola divina liberalitate homini reponuntur, et hoc est vita eterna. (S. Thom. De Ver., q. xvi, art. 11.)

(2) Oculis non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, que preparavit Deus iis qui diligunt illum. (I Cor., cap. ii, vers. 9.)

(3) Véase *Introduction au dogme catholique*, 5.^a Conf., part. 2.^a

seguir nuestro fin, debe ser propia y absolutamente sobrenatural.» Apoyarse en la naturaleza sola es, si se me permite esta comparación familiar, marchar hacia adelante para subir á la luna; en términos más propios, es desconocer una verdad elemental que puede formularse así: «Los medios están necesariamente proporcionados al fin, y comprendidos en la misma calificación, porque pertenecen á un mismo orden.»

Me preguntaréis, señores, cuál es el medio proporcionado para la visión y la posesión de la esencia divina como objeto de nuestra bienaventuranza. Yo no conozco otro que la esencia divina misma. Dios se ve, se posee, es bienaventurado naturalmente y en sí mismo, porque en El se identifican la esencia y la existencia. Su esencia es el objeto de su visión, de su posesión y de su bienaventuranza, porque es su mismo medio, y reciprocamente es su medio, porque es su objeto; fin y medio, son una sola cosa y un solo sér. De donde se sigue rigurosamente que, si nosotros estamos llamados á ver, á poseer á Dios y á ser felices en El y por El, no podemos conseguirlo sino por una transformación de nuestra naturaleza, participando de la naturaleza y de la vida de Dios. ¿Cuándo se verificará esta transformación? ¿Será solamente en el instante supremo en que, vencedores del tiempo y tocando en los umbrales de la eternidad, recojamos el fruto de nuestros trabajos? No, señores. Antes de alcanzar el fin por el último acto, debe merecerse por actos ejecutados durante los días de prueba, sin que esto derogue en nada la subiduría divina; porque de otro modo no habría armonía alguna entre la vida humana y su término. Mas la naturaleza, por sus propias fuerzas, no puede merecer un fin sobrenatural que no es capaz de poseer. Sin duda que puede alguna cosa; pero no lo puede todo. Como el agua puede alguna cosa para mover esas poderosas máquinas que recorren el mando de uno á otro extremo, y sin ella en vano el fuego se agitaría en su hogar, pero no lo puede todo, es preciso que el fuego la penetre, la dilate, la evapore, la transforme; entonces se halla comprimida en el depósito de bronce, que contiene

ne sus impetus, y empuja con poderoso esfuerzo los brazos de la gran rueda de donde procede todo el movimiento.

La naturaleza humana puede alguna cosa. Exenta de las trabas de esa necesidad sin gloria que domina los seres inferiores, produce primeramente, y con sus propias fuerzas, un acto libre, primero é indispensable elemento de todo mérito. En segundo lugar, produce un acto bueno; es decir, un acto aprobado por el recto dictamen de la conciencia, y confirmado por las inmutables prescripciones de la ley eterna, y el único que en cualquier estado puede ser recompensado por la equitativa liberalidad de Dios. En tercer lugar, se desaprofia, en alguna manera, de su acto para someterlo al soberano dominio de Dios y referirlo únicamente á su gloria. En fin, obra durante el tiempo de prueba, porque pasado este tiempo no se puede ya merecer ningún bien. Esto es todo lo que puede la naturaleza. Pues bien, señores; todo esto es muy poco para el fin que se trata de conseguir. La Iglesia nos lo enseña (1), y la razón nos lo prueba por boca de Santo Tomás.

«El hombre sin gracia no puede merecer la vida eterna por sus propias fuerzas, porque el mérito del hombre depende de una preordinación divina. Siendo Dios infinitamente sabio, no puede ordenar los actos de ninguna criatura á un fin que exceda la proporción de la potencia causadora del acto, pues es propio de la Providencia divina hacer que nada obre fuera de los límites de sus propias fuerzas. Ahora bien: la vida eterna que se nos promete excede todas las fuer-

(1) Si quis per naturæ vigorem aliquid bonum pertinens ad salutem vite eterne cogitari ut expedit posse affirmat hæretico fallitur spiritu. (II Concil. Arausic., can. 2.)

Debetur merces bonis operibus si fiant sed gratia que non debetur procedit ut fiant. (Ibid., can. 18.)

Sine gratia, justificatorum opera nullo modo Deo grata et meritoria esse possunt. (Concil. Trid., sess. 6, cap. xii.)

Si quis conserit sine gratia Christi hominem posse mereri vitam eternam, anathema sit. (Ibid., can. 2.)

zas de la naturaleza creada, en tales términos, que ni aún podemos por nosotros mismos llegar á conocerla y deseirla. De donde resulta que ninguna naturaleza creada puede producir actos meritorios de vida eterna, si no se le añade algún dón sobrenatural, que llamamos gracia» (1).

Todo esto quiere decir, señores, que la transformación cuya necesidad para llegar á la posesión de nuestro fin hemos reconocido, debe tener lugar desde ahora. Si queremos ser divinamente felices, hagamos obras dignas de Dios (2); obremos en este mundo de una manera divina. Mas para obrar divinamente no basta, según la elevada y expresiva doctrina de San Dionisio, un auxilio transeunte: es necesario un nacimiento divino, una existencia divina, un estado divino que pueda producir una operación divina (3). «Es preciso que nos unamos á Dios de una manera íntima, que corresponda á nuestra unión final. Es preciso que poseamos Dios inmediata y naturalmente á sí mismo, y mediante la cual se eleva la criatura, en alguna manera, hasta el Sér divino, y se hace, en más ó menos alto grado, participante de la naturaleza divina» (4). Es preciso que llevemos en nosotros la vida de Dios como principio de un nuevo sér. Es preciso que esta vida sea en nuestro sér la raíz de todas nuestras operaciones sobrenaturales, como la naturaleza lo es de todas nuestras operaciones puramente naturales; que nos disponga para todo bien sobrenatural, como la naturaleza nos dispone para todo bien natural; que con-

(1) Non potest homo mereri... nisi superaddatur aliquod supernaturalè donum, quod gratia dicitur. (Summa Theol., I y II p., q. 114, art. 2.)

(2) Ut ambuletis digne Deo per omnia placentes. (Coloss., cap. 1, art. 10.)

(3) S. Dionys.: De Ecclesiast. Hierarch., cap. ii.

(4) Participatio quædam virtutis ejus, qua Deus seipsum immediate attingit, ex sua natura per quam creatura ad esse divinum quodammodo elevatur, fitque magis aut minus proxime divine consors natura. (Summa Theol., I y II p., q. 112, art. 1.)

tenga todas las virtudes y hábitos sobrenaturales, como la naturaleza contiene todas las virtudes y hábitos naturales; en fin, qué otro como una forma divina y nos haga divinos. Pero no nos anticipemos; luego os diré en qué consiste la comunicación de la vida divina. Al presente, señores, fijaos sólo en la cuestión propuesta al principio de esta conferencia. ¿A qué fin se ordena en el plan de Dios la comunicación de su vida? La respuesta es fácil, á mi parecer, después de las explicaciones que acabáis de oír. En el plan de Dios la comunicación de su vida es uno de los elementos del orden sobrenatural. Esta comunicación se ordena como medio al fin absolutamente divino, prometido á las criaturas intelectuales; es necesaria, dada la fuerza de atracción impresa por la bondad infinita al acto creador; es indispensable, no menos á los ángeles que á los hombres; es el misterio que completa la obra de Dios. Cualquiera que ignore este misterio, es incapaz de comprender la belleza real del mundo angélico, de la humanidad y del cosmos, puesto que la creación se le presentará sin su coronamiento. Mas nosotros sabemos que el misterio existe, y por qué existe: estudiémoslo más de cerca.

II

Es tiempo ya, señores, de llamar las cosas por su nombre. La comunicación de la vida de Dios á la criatura es la gracia, esto es, como indica la misma palabra, un don de la divina bondad de tal suerte gratuito, que con él podemos merecerlo todo, y él no puede ser de manera alguna merecido (1). Este don puede reducirse á un movimiento transeunte, mas no es éste del que hoy vamos á ocuparnos. La gracia que debemos estudiar al presente no es una simple visita, una operación transeunte del Altísimo en la naturaleza hu-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I y II p., q. 113, art. 5: *Utrum homo possit sibi mereri primam gratiam?* Art. 6: *Utrum homo possit alteri mereri primam gratiam?*

mana; es, según la expresión de San Agustín, la presencia misma de Su Majestad. *Ipsam presentiam majestatis* (1). Me diréis: Dios está en todas partes. No hay ninguna existencia ni modificación que su voluntad no haya decretado, y que su ciencia no conozca. Su esencia, presente en todos los lugares, sin dividirse, sustenta y protege todo lo que existe contra las invasiones de la muerte y de la nada. «Dios está tan cerca de nosotros, decía San Pablo en el Areópago, que en El vivimos, nos movemos y existimos.» *Non longe est ab unoquoque nostrum, in ipso enim vivimus, movemur et sumus* (2). ¿Qué más queréis? Yo no quiero más, señores, ni tengo derecho para ello; pero creo que Dios quiere más, y lo creo porque El me lo ha dicho: «Vendremos, y haremos mansión en el hombre.» *Venimus, et apud eum mansionem faciemus* (3). Esta es la palabra de mi Dios; seguramente no la hubiera dicho si yo debiese contentarme con su presencia natural. Su presencia natural es necesaria á toda criatura; luego si debe venir todavía, es que quiere, por pura bondad, estar presente al alma humana de un modo sobrenatural. Su presencia natural nada añade á la naturaleza del sér; pero con su presencia sobrenatural la transforma. Su presencia natural deja á las potencias naturales en su actividad propia y original; pero su presencia sobrenatural las eleva á una manera divina de obrar. En fin, su presencia natural comunica el sér á la criatura; mas por su presencia sobrenatural la hace participante de su sér, de su naturaleza y de su vida.

Bien sé, señores, que no rehusáis el estudio de la alta teología, como varias veces me lo habéis manifestado. Entremos, pues, en esas profundidades sagradas. ¿Qué es ese don de Dios que se llama gracia? ¿Es

(1) *Spiritus Dei in nobis habitat, non per gratiam visitationis, et operatur bonis, sed per ipsam presentiam majestatis.* (Sermon I in fer. 3 Pentecostes.)

(2) *Act.*, xvii, 28.

(3) *Joan.*, xiv, 23.—*In Deo manemus, et ipse in nobis, quia in Spiritu suo dedit nobis.* (Epist. I Joan.)

una sustancia ó una cualidad? Algunos teólogos; considerando la causa más bien que el efecto, dicen que la gracia es la sustancia misma de Dios uniéndose á nosotros, y obrando en nosotros de una manera inefable: otros, considerando el efecto más bien que la causa, dicen que la gracia es una cualidad del orden divino, que es al alma lo que el alma es al cuerpo, esto es, una forma que hace del alma un sér sobrenatural, como el alma hace del cuerpo un sér humano. El cuerpo en ausencia del alma no es sino una materia vil, sin respiración, sin calor, sin principio de conservación, sin movimiento y sin vida. Que se apodere el alma de ella, y veréis cómo se tiene en pie; cómo aspira á boca llena las ondas de la atmósfera; cómo siente circular en sus venas una sangre viva y generosa; cómo repara las pérdidas de su sustancia y las renueva; cómo se agita y cómo vive; cómo levanta hacia los cielos el continente regio de su rostro, cómo toma parte en los actos sublimes del pensamiento y en los honores de la virtud. Así sucede con el alma en cierto modo. Sin la gracia, es un espíritu inteligente y libre; pero, limitado por la naturaleza, no conoce, ni quiere, ni ama, ni vive, sino en el orden natural. Mas luego que interviene la gracia en sus acciones, el alma transformada se dilata, contempla verdades sobrenaturales, quiere y ama un bien inefable, se anega en un océano de luz y de amor que le era hasta entonces desconocido, y cuyas riberas no había descubierto siquiera en lontananza, y vive una vida enteramente nueva que, mezclándose con las corrientes de la vida natural, purifica sus ondas y las dirige hacia el mundo divino. Tal es la vida sobrenatural.

Aunque yo sostenga, con Santo Tomás y con el Catecismo clásico del Santo Concilio de Trento, que la gracia es una cualidad divina que hace en nuestra alma las veces de forma sobrenatural (1), no quiero

(1) Alio modo ad iuratur homo ex gratuita... Et sic donum gratis qualitas quedam est. (Summa Theol., I y II p. q. 110, artículo 2. Gratia est divina qualitas anime inherens. Catech. Concil. Trid., de Baptismo, n. 49.)

impugnar acaloradamente á los que piensan que es la sustancia misma de Dios (1); con tal que me concedan dos cosas, que por otra parte no pueden negarme, á saber: que la sustancia divina no está unida á nosotros de tal modo que nos haga con ella una sola persona, y que, á pesar de esto, no obra en nosotros como un motor separado, obra por instrumentos ciegos y puramente pasivos. La sustancia divina se une á nosotros por la gracia, y obra; pero en toda obra sobrenatural nosotros somos sus cooperadores activos y merecedores.

Dejemos á un lado esta dificultad, que no menoscaba nuestra fe. Que la gracia sea cualidad ó sustancia, no importa; sabemos ciertamente que es un dón permanente que modifica la esencia misma del alma, la hace realmente participante de la naturaleza y de la vida divina, hace del hombre un verdadero hijo de Dios, y le confiere una belleza y una grandeza incomparables. Cuando hayamos comprendido todos los términos de esta definición, veremos con bastante claridad el misterio de nuestra alma, para no inquietarnos por las vanas sutilezas, y para sacar en nuestro provecho las más interesantes consecuencias.

Desde luego, la gracia es un dón permanente. Nosotros habréis sin duda experimentado en el curso de vuestra vida impresiones misteriosas que os inclinaban dulcemente á alguna acción buena, que os acusaban

(1) El P. Patan, en su *Tratado de Trinidad* (lib. viii, cap. iv y siguientes), se esfuerza en demostrar esta proposición: *Spiritus Sancti substantia ipsa donum est, quod ad iustos, et ad plures Dei filios efficiendos divinitus infunditur, ut ait forma cujusdam inerte, que status supernaturalis constat; et in su appo cita una multitud de textos magníficos de Santos Padres. Sin embargo, sería un error creer que este sabio teólogo hace consistir la esencia de la gracia en la comunicación de la sustancia del Espíritu Santo; porque después del testimonio de los Padres que ha citado, confiesa que esta comunicación sustancial es propia de la Ley nueva, y que los justos de la Ley antigua fueron santificados por una operación del Espíritu divino, y no por una comunicación de su sustancia. Ya nos ocuparemos en este punto cuando tratemos de la gracia de Cristo.*

enérgicamente del mal que habíais hecho, que os iluminaban de improviso en la dificultosa investigación de la verdad, que dilataban vuestra alma y la llenaban de alegría: era Dios que pasaba como una brisa apacible, como una centella vengadora, como un rayo del sol, como una corriente de perfumes y armonías; eran gracias transentes que os comunicaba, pero no eran la misma gracia; porque cuando se da la gracia, quéidase en nosotros de un modo permanente: *Veni-mus et mansiónem faciemus*. Dios crea en nosotros, por su eficaz presencia, una vida nueva, y propio es de la vida ser un principio estable como la sustancia que vive. Era necesario que no estuviésemos menos provistos en el orden sobrenatural que en el orden natural; y que no hubiese en éste un principio fijo de los actos humanos, y en aquél, todo dependiese de una moción transeunte (1). Dios habita en nosotros por la gracia; pero ¿dónde habita? ¿Obra solamente en las potencias, y la gracia puede confundirse con las virtudes sobrenaturales, á lo menos con aquella virtud divina, de que decía San Pablo: «Si no tuviere caridad, nada soy?» (2). Señores, que la caridad y la gracia sean una misma cosa, hay quien lo afirma y quien lo niega; mas todos convienen en su indisoluble unión, pues no se halla la una sin la otra. Donde está la gracia, allí está la caridad, y donde está la caridad, allí está también la gracia. Sin embargo, parece más conforme á las indicaciones de los libros santos, y aun á la doctrina de la Iglesia, el afirmar que no se confunden estos dones sagrados. «La gracia previene la caridad,» dice San Agustín: *Gratia pravenit charitatem*. (3); la previene al modo que el ser previene á toda operación, al modo que la naturaleza previene á toda potencia. Antes de obrar, es preciso ser alguna cosa: no hay acto ni hábito que no supongan una esen-

(1) Véase el texto de Santo Tomás, citado más arriba, página 180, l y II p., q. 110, art. 2.

(2) *Si... charitatem non habuero, nihil sum.* (I Cor., XII, 2.)

(3) *De perseverantia*, cap. XVI.

cia preexistente; luego no hay acto ni virtud sobrenaturales, que no supongan una esencia sobrenaturalizada. Por eso, al decirme Dios: «Vendré y haré en ti mi morada,» entiendo que transforma primeramente la esencia misma de mi alma, y que después ilumina y eleva todas mis potencias, para introducir y fijar en ellas el noble cortejo de virtudes de que habla la Iglesia en su santo Catecismo: *Gratia est divina qualitas in anima inharens... cui additur nobilissimus virtutum comitatus* (1). ¿Cuáles son estas virtudes? Escuchadlo, señores.

La naturaleza puede ser prudente; pero la gracia la dirige por medio de consejos luminosos que la ponen al abrigo de las negligencias, de la presunción, de la temeridad y de la ligereza, cuyas huellas, más ó menos profundas, se descubren en toda prudencia humana. La naturaleza puede ser justa; pero la gracia la eleva á unas alturas sublimes, desde donde, contemplando mejor el conjunto de sus deberes, se siente más dispuesta á cumplir toda justicia, ya respecto de

(1) *Loco cit.*

Respondeo dicendum quod quidam posuerunt idem esse gratiam, et virtutem secundum essentiam, sed differre solum secundum rationem: ut gratia dicatur, secundum quod facit hominem Deo gratum, vel secundum quod gratis datur: virtus autem secundum quod perficit ad bene operandum. Et hoc videtur sensisse Magister in 2. Sentent., dist. 26. Sed si quis recte consideret rationem virtutis, hoc stare non potest: quia ut Philosophus dicit, in 7. Physicor., text. 17, virtus est quidam dispositio, perfectio dico autem perfectio, quod est dispositio secundum naturam. Ex quo patet, quod virtus in actu in se non dicitur in ordine ad aliquam naturam preexistentem quando scilicet unumquodque sic est dispositum, secundum quod congruit suae naturae. Manifestum est autem, quod virtutes acquisitas per actus humanos, de quibus supra dictum est, sunt dispositiones, quibus homo convenienter disponitur in ordine ad naturam, qua homo est. Virtutes autem infuse disponunt hominem altiori modo, et ad altiorem finem, unde etiam oportet quod in ordine ad aliquam altiorem naturam, hoc est, in ordine ad naturam divinam participatam, quae dicitur *lumen gratiae*, secundum quod dicitur II Petrus, cap. 1, 4: *Maxima et pretiosa nobis promissa donavit, ut per hoc efficiamini divinae consortes naturae: et secundum acceptionem huiusmodi naturae, dicimur regenerari in filius Dei*. Sicut igitur

Dios, ya respecto de los hombres. La naturaleza puede ser fuerte; pero la gracia la preserva de esos extraños desfallecimientos de que no están siempre exentas las almas más robustas, y le hace llevar, aun en medio de los más rudos trabajos, de las más duras pruebas, de las más terribles adversidades y en presencia de la misma muerte, frutos de paciencia, de magnanimidad, de perseverancia... La naturaleza puede ser templada; pero la gracia le imprime tan fuertemente el temor y horror de todo lo que puede turbar la razón y oprimir la voluntad, que viene á formar de ella el templo radiante de todas las virtudes amables: la castidad, el candor, la dulzura, la clemencia, la humildad y la modestia.

De este modo la gracia perfecciona las virtudes de la naturaleza. Sin embargo, señores, este perfeccionamiento no es un efecto inmediato de nuestra transformación sobrenatural; procede del perfeccionamiento de nuestras potencias, donde la gracia imprime hábitos superiores á los que pueden ser producidos por la naturaleza.

Lumen naturale rationis est aliquid præter virtutes acquisitas que dicuntur in ordine ad ipsum lumen naturale: ita etiam ipsum lumen gratiæ, quod est participatio divinæ nature, est aliquid præter virtutes infusas, que à lumine illo derivantur, et ad illud lumen ordinantur. Unde Apostolus dicit ad Ephes., cap. v, 8: *Eratis aliquando tenebre, nunc autem lux in Domino: ut sicut lucis ambuletis.* Sicut enim virtutes acquisitæ perficiunt hominem ad ambulandum, secundum quod congruit lumini naturali rationis: ita virtutes infusæ perficiunt hominem ad ambulandum secundum quod congruit lumini gratiæ. (*Summa Theol.*, I y II p., q. 110, art. 3.)

Si autem gratia differat à virtute, non potest dici, quod potentia animæ sit gratiæ subiectum; quia omnis perfectio potentis animæ habet rationem virtutis, ut supra dictum est. Unde relinquatur, quod gratia sicut est prius virtute ita habet subiectum prius potentis animæ: ita, scilicet, quod sit in essentia animæ. Sicut enim per potentiam intellectivam homo participat cognitionem divinam per virtutem fidei, et secundum potentiam voluntatis amorem divinum per virtutem charitatis, ita etiam per naturam animæ participat secundum quandam similitudinem, naturam divinam per quandam regenerationem, sive recreationem (*Ibid.*, art. 4.)

La inteligencia contiene los principios universales, conforme á los cuales obra la razón, así en el orden especulativo como en el práctico; mas para ordenarla á la bienaventuranza sobrenatural, la gracia añade á la inteligencia ciertos principios recibidos de lo alto, y la hace adherirse á ellos, mediante la fe, que se extiende más allá de la razón, y los cree firmemente, porque Dios, verdad por esencia, ha hablado. La voluntad apetece el bien suprasensible presentado por el entendimiento; mas, para ordenarla á la bienaventuranza sobrenatural que la fe le propone, la gracia añade á la voluntad aspiraciones tan puras, tan nobles, tan eminentes, que apagan los apetitos de la tierra; tal es la santa esperanza. La voluntad procura naturalmente configurarse por el amor al bien, que es su fin propio; mas para configurarla al bien sobrenatural, la gracia añade á la voluntad un amor tan grande, tan excelente, tan vivo y generoso, que purifica y transforma todo amor natural en los ardores de su abrasadora llama; tal es la divina caridad. Virtud reina, virtud madre, en la cual se encuentran de tal suerte las influencias sobrenaturales, que sin ella todas las demás virtudes, impotentes para merecer, languidecen y mueren, como una flor sin aire, sin luz, sin calor y sin rocío (1).

(1) *Humanus actus habet rationem merendi ex duobus. Primo quidem et principaliter ex divina ordinatione, secundum quod actus dicitur esse meritorius illius boni, ad quod homo divinitus ordinatur. Secundo vero ex parte liberi arbitrii in quantum scilicet homo habet præteritis creaturis, ut per se agit, voluntarie agens. Et quantum ad utrumque principaliter meriti penes charitatem consistit. Primo enim considerandum est, quod vita æterna in Dei fruitione consistit, motus autem humanæ mentis ad fruitionem divini boni est proprius actus charitatis; per quem omnes actus aliarum virtutum ordinantur in hunc finem, secundum quod alie virtutes imperantur à charitate. Et ideo meritum vite æternæ primo pertinet ad charitatem; ad alias autem virtutes secundario, secundum quod earum actus à charitate imperantur. Similiter etiam manifestum est quod id quod ex amore facimus, maxime voluntarie facimus; unde etiam secundum quod ad rationem meriti requiritur, quod sit voluntarium, principaliter meritum charitatis attribuitur. (*Summa Theolog.*, I y II p., q. 114, art. 3.)*

Reside, pues, la gracia en mi esencia y en mis potencias. ¡Oh misterio admirable! Yo estoy todo penetrado de Dios y verdaderamente participante de su naturaleza y de su vida. ¿Cómo podría yo negarlo, habiéndomelo Él enseñado expresamente?—«Su virtud generatriz está en mí», dice el Apóstol San Juan (1). «De su voluntad me ha engendrado» (2), y «la virtud de su generación es la que me conserva» (3). Tal es el poder del amor con que se enseño de mí alma, que la cambia por entero. Ya no soy sólo su criatura; soy llamado hijo suyo, y lo soy en efecto: *Videte qualem charitatem nobis dedit Pater, ut filii Dei nominemur et simus* (4). Ciertamente que no soy hijo suyo á la manera que el Verbo. Este es engendrado necesariamente, yo no lo soy sino por un acto de su liberalidad; el Verbo es hijo por naturaleza, yo lo soy por adopción; mas ¡cuánto excede esta adopción á la de los hombres! Toda la ternura del corazón humano es impotente para transformar la naturaleza del hijo adoptivo, que por dicha ó desdicha suya conserva en sus venas la sangre de sus progenitores. Nada puede cambiarse en esta adopción; y lo más que puede concederse al hijo adoptivo, es un título con sus anejos derechos. Pero Dios va más allá, pues obra en lo más íntimo de nuestra sustancia, y nos engendra sobrenaturalmente, comunicándonos su propia naturaleza, mediante una participación de su semejanza. Somos llamados hijos suyos, porque de verdad lo somos: *Nominamus et sumus*. ¿Qué significa esto? ¿No es incomunicable el sér infinito fuera de las Personas divinas? Convengo en ello, señores, pues, no pretendo igualar el hombre á Dios. Pero, porque Dios es siempre superior al lenguaje de que se sirve para recomendarnos sus perfecciones y sus dones, y porque Él ha dicho formalmente, por boca

(1) *Omnia qui natus est ex Deo, peccatum non facit, quoniam semen ipsius in eo manet.* (I Epist., cap. II.)

(2) *Voluntarie enim genuit nos.* (Jacob., cap. I.)

(3) *Qui natus est ex Deo, non peccat; sed generatio Dei conservat eum.* (Joan., I Epist., cap. V.)

(4) *Joan., I Epist., cap. III.*

de San Pedro, que sus dones nos hacen participantes de su naturaleza: *Divina consortes natura* (1), yo creo en esta participación, diferente sin duda de la de las Personas divinas, pero real y eficaz hasta el punto de merecernos el título de verdaderos hijos de Dios, y por ese título el de *dioses*, según la bella frase de San Agustín: *Si filii Dei facti sumus, et Dei facti sumus* (2).

Si insistis todavía, señores, y queréis absolutamente que os diga en qué consiste nuestra participación de la naturaleza de Dios por medio de la gracia, no puedo satisfaceros. Los teólogos que más han trabajado por explicar esta entidad misteriosa en los abismos del alma humana, han tenido que contentarse, no desahogados sino resignados, con generalidades que son las más propias para explicar ese don inefable. Si la gracia divina no es un sér divino en su esencia, es alguna cosa que se le acerca, y del mismo género: he aquí todo lo que han podido decirnos. Es demasiado poco, señores; vale más atenerse al lenguaje de la Escritura, y escuchar las sublimes interpretaciones de los Santos Padres que, dejando á un lado la entidad, esto es, la manera en que Dios se comunica, para no considerar sino el término, esto es, á Dios comunicado y unido al hombre, han cantado, bajo magníficas figuras, la belleza y la excelencia de la gracia.

«La gracia! Es Dios, que se une á nosotros como el fuego se une al hierro que calienta, penetra, abrasa y hace semejante á sí.

«La gracia! Es Dios, que penetra en nosotros como la luz en los cuerpos diáfanos, á los cuales comunica sus propiedades.

«La gracia! Es Dios, que imprime en nosotros su semejanza, como el sello imprime la suya en la cera á que se aplica, ó mejor aún, como el hombre imprime

(1) *Maxima et pretiosa promissa nobis donavit, ut per hanc efficiamini divini consortes natura.* (II Petr., cap. I.)

(2) *Deus qui justificat ipse deificat, quia justificando filios Dei facit, si illi Dei facti sumus, et Dei facti sumus.* (In Psalm. XLIX.)

el sello de sus ideas en los objetos artísticos, con esta notable diferencia: que el sello divino, impreso por la gracia, es viviente, y hace de nosotros imágenes vivientes de la sustancia misma de Dios (1).

[La gracia! Es Dios, comunicando á nuestra alma una forma divina (2); Dios vida del alma, como el alma es vida de la carne: *Anima vita est carnis, animæ vita Deus* (3).

¡En fin, la gracia! Es la Trinidad en nosotros: *Per gratiam tota Trinitas inhabitat mentem*, dice Santo Tomás (4). El Padre nos engendra, y por su acto generador celebra nuestros desposorios con el Verbo. El Verbo nos inunda de luz, y desciende hasta lo íntimo de nuestro sér, uniéndonos á su vida (5). El Espíritu Santo nos comunica la unión de su persona, sello de la perfección, prenda de la felicidad eterna (6) y derrama en nosotros con mano llena la santa caridad (7). ¡Dios! ¡He aquí á Dios, y su naturaleza infinita y la circulación inenarrable de su vida! *Deus! Ecce Deus!*

Tal es el fondo del misterio; ved ahora su explicación. Participantes de la naturaleza y de la vida de Dios, obramos de una manera divina, porque la ope-

(1) Sic in nostris animis elucet character substantiæ Dei et Patris. (S. Cyrill.: *In enarratione super Epist. ad Galat.*, 4.)

Quod si homines ad similitudinem informare materias sequant aliter nihil illis ipsorum particeps, quomodo ad Dei similitudinem ascendet creatura, nisi divini characteris sit particeps? Divinus porro character non talis est, quomodo est humanus sed vivens et vere existens imago, imaginis effectrix, qui omnia que participant, imagines Dei constituntur. (S. Basilio: *Contra Eunom.*)

(2) S. Cyrill.

(3) S. Aug., serm. XIII, de verbis Dom., cap. XI.

(4) *Summa Theol.*, I p., q. 43, art. 5.

(5) Anima dispensata Deo, Verbo inurbit æterno, ac Verbum inhabitat animæ, non in apice, sed in ipso centro fundoque mentis, illudque sibi astringit. (S. Ambr., cit. por Cor. à Lap., in *Genio*, I p., q. 1.)

(6) Dixit nos Deus, et signavit nos, et dedit pignus Spiritus in cordibus nostris. (II Cor., cap. 1.)

(7) Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui habitat in nobis. (Rom., cap. v, 5.)

ración está en relación con el sér: *Operatio sequitur esse*. Pensamientos, deseos, acciones, todo toma en nosotros proporciones infinitas, porque todo está saturado de la virtud del Altísimo, y transformado por una savia divina. Mirad ese árbol cubierto de flores, blancas como la nieve; ¡cuan gracioso bajo su manto de primavera y qué esperanzas nos ofrece para la estación de los frutos! El estío lo fomenta con su luz, con su calor, y con sus fecundas lluvias; llega el otoño, y es tiempo de recoger. Pero ¡vana esperanza! las flores engañosas no han producido sino bayas amargas y silvestres. No lo arranquéis, señores; el árbol es bueno. Cortad las ramas cubiertas de hojas; concentrad en la yema de un injerto, toda la savia que sube de las raíces hasta la copa, y esperad. El pie silvestre redobla sus esfuerzos; se diría que ha comprendido la operación que le comunica una nueva vida. El injerto se asimila los generosos efluvios que suben hasta él, los penetra con su virtud, y los transforma en una segunda flor; allá iréis bien pronto á coger frutos dulces y sabrosos, dignos de ser presentados en la mesa de los Reyes. Y no obstante, el tronco es el mismo, las raíces son las mismas, y vosotros diriais que las ramas son las mismas. La actividad natural queda toda entera, pero el árbol está transformado; imagen sensible de la transformación de nuestras obras por medio de la gracia. Ellas proceden de la naturaleza; pero ésta ha sido elevada por la virtud del Altísimo; ha bajado sobre ella el Espíritu Santo, y uniéndose nuestra actividad natural á la corriente de la vida de Dios, lo que procede de nosotros es santo, y merece ser llamado obra divina: *Quod nascetur ex te sanctum vocabitur filius Dei* (1).

Estado sublime, señores, del cual tal vez jamás

(1) Math., cap. 1, 35.—Diligendo nos Deus, ad imaginem suam nos reparat, et ut in nobis formam suæ bonitatis inveniat, dat tunc quoque, quod operatur, operemur. (S. Leon., sermón v, 1, de *junio decim. mens.*)

habéis sabido apreciar las sublimes consecuencias. Escuchad, y llenaos de admiración.

El hombre, por la gracia, llega á ser divino; luego podemos verdaderamente decir, con nuestro gran Doctor: «El bien de una sola gracia es más grande que el bien de la naturaleza entera.» *Bonum gratiæ unius majus est quam bonum nature totius universi* (1), porque el bien se mide por el amor verdadero que se le tiene. Así como el padre ama más á su hijo que á su casa, que á sus campos y que á sus rebaños, así Dios ama más á un justo que á todas las criaturas juntas. Los cielos son magníficos, el universo es una obra maestra, la inteligencia humana produce maravillas. Pues bien: el resplandor de los cielos, las armonías del universo, las glorias del genio y de las grandes celebridades, todo queda oscurecido ante el alma de un idiota, de un mendigo, que puede decir con el Apóstol: «Por la gracia de Dios soy lo que soy.» *Gratia Dei sum id quod sum* (2).

El hombre, mediante la gracia, produce acciones divinas. Luego esas acciones valen más que todas las que proceden de la naturaleza sola, ó en las cuales la naturaleza no es sino un instrumento separado de la Divinidad.

Arrancaed al mundo todos sus secretos, domad las fuerzas del universo, estableced grandes imperios, gobernad los pueblos, salvados de la muerte, anunciad lo venidero, haced milagros (3); todo esto vale menos que levantar una paja del suelo, ofreciendo á Dios ese trabajo santificado por la gracia. Entendedlo

(1) *Summa Theol.*, I y II p., q. 113, art. 9 ad 2.^a

(2) I Cor., cap. xv, 10.

(3) Unaquæque virtus tanto excellentior est, quanto ad altius bonum ordinatur. Sæpè autem finis potior est his, que sunt ad finem. Gratia autem gratum faciens ordinat hominem immediate ad conjunctionem ultimi finis; gratiæ autem gratis date ordinant hominem ad quoddam preparatoria finis ultimi, sicut per prophetiam, et miracula, et alia hujusmodi hominis inducuntur ad hoc, quod ultimi fini conjugantur. Et ideo gratia gratum faciens est multo excellentior quam gratia gratis data. (*Summa Theol.*, I y II p., q. 111, art. 5.)

bien, sabios y hombres públicos que os envaneceís de vuestras obras; por más que hagáis, no podréis llevarlas más allá de los límites del tiempo y de la naturaleza, mientras que la obra oscura de un pobre trabajador, revestida de la gracia, está, según la enérgica expresión de un autor antiguo, *impregnada de la felicidad eterna* que producirá á su tiempo.

La naturaleza intelectual, por un acto que pone término respecto de sí á la potencia divina sin agotarla, es asociada á la gloria de una naturaleza y de una vida infinita, y el mundo se transforma en una obra acabada donde brilla la perfección más alta de cuantas pueden concebirse. No solamente representa mediante vestigios gloriosos é imágenes expresivas la belleza y la grandeza de su principio, sino que participa próxima é inmediatamente de esta belleza y de esta grandeza. Las leyes armónicas, en virtud de las cuales se efectúan la gradación y la compenetración de los seres, conducen los más ínfimos átomos hasta esas alturas en que el alma humana recibe el abrazo de la Divinidad. Número, medida, peso del universo; belleza, grandeza del hombre y de la humanidad; obra maestra del poder, de la sabiduría y del amor: todo recibe el coronamiento por la gracia, todo será consumado por una gloria infinita; y no puede expresarse mejor la perfección de la creación que con estas admirables palabras de San Gregorio Nacianceno: La creación es *Dios revelado y unido á los dioses* (1).

No os sublevéis contra estas consecuencias, señores; no os acuséis de soñar un estado imposible, contra el cual protestan la debilidad de nuestra naturaleza y la inaccesible perfección del Ser divino. Porque yo veo en la naturaleza humana y en el Ser divino aspiraciones que, sin explicar el misterio de la gracia, justifican la doctrina que lo propone á mi fe.

«Dios, dice Santo Tomás, es el supremo inteligible y el principio de todo conocimiento intelectual; no es, por consiguiente, extraño á nuestra naturaleza, como él

(1) Greg. Nac.: *Orat.* 42.

sonido lo es á la vista, y el espíritu puro á la impresión de los sentidos. Que nosotros seamos demasiado débiles para verles naturalmente, como el ojo del ave nocturna es demasiado débil para soportar la luz del día, es cierto; pero no es menos cierto que nosotros poseemos el primer principio de la visión divina, esto es, una facultad que, perfeccionada por una operación sobrenatural, puede hacerse capaz de contemplar el supremo inteligible, como el ojo transformado del buho sería tan capaz como el del águila de soportar los rayos del sol» (1).

A esta capacidad incontestable, aunque lejana de nuestra naturaleza intelectual, añadid la ansiedad constante que, desde hace sesenta siglos, tiende á unir al hombre con la Divinidad. David lo expresaba con estas ardientes y melancólicas palabras: «Al modo que el ciervo acosado de la sed desea con ardor las corrientes de las aguas para refrigerarse, así mi alma sólo por Vos anhela y suspira, Dios mío. De solo Vos, Dios fuerte y vivo, tiene sed mi alma: ¿cuándo llegará el día en que pueda ir á saciarla con vuestra presencia? Mi alimento fué llorar día y noche, cuando me veía cercado de gente malvada que, insultándome á cada paso, me preguntaba y decía: «¿dónde, dónde está tu Dios, en quien tanto confías?» Pensando en estos insultos é improprios, me consumía de tristeza; mas, al fin, tenía treguas mi dolor con la firme esperanza de que había de volver á vuestro admirable tabernáculo, á la casa en donde tenéis vuestra morada, en donde sólo se oyen voces de alegría, de alabanza, y de festivos coros que celebran vuestras solemnidades. ¿Pues

(1) Divina substantia non sic est extra facultatem intellectus creata quasi aliquid omnino extraneum ab ipso, sicut est sonus á visa, vel substantia immaterialis á sensu: nam ipsa divina substantia est primum intelligibile, et totius intellectualis cognitionis principium, sed est extra facultatem intellectus, sicut excellentia sensibilibus sunt extra facultatem sensuum; modo et Philosophus dicit quod intellectus noster se habet ad rerum manifestissima sicut oculus nocturne ad lucem solis. (Summa contra Gent., lib. III, cap. LV.)

por qué estás triste, alma mía? ¿Por qué me tienes en esta violenta agitación? Pon en el Señor firmemente tu esperanza, y vive segura de que volverás á cantar sus alabanzas, y que enjugará tus lágrimas el «que es tu Salvador y tu Dios» (1). Menos puras, pero no menos intensas, eran las aspiraciones de la humanidad entera, extraviada en las sombras de la muerte. Quería ver á Dios, poseerlo, participar de su vida, y des- esperando de poder alcanzarlo por hallarse tan abismada en sus desórdenes, creyó que podría adormecer su religiosa pasión por medio de las ilusiones. Llamó á la Divinidad á presidir en sus campos, en sus ciudades y en sus hogares, bajo figuras sensibles, y grotescas algunas veces; puso bajo su protección sus virtudes y sus vicios; llevó más adelante su locura, confiriendo con su propia autoridad la infinita perfección de la vida á todo lo que veía y tocaba; era un medio bastante expedito para dedicarse á sí misma: siendo todo Dios, no podía menos de ser el hombre un sér divino. Pero ¡ay! que la idolatría y el panteísmo son errores monstruosos que degradan á la Divinidad, sin aliviar al hombre un momento en su miseria, y que confunden las cosas divinas y humanas, con detrimento de las unas, sin provecho de las otras. «No es dado al hombre el poder hacerse Dios; sólo Dios puede dedicar al hombre, dice Santo Tomás, haciéndole participante de su propia naturaleza, mediante cierta participación de semejanza» (2).

(1) Quomádmódum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus. Sitivit anima mea ad Deum fortem vivam: quando veniam et apparebo ante faciem Dei? Fuerunt mihi lacrimae meae panes die ac nocte dum dicitur mihi quotídie: Ubi est Deus tuus? Hinc vocor fatuus sum, et effudi in me animam meam: quoniam transibo in locum tabernaculi admirabilis usque ad domum Dei: in voce exultationis, et confessionis, sonus epulantis. Quare tristis es, anima mea? et quare conturbas me? Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi: salutare vultus mei, et Deus meus. (Psalm. xli.)

(2) Necessè est quod solus Deus deficiat, communicando consortium suae naturae per quandam similitudinis participationem. (Cf. Summa Theol., I y II p., q. 112, art. 1.)

A esto se reduce toda la cuestión: nuestra deificación está subordinada al poder y á la voluntad de Dios, puesto que lejos de oponerse á ella se muestra nuestra naturaleza muy dispuesta por su aptitud radical y sus deseos. Ahora, que Dios pueda y quiera honrarnos con su presencia y con su penetración íntima, mediante la gracia, esto no ofrece dificultad alguna para quien compare sinceramente la enseñanza católica con las perfecciones infinitas, de que depende la comunicación de todo bien.

Dios puede por sí mismo, y de una manera trascendental, todo lo que pueden las criaturas, á las cuales ha comunicado con medida el ser y la vida. «¿Cómo dice El, por un Profeta: Yo, que comunico la vida, ¿no viviré? Yo, que hago engendrar, ¿no engendraré? Y por boca de su Iglesia: «¿Cómo! Se comunican las criaturas y no me comunicará Yo? Se comunican los elementos, penetra el espíritu á los cuerpos: y Yo, espíritu purísimo y omnipotente, no penetraré los espíritus?» No, señores, no: ningún derecho os asiste para poner á Dios fuera de las leyes por El establecidas; y puesto que es una ley que tiende á fundir, mediante la penetración, las naturalezas inferiores en las superiores, y recíprocamente, no veo por qué Dios no se ha de aplicar á sí mismo esta ley que, por otra parte, no puede existir sino apoyada en este principio: «El Sumo Bien es difusivo por su naturaleza.» *Summum Bonum est sui diffusivum.*

Dios puede y quiere comunicarse. Las aspiraciones de la humanidad me dan testimonio de su querer, porque su amor no le permite atormentar nuestros corazones con deseos sin objeto. ¡Qué digo! Yo reconozco en estos deseos una expresión de su amor. Ama á su criatura, y no hallando en su propia naturaleza bastante semejanza de sí mismo, la hace semejante conforme á esta ley: «El amor busca á sus semejantes, y cuando no los halla, los hace.» *Amicitia, aut pares invenit, aut facit* (1). ¡Ah! Yo apelo, una vez más, á

(1) Séneca.

vuestros corazones de padres, pues siempre me han dado la razón. ¿Vuestra más cara y más grande ambición no es que vuestros hijos se asemejen á vosotros? Si vosotros pudierais darles de una vez vuestra experiencia, vuestra sabiduría, vuestros talentos, vuestras virtudes, como les habéis dado vuestra sangre, ¿dudaríais en hacerlo? No: vuestro amor suprimiría las distancias del tiempo, y en un solo momento os veríais revivir tales como sois en vuestros amados hijos. El Padre Celestial no lo ha dudado tampoco, señores, y sea por ello mil veces bendito. Por el mismo acto omnipotente que comunicaba al hombre la vida del espíritu, le daba también la vida de la gracia, esto es, la comunicación de su naturaleza. En esto obraba como bueno y como sabio; obraba como bueno, porque nos colmaba del mayor de los bienes; obraba como sabio, porque conservando la distinción radical entre lo finito y lo infinito, llevaba hasta los últimos límites la ley de la gradación que aproxima á sí los seres deificándolos, y comunicaba á su obra su propia perfección.

He respondido, señores, lo mejor que me ha sido posible á vuestras dificultades y á vuestras admiraciones; tiempo es ya de concluir. Os dejo en presencia de un misterio, que es preciso aceptar humildemente, esperando una explicación que no se os dará sino más tarde como recompensa de vuestra fe. No tratéis de penetrar en el secreto de Dios; ateneos firmemente á las consecuencias prácticas que de él se siguen. La gracia transforma vuestra naturaleza, y acaba vuestra perfección: estimadla, pues, más que á todos los bienes. Si la poseéis, acordaos que la lleváis en vasos frágiles; si la habéis perdido, confesad á Dios vuestra desgracia con un corazón arrepentido, y decidle: «Señor, vuestro siervo está muerto, la vida ha abandonado su corazón culpable; pero derramad sobre él vuestra santa gracia para que resucite glorioso del sepulcro de sus iniquidades.» *Gratiam tuam quaesumus, Domine, mentibus nostris infunde, ut... ad resurrectionis gloriam perducamur.*

La gracia, terminando la perfección de las natu-

ralezas inteligentes, completa la perfección del universo, haciéndole por ellas participante de la vida divina. Desde las alturas de este misterio debemos considerar la obra de Dios, si queremos conocer completamente sus verdaderas perfecciones, su armonía y su belleza. ¡Desgraciados los que por sistema descartan de la naturaleza el elemento sobrenatural, y creen que el ojo de la ciencia es bastante grande y bastante profundo para abarcar de una sola mirada el vasto conjunto de los seres, y penetrar todos sus secretos! Su orgullo será castigado en el terrible cumplimiento de este oráculo divino: «El mundo fué entregado á sus discusiones, sin que puedan descubrir ni el origen ni el fin de la obra divina» (1). Mas ¡ay! que está ya cumplido. Se han lanzado con ciego furor sobre la naturaleza, pero cuanto más la atormentan con sus investigaciones, tanto más les oculta sus verdaderas grandezas. Ni los seres cuya existencia, ignorada hasta ahora, descubren cada día, ni las fuerzas misteriosas cuya acción ven comprobada por todas partes, ni las leyes maravillosas que sorprenden en sus misterios, nada de esto los ilumina. Creen poseer el mundo, pero en realidad nada saben todavía, puesto que no se aprovechan de lo que saben sino para oscurecer la luz, y envilecerse á sí mismos: *Tradidit mundum ut non inveniat homo*. No imitéis, señores, á estos insensatos, sino valeos de sus trabajos para gozar mejor, mediante la fe, de la gloriosa síntesis cuyos elementos han preparado sin saberlo. Referid noble y resueltamente los seres y sus leyes, los reinos y sus armonías, á esta gran verdad católica que ilustra toda la creación: «El Padre Omnipotente, Criador del cielo y de la tierra, ha comunicado su propia vida á la obra de sus manos; el mundo, ennoblecido y transformado por la gracia, es, en todo el rigor de la palabra, una obra divina.»

(1) *Mundum tradidit disputationi eorum ut non inveniat homo opus quod operatus est Deus ab initio usque ad finem.* (Eccles., iii, 11.)

ÍNDICE

DE LOS PRINCIPALES ERRORES CONTRARIOS Á LOS DOGMAS EXPUESTOS EN ESTE TOMO

I.—CONFERENCIA XIII.—(Véase la primera parte: *Transformismo*.)

El naturalista inglés C. Darwin, si bien ha tenido precursores de significación entre los sabios franceses, puede y debe ser considerado como el verdadero autor del *Transformismo*, que también se denomina, de su nombre, *Darwinismo*. Por la concienzuda perseverancia de sus observaciones ha elevado á la categoría de sistema una idea científica, hasta ahora mal definida. Ha excitado el conjunto de leyes que hemos expuesto en el texto; conjunto que atestigua los esfuerzos de un espíritu que desea vivamente salir de la hipótesis para entrar en el dominio de los hechos averiguados.

Gran número de sabios ingleses, alemanes, franceses, se han adherido al darwinismo y lo han llevado hasta sus consecuencias extremas. Unos deducen de los principios *transformistas* el autogénesis del mundo; otros se contentan con sacar el origen bestial del hombre.

¿Ha previsto é intentado Darwin estas consecuencias? Los críticos no están acordés sobre este punto. Anteriores graves hay que no ven en Carlos Darwin sino un naturalista diligente, sagaz y constante; un pensador original, penetrante, algunas veces justo en sus apreciaciones, y muchas demasiado ardiente, preocupado exclusivamente de una idea seductora, y, hasta cierto punto, plausible, sin soñar siquiera en las consecuencias detestables que pueden deducirse de esta idea.

En su tratado de *El origen de las especies* admite la acción del Criador comunicando en la aurora de la vida al primer tipo la fuerza de ascensión que debía producir todas las especies. «Más

ralezas inteligentes, completa la perfección del universo, haciéndole por ellas participante de la vida divina. Desde las alturas de este misterio debemos considerar la obra de Dios, si queremos conocer completamente sus verdaderas perfecciones, su armonía y su belleza. ¡Desgraciados los que por sistema descartan de la naturaleza el elemento sobrenatural, y creen que el ojo de la ciencia es bastante grande y bastante profundo para abarcar de una sola mirada el vasto conjunto de los seres, y penetrar todos sus secretos! Su orgullo será castigado en el terrible cumplimiento de este oráculo divino: «El mundo fué entregado á sus discusiones, sin que puedan descubrir ni el origen ni el fin de la obra divina» (1). Mas ¡ay! que está ya cumplido. Se han lanzado con ciego furor sobre la naturaleza, pero cuanto más la atormentan con sus investigaciones, tanto más les oculta sus verdaderas grandezas. Ni los seres cuya existencia, ignorada hasta ahora, descubren cada día, ni las fuerzas misteriosas cuya acción ven comprobada por todas partes, ni las leyes maravillosas que sorprenden en sus misterios, nada de esto los ilumina. Creen poseer el mundo, pero en realidad nada saben todavía, puesto que no se aprovechan de lo que saben sino para oscurecer la luz, y envilecerse á sí mismos: *Tradidit mundum ut non inveniat homo*. No imitéis, señores, á estos insensatos, sino valeos de sus trabajos para gozar mejor, mediante la fe, de la gloriosa síntesis cuyos elementos han preparado sin saberlo. Referid noble y resueltamente los seres y sus leyes, los reinos y sus armonías, á esta gran verdad católica que ilustra toda la creación: «El Padre Omnipotente, Criador del cielo y de la tierra, ha comunicado su propia vida á la obra de sus manos; el mundo, ennoblecido y transformado por la gracia, es, en todo el rigor de la palabra, una obra divina.»

(1) *Mundum tradidit disputationi eorum ut non inveniat homo opus quod operatus est Deus ab initio usque ad finem.* (Eccles., iii, 11.)

ÍNDICE

DE LOS PRINCIPALES ERRORES CONTRARIOS Á LOS DOGMAS EXPUESTOS EN ESTE TOMO

I.—CONFERENCIA XIII.—(Véase la primera parte: *Transformismo*.)

El naturalista inglés C. Darwin, si bien ha tenido precursores de significación entre los sabios franceses, puede y debe ser considerado como el verdadero autor del *Transformismo*, que también se denomina, de su nombre, *Darwinismo*. Por la concienzuda perseverancia de sus observaciones ha elevado á la categoría de sistema una idea científica, hasta ahora mal definida. Ha excitado el conjunto de leyes que hemos expuesto en el texto; conjunto que atestigua los esfuerzos de un espíritu que desea vivamente salir de la hipótesis para entrar en el dominio de los hechos averiguados.

Gran número de sabios ingleses, alemanes, franceses, se han adherido al darwinismo y lo han llevado hasta sus consecuencias extremas. Unos deducen de los principios *transformistas* el autogénesis del mundo; otros se contentan con sacar el origen bestial del hombre.

¿Ha previsto é intentado Darwin estas consecuencias? Los críticos no están acordés sobre este punto. Anteriores graves hay que no ven en Carlos Darwin sino un naturalista diligente, sagaz y constante; un pensador original, penetrante, algunas veces justo en sus apreciaciones, y muchas demasiado ardiente, preocupado exclusivamente de una idea seductora, y, hasta cierto punto, plausible, sin soñar siquiera en las consecuencias detestables que pueden deducirse de esta idea.

En su tratado de *El origen de las especies* admite la acción del Criador comunicando en la aurora de la vida al primer tipo la fuerza de ascensión que debía producir todas las especies. «Más

circunspecto que Lamarck, dice Bichner, no ha examinado si su teoría era aplicable al hombre, y hasta qué punto. El abate Reusch, en su libro *La Biblia y la naturaleza* (2.ª edición), declara que no se asocia á las quejas de los que señalan la teoría de Darwin como una nueva tentativa para destruir, mediante las ciencias naturales, la autoridad de la Biblia. En la misma teoría no ve nada perjudicial á los libros santos, y en la manera como es expuesta por Darwin, halla pocas cosas reprehensibles.

M. de Quatrefages afirma que «la creencia casi general que atribuye al naturalista inglés la opinión de Lamarck, á saber, que el mono es nuestro ascendiente, es de todo punto errónea; el sabio inglés no ha dicho tal cosa, y, además, esta manera de presentar la cuestión es incompatible con su doctrina; ésta conduce sin duda alguna á empalmar nuestro propio origen en el árbol de la vida general, pero también aísla forzosamente, en virtud de la ley de la *caracterización permanente*, la rama humana del brazo, representado por los diversos grupos de monos... En realidad, el naturalista inglés no ha entrado en la cuestión del origen del hombre; apenas se hallan en sus escritos dos ó tres alusiones hasta indirectas, y hechas de paso, á la posibilidad de aplicar esas ideas generales á este problema especial.»

Podría aun citar otros testimonios que excusan á Darwin de las groseras afirmaciones de sus discípulos; pero estos testimonios son anteriores á las obras recientes del naturalista inglés, entre otras la que lleva por título: *The descent of man. El origen del hombre*. Después de la publicación de esta obra, no es posible, en sentir de varios críticos, negar la responsabilidad de Darwin en las consecuencias sacadas de su sistema. Había confesado la intervención primordial de un acto creador, y respondiendo á estas preguntas: ¿De dónde procede la materia? ¿Quién ha creado los primeros tipos? ¿Quién les ha comunicado la fuerza transformadora? su primera palabra había sido: Dios. Pero apenas, dice el abate Bougand, reclamaron todos sus amigos, cuando algunos de los más avisados dieron á entender en buenas formas que, hablando así el maestro, no usaba de un lenguaje franco y sincero; que no ponía esa palabra al frente de su libro sino para no alarmar demasiado al público, y con la intención de retirarla más tarde; y cuando otros le probaron que esa inscripción del nombre de Dios quitaba á su sistema toda originalidad, y que, además, era una

contradicción; porque si se admite que el Creador ha intervenido en la producción de un tipo primitivo, pudo muy bien intervenir en la producción de todas las especies, M. Darwin ha guardado silencio; y la corta frase incidental que indicaba en la primera edición, que el tipo primitivo había recibido la vida del Creador, ha sido suprimida en la segunda. Hay más: los discípulos más autorizados de Darwin, al declarar que el maestro disimulaba, estaban bien informados. Bichner dice categóricamente que Darwin, al hablar del Creador, se había propuesto halagar las creencias bíblicas de sus conciudadanos, por más que esto fuese en detrimento de la verdad. ¡Nótese extraño! que Darwin, lejos de hacer la menor protesta respecto de una aserción tan injuriosa, ponga en el primer rango de sus discípulos á los que se valen de su doctrina para apoyar el ateísmo ó el pantelismo? En su *Introducción al origen del hombre*, el autor declara que si no había explanado todavía sus ideas respecto del hombre, había sido efectivamente cuestión de táctica y por no chocar con la opinión dominante. Así es que en los dos volúmenes de esta última obra no hace más que aplicar los principios expuestos en *El origen de las especies*.

«El hombre, dice, tocante al modo de su aparición sobre la tierra, debe entrar en una misma fórmula general con los demás seres organizados. Y más adelante: «El que no quiere asemejarse al salvaje en no conectar los fenómenos de la naturaleza, no puede creer en adelante que el hombre sea el efecto de un acto particular de la creación.» ¿De dónde procede, pues? Apenas queda género de duda de que el hombre es un vástago de la rama de los monos del antiguo continente, y de que, bajo el punto genealógico, debe ser colocado con la división de los monos del antiguo mundo. Si se admite que los monos antropomorfos forman un subgrupo natural, entonces, como el hombre se asemeja á ellos, no sólo por todos los caracteres que tiene comunes con todo el grupo de los monos del antiguo mundo, sino también por otros caracteres particulares, como son la ausencia de cola y de las callosidades, y por su aspecto general, podremos concluir que algún miembro antiguo del subgrupo de los antropomorfos ha dado origen al hombre. Los monos del antiguo y nuevo mundo se asemejan por una multitud de caracteres; lo cual procede de que pertenecen evidentemente á un mismo orden. Los muchos caracteres que tienen comunes, es

muy difícil que hayan sido adquiridos de una manera independiente por un número de especies distintas; luego es necesario que los hayan adquirido por herencia. Mas una forma antigua que poseyese muchos de los caracteres comunes á los monos del antiguo y nuevo mundo, y otros caracteres intermedios, y aun acaso algunos distintos de los que actualmente se encuentran en cualquiera de los grupos, hubiera sido indudablemente colocada entre los monos, si fuera sometida al examen por algún naturalista. Y como desde el punto de vista genealógico el hombre pertenece al grupo de los monos del antiguo mundo, debemos concluir, por más chocante que pueda parecer esta consecuencia para nuestro orgullo, que nuestros progenitores primitivos habrían sido exactamente designados como verdaderos monos.

Estas palabras del naturalista inglés quitan toda duda sobre su opinión. No sólo ha visto las consecuencias de sus principios, sino que las ha sacado él mismo. Sometemos al juicio del lector estas apreciaciones diversas de los críticos: que sentencie él mismo sobre estas dos preguntas: ¿Darwin es un sabio concienzudo, ocupado únicamente en hacer que prevalezca una idea cuyas funestas consecuencias no alcanza? ¿O es más bien un coharda é hipócrita que prepara ocultamente la invasión del ateísmo y del materialismo en la ciencia?

Cf. *Revista de los cursos científicos, 6 de Agosto de 1870.*—Darwin en la Academia de Ciencias.

De Quatrefages: *C. Darwin y sus precursores franceses.*

Estudio sobre el transformismo.

Büchner: *El hombre según la ciencia.*

El abate Reusch: *La Biblia y la naturaleza.*

El abate Bougaud: *El Cristianismo y los tiempos presentes.* (Prólogo.)

El abate Lecomte: *El Darwinismo y el origen del hombre.*

2.º (Véase *Isidoro*.)

He dicho más arriba que cierto número de sabios sacaban de los principios del darwinismo el autogénesis del mundo. He aquí un resumen de sus lucubraciones sobre este punto: está tomado de un periódico de Cincinnati. Es el capítulo segundo de un libro que podrá tener por título: *La Biblia de lo porvenir.*

GENESIS.—CAPÍTULO II

1.º En el principio, lo incognoscible se movió sobre el cosmos y desarrolló el protoplasma.

2.º Y el protoplasma era inorgánico, y estaba neutralizado, y contenía todas las cosas en estado de energía virtual, y un espíritu de evolución se movió sobre la masa fluida.

3.º Y lo incognoscible dijo: Que se rennan los átomos; y su contacto produjo la luz, el calor y la electricidad.

4.º Y lo absoluto (*uncondicioneté*) distribuyó los átomos cada uno según su especie, y sus combinaciones produjeron las rocas, el aire y el agua.

5.º Y salió de lo absoluto un espíritu de evolución que obrando sobre el protoplasma, produjo por vía de acrecentamiento y absorción, la célula orgánica.

6.º Y con el auxilio de la nutrición, la célula desarrolló el germen primordial, y el germen desarrolló el protógeno, y el protógeno produjo el zooson, y el zooson produjo la mónada, y la mónada produjo el animalculo.

7.º Y el animalculo produjo lo efímero; entonces las cosas rasteiras empezaron á multiplicarse sobre la faz de la tierra.

8.º Y cada átomo terrestre produjo la molécula en el protoplasma vegetal, y de aquí procedieron todas las hierbas de la tierra.

9.º Y el animalculo desarrolló en el agua las nadaderas, las colas, las uñas, y en el aire las alas y los picos; y sobre la tierra los órganos necesarios para resistir á lo curano.

10. Y por vía de acrecentamiento y de absorción, procedieron los radiados y los moluscos, y los moluscos produjeron los articulados, y los articulados produjeron los vertebrados.

11. Tal es la generación de los vertebrados, los más perfectos en este período cósmico, en que lo incognoscible desarrolla los mamíferos bípedos.

12. Y el hombre de la tierra era entonces un mono, y el caballo era un hiparión, y el hiparión un oreón.

13. De la ascidia procedieron los anfibios que produjeron los pentadáctilos; y por vía de herencia y selección, éstos produjeron los bilobatos, de los que han salido los semidáctos con todas sus tribus.

14. Y entre los semihúmanos, el lemur se elevó sobre sus aïnes, y produjo el mono platinino.

15. Y el platinino engendró al catarrin, y el catarrin engendró al mono antropoideo, y el antropoideo engendró al orangután de manos largas, y el orangután engendró al chimpancé, y el chimpancé se convirtió en *qué es esto?*

16. Y el *qué es esto*, se trasladó á la tierra del Norte, y tomó una hembra del gibbon de manos largas.

17. Y en la sucesión del período ósmico nacieron de ellos y de sus hijos los tipos primordiales antropomorfas.

18. El homínchulo, el prognato, el triglodites, el autótono, el terrigeno: tales son las generaciones del hombre primitivo.

19. Y el hombre primitivo estaba desnudo, y no se avergonzaba de su desnudez, y vivía en la inocencia cuadrumanesca, y luchaba énérgicamente por armonizarse con lo que le rodeaba.

20. Y por vía de herencia y selección natural, progresó desde lo estable y homogéneo hasta lo complejo y lo heterogéneo: pues los más débiles murieron, y los más fuertes crecieron y se multiplicaron.

21. Y el hombre creció una pulgada, y sus facultades se desarrollaron para apoderarse de la presa.

22. Los hombres más ágiles cogieron los más de los animales, y los animales más ágiles se escaparon del hombre; por esto los animales de movimiento lento fueron comidos, y los hombres de movimiento lento murieron de hambre.

23. Y como los tipos fueron separándose, los más débiles desaparecieron continuamente.

24. Y la tierra se llenó de violencias; el hombre luchó contra el hombre, la tribu contra la tribu, los más débiles y menos inteligentes fueron muertos, y los más dignos quedaron asegurados en la posesión de la vida.

El periódico de donde tomamos este capítulo pone á continuación las observaciones siguientes, que todo hombre sensato aprobará: «Pedimos perdón á nuestros lectores por haber traducido esta jerigonza abominable y sacrilega, si ya no fuese un bien sacar á luz tales producciones para inspirar mayor horror y mayor desprecio á los pretendidos sabios que se refugian en sus neoplasias para huir de Dios.» (Véase *L'Univers*, martes 16 de Febrero de 1875.)

II.—CONFERENCIA XV.—1.º (Véase primera parte: *Existencia de los ángeles*.)

Los aduceos negaban la vida futura, y pretendían que el hombre no debe esperar recompensa ni temer castigo fuera de esta vida. Llegaron hasta á negar la existencia del alma humana y de todo espíritu creado. Su error está expresado en los *Actos de los Apóstoles* (xxv, 8), en estos términos: *Sadducei, enim, dicunt non esse resurrectionem, neque angelum, neque spiritum.*

2.º (Véase segunda parte: *Naturaleza de los ángeles*.)

Avicibrón, filósofo árabe, citado por los escolásticos del siglo XIII como autor de una obra intitulada: *Origen de la vida (Fons vite)* no es otro, según M. Munch, que el judío español *Salomon ben Gabirol*. Este filósofo enseñaba que las sustancias separadas estaban compuestas de materia y forma. La razón principal que alegaba de su aserto, era que las formas puras no podían ser distintas las unas de las otras, siendo la materia el principio único de distinción en los seres creados. Santo Tomás lo refutó en los capítulos vii y viii de su opúsculo *De Angelis*. El Santo Doctor llama frívola la dificultad tomada de la distinción de las formas puras. «Esta distinción, dice, puede tener lugar sin necesidad de recurrir á la composición. Basta para ella considerar en las formas, tanto materiales como inmateriales, la razón propia de su especie, que las pone en tal ó cual grado de perfección. *In formis tam materialibus quam a materia separatis una est perfectior alia... in quantum propria ratio speciei in tali gradu perfectionis consistit.*»

Varios Padres de los primeros siglos de la Iglesia han creído que los ángeles tenían un cuerpo más sutil que el aire y que el fuego.

San Justino, en su *Diálogo con Trifón*, llega á decir que los ángeles se alimentan de un manjar celestial, especie de maná que llama *pan de los ángeles*. En su primera apología pretende que los ángeles que gobiernan el mundo inferior tuvieron comercio con las hijas de los hombres, de las cuales engendraron á los demonios.

Sin ir tan lejos, muchos Doctores de la primitiva Iglesia afirman que sólo Dios es espíritu puro, y que todo ente creado está más ó menos unido á la materia.

Orígenes, Atenágoras, Clemente de Alejandría, son de este

parecer; San Cirilo dice expresamente que sólo Dios es *asomatos*, sin cuerpo.

San Basilio parece haber sostenido las dos opiniones.

Entre los Padres latinos, se citan á Tertuliano, San Hilario, San Ambrosio y San Agustín.

Contra este parecer, un gran número de Padres griegos y latinos, de una autoridad considerable, como San Dionisio, San Gregorio Taumaturgo, San Gregorio Niseno, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisostomo, San Juan Climaco y San Juan Damasceno, etc., enseñan que los ángeles son *asomatoi*, incorpóreo, *fuerzas, espíritus*, inteligencias, *nous*, seres simples, *aploí*, sin materia, *ánloí*.

Filón, representante de la tradición judaica, Moisés Maimónides, representante de la tradición rabínica, afirman que los ángeles son sustancias separadas.

Esta opinión es indudablemente la más conforme con la autoridad de la Sagrada Escritura, que llama á los ángeles espíritus, por contraposición á los seres materiales. La Iglesia, enseñando que Dios es Creador de las naturalezas material, espiritual, y mixta ó humana, indica bastante claramente, en nuestro sentir, que los ángeles son espíritus puros, porque si tuviesen un cuerpo tan sutil como se quiera, ¿en qué se distinguirían de la naturaleza mixta? La simplicidad de los ángeles, hoy día, es universalmente admitida por los teólogos, que califican la opinión contraria de *heresi proximam*, próxima á herejía.

Cf. Petav., *Dogmat. Theolog., De Angelis*, lib. 1, caps. III y IV.

III.—CONFERENCIA XVI.—(Véase primera parte: *Transformismo*.)

Hemos dejado al juicio de nuestros lectores esta cuestión: Darwin, autor del *Transformismo*, ¿ha previsto y ha intentado las consecuencias de su sistema?

Como quiera que se responda, es indudable que estas consecuencias se han sacado ya. Nadie ha llegado á esta necesidad lógica con más resolución que el doctor alemán Luis Büchner.

En su obra intitulada *Fuerza y Materia*, afirma redundantemente la existencia eterna é infinita de la materia, y suprime despiadadamente toda otra causa primera. En su obra más reciente, *El hombre según la ciencia*, trata de explicar estas tres

cuestiones: «¿De quién procedemos? ¿Quiénes somos? ¿Adónde vamos?»

A la primera cuestión, nosotros respondemos con el conde de Salles: «El hombre, hecho por Dios, era, cuando salió de las manos del Criador, una obra perfecta, compuesta de espíritu y cuerpo. Por grande que sea la degradación momentánea de muchos hombres, la civilización es su término, como ha sido su estado original.»

M. Büchner no piensa así: el origen del hombre se pierde para él en la impenetrable noche de los tiempos; nuestra civilización resulta simplemente de un lento y trabajoso desarrollo, de una ascensión realizada por el hombre solo, de grado en grado, de conocimiento en conocimiento, partiendo desde el estado grosero, *bestial*, á través de duraciones de tiempo tan enormes, que en su comparación nuestra existencia individual se parece al relámpago.

A la cuestión segunda, respondemos con la filosofía: «El hombre es un animal dotado de un alma inteligente y libre, tan distinto de todas las otras especies animales, que en ningún caso puede confundirse con ellas.»

Según Büchner, el hombre es un organismo perfeccionado, un puro y simple animal, ligado y emparentado, por todos los puntos de su conformación, con el mundo orgánico que le rodea, que atestigua por las semejanzas de su cuerpo con el mono, que descendiendo de este imperfecto antepasado.

A la cuestión tercera, nosotros respondemos: «El hombre se ordena á la bienaventuranza eterna en la posesión de Dios, mediante el conocimiento de la verdad y la práctica de la virtud.»

Según Büchner, el hombre es inmortal é indestructible, como todo lo que existe; porque la materia no perece jamás. Así como es imposible que un átomo, es decir, la parte más pequeña imaginable de materia, desaparezca y se aniquile en la vida general de la naturaleza, así lo es igualmente que el más insignificante acto ó el menor pensamiento de un hombre, se aniquile ó se pierda en la gran vida de la humanidad. En la muerte no quedamos anonadados, sino que perdemos la conciencia personal, la forma accidental que nuestro ser, eterno é imperecedero en sí, había revestido por breve tiempo; mas nosotros continuamos viviendo en la naturaleza, en nuestra especie, en nuestros hijos, en nuestra descendencia, en nuestros actos, en nuestros pensa-

mientos, en una palabra, en toda la participación material y física que habíamos tomado, durante nuestra corta existencia personal, en las funciones persistentes de la humanidad y del universo. ¿Y qué se necesita para llegar á este feliz resultado? Libertad, instrucción y bienestar para todos.

2.º (Véase *Ibidem*.)

El *Transformismo* ha llegado á seducir algunos espíritus cristianos, que han creído poder conciliarlo con las tradiciones bíblicas, y con la lógica, eliminando las imposibilidades á que conduce, si se admite que las facultades intelectuales del hombre son el resultado de la transformación lenta de las facultades psíquicas de los animales.

Un sabio naturalista inglés, M. Mivart, comentando ciertos pasajes de San Agustín, de Santo Tomás y de Suárez, pretende que sus explicaciones sobre la creación en general pueden conciliarse muy bien con la hipótesis de la evolución de las especies orgánicas, y cree que se puede deducir de aquí la legitimidad de la aplicación del *transformismo*, no al origen del alma, sino al origen del cuerpo del primer hombre. Siendo el alma y el cuerpo de naturaleza diferente, es natural atribuirles diferencia de origen, pues dice la Escritura que formó Dios al hombre del cieno de la tierra. No es esto indicar de una manera terminante que el cuerpo del hombre no ha sido creado, en el sentido propio y absoluto de esta palabra, sino formado de la naturaleza preexistente, como lo expresa este término *del cieno de la tierra*, y por consiguiente, creado sólo de una manera derivativa, es decir, por la operación de las causas segundas.

En esta hipótesis, Adán habría sido, antes de infundírsele el alma racional, un animal viviente y sensitivo, pero no un hombre. El animal antepasado del hombre habría presentado en un grado de perfección relativa los caracteres físicos de la raza humana; pero abreviando el alma, habría ennoblecido esta forma preexistente, y habría hecho un tipo de armonía y de belleza sin igual en el mundo orgánico.

Nosotros respondemos á M. Mivart que la evolución del cuerpo del hombre á través del reino animal no es imposible en sí misma, pero es contraria á la Escritura, á las definiciones de la Iglesia y á la afirmación unánime de los teólogos, que llaman al hombre todo entero, tanto el cuerpo como el alma, la obra inmediata de la Divinidad.

Si el lector quiere leer lo que hemos dicho en el curso de la conferencia, verá que el texto del *Genesis*, el del Concilio de Letrán y el de Santo Tomás, que representan toda la Teología, son diametralmente opuestos á las hipótesis del *transformismo*.

Por lo demás, esta hipótesis, á pesar de los esfuerzos hechos por M. Mivart para hacerla ortodoxa, no resuelve todas las dificultades.

¿Cómo se explica el origen de la primera mujer por la evolución, admitiendo lo que nos refiere la Biblia, de que Dios formó de una costilla del hombre á la que debía ser su compañera?

Convengimos con el profesor Flower que la dignidad humana queda intacta, sea que el cuerpo del primer hombre haya sido formado del cieno de la tierra, sea que proceda de alguna forma animal preexistente; pero ya que no se apela al *transformismo* sino para evitar un milagro, nos parece que debía demostrárnos por qué combinación de las leyes de la naturaleza fué formado el grupo adámico. Pero esto no lo hacen ni pueden hacerlo los transformistas ortodoxos; porque una de dos: ó bien por sola la unión de un alma racional al cuerpo de un mono, éste ha perdido inmediatamente su piel velluda, la capacidad de su cráneo, aumentada como por encantamiento, recibió un cerebro doble ó triple de volumen, una frente llena de nobleza, imprimió instantáneamente en el rostro la señal de la inteligencia, las manos se convirtieron de improviso en ese admirable compás de cinco brazos, que supone ya todas las facultades de la geometría (lo que nadie admitirá en el terreno científico, si se descarta toda idea de milagro); ó bien el grupo animal, destinado á ser el tronco de la humanidad, ha sido una verdadera anomalía en la naturaleza viviente, al reuniendo desde el punto de vista físico, todas las causas de inferioridad que caracterizan al hombre y le colocan en una situación de tal manera desventajosa en la lucha por la existencia, que sería necesariamente oprimido, no tuvo para suplir estas inferioridades los recursos de la inteligencia. En estas condiciones, la existencia del grupo parece imposible.

Por lo cual debemos concluir que la creación del hombre, tal como la refiere la Escritura, nos coloca simplemente fuera de las leyes de la naturaleza; por el contrario, la hipótesis que impugnamos es el trastorno completo de esas mismas leyes; es el milagro elevado á su última potencia.

He aquí por qué, para evitar el milagro del origen corporal del hombre, se ha inventado esa historia nueva de la creación de nuestra especie.

Historia nueva, en efecto, de que no se hallan en tradición alguna los elementos procuradores.

Los antiguos pueblos han tenido diversas creencias sobre el origen del hombre. Según unos, ha sido sembrado por un Dios; según otros, ha nacido súbitamente de la tierra. Los babilonios atribuyen su origen á la sangre de los dioses. Los indios cantan en sus oraciones á un Sér eterno, á quien llaman *padre del hombre*. En estas creencias se descubren algunos rastros de la narración bíblica; pero en ninguna parte encontramos la menor alusión hecha al animal antropomorfo que, según los transformistas, sería nuestro progenitor. Nos parece imposible que si el transformismo fuera un hecho, no hubiese dejado señales en la historia de los pueblos, y que no se hallen en tradición alguna indicios que nos pongan en condiciones de seguir las huellas de nuestro antepasado mono.

Cf. *Mivart: Origen de las especies.*

Evolución y sus consecuencias, en el *Contemporary Review*, Enero de 1873.

Cf. *El Darwinismo y el origen del hombre*, por el abate A. Leconte.

3.º (Véase *Ibídem: Naturaleza del alma.*)

1.º El error de los materialistas modernos sobre la naturaleza del alma no es una cosa nueva. He hecho notar en el curso de esta Conferencia que la escuela contemporánea no ha inventado nada; copia á Cabanis y á los psicologistas de su escuela, quienes á su vez han sido precedidos, en su afirmación materialista, por Diderot, D'Holbach, Helvecio, La Mettrie y otros filósofos del siglo XVIII.

En los siglos XV y XVI, una bula de León X anatematizaba Pompancio, Vanini, Cardan, y á todos los que resuscitaban la doctrina de las escuelas materialistas de la antigüedad.

Un gran número de filósofos antiguos no distinguían el alma del cuerpo, pues la hacían nacer y morir con él.

Según Anaxágoras, Anaximeno, Anaximandro y Archelao, el alma es un compuesto de partes muy sutiles del aire; Empédocles cree que es la sangre difundida alrededor del corazón; Demócrito, un compuesto de átomos ligeros y redondos; Protá-

goras de Abdera y la confunde con los cinco sentidos; Epicarmo, la hace proceder del Sol; Epicuro no ve en ella más que una combinación de cuatro cosas: de fuego, de aire, de viento, y de otro cuarto principio sin nombre, y que él expresa por una fuerza sensitiva. Según Hipócrates, el alma es una espíritu difundido por todo el cuerpo; según Critolao es una quinta esencia compuesta de lo más sutil de los cuatro elementos. Podríamos citar todavía otros muchos testimonios que prueban cómo el error no ha aguardado al siglo XIX para tratar de envilecer la naturaleza humana.

2.º Otro error sobre la naturaleza del alma es el de los que la consideran como una porción de la Divinidad. Se encuentra en Egipto, en Etiopia, y Filostrato cree que les ha venido de la India. También se encuentra en algunos filósofos griegos, y ha sido renovado por Manes, Cerón y Marción.

3.º Los brahmines de la India, según Mr. Ward, pretenden que el alma es una parte desprendida del alma universal. Pitágoras transportó á Grecia la doctrina de la India sobre el alma del mundo y sus emanaciones. Sin embargo los pitagóricos distinguían muy bien, á pesar de la emanación, el alma humana de la grande alma, mientras que otros filósofos confundían la parte con el todo.

En general, las opiniones filosóficas de la antigüedad sobre la naturaleza del alma se relacionan casi todas con algunas de las doce doctrinas cosmogónicas; el panteísmo, en particular, no podía admitir que el alma humana fuese un sér subsistente en sí mismo; pues debía ser ó una emanación directa de la Divinidad, ó la emanación de una emanación, pero siempre con subsistencia divina.

Sobre todos estos errores ha prevaletido siempre la doctrina del buen sentido en los escritos de los mejores filósofos y en las tradiciones populares.

Cf. Enciclopedia del siglo XIX, *Alma*.

Enciclopedia católica, *Alma*.

4.º (Véase segunda parte: *Unión del alma y del cuerpo. Dualismo platónico.*)

Apartándose del principio de la teología católica: *El alma es forma del cuerpo*, es imposible explicar su unión y sus mutuas relaciones, sin caer en algún error.

1.º Por eso Leibnitz con su sistema de la armonía preestabla,

es conducido, á pesar suyo, al fatalismo. Según este sistema, el cuerpo y el alma obran como dos relojes regulares, puestos en movimiento al mismo tiempo. Contra lo que nos dicta la experiencia, no podemos atribuir á nuestra voluntad los movimientos del cuerpo, que nos parece depender de ella, ni al cuerpo las sensaciones que experimentamos en él. Todo es fijo y determinado en el hombre y fuera de él, dice el filósofo alemán, y el alma humana es una especie de autómatas espiritual. (Leibnitz: *Ensayo sobre la teodicea*.) ¡Oh tiranía de los sistemas!

2.º Descartes ha inventado las causas ocasionales, y Malebranche ha perfeccionado este sistema comunicándole todos los encantos de su seductora imaginación. En este sistema, los actos del alma no son sino ocasiones á cuya continuación Dios excita ciertos movimientos en el cuerpo, y los movimientos del cuerpo no son más que ocasiones á continuación de las cuales Dios hace nacer en el alma las sensaciones, los pensamientos y las reacciones de la voluntad. Así, si el alma quiere mover el brazo, es instantánea para ello; y Dios es el que mueve, en virtud de una ley eterna, nuestros miembros. Nada más complicado ni al mismo tiempo más ridículo que este sistema.

Si un soldado huye delante del enemigo, no es él quien huye, sino que el movimiento de su glándula pineal, agitada por la presencia del enemigo, determinó á Dios á cambiar la dirección de las piernas del soldado. Más claro: el soldado es quien teme, y Dios es el que le pone en salvo. ¡No es esto degradar juntamente al hombre y á Dios? El hombre cuya libertad se destruye, ¿Dios á quien se supone obrando, dice Laromiguire (*Lecciones de Filosofía*, tomo II), como un relojero que habiendo construido un hermoso péndulo, se ve continuamente obligado á volver por sí mismo la aguja para hacerla señalar las horas. Un mecánico hábil monta desde el principio su máquina, la cual anda cierto tiempo por sí sola. Dios, al crear al hombre, ha dispuesto todas sus partes y todas sus facultades, de suerte que pudiesen ejercer sus funciones desde el nacimiento hasta la muerte.

3.º El *instinto físico*, esto es, la acción recíproca del alma y del cuerpo, uno sobre el otro, no explica suficientemente su unión; porque es inexacto decir que el alma obra sobre el cuerpo en que habita, como Dios, á cuya imagen fué creada, obra sobre la materia. Esto sería convertir al alma en un simple motor, y el alma es algo más que eso, pues da ser y vida al

cuerpo. Además, ¿cómo se explica la acción del cuerpo sobre el alma; si no se concede al cuerpo una vida independiente del alma, si no se supone que el cuerpo está animado por un alma inferior?

4.º El mediador plástico imaginado por Cudworth, encargado de mover el cuerpo á la menor señal del alma, y de excitar las sensaciones en el alma á la menor impresión recibida en el cuerpo, es un elemento enteramente inútil en la naturaleza humana. Si es espiritual, el alma no lo necesita; si es material, el cuerpo puede pasarse muy bien sin él. No resuelve ninguna dificultad, puesto que deja subsistente el profundo é inexplicable misterio de la acción de lo simple sobre lo divisible.

Cf. *Enciclopedia católica*; palabra *Alma* y *causa*.

5.º Véase *Ibidem*: *Multiplicación de las almas*.

Para explicar el origen del alma, enseña Origenes en su *Petrico* que antes de la creación del mundo existía y gozaba de la bienaventuranza en el cielo; pero habiendo pecado, fué arrojada del lugar de delicias que habitaba, y condenada á hacer penitencia en la prisión del cuerpo.

Otros autores pretenden que el alma de cada hombre procede por vía de propagación ó de traducción, *ex traduce*, casi de la misma manera que una luz se propaga cuando se comunica.

La doctrina recibida en la Iglesia, que muchos llaman próxima á la fe, es la que afirma que las almas son creadas en el momento mismo en que son infundidas en el cuerpo, y de aquí aquel axioma: *Creada infunditur, infundendo creatur*.

Lo que ciertamente está definido, es que cada hombre posee un alma propia y distinta; el Concilio quinto de Letrán ha renovado la condenación hecha en el Concilio general de Viena, contra los que sostenían que no había sino una alma sola para todos los hombres. (Labbé: *Summa Conc.*, tomo XIV, col. 187.)

6.º (Véase *Ibidem*: *Unidad del alma*.)

Platón distingue en el alma tres partes, y por la manera de explicarse, da motivo á creer que las considera como tres almas diferentes. Santo Tomás lo refuta en la primera parte de su *Suma Teológica*, q. 76, art. 3.º

Los pitagóricos, que consideraban la inteligencia ó el alma racional como una parte de la divinidad, admitían también un alma sensitiva, compuesta de cuatro elementos, y que residía en la sangre.

Este error fué profesado por Apolinar, que distinguía en el hombre el alma racional de la sensitiva, y enseñaba que el Verbo había tomado la segunda y dejado la primera.

Focio, habiendo adelantado en el sentido de una doble alma, algunas palabras que recordaban los errores de Apolinar, fué condenado por el octavo Concilio general, que se expresa así en su canon undécimo: «Hay algunos cristianos que han llegado á tal extremo de impiedad, que admiten dos almas en el hombre. Todos los que han inventado esta impiedad, contra lo que el Antiguo y Nuevo Testamento y todos los Padres de la Iglesia enseñan de cómo en el hombre no hay sino un alma, y ésta racional, sean anatema.»

Leemos en el libro de los dogmas eclesiásticos, cap. xv: «Nosotros no admitimos dos almas para cada hombre, como Jacobo y algunos otros síes, la una animal, que vivifica el cuerpo y se mezcla con la sangre; la otra espiritual, que discurre, sino afirmamos que en cada hombre no hay más que una sola alma que vivifica el cuerpo, uniéndose á él, y se dirige á sí misma por su razón.»

Cf. *Enciclopedia del siglo XIX*; palabra *Alma*.

Quintin: *Filosofía*, IV p., q. 1.ª, art. 8.

7.º (Véase *Ibidem*: *Asiento del alma*.)

Hordilio ponía el alma en el centro del cerebro; Hipócrates, en el ventrículo izquierdo del corazón; Empédocles, en la sangre; Erasistrato, en la membrana que envuelve el cerebro; Epicuro, en el estómago; Estrabón, entre las dos cejas; Descartes, en la glándula pineal; ciertos fisiólogos, considerando que todo el sistema nervioso termina en el cerebro, lo señalan como el lugar donde el alma recibe todas las sensaciones, el trono de donde parten todas sus órdenes.

Nosotros creemos, con Aristóteles y Santo Tomás, que el alma está toda en todo el cuerpo y en cualquier parte de él; por que cada parte del cuerpo tiene su vida, de que el alma no tiene conciencia, y sobre la cual no reosan las órdenes de la voluntad. El alma está donde está la vida, pues ella es la que vivifica. Sin duda que ciertas acciones del alma están localizadas en los órganos de que se sirven para obrar; pero esta localización no limita de tal manera el alma que no pueda estar toda entera, según su esencia, en cada molécula viviente del cuerpo.

IV.—CONFERENCIA XVIII.—1.º (Véase primera parte: *Necesidad de la gracia*.)

Muchos filósofos espiritualistas, tratando del fin del hombre, atribuyen á la naturaleza un elemento exclusivamente propio del orden sobrenatural. «El hombre fué hecho, dicen, para la bienaventuranza perfecta, y no puede obtenerla sino por la visión intuitiva y por la posesión inmediata de Dios; partiendo de lo finito, es necesario naturalmente llegar á lo infinito. He aquí cómo se expresa sobre esta materia la filosofía moderna por boca de uno de sus doctores, M. Julio Simón, en su libro *De la Religión natural* (3.ª parte): «No habrá en el cielo ni muerte, ni lágrimas, ni dolores. Nuestro corazón, que ha amado tanto, y á tan diversos, á tan frágiles y á tan indignos objetos, no amará sino á Dios; y nuestro espíritu, que tanto se ha extraviado marchando por falsos caminos, desembarazado de todas las inutilidades y de todas sus quimeras, no pensará más que en Dios. Y nuestra voluntad y nuestra inteligencia, hallado su objeto propio y poseído plenamente y sin intermedio, nos llevarán de toda la felicidad de que es susceptible un sér finito... Pacificado todo nuestro sér y reconciliado consigo mismo, tenderá con todas sus fuerzas á la perfección absoluta, que es al mismo tiempo la verdad, la belleza y el bien; es decir, el triple y único ideal á que aspira desde este mundo nuestro corazón, nuestro espíritu y nuestra voluntad. Tal es lo portenir que la filosofía puede prometer al hombre, apoyada en inducciones infalibles...»

Nosotros resumimos todas nuestras esperanzas en estas palabras de Bossuet: *¿Cuál será aquella vida? Ver á Dios eternamente tal como es, y amarle sin poder jamás perderle...* Para quien conoce la naturaleza y las necesidades de la inteligencia y del amor, no hay cosa más exacta que esta grande y dulce palabra: «Ver á Dios cara á cara, y amarle con todo nuestro corazón por toda la eternidad.»

Hemos hecho justicia de las inducciones infalibles, de que habla Mr. Julio Simón, en nuestra *Introducción al dogma católico* (Tomo I, Conf. y.), adonde remitimos al lector.

2.º (Véase *Ibidem*.)

Los pelagianos, cuyos errores expondrémos más por extenso al

tratar de la gracia actual, no negaron siempre la existencia de la gracia habitual y santificante.

Cuando Pelagio empezó á dogmatizar, enseñaba que la naturaleza era en nosotros la raíz fecunda de toda virtud y de toda perfección, y no reconocía otra gracia más que el libre albedrío, dado por Dios gratuitamente.

Más tarde, sus discípulos admitieron la existencia de un dón espiritual é infuso que borra el pecado, perfecciona la naturaleza, renueva al hombre interior, lo regenera, lo justifica, lo santifica, lo consagra é incorpora á Jesucristo, lo llena de los dones del Espíritu Santo, lo hace hijo adoptivo de Dios, heredero de su reino, coheredero de Jesucristo; aunque no adquiere méritos por sus actos, puesto que concedo este dón á los niños por el bautismo. Es cierto que los pelagianos no admitían la necesidad absoluta de esta gracia para salvarse, á lo menos para los niños, pues negaban obstinadamente la existencia del pecado original: es cierto que esta gracia no era para ellos la raíz esencial de los méritos, puesto que Dios la concedía á los adultos según sus merecimientos; pero no se les pudo negar que habían templado su error. ¿Era por convicción, ó por habilidad? No queremos pronunciar sentencia sobre este punto; pero si afirmamos que es imposible leer los fragmentos tomados por San Agustín de los escritos pelagianos sin convenirse de que han reconocido una gracia habitual y santificante.

Cf. Gondin: *Tract. de grat. Dei*, q. 1.^a, art. 1, § 3, conclusión 1.^a

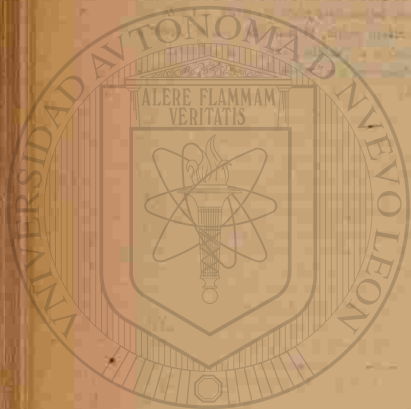
San Agustín, libros 1 y 11, *Operis imperfecti*.

3.^o (Véase segunda parte: *Naturaleza de la gracia*.)

Lutero y Calvino han pretendido que la gracia no era un dón interior de Dios, sino una denominación exterior en virtud de la cual Dios, en lugar de imputar al pecador sus faltas mientras que permanece en ellas, le imputa su justicia ó la de su Cristo. Esta imputación es como el manto que cubra todos los crímenes y permite á Dios amar al hombre, y considerarle como su amigo, su hijo, el heredero de su gloria, por más que sea el mayor criminal. He aquí la gracia santificante. El hombre reconoce igualmente que la posee cuando cree interiormente, y con una firme confianza, que Dios no quiere imputarle sus pecados, por

enormes que sean, y aún cuando el alma permanezca unida á ellos hasta el último suspiro.

Esta doctrina atroz, que permite todos los crímenes, prometiéndoles, no sólo la impunidad, sino la gloria, ha sido condenada por el Santo Concilio de Trento en estos términos: *Si quis dixerit homines justificari vel sola imputatione justitie Christi, vel sola remissione peccatorum, exclusa gratia, et charitate, que in cordibus eorum per Spiritum Sanctum diffunditur, atque illis inhaeret; aut etiam gratiam, qua justificamur, esse tantum favorem Dei, anathema sit.* (Sesión VI, can. 2.)



INDICE ANALITICO

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

CONFERENCIA XIII

ORÍGEN DEL MUNDO

Después de haber estudiado las períciones de Dios, y haber considerado su obra en su origen eterno é inmutable, es preciso considerarla en sí misma.—Antes que podamos admitir sus magnificencias, la ciencia nos detiene en la cuestión del origen con afirmaciones extrañas y con pretensiones legítimas, á las cuales es necesario satisfacer.—Para eso se examinan las cuestiones siguientes: 1.º El mundo viene de Dios, y nosotros deseamos á la ciencia á que nos presente en él un carácter que nos haga dudar de su origen divino. 2.º El mundo viene de Dios, y viene como la Escritura nos lo ha dicho; y yo desafío á la ciencia á que nos presente entre los hechos por ella averiguados y la palabra de Dios una sola contradicción real é insoluble.—I. La escuela materialista, combatida en nuestra Conferencia sexta, se ha apoderado de un sistema con cuyo auxilio pretende reparar sus pérdidas.—Exposición del *Transformismo*.—Ventajas y posibilidad.—Su error capital consiste en exagerar la experiencia, y deducir de lo posible un hecho.—Pruebas de esta aserción.—Suponiendo la evolución de un tipo primitivo, á través de todas las variaciones del reino animal, como un hecho averiguado por la ciencia, todavía es imposible deducir la eliminación de toda causa exterior al mundo.—

Ann cuando se admitiese el paso por vía de generación, de la existencia á la vida, la metafísica reclama imperiosamente la existencia de una causa primera.—II. El libro de la naturaleza y el libro de la revelación, ¿están discordes respecto del origen del mundo?—Los sabios y los teólogos.—Disposiciones previas de los unos y de los otros: 1.º Para los sabios, modestia, imparcialidad y carencia de exigencias irracionales. 2.º Para los teólogos, nada de desconfianza respecto de la ciencia, nada de temores pueriles, nada de obstinación en las interpretaciones que la Iglesia no ha fijado por una definición.—Con estas disposiciones se ve la concordancia de los dos libros.—Narración bíblica.—Narración científica.—Grandes rasgos de esta concordancia.—Las dificultades no pueden formar una contradicción real é insoluble.—Examen de la dificultad cronológica: 1.º Los días de veinticuatro horas 2.º El hombre y las capas cuaternarias comparadas con la narración bíblica. Tres respuestas á esta dificultad: 3.º El hombre teresiaro. Hipótesis explicativas.—Conclusión: no nos espantamos de la ciencia, pues no nos causa siquiera admiración; la esperamos á pie firme.....

CONFERENCIA XIV

ARMONÍA DEL MUNDO

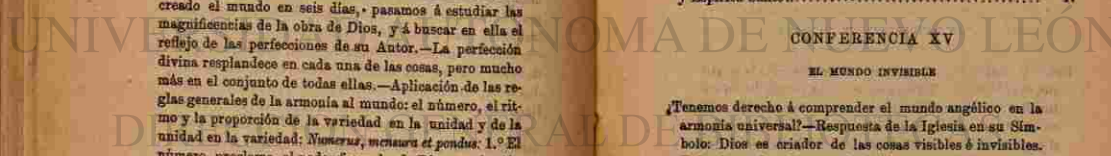
Poseedores pacíficos de esta verdad fundamental: Dios ha creado el mundo en seis días, y pasamos á estudiar las magnificencias de la obra de Dios, y á buscar en ella el reflejo de las perfecciones de su Autor.—La perfección divina resplandece en cada una de las cosas, pero mucho más en el conjunto de todas ellas.—Aplicación de las reglas generales de la armonía al mundo: el número, el ritmo y la proporción de la variedad en la unidad y de la unidad en la variedad: *Numerus, mensura et pondus*: 1.º El número proclama el poder fecundo de Dios, perfección del Padre Eterno. 2.º La medida proclama la sabiduría admirable de Dios, perfección del Verbo. 3.º El peso

proclama el amor sin límites de Dios, perfección del Espíritu Santo.—I. Admirables números de la creación: 1.º El firmamento: estrellas, sol, planetas, asteroides, meteoros, nebulosas. 2.º El mundo microscópico: microzoarios, microfitos. 3.º El mundo angélico.—Inconsecuencias de los que descubriendo perspectivas infinitas, rehusan reconocer en ellas el poder de Dios.—Conclusión en favor de este poder.—II. Medida ó ritmo de la creación.—Combinaciones innumerables de los números.—Necesidad de darles á todos la justa medida, que conviene á la belleza de las partes y á la perfección del conjunto.—Cántico de la sabiduría eterna.—Imposibilidad de examinar en un simple discurso el valor, el movimiento, la expresión de cada nota y de cada frase musical del gran himno de la creación. Es necesario limitarse al estudio rápido del ritmo general, de donde resulta la belleza del conjunto.—Dos cosas en este conjunto: 1.º Progresión de los aeres. 2.º Simplicidad de las leyes: ley de composición, ley de movimiento, ley de contrastes, ley de imitaciones.—Conclusión en favor de la Sabiduría divina.—III. Peso del mundo, es decir, ley de la compenetración de los seres. Ojeada á través del mundo inorgánico, los reinos vegetal y animal hasta llegar al hombre.—El hombre, centro armónico de los números de la tierra.—Está compenetrado y compenetra.—La compenetración de los seres empieza por el amor, se continúa por el amor, y se consuma en el amor supremo.—Luego el Dios á quien debemos bendecir, es el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.....

CONFERENCIA XV

EL MUNDO INVISIBLE

¿Tenemos derecho á comprender el mundo angélico en la armonía universal?—Respuesta de la Iglesia en su Símbolo: Dios es criador de las cosas visibles é invisibles. Bajo el nombre de cosas invisibles propone á nuestra fe el mundo angélico.—Necesidad de estudiar: 1.º La existencia. 2.º La naturaleza. 3.º Las funciones de los ange-



les.—I. No es lo mismo lo invisible que lo desconocido.—Lo invisible conocido de tres maneras: Por una afirmación digna de fe, por las manifestaciones de su poder, por una inducción racional que descubre y fija su puesto en el conjunto de las existencias.—Los ángeles conocidos de estas tres maneras. 1.º Afirmación de la Iglesia conforme con las tradiciones de todos los pueblos. 2.º Manifestaciones angélicas, según la Escritura y la Historia.—Unión de la epopeya humana y la epopeya angélica. 3.º La inducción racional probando que los abismos que separan la naturaleza mixta de la naturaleza perfecta de Dios, deben estar colmados, deduce la existencia de los ángeles.—Qué sería el mundo sin los ángeles.—II. Naturaleza de los ángeles. 1.º Su esencia. Son espíritus puros, pero no igualan la simplicidad de Dios.—Sus facultades: perfección de la inteligencia, perfección de la voluntad; 2.º Medios de relación con los otros seres: locución de los ángeles, acción en el lugar, acción sobre la materia.—Variedad del mundo angélico en la semejanza de la naturaleza. Ojeada sobre las jerarquías.—III. Funciones de los ángeles: 1.º Con relación á Dios. Adoración y obediencia. 2.º Unos respecto de otros. Purificación, iluminación, perfección. 3.º Con relación al mundo: Gobierno de la naturaleza, guarda de los hombres.—Ángeles custodios de los hombres.—Ángeles custodios de los pueblos.—Invoación al ángel de Francia. 75

CONFERENCIA XVI

LA NATURALEZA DEL HOMBRE

Entre la materia y el espíritu se descubre un sér mixto, que es el hombre.—En esta conferencia se estudia su naturaleza.—Definición de la naturaleza del hombre.—Es un compuesto de dos elementos distintos: la materia y el espíritu unidos de tal manera, que no constituyen sino un solo sér y una sola vida.—Dos errores contrarios á esta definición: el materialismo y el idealismo.—I. Los dos elementos de la naturaleza humana.—El transformis-

mo y el origen bestial del cuerpo humano.—Refutación científica.—El materialismo no se contenta con afirmar la derivación del cuerpo humano de la bestia, sino que también hace derivar de ésta el alma, ó, mejor dicho, la suprime.—Investigación de este noble elemento de la naturaleza humana en el análisis de la palabra: 1.º La expresión de la palabra nos revela una fuerza simple, subsistente, inmutable, inteligente, creadora, libre, responsable; por consiguiente, del todo diferente de la materia. 2.º Este espíritu se nos manifiesta además por los efectos de la palabra.—Conclusión de este análisis.—II. Dualismo platónico renovado por los modernos.—Consecuencias de este dualismo.—Explicación de esta definición católica: el alma es la forma sustancial del cuerpo: *Anima est forma corporis*.—Sólo esta definición nos da una verdadera idea del compuesto humano.—Consecuencias prácticas que se deducen de ella. 105

CONFERENCIA XVII

LA BELLEZA Y LA GRANDEZA DEL HOMBRE

Estas palabras de Dios: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza», nos explican la belleza y la grandeza de la naturaleza humana: 1.º Triple belleza en la parte inferior.—Triple belleza en la parte superior: 2.º En las relaciones del hombre con el espacio, con el tiempo y con los seres inferiores de la creación.—Triple grandeza que representa la inmensidad, la eternidad y la soberanía de Dios.—I. Dios ve el cuerpo humano antes de todos los cuerpos. Sobre la belleza del cuerpo humano ha sido ideada la belleza de los otros cuerpos. 1.º Belleza de arquitectura ó anatómica. Descripción de la arquitectura exterior é interior del cuerpo humano. 2.º Belleza de funciones ó fisiológicas. Descripción de las funciones: en la formación, en la sensación, en el movimiento, en el aumento y en la reproducción. 3.º Belleza de expresión ó fisionómica. Descripción de esta belleza. Nos recorda lo que hemos dicho á propósito del compuesto humano.

Nos invita á examinar una belleza superior.—Invitación á las criaturas para que admiren el cuerpo típico del hombre.—Triple belleza superior del hombre: 1.º Belleza intelectual.—La verdad, sustento de Dios, de los ángeles y de los hombres.—Cómo el hombre conoce á Dios. La verdad, perfección y felicidad del alma humana. 2.º Belleza moral.—El hombre libre como Dios.—El bien, objeto de la voluntad divina y de la voluntad humana.—Constelaciones del alma humana: las virtudes.—Lucha de las pasiones: belleza que resulta de esta lucha.—Imagen de la vida íntima de Dios en el hombre.—Verbo divino, verbo humano.—Verbo humano, creador de la unidad social, tercera belleza superior del hombre. 3.º Belleza social, comunicación de la familia divina á la familia humana.—Necesidad, progreso de la sociedad.—Fisionomía regia de los pueblos civilizados.—II. 1.º El espacio y la ciencia.—Inmortalidad oculta en las doctrinas de los que se esfuerzan en envilecer al hombre.—Testimonio de Francisco Arago.—El pensamiento y el espacio.—Conclusión: El hombre es más grande que el espacio. 2.º El tiempo y las ruinas por él causadas.—El hombre desafía al tiempo, es indestructible.—Inmortalidad del hombre garantizada por la palabra de Dios, probada por las perfecciones de Dios, por la naturaleza y las aspiraciones del hombre.—Sepulcro y su lenguaje. 3.º Respeto de los reinos inferiores de la creación, el hombre participa de la soberanía de Dios.—Es rey y pontífice.—Conclusión: verdadero puesto del hombre en la creación..... 186

CONFERENCIA XVIII

LA VIDA DIVINA EN EL HOMBRE

Se trata en esta Conferencia de explicar la profundidad del designio de Dios estudiando el sublime misterio con que ha consumado la obra de los primeros días.—Dios ha comunicado al hombre su propia vida. Ha hecho del hombre un ser divino.—Dos cuestiones: 1.º ¿A qué se ordena en el plan de Dios la comunicación de su vida? ¿En qué

consiste esta comunicación?—I. Los tres elementos de todo orden: Fin, agente y medios.—Estos tres elementos considerados en el orden natural.—El orden natural, materia y punto de partida de un orden superior, por el cual conduce Dios, en cuanto es posible, toda la creación á la unión de su esencia: tal es el orden sobrenatural.—Fin de este orden: visión intuitiva de Dios.—Impotencia de la naturaleza humana para esta visión.—Impotencia natural de merecer esta visión.—Síguese la necesidad de una transformación que consiste en nuestra participación actual de la vida, de la naturaleza y de la esencia de Dios: único medio de la visión divina.—La comunicación de la vida de Dios no es otra cosa en el plan divino, que el medio proporcionado para nuestro fin.—II. La comunicación de la vida de Dios á la criatura, es la gracia.—La gracia, acción transeunte, ó presencia permanente de Dios en el alma. En esta Conferencia se considera sólo cuanto es presencia permanente de Dios en el alma.—La gracia ¿es cualidad ó sustancia?—Definición de la gracia.—La gracia y la caridad.—La gracia y las virtudes.—La gracia se recibe en el alma como en sujeto, y no en las potencias.—Cómo nos hace hijos de Dios.—Cómo nos hace participantes de la naturaleza de Dios.—Bellas comparaciones de los Santos Padres.—La gracia y las operaciones de la naturaleza humana por ella transformada.—Consecuencias importantes de la gracia.—Prueba de estas consecuencias.—Conclusión práctica..... 188

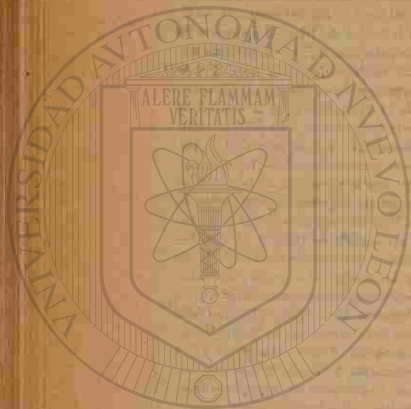
INDICE

Índice de los principales errores contrarios á los dogmas expuestos en este tomo..... 197



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
CENTRAL DE BIBLIOTECAS





CONFERENCIAS

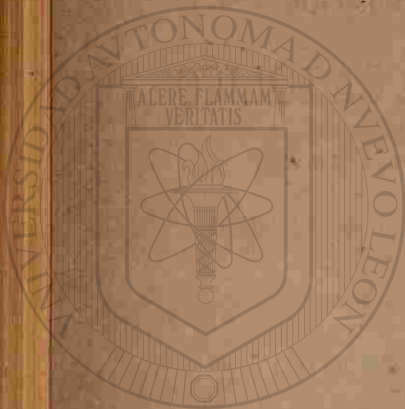
DE

NUESTRA SEÑORA DE PATIS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONFERENCIAS DE NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

EXPOSICION

DEL

DOGMA CATÓLICO.

EL GOBIERNO DIVINO

POES

EL M. R. P. MTHO. FRAY J.-M.-L. MONSABRE.

DEL ORDEN DE PREDICADORES

TRADUCIDAS POR UN RELIGIOSO DEL MISMO ORDEN.

CUARESMA DE 1873.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CON LAS OBTENCIONES LICENCIADAS

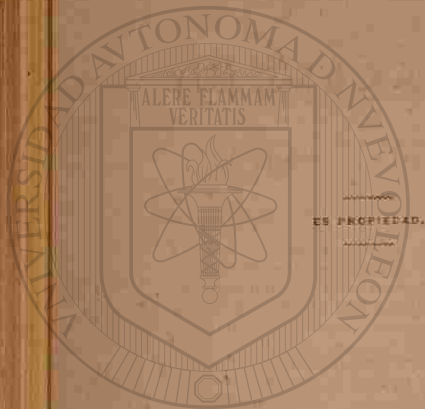


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

IMPRENTA DE LA PROPAGANDA CATÓLICA,
Calle de San Sebastián, 4.

1873.



CONFERENCIA XIX.

EL GOBIERNO DICTÓ.

EMMO, SEÑOR, MORGAN, SEÑORES:

Estudiada la obra del Criador, en su producción, en la armonía de su conjunto y de sus partes, es natural que examinemos cómo persevera, y, puesto que es una obra viviente, cómo se desarrolla y tiende a su fin. Después de haber recibido el sér y la vida, ¿ha sido abandonada á sí misma, y Dios, su autor, no es sino un espectador egoísta é impassible de sus inciertos destinos? Así se ha dicho, señores. La poesía ha prestado sus encantos á las áridas fórmulas de la solística, para representarnos el soberano desprecio con que trata Dios á su criatura. El inmenso, dice, el Eterno, el Perfecto, aislado por su naturaleza de todos los otros séres y absorto en la contemplación de sí mismo, no puede ocuparse de esta cosa limitada, fugitiva y miserable que llamamos mundo. Apenas lo ha visto, el día en que sale de un misterioso capricho de su voluntad, cuando apartó de él sus ojos, y lanzándolo con pié desdenoso al espacio, le ha dicho: Marcha, te abandono á tu propia mise-

ria; demasiado indigno de amor ó de cólera, nada eres en mi presencia. Gira á merced del acaso en los desiertos del vacío; que para siempre alejado de mí, el destino sea tu guía, y la desventura tu rey (1).

Doctrina atroz y absurda á que es preciso oponer la santa y saludable enseñanza de la Iglesia. Su Creador no es, nó, un sér sin entrañas, que produce y abandona al acaso los frutos de su paternidad; crea y permanece con su obra: *Dans non fecit, et abiit, sed fecit et remanet* (2). «De adentro y no de afuera es como mueve la inmensa mole en que se agitan tantos séres, y en que se realizan tantos destinos. Está como derramado en su obra: con la presencia de su majestad causa lo que hace, y con su presencia, gobierna lo que ha hecho (3). Todo procede de El, todo es conducido por El, y todo subsiste en El. *Ex ipso, per ipsum, et in ipso sunt omnia* (4). Sér, movimiento y vida, todo desaparece sin el influjo de su Providencia (5). ¡Oh Padre, ella es la que nos gobierna: *Tua, Pater, Providentia*

(1) El dice, marcha, y á tu propia miseria relegado
Asaz indigno á mi mirar pacífico u airado,
Ante mí no eres nada;

Gira, merced al azar, en la region vacía:
Nó por siempre sin mí, te sea el hado guía,
Y tu rey la desgracia.

(2) San Agustín.
(3) *Dens mundo inuisus fabricat, et non recedit aliquo.
Non extrinsecus quasi versat molem, quam fabricat.
Præsentia majestatis facit quod facit: presentia sua
gubernat quod facit.* (S. Aug. Tract. II in Joannem.)

(4) Roman., cap. XI, 36.
(5) *In ipso enim vivimus, movemur, et sumus.* (Act. capítulo XVII, 28.

gubernat (1). Nada de inflexible destino, nada de divinidades subalternas que se reparten la administración de las diversas partes del universo; no hay más que Vos, Vos sólo que cuidáis de todas las cosas. *Non est alius Deus, quam tu, cui cura est de omnibus* (2). «Todos los séres están sujetos á tu gobierno, *Omnia serviunt tibi* (3).»

Así habla la Iglesia, señores; su enseñanza nos pone en presencia del gobierno de Dios y de sus misterios. Recogeos; porque vamos á entrar en un camino difícil, y á costear los más profundos abismos del dogma católico. Habéis menester para ello toda la fuerza de vuestra razón; y por fuerte que sea, aún no podrá evitar los vertigos, si no es ayudada de la gracia unida á una fe humilde y sincera. Yo pido esta gracia para vosotros, y confío que Dios no desechará mis deseos, ni desatenderá mis ruegos.

Hoy nos limitaremos á tratar de algunas consideraciones generales, que sirvan de introducción á las arduas cuestiones que luego hemos de resolver:—¿Cómo se justifica ante la razón la doctrina católica sobre la existencia del gobierno divino?—¿Cuál es la constitucion esencial de este gobierno?

PRONUNCIAMIENTO SEÑOR,

El profeta Elías, al fin de su carrera, se unia con lazos más íntimos de amistad á su discípulo Eliseo; pues veía en él representadas sus virtudes, y debía comunicarle su espíritu, legándole su inanto de Profeta. Habéis prepa-

(1) Sap., cap. XIV, 3.
(2) Sap., cap. XII, 13.
(3) Psalm. CXVII.

— 8 —
rado; Monsenor, como el Profeta, á vuestra diócesia - un Eliseo; pero conservad vuestro mano el más largo tiempo posible, os lo suplicamos, y dignese Dios permitirnos gozar durante muchos años de la doble presencia de Rías y de Eliseo (1).

Advierte Clemente de Alejandria, que á quien exija la demostración de la existencia del gobierno divino, no se le dé respuesta, sino el castigo debido á su incredulidad (2). Yo seré más condescendiente, señores. Y aun á trueque de que vosotros incurrais en esa pena, quiero responder á esta pregunta: ¿Existe en el mundo un gobierno de Dios? Procedamos con orden.

Ver la esencia de un sér, y querer que exista, es crear. Querer que el sér dure, es conservar. El acto conservador es una extensión necesaria del acto creador (3). Se comprende, en efecto, difícilmente que un sér ó un mundo aparezca y desaparezca como un relámpago, lo cual sucedería si la fuerza creadora abandonase el sér creado; pues así como no tiene en sí la razón de su existencia, así tampoco tiene la de su duración. El mundo, obra de Dios, no subsiste en todas sus partes, sino en virtud de la acción continuada de la fuerza

(1) El orador, dirigiéndose al Cardenal Arzobispo de París, alude al colaborador que N. P. S. el Papa le ha dado en la persona de su confesor, Mgr. Richard, Arzobispo de Loria.

(2) Non responsionem, sed poenam meretur, qui demonstrari sibi petit esse providentiam. (Strom., lib. IV.)

(3) D. Thom., I part., q. 104, art. 1 y sig.

— 9 —
que lo ha creado (1). Pero el mundo no subsistiría sino en el estado de caos, condenado fatalmente á una pronta destrucción, si el acto conservador no fuese el primer efecto del gobierno divino (2).

Bien comprendéis, señores, que un mundo no es un amasijo incoherente de sustancias sin relaciones mútuas, sin orden á un fin determinado; sino que es un todo en que cada parte ocupa su lugar, y contribuye, con la tendencia á su propia perfección, á la perfección del todo. Ver el lugar de cada cosa, asignarle sus fines particulares, ordenar todos los fines particulares á un fin general, disponer, decretar, aplicar los medios con que se consiguen todos los fines; es ejercer la providencia, es gobernar.

Y que este acto de providencia, que llamo gobierno, sea necesario á una obra de Dios, cualquiera que sea, es imposible negarlo, sin negar la obra misma. La obra no subsistiría realmente sin orden, y no habría orden si no es concebido y puesto en acto por el criador de la misma obra. Siendo origen y fin de todo bien, puede el Bien Soberano solo llenar, con sus designios y con su acción, el espacio que separa el origen del fin? (3). Suponed, por un imposible, que la obra subsiste sin orden y sin ordenador; Dios no sería su dueño y señor, y perdería vergonzosamente su autoridad y su omnipotencia. La confusión de todas estas existencias que buscan en vano sus caminos,

(1) Nihil est quod stare queat, factore remoto. (Prosop. Carmen de Broe.)

(2) Duo sunt effectus gubernationis, scilicet, conservatio rerum in bono, et motio earum ad bonum. (Suen., Theol. I part., q. 193, art. 4.)

(3) Sum. contra Gent., lib. III, cap. LXXIV, art. 1 y sig.

depone contra su sabiduría, y la imposibilidad en que se hallan de obtener jamás su perfección, protesta contra su bondad (1). Dios no existe, y si El no existe, nada puede existir. Hé aquí la conclusión lógica á que nos conduce, sin salir de la metafísica, la negación del gobierno divino.

Mas ¿á qué molestarnos tanto, señores? ¿Para qué buscar en las alturas de la abstracción una cosa que pueden ver nuestros ojos, que pueden oír nuestros oídos, que puede demostrar el más sencillo razonamiento? Mirad el mundo, seguid sus movimientos, escuchad sus acentos, y os convencereis bien pronto, que el plan del órden que se manifiesta en todas las cosas, preexiste en una inteligencia superior (2); «que una razón divina domina todas las existencias creadas y las dispone armoniosamente (3);» «que un arte eterno regula todas las cosas (4);» «que una voluntad soberana administra sabiamente la universalidad de los seres (5). En una palabra, el mundo, por

(1) *Cum enim sit optimum optima producere, non convenit summo Dei bonitati, quod res productas ad perfectam non perducat. Ultima autem perfectio uniuscujusque est in consecutione finis. Unde ad divinam bonitatem pertinet, ut sicut produxit esse, ita etiam eas ad finem perducat, quod est gubernare. (Cf. *Summ. Theol.*, I part., q. 103, art. 1-6.)*

S. Damasc., lib. II *de fide*, cap. XXIX.

(2) *Ratio ordinis rerum in finem in mente divinam preexistens, proprie Providentia est. (Cf. *Summ. Theol.*, I parte, q. 22, art. 1.)*

(3) *Providentia est ipsa divina ratio in summo omnium principe constituta, que cuncta disponit. (Boet., lib. IV, de consolat., prov. 6.)*

(4) *Providentia est ars aeterna cuncta temperantis Dei. (Senec., Epist. LXXI, 13.)*

(5) *Nemesius, lib. de nat. hom., cap. XIII.*

medio de imágenes, hechos, y un libre y solemne reconocimiento, nos enseña, que un acto de la inteligencia infalible y de la voluntad soberana, al cual llamamos gobierno divino, preside á sus destinos.

¿Qué veis en el cielo y en la tierra? Gobiernos. Los soles regulan el flexible curso de los planetas, y ellos á su vez ceden á la influencia de un motor más poderoso, que la ciencia vislumbra, pero que no ha descubierto todavía. Los átomos están sujetos á leyes que fijan su posición, y determinan sus funciones en la composición de los cuerpos. La planta se desarrolla bajo la acción de una fuerza misteriosa, que abre sus yemas, acrecienta su tallo, extiende sus ramas, despliega sus flores, une sus órganos para la fecundación, y forma sus frutos: La avecilla cuida de su nido, el león reina en su madriguera. El hombre es un mundo abreviado, en que brilla el incorruptible sol de la razón, para dirigir las órdenes de una fuerza libre, á que obedecen todos los miembros. La familia es un reino, en que el poder, la sabiduría y el amor se emplean en actos providenciales, relativos á la debilidad, á la inexperiencia y al inocente egoísmo de la infancia. ¿Qué grande es el Padre! ¿Qué tierna es la madre! En el uno ¡cuán grande es la solitud! en la otra ¡cuán inagotable la ternura! Alimentar, instruir, consolar, curar, proteger, dirigir, es su oficio, hasta que el niño haya pasado de la cuna á la escuela, y de la escuela á la carrera en que deben desarrollarse las fuerzas de su madurez. Desde entonces se gobierna por sí mismo; pero no ha sacudido el yugo del amor constante que se ha dedicado á su felicidad. Sus padres encanecidos velan aún sobre él, y si no osan mandarle, le prodigan sus sábios consejos y sus tiernas advertencias.

De la familia á la sociedad no hay más que

un paso. ¿Habéis visto jamás una sociedad sin gobierno? Mostrádmela. Bien sé que se discute sobre las formas: aquel quiere más garantías para la autoridad, este más garantías para la libertad. Se buscan temperamentos, se persigue un ideal que asegure al poder una fuerza respetable, á la voluntad nacional una parte legítima de intervención en la marcha de los negocios públicos; mas mientras se encuentra esa fórmula conciliadora, nadie cree que debemos pasar sin gobierno. Los pueblos civilizados tienen sus emperadores, sus reyes, sus presidentes, sus magistrados, sus senados, sus consules; las tribus salvajes se agrupan en torno de un jefe asistido de un tribunal de ancianos, los bandidos mismos tienen necesidad de alguno que los mande y dirija en sus violencias y rapinas. Sólo los locos pueden soñar en la anarquía, los más encarnizados enemigos del poder no la admiten. La reforma radical que prometía á los pueblos, es, en último resultado, un gobierno en que ellos serán señores, un gobierno en que tendrán la libertad de quererlo todo y hacerlo todo, sin que para nosotros, pobres conservadores, quede otra libertad que la de obedecerles, y de decir *amen* á todas sus obras. Hé aquí el fondo de toda revolución.

Ya lo veis, señores, el mundo nos ofrece por todas partes ejemplares de gobierno. Estos ejemplares hablan muy alto, y no se necesita grande esfuerzo para descubrir la verdad que nos proponen. Si el gobernar es una perfección, es evidente que Dios, sér infinitamente perfecto, la posee en supremo grado. Si todos los gobiernos distintos, y muchas veces contrarios, de la naturaleza animada é inanimada forman un conjunto, lo cual es innegable, es cosa manifiesta que no pueden estar relacionados entre sí sino por lo uno, principio

de toda unidad (1). *Unitatis causa est per se unum*, dice Santo Tomás (2). Unir y conciliar los múltiples, es acción de un sér indivisible; lo cual hizo decir á Aristóteles: que los séres no quieren ser mal gobernados; y porque la pluralidad de gobernadores no conduce al bien, no debe haber sino un solo príncipe. *Unus ergo princeps* (3).

¡Vos sois, oh Dios mio, este príncipe! Á través de los ejemplares de la naturaleza, mi razón, llevada por una inducción irresistible, me conduce hasta vuestros sagrados pies. No puede creer que en un mundo en que todo se nos presenta bajo una actividad bienhechora, concebida en vuestra inaccesible esencia, Vos seáis ménos útil que una gota de lluvia, y ménos generoso que el cáliz de una flor (4). Los soles gobiernan sus sistemas; mas Vos sois el astro central, de donde parte la dirección universal de los movimientos en la inmensidad del espacio. El padre y la madre cuidan del fruto de sus entrañas; Vos sois el padre y la madre de todos los séres, y les prodigais, á cada instante, los tesoros de vuestro

(1) *En que sunt secundum suam naturam distincta, in unum ordinem non conveniunt, nisi ab uno ordinante colligantur in unum. In universalibus autem, rerum sunt res distincte, et contrarias naturas habentes, que tamen omnes in unum ordinem conveniunt, cum quedam operationes quorundam excipiunt, quedam autem á quibusdam juvantur vel etiam operantur. Oportet igitur quod sit universorum unus ordinator et gubernator.* (Sum. contra gentes, lib. III, capitulo I. XIV.)

(2) *Et. Summ. Theol.* I parte, q. 103, art. 3 corp.

(3) *Entis nolunt dispartiri male, nec tantum pluralitas principatum; unus ergo princeps.* (XII Metaph. in fin. citado por Santo Tomás *ubi supra*.)

(4) Lacordaire, Conferencia I. XVII.

poder, de vuestra sabiduría, y de vuestro amor. Cuando los astros de la mañana nacieron al imperio de vuestra palabra, no les dejásteis oscuros é inciertos perderse en el espacio; sino que les habéis trazado sus caminos, y les habéis revestido de una esfera luminosa. Vos valáis sobre los gérmenes, enviáis á la tierna planta su rayo de sol, su gota de lluvia y de rocío; probáis con los rudos golpes de la tempestad las fuerzas del roble; haceis pasar las deliciosas brisas sobre los floridos céspedes; dáis al lirio de los campos un vestido más delicado y más resplandeciente que el de Salomon en los días de su mayor gloria (1); no olvidáis los pequeños pajarillos que os piden el alimento de cada día (2). Vos visitáis al hombre, y encendeis en la parte superior de su alma la sagrada antorcha de su inteligencia; acercáis vuestro corazón al suyo (3), le mostráis en el término de su vida la felicidad que ha de recompensar sus esfuerzos y sus penas, y durante los días de su peregrinacion, el camino de las virtudes por donde debe andar, contáis los cabellos de su cabeza y no permitis que caiga uno sólo sin vuestra licencia (4). Teneis para él, como Vos mismo lo habéis dicho, ternuras de madre (5). Nó, no ama tanto la madre al fruto de sus entrañas, cuanto Vos amais á cada uno de nosotros. Y cuando for-

(1) Considerate lilia quomodo crescunt: non laborant neque met: dico autem vobis, nec Salomon in omni gloria sua vestiebatur, sicut unum ex istis. (Luc., cap. VII, 27.)

(2) Nonne quinque passeret veniunt dispendia, et unus ex illis non est in oblivione coram Deo? (Luc., cap. XII, 6.)

(3) Apponit erga eum cor tuum. (Job, cap. VII, 17.)

(4) Capilli capitis vestri omnes numerati sunt. (Math., cap. X, 3.)

(5) Isaia. LXVI, 13.

mamos un pueblo bajo la conducta de aquellos que nos gobiernan, Vos sois el Rey de los reyes y el Señor de los señores: *Rea regum, Dominus dominantium* (1). Los negocios públicos están en vuestras manos, y los que creen dirigirlos, no hacen más que cumplir vuestros designios, seguir vuestra conducta y tender al término fijado por vuestra providencia. Cualquiera que sea el desenlace de nuestros destinos sociales, es preciso concluir siempre con estas palabras de los libros santos: *Regi saeculorum immortalis, et incisibili, soli Deo honor et gloria*: al Rey inmortal de los siglos, al Monarca supremo de las naciones, á solo Dios se debe la honra y la gloria (2).»

¿Voy demasiado lejos, señores? ¿Han seducido las imágenes de este mundo el candor de mi razon, hasta el punto de hacerme atribuir á Dios una solicitud y unos cuidados indignos de su majestad? Tal vez podríais decir esto, si el gobierno divino no fuese un hecho escrito en todas las páginas de la naturaleza y de la historia, un hecho tan brillante, que la filosofía se ha servido siempre de él para formular la prueba más popular de la existencia de Dios. Por la evidencia de su accion ordenadora alcanzamos, en el misterio de su esencia, el principio de todas las cosas; porque el universo, esa armonía de fines y medios cuyos elementos, leyes y combinaciones, examinamos el año pasado, reclama tan imperiosamente la perpétua presencia de una inteligencia superior, la incesante direccion de una voluntad soberana, en una palabra, la Providencia, que no se puede menos de reconocerla, sin faltar grandemente al buen sentido. No quiero ahora

(1) Apocal. XIX, 16.

(2) I Timot. 1, 7.

repetir una prueba que largamente he tratado en otro lugar (1); resumámosla por esto, conciso razonamiento de Santo Tomás: «Vemos realizarse cada día en la naturaleza, ó la mayor parte de las veces, lo que es mejor. Mas esto no sucedería si todos los seres no fuesen dirigidos á su fin, que es el bien, por una providencia; esta dirección se llama gobierno. El órden manifesto de las cosas demuestra, pues, que hay en el mundo un gobierno, como una casa bien ordenada demuestra la acción inteligente de un ordenador (2).»

En el mundo moral, en que todo parece depender de la iniciativa de la libertad y del juego de las pasiones humanas, se manifiesta también el dominio de Dios, por mas que se halle envuelto en las sombras del misterio. La razón cristiana lo admira en esa serie sublime de acontecimientos y de maravillas, que van desarrollándose desde la cuna de la humanidad, hasta la renovación de los tiempos por Jesucristo, y desde la renovación de los tiempos hasta nuestros días de progreso, de luchas y de inmensos infortunios. Oráculos, prodigios, revelaciones, vocaciones de pueblos, sucesión calculada de los imperios; esclavitud, rescate, crímenes, reprobación de la nación predestinada, justa y misericordiosa sustitución del pueblo cristiano al pueblo judío; fundación

(1) Véanse los tomos anteriores. Conferencias IV y XIV.

(2) Videmus enim in rebus naturalibus provenire quod melius, aut semper, aut improbius. Quod non contingeret, nisi per aliquam providentiam res naturales dirigerentur ad finem boni, quod est gubernare. Unde ipse ordo certum rerum manifesto demonstrat gubernationem mundi: sicut si quis intraret domum bene ordinatam, ex ipsa domus ordinatione ordinantis rationem perpenderet. (Cf. *Summa Theol.*, I part., q. 103, art. 4.)

trabajosa y sangrienta de la Iglesia, triunfo de un ajusticiado y de doce miserables pescadores sobre la ira feroz de los césares y de su imperio, conquista del universo por el catolicismo; quebrantamiento sucesivo de todos los errores bajo los tranquilos anatemas de la inmutable verdad, florecimiento constante de las virtudes heroicas de los santos, en medio del egoísmo y de la corrupción del siglo, maravilloso poder de su palabra y de sus reliquias; renovación del espíritu cristiano bajo cada uno de los golpes de las desgracias públicas y de la persecución, espectáculo admirable de la debilidad desarmada, resistiendo desde las alturas del Vaticano, á las seductoras promesas de la hipocresía y á las amenazas de una rabia impotente; hé aquí, señores, las pruebas del cetro real, que gobierna á la humanidad libre. Si sois cristianos, reconocedlas, besadlas sobre cada página de la historia en que las encontréis; si no sois cristianos, dejadlas á lo ménos instruir y convencer por los infortunios de que habeis sido testigos, y cuyas heridas distan mucho de estar cerradas. Habeis visto á la Francia en el cénit de su prosperidad, admirada y envidiada del mundo entero. Pues bien, esta Francia tan rica, tan gloriosa y al mismo tiempo tan culpable, ha sido precipitada en pocos meses, por una inexplicable locura, desde la cumbre de su grandeza á un abismo sin fondo de males y de humillaciones. Nada de recriminaciones sobre la responsabilidad, solo Dios la conoce; pero nada tan cierto como el hecho brutal y repugnante que vosotros mismos habeis presenciado. En el momento de la lucha, ¡qué presunción en la empresa! ¡qué vanidad en la confianza! ¡qué turbación en los consejos! ¡qué desórden en los mandatos! ¡qué falta de valor! ¡qué misteriosa combinación de desprecios, de torpezas, de

noticias falsas, de dilaciones, de obstáculos imprevistos, hasta el punto de que los menos creyentes, tomando el lenguaje de la Escritura, no pudieron menos de exclamar: Aquí está la mano de Dios. *Dignus Dei est hic* (1).

Ma direis, señores, que esta vez el dedo de Dios ha ordenado bien mal los acontecimientos, pues en lugar de servir á la justicia, ha asegurado el triunfo y la dominación escandalosa de la iniquidad. Todo ha tornado en pro de los pecadores, cuyo otro amenaza, á cada hora, á las más santas instituciones; son el genio y la fuerza. Sus insolentes exigencias nos causan angustias, de que no nos libraremos sino por grandes humillaciones. ¿No veis que la *bucha civilizadora* que han emprendido y que los únicos apóstolos del radicalismo prosiguen servilmente, va á borrar, de un momento á otro, lo que resta de cristianismo en el mundo? La prisión de los obispos, la persecucion de los sacerdotes, la proscripción de religiosos, es lo que hanan el preludio de la victoria definitiva de la civilizacion sobre la supersticion. ¡Ah! si hay providencia, que se muestre pues!—Levántate, Señor, por qué duermes?—*Eurge, quare dormis, Domi-*

(1) Exod. VIII. Un conjunto de maldadadas coincidencias han concurrido á la debilidad creciente de Francia, para desvirtuar sus esfuerzos. Este conjunto ha sido tal, que verdaderamente, cuando uno lo considera, se le tentado á preguntar, si no ha habido aquí una razon superior á las causas físicas, una especie de expiacion de los pecados nacionales, ó el dedo agudo para una regeneracion necesaria. En presencia de tan prodigiosos infortunios no es de extrañar que los ámas religiosos hayan podido decir: *Dignus Dei est hic*. (La guerra en provincia durante el sitio de Paris, por Carlos de Freycinet.)

ne? (1) Esto se decía, señores, cuando Nerón y sus sucesores ensangrentaban el Imperio romano y multiplicaban los mártires; esto se decía cuando Juliano apóstata, uniendo la perfidia á la crueldad, intentaba resucitar el culto de las divinidades paganas; esto se decía cuando los bárbaros desolaban, á su paso, las cristianidades nacies; esto se decía cuando los emperadores de la Edad Media hacian la guerra á la Santa Sede, para confiscar en utilidad propia las prerogativas del supremo sacerdocio; esto se decía cuando la reforma armaba la mano de los príncipes contra el catolicismo; esto se decía cuando la revolucion derribaba, juntamente con un trono de trece siglos de existencia, los altares de Jesucristo. Esto se decía, y en las sombras de las catacumbas bajo las bóvedas de sus santuarios despojados, la Iglesia cantaba estas palabras de un rey, que fue el hombre de la Providencia: *Expecta Dominum*, esperad al Señor; *sustine Dominum*, sufrid el golpe de su cólera. El triunfo de los pecadores no será eterno; á la hora menos pensada se castigan por si mismos y desaparecen; y cuando hayan perecido vereis á Dios. *Cum perierint peccatores, videbis* (2). Si hay sangre y ruina, no acuseis sino á los que rehusando reconocer á la Providencia en sus bondades, han hecho necesaria la demostracion de sus venganzas. Como quiera que sea, vosotros vereis á Dios, y solo á vuestra costa aprenderéis lo que cuesta querer gobernar sin El.

Muy ciego está, señores, el que no vea en la naturaleza y en la historia el gobierno de Dios; más, como si esto fuese poco, no sólo cierra

(1) Psalm. XLII.
(2) Psalm. XXXVI.

los ojos, sino los oídos, para no escuchar el testimonio dado universal y perpétuamente por la humanidad á la Providencia. He examinado á tratar de la existencia de Dios, las leyes y fuerzas de la solemne afirmación del género humano (1), y no volveré ahora á tratar este punto, contentándome con hacer constar aquí su extensión.

Todos los pueblos han creído, y creen en Dios; no es un Dios cuya inmóvil majestad no recibe más que adoraciones; sino es un Dios rey y padre, que cede á los ruegos de sus súbditos y de sus hijos, y se inclina misericordiosamente hacia el mundo, para derramar en él los beneficios de su gobierno. Los paganos han errado acerca de su esencia, y de su naturaleza; después de representarle bajo diversas formas, han multiplicado groseramente su personalidad. Sin embargo, su error no les quitaba la confianza; en último resultado, invocaban á la Providencia, á quien daban gracias en cada divinidad propia ó terrible, á que dirigían sus votos y sus sacrificios. El lenguaje espontáneo de la humanidad religiosa, nacia resaltar constantemente entre el caos de formas, la verdad única y fundamental del gobierno divino:—Yo os encomiendo á Dios, si Dios quiere, que Dios os ayude, gracias á Dios;—Tales eran los gritos populares, que Tertuliano llamaba testimonios de un alma naturalmente cristiana (2).

Hallareis, señores, en todas las religiones estos dos actos: pedir y dar gracias. Los hallareis en vuestros hogares, si por un instante os despojais de vuestra soberbia indiferencia,

(1) Véase la Conferencia III: *Afirmación de la existencia de Dios.*

(2) Apologet., cap. XVII. *De testimonio animæ*, cap. I y II.

para ocuparos de la vida religiosa de vuestras familias. Mientras consumis vuestra actividad en las agitaciones del siglo, sin confiar más que en vuestra habilidad y en vuestro ánimo varonil; una mujer y algunos niños interceden por vosotros, y dan gracias á Dios por cada beneficio que derrama sobre vuestra casa. Ojalá que al oírlos recurrir al *Padre celestial*, reconocéis como obedecen mejor que vosotros á los instintos sagrados del corazón humano, y cómo comprenden mejor que vosotros las enseñanzas de la tradición, las lecciones de la historia y las revelaciones de la naturaleza.

Detengámonos aquí: tal vez me haya extendido demasiado, señores; porque la existencia del gobierno divino apenas necesita pruebas, después de lo que hemos dicho sobre la *Obra de Dios*; pero me consuelo por vosotros y por mí aplicando este proverbio: *Quod abundat, non nocet*, la abundancia de bienes, no daña. Por lo demás, ya que la negación de la Providencia nos salía al paso en nuestra exposición, era conveniente descartarnos de ella, y manifestar el lugar que le corresponde en el catálogo de los errores del espíritu humano. Bien considerado, este ateísmo incompleto que admite la existencia de Dios y rechaza su gobierno, nada tiene de serio; es un error bastardo, nacido de un resto de fé, y de una mala disposición de espíritu á quien espantan los misterios de la Providencia; á no ser cuando procede de un corazón corrompido que no quiere ser perturbado en la satisfacción de sus pasiones, por la inspección de un señor infalible y soberano. El ateísmo absoluto es más franco y más consecuente, aunque no menos irracional. Hemos formado su proceso, y juzgado las dos causas; ahora pasemos adelante, y examinemos la constitución del gobierno divino.

II.

En su perpétua duracion y en sus innumera-
bles aplicaciones, el gobierno divino es un
simple acto de su entendimiento y de su vo-
luntad. Solo por una fleccion del espiritu hu-
mano analizamos esta acto, para ponerlo á
nuestro alcance. No temais, señores, que abu-
so de este analisis limitando las constituciones
humanas; me bastan tres artículos para daros
á conocer la constitucion del gobierno divino.

Artículo primero: El gobierno divino es
una monarquía, cuya soberanía es universal y
absoluta.

Artículo segundo: Las leyes del gobierno
divino son inmutables.

Artículo tercero: La acción del gobierno
divino es infalible y santa, en su fin y en sus
medios.

Os explicaré sucintamente hoy el texto de
estos artículos, que serán la materia de disputa
en las próximas conferencias, cuando com-
paremos entre sí la libertad y la soberanía, la
gracia y la inmutabilidad, el mal y la san-
tidad.

Dios se llama á sí mismo el Rey de reyes,
y por este título ha definido el carácter y el
ejercicio de su soberana autoridad. Por grande
que sea el hombre, siempre tiene alguna de-
pendencia. Sin hablar de la investidura divi-
na, necesaria á todo poder para ser respetado,
y de las leyes superiores de que ninguna legis-
lacion humana puede prescindir, el consen-
timiento expreso ó tácito de los pueblos, las
convenciones limitativas del arbitraje, la di-
vision de la intendencia y de la autoridad son
cosas con que todo gobierno debe contar, si
quiere evitar los excesos de los poderes despo-

tas y violentos, cuya suerte es la de no durar
por mucho tiempo. Mas Dios no ha recibido su
poder, sino de su propia esencia, ni ha necesi-
tado el consentimiento de su criatura para
crearla, ni se lo pide para gobernarla. Su vo-
luntad penetra, así como su inteligencia, en
todas partes; y en todas partes se impone sin
que nadie tenga derecho á decirle: ¿Por qué
mandais eso? Es verdaderamente *monarca*,
esto es, único Señor, y su soberanía es univer-
sal. Es tan poco perceptible en sus pormeno-
res, que se ha intentado atribuir á cada uno
de los seres, su propia acción, como á causa
primera; sólo en el conjunto es donde se
muestra claramente. Sin embargo, por uni-
versal que sea su gobierno, nada escapa á su
penetrante mirada y á su omnipotente acción.

Hay filósofos tímidos, señores, que aplican
al gobierno divino este antiguo adagio: *De mi-
nibus non curat praetor*; y tienen por cosa in-
digna de la majestad de Dios, el cuidado de
las cosas pequeñas y de los hechos insignifi-
cantes. Se imaginan no sé qué leyes generales
en que Dios lo ve todo y gobierna todo: una
providencia particular de cada cosa introduc-
ciria, á lo que ellos entienden la multiplicidad
en el Sér divino, y lo descompondría. No nie-
go, señores, las leyes generales; pero no puedo
convenir con los que pretenden suprimir, por
este medio, la providencia particular; por la
simple razon de que no es esta la voluntad de
Dios, que debe conocer, mejor que los filóso-
fos, el modo y las condiciones en que gobier-
na. Se ha dignado revelarnos los conmovedo-
res detalles de su administracion paternal y
regia á la vez. Se interesa por la germinacion
de las más pequeñas semillas, por el desarro-
llo de las flores, por la vida y la muerte de los
pájaros, por la caída de nuestros cabellos, con
la misma solicitud que por las inmensas evo-

laciones de las esferas celestes (1). ¿No es Él la causa de todos los seres y de sus perfecciones? ¿Hay alguna cosa que no se ordene á su bondad, y que no deba dirigirse á este fin supremo de toda existencia? (2). Creer que se humilla y degrada, por ocuparse de las cosas inferiores y diminutas, es atribuirle injustamente nuestras imperfecciones. Cuando el hombre gobierna, conviene que no vea sino desde lo alto, y que no toque sino desde lejos, porque si se aplica demasiado á los pormenores, se olvida del conjunto. Pero Dios está á la vez en todas partes: todo está sujeto á su sabiduría, y los cuidados que emplea en las cosas grandes y en las pequeñas, son un mismo acto.

Aquí conviene precaverse, señores, contra la exageración de los que, para dar mayor extensión al gobierno de Dios, trastornan la economía de su obra. Ciertos espíritus dispuestos á creer que nada puede hacerse bien, si Dios no lo hace inmediatamente, suprimen las causas segundas, y atribuyen á la Providencia toda operación de los agentes naturales. Dios es, según ellos, el que alumbró en la luz, el que calienta en el fuego, el que despide aromas en la flor, y así en los demás. Apurando esta doctrina, se llegaría fácilmente á una especie de panteísmo; Santo Tomás se contenta con declararla imposible. «Dios, dice, obra en todas las cosas: obra como un imán que atrae á sí las acciones de todos los seres, de que su

(1) *Dens non solum caelum et terram, nec solum hominem et angelum, sed me exigui et contemptibilis animantis viscera, nec axis pinnulam, nec herbae flosculum, nec arboris folium sine suarum partium conventuia dereliquit.* (S. Aug. *De civitate Dei*, cap. XI circa finem.)

(2) *Cf. Summ. Theol.*, I part., q. 92, art. 2, et q. 103, artículo 5.

bondad es el fin supremo; obra como principio y primer motor del orden, en que son agentes todas las causas; obra como creador y perpetuo conservador del ser que obra, y como motor de la fuerza en virtud de la cual obra el ser, mas so pena de hacer la creación inútil é ilusoria, no se puede quitar á las fuerzas naturales la operación para la cual han sido criadas (1).»

Digo más, señores; la universalidad del gobierno inmediato de Dios, no debe entenderse sino de la extensión de sus designios á todos los seres, pues se digna confiar muchas veces á las criaturas la ejecución de esos designios. Y ha encomendado á los seres superiores el gobierno de los inferiores, no por falta de poder, sino por exceso de bondad; para comunicar á las criaturas la prerogativa de la causalidad (2), y hacer tanto más excelente su gobierno, cuanto mayor perfección comunica á las cosas gobernadas (3). Esto es lo que produce la admirable armonía que hemos admirado en el mundo, y lo que constituye nuestra propia grandeza.

(1) *Virtutes operativae, quae in rebus inveniantur, frustra essent rebus attributae, si per eas nihil operarentur; quinimo omnes res creatae viderentur quoddammodo esse frustra si propria operatione destituerentur; cum omnes res sint propter suam operationem... Sic feritur intelligendum est Deum operari in rebus, quod tamen ipsae res habeant propriam operationem.* (*Cf. Summ. Theol.*, I part., q. 105, artículo 3.)

(2) *inferiora gubernat per superiora, non propter defectum virtutes, sed propter abundantiam suae bonitatis, ut dignitatem causalitatis etiam creaturis communicet.* (*Cf. Summ. Theol.*, I part., q. 22, art. 3.)

(3) *Tanto erit melior gubernatio, quanto major perfectio a gubernante rebus gubernatis communicatur.*

(*Cf. Summ. Theol.*, I part., q. 103, art. 6.)

¿No vivimos nosotros harto apasionados de esta nuestra grandeza, hasta el punto de buscar una sacrilega independencia? Sin duda que no osaremos negar á Dios el honor de habernos creado; porque vemos por experiencia que no tenemos en nosotros mismos la razón suficiente de nuestra existencia. Pero poseemos la razón suficiente de nuestros actos, somos dueños de nuestras determinaciones, somos libres, nos gobernamos á nosotros mismos, no necesitamos, pues, del gobierno de Dios.—Si, señores, sois libres, y vuestra libertad, beneficio y misterio á la vez, lo confieso con toda franqueza, parece más difícil de conciliar con la soberanía de Dios, que las fuerzas ciegas de la creación. Más adelante trataremos de esta cuestión importante; ahora no quiero interrumpir el hilo de mi discurso. Y baste notar aquí, que vuestra libertad, por lo mismo que es una fuerza creada, no puede ser una causa primera, y que debe estar sujeta, como toda causa segunda, al gobierno universal de Dios. No sólo sus actos están previstos y ordenados, no sólo no posee en sí misma los motivos de sus determinaciones, sino en la verdad y en el bien que son cosas divinas; mas antes obedece sin cambiar de naturaleza, á la moción de un primer principio, sin cuya determinación permanecería inmóvil perpetuamente. Lo cual expresa Santo Tomás, que tan bien sabe decir todas las cosas, por estas palabras, que debéis conservar y meditar para disponerlos á explicaciones ulteriores: *Quatunquamque natura corporalis, vel spiritualis ponatur perfecta, non potest in eorum suum procedere nisi moceatur a Deo* (1). Una naturaleza corporal ó espiritual, por más perfecta que sea, no pue-

(1) Cf. *Summ. Theol.*, I y II part., q. 100, art. 1.

de proceder á su acción sino es movida por Dios.—Todo está, pues, en las manos de Dios, el corazón de los reyes como el de los pueblos (1); conduce sin violencia la libertad humana con tanta facilidad como el alfarero el barro de que forma vasos de honor y de ignominia (2). Desde un término al otro de la creación, lo toca todo con fortaleza, y lo dispone todo con suavidad. *Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter* (3).

¡Fortiter! pues su soberanía es absoluta. Es sabiduría por esencia; ¿por qué limitar su poder? y por otra parte ¿quién podría limitarlo? Los pueblos tienen, respecto de la soberanía humana, derechos que no pueden violarse sin ofender á la naturaleza, y sin destruir el origen del bien público; saben, además, que por estar elevado un hombre á la alta dignidad, no está por eso al abrigo de los malos consejos del egoísmo, de la ambición y de todas las funestas pasiones que produce la tiranía. Han visto á tantos príncipes, en que ponían sus esperanzas, convertirse en azotes del mundo, que no saben cómo precaverse lo bastante contra la arbitrariedad. Ved aquí por qué regulan, mediante solemnés convenciones, el poder á que se obligan á obedecer. Mas cuando la causa primera de todo bien, cuando la suprema perfección está al frente de algún gobierno, es necesario que reine de una manera absoluta. Siendo toda existencia un don gratuito de su bondad, es un derecho impres-

(1) *Cor regis in manu Dei est.* (Prov., cap. XXI, 1.)

(2) *Quasi lutum figuli in mano ejus plasmani illud, est disponere omnes vias ejus secundum dispositionem ejus, sicut homo in manu illius qui se fecit.* (Ezai., cap. XXXIII, 13 y 14.)

(3) Sap., cap. VIII, 1.

criptible suyo el gobernarla según su beneplácito, y nosotros no tenemos ni podemos tener otro derecho que el de dejarnos gobernar.

Abandonándonos en las manos de Dios, no temamos, señores; el absolutismo divino es tan suave como fuerte. Se ha impuesto á sí mismo leyes que llevan el sello de una perfecta sabiduría; leyes eternas en virtud de las cuales la criatura, cualquiera que sea, es tratada según las necesidades conocidas y definidas de su naturaleza. Nada puede exigirsele, porque ha prevenido todas las exigencias. Por un exceso de su bondad, ha añadido á las leyes eternas, pñendas y promesas renovadas muchas veces en el curso de los siglos; ha empeñado su palabra, ha jurado por su santo nombre, ha probado hasta la última evidencia, que la soberanía absoluta de su gobierno no es sino el ejercicio de una inagotable benevolencia, y que no es irresistiblemente fuerte, sino para manifestar mejor su bondad. La sabiduría y la bondad: ved aquí, señores, las mejores garantías contra el absolutismo. Estad seguros que un poder, como quiera que se llame, si está profundamente impregnado del espíritu de Dios, imitará su gobierno, y nos dará mayor seguridad que los pactos públicos, expuestos á ser quebrantados, cualquier día, por la audacia de algun ambicioso.

He hablado, hace poco, de las leyes eternas, marcadas con el sello de una perfecta sabiduría, y ellas me recuerdan el segundo artículo de la constitucion providencial: *Las leyes del gobierno divino son inmutables.*

La inmutabilidad nos parece cosa extraña, porque estamos forzosamente condenados á las reformas. El hombre legisla para tal época, para tal generacion, para tales circunstancias, cámbiase todo esto, y es preciso revisar sus códigos y sus constituciones. Cuanto más agi-

tados son los tiempos, tanto más aumentan sus temores, y no se atreve á tomar ninguna resolución definitiva; tanto teme ser burlado por lo imprevisto. Dios, al contrario, decreta en presencia de la eternidad: sus leyes abrazan, en todos los tiempos aún en lo futuro, todas las existencias, todos los movimientos y todas las relaciones; en su conjunto se cumplen siempre de una misma manera, y hé aquí por qué no necesitan ser revisadas. Por ellas son inmutables las esencias, determinadas las evoluciones, regulados los progresos y establecidas firmemente todas las relaciones del órden moral y físico. Lo que nos parece una infraccion, está previsto desde la eternidad; el milagro mismo, que de tiempo en tiempo, nos admira con sus repentinias apariciones, está comprendido de antemano en el encadenamiento general de las cosas y de los acontecimientos. En vano se intenta ponerle en contradiccion con las perfecciones divinas; en vano se invocan contra él las leyes providenciales; porque es acto de la providencia que se realiza á su hora y según su ley. Que contrarie ó que suspenda solamente el órden común de los fenómenos, qué importa si está previsto y reglamentado? Como excepcion confirma la ley en pleno ejercicio; como señal está preparada por un decreto que le asigna un lugar y sus funciones, en el órden físico y en el órden moral. Probadme, pues, que Dios al determinar los efectos de las causas segundas, abdique su omnipotencia hasta el punto de que no pueda extender más la eficacia de los agentes naturales, ó producir directamente por sí mismo los efectos sin las causas. Probadme, pues, que Dios no se ha reservado intervenir en el mundo de una manera extraordinaria, y que no ha decretado eternamente los signos que deben manifestarnos su presen-

cia, y ensalzar el poder de su soberana majestad. No me lo probaréis, señores. El buen sentido nos dice que los agentes naturales, si bien están sujetos á un órden de cosas, permanecen bajo la dependencia de un Ordenador supremo que, habiéndolos criado libremente, puede modificar segun su beneplácito su modo de obrar (1). Nuestros instintos religiosos nos muestran en el milagro una fiesta de la naturaleza, cuyo programa ha sido eternamente preparado y dictado. Cuando un rey se traslada de un lugar á otro para visitar á sus súbditos, se suspenden todos los negocios públicos, se hermosean y se iluminan los edificios, se echan á vuelo las campanas, el estampido del cañon resuena en los espacios, las muchedumbres se empujan, y millares de voces lanzan al viento alegres *vivats*. Así, señores, cuando el Rey de los reyes se digna mostrarnos de una manera sensible su invisible presencia, la naturaleza se emudece; el milagro es la bandera que lo anuncia, el fuego con que se ilumina, la salva triunfal que se deja oír, la voz extraordinaria que arrauca nuestros aplausos, y nos invita á exclamar ¡*Eccc Deus!* ¡*Vivat Rex!* ¡*He ahí á Dios!* ¡*Viva el Rey!*

Pretender que el milagro contradice la inmutabilidad de las leyes del gobierno divino, es incurrir en un error que consiste en poner las leyes en las cosas, y no en la voluntad soberana del legislador. En pocas palabras destínese San Agustín este error. «Dios, dice, obra algunas veces contra el curso habitual de la naturaleza; pero no obra nunca contra la ley suprema, porque no obra contra sí mismo. *Deus contra solitum cursum naturæ facit, sed*

(1) Cf. *Summ. Theol.*, I part., q. 105, art. 4. *Utrum Deus possit aliquid facere prater ordinem rerum habitum?*

contra summam legem nullo modo facit, quia contra seipsum non facit (1).» La incredulidad contemporánea ha comprendido esto, y abandona, de buen grado, la cuestión de posibilidad por la crítica científica de los hechos. «Nosotros ya no decimos: (son sus propias palabras), el milagro no es posible, sino decimos, el milagro no está suficientemente confirmado (2).» Yo tomo nota de esta confesion, señores; y para la cuestión en particular os remito ingenuamente á la apología que, hace diez años, compuse de los prodigios divinos, cuando no pensaba aún que tendría el honor de dirigirlos hoy la palabra. Leed esa apología, y si os satisface, será mi mayor recompensa; mas si no os satisface, nuestro segundo artículo de la constitucion divina no será por eso ménos estable. Las leyes del gobierno divino son inmutables (3).

Examinemos nuestro tercero y último artículo concebido en estos términos: *La acción del gobierno divino es infalible y santa, en su fin y en sus medios.*

Podemos proponernos en el gobierno de las cosas humanas un fin bueno, y no emplear para obtenerlo sino medios eficaces, y de aquí las sorpresas y las decepciones. Podemos errar en el fin, y entonces, por grandes y eficaces que nos parezcan los medios de que nos servimos, no producirémos otra cosa que el desórden. Sorpresas, decepciones, desórden, nada de esto es de temer en el gobierno de Dios. Su acción es tan segura como su mirada, va derechamente á sus fines, por los me-

(1) Lib. XXVI, contra Faustum, cap. III, antea med.

(2) Renan, *Vie de Jesus*, Introd.

(3) Véase la *Introducción al dogma católico*, Conferencia XXII y XXIII.

dios cuya virtud ha medido con un arte divino (1). A veces creemos que se le hace resistencia; esto es posible hasta cierto punto; absolutamente nadie, ni ninguna cosa, pueda poner obstáculo á su voluntad, que cesaria de ser soberana si no consiguiese el fin supremo que se ha propuesto (2). A este fin debemos atender, señores, porque domina las defecciones, particulares que pueden engañarnos. Ante este fin todos los consejos de Dios son estables, y se cumplen todas sus voluntades. *Omnia consilia meum stabit, et omnis voluntas mea fiet.* No os dejéis llevar de los desalientos de la naturaleza, ni de los errores de la inteligencia, ni de las rebeliones de la voluntad. Todo esto está previsto, todo esto está permitido y todo contribuye á algun bien, todo está ordenado á un fin general que se conseguirá infaliblemente, y que permitira á Dios bendecir el término de su gobierno, por las mismas palabras con que bendijo el conjunto de la creación: *Omnia sunt valde bona.* Todo está perfectamente bien.

Dios es santo; y no puede menos de querer el bien, de obrar el bien, y de ordenarlo todo al bien. Su gobierno es la ejecución de un plan

(1) *Providentia non deficit a suo effectu, agno a modo eveniendi, quam providit.* (Cf. *Summ. Theol.*, I part., q. 22, art. 4 ad 3.º)

Cf. *Ibidem*, q. 22, art. 6. *Utrum predestinatio sit certus*

(2) *Domino rex omnipotens, in dittois tux canctis sumi posita, et non est qui possit tunc resistere voluntati.* (Ester., cap. XIII, 9)

Cf. *Summ. Theol.*, I part., q. 103, art. 7. *Utrum aliquod prater ordinem divinam gubernationis contingere possit?*
Art. 8. *Utrum aliquid possit resisti contra ordinem gubernationis divinam?*

perfecto y de una determinación amorosa, que se extiende á todos los seres. Si el desigual repartimiento de sus dones os parece una injuria, hecha á estos en provecho de aquellos, tened en cuenta que siendo todo gratuito en los favores de la Providencia, Dios es enteramente libre para mostrarse más ó ménos generoso; desde el momento en que da, es bueno y santo. Sabéis además que la desigualdad es un elemento del orden, que aun en una multitud infinita, si fuese posible, la uniformidad careceria de belleza. La voluntad santa de Dios proceda como su inteligencia, que ve el todo antes que las partes, el fin antes que los medios, ella ama el bien universal más que el particular; y no ama el bien particular, sino por el bien universal. Amor sin temor y sin reproche; sin temor, porque no puede engañarse; sin reproche, porque no se engaña jamás, jamás, flo ois? Por más que vosotros hagáis comparecer en su presencia el mal bajo todas sus formas; en una parte causas sin efectos, en otra efectos prematuros; aquí los padecimientos, allá el pecado; Dios os responde que no está obligado á hacer indefectibles las causas cuya naturaleza es defectible; que una defecion puede convertirse en bien dentro del orden general (1); que nos habia puesto primitivamente en un estado exento de los padecimientos, que el padecer purifica y engrandece al que lo lleva con paciencia y magnanimidad; que el mal moral no es obra suya, sino de la voluntad libre y responsable del hombre; que si no es obra suya lo permite, porque es tan poderosa su bondad, que puede convertir el mal en bien; que no lo permitiría si no resplan-

(1) Cf. *Summ. Theol.*, I part., q. 48, art. 2, 3 y 4.º, artículo 2.

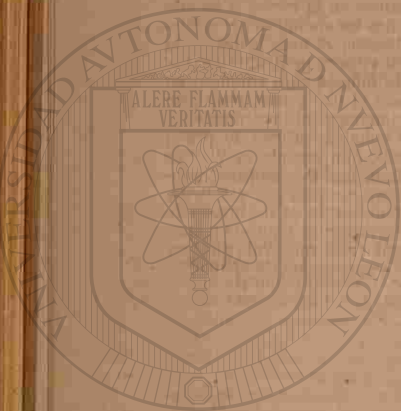
deciese en él su justicia y su misericordia (1). Y si Dios responde así, ¿quién osará replicarle? ¿*Quis respondit?* ¿Quién osará decir aun que su gobierno no es santo?

Tal vez, señores, me reprocheis la brevedad con que me desembarazo de los más profundos misterios religiosos, de que se preocupa el espíritu humano; no acepto este reproche, pues os he prometido debatir en todos sentidos cada uno de los artículos de la constitución del gobierno divino. Hoy debo contentarme con dilucidar su texto, ménos para descartar las dificultades sin importancia, fundadas en su mala inteligencia, que para establecer firmemente los principios á que debemos atenernos, cualquiera que sea el resultado de los combates, que emprenderemos sucesivamente contra las dificultades más serias. No os prometo hacer que desaparezca el misterio, mas espero probaros la necesidad de aceptarlo humildemente. Ahora en medio de las sagradas tinieblas, aparece con todo su brillo una verdad fundamental, y es que el Dios que nos ha criado es el Dios que nos gobierna. Ateneos á esta verdad, señores; que los difíciles problemas que agitan vuestro espíritu harlo curioso, no os hagan olvidar un solo instante, que Dios es vuestro amoroso padre y vuestro amable rey.

¡Oh Padre-Rey! nada basta á turbar al que creó en vuestra soberana autoridad, y se abandona en vuestra suave Providencia. Goza en paz de la vida que Vos le conservais, y recibe con acción de gracias vuestros dones de cada día. Si está en la sombra, espera en la luz; si

(1) Deus cum sit summe bonus, nullo modo sineret aliquid mali esse in operibus suis, nisi esset adus potans et bonus, ut benefactio et etiam de malo. (S. Aug. *Enchir.*)

gime oprimido por el dolor, se levanta con vuestros consuelos celestiales. Vos le acompañais en la soledad, y le protegéis en el torbellino del mundo. Vuestro amor es el cinturón que fortalece sus lomos en la lucha, el escudo que le defiende contra los enemigos de su perfección y de su salvación. Si tiene la desgracia de caer, cuenta con vuestro perdón; si permanece en pie, os pide fuerzas para combatir en buen combate hasta el fin. Y porque en este mundo os lo debe todo, espera firmemente los bienes eternos que le habeis prometido. ¡Cuán feliz y tranquilo está, aun cuando su vida es probada por la tribulación! De vosotros depende, señores, el procuraros esta paz y esta dicha. Arrojaoos confiadamente en los brazos de la buena y santa Providencia. Y puesto que es necesario que os gobierne, más vale que sea con cetro de amor, que con vara de justicia.



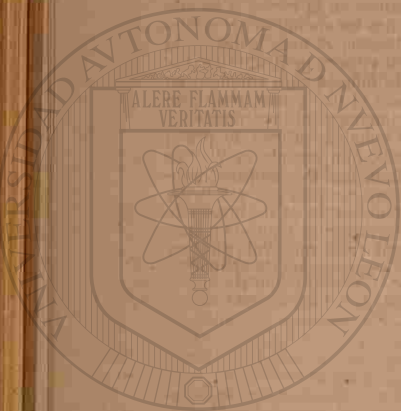
CONFERENCIA XX.

LA SOBERANÍA DEL GOBIERNO DIVINO Y LA LIBERTAD.

EMMO. SAÑÓN, MONSIEUR, SAÑÓN:

El gobierno divino, como hemos visto en el primer artículo de su constitución (1), se extiende á todos los seres, y sobre todos es absoluta su soberanía. Sin embargo, no todos los seres marchan bajo la dirección que reciben de lo alto: los unos la reciben, los otros la aceptan; los unos cumplen sin saberlo actos religiosos, mediante una voluntad ajena; otros, dotados de una voluntad propia, regulan sus actos. Mientras que los cuerpos celestes obedecen ciegamente á las leyes del movimiento, las plantas y los animales á las leyes de la vida y del instinto, el hombre reflexiona, delibera, se determina, ordena sus operaciones; se diría que se gobierna á sí mismo. Esta diferente actitud, respecto de la soberanía de Dios, es demasiado importante para que dejemos de estudiarla más detenidamente. ¿Posee el hombre una facultad, en virtud de la cual es dueño

(1) Véase la Conferencia precedente, II parte.



CONFERENCIA XX.

LA SOBERANÍA DEL GOBIERNO DIVINO Y LA LIBERTAD.

EMMO. SAÑÓN, MONSIEUR, SAÑÓNAS.

El gobierno divino, como hemos visto en el primer artículo de su constitución (1), se extiende á todos los seres, y sobre todos es absoluta su soberanía. Sin embargo, no todos los seres marchan bajo la dirección que reciben de lo alto: los unos la reciben, los otros la aceptan; los unos cumplen sin saberlo actos religiosos, mediante una voluntad ajena; otros, dotados de una voluntad propia, regulan sus actos. Mientras que los cuerpos celestes obedecen ciegamente á las leyes del movimiento, las plantas y los animales á las leyes de la vida y del instinto, el hombre reflexiona, delibera, se determina, ordena sus operaciones; se diría que se gobierna á sí mismo. Esta diferente actitud, respecto de la soberanía de Dios, es demasiado importante para que dejemos de estudiarla más detenidamente. ¿Posee el hombre una facultad, en virtud de la cual es dueño

(1) Véase la Conferencia precedente, II parte.

de sus acciones? ¿La suprema autoridad de Dios no se ve obligada á ceder ante esa facultad? ¿Cómo se adapta á ella, si no cede? Ved aquí, señores, las interesantes cuestiones que debemos hoy examinar.

I.

Al tratar el año anterior de la belleza moral del hombre, os decía: «el hombre es libre, afirmo esta verdad, su prueba vendrá más tarde (1).» Ha llegado la ocasión, señores, y cumplo hoy la promesa que os habia hecho. Debeis hacerme la justicia de que he sido siempre fiel á mi compromiso de demostraros una verdad, cuando os rogaba que aceptáseis provisionalmente su afirmación, necesaria á mi exposición. Espero daros aun, y más de una vez, pruebas de mi fidelidad.

Dos razones me obligan á insistir sobre la prueba de la libertad: la primera, porque quiero llevar hasta lo último un argumento que responde, de una manera victoriosa, á las afirmaciones del materialismo contemporáneo; la segunda, porque quiero establecer una verdad que es preciso defender firmemente, para no errar cuando se estudia el misterio de las operaciones de Dios en las almas. Digamos primero en qué consiste la libertad.

Dejo á un lado todos los sentidos que pueden darse á esta palabra, para tratar del que conviene más á nuestro objeto. Ser libre es querer una cosa con la facultad de no quererla (2). Nosotros queremos, sin duda, los movi-

(1) Véase la Conferencia XVII.

(2) *Voluntas enim potes non velle, ante quam velli, quia libera est. (Ans. De lib. arb. cons. prima parte.)*

mientos interiores y regulares de nuestros órganos, de donde procede el buca estado de nuestro cuerpo; queremos la armoniosa correspondencia de los objetos exteriores con nuestros sentidos; queremos sobre todo el supremo bien que llena nuestros deseos, y sacia nuestra naturaleza necesitada: la felicidad. La perseguimos, á través de todas las dificultades, á pesar de todas las decepciones, con la firme esperanza de obtenerla algun dia, pero en todas estas voliciones la necesidad se nos impone, no somos libres al modo que entendemos aquí la libertad (1). Al contrario, queremos tener tal pensamiento, poner tal acción, y sentimos dentro de nosotros mismos que podríamos abstenemos, ó elegir, á nuestro placer, otro pensamiento ú otra acción: somos libres. La libertad que aquí reivindicamos para el hombre, es la facultad de elegir entre dos cosas, de determinarse por una de ellas despues de deliberación. Hé aquí por qué la llamamos libre albedrio, al cual pertenece, segun Santo Tomás, la elección. *Proprium liberi arbitrii est electio* (2). Este es el que hace al hombre dueño de sus acciones, y testifica, con superior energia, su diferencia de los seres irracionales: *Differt homo ab aliis irrationalibus, in hoc, quod est suorum actuum dominus* (3).

(1) *D. Thom. Quest. Disput. De Ver. 23.*

(2) *Cf. Summ. Theol., 1 part., q. 83, art. 3.* Aristóteles llama espontaneidad á lo que tiene su principio en aquel que obra. Distingue en ella dos partes: la *voluntad* propiamente dicha y la *elección, que est coram, que vult ad finem*. Deduce la elección: *Eorum que in nostra potestate sita sunt ex deliberatione constantem appetitionem*. Las cosas que están en nuestra potestad son las que podemos hacer ó no hacer. (*Ethic., cap. IV, V y VII.*)

(3) *Cf. Summ. Theol., II.º II.º part., q. 1, art. 1.*

Que el hombre delibera, elige, se determina, es dueño de sus actos y que goza, en una palabra, de libre albedrío, nos lo enseña de una manera terminante la doctrina católica. Al fatalismo, bajo cualquiera forma que se presente, opone, no un texto, sino cada una de las páginas de los libros santos. No hay una que no nos hable de las perfecciones de Dios, y que no nos muestre juntamente la grandeza del hombre por la afirmación, á lo menos indirecta, de su libre albedrío. En ellas está escrito que Dios nos traía con miramientos que no usa con las otras criaturas: *Cum reverentia disponis nos* (1), que en el principio, cuando crió nuestra naturaleza, nos ha dejado en las manos de nuestro consejo: *Deus ab initio constituit hominem, et reliquit eum in manu consilii sui* (2). Podrían discutirse, tal vez, esos textos, y desvirtuar el sentido con sutiles interpretaciones; pero discutir la serie y romper el sentido de todos los pasajes de la Sagrada Escritura, relativos á este punto, es imposible. Pues bien, señores; todos estos pasajes de la Sagrada Escritura nos dan por conclusión que el hombre es libre. Vemos en ellos que Dios se queja de nuestro abandono, que nos reprocha la resistencia de nuestra voluntad, que propone á ésta la vida ó la muerte, que le dirige tiernas invitaciones (3). ¿A que

(1) *Sap.*, cap. XII, 18.

(2) *Ecl.*, cap. XV, 14.

(3) *Nos semper Spiritui Sancto resistitis*. (*Act.*, capítulo VIII, 51.)

Qui autem resistunt ipsi, sibi damnationem accipiunt. (*Rom.*, cap. VIII, 2.)

A resistantibus dextero tuae custodi me. (*Psal.* XVI.)

Deum, qui te genuit, dereliquisti. (*Deut.*, cap. XIII, 18.)

Dereliquisti Dominum, ut dereliqueret vos. (*II Paralip.*, cap. XXIV, 20.)

estas quejas, estos reproches, estas proposiciones, estas invitaciones, si no tenemos la elección de nuestros actos? ¿A qué esos preceptos que prescriben á nuestra actividad la dirección que debe tomar, si nuestra actividad no es dueña de sus movimientos? «No puede imponerse, dice Tertuliano, una ley á que no tiene en su poder la facultad de someterse libremente á ella (1).» ¿A qué sancionar los preceptos con amenazas y promesas? «Donde reina la necesidad, no tienen lugar ni el castigo ni la recompensa: *Ubi necessitas est, nec damnatio nec corona est* (2).»

Considera quod hodie proponerim vitam et bonum, mortem et malum. (*Deut.*, cap. XXX, 15.)

Derelinquat impius viam suam, et vir iniquus cogitationes suas. (*Isa.*, cap. VLV, 7.)

Convertere ad Dominum, et relinque peccata tua. (*Ecl.*, cap. XVII, 21.)

Si queritis, querite: convertimini, venite. (*Isa.*, capítulo XXI, 12.)

Convertimini, peccatores. (*Tob.*, cap. XIII, 8.)

Convertimini, illi revertentes. (*Hier.*, cap. III, 14, 22.)

Convertimini, ad me in toto corde vestro. (*Jos.*, capítulo II, 12.)

Convertimini, et recedite ab idolis vestris. Convertimini, et agite poenitentiam ab omnibus. (*Ezech.*, cap. XIV, 9, et XVIII, 30.)

Convertimini ad me, et convertar ad vos. (*Zach.*, capítulo I, 3.)

Tota die expandi manus meas ad populum non credentem, et contradicentem. (*Rom.*, cap. X, 21.)

(1) Non enim poneretur lex ei, qui non haberet obsequium debitum legi in sua potestate, nec rursus ominatio mortis transgressioni adscriberetur, si non et contemptus legis in arbitrii libertatem homini deputaretur. (*Teol.*, lib. II, cont. *Narc.*, cap. 5.)

(2) Liberi arbitrii nos condidit Deus, nec ad virtutes, nec

Ya lo veis, señores; el dogma del libre albedrio es, entre todos los que nos enseña la Iglesia, uno de los mejor fundados en el testimonio de los libros santos. Ese testimonio puede fácilmente confirmarse por la razón; pues no se trata aquí de una de esas verdades incomprensibles, sobre las cuales debemos contentarnos con la palabra de Dios. Consultad vuestra naturaleza, invocad vuestra experiencia; ambas os darán la misma respuesta: *Somós libres.*

En nuestras facultades espirituales todo está en armonía; se unen por medio de relaciones mútuas, y caminan de acuerdo al fin que les es propio. Es imposible que la una esté sujeta al imperio de la necesidad, mientras que la otra es libre. Nuestra razón cede necesariamente á la evidencia de los principios eternos, y nuestra voluntad cede necesariamente al atractivo del bien. Pero ¿no veis cómo en las cosas contingentes y prácticas la razón delibera, y forma juicios diferentes? ¿Por qué sucede así? «Porque en las cosas contingentes y prácticas, dice Santo Tomás, el juicio de la razón no está determinado á una cosa más que á otra. Si el juicio de la razón estuviese determinado, juzgaríamos todos, en las mismas circunstancias, de la misma manera, y por una consecuencia necesaria obraríamos todos de un mismo modo. Así sucede en los animales, cuyo juicio es determinado por el instinto.» Nuestra razón determina su juicio por consideraciones que compara, y cuyo valor pondera; la voluntad la sigue, por lo cual debemos decir con el Doctor Angélico: *«Pro tanto necesse est, quod homo sit liberi arbitrii ex hoc*

ad vitia necessitate trahimur. Alioquin ubi necessitas est, nec damnatio, nec corona est. (Hier., lib. II, cont. Jovin.)

ipso quod rationalis est. Por lo mismo que es racional el hombre, es necesario que sea libre (1).»

El libre albedrio se descubre en el análisis de nuestras facultades; digo más, se siente en nuestra manera de obrar. Un momento de reflexión es suficiente para comprobar experimentalmente su existencia. Tomad el más insignificante de vuestros actos, por ejemplo, el mover vuestra mano. «Yo siento, dice Bossuet, que al levantar la mano puedo tenerla inmóvil ó moverla, y que resolviéndome á moverla, puedo moverla á la derecha ó á la izquierda con igual facilidad: pues la naturaleza ha dispuesto de tal manera los órganos del movimiento, que no tengo más pena ni más placer en uno de estos actos, que en el otro; de suerte que cuanto más sería y profundamente considero lo que me mueve á este más que al otro, tanto más claramente experimento, que no es sino mi voluntad que me determina, sin que yo pueda hallar otra razón de obrar así (2).» Me diréis, tal vez, que me complazco en demostrar mi libertad; sea así, esto supone que existe, y que yo la siento.

¿Queréis otra contraprueba del mismo género en otra voluntad distinta de la vuestra? Id á encontrar en su trabajo á un hombre de campo, que jamás ha meditado ni discutido sobre la existencia, ni sobre la naturaleza del libre albedrio; decidle: Amigo mío, venid á pasear conmigo. — ¿Por qué? os responderá él. — Porque es necesario. — Es necesario, esto podéis decirlo, pero yo no quiero ir. — Pensáis, que querais; y os engañais. Vuestra voluntad no decide de nada, alguna cosa os detiene. —

(1) Cf. *Summ. Theol.*, I part., q. 83, art. 1.

(2) *Traité du libre arbitre*, chap. XI.

Nada de eso, y la prueba es que voy á haceros compañía.—Estaba en un error, la necesidad que yo suponía poco há, no está en vuestro trabajo, sino en el paseo.—No es así, os engañais también ahora; y sino ved cómo me quedo. No hay otra razón, señores, para que este hombre cese de contradeciros, hasta que hayais reconocido que es libre de hacer lo que quiere.

Probada experimentalmente nuestra libertad en el principio mismo de una de nuestras acciones, debemos concluir que existe en todas las otras, porque todas proceden de una misma voluntad. Sin duda que esta voluntad se determina por hábito, por motivos más ó menos graves; así es necesario, puesto que somos seres racionales, pero no confundamos los motivos de nuestras acciones, con su causa eficiente. Esta causa se manifiesta antes de obrar, y después de haber obrado; antes, por la deliberación y por la elección; después, por el sentimiento imperecedero de nuestra responsabilidad. Si no fuéramos libres, los motivos que nos mueven á obrar de tal ó cual manera, pesarían tan soberanamente sobre nuestras determinaciones, que ni siquiera se nos ocurriría la idea de examinarlas: en todo nos abandonaríamos, sin reflexionar, al impulso de la necesidad. No es esta nuestra manera de obrar; nosotros conferimos los motivos de nuestras acciones, comparamos, apreciamos, pronunciamos, decidimos, y esta serie de operaciones nos parece tan concluyente, que consideramos como irracional al que rehúsa asegurar, mediante estas precauciones, la libertad de su acción.

Después de la acción, nuestra alma, concertada en sí misma, espera el testimonio de su conciencia. Unas veces salta de alegría, y se deja oír una voz de contento que le dice:

Buen ánimo, alegrate, está bien. Otras veces confusa y temblando, sientese oprimida bajo el peso de dolorosas quejas y severos reproches. ¡Cuántas veces lo habreis experimentado, señores! Muchas veces habreis exclamado con el Apóstol: «Que busquen otros la gloria en las vanas apariencias de que se deja llevar fácilmente la ligereza del espíritu humano; nuestra gloria consiste en el testimonio de nuestra conciencia: *Gloria nostra testimonium conscientie nostrae* (1).» Y muchas más veces os habreis dirigido con el Salmista esta amarga pregunta: «¿Por qué estás triste, alma mía? ¿por qué me conturbas? *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me* (2).» ¿Por qué? Lo sabeis demasiado. El recuerdo de una mala acción, tal vez de una trama de iniquidades, os perseguía obstinadamente, tendía un velo funebre, y os abrevaba de no sé qué misterioso disgusto por las mismas cosas en que habiais buscado vuestro contento. ¡Habriais experimentado estas alegrías y estas aflicciones interiores, si no tuviésteis el sentimiento de vuestra responsabilidad! ¿Seríais responsables, si no hubiésteis usado ó abusado de vuestro libre albedrío?

En vano querriamos, señores, olvidar que somos responsables de nuestras acciones; una experiencia constante nos trae á la memoria este honor, que Dios no ha hecho en este mundo visible á otra ninguna criatura. Todos los pueblos han traducido esta experiencia á su lengua; hecho inmenso por el cual se muestra que en este punto no somos víctimas de una ilusión. El género humano no puede engañarse en una cosa tan importante, y tan

(1) II, Cor. I, 12.

(2) Psalm. XLI.

fácil de comprobar. El puesto que ocupa la libertad en sus creencias, en sus preocupaciones y en sus relaciones, basta para demostrarlos que es una cosa venerable y sagrada.

¿De dónde procedería, decídmelo, esa idea, tan clara y tan distinta, que tienen los pueblos de un poder interno, capaz de deliberar, de elegir, de determinarse, de crear una responsabilidad, si no fuese evidente la existencia de este poder, puesto que toda idea supone un objeto? Yo puedo atribuirme falsamente una realidad que no tengo; pero yo la he visto en alguna parte. Si jamás la hubiese visto, no podría tener la ocurrencia de atribuirme la. De donde debemos concluir que si jamás hubiese visto el hombre la libertad, ignoraríamos la palabra, y la cosa que significa. Ahora bien, señores; el hombre no ha podido ver la libertad sino en sí mismo, pues todo se mueve en su derredor de un modo pasivo, bajo la dirección de las leyes naturales. La ha visto siempre y en todas partes; y esto nos explica la universal y constante creencia del género humano sobre este punto; creencia tan impresa en nuestra naturaleza, que hasta los mismos que profesan el fatalismo, consultan, deliberan lo que han de obrar, se conmueven y se indignan enteramente como seres libres.

Suprimid el libre albedrío, y todo se hace inexplicable, ridículo, odioso en la vida práctica de los pueblos. Yo no comprendo ya ese horror á los gobiernos violentos y absolutos, esa necesidad que experimentan de ser respetados, esa noble altivez con que se proclaman independientes, esa reivindicación solemne que anuncian para lo futuro. Cierto que hay reivindicaciones excesivas, injustas, enemigas de todo orden; pero no menos que las reivindicaciones mesuradas, legítimas y pacíficas, un problema insoluble, si no dan testimonio de

esa general y profunda convicción, de que los pueblos no deben ser gobernados como un rebaño de bestias, porque el hombre es dueño de sus actos. *Differt homo ab aliis irrationalibus in hoc quod est suorum actuum dominus.*

Explicad de otra manera la historia y los monumentos, y no lo conseguireis. Leo páginas entusiastas, en que se cantan las alabanzas de hombres, hace mucho tiempo muertos; veo inscripciones, cuadros, medallas, estatuas, arcos de triunfo, templos, que me recuerdan las celebridades de lo pasado. Pero ¿qué es una celebridad? es un genio, cuyas inspiraciones han dado á las letras, á las artes, á las ciencias, á las instituciones políticas y sociales un vigoroso impulso; es un hombre esforzado, el primero siempre en los combates; es un héroe que ha derramado su sangre y sacrificado su vida por su país; es un corazón generoso, cuyos innumerables beneficios han caído, como una lluvia saludable, sobre alguna grande miseria de la humanidad; es un santo, cuyas sublimes virtudes han perfumado todo un siglo, para preservarle de la corrupción universal: es justo immortalizar su memoria si eran libres. El genio, en vez de agotarse en un trabajo porfiado, podía abandonarse en la molición, y contentarse con un talento fácil; pero no lo ha querido. El hombre esforzado podía cubrirse, como lo hacen tantos otros, con el cuerpo de sus soldados, mandarlos desde lejos, y llevarlos delante de sí, en lugar de animarlos con su ejemplo; pero no ha querido. El héroe podía esperar la muerte, en vez de ir delante de ella; pero no lo ha querido. El bienhechor podía gozar de sus tesoros, en lugar de prodigarlos á los otros; desplegar un fausto insolente, en lugar de mostrarse magnífico para con los desgraciados; pero no lo ha querido. El santo podía

imitar á sus contemporáneos, tomar parte en su vida voluptuosa, ó á lo ménos contentarse con una honradez vulgar; pero no lo ha querido. Querer lo que puede no quererse, no querer lo que puede quererse; en esto consiste la gloria, señores, porque en esto está la libertad. ¿No existe la libertad? Entonces hacéd una hecatombe de todos los recuerdos. Borradlo todo, rasgadlo todo, deshacedlo todo, trastornadlo todo, destruidlo todo: las páginas de la historia, inscripciones, cuadros, medallas, estatuas, arcos de triunfo, templos; y en medio de las ruinas construíd cómodas moradas, en que viváis un día y otro en el olvido de lo pasado, esclavos de la fatalidad, esperando que su mano de hierro os quite la vida, y os arroje en medio de lo desconocido, en compañía de las falsas celebridades, tan ridiculamente glorificadas por el género humano. Si, los recuerdos, que nosotros llamamos gloriosos, son ridículos, inmensamente ridículos, si no tienen por razon de sér el dominio de sí mismo, comunicado al hombre por la libertad. ¿Tiene alguna gloria el sol, porque inunda los espacios con su fecunda luz? ¿Tiene la tierra alguna gloria porque se cubre de frutos? ¿Tiene el león alguna gloria, porque con su fuerza y su valor hace temblar los animales del desierto? ¿Qué me importan entonces los génius, los héroes, los bienhechores de la humanidad, los santos, si no podían obrar de otra manera de la que obraron? El sonreír del destino sobre su vida, no merece un recuerdo de mi oscuridad y de mi miseria.

Ridículo en la gloria, se hace odioso el género humano en la justicia, si se suprime el libre albedrío.

La primera justicia de los pueblos es la opinión, á cuyo tribunal son citados los vicios. El orgullo, la envidia, el egoismo, la avaricia,

la crueldad, la destemplanza son los nombres de las cosas, contra las cuales se indigna la honradez, y á las cuales imprime el sello de una reprobacion pública. Mas porque esta reprobacion, muchas veces ineficaz, no podría proteger suficientemente los derechos de todos, la justicia de los pueblos se encarna en una institucion, cuyo oficio es conocer sobre los actos perpetrados por el vicio, condenarlos y castigarlos. Donde quiera que haya una sociedad, existe y funciona esta institucion; los errores, en que ha incurrido alguna vez, no han podido comprometer su existencia, ni poner en duda, un sólo instante, la santidad de su mision. Es santa, en efecto, desde que se propone por objeto un sér responsable; porque ella representa un órden basado en la ley eterna, á la cual deben someterse todas las voluntades; de su deber es reprimir á todo el que quebranta ese órden, y es justo que el que disfruta de los beneficios de la vida pública, sea castigado á causa del desórden que en ella introduce voluntariamente. Pero, si el hombre obedece á la fatalidad, nada más odioso que esa pompa hipócrita de que se reviste, para imputarle su crimen y castigarle por él. Queréis convencer y castigar á un culpable. ¿En qué, os pregunto, es más culpable un ladrón que el animal que vive de la rapina? ¿En qué es más culpable el asesino, que el tigre que mata para saciar sus feroces instintos? ¿En qué es más culpable el insurrecto, que la tromba que destroza con su ímpetu el navio que encuentra á su paso? Si tenéis fuerzas, matad la bestia salvaje, dividid la tromba, pero no juznéis; ¡invocad las leyes! Vuestras leyes son odiosas como vuestra justicia: no tenéis derecho de hacerlas, pues no toca á vosotros poner trabas á la necesidad.

Señores, hay hombres que no retroceden

ante estas consecuencias absurdas; son los apóstoles del materialismo. Han estudiado el organismo humano hasta la molécula madre, y han comprobado que nuestros apetitos, nuestros instintos, nuestros hábitos morales, nuestras acciones dependen de este organismo. No hay, pues, para ellos criminales, sino enfermos. Su código penal se reduce á esta prescripción científica: Curad, no castigueis. Suprimid la justicia, reemplazad la ciencia del derecho por la patología, la magistratura por un jurado de medicina. Transformad los presidios en hospitales, las cárceles en casas de sanidad, la horca en chorros de agua súbicamente aplicados. Ved aquí la bella sociedad que produciría esta doctrina, si llegase á regular nuestras costumbres públicas y privadas. Nada de responsabilidad; por consiguiente, libertad á todas las pasiones viles y crueles. Fuera luchas; pues un vicio de organización no puede ser corregido por la sola voluntad.

Vosotros estáis organizados para el bien, es una fortuna; pero yo no os debo admiración por vuestras preclaras acciones, ni gratitud por vuestros beneficios: yo estoy organizado para el mal, es una desgracia; pero no es lícito reprobarme, maldecirme ni condenarme. ¿Qué digo? Vuestra misma compasión sería un insulto; yo no la quiero, pues, en resumidas cuentas, no hay bien ni mal, todo son idiosincrasías. Vosotros queréis que prevalezcan las vuestras sobre las mías, porque os asiste la fuerza; pero llega un día en que la fuerza se pasará á mi lado, y se cambian los papeles. Yo os curaré de estas enfermedades que llamáis deber, honradez, virtud, sacrificio.

Se nos reprocha á veces este género de pruebas, que consiste en hacer odiosa una doctrina, mostrando sus consecuencias prácticas:

es de personalidad, se nos dice, y la personalidad es de mal género. Yo protesto, señores, contra toda intencion malévolá respecto á las personas. Lejos de acusar á los materialistas de querer directamente las consecuencias de su doctrina, sé y confieso que en los hábitos de la vida es fácil hallarlos en flagrante delito de contradicción con sus teorías. Como seres sociales tenemos derecho á la vida social; de este derecho deriva naturalmente el de examinar si una doctrina, bajo el punto social, produce la vida ó la muerte. Si produce la vida, la aceptamos con alegría y respeto; si produce la muerte, la rechazamos con indignación y desprecio. Fuera, pues, el materialismo, fuera el fatalismo, bajo cualquier forma que se presenten.

No hay duda que nosotros tenemos en cuenta las flaquezas y pasiones humanas. No hay tribunal que no modere sus sentencias, según las circunstancias atenuantes de las faltas y de los crímenes. La opinion misma, pronta siempre en sus juicios, sabe, cuando es necesario, suavizar sus rigores; pero atendemos igualmente á las fuerzas de la voluntad. Sin recurrir á los ejemplos ilustres de la historia que nos muestran el orgullo abatido, la codicia reprimada, la cólera reprimida, la carne domada por gloriosos combates, podemos convencernos, en los estrechos límites de nuestra propia vida, de la eficacia de nuestra libertad. ¿Quién de vosotros, señores, no halla entre sus recuerdos, mezclados con los días sombríos y nefastos en que ha cedido á los atractivos del mal, y al ímpetu de las pasiones, días serenos y gloriosos en que su voluntad ha vencido noblemente la tentación? Aunque no hubiese sino uno solo de esos días en una vida, basta para probar al mundo, que ni las inclinaciones de nuestro organismo, ni las violencias exteriores

pueden producir el querer, contra nuestra voluntad. A estas palabras de un panteísta: «*La libertad de que se glorian los hombres, no consiste sino en la conciencia de su voluntad, y en la ignorancia de las causas que la determinan*» (1), podemos responder resueltamente enseñados por la experiencia: es falso. No solamente tenemos conciencia de nuestra voluntad, sino que también experimentamos en nosotros cómo se origina la volición en todas sus fases: la deliberación, la lucha, la elección, la determinación; somos, pues, dueños de nuestras acciones, somos libres.

II.

Importa mucho, señores, definir bien nuestra condición en el gobierno divino; pero es preciso que la verdad de nuestro libre albedrío no nos haga perder de vista la suprema autoridad que lo regula y dirige. Poseemos el dominio de nuestras acciones; sin perder por eso nuestra dependencia del dominio universal y absoluto de Dios sobre las criaturas. Estas dos cosas deben conciliarse en provecho de nuestra perfección, y sin menoscabo de la perfección divina. No nos forjemos vanas ilusiones, no exageremos el sentimiento de nuestra libertad, no pervirtamos el sentido de las palabras que confirman nuestra superioridad sobre todos los seres que carecen de razón, y el privilegio de ser dueños de nuestros actos. Está escrito que «Dios nos ha dejado en manos de nuestro consejo: *Deus ab initio constituit hominem, et reliquit eum in manu consilii*

(1) Espinosa.

sui (1); pero esta sabia y misericordiosa concesión de nuestro Hacedor, no llega hasta el punto de permitir que tomemos resoluciones absolutamente independientes de El, y que perturben el orden de sus eternos consejos. Sabemos que «Dios nos trata con reverencia: *Cum reverentia disponis nos*» (2); pero este respeto no consiste en desentenderse de nosotros, y dejarnos obrar. «Siendo las criaturas libres, dice Bossuet, sin duda alguna la porción más noble del universo, son, por consiguiente, las más dignas de ser gobernadas por Dios.» ¿Cómo gobierna Dios á las criaturas libres? Ved aquí la cuestión importante que vamos á examinar.

En todo gobierno hay un signo que manifiesta la autoridad del soberano: es la ley, expresión de su voluntad. Cuando la ley es prudente, tiene bajo su acción á la libertad sin hacerla sufrir, la dirige sin quitarle por eso la iniciativa. Pues bien, nada más evidente que la ley, signo de la soberana autoridad en el gobierno divino. El orden del mundo es el resultado de su aplicación universal, y de su constante dirección. Preguntad á la ciencia, y os responderá que ningún ser se conserva en su estado ni en su lugar, que ninguna acción se ejecuta, ningún movimiento se realiza, ningún fenómeno se produce en el cielo, ni en la tierra, sino en virtud de una ley; y es manifiesto que toda ley de la naturaleza es la expresión de una voluntad superior. Enlazados en el orden general, y recibiendo de otro el ser y la vida, no podemos reclamar el privilegio de la autonomía. Cuanto mayor es nuestra perfección, tanto más necesitamos de una di-

(1) *Eccli.*, cap. XV, 11.

(2) *Sap.*, cap. XII, 18.

reccion; y Dios nos da esa dirección. A nuestro cuerpo aplica la ley de los cuerpos, y á nuestra alma la ley supereminente de los espíritus. El soberano bien nos atrae, y nuestras facultades se mueven con orden para alcanzarlo. La inteligencia tiene sus reglas, de las cuales no puede separarse, so pena de caer en el error; y la voluntad sus reglas que debe seguir, para no precipitarse en el pecado. Somos libres para obrar el mal, pero la ley nos enseña qué es preciso obrar el bien. Esta se llama razón y conciencia en nuestro foro interno; razón y conciencia que son un destello de la luz de lo alto, una participación del Verbo eterno «que ilumina á todo hombre que viene á este mundo (1)» «una impresión del rostro resplandeciente del Altísimo (2)». Si, señores, Dios reina y habla como soberano dentro de nosotros; y aunque no le oyéramos sino en las sagradas profundidades de nuestra razón y de nuestra conciencia, seríamos unos criminales en no escucharle.

Ved hasta qué punto procura gobernarnos, más bien para conducirnos más seguramente al término supremo de nuestra vida, que para hacernos sentir su autoridad. Añade á la ley infusa la ley escrita, completa y perfecciona con revelaciones y preceptos santos las enseñanzas internas de la razón y de la conciencia. Dios ha hablado, y se nos ha transmitido su palabra, la hemos leído y releído en páginas venerables, comprendiendo por ellas, mejor que por nuestra razón, lo que quiere de nosotros. A nuestra libertad toca decidir si ha de someterse ó nó á su autoridad, tantas

(1) *Verbum... erat luc vera, que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum, (Joan. I, 9.)*

(2) *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine. (Psalm. IV.)*

veces manifestada; pero cualquiera que sea la decision, no podremos conquistar la independencia. Dios conserva siempre su dominio sobre nosotros; y si hoy parece que cierra los ojos á nuestras resistencias y á nuestras prevaricaciones, ya llegará el día de su terrible cuenta. Entonces por haber querido sacudir el suave yugo de su ley, incurriremos en los rigores de su justicia; entonces conoceremos cómo hemos abusado de un don que antes de ser nuestro, pertenecía al padre de todos los dones; entonces sentiremos de una manera cruel nuestra dependencia; entonces confesaremos, para nuestra eterna confusion y nuestro eterno dolor, la universal soberanía de Dios.

La ley sancionada por la justicia sería bastante para la universalidad de la soberanía divina. Pero hemos dicho, señores, que esta soberanía es absoluta, y por este título debe ejercerse de una manera más directa, y más inmediata sobre nuestro libre albedrío, y sobre cada una de las acciones que de él proceden.

No puede haber en el mundo sino una causa primera de todas las cosas. ¿Y no parece que habría dos si nosotros, sin ser movidos por una fuerza superior, fuésemos el principio de nuestras determinaciones? La ley nos dirige, pero no nos mueve directamente. Si consideramos en ella el único medio con que Dios ejerce sobre nosotros su soberanía, resulta que nos decidimos por nosotros mismos, y por nosotros solos, y que sin ser absolutamente extraño á los actos de nuestra libertad, Dios no es, propiamente hablando, la primera causa de ellos.

Me diréis que Dios nos ha hecho libres, y esto basta; pues el que es autor de la causa, lo es también del efecto. Es cierto; pero Dios no es un autor cualquiera que se contenta con producir, sin saber con precision lo que resul-

tará de lo que ha producido. Cada una de sus criaturas forma parte de un conjunto, en que toda acción, así como toda existencia, debe ser ordenada á un fin general; y para esto es necesario que la acción sea conocida anteriormente. Mas ¿cuál es el medio de conocer de antemano la acción de una causa indiferente por su naturaleza, como el libre albedrío, si no está determinada por una influencia absolutamente independiente del que conoce? La sabiduría infinita, bien lo sabeis, no puede esperar nuestras decisiones, para formar el plan general de su obra y de su gobierno.

Si suponemos que Dios puede ver de una manera eminente lo que nosotros haremos, aun se necesita un medio cierto, para conducir nuestros actos á sus fines. Pero ¿cuál es este, os pregunto, si la ley puramente indicativa y directiva puede ser quebrantada por todos los seres libres? Yo no veo otro que una acción directa de la voluntad divina sobre la voluntad humana; sólo este medio, me parece que responde á las exigencias de la suprema causalidad.

Notad bien, señores (y esto es de suma importancia en la cuestión presente), que Dios no es una causa subalterna é incompleta; respecto del ser, bajo cualquiera forma que se le considere, es causa suprema y total. No puede una criatura darse á sí misma una perfección más grande, que la que el Criador le ha dado; lo cual sucedería, sin embargo, si Dios no obrase en las libres determinaciones de nuestra voluntad. Escuchad sobre este punto la palabra del gran Bossuet; no es posible expresarse mejor: «No puede dudarse que todo el bien y toda la perfección que se halla en las criaturas, procede de Dios; pues Él es el soberano bien, origen de todo bien. Así siendo el buen uso del libre albedrío el mayor de los

bienes y la última perfección de la criatura racional, debe proceder de Dios; de otro modo podría decirse que nos habíamos hecho mejores y más perfectos, que lo que Dios nos había hecho, y que nos dábamos á nosotros mismos una cosa más perfecta que el ser; puesto que vale más á la criatura racional el no existir de ningún modo, que usar de su libre albedrío contra la razón y la ley de Dios. Si se dice que esta perfección, que adquiere la criatura racional por el buen uso de su libertad, no es más que una perfección moral, que no iguala, por consiguiente, á la perfección física del ser; es preciso considerar que este bien moral es la verdadera perfección de la naturaleza humana, y que es tan apetecible, que el hombre debe desearla más que al mismo ser. De suerte que no puede imaginarse una cosa más irracional, que atribuir á Dios lo que vale menos, esto es, el ser, y quitarle lo que vale más; esto es, el ser bueno y el vivir bien (1).»

Debemos, pues, admitir para salvar el honor de Dios, que su soberanía sobre nuestra voluntad libre es en tal manera absoluta, que influye directamente sobre nuestras determinaciones, al mismo tiempo que las dirige por su ley. Estamos en la condición de todas las potencias creadas, que no pueden proceder á sus actos propios, sino en virtud de una acción divina (2). Así la Escritura nos dice ter-

(1) *Traité du libre arbitre*, chap. III.

(2) *Non solum Deus universon, providentia sua, tuetur atque administrat, verum etiam que vocatur et agunt aliquid, intima virtute ad motum atque actionem ita impellit, ut quomodo causarum secundarum efficientiam non impedit, promovit tamen, cum ejus occultissima vis ad intima pertineat, et quemadmodum sapiens testatur, attingit á fine usque ad finem fortiter, et disponat omnia suaviter.* (Catechism. Pii V, pars. I, cap. II, art. I, núm. 20.)

minantemente, que Dios obra en nosotros el querer y el obrar: *Deus est, qui operatur in nobis colles, et perficere* (1). Esto quiere decir que la operacion de Dios sobre el sér libre, no obra lo mismo que sobre el sér meramente pasivo; que se acomoda á nuestra naturaleza, y deja intacta nuestra libertad.

Resta explicar la accion directa de la soberania divina. Aqui se dividen las opiiones; vamos á seguir las paso á paso.

Algunos quieren que Dios se contente con un concurso general é indeterminado, comun y simultáneo á todos los séres. Cada cual lo particulariza al obrar, segun su naturaleza, y lo determina, en tal manera, que el acto producido es el acto de Dios, y al mismo tiempo el acto propio de la criatura que obra. Imaginamos una poderosa máquina, cuyos pistones, brazos y ruedas, producen una infinidad de movimientos, de arriba abajo, de abajo arriba, de derecha á izquierda, de izquierda á derecha, en sentido paralelo, vertical, oblicuo, alternativo y continuamente. Todos ellos tienen un solo motor; pero cada uno se apropia el movimiento, y lo modifica segun su situacion y estructura. O considerad, sino, en el centro de nuestro sistema planetario al sol, inmenso foco de luz y de calor. Su virtud penetra los espacios, obra hasta las últimas fronteras de su imperio, y siendo en todas partes la misma, concurre á efectos diversos. Recibida por los planetas opacos é inanimados, se resuelve en un movimiento elíptico y continuado; recibida en los séres orgánicos, se transforma en esos movimientos alternativos de vida, á que debemos la frondosidad de nuestros bosques, la hermosura de nuestros campos, de nuestros

(1) *Ad Philip.*, cap. II, v. 13.

Jardines y vergeles: hojas de variadas tintas, flores de mil formas, colores, perfumes, ricos productos y sabrosos frutos. Asi se verifica en el universo, respecto de todo acto de una naturaleza criada, el concurso de la virtud divina, con la diferencia de que ésta no excita el acto, sino lo acompaña solamente, á fin de no desnaturalizarlo. La libertad toma, como los otros agentes, su parte de concurso divino, se lo apropia y lo determina. Este concurso reduce á que Dios quiere, desde la eternidad, poner con la voluntad el acto, que ésta querrá realizar en el tiempo á su albedrio (1).

Este sistema no es difícil de concebir, señores; pero su mayor inconveniente es que suprime, de hecho, la soberania absoluta de Dios sobre el libre albedrio. Gozando la criatura de una plena iniciativa, sujeta á sus decisiones la accion suprema de la divinidad en lugar de someterse á ella; y Dios con su concurso general, indiferente, indeterminado; desempeña en el uso de nuestra libertad, y en la formacion de nuestras resoluciones, un papel menos importante, que el del motor del juego de una máquina, el del sol en la revolucion de los planetas y en el desarrollo de la vida. No es, pues, de extrañar que otros teólogos hayan tratado de explicar mejor el ejercicio de la soberania divina.

Admitamos, dicen, el concurso general de Dios; pues es absolutamente necesario á su soberania, y nuestra actividad limitada no puede pasarse sin él. Sin embargo, no basta, si se considera que somos séres racionales, y que

(1) Cf. Molina, *Liberi arbitrii cum gratis donis divinis praxientia et... concordia*. (Disput. 25, et seq.)

Cf. Suarez, lib. III, *De auxiliis gratie in generali*, prout in divina actione, vel motione consistit. (Cap. 35, et seq.)

son indispensables á nuestra libertad los motivos determinantes. Mas esos motivos se nos suministran generalmente, por el medio en que se ejercita nuestra actividad; y pertenecen al Señor de todas las cosas preparar ese medio, de manera que influya, según sus designios, en las determinaciones que quiere que tomemos. El sonreír de la naturaleza, su melancólico aspecto, la palabra ardiente de un corazón desinteresado, el sollozo de una voz amada, un grande ejemplo de virtud, el crimen abominable á que conduce una vida desarrugada, una felicidad inexperada, un acontecimiento trágico, en fin, toda una série de circunstancias sabiamente dispuesta en derredor nuestro, no es bastante para determinar-nos á obrar bien, ó para arrepentirnos de haber obrado mal? Dios, que lo ha ordenado todo, no se muestra bastante soberano, tanto respecto de las cosas que dispone, como respecto de la libertad que dirige á sus fines?

Sin embargo, todavía puede más ejerciendo su poder, no exteriormente, sino en lo íntimo del alma. ¿Cómo se verifica esto, señores? Mediante la persuasión. Persuadir es entrar cuanto es posible en el alma, poner la voluntad ajena en la suya, hasta que quiera lo que nosotros queremos, sin herir por eso su libertad. Un tribuno lanza su apasionada palabra sobre una muchedumbre indiferente; pasados algunos instantes hécia ahí trasformada, brama, se ofrece, y se dispone á las hazañas ó á los crímenes, para los cuales se reclama el concurso de sus robustos brazos. Un apóstol deja caer de sus labios conmovidos las verdades eternas, que abrasan su corazón; el pecador le escucha con despecho; después se ablanda, se conmueve, llora, cae de rodillas y exclama: ¡Oh Dios mio, tened piedad de mí! ¿Quién podrá contar los prodigios de persua-

sión obrados por la palabra humana? Y notad bien en qué consiste. La persuasión no se cuenta con hacer decir á un alma: *es verdad*, lo que ya es un gran triunfo; le hace decir: *yo quiero*. ¡Lo comprendéis? Un alma dice: yo quiero, lo dice libremente, y sin embargo, la fuerza victoriosa de otra voluntad es la que le hace decir esa palabra. A veces un hombre está tan seguro de su triunfo, que obra con una especie de infalibilidad, sin que por eso pueda decirse que hace violencia á la libertad de sus semejantes. ¡Poder verdaderamente admirable! Para ejercerlo no es necesario haber estudiado largamente los artificios del discurso; una palabra sin arte, pero ardiente y sincera, puesta al servicio de la convicción, del entusiasmo y del amor, basta para obrar esa maravilla. Vosotros lo habeis experimentado, señores, si no en la vida pública, á lo menos en la privada, cuando impelidos por el sacrificio, deteniais á alguno de vuestros amigos en los bordes de un abismo fatal, ó cuando precipitados vosotros mismos, érais detenidos de repente por la fervorosa oración de los que os amaban.

Si el hombre tiene el poder de persuadir, ¿cómo dejará Dios de tenerle? Los obstáculos materiales que pueden impedirnos la entrada en un alma, ó que nos fuerzan, aún en las mejores condiciones, á hablarle, y á obrar sobre ella á cierta distancia, no existen para Él. ¡Ah! si pudiésemos romper á la vez los lazos de la carne que cautivan á nuestra alma, y las rebeldes puertas que debe atravesar nuestra palabra, para llegar á su objeto, ¿qué fuerza no adquiriría nuestra persuasión! Pues bien; lo que nosotros querriamos en el ardor de nuestro celo, lo hace Dios naturalmente y sin esfuerzo. Espíritu puro y omnipotente se aboca directamente con los espíritus, les habla y

se hace entender sin ruido. Los Crisóstomos humanos son muy poca cosa; id junto á aquel divino Crisóstomo. Es necesario elevar hasta lo infinito la más sublime, la más ardiente, la más penetrante y la más triunfante elocuencia del mundo, para formarse una idea de la fuerza persuasiva de que Dios dispone respecto á la libertad. Nos persuade inundándonos silenciosamente de una luz que nos hace ver el mal en toda su fealdad, el bien, el deber y la virtud en todo su esplendor; nos persuade mostrándonos, juntamente con sus beneficios, los castigos que reserva á los ingratos que le desprecian; nos persuade infundiéndonos sentimientos indeliberados de santa alegría, de piadosa tristeza, de esperanza, de deseo, de amor y de temer; nos persuade por no sé qué delectación victoriosa que se apodera de nuestra alma, y la hace exclamar: *Rabboni* (1), Maestro. ¡Ah! no es un grito falaz. Puede decirse verdaderamente que Dios es Señor cuando, después de haber trazado en derredor de nuestra libertad una rigurosa circunvalación de circunstancias que la estrechan á rendirse, entra misteriosamente en la plaza en que ella se mantiene atrincherada, y la obliga, no sólo sin violentarla, mas antes sin imponerle necesidad, á reconocer su soberanía. Parece que ya podemos detenernos aquí, y considerar la persuasión como la última palabra de la concordia entre la soberanía divina y la libertad humana. Sin embargo, hay teólogos que van más allá.

Analizando la persuasión llevada á su último término, se descubre en ella la composición de dos actos enteramente distintos: el acto de una fuerza que excita una determinación

(1) Cf. Suarez, *De acerbis*, (Lib. V, cap. 8.)

ción de la libertad, y el acto de esta que se determina á sí misma. Estos dos actos suceden el uno al otro; pero no puede decirse en todo rigor que el primero sea la causa directa y eficaz del segundo. Se me persuade; pero yo soy el que cedo á la persuasión, y determino su eficacia. De donde se sigue que Dios, si su soberanía se reduce sólo á persuadirme, no es tan absolutamente señor, como quiere y debe serlo; pues siendo en sí misma mi determinación un acto exclusivamente mío, y la raíz propia del bien que puedo hacer, y de los méritos que puedo adquirir, este bien y estos méritos se sustraen á la suprema eficacia de la causa primera.

Así discurre una escuela ilustre y sabia, sumamente celosa de las prerogativas divinas. No niega la influencia de los motivos ni la fuerza de la persuasión (1); pero quiere que la soberanía absoluta de Dios consista en que sea rigurosamente causa primera de todas las cosas, y no lo es, á su entender, si no produce en nosotros el ser, las potencias y sus mismos actos. Obra, pues, en todo ser que obra (2), ninguna cosa puede realizar sus actos naturales sino por la influencia de su divina virtud (3), ninguna causa, aunque sea espiritual, por más perfecta que se la suponga, puede obrar, si no es movida por ella (4). Esta mo-

(1) *Aliquis homo trahit aliquem suadentem ratione, et hoc modo Pater trahit homines ad Filium suum, vel per internum inspirationem, vel per miraculorum operationem...* (S. Thom., in Joen., lect. 5.)

(2) *Deus operatur in cunctis operante.* (Sum. cont. Gent., lib. III, cap. 67.)

(3) *Nulla res potest in naturalium operationem exire, nisi virtute divina.*

(4) Véase la Conferencia precedente, texto de Sto. Tomás.

ción universal, y absolutamente necesaria á toda naturaleza criada, la recibe también nuestra voluntad (1); por su virtud se determina eficazmente á tal ó cual acción; de otro modo permanecería en estado de pura potencia. Que se le dé el nombre de premoción que espanta á ciertos espíritus, porque parece asimilarnos á los cuerpos brutos y á los seres irracionales, aunque no tiene en realidad otro objeto que distinguir la influencia directa é inmediata sobre nuestros actos, de toda influencia puramente moral; que se discuta sobre su esencia, haciéndola consistir unos en el decreto eterno é infalible, por el cual Dios quiere y predetermina cada uno de nuestros actos; otros en el término mismo del decreto divino, es decir, en cierta cosa creada, transitoria, especie de tóque misterioso que pone en movimiento nuestra actividad, y la hace eficaz; poco importa, con tal que la aceptemos para decir con toda verdad, que Dios es el autor de todo lo que hay de ser en nosotros; pues en último resultado, un acto es un acto.

Pero mi libertad se rebela contra semejante moción. ¿Pues qué? dice ella; es propiedad mía tener dominio sobre mis actos; y hé aquí que se trasliere á otra causal! Si al fin esta causa no obrase más que por influencias morales, cuya eficacia dependiese de mis decisiones! pero no; ella me previene, me penetra, me pone en acción, tanto que sin ella permanecería eternamente una potencia indiferente é indeterminada. ¿En qué soy dueña de mis acciones? ¿Qué diferencia hay entre mí y las

(1) *Deus movet voluntatem immutabiliter propter efficaciam virtutis moventis, qui desistere non potest.* (Quest. 6. De malo, de electione humana, artículo único.)

criaturas dirigidas por la necesidad? ¿Para qué ponerme en perpétua contradicción con el sentido íntimo y la experiencia?

A estos gritos de la libertad responde Santo Tomás: «Si el hombre tiene el dominio de sus actos, pero no con exclusión de la primera causa (1). Si se necesita que el libre albedrío sea causa de su movimiento, no es necesario que sea primera causa. Dios lo mueve todo en el mundo, así las causas naturales como las causas libres, y como su moción no impide que los actos de las causas naturales sean naturales, así tampoco impide que los actos de las causas libres sean libres, sino por el contrario hace que sean tales; pues Dios obra en cada ser según su propia naturaleza (2). No detengais la voluntad divina en la superficie de los efectos que produce, pues llega hasta lo más íntimo: no solo hace que el ser movido produzca un efecto, sino que lo produzca de la

(1) *Voluntas dicitur habere dominium sui actus, non per exclusionem causae primae.* (Quest. 3. De pot. art. 7, ad decimum tertium.) *Mens hominis, etiam sana, non ita habet dominium sui actus, quin indiget moventi a Deo.* (Cf. Summ. Theol., I y II part., q. 109, art. 2, ad primum.)

(2) *Libertum arbitrium est causa sui motus: quia homo per liberum arbitrium ipsium movet ad agendum. Non tamen hoc est de necessitate libertatis, quod sit prima causa sui in quod liberum, est cuius nec ad hoc quod aliquis sit causa alterius requiritur, quod sit prima causa eius. Deus igitur est prima causa movens, et naturales causas et voluntarias. Et sicut naturalibus causis movendo eas non auferit quin actus earum sint naturales; ita movendo causas voluntarias, non auferit quin actus earum sint voluntarias; sed potius hoc in eis facit: operatur enim in unoquoque secundum eius proprietatem.*

(Cf. Summ. Theol., I part., q. 83, art. 1, ad tertium.)

manera que conviene á su naturaleza; de tal suerte que si hubiese alguna cosa repugnante á la mocion divina en el acto que hace producir á nuestra libertad, ese acto no sería libre (1). En dos palabras: Dios produce en nosotros el acto y su modo: hace que obremos, y que obremos libremente; hace que tomemos una determinacion, y que esta determinacion sea libre (2).

Pero no menos que nuestra libertad pelagra nuestro respeto por la santidad de Dios, al verlo hacerse cómplice, si no autor principal del mal de que nosotros nos hacemos culpables. Porque si no podemos obrar, sino cuando Él nos pone en acto, es evidente que debe tomar la responsabilidad de todo lo que hacemos.—A todo esto responde Santo Tomás: «Dios es la causa primera de todo lo que hay de ente en nuestros actos; pero el mal no es ente sino privacion de ente. Esta privacion de ente se limita á nosotros; que somos causas defectibles, y no llega á la causa primera, que es indefectible. Si mi pierna cojea, no se debe atribuir el defecto de mi paso á mi alma, principio del movimiento, sino á mi pierna mal conformada; si peccó, no se debe atribuir mi peccado á Dios, causa primera é indefectible de mis actos, sino á mi libre albedrio defectuoso. Solo yo soy responsable, Dios no lo es sino de

(1) *Voluntas divina non solum se extendit ad hoc ut aliquid fiat per rem quam movet, sed et etiam eo modo fiat, quod congruit nature ipsius: et ideo magis repugnaret dictione motioni si voluntas ex necessitate moveretur, quod suo nature non competit, quum si moveretur libere privaret competit suam naturam.* (Cf. *Summ. Theol.*, I y II part., q. 10, articulo 4, ad primum.)

(2) Cf. *Sto. Thom. Totam questionem de electione humana.* (Q. VI. De Malo, articulo único.)

lo que hay de bien en el acto material del peccado (1).»

Ved aquí, señores, en toda su austera grandeza la opinion de la escuela tomista, tocante á la soberanía divina sobre la libertad humana. Bossuet la ha comprendido y la ha hecho suya (2). Si vosotros la aceptais, debéis aceptar tambien sus dificultades, tanto por parte del mal, como por parte de la libertad. ¿Las respuestas que se dan á estas dificultades son suficientes? Os dejo en libertad de juzgar sobre esta cuestion, pues no me toca á mi imponeros una opinion, por más que sea la mia. Yo

(1) *Respondeo dicendum quod actus peccati est ens et est actus, et ex utroque habet quod sit à Deo: omne enim quocumque modo sit, oportet quod deriveretur à primo ente: omnis autem actio causatur ab aliquo existente in actu, qui nihil agit nisi secundum quod est actu: Omne autem ens reducitur in primum actum, scilicet Deum, sicut in causam quod est per suam essentiam actus. Unde relinquatur quod Deus sit causa omnis actionis, in quantum est actio; sed peccatum nominat ens et actionem cum quodam defectu, defectus autem ille est ex causa creata, scilicet libero arbitrio, in quantum deficit ab ordine primi agentis, scilicet Dei. Unde defectus ista non reducitur in Deum sicut in causam sed in liberum arbitrium, sicut defectus claudicationis reducitur in tibiam curvam sicut in causam, non autem in virtutem motivam, qua tamen causatur quicquid est motus in claudicatione; et secundum hoc, Deus est causa actus peccati, non est tamen causa peccati, quia non est causa huiusmodi actus nisi cum defectu.* (Cf. *Summ. Theol.*, I y II part., q. 7, art. 2.)—*Malum quod in defectu actionis consistit, semper causatur ex defectu agentis; in Deo autem nullus est defectus, sed summa perfectio: unde nullum quod in defectu actionis consistit, nunquam reducitur in Deum sicut in causam.* (Ibidem I part., q. 49, art. 2.)—(Cf. De Malo, q. 3, art. 2.)

(2) *Traité du libre arbitre, cap. VIII.*

xpongo la doctrina católica, y la doctrina católica no impone sino lo que es necesario creer. Mas cualquiera opinión que abracéis, señores, la fé de acuerdo con la razon, os obliga á salvar el honor de Dios y el honor de la libertad.

Para salvar el honor de Dios debéis creer que es Señor absoluto de todas las cosas; que su soberanía nos tiene en una completa dependencia; que nosotros todo lo recibimos de ella, y que ella nada recibió de nosotros. Debéis creer que es verdadera la Escritura, cuando dice que Dios dispone del hombre, como el alfarero de la arcilla que tiene entre sus manos (1); que inclina y convierte los corazones (2), que obra en nosotros el querer y el obrar, que causa en nosotros nuestras obras (3), que no somos capaces de pensar una cosa si El no nos la hace pensar (4), que nada tenemos que no hayamos recibido de El (5).

Para salvar el honor de la libertad, debéis creer que nuestra naturaleza no nos engaña cuando nos atestigua, por el sentido íntimo y la experiencia, nuestras deliberaciones, nuestras elecciones y nuestras decisiones. Debéis creer que Dios es sincero cuando nos deja en manos de nuestro consejo, cuando se queja de

(1) Sicut intum in manu figuli, sic vos in manu meo. (Jeremias XXIII, 6.)

(2) Cor regis in manu Domini, quocumque voluerit, vertet illud. (Prov. XXI, 1.) Convertit me, et convertit, quia tu Dominus. (Jerem. XXXI, 18.)

(3) Omnia opera nostra operatus es nobis. (Isaiah, XXVI, 12.)

(4) Non quod sufficientes sumus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est. (II Corinth. III, 5.)

(5) Quid habes, quo I non accepisti? (I Cor. IV, 7.)

nuestras resistencias y de nuestros abandonos, cuando nos invita á convertirnos y á volvernos a El. Debéis creer que, cuando nos gobierna soberanamente, deja alguna cosa en nuestro poder (1). Debéis creer que el dominio de nuestros actos no es ilusorio, y que produce en nosotros una verdadera responsabilidad; de otra manera la virtud existiría sin honor, el vicio sin ignominia, la recompensa sin verdad, el castigo sin justicia. Debéis creer que el hombre es un actor sério en el drama de la vida, y no una figura de representación, cuyos hilos son movidos por un actor oculto. Debéis creer, en fin, que la libertad movida por Dios es una fuerza activa que coopera eficazmente, y no un instrumento inanimado y puramente pasivo. Si no creyérais esto, incurriríais en el anatema de la Iglesia (2).

Es cierto, señores, que entre los dos dogmas de la sabiduría divina y de la libertad humana hay dificultades; pero yo espero, no explicáros las, sino hacer os aceptarlas, cuando tenemos de la predestinacion y de la gracia. Ahora escuchad, aprended, medita y poned en práctica estas sabias palabras de Bossuet:

(1) Qui in omnia liberam habet potestatem propter summum honorem, quem homini adhibuit aliquid in sua potestate reliquit, cujus unusquisque nostrum solus est Dominus. (Greg. Nysseni, lib. cat., cap. XXX.)

In libero autem arbitrio Deus hoc modo agit, ut virtutem agendi ei ministret, et ipso operante liberum arbitrium agat sed tamen determinatio, et finis in potestate liberi arbitrii constituitur. (S. Thom. in lib. II distinct. 25, q. 1. art. 1. ad 3.)

(2) Siquis dixerit liberam arbitrium a Deo motam et excitatum, nihil cooperari assentiendo Deo excitante atque vocanti... neque posse dissentire si velit, sed velint inanime quoddam nihil omnino agere, mereque passivo se habere, anathema sit. (Conc. Trident. sess. IV, can. 5.)

«La primera regla de nuestra lógica es que no se deben abandonar las verdades, una vez conocidas, por más dificultades que haya para conciliarlas; sino por el contrario, es necesario tener siempre con firmeza los dos extremos, por decirlo así, de la cadena, por más que no aparezca siempre el medio que los une (1).» Teneis en una mano el dogma de la soberanía divina, y en la otra el dogma de la libertad humana. Es posible que el nudo invisible que los une lo hayan hecho mal las opiniones; pero estad convencidos de que Dios ha hecho bien el suyo.

(1) *Traité du libre arbitre*, chap. IV.

CONFERENCIA XXI.

LA INMUTABILIDAD DE LAS LEYES DEL GOBIERNO DIVINO Y LA ORACION.

MONSEÑOR (1), SEÑORES:

La libertad humana, lejos de perjudicar la soberanía del gobierno divino, la confirma. Esta soberanía es tanto más perfecta, cuanto que tiene bajo su dominio una naturaleza capaz de conocerla, y de someterse voluntariamente á ella. En nuestros actos se combinan dos fuerzas: la fuerza de Dios que nos mueve, y la fuerza de nuestra voluntad que presta libremente su concurso á la moción divina. Esta combinacion íntima y misteriosa de nuestras fuerzas con la fuerza de lo alto, no es la última palabra de nuestra cooperacion al gobierno divino. Hay un acto noble y santo por el cual participamos, en cierto grado, de la administracion general de las cosas; tal es la oracion. Vamos á estudiarla hoy, y ponerla en presencia del principio enunciado en nuestra conferencia décimanona: Las leyes del gobierno divino son inmutables.

(1) Mgr. Richard, coadjutor de Paris.

«La primera regla de nuestra lógica es que no se deben abandonar las verdades, una vez conocidas, por más dificultades que haya para conciliarlas; sino por el contrario, es necesario tener siempre con firmeza los dos extremos, por decirlo así, de la cadena, por más que no aparezca siempre el medio que los une (1).» Teneis en una mano el dogma de la soberanía divina, y en la otra el dogma de la libertad humana. Es posible que el nudo invisible que los une lo hayan hecho mal las opiniones; pero estad convencidos de que Dios ha hecho bien el suyo.

(1) *Traité du libre arbitre*, chap. IV.

CONFERENCIA XXI.

LA INMUTABILIDAD DE LAS LEYES DEL GOBIERNO DIVINO Y LA ORACION.

MONSEÑOR (1), SEÑORES:

La libertad humana, lejos de perjudicar la soberanía del gobierno divino, la confirma. Esta soberanía es tanto más perfecta, cuanto que tiene bajo su dominio una naturaleza capaz de conocerla, y de someterse voluntariamente á ella. En nuestros actos se combinan dos fuerzas: la fuerza de Dios que nos mueve, y la fuerza de nuestra voluntad que presta libremente su concurso á la moción divina. Esta combinacion íntima y misteriosa de nuestras fuerzas con la fuerza de lo alto, no es la última palabra de nuestra cooperacion al gobierno divino. Hay un acto noble y santo por el cual participamos, en cierto grado, de la administracion general de las cosas; tal es la oracion. Vamos á estudiarla hoy, y ponerla en presencia del principio enunciado en nuestra conferencia décimanona: Las leyes del gobierno divino son inmutables.

(1) Mgr. Richard, coadjutor de Paris.

Los que niegan la Providencia, pretendán que la oración es un acto vano y ridiculo: tienen razon bajo su punto de vista; el error está en que su punto de vista es falso, como habeis podido convenceros de ello, cuando os he demostrado la existencia del gobierno divino. A estos no necesito refutarlos (1); recordad lo que os dije entonces. Pero los enemigos de la Providencia no son los únicos enemigos de la oración. Ciertos filósofos espiritualistas, de cuya opinion tal vez participais muchos de vosotros, quieren que se suprima en nuestra definición católica la oración de súplica. Nosotros decimos: «La oración es una elevación de nuestra alma á Dios, para rendirle nuestros homenajes y pedirle las cosas que necesitamos.»—A su juicio esto es demasiado, y así rechazan la petición, y citan con satisfacción estas palabras de un célebre sofista: «Yo converso con Dios, é inundo todas mis facultades de su esencia divina; me enternezco con sus beneficios, le bendigo por sus dones; pero no le pido nada. ¿Qué podría pedirle? ¿Que cambiase para mí el curso de las cosas? ¿Que hiciese milagros en mi favor? Yo que debo amar sobre todo el orden establecido por su sabiduría y conservado por su providencia, ¿podría desear que este orden fuese turbado por mi causal? No, ese voto temerario antes merecía ser castigado que oído (2).» Por lo tanto, nuestra actitud religiosa, en presencia del gobierno divino, debe limitarse á la adoración y á la acción de gracias, pero nada de peticiones. Estas no

(1) Quidam posuerunt quod res humanas non reguntur divina Providentia; ex quo sequitur, quod vanum sit orare, et omnino Deum colere (Cl. Summ. Theol., II.º II.º part., q. 83, artículo 2.)

(2) Rousseau: *Profesion de fe del Vicario de Saloye*.

serven sino para hacernos sospechar de la liberalidad divina, para introducir en el juego flexible y regular de las fuerzas de la naturaleza, una complicación muchas veces inútil y absurda, para multiplicar sin razón las maravillas; es decir, que se estrellan contra la inmutabilidad de las leyes. Señores, vamos á ponernos primero de acuerdo con nuestros adversarios; despues trataremos de ponerlos de acuerdo con nosotros.

En la parte superior de nuestra alma hay una facultad augusta, por medio de la cual podemos elevarnos, á través de las cosas visibles, hasta el conocimiento de su principio invisible. La inteligencia humana, cuando desmedidas ambiciones no la tienen cautiva, tiende hacia Dios, no para verla, porque esta vision es un acto reservado para la otra vida, sino para saber que existe, que todo lo tiene por sí mismo, que es el principio de todo ser y de toda perfección; perfección eterna é infinita, grande sobre toda grandeza, poderosa sobre todo poder, sábio sobre toda sabiduría, bueno sobre toda bondad, bello sobre toda belleza, santo sobre toda santidad. Llena de este conocimiento no puede permanecer inmóvil en un desdenoso silencio, sino que obediendo á la fuerza lógica que resuelve practicamente todas las ideas, expresa su arrobamiento por un himno de alabanza, y un cántico de adoración.

Si, señores; Dios se debe á sí mismo esta primera elevación del alma humana, esta primera oración de su criatura. Su majestuosa presencia, nos dicen las Sagradas Letras, fin estremecido los montes y los collados, y los

hace saltar como los corderos de los rebaños (1); ¿por qué no habrá conmovido esas alturas sagradas, en que se levanta radiante el pensamiento humano, como el sol sobre la cima de las montañas? Derramando una partecita de su gloria sobre el Sinaí, le ha hecho dar gritos que estremecieron el desierto; ¿por qué no habrá arrancado una oración al alma inteligente del hombre?

No es que la necesite para añadir alguna cosa a su ser, a su vida, a su felicidad: es infinito, vive una vida infinita, es feliz con una felicidad infinita. Cuando se contempla, no puede menos de bendecirse a sí mismo, con una bendición igual a su grandeza y a su plenitud. Sin embargo, siendo el principio necesario de todas las cosas, no puede menos, sin atentar a su majestad, de hallarse en todas ellas. Nada le obliga a crear, pero ya que, llevado de su bondad, ha querido comunicar el bien, es necesario que halle en este bien comunicado su propio bien, esto es, su mayor gloria. Esto no es por su parte, estad seguros, una ambición egoísta, es una necesidad a la cual no puede sustraerse, y que rige sus decretos. Todo debe ordenarse a su gloria; de otra manera Dios se despojaría de la más augusta de sus relaciones con las cosas criadas, la cual consiste en ser su fin supremo, al mismo tiempo que su primer principio. No, señores, Dios no puede sacrificar su gloria como El mismo nos lo ha dicho: *Gloriam meam alteri non dabo* (2). Tiene, pues, derecho a exigir de su criatura un acto encaminado especialmente a rendir homenaje a su perfección; este acto constituye la oración de adoración.

(1) *A facie Domini mota est terra... Montes exultaverunt ut arietes, et colles sicut agni ovium.* (Psalm. CXIII.)

(2) *Isaías, cap. XLIII, v. 8.*

Elevado a Dios por la inteligencia, y prostrado ante El por la adoración, el hombre no ha cumplido aún más que la mitad de su deber. Hay en su alma una potencia respetable y sagrada, dirigida por la razón; pero capaz igualmente de alterar la misma razón, cuando ella está conmovida; es la potencia afectiva que, en lenguaje vulgar, llamamos corazón.

Es preciso que el corazón se eleve y ruegue. Si el corazón no acompañase nuestros homenajes, faltaría alguna cosa a la perfección de nuestras relaciones con Dios, y Dios no recibiría de sus criaturas sino una gloria incompleta. La inteligencia se dirige a la majestad infinita del Altísimo, el corazón a su inagotable liberalidad; liberalidad gloriosamente manifestada por el acto creador, incesantemente continuada por el acto conservador y providencial. ¿Será preciso repetir la historia de los dones de Dios? ¿Habrá necesidad de probaros que todo bien en este mundo es un bien comunicado por Dios, que todo ser, toda vida, toda perfección, es un bien comunicado a otro ser, a otra vida, a otra perfección? Es inútil, señores; traed a la memoria la ley de la compenetración que la armonía del mundo corona concentrando todos los seres en un sólo punto, en el cual resplandece la excelencia de la obra total de la creación. Recordad esta conclusión que hemos deducido de ella: El hombre es el punto de llamada, el centro armónico de los números de la tierra. Su excelente y noble naturaleza es como el centro de los beneficios de Dios (1). Mas este centro no puede ser definitivo; la ley de la compenetración se resuelve en

(1) Conferencia XIV: *Armonía del mundo*, part. III.

una ley superior, que yo llamo ley de retorno, en virtud de la cual todo bien comunicado vuelve á su origen primitivo. Si el hombre pudiese encerrar, á manera de un abismo, y hacer desaparecer en sí para siempre los dones de Dios, sería un monstruo; porque entonces el beneficio perdería su nombre, perdiendo su carácter. No sería un bien comunicado, sino un bien debido, un bien necesario; un bien arrancado por la fatalidad á las paternales entrañas de Dios, y Dios, por el más extraño absurdo, se haría enemigo de su propia bondad.

Ya comprendéis, señores, que necesitamos de una ley para precavernos contra el olvido del beneficio. Pues vedla aquí: Todo bien comunicado á un ser libre, debe trasformarse en un acto libre, y volver por este medio á su autor. ¿Qué acto es ese? Ya lo habeis adivinado. Es un acto simple, vulgar, natural; es el acto de los pobres, de los desheredados, de los infelices que han hallado alguna vez una mano bondadosa, y un corazón generoso; es el acto que os sirva de piedra de toque, para juzgar á los monstruos que se llaman ingratos: el reconocimiento.

El reconocimiento no es fruto de la inteligencia, sino del corazón. La inteligencia conoce los beneficios, los inunda de su luz, los hace descender radiantes hasta las sagradas riberas del corazón; y el corazón conmovido reconoce. Reconoce, no por un sentimiento vago que no puede expresarse; pues al modo que el conocimiento de las perfecciones divinas se resuelve prácticamente en una oración, que llamamos adoración, el reconocimiento de los beneficios divinos se convierte prácticamente en una oración, que en todas las lenguas se llama oración de gracias.

Un autor ha dicho de la oración, que es la

respiración del alma; no recuerdo su nombre, pero le agradezco esta bella expresión, que tiene aquí su aplicación oportuna. Así como hay en todo pecho humano dos movimientos, uno que aspira el aire y el otro que expira después de haber vivificado la sangre; así debe haber en toda alma humana dos movimientos, uno que aspira los dones de Dios, y el otro que los expira bajo la sagrada forma de la oración y acción de gracias.

La naturaleza nos impone esta oración, y la Iglesia de acuerdo con la naturaleza nos la exige. Dad gracias en todas las cosas; nos dice por boca de San Pablo, que esta es la voluntad de Dios: *In omnibus gratias agite, hec est voluntas Dei* (1). Gracias sobre todo por el don inenarrable de la vida cristiana: *Gratias Deo super inenarrabili dono eius* (2). Y antes de empezar esa inmolación sacrosanta, en que se resumen todos los beneficios, exclama en nombre de todo el pueblo cristiano: «Verdaderamente es digno y justo, conveniente y saludable que te demos gracias siempre y en todas partes: *Vere dignum, et justum est, equum, et salutare, nos tibi semper, et ubique gratias agere* (3).

Adorar á Dios, no es, pues, lo bastante, y por más que permaneciésemos postrados ante su adorable perfección, dirigiéndole el trisagio angélico, exigiría aún la elevación de nuestro corazón y la oración de que sólo El es capaz, la acción de gracias. Y puesto que la acción de gracias no es, en último resultado, más que un acto gratuito, correspondiente á otro acto gratuito, y siendo el acto más gratuito

(1) I. Thesalon. cap. V, 18.

(2) II. Cor. IX, 15.

(3) Prefacio de la Misa.

que el hombre puede hacer, decir sinceramente á uno: os amo, Dios, nuestro bienhechor y nuestro padre, espera de nosotros y de la humanidad entera esta palabra sublime y encantadora, ambicionada por todo corazón tierno y generoso, esa palabra que da gracias de un modo más elocuente que todos los discursos humanos: Yo os amo.

Ya lo sabeis, señores, Dios os espera; pues la oración, dice Santo Tomás, es propia de la criatura racional: *Orare proprium est rationalis creature* (1). Permittedme recordar aquí, para desenvolverla, una idea que os indiqué el año pasado, al hablaros de la grandeza del hombre.

Parece que el mundo experimenta hasta en sus más íntimas profundidades, la religiosa impresión de la majestad de Dios, y que está pendiente de su mano en la respetuosa actitud del que ora. El real Profeta dirige al universo solemnes invitaciones: Que toda la tierra os adore, oh Señor, y cante vuestras alabanzas: *Omnis terra adoret te, et psallat tibi* (2). Diríase que está impaciente por ver todo lo que existe, todo lo que se mueve, todo lo que vive, todo lo que respira, saltar de gozo bajo la impresión de las miradas divinas, y escuchar cómo sale del seno de la naturaleza un himno grandioso y sublime, como la obra de Dios. Por su parte la Iglesia invita á la luz, á las tinieblas, á los vientos, tempestades, oscurechas, nieves, lluvias y rocío, á los ríos y los mares, á los montes y los valles, á los árboles de las llanuras y de las colinas, á las bestias salvajes y los animales del campo, á todas las criaturas á bendecir al Señor. Pero en realidad nin-

(1) Cf. *Summ. Theol.*, II.º II.º part., q. 83, art. 10.
(2) *Psalm. LXV.*

guna criatura canta, ni bendice, ni adora, ni da gracias, ni ora sino por la boca sacerdotal del hombre, que tiene la obligación de ejercer, en nombre del mundo, el augusto oficio de una representación universal, y de dar á Dios la gloria que le es debida.

En efecto, ni por su obediencia pasiva á la ley que los rige, ni por la exactitud de sus movimientos, ni por la armonía de sus relaciones, ni por el acorde de sus voces, pueden glorificar á Dios las criaturas que carecen de inteligencia, como El quiere ser glorificado; pues ellas no tienen ni conciencia de sus actos, ni conocimiento de sus destinos, ni facultad de obrar libremente. Lo que obran lo realiza Dios en ellas con inflexible exactitud; sólo El tiene conciencia de lo que obra y conocimiento del término supremo de sus operaciones. Mas todo esto no basta para la gloria exterior de Dios; porque, como dice Santo Tomás, la gloria supone un conocimiento claro, de donde procede la alabanza: *Clara enim laude notitia* (1). Un conocimiento claro del ser glorificado, la conciencia del acto que glorifica, y para que este se revista con el esplendor del mérito, una fuerza propia y personal, que pueda producirle libremente. Hé aquí la gloria tal cual la comprende instintivamente la humanidad. Todo hombre que aspira á la gloria, desea instintivamente los homenajes de un ser inteligente y libre (2). Si los Alejandro, los Escipiones, los Césares, todos los grandes capitanes del mundo no hubiesen tenido por espectadores y actores de sus triunfos

(1) Cf. *Summ. Theol.*, I.º II.º part., q. 2, art. 3.

(2) Gloria est illustris pervagata multorum: et magnorum, vel in suis civis, vel in patria, vel in omne genus humanum, fama meritorum. (Cic: pró Marcelo.)

sino á los caballos, las armas, los estandartes de los vencidos, los arboles de los caminos, los monumentos de las capitales, la tierra entera y aun los astros todos del firmamento; si no hubiesen oído á los pueblos celebrar su valor, y cantar sus proezas, hubieran muerto de disgusto sobre sus triunfos.

Pues bien, señores; lo que quiere por instinto el hombre revestido de la majestad sangrienta del vencedor, debe quererlo Dios, que está revestido de la majestad sin mancha de Criador y bienhechor. Y porque el hombre es capaz de conocerle, aunque sea de una manera imperfecta, bastante claramente para convencerse de su grandeza y de su liberalidad infinitas; porque tiene conciencia de lo que hace, y posee en propiedad el dominio de sus actos, Dios se dirige á él y le exige para gloria de su santo Nombre un acto de adoracion y una accion de gracias. Por eso los antiguos en su lenguaje sencillo y conciso, llamaron con mucha propiedad al hombre *un animal religioso*.

El hombre está obligado á orar por sí mismo en razon de su naturaleza, y además por el mundo entero en razon de su dignidad. No pudiendo las criaturas glorificar á Dios por un acto inteligente y libre, necesitan de quien las represente en el cumplimiento de este gran deber; el hombre es su sacerdote. Su naturaleza, si no lo habeis olvidado, es un compendio de todas las perfecciones del Universo, un centro viviente en que se dan cita los beneficios de Dios, el mundo menor. En este mundo menor recibe el mundo mayor la impresion refleja de la majestad divina, reconoce la liberalidad de su autor y los cuidados de la Providencia, se eleva hasta Dios, le adora y da gracias: en una palabra, el hombre hace que en sí ore el Universo. Esta bella pa-

labra *universo*, de que nos servimos para designar el conjunto de los seres, sus relaciones y su armoniosa tendencia hacia el centro divino, no puede ser cierta, sino en cuanto al hombre: «Bando un lenguaje á toda criatura, presta su voz á la naturaleza para adorar (1).» Como el artista, cuyas ágiles manos se bajan, marchan, vuelan, se cruzan sobre el teclado en que expresa sus sábias concepciones, la poesia de sus inspiraciones, y el ardor de sus sentimientos, el hombre se apodera del órgano inmenso de la creacion. Bajo la accion mecánica de las leyes, este instrumento sublime no produce más que sonidos monótonos que expiran á las puertas de las eternas mansiones; bajo la accion del alma humana su canto se anima, y produce una armonia de pensamiento y de amor, que penetra los cielos, y une á los cánticos de los ángeles sus religiosos *hosanna*.

Después de haber invitado la naturaleza á alabar á Dios, el Salmista tenia razon para añadir: «Que mi oracion, oh Señor, se eleve hasta Vos, como la nube de incienso: *Dirigatur, Domine, oratio mea, sicut incensum in conspectu tuo* (2).» La tierra y los astros se balancearian en vano en los espacios como urnas gigantescas; Dios apartaría su vista como de un espectáculo indigno de su santísima majestad, si no viese subir de esos incensarios, siempre en movimiento, el perfume de nuestras adoraciones, y de nuestras acciones de gracias.

Siendo el hombre el sacerdote de la crea-

(1) Lamartine, Médit. XIII. La Espérance.

Al dotar de un idioma á toda criatura.

Enriqueces con voz ensalzadora su alta belleza.

(2) Psalm. CXL.

cion, debéis inferir, señores, que su oracion, áun cuando se limita á adorar á Dios y darle gracias por sus beneficios, desempeña un papel importante en el gobierno divino. Es hecha en virtud de una ley eterna é inmutable, de cuyo cumplimiento depende en cierto modo la existencia de toda la naturaleza. Nada subsiste en el mundo, nada se mueve, ni vive, ni progresa, ni tiende á su perfeccion sino en virtud de la accion providencial de Dios; mas la accion providencial de Dios no persevera sino en virtud del movimiento religioso por el cual vuelve la criatura á su principio, y Le ofrece, para recogerlo en su misma obra, el sólo bien digno de El: el bien de su gloria. Suprimid este bien, y la criatura no tiene razon de ser, porque carece de fin, y Dios puede decirle lo que decia en otro tiempo á su pueblo: «Tú me abandonas, y Yo te abandonaré tambien (1).» Ciertó que una sola criatura racional puede retener, con sus homenajes, á la Providencia interesada en su gobierno; tanto supera su alma á todo el mundo. Pero es cierto igualmente que si por un imposible, dejasen á la vez todas las almas de orar, Dios dejaría caer de sus soberanas manos el gobierno del universo, y en un cerrar de ojos desaparecerían todos los seres. Pensadlo bien, señores. Cuando contemplais inmóviles las maravillas del mundo, y conteneis por una resistencia impia los admirables impetus de vuestra alma hácia Dios, perdéis vuestro puesto, os hacéis inútiles, ¿qué digo? os hacéis perjudiciales, pues conspirais contra vosotros mismos y contra toda la naturaleza. Al contrario, cuando vuestra alma se eleva hasta el Padre celestial, por la adoracion y accion de

(1) Populus iste derelinquet me... et derelinquam eum. (Deuterón, cap. XXXV, y 16 y 17.

gracias, os hacéis gloriosos cooperadores, al glorificarle, de su gobierno.

Establecido ya el dogma de la Providencia, creo, señores, que ningun espíritu sensato puede poner en duda las verdades que acabo de exponer. Por eso, no es este punto donde se nos suscitan dificultades. Los adversarios de la doctrina y de las prácticas católicas, admiten el movimiento desinteresado de la adoracion y de la accion de gracias; pero les repugna que el hombre, en provecho suyo, trate de turbar con repetidas demandas el reposo de la voluntad divina, y el tranquilo curso de las leyes establecidas. He prometido ponerlos de acuerdo conmigo, despues de haberme acordado con ellos. Que se dignen escucharme; pues muy pervertida ha de estar su voluntad, para no rendirse á mis razones.

II.

Dios no es un sér egoísta; al buscar su propio bien en nuestras acciones, no nos impide hallar en ellas nuestra propia perfeccion. Pues la oracion, áun prescindiendo de que es una súplica justa capaz de determinar la divina bondad á conceder algun beneficio, está dotada de una eficacia intrínseca é inmediata, que es preciso no olvidar.

Primeramente, cuando se hace bien, produce el mérito; porque es un acto bueno, un acto que procede de la más noble de todas las virtudes morales, de la religion; un acto, en fin, que Dios no puede dejar sin recompensa. Se ha dicho que Dios recoge el bien que se hace en este mundo con más cuidado que el labrador recoge las espigas que ha segado y el grano que, mediante el aire, separa de la paja inútil, para colocarlo en sus graneros. ¿En qué pararán nuestras oraciones? Cuáles-

quiera que sean, adoración, acción de gracias, manifestación de un buen deseo, son nuestro bien, al mismo tiempo que son el bien de Dios; pues estamos seguros de haber cumplido una obligación, de haber practicado una virtud, y de haber producido un acto, cuya eficacia consiste en atraer sobre nosotros una mirada benevola de la Divinidad; y á un alma verdaderamente religiosa debe bastarle esta seguridad.

No obstante, señores, la eficacia intrínseca á inmediata de la oración de súplica no se limita, únicamente, á proporcionarnos un merecimiento delante de Dios. Hay en el solo hecho de un hombre que busca á Dios, y se pone en relaciones con El, una especie de virtud misteriosa que penetra su vida, y obra en ella cambios maravillosos. No es todavía la mano de Dios que le toca, ni la gracia que se añade á sus fuerzas, ni tampoco una comunicación de la vida divina en su propia vida; es si un fenómeno inferno que apenas puede analizarse, ni nombrarse sino con dificultad; es una suerte de transformación tan saludable como admirable, que resulta de la elevación de nuestra alma á una region más pura, más serena, más luminosa, más dilatada, que la que habita en este mundo, y de la expansión de nuestro corazón en un abismo profundo, inmenso, infinito é insondable.

La oración de súplica es la elevación de nuestra alma á Dios; es decir, señores, que ella nos desprende los lazos de las criaturas y nos dignifica respecto de las relaciones superiores de nuestro ser. Colocados entre dos mundos, el mundo del espíritu y el mundo de la materia, nos inclinamos hacia éste con tanta mayor violencia, cuanto que nuestra vida parece destinada á sepultarse en él. Nuestra grandeza desaparecería, si una fuerza miste-

riosa no se apoderase de nuestra alma, para elevarla hácia ese ser puro y perfecto, que es la patria común de los espíritus. Allí esta parte inmaterial de nuestro ser, en que se forman el pensamiento y el amor, respira más desahogadamente, y las ondas invisibles que la rodean y penetran, la preservan de la anegación á que parece condenada por la union de un cuerpo mortal; allí halla solaz con los felices encuentros; que la unen más intimamente á los que ama con un verdadero amor. Dios es la patria común de los espíritus; luego en El pueden hallarse juntos, en El pueden consolarse de los trabajos de la separación y de las tristezas de la ausencia. ¡Oh muerte, qué de vidas amadas me has arrebatado! ¡Oh instable fortuna de las cosas humanas, á cuántos amigos te has llevado lejos de mí! Mi ojo entristecido los busca en todas partes, mi voz los llama; pero en vano, nada responde á mis impacientes deseos. Mas, si abandono esta tierra, y me arrojo en vuestro seno ¡oh Dios miel ya no hallo frías tumbas, ni distancias que se opongan á mi amor. A medida que me acerco á Vos, salen á mi encuentro aquellos que yo he amado, y les doy á todos, al abrazaros á Vos, el beso de mi oración.

La oración de súplica es tambien la expansión de nuestro corazón. El corazón humano es de tal condicion, que cayendo gota á gota sus alegrías y sus tristezas, sus glorias y sus ignominias, concluye por aglomerarlas entre riberas que no pueden contenerlas. Búscanse entonces en su derredor abismos, para descargar en ellos la plenitud de su corazón; pero nada, nada sino corazones cerrados ó ya llenos, nada sino corazones que se ahogarían, recargándolos un poco; nada sino corazones que, despues de haber recibido una vez nuestra confianza, nos hacen sufrir el martirio de

su tedio y de su frialdad; nada sino corazones cuyas paredes se tocan,—nada!—Ninguno de los abismos que necesitamos, para echar en ellos las olas que nos atormentan. ¡Ah! la soledad es para los corazones demasiado llenos una mortal compañía. ¡A dónde acudiremos! ¡oh Dios mío! ¡a dónde iremos! Ya lo veis, señores, he nombrado á Dios, como lo nombran instintivamente los que buscan en El un supremo refugio, cuando ceden al peso de sus emociones. ¡Ved aquí el abismo! Ved aquí el corazón siempre abierto, siempre profundo, siempre poderoso, siempre amigo, siempre infinito, que puede recibir sin cansarse las efusiones del corazón humano: las olas de alegría, de entusiasmo, de tristeza, de lágrimas, de confusión, de arrepentimiento, mil veces sacadas por la oración de su cauce harto estrecho, que no podía contenerlas. Y aunque no hubiese dado nada todavía, es bastante que haya recibido, para que nuestra vida salga de su presencia trasformada.

Así, pues, señores, la oración de súplica por sí misma reanima, purifica, solaza, consueta, fortifica, transforma el alma humana. ¿No es ya un gran resultado? ¡Necesitamos acudir á las importunidades que rebajan juntamente la dignidad humana, y la altísima majestad de Dios!—La oración de ruego, tal como lo entienden y lo practican las religiones positivas, no puede recibir el sufragio de la razón; porque la razón nos dice que la perfección divina no puede decaer. «Por más esfuerzos que se hagan, es imposible separar á Dios de su inmutabilidad y de su eternidad. Nuestra oración no nos produce otro bien que acercarnos á El por la meditación y el amor (1).»

(1) Julio Simon: *La religion naturelle*, IV part., chap. I. *La prier vers le fin.*

Así discurren, señores, los filósofos, partidarios de la religion natural, que pretenden reducir nuestras relaciones para con Dios, á su más simple expresión. Antes de responder á la dificultad que se nos propone, permitidme exponer claramente nuestra doctrina.

Nosotros decimos que la oración de súplica es un deber; pero vamos más allá, y decimos que es una necesidad. Por más que contradiga á su razón, que le apremia á dejar el mundo visible para elevarse al mundo invisible; por más que se olvide de su noble naturaleza en el profano comercio de las criaturas, y desprecie el comercio sagrado de la divinidad, el hombre sentirá en sí mismo el agujon de la necesidad, y levantará aún sus ojos, sus manos, su espíritu y su corazón al cielo. Admirable disposición de la Providencia, que pone la necesidad á servicio del deber, que hace del deber una necesidad, para que la necesidad garantice el cumplimiento del deber.

Dios quiere que recurramos á su paternal liberalidad: nada de lo necesario nos niega, pero con la condicion de que se lo pidamos todo; y cuando nos admiremos de tener el corazón y las manos vacías, nos repetirá estas suaves y graves palabras: Por qué no me habeis pedido nada todavía: *Usque modo non petistis quidquam*; pedid y recibiréis: *Petite et accipietis* (1).

Pedir para recibir, hé aquí la ley, señores. Dios nos la impone, porque es también un deber suyo tratar á sus criaturas proporcionalmente á sus facultades. No aguarda que los seres inferiores, que no pueden conocer ni expresar sus necesidades, le dirijan una oración;

(1) Joan. XVI, 24.

los previene, se inclina hácia ellos, y les dice á cada instante: Yo soy vuestro padre. No es oído, ni comprendido; no obstante, su incansable benevolencia interpreta cada movimiento, cada movimiento es para El como un deseo, al cual responde por un beneficio (1). Al astro radiante que gira sobre las cuerdas silenciosas de su eclíptica, al átomo oscuro que gravita en la sombra, al árbol que forma su ve armonía con sus hojas, heridas por el viento, á la pequeña flor que tiende su corola al astro del día, al gigante que llena el desierto con sus rugidos, al infusorio que va á sepultarse en una gota de rocío, envía incesantemente su bendición fecunda. Es verdaderamente padre; y un verdadero padre no olvida á un hijo ignorante que no pueda, ni conocerle, ni pedirle su asistencia. Mas en el reino superior de la naturaleza estamos nosotros, Necesitados por un lado como todas las demás criaturas, ricos por otro de luces para ver lo que nos falta, conocer la fuente de todo bien, y comprender nuestra dependencia. ¿Y no es justo que expresemos todo esto por un acto de humilde sumisión, que establezca una religiosa correspondencia entre nuestras necesidades y la liberalidad divina? Este acto es la oración de ruego. Dios la reclama por esta ley escrita en la constitución de su gobierno: «*Pedid y recibireis: Petite, et accipietis.*» Y al mismo tiempo que la reclama, garantiza su cumplimiento mediante un movimiento intenso, espontáneo, universal, irresistible, el movimiento del ins-

(1) *Pulli cervicem dicuntur invocare Deum propter naturale desiderium, quo omnia suo modo desiderant consequi bonitatem divinam. Sicut etiam bruta animalia dicuntur Deo obsequi, propter naturalem instinctum, quo á Deo moventur.* (Suum. Theol., II.º II.º part., q. 83, art. 16 ad 3.º)

tinto; porque todo ser inteligente que puede ver, conocer y sentir su indignidad, tiene el instinto de la demanda, de la súplica, de la oración. Apelo á vuestros recuerdos y á vuestra misma experiencia.

¿Qué hace el niño demasiado débil aún para extender la mano, y lograr los primeros bienes cuya necesidad le muestra su instinto? Ruega, suplica con los ojos levantados hácia su madre, y si no logra seducirla con sus besos y caricias, la vence á lo ménos con la impertinencia de sus gritos y de sus lágrimas. ¿Qué hace el pobre, cuando la necesidad, mas fuerte que la vergüenza, lo arroja en la calle que poco antes atravesaba con la noble arrogancia del trabajador? Tiende la mano, suplica, conjura, y si el amor de Dios, que él invoca, no es bastante enérgico para atraerse nuestros corazones egoístas, pide en nombre de las calamidades que su cólera nos prepara, y procura arrancar una limosna de vuestras manos dobladas y temblorosas. ¿Qué hacemos nosotros mismos, señores? Pobres respecto de aquellos de nuestros semejantes que pueden dar, y derramar sobre nuestra vida alguna parte de su gloria y de sus favores, pedimos, suplicamos. Pedimos el amor de los corazones, el apoyo de brazos robustos, socorros, auxilios, consuelos; pedimos cosas buenas y honestas, pedimos ¡ay! cosas viles é indignas; pedimos noblemente, pedimos hasta el olvido de todo pudor y de todo sentimiento generoso. Escuchad: hay hombres que nos reprochan, porque predicamos la oración al pueblo cristiano, y de que les abrimos por este medio el camino de las más humillantes supersticiones; y ellos... postrados á los pies de Serapis, á quien ha venido á besar el sol de la fortuna, afanados por tragarse lo que escapa á la voracidad de su dios, prodigos en humillaciones y vilezas, pasan la

mitad de su vida en hacer deshonrosas peticiones á seres despreciables. Me compadezco de su ignominia por la leccion que quieren darnos; en ellos se cumple esta ley de la Providencia: Todo sér que ve, que comprende, que siente su miseria, tiene el instinto de la oracion.

Me objetareis, señores, que nosotros suplicamos á los hombres, que no conocen nuestras necesidades; mas Dios, testigo invisible de todo lo que pasa en nosotros y en nuestro derredor, sabe mejor que nosotros lo que necesitamos (1), puede satisfacer inmediatamente todas las necesidades de nuestra naturaleza y de nuestra situacion, sin necesidad de otras cosas que su clara vision, y lo que es más sencillo, puede prevenir toda necesidad. Esta ley, *pedid y recibireis*, introduce, por lo tanto, una complicacion inútil en su gobierno.—Señores, tengo bien presente la omnisciencia y la omnipotencia de Dios; mas pretendo que hay una poderosa razon por la cual nos ha dicho: *Pedid y recibireis*; una razon que protege su gloria, y nuestros más caros intereses. Convenia que nos hallásemos en la imposibilidad de olvidarle, y en la imposibilidad de olvidar nuestra inferioridad y nuestra dependencia: harto fácilmente perdemos de vista las cosas de lo alto, y el recuerdo de lo que somos. Si aún así hay tantos que creen no deber nada sino á su inteligencia, á su habilidad, á su fortaleza, á su valor, y á sus esfuerzos; ¿qué sería si Dios se contentase sin ninguna señal de nuestra dependencia, hasta hacernos creer que poseemos por derecho todos los bienes? ¡Oh! entonces no habria ya beneficios para nosotros; más inso-

(1) *Sic enim Pater vester, quia his omnibus indigetis. (Math. VI, 32.)*

lentes que un criado mimado, expondríamos al desprecio los dones de Dios. Solo el mundo inferior tendria el poder de llamar nuestra atencion, y de merecer nuestros homenajes. Nuestras facultades se concentrarian de una manera egoista; y nosotros, no contentos con despreciar el sagrado deber del amor y del reconocimiento, despreciaríamos hasta la obligacion de la adoracion. Dios ha obrado, pues, sábiamente estimulando nuestra alma y nuestro cuerpo con necesidades incesantes. é imponiéndonos la obligacion de recurrir á su liberalidad. Así nos preserva mejor de un olvido funesto, nos pone en la necesidad de reconocer su soberano dominio, de confesar nuestra dependencia, y nos excita al cumplimiento de los deberes fundamentales de nuestra vida religiosa; porque pedir á Dios es ya adorarle, y preparar en el corazon el reconocimiento (1).

Nadie está libre ni exento de la ley de la oracion; y por esto, señores, debéis entrar dentro de vosotros mismos, conocer á fondo vuestras necesidades, compararlas con la plenitud divina, y reconocer cuán necesario es dirigir á la fuente de todos los bienes el instinto que nos obliga á pedir. Podid con confianza, porque la ley que nos obliga á ello, contiene una promesa á que Dios no puede faltar,

(1) *Dens nobis multa praeat ex sua liberalitate, etiam non petita; sed quod aliqua vult prestare nobis potentibus, hoc est propter nostram utilitatem: ut scilicet fiduciam quamdam accipiamus recurrendi ad Deum, et ut recognoscamus eum esse honorum nostrorum auctorem. (Summ. Theol., II. II. art., q. 83, part. 2 ad 3.) Per orationem homo Deo reverentiam exhibet, in quantum scilicet ei se subijcit, et proficitur orando se eo indigere, sicut auctore suorum honorum. (Ibidem, art. 3 corp.)*

sin faltar á su palabra. Pedido todo, áun las cosas que parecen debidas á vuestra naturaleza, porque podéis ser privados de ellas, á cada instante. Pedid la conservación de vuestra vida; la salud, la fuerza, el valor; pedid el pan de cada día, la prosperidad de vuestros negocios, el alivio de vuestros padecimientos, el consuelo de nuestras aflicciones, la protección en vuestros peligros, el reposo, la alegría, la paz. Pedid el sagrado alimento de la verdad, el honor de la virtud, el perdón de las culpas, el don inestimable de la gracia; pedid y recibireis: *Petite et accipietis.*

Pero ¿cómo! he aquí que la metafísica sale al encuentro de nuestras peticiones y con un tono absoluto exclama: Esto no puede admitirse.— Dejémosla que se explique, hemos prometido escucharla, y responderle.

Dios, dice ella, es un ser inmutable; su tranquila existencia no debe prestarse á las infinitas fluctuaciones, á que están sujetas las naturalezas criadas. Lo que quiere, lo quiere firmemente, porque lo quiere desde la eternidad, y lo quiere desde la eternidad, porque lo quiere con una sabiduría infinita. El mundo, antes que fuese criado, era armonía en su pensamiento, y leyes invariables ordenaban ya sus elementos. Esas leyes están ahora en plena actividad; ¿será necesario, pues, que Dios las cambie para hacer nuestro gusto; que las cambie, no una vez, sino á cada instante; no para una de sus criaturas privilegiadas, sino para el más humilde de los mortales? ¿Es concebible que una vida tan perfecta se mezcle en la nuestra, para seguir todas sus variaciones; que una voluntad esencialmente inmutable, sea llevada á remolque por voluntades humanas?—No: Dios es Dios, y no puede comprometer su perfección. Si escuchase nuestros votos temerarios, y muchas veces contradictorios,

debería multiplicar las maravillas, turbar á cada instante la estabilidad del orden, poner su gobierno en contradicción consigo mismo, esto, digo, es incomprensible. Fuera, pues, los gritos de nuestra miseria; la inmutabilidad divina los rechaza, como un muro de bronce, y nos los devuelve. Si somos prudentes, nos abstenemos de toda demanda, y diremos: Adoro á Dios, le doy gracias por sus beneficios, pero le dejo obrar.

Señores, nosotros veneramos, tanto como el que más, la perfección infinita, y no pretendemos cambiar la voluntad divina á nuestro albedrío; sin embargo, creemos que se puede y se debe pedir á Dios, sin que sufra menoscabo su inmutabilidad. Escuchad las luminosas explicaciones de Santo Tomás sobre este punto. «La divina Providencia no sólo ha determinado los efectos que deben producirse, mas también el orden y las causas de su producción. A estas cosas pertenecen los actos humanos; por lo cual el hombre debe poner tal ó cual acción, no para cambiar las disposiciones divinas, sino para que tales ó cuales efectos correspondan á sus actos, según la disposición de Dios; y lo mismo se observa en las causas naturales. Pues bien, la oración es una causa moral ordenada juntamente con las causas físicas. Cuando pedimos no es, por lo tanto, para mudar los designios de Dios, sino para pedir lo que Dios dispuso que se cumpliese, mediante nuestras oraciones; porque, como dice San Gregorio, el hombre pide, para alcanzar lo que Dios omnipotente ha dispuesto abeterno concederle (1).» Esta explicación

(1) Oportet sic inducere orationis utilitatem, ut neque rebus humanis divinas providentiae subjectis necessitatem imponamus, neque etiam divinam dispositionem mutabilem res-

del Doctor Angélico nos muestra el defecto de la objecion anterior, que no es más que un mero sofisma. Se invocan las leyes generales, se proclama la inmutabilidad; pero se tiene la habilidad de desterrar la más augusta, la más santa de las leyes, la ley de la oracion; porque la oracion ocupa un lugar muy principal en la armonia del mundo. Os lo he dicho, señores, la ley no está en las cosas, sino en la voluntad del legislador. Pues bien, Dios, que es legislador universal, conoce sus obras desde el principio hasta el fin, y desde el principio hasta el fin las gobierna con fuerza y suavidad; y conforme à este conocimiento y à esta autoridad ha dispuesto desde abeterno los efectos y las causas. Desde la eternidad ha decretado sus beneficios, y desde la eternidad ha decretado igualmente que la causa de ellos fuese la oracion. Desde la eternidad ha dicho en su corazón paternal, en tal hora de los siglos fecundizaré las tierras estériles; en tal hora de los siglos curaré à los enfermos, y consolaré à los afligidos; en tal hora de los siglos iluminaré

timemus. Ad hujus ergo evidentiam considerandum est, quod ex divina providentia non solum disponitur qui effectus fiant, sed etiam ex quibus causis, et quo ordine proveniant. Inter alias autem causas, sunt etiam quorundam cause actus humani: unde oportet homines agere aliqua, non ut per suos actus divinam dispositionem imitent, sed ut per actus suos impleant quosdam effectus, secundum ordinem à Deo dispositum. Et idem etiam est in naturalibus causis. Et simile est etiam de oratione. Non enim propter hoc oramus, ut divinam dispositionem imitemus, sed ut id impetremus, quod Deus disposuit per orationes sanctorum esse implendum: ut scilicet homines postulando mereantur accipere, quod eis Deus omnipotens ante secula disposuit donare, ut Gregorius dicit in Libro Biologorum. (Summ. Theol., II.^a II.^a part., q. 83, art. 2.)

las inteligencias, y robusteceré la virtud en los corazones; en tal hora de los siglos salvaré à los pueblos de la muerte; en tal hora de los siglos haré prodigios y trastornaré, si es necesario, la naturaleza y las almas; porque à tal hora de los siglos mis hijos arrodillados tenderán hacia mí, sus manos suplicantes, y penetrarán con su oracion en los abismos de mi bondad infinita. Eternamente ha dicho Dios esto, señores, y porque se cumple esta palabra eterna todos los dias ¿se osa acusar à Dios de inconstante? Esto es simplemente un absurdo. Nó, nó; por ser bueno y misericordioso, no deja de ser inmutable. La oracion, lejos de turbar la economia de su gobierno, no es sino el cumplimiento normal de sus eternos designios.

Que no se diga que la oracion somete, en cierta manera, la voluntad divina à la nuestra; que si nosotros no pedimos, tal efecto que debía producirse no se producirá, y que así quedará impedida la ejecución de los designios de Dios. Esta dificultad pueril nos permite volver contra nuestros adversarios la acusacion de antropomorfismo, con que ellas meten tanto ruido contra nosotros. Ella supone que Dios, cuya inmutabilidad afectan defender, puede ser sorprendido por nuestras oraciones; y por consiguiente que no tiene la presciencia, no ménos necesaria à su perfeccion que à su inmutabilidad. Dios sabe eternamente quién pedirá, y quién no pedirá; y podeis estar seguros que, si tal efecto debe ser obtenido por tal oracion, esta oracion no faltará.

Ménos rigurosos que los que pretenden abstenerse de toda peticion, conceden algunos filósofos que podemos pedir la fuerza, la resignacion, la virtud, el bien del alma, no el del cuerpo; lo que pertenece à nuestro destino, y

no lo que toca á nuestra prueba (1).» Es una inconsecuencia: el bien del alma está regulado, no menos que el del cuerpo, por leyes inmutables, y muchas veces, en virtud de la íntima union que los hace solidarios el uno del otro, el bien del cuerpo se convierte en bien del alma. Mas, ¿de dónde procede esta repugnancia á pedir el bien del cuerpo? Porque se imaginan falsamente que la naturaleza es un vasto mecanismo, en que la oracion no puede intervenir sin causar un milagro. Lluève, y pido buen tiempo; estoy enfermo, y pido la salud: necesito de un milagro. Pero no, señores; yo pongo simplemente un acto moral, eternamente predestinado á concurrir con una causa física, que produce naturalmente su efecto. Un milagro es un hecho que sobrepaja la eficacia de los agentes naturales, y exige un suplemento del poder divino. Dios no rehusa conceder á nuestras oraciones este suplemento, en circunstancias extraordinarias. Aun en nuestros días, á pesar de las protestas de facultades sabias, se obran grandes y portentosos milagros. Pero ni siquiera pretendemos que Dios esté obligado á lo extraordinario, cuando le pedimos, por ejemplo, nuestro pan cotidiano, que puede rehusarnos con pleno derecho.

En vano, señores, intentan los filósofos ahogar, con el peso de la Metafísica, las súplicas de la pobre humanidad; el sentido común y el amor filial triunfan de su fría é implacable razon. El hombre busca un padre en los cielos. Si pudiésemos habituarnos, á fuerza de filosofía, á no ver en Dios sino una perfeccion inaccesible en su inmutabilidad, celosa ante todo de no comprometerse, mezclándose en

(1) Julio Simón. *Ovra y lugar* cit.

las cosas humanas; nosotros no seríamos bien pronto más que viles esclavos, caminando bajo la vigilancia de su señor, y siempre solícitos por sustraerse, en un momento de olvido, al yugo de su voluntad. ¡Mas, vive Dios, nuestro padre! nosotros somos sus hijos. Queremos que se ocupe de nosotros, y que responda á nuestras filiales súplicas. Esto debe ser así, porque las relaciones de Dios con las criaturas que ha creado por amor, son relaciones de amor. Fuera, pues, esos filósofos tan inconsideradamente respetuosos para con la perfeccion infinita, esas inteligencias sofisticas que destruyen la mitad del plan divino para glorificar la otra; el género humano no los comprende. El género humano quiere á su bondadoso Dios; ese bondadoso Dios, que le sigue paso á paso, en el camino de la prueba; ese bondadoso Dios que, recibiendo todas nuestras oraciones, puede decir á cada uno de nosotros: Hijo mio, Yo te esperaba; desde la eternidad estaba pensando en lo que hoy me pides. Ved aquí al Dios del pueblo, al verdadero Dios.

Concedemos que la inmutable majestad de Dios sale sana y salva de las instancias de la oracion; pero la dignidad humana sufre en ella menoscabo. «Nada cuesta tanto, dice un filósofo, como lo que se obtiene con ruegos (1).» Si nos falta la liberalidad divina, ¿á qué condenarnos á solicitudes inútiles, á una humillante mendicidad? ¿No es mejor apelar á nuestra energia, y no deber nada sino á nuestros generosos esfuerzos, y á la grandeza de nuestro corazón?

Señores, no pretendo justificar los votos te-

(1) Nulla res carius emitur, quam que precibus optata est. (Senea. *De benef.* lib. II, cap. I circa initium.)

merarios y las peticiones inconsideradas, ni esa ciega confianza que convierte en objeto de especulación á la bondad divina; Soy tan partidario como vosotros de aquel antiguo proverbio: «Ayúdate, y el cielo te ayudará.» Sin embargo, hay en la vida humana circunstancias sin número, en que nuestra impotencia se muestra de una manera clara y ostensible, en que nuestro ánimo desfallecido y moribundo no puede ya sostenerse, en que no podemos valernos ya sino con la oración: ¿Qué digo circunstancias? Toda la vida humana es una serie de circunstancias. Nuestra grandeza, respecto de Dios, es como la grandeza del necesitado y del miserable. ¿Será envilecerla, si la ponemos á los pies del supremo Monarca, que con una sola señal puede elevarnos á él? Pedir su auxilio ¿no es trabajar por nuestra propia gloria?

Uno de nuestros autores antiguos exclamaba: «Oh cuán vil y miserable criatura es el hombre!» Pero también añadía: «Si no es elevado por una fuerza divina (1).» Pues bien, esa fuerza divina que eleva al hombre, es la oración. En apariencia nos humilla, pero en realidad nos acerca á Dios para hacernos cooperadores de su gobierno. Entendedlo bien, señores: todo hombre que pide, como todo hombre que adora y da gracias, se hace cooperador de Dios. El, que ya nos concede tantas cosas sin pedirselas, podía en toda ocasión no consultar sino á su liberalidad y derramar en su derredor la luz, la fuerza, la verdad, la virtud, la gracia y la vida. Pero la humanidad entonces sería puramente pasiva; pasiva como los astros que siguen, revestidos de sus mantos de brillantes, las líneas invariables de

(1) Montaigne.

sus órbitas; pasiva como la naturaleza que os lenta, á sus tiempos, sus seductoras galas: no era esta la voluntad de Dios. Entraba en sus designios engrandecer al hombre, haciéndole participante, por medio de actos libres, de sus propios actos, haciendo de sus deseos y de sus oraciones, una santa ley de su gobierno. Entre dos pueblos de los cuales uno, encorvado bajo la mano de un déspota egoísta, no tiene derecho á exhalar una queja, ni á expresar un deseo, ni á emitir su dictamen; y otro que por el contrario, gobernado por un monarca generoso, toma parte en los negocios públicos con peticiones seriamente examinadas, y tomadas justamente en consideración; éste es evidentemente el más grande y el más noble. Nosotros constituimos ese pueblo, señores. El rey del universo nos ha concedido el derecho de petición, y cuando un día nos revele los misterios de su providencia, y nos muestre los efectos en sus causas, podremos decirle con una santa altivez: Oh Señor! Oh Padre! allí estaba yo. Allí estaba yo cuando derramáis la vida, cuando iluminábais á las almas sencillas de corazón, cuando sosteníais la debilidad en los buenos combates de la virtud; allí estaba yo, cuando veníais en socorro del pobre, cuando protegíais á los oprimidos, cuando consolábais á los tristes, cuando curábais á los enfermos; allí estaba yo cuando amansábais las tempestades, cuando levantábais á los pueblos humillados, cuando os manifestábais con prodigios; allí estaba yo; yo he pedido, y vuestra liberal mano se ha extendido sobre el mundo para colmarlo de beneficios. ¡Cuán pequeños y miserables pareceremos á los que temen rebajarse pidiendo, á los que harto pagados de su grandeza personal, no han comprendido que la oración de súplica, es el acto más grande de la vida, y el más digno del hombre!

He concluido mi demostracion, señores. Si convenis, si comprendeis, como yo, que la dignidad del hombre, la perfeccion de Dios, la inmutabilidad de las leyes de su gobierno, no sufren en manera alguna por la oracion de ruego; entrad por un momento en vosotros mismos. Os causan admiracion muchas veces vuestra ignorancia; vuestra debilidad, vuestras caidas, vuestras tentaciones, vuestro abatimiento; de vosotros depende el remedio de todos estos males.

Un cortesano se quejaba de haber perdido la privanza de su señor. Hacia largo tiempo que la liberalidad real no frecuentaba el camino de su casa; uno de sus amigos que le oia, le dijo: «Por qué no pedis? El rey no espera sino vuestra peticion.» Ese cortesano somos nosotros, señores; nos quejamos tambien de nuestro desamparo, pero el Rey inmortal é invisible de los siglos, Dios, espera.—Pedid y recibireis: *Petite, et accipietis.*

CONFERENCIA XXII.

LA INFALIBILIDAD, LA SANTIDAD DEL GOBIERNO DIVINO Y EL MAL.

MONSEÑORES (1), SEÑORES:

Hemos establecido que la libertad, si bien nos confiere el dominio de nuestros actos, no nos sustrae al supremo dominio de Dios. La soberania de este monarca permanece absoluta sobre nuestras deliberaciones, elecciones y decisiones. Por otra parte hemos reconocido que la acción libre, por la cual tributamos á nuestro Criador los homenajes que nuestra dependencia nos impone, le manifestamos los votos de nuestra miseria, la oracion, no deroga la inmutabilidad de las leyes del gobierno divino; pues se realiza en virtud de una ley eterna é inmutable, que regula nuestras acciones con la divinidad, y nos hace sus cooperadores. Y con esto hemos llegado, no digo sin trabajo, y sin dificultad, pero sin contratiempo, al tercer artículo de la Constitucion Providencial, concebido en estos términos: La acción del gobierno divino es infalible y santa, en su fin y en sus medios.

(1) Mgr. el Coadjutor, Mgr. Ravinet, antiguo Obispo de Troyes y Mgr. Coste, Obispo nombrado de Mendé.

He concluido mi demostracion, señores. Si convenis, si comprendeis, como yo, que la dignidad del hombre, la perfeccion de Dios, la inmutabilidad de las leyes de su gobierno, no sufren en manera alguna por la oracion de ruego; entrad por un momento en vosotros mismos. Os causan admiracion muchas veces vuestra ignorancia; vuestra debilidad, vuestras caidas, vuestras tentaciones, vuestro abatimiento; de vosotros depende el remedio de todos estos males.

Un cortesano se quejaba de haber perdido la privanza de su señor. Hacia largo tiempo que la liberalidad real no frecuentaba el camino de su casa; uno de sus amigos que le oia, le dijo: «Por qué no pedís? El rey no espera sino vuestra peticion.» Ese cortesano somos nosotros, señores; nos quejamos tambien de nuestro desamparo, pero el Rey inmortal é invisible de los siglos, Dios, espera.—Pedid y recibireis: *Petite, et accipietis.*

CONFERENCIA XXII.

LA INFALIBILIDAD, LA SANTIDAD DEL GOBIERNO DIVINO Y EL MAL.

MONSEÑORES (1), SEÑORES:

Hemos establecido que la libertad, si bien nos confiere el dominio de nuestros actos, no nos sustrae al supremo dominio de Dios. La soberania de este monarca permanece absoluta sobre nuestras deliberaciones, elecciones y decisiones. Por otra parte hemos reconocido que la acción libre, por la cual tributamos á nuestro Criador los homenajes que nuestra dependencia nos impone, le manifestamos los votos de nuestra miseria, la oracion, no deroga la inmutabilidad de las leyes del gobierno divino; pues se realiza en virtud de una ley eterna é inmutable, que regula nuestras acciones con la divinidad, y nos hace sus cooperadores. Y con esto hemos llegado, no digo sin trabajo, y sin dificultad, pero sin contratiempo, al tercer artículo de la Constitucion Providencial, concebido en estos términos: La acción del gobierno divino es infalible y santa, en su fin y en sus medios.

(1) Mgr. el Coadjutor, Mgr. Ravinet, antiguo Obispo de Troyes y Mgr. Coste, Obispo nombrado de Mendé.

A este artículo, cuyo texto voy á explicar, pueden oponerse los resultados visibles de la administración de las cosas por Dios, y resumir todas las objeciones en una palabra terrible: el mal. Si la acción de la Providencia es infalible no debe ser impedida por el mal, cuya propiedad es detener las criaturas gobernadas por Dios en el camino de su perfección, y apartarlas de su fin. Si la acción de la Providencia es santa, no puede producir sino el bien, sin permitir jamás que este bien sea corrompido y manchado por el odioso contacto del mal. Sin embargo, nada más tristemente evidente que la existencia del mal en el gobierno divino. Convengo en ello, señores; pero no quiero que se saque de aquí una conclusión injuriosa contra la infalible y santa providencia de mi Dios. Demos á este grave debate toda su extensión, y para defender mejor las dos perfecciones reales contra las cuales protesta el mal, sigámonse en todas las partes en que protesta: en el mundo físico, y en el mundo moral.

I.

Importa mucho, señores, saber á qué atañernos, para proceder con seguridad en la delicada cuestión, que tratamos de ilustrar. Hay ciertos espíritus que se representan el mal, como una cosa real y subsistente, como un ser en el ser, y se crean así dificultades insuperables para explicar su existencia. Es un error grosero (1). El mal, dice Santo Tomás, no es un ser, sino la privación de un bien particular: *Malum non est aliquid, sed est priva-*

(1) Non est malum neque ens, neque inter entia. Dionisii De Diva. nominibus, cap. IV.

tio alicujus boni particularis (1). Entendido bien: la privación, y no la pura y simple ausencia del bien.

Sólo un ser tiene derecho á todos los bienes, porque es el soberano bien, que es Dios. Pero, por más numerosas que sean las criaturas de Dios, no pueden reivindicar del bien que Dios se digne comunicarles, sino la parte que conviene á su naturaleza. Lo que les falta no es un mal; puesto que tienen todo lo que les es debido (2). No tenían ningún derecho, y Dios les ha dado una perfección determinada; es preciso, pues, que se contenten con esa medida. Lo más no es injuria hecha á lo menos, sino una condición del orden, que se haría imposible sin el número en la unidad, sin la desigualdad en el número, sin el progreso en la desigualdad. Multiplicad los seres sin unos, y resultará una confusión; unid los seres por la eterna y universal repetición de una perfecta semejanza, y resultará la enojosa y desagradable uniformidad; quitad la desigualdad de los seres con abismos que el espíritu no puede salvar fácilmente, cuando se eleva de una perfección menor á otra mayor; y tendréis que contemplar un cuadro sin perspectiva, un discurso sin filación, una música sin frases musicales.

El sublime Artista del universo ha impreso en su obra el sello de la belleza, graduando el bien que en ella derramó con una prodigali-

(1) De Malo, q. 1, art. 1, et 1 part., q. 48. Malum non aliud est quam privatio boni. Damasc., lib. IV, cap. 21.

(2) Si alicuius defectus est alicui rei naturaliter, non potest dici, quod sit malum ejus. Sicut non est malum homini non habere alas, nec lapidi non habere visum, quis est secundum naturam. (Sto. Thom., De Malo, q. 1, art. 2.)

dad infinita (1). La hemos admirado, y no estamos en el caso de desdecirnos. Es cierto que los astros no poseen el bien incomparable de la vida, que anima el musgo y la brizna de yerba; es cierto que el cedro del Líbano no tiene las alas del insecto que revolotea entre ramas inmóviles; es cierto que el rey del desierto no tiene la inteligencia que brilla en la parte superior del alma humana; es cierto que el más perfecto de los hombres no tiene la clara intuición del ángel, sin embargo, todo es bueno, perfectamente bueno: *Cuncta sunt valde bona*. Cada cosa ocupa su puesto en la naturaleza. Las perfecciones inferiores hacen resaltar las superiores, y á su vez las superiores comunican su luz y su saludable influencia á las inferiores.

Escuchaba absorto, no hace mucho, una de las obras maestras de Haydn. ¿Le conocéis, no es verdad? ¡Qué amable y encantador artista! Juntamente vivo y grave, lleno del ardor juvenil y de dulce sencillez, de espiritual alegría y de tierna melancolía; siempre templado en la pasión, siempre honesto. Se prepara, se inspira, se anima, se precipita, se calma, se apaga, se reanima, multiplica las salidas, vuelve á empezar, se repite sin jamás cansar al auditorio inteligente que le comprende: es un maestro. Mientras lo escuchaba, me venía al pensamiento la gran sinfonia del universo, y me decía: allí, como en toda música magis-

(1) *Necesso est quod divina bonitas, quæ in se est nunc, et simplex, multiformiter representetur in rebus: propter hoc quod res creatæ ad simplicitatem divinam attingere non possunt et inde est, quod ad completionem universi requiruntur dives si gradus rerum, quarum quodam altum et quodam infimum locum teneant in universo.*

(Cf. *Summ. Theol.*, I part., q. 23, art. 5 et 3.)

tral, hay partes que parecen sacrificadas, humildes murmúreos que acompañan y sostienen las graves, dulces y brillantes melodías; que las melodías serian tristes sin estos murmúreos; que estos murmúreos serian insípidos sin las melodías. Sin embargo, las melodías son bellas y los murmúreos tienen su razón de ser; cada cosa es buena en sí, pero la perfección está en el conjunto. *Cuncta sunt valde bona*.

En vano, señores, buscamos el mal en la desigualdad de los bienes: es más que desigualdad. No es, repito, una simple y pura ausencia, es una privación que supone la disminución de un bien existente. Ved aquí por qué Santo Tomás, para explicar la definición citada más arriba, añade en otra parte: *Malum est privatio debite perfectionis* (1). El mal es la privación de una perfección debida á una naturaleza. Que existe esta privación es un hecho incontestable; basta abrir los ojos para verla en todos los reinos de la naturaleza. Las leyes providenciales, que regulan el movimiento y la vida de cada criatura, se ofrecen á nuestra consideración, como si fuesen perpetuamente quebrantadas por dolorosas contradicciones. ¡Cuántos seres súbitamente detenidos en el progreso normal de su desarrollo! ¡Cuántos ahogados y destruidos prematuramente! ¡Cuántas causas condenadas á la esterilidad! ¡Cuántos cuyos esfuerzos terminan en horribles monstruosidades! Y sin embargo, Dios ha bendecido los frutos de su paternidad. ¿Se ha comprometido acaso, ofrecido en más de lo que podía cumplir? ¿Y podemos pensar que una fuerza enemiga intenta desmentirle en la infalibilidad de su gobierno? Señores, un pen-

(1) *De Malo*, q. 1, art. 2.

samiento semejante sería, á la vez, sacrilego y absurdo. La acción infalible del gobierno divino no puede ser turbada, sino en cuanto el fin general que se propone alcanzar, es impedido por accidentes imprevistos que transforman la economía de los medios. Pues bien, esto ni sucede ni puede suceder. El mal físico no es causa de ninguna sorpresa, de ninguna decepción para el Autor de todo bien; pues El lo ha previsto y ordenado desde la eternidad. El conoce las causas de esos efectos, las cuales son, como dice profundamente Santo Tomás, no seres malos en sí, sino buenos; son un bien limitado, un bien mayor que triunfa por su propia perfección de un bien menor (1). ¿Quién negará que Dios puede permitir por el orden general y la belleza de su obra, que un bien defectible desfallezca, que un bien inferior sea sacrificado á un bien mayor? Esto sería negar la sabiduría misma, acusarnos á nosotros mismos de locura, en el manejo ordinario de nuestros negocios.

El orden general, la belleza del universo; ved ahí el objeto de todas estas privaciones, que no apartan ciertas criaturas de su fin particular, sino para elevarlas á un fin superior. Os lo he dicho al tratar de la armonía del mundo, hay seres cuya exuberante fecundidad trastornaría el equilibrio de la vida, si no se la limitara con accidentes convenientes para ello. Dejad, por ejemplo, brotar todos los granos de tales ó cuales plantas insignificantes; en poco tiempo habrán invadido regiones enteras, y tomado el lugar á los productos útiles para nuestra vida. Dejad multiplicarse sin obstáculos los hijos de un solo pulgon; al fin de una estación, puestos los unos junto á los otros, cu-

(1) Loc. cit., art. 3.

birán cuatro hectáreas de terreno. Dejad prosperar los huevos de los abadejos y esturiones, y en ménos de la vida de un hombre podrán llenar todos los mares. Dios ha visto todo esto, señores, y sin suprimir la fecundidad que ha bendecido, la ha regulado por medio de sacrificios. Los gérmenes condenados por sus órdenes á la esterilidad, si no sirven de pasto á las aves del cielo, van á morir sin posteridad en medio de los detritos, y á enriquecer con su corrupción las fértiles capas del *húmus*. El insecto sacrificado alimenta á otro insecto, el animal á otro animal. La ley del fuego sagrado de la vida se mantiene de los despojos de la vida. Esta ley universalmente cumplida, conserva el equilibrio del mundo animado, y comprueba la infalibilidad de la acción divina en el gobierno de la naturaleza (1).

En cuanto á las monstruosidades, atestiguan el defecto de las fuerzas creadas, y nada hay de extraño en ello. Si bien nosotros no siempre podemos asignarles una causa particular en los designios de Dios, ni saber á qué fuerza oculta son útiles, tenemos por cierto que tienen su razón de ser, y que no podrán jamás coger de sorpresa á la divina Providencia. ¿No es bastante, como nota muy bien San Agustín (2), que llamen nuestra atención, y exciten un movimiento de nuestra inteligencia hácia las leyes de que son una excepción, para que comprobemos su habitual regularidad, y

(1) *Cam Deus sit universalis provisor totius entis, ad ipsius providentiam pertinet, ut permittat quosdam defectus esse in aliquibus particularibus rebus, ne impediatur bonum universi perfectum. Si omnia mala impediuntur, multa bona deessent universo. (Cf. *Summ. Theol.*, 1 part., q. 22, art. 2, ad 2.º.)*

(2) *Enchirid.*, cap. X.

admiremos su maravilloso encadenamiento! Las sombras hábilmente distribuidas desempeñan en el cuadro del artista un papel no ménos importante que la perfeccion lineal de la perspectiva. Las pausas y discretas disonancias de una hermosa pieza nos hacen gustar, con más placer, la dulzura del canto y la suavidad del acorde. Tal es la ley de los contrastes, que se debe tener en cuenta, antes de acusar la infalibilidad del gobierno divino.

Me perdonareis, señores, si en una materia tan extensa me limito á estas breves indicaciones. Un naturalista cristiano podría hacer un libro sobre la representacion que tiene el mal físico en la naturaleza, y sacar de ella conclusiones muy honrosas en favor de la Providencia. Yo ahora doy por sentados los principios que acabo de exponer, para resolver un problema que nos toca más de cerca.

El mal no nos preocupa tanto en la naturaleza, como en nosotros mismos. Fácilmente nos explicaríamos las imperfecciones y desfallecimientos que presenciámos en las otras criaturas, si pudiésemos contemplarlos desde las alturas de una existencia tranquila. Pero no, el mal ha violado las puertas de la régia morada en que reina nuestra alma: El hombre sufre. Al modo que los llorosos hijos de Sion, cuyas desgracias profetizaba el Salmista, siembra el hombre sus días sobre la tierra y riega con sus lágrimas los trabajosos surcos que abre con su llanto (1). Su cuerpo miserable se siente atraído hácia el deleznable lodo de que ha salido, en el cual va poco á poco sumergiéndose. Pero, antes de bajar al sepulcro, es preciso que se despoje de la vida, y el sa-

(1) Emites ibant et flebant, venientes autem veniantem exultatione. (Psam. CXXV.)

grado lazo de la materia con la vida no puede romperse sino con el dolor. ¡Pobre cuerpo! no le faltará dolor. Miseria, desfallecimientos, enfermedades, males incurables; todo conspira contra él. Algunas veces herido antes que haya tenido tiempo de gustar el suave atractivo de la luz, se inclina y sucumbe prematuramente, como esas flores demasiado tiernas, marchitadas por la brisa, y quemadas por el sol. Si en su derredor no encuentra más que fuerzas que le respetan, hé aquí que es sordamente consumido por la fuerza invisible de que es instrumento, por el alma, su compañera, y muchas veces su enemiga. El alma sufre también. No sólo participa de los males de la materia por ella animada, sino que recibe golpes que afectan á ella sola. La incertidumbre de lo porvenir, el honor trocado en oprobio por los caprichos de la fortuna ó la malicia de los hombres, las esperanzas que se deshacen como un edificio arruinado, las afecciones heridas por la ingratitud ó la muerte, la soledad, la horrible soledad, en la que el corazón va y viene sin cesar buscando en su loco movimiento otro corazón en que apoyarse y reposar; ¡no basta todo esto para causar en el alma una prolongada serie de sufrimientos, los temores, la desazon, el fastidio, la tristeza, el mal humor, la agonía, la desesperacion, con otros tantos males, que se aumentan por la dificultad que tenemos de acordarnos de lo pasado, y prever lo futuro? Y para colmo de nuestra miseria, nuestra debilidad es tal, que si carecemos de males reales, nos los creamos imaginarios.

¡Sufrimos! ¡Cuántas veces, ay, he oido en el fondo de mi alma gritos lamentables! Y si me detuviere, en este momento, á escuchar la voz interior de vuestros corazones, cada uno de vosotros me diria por lo bajo: Es cierto, es

cierto, yo padezco, padezco, yo oigo la voz del sufrimiento: cada uno de vosotros, aun los que creemos felices, y los que ocultan bajo el falso oropel de la prosperidad un corazón consumido por los cuidados ó por los pesares, y anegado en un mar de amarguras. Aunque hubiese en la tierra algun privilegiado de la alegría, debería decir con Job, rey de los sufrimientos: «El hombre nace de mujer, vive pocos dias, y es lleno de muchas miserias (1),» con San Agustín: «Nuestra vida es una enfermedad continuada (2),» con el autor de la Imitación: «Oh hombre, mira arriba, mira abajo, mira afuera, mira adentro, y en todas partes hallarás cruz y martirio (3),» con la Santa Iglesia: «Vivimos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas (4).»

Más ¿por qué insistir tanto sobre la existencia de nuestros males? ¿Por qué, señores?... Porque el dolor es para las almas débiles una piedra de toque y de escándalo, una ocasion de lamentos, de quejas, y aun de blasfemias contra la Providencia. Devorados por la sed insaciable de ser felices, y hartas veces burlados en nuestros deseos, porque los ponemos en las cosas de este mundo, concluimos por preguntarnos, si Dios se ha engañado abriendo en nuestros corazones abismos que no pueden llenar. Y cuando se nos aconseja que tengamos paciencia, y adoremos la voluntad santa que nos prueba, nos parece que se bur-

(1) Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, replentur multis miseriis. (Job. XIV, 1 (T. V. G.)

(2) Morbus est perpetuus hæc vits. (Serm. LXXIV.)

(3) Convertè te supra, convertè te infra: convertè te extra, convertè te intra, et in his omnibus invenies crucem. (Lib. II, cap. 12.)

(4) Ant., *Salve Regina.*

lan de nuestro triste estado, y que una voluntad santa no puede crear un ser tan ávido de felicidad, para arrojarle á merced de tantos males.

¡Cuán ciegos somos, señores! Olvidamos que tiene dos partes nuestra vida: una fugitiva y mudable, otra permanente é inmortal; una fiesta de un dia mezclada de tristeza y alegría, otra fiesta eterna en que la dicha no puede ser turbada. Un reposo y unos gozos sin fin, ¿no merecen algunos instantes de amargos padecimientos? Un tiempo semejante á un punto imperceptible, en presencia de una duracion sin limites, ¿puede, en juicio de un sábio, embarazar, ni complicar el problema de nuestros destinos? ¡Ah! si la tierra, que es patria de un dia, aniquilase para siempre todo nuestro ser, al recibir en sus entrañas nuestros frios despojos, convengo en que Dios se habria engañado. Pero el fin de su gobierno es más alto; á El nos ordena, y á El nos conduce. Tenia, ciertamente, el derecho de trazarnos el camino, y semejante á aquellos esforzados capitanes que prometen á sus soldados la conquista cierta, y la posesion tranquila de un pais encantador, podia imponer á nuestro valor las fatigas de una travesia borrascosa.

Ved, señores, hasta dónde llega nuestra ceguedad, y cuán injustas son nuestras quejas. Este camino de dolor para la felicidad eterna no lo ha elegido Dios, sino nosotros mismos: nosotros en la persona de nuestro primer padre, nosotros por cada una de las faltas que atraen sobre nuestras cabezas los golpes de la divina justicia. Bien pronto os referiré la historia lamentable del pecado original; por ahora básteos saber esta verdad de nuestra fé: Dios, que no nos desea sino bien, no nos ha criado para sufrir. Nuestra naturaleza estaba, en sus principios, protegida por la gracia con-

tra las agresiones del dolor y de la muerte; pero renunciando voluntariamente à esta proteccion, à pesar de los avisos y amenazas de su Criador, ha caido como por su propio peso en una esfera de atraccion comun, en que no puede evitar el choque de las fuerzas enemigas de su reposo, de su paz y de su integridad. El padre del género humano nos hubiera transmitido sus privilegios, si los hubiere conservado; pero hecho pasible y mortal, se reproduce tal como él es. Somos hijos del dolor, porque descendemos de aquel que libremente, y por su propia eleccion, se ha hecho à si mismo hombre de dolor.

Hay más aún, señores; el pecado, causa del dolor, no es sólo una accion cuyo efecto se trasmite por naturaleza; es tambien un acto personal. No hay ninguno entre nosotros que, puesta la mano sobre su corazon, pueda otorgarse un certificado de inocencia. Y el pecado, en cuanto es acto personal, se convierte generalmente hablando, en hábitos depravados que turban nuestra alma, la trastornan, y llevan su accion hasta nuestro organismo, para disminuir nuestras fuerzas, suspender ó desconcertar sus funciones: es el dolor. El pecado, como acto personal, es un desórden de que somos personalmente responsables: y por esta razon nos hacemos merecedores delante de Dios del castigo y de la expiacion; y la forma natural del castigo y de la expiacion es el dolor. Así, pues, cuando sufrais, entrad dentro de vosotros mismos, y examinad vuestra vida; testigo incorruptible de la justicia divina, ella hablará por vosotros, si rehusais reconocerla, y exclamará mirando al cielo: *Justus es, Domine, es rectum judicium tuum*: Justo eres, Señor, y recto tu juicio (1).»

(1) Psalm. 118.

La voluntad santa de Dios hace triunfar, mediante el dolor, el gran bien de su justicia; mas no se olvida de nuestros intereses. Examinemos sus designios, sigámosle hasta el término de su accion, y no incurriremos en la temeridad de acusarla. ¿No es cierto que el mundo en que vivimos procura reproducir en los ténues vapores que le rodean la imagen radiante de la felicidad que nos está prometida, y atraer hácia ella las más nobles aspiraciones de nuestra alma? En vano apelamos à la verdad augusta de nuestros destinos; la perspectiva nos engaña, nuestro corazon se inclina hácia las criaturas; y se uniria à ellas como al último fin de sus deseos, y permaneceria fijo en ellas, bajo el imperio de una irresistible fascinacion, si el dolor no le despertase de su letargo, y no le hiciese comprender que la felicidad no se halla en este mundo, en que tantos males amargan las menores alegrías. El dolor es la bebida amarga que corrige el engañoso dulzor de los placeres terrenos; el dolor es el brazo de un padre tierno, cuya energia nos detiene al borde del abismo en que canta la sirena que va à ahogarnos; el dolor es el círculo de hierro en que Dios nos encierra, para hacernos comprender que la tierra hartó estrecha es una morada indigna de nuestra noble alma; el dolor es un mal que asegura el triunfo del más estimado y del más importante de los bienes, cual es el bien de nuestros destinos. ¡Cuántos desgraciados le deben el haber dirigido finalmente una mirada de esperanza al cielo, despues de largos años de olvido y de extravíos! Por más que murmuréis, señores, cuando vuestra naturaleza rendida no atiende sino à los males que la aquejan, en las horas de descanso y de reflexion os es preciso reconocer que sois tributarios del dolor.

El dolor nos muestra el término à que de-

hemos tender, asegura nuestros pasos sobre el camino que nos conduce á él, perfeccionando nuestras virtudes. ¿No arroáis el oro en el horno para purificarlo? ¿No herís á redobladós golpes el hierro para purirlo y darle el lustre conveniente? ¿No abris las entrañas de la tierra, para fertilizar sus capas? ¿No cortáis sin piedad la rama del árbol fértil para multiplicar sus frutos? Admirables imágenes de la parte que tiene el sufrimiento en la difícil obra de nuestra perfección! El es el que hace arrojar á nuestra naturaleza las escorias que la deshonran; El es el que dá á nuestra alma lo que Bossuet llama el *no sé qué de acabado* (1); El es el que nos dispone para recibir la semilla de las gracias divinas, el que multiplica nuestros méritos, y en fin, el que perfecciona toda virtud, y acaba toda obra santa: *Virtus in infirmitate perficitur* (2)... *patientia opus perfectum habet* (3).

En efecto; vereis siempre que los mártires del dolor son siempre los más tiernos en el amor, los más compasivos de los males ajenos, los más prontos á socorrer el infortunio, los más fuertes en la lucha, los más magnánimos en el peligro, los más desinteresados en el sacrificio; al contrario del hombre adusto, duro, egoísta, amante de sus comodidades, vil, cobarde, tembloroso cuando se habla de sacrificios, podeis decir con toda seguridad: Este hombre no ha sufrido, ó no ha sabido sufrir.

El dolor engrandece al hombre, porque hace triunfar á la parte más noble, en la lucha intestina que se hacen mutuamente los dos elementos de su naturaleza. La carne lucha

(1) Oracion fúnebre de la reina de Inglaterra.

(2) II. Cor. XII, 9.

(3) Jacob. I, 4.

contra el espíritu, dice el Apóstol, y el espíritu contra la carne: *Caro concupiscit adversus spiritum, spiritus adversus carnem* (1). La carne lucha contra el espíritu, porque quiere satisfacer no sólo sus legítimas necesidades, mas también sus más extravagantes deseos. Llena de los placeres que le concede nuestra debilidad, agrava su peso, oprime el alma, fermenta como una levadura maligna, y ahoga la virtud. El espíritu lucha contra la carne, porque le repugna que sus libres movimientos se vean encadenados por una materia vil. Querria volar á su gusto en las esferas sublimes del pensamiento, del deber, de la virtud, alejarse de las criaturas groseras que le convidan con la fascinacion de los sentidos; á la idolatría, y vivir en el seno mismo de Aquel de quien es viva imagen: en lo infinito cuyo deseo le atormenta.

¿De quién es la victoria, señoras?—Del espíritu, si interviene el dolor en esa crisis, si aflige la carne para castigarla por sus rebeliones, y obligarla á contenerse, si la debilita á tiempo, y tanto como sea necesario, para someterla al imperio del alma. ¡Sufrir! esta palabra es dura á los apetitos; la carne sobre todo no puede oírta sin extremarse porque no quiere sus saludables consecuencias. Cuando el viñador se inclina sobre la viti, que la primavera va á renovar, cuenta cuidadosamente los nudos en que la savia extraviada perderá su virtud fecunda, y su podadera implacable le corta los sarmientos. La vid se resiente, y gruesas lágrimas suben lentamente á la parte que acaba de ser mutilada; pero no sabe la pobrecita que sus heridas serán dentro de poco su bien y su gloria; no sabe

(1) Galat. V, 17.

que la vida tenía necesidad de estos cercenamientos para manifestarse, no en sarmientos inútiles, sino en pámpanos cargados de frutos. Lo mismo sucede con nuestra carne. El dolor detiene, en épocas sabiamente determinadas por la Providencia, la fermentación exuberante de una vida regalada; reduce el tronco en provecho de la savia, y en el momento en que el pensamiento va a ser oscurecido y la virtud comprometida, asegura en los miembros rebelados y dispuestos a gozes funestos, el libre curso del espíritu, del cual proceden las obras grandes y meritorias, y todo lo que hace al hombre digno de Dios, y digno de sí mismo. ¡Cuántas pasiones rebeldes a todo tratamiento moral, no han sido domadas sino por las enfermedades saludables, que devolvieron al espíritu su imperio sobre la materia, mucho tiempo ya perdido!

El dolor engrandece al hombre, porque trastornado por la paciencia, comunica al que lo padece una suerte de unción, que le recomienda a la admiración del mundo entero. Nada más noble, nada más bello que el alma fugite, cuyo valor se mantiene constante, bajo los golpes de la fortuna adversa. Los antiguos decían que Dios se complace en contemplarla y en ver en ella una acabada imágen de sí mismo. No tiene nada de la tierra, sino el infortunio. Su serenidad semeja a la del cielo, en donde se respira un perfume venido de las tranquilas riberas de la eternidad.

No acusemos, pues, señores, las perfecciones de Dios; el dolor, debido a su justicia, se convierte en sus manos paternas en instrumento de su amor. Si nos lo envía, es porque hemos sabido agradarle, y hallar gracia en su presencia. Nos quiere para sí, y a fin de que le permanezcamos fieles, nos proporciona el medio de expiar nuestras faltas, nos quita el

gusto del triste destierro en que languidece nuestra naturaleza, y nos hace mirar a la patria, purifica y fortifica nuestra virtud, libra nuestra alma de la esclavitud de los sentidos, nos eleva hasta el heroísmo; en fin, nos trata como amigos. Así nos lo enseñan las Sagradas Letras: «Todos los que agradaron a Dios, pasaron fieles por muchas tribulaciones. *Omnes qui placuerunt Deo, per multas tribulationes transierunt fideles* (1). ¡Pensamiento profundo! que está, sin embargo, al alcance, no solo de las inteligencias iluminadas por la gracia, sino tan manifiesta y tan claramente conforme a la sana razón, que no ha podido escaparse a los filósofos paganos. Séneca decía: «*Bonum virum Deus in deliciis non habet*: al varón perfecto no tiene Dios en delicias, sino que le hace pasar por duras pruebas, con lo cual le prepara para sí: *Exeperitur in dura, sibi illum preparat* (2).»

Resumamos aquí esta primera parte de nuestro discurso. El mal físico, sea un accidente de la naturaleza ó castigo del mundo entero, no es un mal absoluto; es un mal puramente relativo (3). Y por esta causa, Dios puede, no solamente preveerlo, permitirlo y ordenarlo a la belleza general de su obra, sino quererlo indirectamente. Así se entienden estas palabras de la Escritura, que de otro modo parecerían extrañas: «Yo el Señor, que hago la paz y creé el mal. Yo el Señor, que hago todas estas cosas (4). Yo traeré el mal de las regiones del

(1) Judith., cap. VIII, 28. (Cf. D. Th. II.^a II.^a par. q. 164, art. 1, ad 4.^{ta}.)

(2) Seneca., *De Providentia*.

(3) Cf. D. Th. Quínt. *De Malo*, q. 1, art. 1, ad 1.^{ta}.

(4) Ego Dominus faciens pacem, et creans malum. Ego Dominus faciens hæc omnia. (Is. XLV, 7.)

águila y días de gran quebranto y aflicción (1). ¿Hay, por ventura, algún mal en la ciudad, que Dios no haya hecho? (2). Dios crea el mal, dice Santo Tomás, no de una manera propia y directa, pues crear es producir un ser, y el mal es una privación de ser; sino que lo crea de una manera indirecta, en cuanto es producido por un bien superior que triunfe de un bien inferior (3). Esta creación no puede comprometer, como os habéis podido persuadir, ni la infalibilidad ni la santidad de la acción providencial. Mas he aquí que sale á nuestro encuentro el mal moral. Escuchemos sus protestas; y ojalá que tengamos la dicha de imponerles silencio.

II.

El mal moral es el acto de una voluntad defectible, que se aleja ó se separa de su fin, protesta contra la ley eterna, y tiende á colocarse fuera del orden, por lo cual si se le considera bajo su razón formal, es el desorden mismo, que no puede tener ningún bien en sí. ¿Cómo puede tener lugar una deformidad semejante, en una obra gobernada por una voluntad infalible y santa? Misterio, dicen ciertos herejes partidarios de la escuela mística de Persia, si no se recurre á la causalidad de dos princí-

(1) *Malum ego addidit vobis águilone et contritionem magnam.* (Jerem. IV, 6.)

(2) *¿Si erit malum in civitate, quod Dominus non fecerit?* (Amos. III, 6.)

(3) *Malum naturalis defectus, vel malum poenae Deus vult, volendo aliquod bonum cui conjungitur tale malum; sicut volendo justitiam vult poenam, et volendo ordinem naturae servare, vult quodam naturaliter corrompi.* (Cf. D. Th., I parte, q. 19, art. 2.)

pios coeternos; uno bueno y autor de todo bien, y otro malo y causa de todo mal. No me tomare, señores, el trabajo de refutar la teoría de los dos principios, pues ha caído ya bajo los golpes de argumentos victoriosos é irrefutables, con los cuales hemos demostrado, que no puede haber sino un solo ser eterno, ser por esencia; que el ser por esencia no puede concebirse, sino con infinita perfección, y que esta infinita perfección precede necesariamente, como causa única y primera, á toda existencia (1). Quede, pues, Dios solo en presencia del mal. ¿Será El su autor?

Un hereje atrabiliario, que no sacudió el yugo de la iglesia, sino para arrojarse en la secta, á que dió su nombre, una dictadura impalpable, ha osado atribuir á la divinidad las pasiones de su duro corazón, y trasladar al gobierno divino este principio de que ha abusado tan cruelmente: el fin justifica los medios (2). «Dios, dice Calvino, es el autor del pecado, y á su instigación y con su ayuda cometen los hombres el mal. No dice mil veces en la Escritura que extraxia los pensamientos de los pecadores (3); que endurece sus corazones (4); que los entrega á sus vergonzosos deseos (5); que abre paso al crimen para introducirlo en sus moradas? (6). No obstante, El no

(1) Cf. D. Th., I parte, q. 49, art. 3. *Ultimus sit summum malum, quod sit causa omnis mali.*

(2) Calvino, *Instit.*, lib. I, cap. 23, n. 2 et 3.

(3) *Propheta cum erraverit, ego Dominus decepi prophetam illum.* (Ezech., cap. XIV, 9.)

(4) *Ego induravi cor Pharaonis, et servorum illius.* (Exod., cap. X, 1.)

(5) *Propter hoc tradidit illos Deus in passionibus ignominie.* (Rom., cap. 1, 26.)

(6) *Eccc ego suscitabo malum super te, de domo tua.* (II Regum., cap. XII, 11.)

peca, pues es santo. El sólo quiere mostrar á los miserables á quienes castiga, cuán temible es su cólera, y cuán espantosa su venganza, y á los elegidos á quienes perdona, cuán inmensa es su misericordia. El fin noble que se propone, justifica su conducta. El hombre se dirige, pues, encorvado bajo la mano que le conduce, á las obras santas ó criminales, obedeciendo á los signos misteriosos que se le hacen. Satan no es más que el ministro de una voluntad soberana é implacable, el mal no es obra suya, sino obra del Señor á quien es preciso atribuir lo mismo la traición de Judas, que la conversión de San Pablo.»

Uno se pregunta cómo esa monstruosa doctrina ha podido caber en cabeza humana, puesto que basta, para descubrir el profundo absurdo que encierra, una simple ojeada de la razón sobre las perfecciones divinas. Dios es por su misma esencia, el fin último, el supremo centro de todas las criaturas inteligentes. Y ¿podría negarse á sí mismo, descartándolas de su seno, y haciéndolas tender á la nada? (1). Dios es la ley eterna, que regula toda actividad creada, ¿y podría menospreciarse é injuriarse á sí mismo? (2). Dios es la infinita bondad y la infinita justicia, ¿y podría causar lo que no es, sino malicia é injusticia? (3). Dios es el vengador del crimen, ¿y podría vengar en otros los crímenes que El hubiera cometi-

(1) Deus non est amator mali, quia non est causa tendendi ad non esse. (S. Aug.)

(2) Malum culpe, quod privat ordinem ad bonum divinum, Deus nullo modo vult. (Cf. *Satanis Theol.*, I parte, q. 19, a. 9.)

(3) Si Deus malorum auctor est, non est atque bonus (S. Basil.)

do? (1). Dios es el ser inmutable é indefectible por excelencia, ¿y podría ejercer actos en que no se descubre más que desfallecimiento? (2). ¿Podría Dios querer y no querer su ser? ¿Podría Dios existir y no existir? ¿Puede concebirse prueba más insensata?

Es cierto que la Escritura está llena de oráculos terribles contra los pecadores; pero sólo nos muestran el desamparo de Dios que ella les anuncia, y no la instigación de sus consejos; ni la cooperación al crimen de su Omnipotencia. Para castigarlos por su ingratitude ó por sus obstinadas rebeliones, Dios se retira, y la propia corrupción triunfa: entonces caen las tinieblas sobre sus inteligencias, sus corazones se endurecen por sí mismos, sus ignominiosos deseos fermentan, sin que el sagrado remordimiento de la conciencia los apacigüe, sus casas se abren á las abominaciones que han provocado con sus malos ejemplos. Dios, siempre santo, prepara en silencio los últimos golpes de su justicia á los miserables, que han desechado sus misericordiosas amonestaciones. Ved aquí, señores, cómo debe entenderse el lenguaje de la Escritura. Por lo demás, su testimonio se vuelve contra los que lo invocan. ¿No leemos en mil partes que Dios aborrece el pecado (3), que no quiere la iniquidad? (4). Si sus purísimos ojos

(1) Illius rei Deus non est auctor, cuius est autor. (San Fulg., lib. I, *ad Monim.*, cap. XIX.)

(2) Malum, quod in defectu actionis consistit, semper causatur ex defectione agentis. In Deo autem nullus defectus est, sed summa perfectio. Unde malum, quod in defectione actionis consistit, vel quod ex defectu agentis causatur, non reducitur in Deum, sicut in causam. Cf. *Summ. Theol.*, I parte., q. 49, art. 2.)

(3) Dillexisti justitiam et adisti iniquitatem. (Psal. XLIV.)

(4) Non Deus volens iniquitatem tu es. (Psal. V.)

no pueden soportar su vista, ¿cómo podrían sus manos santísimas impulsar vuestras voluntades al mal? (1). El prueba la virtud pero no la tienta (2); y cuando un alma se pierde, puede decirle lo que decía a su pueblo por boca del profeta Oseas: Tu perdición de ti viene, ¡oh Israel! Tu auxilio sólo de Mí. *Perditio tua, Israel! tantummodo in me auxilium tuum* (3). No hay ninguna escuela teológica, por rígida que sea en la definición de la suprema causalidad y de la suprema sabiduría de Dios, que no profese esta interpretación de las Sagradas Letras. Sin embargo, señores, se ha osado acusar a la ilustre escuela tomista de haber preparado, con sus principios sobre los decretos divinos y sobre la premoción física, el error de Calvino. Mas ¿con qué indignación, con qué horror no rechaza ella lo que llama una impudente calumnia! Ella cree, en efecto, que Dios no puede ser suficientemente causa y suficientemente señor, si no previene con prioridad de orden nuestra libertad para producir, por su medio, todo lo que hay en ella, de bien y de ser hasta en el acto material del pecado. Sin embargo, el bien y el ser son el límite insuperable en que se detiene la acción divina. Desde el momento que se advierte algún defecto en nuestros actos, debe atribuirse a la defectibilidad de nuestro libre albedrío, que se desvia por su movimiento propio y original de la dirección que le imprimió el primer agente. Por eso, el mal que es imperfección del acto

(1) *Mandi sunt oculi tui, ne videas mala, et respicere ad iniquitatem non poteris.* (Isaías, I, 13.)

(2) *Nemo enim tentatur, dicit, quoniam à Deo tentatur. Deus enim tentator malorum est, ipse autem neminem tentat.* (Jacob, I, 13.)

(3) *Oseas, XIII, 9.*

humano, jamás puede referirse a Dios, causa primera de todo bien (1). ¿Cómo se desordena poco a poco la moción que Dios nos imprime? ¿Cómo declinan nuestra inteligencia y nuestra voluntad, dirigidas al bien mismo, al comenzar su acción, en el progreso de ella a un bien particular? ¿Cómo por atender demasiado a ese bien, se forma un juicio falso que extravía nuestra voluntad? ¿Cómo después de haber apartado la moción divina de su objeto, pronunciamos definitivamente nuestra elección? Hé aquí lo que es difícil de explicar con la precisión que observamos en las experiencias suministradas por los sentidos. Pero en fin, podemos y debemos decir, que todo lo que hay de malo en nuestras decisiones, es obra nuestra, y que nosotros solos somos los responsables. La moción general de Dios no nos mueve sino al bien, el mal procede de nuestro propio fondo, ulteriormente determinado según nuestra disposición (2).

Por lo demás, las dificultades en conciliar las dos acciones, divina y humana, no desaparecen con admitir de parte de Dios, sólo un concurso general, indiferente, indeterminado; pues resulta que por este concurso así entendido, Dios no es más autor del bien que del mal, ó que deja arrastrar su omnipotencia a remolque por nuestros caprichos, sin evitar la deshonra de ser cómplice de nuestras faltas. Debemos admitir que, cuando se trata del pecado, Dios es enteramente extraño a lo que

(1) *Quid quid est entitatis, et actionis in actione mala reductus in Deum, sicut in causam; sed quod est ibi defectus non existit à Deo, sed ex causa secunda deficiente.*

(Cf. *Summ. Theol.*, I part., q. 40, art. 2, ad 2.ª m.) Vide supra cit.

(2) Cf. D. Th., q. *De Malo*, q. 3, art. 2.)

hay de ente en nuestros actos? Esta opinion insostenible ha sido, hace ya mucho tiempo deserrada de todas las escuelas (1). Como quiera que opinemos sobre el concurso de Dios, es preciso admitir uno. Por más que discutamos sobre las dificultades de este concurso, después de las más vivas disputas, debemos convenir en esta proposición de fé, formulada por el gran Padre San Agustin: «*Deus nullius, vel levisissimi peccati auctor est* (2); Dios no es autor de ningún pecado, ni aún del más leve;» deberemos lanzar de comun acuerdo contra Calvino este anatema del santo Concilio de Trento: «Si alguno dijere que no está en poder del hombre hacer malos sus caminos, sino que Dios obra las acciones malas, igualmente que las buenas, no sólo de un modo permisivo, sino también propio por sí mismo, de suerte que sea propia obra suya no ménos la traicion de Judas, que la vocacion de San Pablo; sea excomulgado (3).»

Señores, hemos combatido el error; réstanos ahora explicar la verdad. El mal moral

(1) *Hæc opinio sere cessit ab aula, et a multis modernorum reputatur hæretica.* (Albert. Mag. in 2. Distinct. 35, art. 7.) *Alia opinio dicebat, actus peccatorum nullo modo, nec etiam in quantum actus sunt, à Deo esse: quam ad precesus nulli vel pauci tenent, quia propinquissima est errori duplici. Primo, quia ex ea videtur sequi, quod sint plura prima principia. Secundo quia cum actio peccati sit ens quoddam, si à Deo non esset, sequeretur quod aliquid ens à Deo non esset.* (D. Th., in 2. Dist. 37, q. 2, art. 2.)

(2) In Paal. GV.

(3) *Si quis dixerit, non esse in potestate hominis vias suas malas facere, sed mala opera ita, ut bona Deum operari, non permissive solum, sed etiam propria, et per se, adeo ut sit proprium ejus opus non minus proditio Judæ, quam vocatio Pauli: anathema sit.*

existe, no en virtud de una accion, sino en virtud de una permision de Dios (1). ¿A qué fin esta permision? ¿Esta ligada á una impotencia? ¿Es un acto de soberana indiferencia respecto de un accidente que afecta al hombre, sin que sean turbados el reposo y la felicidad de su Señor? Estas cuestiones son graves y espinosas, pues hieren con mayor fuerza que las precedentes, las dos regias prerogativas que hemos prometido defender: la infalibilidad y la santidad del gobierno divino.

Dios ha hecho todas las cosas para sí mismo: *Omnia propter semetipsum.* Espera, pues, del hombre el perpétuo homenaje de obediencia debido á su soberanía. Mas hé aqui que la libertad se subleva y elige sus caminos, en desprecio de los designios y de las leyes que deben regirla. Se dira que esta se engaña, es cierto; mas no por eso Dios ha sufrido algun menoscabo en sus voluntades; y se pregunta, ¿en qué viene á parar la infalibilidad de su gobierno, en presencia de una protesta tan contraria á sus designios?

La pregunta es más necia que embarazosa, señores; supone que Dios no sabia con exactitud lo que hacia cuando creaba la libertad. No le injuriais de esta manera. Dios no saca nada de los tesoros de su omnipotencia, cuya naturaleza y destino no conozca de una manera completa y cierta. Cuando crea un agente defectible, sabe que puede desfallecer, y lejos de ser sorprendido por sus determinaciones, las espera para hacerlas comparecer ante su incorruptible justicia, y tratarlas segun su mérito. Conseguir el mérito, ¡no es una razon su-

(1) *Dens neque vult mala fieri, neque vult mala non fieri, sed vult permittere mala fieri, et hoc est bonum.*

(Cf. *Summ. Theol.*, I part., q. 19, art. 9, ad 3.ª.)

ficiente para permitir las defecciones? Nos aprecia Dios en tanto grado, que no satisfecho de prevenirnos con su amor, quiere hacernos merecer. Pero, ¿cómo podría verificarse esto, si no pudiésemos desmerecer? Teneis amigos, gracias a Dios. ¿Por qué los habeis reconocido, y por qué los habeis dado vuestro corazón, en un amor elevado y hecho incorruptible por la estimación? ¿Es porque una pasión ciega, fuerte como la fatalidad, los ha encadenado de repente a vuestros destinos? No, sino porque su libre afección repetidas veces probada, os ha permanecido fiel, mientras que habeis sido cobardemente vendidos y abandonados por otros corazones. Su mérito es para vosotros el más grande de los encantos. Pues bien, señores: Dios ha querido tener ese encanto del mérito; ha querido que pudiésemos decirle un día estas palabras que la Iglesia pone en boca de los Santos: *Nimis honorati sunt oculi tui, Deus*. Señor, tus amigos son harto honrados de haberse podido amar libremente. Tú has probado su fidelidad, y al presente los conoces: *Domine probasti me et cognovisti me*. Certo que una inmensa muchedumbre de corazones extraviados mezclará a nuestros alegres cánticos estos tristes lamentos: *Ergo erravimus*: Nos hemos engañado. Pero Dios no se engañará; quería el mérito, y lo ha obtenido: no podía obtenerlo sino permitiendo el demérito, y lo ha permitido. Nada de sorprendente, nada de ofensivo hay en esta conclusión eternamente prevista y preparada,—la infalibilidad de su gobierno,—con lo cual comprendemos mejor estas palabras de la Escritura divina: *Cum magna reverentia disponis nos*; Disponéis, Señor, de nosotros con grande reverencia.

Paso a la infalibilidad; pero todavía no quedan desvanecidas todas las dificultades. La

santidad divina, que no puede querer sino el bien, se opone a admitir un desorden absoluto, cuya razón formal excluye toda idea de bien: tal es el mal moral. Si, pues, la libertad es una potencia defectible, Dios está obligado a prevenir sus desfallecimientos, para no manchar su obra con una mancha indeleble; cuya deshonra recaerá sobre el que, pudiendo, no la ha impedido. Esta objeción, señores, sería insoluble, si *permitir* significase lo mismo que *querer*; se confunden, efectivamente, estas dos cosas en la hipótesis de que Dios está obligado a prevenir los desfallecimientos de la libertad, para no incurrir en la responsabilidad de la deshonra que causan en nosotros; pero esto es precisamente lo que yo niego con todas mis fuerzas. No pasando más allá de nuestras determinaciones la responsabilidad del mal moral, no puede Dios estar obligado a encadenar ó suspender el ejercicio de sus perfecciones, para impedir su realización. Es santo; pero también es libre; omnipotente, sabio, infinitamente dadivoso. Todas estas divinas perfecciones se unen, se penetran, y tienen derecho a su propio bien, es decir: a su legítima manifestación. La santidad, que quiere el bien, debe querer el de las perfecciones divinas sobre todos los otros, sobre nuestro bien que se hace consistir en la indefectibilidad.

Si se admite la objeción que acabáis de oír, y á la cual vuestros espíritus, turbados por los misterios del mal, han sido tentados muchas veces de asentir, Dios ya no sería libre para escoger entre los mundos el que le agradase crear, pues no habria más que serse perfectos. Sin embargo, nuestro mundo existe; ¿de quién procede? ¿Queréis pedir al antiguo error maniqueo el auxilio de sus dos principios, para explicar su existencia? ¿Queréis confundir en una misma idea el bien y el mal, á pesar de

las protestas de la conciencia indignada? No; ¿no es así? Aceptad, pues, el mundo tal cual es, y creed que Dios ha podido permitir, lo que de hecho ha permitido.

Además, ¿no veis que reclamando la indefectibilidad obligatoria para la libertad, imponéis á la Omnipotencia divina un milagro perpétuo? Es una ley natural que todo agente obre según su naturaleza; y es natural á un sér defectible, el poder faltar: mas para satisfacer vuestras exigencias, sería necesario que esta ley fuese suspendida desde la eternidad, antes de haber recibido su aplicación. Vosotros rompeis, con vuestras pretensiones, la cadena progresiva de las existencias, tan admirablemente ordenada por la Sabiduría divina, en el punto en que la criatura racional une el mundo superior de las inteligencias indefectibles al mundo inferior de la materia corruptible; pues en este punto suprimis un sér cuya libertad espera, mediante las fatigas de la prueba, su confirmación en el bien (1).

No contentos con insultar la libertad, la omnipotencia, la sabiduría de Dios, insultais su infinita liberalidad, trasformando las reglas elementales de la producción del bien. Es un principio incontestable, que el soberano Bien es la medida de todas las cosas; contra este principio pretendéis hacer prevalecer una máxima, cuya odiosa injusticia subleva al sentido comun, á saber: que el mal es la medida de todo bien, que no se debe hacer un bien, si por

(1) Perfectio universi requirit inaequalitatem esse in rebus, ut omnes bonitatis gradus impleantur. Est autem unus gradus bonitatis, ut aliquid ita bonum sit, quod nunquam deficere possit. Alius autem gradus bonitatis est, ut sic aliquid bonum sit, quod á bono deficere possit.
(Cf. *Summ. Theol.*, I part., q. 48, art. 2.)

falta del que lo recibe, se sigue un mal. Así, Dios no puede daros la vida que es un bien, la inteligencia que es un bien, la libertad que es un bien, su auxilio que es un bien; porque con todas estas cosas prevaricais. ¿Son culpables vuestros padres de haberos hecho instruir, porque vosotros hayais abusado de vuestra instrucción? ¿Los jefes de los pueblos son culpables de haberlos civilizado, porque los pueblos abusen de la civilización, hasta destruirse con ella? Me direis que el hombre, como no ve el abuso que se hará de sus dones, puede tentar fortuna; pero Dios que lo ve todo, ¿debe, al crear las potencias defectibles, negar la existencia á aquellas cuyos desfallecimientos prevee.

¿Por qué debía ser así? No sería, pues, la generosa voluntad de Dios, sino la mala voluntad de algunos, la que regularia su liberalidad. Esto sería olvidar que no estais vosotros solos en el mundo, y que Dios, en la distribución de sus dones, atiende al bien general, antes que al bien particular. ¿Queréis que prive al mundo de esos gloriosos patriarcas que han producido en el mundo espiritual, mediante una posteridad de almas religiosas, una posteridad de obras santas, porque en la larga serie de las generaciones, á que van á dar origen, haya previsto un prevaricador? ¿Queréis que borre del libro de la vida un pueblo de escogidos, por el crimen de uno de sus antepasados? ¿Queréis que se abstenga de crear al género humano, porque su primer padre va á ser infiel á la gracia de su origen? ¿Pero esto es el colmo de la sinrazón! Dios no puede sacrificar la belleza de su obra, su obra entera, á una eventualidad, cuyas consecuencias diesen la regla á su omnipotencia y á su sabiduría. Digo más, dados el mal y un bien particular, Dios prefiere este bien. Y yo que le conozco, que le

adoro, que le amo, que quiero servirle y hacer que sea servido, creo que ha tenido razón para no condenarme á la nada, rehusando crear al primero de mis antepasados que fué un pecador.

No temáis por la infalibilidad y santidad del sobieto divino. Para comprometerlas, debería estar desordenada la permission del mal moral, hasta el punto de que el mal triunfase del bien. Lo cual no se verifica, señores, tanto que consideréis al supremo bien en sí mismo, como es la obra de Dios.

El supremo bien es ultrajado por las rebeliones de la libertad humana; pero se ha preparado una victoria cierta y definitiva sobre esta rebelde, por el ejercicio de la justicia vindicativa. Ya os lo he demostrado en otra parte (1): entregando la conciencia á los tormentos del recordimiento, sacando de los hábitos del pecado castigos misteriosos, que atormentan al hombre por donde ha fallado desbaratando sus planes, frustrando sus esperanzas, destruyendo con catástrofes el costoso edificio de su impia fortuna, despoblando su hogar, entristeciendo sus alegrías con un río de amarargas lágrimas, acumulando castigos, humillando bajo sus golpes la cabeza de los pueblos soberbios y corrompidos, y aguardando, finalmente, en los umbrales de la eternidad á las almas altaneras, que todo esto, no obstante, no han querido convertirse. Sobre estos escombros de las venganzas terrestres, reina el bien supremo por los siglos de los siglos, y aunque sea maldiciendo su victoria, el réprobo le rinde pleito homenaje.

Vencido por Dios, el mal es impotente con-

(1) Véase Conferencia novena. *La Voluntad divina*, II parte al fin.

tra su obra. Si disminuye la suma del bien particular, no puede llegar á superarle, ni aun competir con él. Llama nuestra atención más que el bien, porque es una perturbación del orden, cuyas tranquilas evoluciones seguimos sin advertirlo: y así como en una noche serena contamos las estrellas fugaces que caen del firmamento, sin pensar en los mundos innumerables, cuyo curso regular continúa su marcha; así contamos los vicios y las acciones malas, sin pararnos en las virtudes ni en los actos buenos. Hay, en último resultado, más vicios que virtudes, más acciones malas que buenas? Yo no lo creo. Hasta en las almas deshonradas por los hábitos pecaminosos florece el bien todavía, y aunque le falte aquella perfección sobrenatural que Dios recompensa en el cielo, no deja de ser tenido como un homenaje indirecto al Autor de todo bien, y de merecer á lo menos una bendición temporal. El que ha perdido la gracia, aun da á Dios el culto de su fé, y conserva en su corazón recuerdos religiosos que le preservan sin justificarle; el que tiene la dicha de creer contiene el ímpetu de sus pasiones por el sentimiento del honor. El que es consumido por una ambición febril es sobrio, laborioso; fiel á afectos domésticos; el que es atormentado por la carne, es justo, servicial, compasivo, generoso; en una palabra, tanto en el orden físico como en el moral, los monstruos son raros. Ante el estado actual que nos ofrecen las almas, sería una temeridad de nuestro espíritu limitado prevenir, con un juicio delirativo sobre la cantidad numérica del bien y del mal, las manifestaciones del juicio divino.

Pero aun cuando supongamos, que el mal supera al bien por la cantidad numérica, no se sigue todavía que pueda competir con él.

Aquí es donde debe aplicarse aquel axioma de justicia comparativa: «*Non numerandum, sed ponderandum*». No debemos atender á la cantidad, sino á la calidad. » El bien es un sér, y el mal una privación de sér; y bajo este punto de vista el equilibrio se hace siempre imposible. Un sólo acto de virtud importa más que todos los pecados imaginables, cuanto dista el sér de la nada; especialmente si nos atenemos á aquella gran verdad con que coronamos el año pasado nuestras consideraciones sobre la grandeza del hombre, verdad que yo expresaba en estos términos: «el hombre por la gracia se hace un sér divino, el hombre con la gracia hace obras divinas.» Estas obras, por oscuras que sean en sí mismas, son verdaderas maravillas, admirables aún á los mismos ángeles. ¡Decidme, señores, si posevéis una maravilla de Rafael ó de cualquier otro artista, y os ofreciesen en cambio todos los pecados artísticos, que desde hace cien años, estampan sobre la tela manos tan torpes como ambiciosas, ¿lo cambiaríais? No ciertamente. El número, lejos de tentaros, os haría apreciar más el mérito de vuestra obra maestra, cuya calidad vencería en vuestra estimación á la cantidad. ¡Cuánto más si se trata de un justo, comparado con los pecadores! Un pueblo entero puede desaparecer delante de una sola figura. Permitidme tomar un grande ejemplo de nuestra historia.

El 25 de Enero de 1793, en presencia del palacio en que había reinado, sabía un rey destronado al cadalso. Durante las largas horas de su cantividad, se había arrepentido de los excesos de bondad, que le habían perdido. Acabando tranquilamente los designios de Dios, cuya mano vengadora amorosamente besa, se ofrece en sacrificio por sus pecados, por los pecados de su familia, por los pecados

de su pueblo. Una multitud enemiga, ébria de furor y de sangre, ahoga con sus clamores el último grito de su inocencia; la terrible cuchilla desciende sobre su cabeza, y el más dulce de los reyes deja de existir. Saludad su cabeza ensangrentada, saludadla, señores; á los ojos de Dios, á los del cristiano, á los ojos de un hombre de sentido común, ¿no vale más ella sola que todo el pueblo ingrato que acaba de derribarla? ¡Ah! siuviésemos aún la dicha de recibir una bendición que nos engrandezca, la deberemos, tal vez, al derramamiento de la sangre reparadora de ese rey mártir.

Desde el justo Abel, que fué preferido por Dios, el bien triunfa por su naturaleza de todos los Caines, que han producido el mal: tan admirable es la sabiduría del gobierno divino, que sabe sacar el esplendor del bien, no sólo del contraste, sino también de la acción misma del mal. «Los perversos, dice San Agustín, tienen el poder de pecar; mas la facultad de disponer de su malicia para tal ó cual objeto, no está en sus manos, sino en las de Dios, que ordena y divide á su voluntad las tinieblas (1).» Nuestras faltas, lejos de disminuir su soberanía, dan más realce á sus manifestaciones, y cuando queremos escapar de su omnipotencia, nos la muestra con todo su esplendor en el perdón, según aquellas conmovedoras palabras de la Iglesia: *Deus qui omnipotentiam tuam percendo maxime, et misericordiam manifestas* (2). No es la misericordia la más

(1) Est in potestate malorum ut peccent, sit autem hoc vel hoc illi malitia faciunt, non est in eorum potestate, sed in dividendis tenebris, et ordinantis ens, (lib. II de Predestinatione, Sancti., cap. 15.)

(2) Oracion de la Dominica 8.ª despues de Trinidad. (Rito Dominicano.)

bella prerogativa de las naturalezas augustas, y no es la señal del mas grande de los poderes imponer silencio á la justicia? No, jamás se ha mostrado Dios tanto, como en las victorias de su misericordia, sobre el endurecimiento de los pecadores.

Que si ellos refusan rendirse á las instancias potenciales que le persiguen, no creais por eso que cesan de contribuir al bien. Muchas veces un crimen sirve de ministro á la divina justicia, para castigar otro crimen. Si los individuos, y los pueblos que se quejan de la malicia de los hombres, examinasen cuidadosamente su vida, cuán prontamente bajarían su orgullosa cabeza, y exclamarían confusos y arrepentidos: ¡Dios es justo! Ni las iniquidades, de que los inocentes son victimas, dejan de tener su mision providencial muchas veces. Fortifican las virtudes vacilantes, hacen adquirir méritos de valor y de paciencia, dan al amor ocasion de mostrarse heroico, y de probar con irresistible evidencia que el bien es una cosa tan bella y tan grande, que puede ser amado hasta sufrir y morir por él. Nosotros hemos presenciado, con nuestros propios ojos, esta demostración. Un dia Paris, enfrenado en manos de los bandidos, proyectó á lo lejos el siniestro resplandor de los incendios, é hizo oír el ruido de una descarga impia que derribaba por tierra, en el patio de las prisiones y en las plazas públicas, magistrados, gendarmes, sacerdotes y religiosos. ¡Qué sabiduría en estas catástrofes! Con el mismo golpe era castigada la ciudad culpable por su lujo insolente y por sus placeres escandalosos, y la justicia que tanto necesita de la fidelidad de sus representantes, el clero y órdenes militantes, que tanto necesitan de eficacia y de prestigio, para trabajar en la obra de Dios, eran revestidos con la púrpura del

martirio. El mal quedaba frustrado en su intento, y Dios conseguía el suyo (1).

Así sucederá siempre. Recorred la historia de las catástrofes, y vereis el mal condenado sin cesar á servir la causa del bien; los errores excitando á buscar la verdad; las herejías poniendo en claro los dogmas; las invasiones de los bárbaros rejuveneciendo la sangre y las virtudes de los pueblos; las revoluciones castigando los grandes crímenes, y dando á la depravacion de las leyes, de los caracteres y de las costumbres, duras y saludables lecciones; las persecuciones produciendo la generacion gloriosa de los mártires; y el deicidio del Calvario consumando la redencion del mundo.

Callen, pues, ante estas enseñanzas, los destructores del Rey de los reyes; cesen de acusar la infalibilidad y santidad de su gobierno; sepan cómo Dios no necesita esperar á que todos los misterios de su providencia nos sean revelados, para arrojar á nuestra impotencia este noble y solemne reto: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecador? *Quis ex vobis arguet me de peccato?* (2).»

(1) Multa sunt a malis quidem contra voluntatem Dei. Sed tante est illi sapientie, tantaque virtutis, ut in eos exitus sive fines, quos bonos, et iustos ipse prescivit, tendant omnia que voluntati ejus videntur adversa. (S. August., libro XXII, de Civitate Dei., cap. II.)

(2) Joan VIII, 46.

moral; que no sea en manera alguna responsable del mal; que mantenga su equilibrio en el orden universal; que le haga concurrir á la belleza de su obra; que manifieste su santa y omnipotente misericordia, perdonándolo, y su santa y omnipotente justicia, castigándolo. Pero la enseñanza católica recarga estas verdades, de suyo misteriosas, con arcanos más profundos todavía, y mezcla en su complicada trama dogmas superfluos, que, convirtiendo á Dios en un autócrata desapiadado, destruyen las explicaciones razonables, que puedan darse de su gobierno. Si se admite esta doctrina, preciso es creer que todo está determinado de antemano, incluso el número de los escogidos, y también el de los réprobos. Nada hay que mudar en las disposiciones tomadas por Dios anteriormente á toda determinación real y efectiva de la voluntad humana, que se doblegará infaliblemente á los cálculos de su soberano señor. Este, para conseguir sus fines, dará á ciertas almas un impulso eficaz, que negará á otras. En vano hemos trabajado por librarle de la responsabilidad del mal, puesto que la libertad, por nosotros invocada, desaparece en las tenebras de la *predestinación* y de la *gracia*.

¿Quién osará, pues, hablar á hombres santos de estos misterios más que extrños?

Yo, señores. Si yo no me atreviese, por temor de turbar vuestros espíritus, tan poco acostumbrados á la profundidad de nuestras santas verdades, creeríais que tengo miedo á esas verdades, y mi silencio se convertiría en un escándalo. Pero, gracias á Dios, tengo la audacia de una razón que sabe cómo Dios no puede proponer á la fe de sus hijos, sino dogmas saludables; y después de haberme postrado ante sus sagradas tinieblas, me levanto más fuerte y más animoso, para pedir á las

almas, que yo amo, una humilde adoración. Hablaré, pues, no para explicar lo que no se puede explicar, sino para probar á vuestra razón, cuán mal hace en alarmarse, y para decidir vuestra voluntad á entregarse confiadamente á la misteriosa dirección de la Providencia. Procedamos con orden en esta cuestión, llamada por algunos sabios autores *nodus intricatissimus totius Theologie*; el nudo más dificultoso de la Teología.

Os diré primeramente qué es la predestinación, á la que está aneja la gracia como medio de ejecución, y qué esfuerzos lia hecho el espíritu humano para aclarar este misterio. Después, descartados los sistemas, os expondré lo que debéis creer y os aduciré las razones que demuestran cuán imposible es comprender este misterio. Confío así llevaros á conclusiones prácticas, que pongan vuestra vida de acuerdo con los designios providenciales de Dios. Prestadme vuestra atención, y no os admiréis si repito algunas cosas que ya habéis oído, pues necesitamos ante todo de claridad. Por lo demás hay ciertas verdades que, como el sol, despiden tanta luz que se desea verlas reaparecer sobre el horizonte.

I.

El dogma de la predestinación no es una verdad arbitraria, impuesta por la enseñanza católica á nuestra creencia; se sigue del dogma de la Providencia, como parte de ella (1). En todo estado debe Dios conocer el término de su gobierno sobre los seres libres, y para esto prever y regular el uso que harán de sus

(1) Predestinatione, quantum ad objecta, est quidam pars providentię. (St. Thom. Theol., I part., q. 23, art. 1.)

facultades; en todo estado debe Dios poder contar, de una manera cierta, el número de los que alcanzan el fin intentado por su providencia, y el número de los que por sus faltas se apartarán de él; en todo estado la razón del orden que comprende el fin y los medios para alcanzarlo, debe preexistir en la inteligencia divina. Si se trata del estado puramente natural, basta la Providencia para todo esto. Pero ya lo habéis visto, señores; por un exceso de bondad, Dios ha creado al hombre para la visión intuitiva y la posesión de su esencia infinita; es decir, para un fin superior á las fuerzas de toda naturaleza creada y posible. Semejante á la flecha que no puede llegar á su blanco, si no es arrojada por las manos de un hábil flechero, el hombre no puede llegar al término de su existencia, si no es conducido á él por un acto divino, proporcionado al fin que se trata de alcanzar. El fin es sobrenatural, y los medios deben serlo también. Conocer este fin y estos medios sobrenaturales, preparar de una manera cierta los medios para el fin, es lo que nosotros llamamos predestinación (1).

(1) Ad providentiam pertinet res in finem ordinare. Finis autem, ad quem res create ordinatur a Deo, est duplex. Unus, qui excedit proportionem nature create, et facultatem: et hic finis est vita eterna, que in divina visione consistit, que est supra naturam cujuslibet creature, ut supra natum est. Alius autem finis est natura create proportionatus; quem, scilicet, res create potest attingere secundum virtutem sue nature. Ad illud autem, ad quod non potest aliquid virtute sue nature pervenire, oportet quod ad alio transmittatur; sicut sagitta a sagittante mittitur ad signum. Unde proprie loquendo, rationalis creatura, que est capax vite eterne, perducitur in ipsam, quasi a Deo transmissa. Cuius quidem transmissionis ratio in Deo preexistit, sicut et in eo est ratio ordinis omnium in finem, quem diximus esse

Santo Tomás la define: «La razón del orden de la salvación eterna respecto de los que deben obtenerla, existente en la inteligencia divina.» *«quodam ratio aliquorum in salutem eternam in mente divina existens (1).»* San Agustín: «la presciencia y la preparación de los beneficios divinos, con los cuales se salvan de un modo cierto los que se salvan: *prescientia, et preparatio beneficiorum Dei, quibus certissime liberantur, quicumque liberantur (2).*» Si se la considera en su ejecución, supone la vocación en el tiempo y la glorificación en la eternidad, según estas palabras del Apóstol: *«Quos predestinavit, hos et vocavit, et quos vocavit, hos et glorificavit (3).»* Respecto de la inteligencia divina, es obra de una infinita sabiduría; respecto de la voluntad divina, es obra de una misericordia infinita y enteramente gratuita. Pero ¿qué misterio!

Escuchad, señores, la explicación que da, ó mejor dicho, la exposición que hace de ella una antigua y sabia escuela, que se gloria de seguir las pisadas de San Agustín y Santo Tomás. Pero no os alarméis; no se trata aquí más que de una opinión.

Dios lo sabe todo, y lo sabe todo, porque lo ve todo; y lo ve todo en su esencia, en cuanto es la causa primera y universal de todas las cosas (4). Esta es la sola luz que puede humi-

providentiam. Ratio autem alleborum fieri in mente actoris existens, est quedam preexistens ratio fienda in eo. Unde ratio predicta transmissionis creature rationalis in finem vite eterne predestinatio nominatur. Nam destinare est mittere. (Cf. *Summ. Theol.* I part., q. 23, art. 1.)

(1) Cf. *Summ. Theol.* I part., q. 23, art. 2 et 6.

(2) Lib. *De dono perseverantiae*, cap. XVI.

(3) Rom. VIII, 30.—Cf. *Summ. Theol.* I, part., q. 23, art. 2 corp.

(4) Véase Conferencia octava: *La inteligencia divina.*

marle de una manera proporcionada: todo conocimiento que le viniese de afuera, le haría engañarse, porque mezclaría algo de finito en su infinita perfección. «Es un sacrilegio, dice San Agustín, pensar que Dios sale de sí mismo, para ver lo que está fuera de sí mismo (1).» Como fuente de todo ser, lo ve cuando lo hace, y lo hace según lo ve, no fuera de sí, sino en sí mismo (2). De este principio de elevada metafísica es preciso partir, cuando se quiera tratar de la ciencia de Dios, sin romper su perfecta unidad.

Ahora bien: al hablar de la ciencia de Dios encontramos las cosas futuras, y entre estas cosas futuras se hallan los actos libres de la voluntad humana. ¿Cómo están estos actos eternamente presentes a Aquel que lo ve todo, si no es su primera causa por la voluntad? Interrogará a la potencia que ha de producirlos! Pero siendo indiferente por su naturaleza, esta facultad no puede decir por sí misma, si tal efecto será producido, más bien que tal otro. Hallará la razón de las determinaciones de esa potencia en los motivos que la incitan! Mas no hay ninguna conexión infalible, de donde pueda resultar un conocimiento cierto, entre estos motivos y la potencia indiferente que ha de determinarse. Sin embargo, Dios debe conocer, de una manera cierta, lo que se hará hasta por nuestra libertad. Seamos, pues, lógico: y puesto que nos vemos obligados a reconocer a Dios como primera causa de todo lo que existe, digamos también que ve las co-

(1) *Sacrilegium est opinari Deum extra se exire, ut res extra se posita intueatur.* (Lib. 83, q. 43.)

(2) *Dens in se ipso, qui vita est, vidit omnia, quando fecit, et sicut vidit ea, ita fecit, non proter se ipsum videns, sed in seipso.* (Lib. *De Genesi ad litteram*, cap. 49.)

sas posibles, porque lo puede todo, y las cosas futuras, porque quiere todo lo que existe ó ha de existir. Su voluntad se manifiesta por un decreto eterno que nada puede desvirtuar, y que le permite, según la frase de los Libros Santos, anunciar desde un principio las acciones más remotas: «Mi designio permanecerá estable y todas mis voluntades serán cumplidas: *Consilium meum stabit, et omnis voluntas mea fiet* (1).» «El sombrero porvenir es para Dios como un día claro; no porque vea las cosas consumadas, sino porque las ha decretado su voluntad (2).» Sabiduría, omnipotencia, soberano dominio, todo se explica por el decreto divino, y todo peligró sin él. Dado abeterno, se ejecuta en el tiempo por una acción que pone en acto nuestras potencias. Su infalibilidad procede de la eficacia misma de la voluntad divina, y no de la previsión de nuestro consentimiento, impotente para determinar nada, si él mismo no es determinado por la primera causa. «Esta causa primera es, dice el Apóstol, la que produce en nosotros el querer y el obrar, según su beneplácito: *Deus est, qui operatur in nobis velle, et perficere pro bona voluntate*.» Notadlo bien, dice San Agustín, «cuando queremos, Dios es el que causa nuestro querer, cuando obramos, Dios es el que obra en nosotros, según su beneplácito; esto es lo que nos conviene creer y decir; esto es piadoso y verdadero, a fin de que sea humil-

(1) *Ego Deus annuntians ab exordio novissimum, et ab initio quae novum facta sunt, dicebat: Consilium meum stabit, et omnis voluntas mea fiet.* (Isaías, XLVI, 10.)

(2) *Futura sunt apud Deum, non in consummatione operis, sed in predestinatione voluntatis.* (S. Ambrosio, *Hexameron*, lib. II, cap. 5.)

de y sumisa nuestra confesion, y lo atribuyamos todo á Dios (1).»

¿Se dirá acaso que el decreto eterno de Dios y la accion de su omnipotencia pesan sobre la voluntad humana como el ciego destino; que se impone necesidad á nuestros actos y que se suprime la libertad? Esto es confundir lo infalible con lo necesario, y no entender bien la manera de la accion de Dios. Puedo tener yo, por ejemplo, tal influencia sobre un alma más débil que la mía, que se deje infaliblemente conducir á donde yo quiera conducirla; sin embargo, es libre y su voluntad me sigue sin que yo le imponga necesidad alguna. ¿Cuánto mejor podrá el Ser infinito obrando sobre un ser finito! Dios quiere que se pongan nuestros actos; pero al mismo tiempo quiere que sean como deben ser, esto es, actos libres. Obra en nosotros como en los demás seres, acomodándose á nuestra naturaleza; y como su concurso con las fuerzas de la naturaleza no hace que una leona engendre corderos, así su concurso con una potencia libre no hace que produzca actos necesarios, ni que pierda, al obrar, el poder radical de resistir (2).

(1) Nos volumus, sed Deus operatur et velle; nos operamur, sed Deus in nobis operatur et operari, pro bona voluntate: hoc nobis expedit, et credere, et dicere, hoc est pium, hoc est verum, ut ait humilis et submissa confessio, et deinde totum Deo. (Lib. De Deo, perseverantia, cap. XIII.)

(2) En su *Suma Teológica*, I. p. q. 19, art. 8. Santo Tomás se pone esta objecion: «illud quod habet necessitatem ex priori, est necessarium absolute. Sed res creata a Deo comparatur ad voluntatem divinam, sicut ad aliquid prius, a quo habent necessitatem: cum hoc conditionalis sit vera. Si aliquid vult Deus, illud est; omnis autem conditionalis vera est necessaria: sequitur ergo quod omne quod Deus vult, sit necessarium absolute.» A cuya dificultad, responde así el San-

¿Se pretenderá que el pecado, acto de la libertad humana, es necesariamente comprendido en los decretos eternos de Dios, y directamente causado por su mocion omnipotente? ¡Error sacrilego! Dios no decreta ni produce nuestras acciones, sino en cuanto que son reales y libres, y no en cuanto son defectuosas. Lo que les falta se debe atribuir á nuestra libertad enferma que, por justa permission, torce el movimiento recibido de lo alto é intencionalmente dirigido al bien mismo. La responsabilidad del mal se debe atribuir, pues, á esta causa defectible, y no á la causa indefectible de todo bien (1).

Así, pues, la perfeccion y el gobierno de Dios exigen que lo sepa todo. Lo sabe todo, porque lo ve todo, y conoce nuestros actos porque El los decreta, y es su primera causa. Apliquemos estos principios á la predestinacion. Permanece el misterio; pero podemos concebir fácilmente su severa y sublime disposicion.

Ante toda determinacion de los sucesos y de las circunstancias, Dios quiere la salvacion de todos los hombres. Su bondad los ordena, por un comun abrazo, á la felicidad eterna, y les prepara los medios necesarios para alcanzarla. La caída de la humanidad no ha cambiado en nada este designio; y si hay mi-

to Doctor: «ad tertium dicendum quod posteriora habent necessitatem a prioribus, secundum modum priorum. Unde et ea, que sunt a voluntate divina, talem necessitatem habent, qualem Deus vult ea habere, scilicet, vel absolutam, vel conditionalem tantum. Et sit nos omnia sunt necessaria absolute. (Cf. *Summa Theol.*, I part., q. 23, art. 8.)

Véase Conferencia vigésima, II parte, al fin.

(1) Véase la Conferencia vigésima, II parte, al fin, y la vigésima-segunda, II parte.

serables, que se pierden, debemos afirmar, que nada les falta para que sean realmente inexcusables y merecedores de la indignación divina. No les falta la gracia; su libre albedrío es el que falta á la gracia. Mas el supremo Señor de todas las cosas se ha ocupado de una manera especial de sus escogidos, los ha predestinado, y les ha preparado, antes de la creación del mundo, el reino, donde sean eternamente dichosos con la vision y posesion del más grande de los bienes. Queriendo que todo fuese sabiduría y misericordia en esta obra misteriosa, ha decretado que fuese entera y perfectamente gratuita; y, antes de proceder á la preparacion de los medios, ha designado á los que tenía intencion de conducir á la gloria. Ciertamente no quiere la gloria sin los merecimientos; pero no quiere los merecimientos sino por la gloria (1). «La primera gracia, la gracia por excelencia, dice el Apóstol, es la vida eterna: *Gratia Dei, vita eterna* (2).» Todo está ordenado á este término supremo, en aquellos que Dios ha amado ante todos los tiempos, y escogido sólo por el amor que les tiene. El los llama á sí, los santifica, hace concurrir al ejercicio de sus virtudes sobrenaturales las calidades de su naturaleza, los levanta de sus caidas, los confirma definitivamente en el bien por el supremo don de la perseverancia; en una palabra, los conduce al término por la eficacia infalible de la gracia.

Comprendamos bien esta palabra. La gracia eficaz no es solo un impulso sobrenatural que aguarda el consentimiento de la voluntad

(1) Deus preordinavit se daturum alicui gloriam ex meritis, et preordinavit se daturum alicui gratiam, ut mereatur gloriam. (Cf. *Summ. Theol.* I part., q. 23, art. 5.)

(2) Rom. VI, 23.

y el concurso de las circunstancias, para producir su efecto; no es una simple persuasion de la palabra interior de Dios que habla en ocasion que nosotros estamos dispuestos á escucharle; no es una delectacion victoriosa que nos atrae al lado, á que nos inclina nuestro amor; es algo más, es realmente la mocion directa é inmediata de Dios en un orden superior, por la cual se ejecuta en el tiempo el decreto eterno que predetermina los actos de nuestro libre albedrío; es Dios que obra en nosotros el querer, es Dios que nos aplica á las obras de salud asegurando, con un acto infalible de su omnipotencia, la cooperacion de la voluntad y de la naturaleza (1), sin los cuales no habria mérito.

La predestinacion abraza, pues, el fin sobrenatural, á que son llamados personalmente los que se salvan, y los medios que los conducen infaliblemente á este fin; no el fin por los medios, sino los medios por el fin. Asi se verifican rigurosamente estas palabras de la Escritura: «¡Oh hombre! ¿qué tienes que no hayas recibido? *Quid habes quod non accepisti?* (2).» No se debe á los esfuerzos de tu voluntad, ni á la velocidad de tu carrera, la recompensa que gozarás un día, sino á la pura misericordia de Dios: *Non volentis neque currentis, sed misericordis est Dei* (3).

No nos preocupemos por los innumerables restos de la humanidad que quedan tendidos sobre los caminos de la Providencia; porque no impedirán que la gloria de los predestina-

(1) Deus ipse in quolibet operante immediato operatur, non exclusa operatione voluntatis et nature. (S. Thom. Opus. De potentia, q. 3, art. 7.)

(2) I Corint. IV, 7.

(3) Rom. IX, 16.

dos sea la obra maestra de la sabiduría y de la misericordia divinas. Cuando contemplamos un mármol que acaba de ser animado por el cincel del artista, nos impiden, por ventura, proclamar su géneo los restos desechados que encontramos á la puerta de su morada? Hay réprobos, es cierto; pero Dios que predestina al bien, no los ha predestinado al mal (1); ha querido su salvación (2); los ha sufrido con paciencia y esperado á penitencia (3); no ha decretado su eterna desdicha, sino despues de haber previsto sus faltas. Puede decir á cada uno de ellos: «Tu perdición proviene de tí. *Perditio tua ex te*. Sin embargo, ha permitido su caída.—¿Por qué?—No los ha predestinado cuando predestinaba á otros.—¿Por qué? Si, por qué estas desigualdades y preferencias en su gobierno?—¿Oh pígame! te atreves á pedir cuentas al Infinito?—Pero, ¿quién podrá jamás conocer la profundidad de los designios de Dios? *Quis hominum poterit scire consilia Dei* (4). ¿Quién podrá jamás comprender la razón de sus voluntades? *Quis poterit cogitare quid vult Deus?* (5). Observa el consejo de San Agustín, que dice: «Abstente de juzgar, si no quieres errar (6).» Sabe que en una obra in-

(1) Aliquos ad malum divina potestate predestinatos esse non solum, non credimus, sed etiam si qui sicut, qui tantum malum credere velint, cum omni determinatione illis anathema dicimus. (Concil. Arausic., can. 25.)

(2) Nolo mortem impii, sed ut convertatur, et vivat. (Ezechiel XXXIII, 11.)

(3) Patienter agit Deus propter vos, nolens aliquos perire, sed omnes ad penitentiam reverti. (II Petr. III, 9.)

(4) (Sapientia, IX, 13.)

(5) Ibidem.

(6) Quare hunc trahat, et illum non trahat, noli velle iudicare, si non vis errare. (In Joann. Tract. 26 in princ.)

meusa como la soya, Dios es libre para manifestar todas sus perfecciones, así la justicia como la misericordia (1); sabe que donde todo es gratuito, un bienhechor puede, sin hacer injuria á nadie, dar más ó menos, con tal que no prive á ninguno de lo necesario (2); y si todavía no comprendes, di con San Pablo: ¡Oh profundidad! ¡Oh altitud!

Así habla, señores, la antigua y sábia escuela tomista. Otra escuela más moderna, nacida en el seno de la ilustre y docta Compañía de Jesús, cuando los discípulos de Calvino se gloriaban de seguir las pisadas del tomismo, se alarmó de las conclusiones de una doctrina que calificaba de dura para la libertad, y que le parecía sacrificar á preocupaciones metafísicas la ciencia experimental de los actos humanos. Hé aquí su sistema retocado por manos hábiles, y corregido de su dureza nativa.

La metafísica es buena en sí, pero es preciso no abusar de ella. En lugar de buscar con una audacia, que podría muy bien ser una temeridad, la causa de la ciencia divina, contentémonos con decir que es infinita, y estudiémosla en su objeto. Dios se conoce á sí mismo,

(1) Sic, igitur, consideremus totum genus humanum, sicut totam rerum universitatem. Voluit, igitur, Deus in hominibus quantum ad aliquos, quos predestinat suam representare bonitatem per modum misericordiam parcendo, et quantum ad aliquos, quos reprobat, per modum justitiam puniendo. (Summ. Theol., I part., q. 23, art. 5 ad 3.º)

(2) In his quæ ex gratia dantur, potest aliquis pro libito suo dare cui vult, plus vel minus dummodo nulli subtrahat debitum, absque prejudicio justitiæ. Et hoc est quod dicit pater familias (Math. XX, 15): Tollite quod tuum est, et vade; an non licet mihi, quod volo facere? (Summ. Theol., I part., q. 23, artículo 5 ad 3.º)

y conoce todas las cosas. Lo porvenir no puede ser para El un libro sellado: ve en él lo que existirá necesariamente y lo que existirá libremente; esto es incontestable. Pero ¿cómo ve lo que existirá libremente? ¿Necesita para esto un decreto que predetermine eternamente los actos de la voluntad? No lo creemos así. Basta una ciencia que, sin romper la unidad del acto simple con que Dios conoce, ocupa un medio entre la ciencia de los posibles que supone, y de los futuros absolutos á que precede y dirige, y que nosotros llamaremos ciencia media. ¿Por qué Dios, cuya inteligencia supereminente domina con un solo acto y en un solo instante todos los seres y todos los tiempos, no verá al presente los efectos en sus causas, como los ve cuando existen realmente? (1). ¿Por qué, si la causa es libre, no conocerá la influencia que debe tener sobre un efecto, más que sobre otro, si está colocada en tales ó cuales circunstancias, y sometida á tal ó cual influencia de la primera causa? (2). ¿No hay en la relación inmediata de una causa contingente con el efecto que ha de producir de cierto, mediante una preparación conocida de antemano, una verdad determinada que la penetración infinita de la inteligencia divina

(1) Futura contingentia absoluta cognoscuntur... per eminentiam intuitus divini, qui præsentialiter attingit ea, que in se eadem sunt, ita nimirum ea videndo ex æternitate, sicut ea videt postea, quando jam actu fiunt. (Suarez, *Præleg. II De scientia conditionata*, cap. VII, núm. 21.)

(2) Futura contingentia cognoscuntur, non in virtute causæ, sed quis divinus intuitus, propter suam infinitatem, et immutabilitatem, intuetur causam illam sic ex hypothesis positam, tanquam præsentialiter influentem in hunc effectum, et non in alium. (*Id est*, cap. VII.)

puede alcanzar y prever infaliblemente? (1). La indiferencia y la indeterminación absolutas, aun en las causas libres, no existen con relación á Dios, que abraza de una sola mirada el conjunto de los seres, de los movimientos y de las relaciones, y conoce todos los motivos posibles de las determinaciones humanas (2). Por lo demás, si ha de haber alguna oscuridad en esta cuestión, es más natural que proceda de lo infinito que no podemos comprender, que de la libertad de que tenemos un conocimiento psicológico y experimental. Y nada más oscuro que la libertad sometida á la influencia de los decretos predeterminantes, y á las mociones directas, en el sentido de los tomistas. No se la puede concebir sino á través de sutilezas que no disipan el mal estado del alma, al verse gobernada autocráticamente por una causa

(1) In conditionata contingentibus est veritas determinata per habitudinem immediatam causæ ad effectum de facto futurum, quom Deas, propter vim intelligendi infinitam intueri potest, et infalibiliter prescire. (Suarez, *Præleg. II De scientia conditionata*, cap. VII, núm. 21.)

(2) Segun Suarez, el futuro es la tendencia de ser en potencia á ser en acto. Se llama contingente con respecto á Dios, no porque sea absolutamente indiferente ó indeterminado en su causa, *ut eveniat vel non eveniat*; sino porque, á pesar de ser determinadamente futuro, podria no ser. «De ratione talis futuri est aliqua indifferentia in causa, in actu primo precise spectata, que dici potest indifferentia potentialis: non est, autem, de ratione futuri contingentis indifferentia actualis in ipsa habitudine ad esse in se, pro aliqua differentia temporis futuri, nam in hoc habet determinationem, alioquin non esset futurum... sed licet effectus habeat determinationem a causa, nihilominus est contingens simpliciter ex modo agendi, seu ex potestate causæ». (Suarez, *Præleg. II De scientia conditionata*, cap. VIII, números 18, 19.)

primera que produce en ella el querer y el obrar. Nosotros queremos más libertad en nuestros movimientos, y sobre todo más verdad en estas palabras de la Escritura y del Angel de las Escuelas: «Dios ha dejado al hombre en manos de su consejo,» por el libre albedrío posee el hombre el dominio de sus actos.»

Admitamos, pues, en Dios una fuerza super-comprehensiva, mediante la cual explora nuestra libertad, y conoce infaliblemente las determinaciones que tomará si está puesta en tales circunstancias, y si recibe de lo alto tales auxilios. Esta ciencia condicionada precede racionalmente al libre decreto de la voluntad divina, y sin perjudicar á la omnipotencia de Aquel de quien dependen las circunstancias y los auxilios, nos parece que deja mejor al libre albedrío la entera facultad de querer ó no querer, sin la cual es absolutamente imposible concebirlo.

Estas nociones aplicadas á la predestinación y á la gracia, nos permiten suavizar las severas líneas de estos dos misterios, y hacerlos más comprensibles á la inteligencia humana. Procedemos á la inversa del Tomismo; y en lugar de decir: Dios predestina desde el principio á la gloria á los que ha elegido, después les da los medios para obtenerla infaliblemente, nosotros decimos: Dios ve en su presciencia á los que han de usar bien de su gracia, y después les predestina á la gloria. La gracia no se merece, pues de lo contrario no sería gracia, pero la gloria se merece por la gracia, y Dios tiene en cuenta este mérito en el orden de la predestinación. No faltan en la Escritura textos que confirman este parecer. Los benditos del Padre celestial son llamados á poseer el reino que les está preparado desde el origen del mundo, porque han empleado su

vida en obras de caridad (1). Ese cielo misterioso, que ni ojo vió, ni oído oyó, ni en corazón de hombre subió, está preparado para los que aman á Dios (2). Debemos esforzarnos en hacer cierta, por medio de buenas obras, nuestra vocación y nuestra elección. Hasta el famoso pasaje de San Pablo, de que se abusa para construir el sistema de la predestinación gratuita á la gloria, confirma nuestra opinión: «*Quos prececit, et predestinavit.*» Dios ve primero, después predestina, dice el Apóstol. Luego se sigue el proceso de la obra entera: la vocación, la justificación y la glorificación: «*Quos predestinavit, hos et vocavit, quos vocavit, hos et justificavit, quos autem justificavit, hos et glorificavit.*» Un gran número de Santos Padres son de este parecer, cuyos testimonios ha puesto de realce el infatigable y sagaz Petavio. Según él, San Agustín mismo rehúsa á los que le invocan, el patronato cierto de su grande autoridad (3).

Podemos, pues, romper con toda seguridad las duras trabas de una doctrina que no tiene en cuenta sino el beneplácito de Dios, sin inquietarse mucho por las dificultades que suscita respecto de su justicia y de su misericordia. Podemos ver en una luz más suave y más consoladora el misterio de nuestros destinos.

Dios queriendo, con una voluntad general antecedente y sincera, la salvación de todos los hombres, tiene preparados los auxilios que ha

(1) Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi: esurivi enim, et dedistis mihi manducare, etc. (Math. XXV, 34, 35.)

(2) Oculis non vidit, neque auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae preparavit Dens diligentibus te. (I Corint. II, 9.)

(3) Véase á Petavio, *Doctrinae theologicae*, t. I, lib. IX et X.

de concederles. Su ciencia infinita, penetrando las esencias, los tiempos, los lugares, las circunstancias, ve los que corresponderán fielmente á su gracia y merecerán la gloria: decreta darles la gracia y la gloria. Pero la gracia que concede no es una moción directa y física que se apodera del alma hasta el punto de determinar sus actos; es un auxilio que previene, un concurso que acompaña, dejando á la libertad el pleno poder de deliberar, de decidir y de determinar sus actos. Una gracia eficaz por sí misma nos horripila, porque nos es imposible no ver en ella una violencia inferida al libre albedrío, ó á lo ménos una necesidad contra la cual es ilusoria toda resistencia. Por otra parte, faltando esta gracia, no comprendemos cómo Dios concede un auxilio verdadero y propiamente suficiente que puede autorizar la justicia divina para castigar las resistencias del pecador.

En vano se nos oponen las expresiones fuertes de la Escritura, con que Dios nos revela la omnipotencia de su acción sobre las voluntades; porque, ó bien expresan una operación excepcional, que no debe confundirse con la conducta habitual de la Providencia (1), ó bien debemos interpretarla por la Escritura misma,

(1) Deus potest ita movere voluntatem, stante integro iudicio rationis de objecto in se indifferenti, seu non necessario, ut motu non libero, sed simpliciter necessario, in illud feratur. Sed non sequitur nostram voluntatem ita semper moveri, quod damnatur in Calvino a Concilio Tridentino. (Sess. VI, can. 5 et 4.) Ratio suprema est omnipotentia Dei, qui potest mutare voluntatem. Nulla apparet contradictio in hoc, quod Deus imprimat aliquam entitatem effectivam actus voluntatis, cum tan intrinseca et naturali determinatione ad exercitium actus, ut ei obistere, non possit voluntas. (Sauer, *Prolegom. 1. De Arbitrii Libertate*, cap. 5, núm. 2.)

que no es ménos expresiva cuando se trata del concurso de nuestra libertad. ¿No nos invita Dios á purificarnos de nuestras faltas y perfeccionar nuestra santidad (1), á convertirnos (2), á correr al fin que nos propone (3), á obrar nuestra salvacion con temor y temblor (4), á corresponder por un trabajo esmerado á los cuidados paternales que tiene de nuestra alma, su viña muy amada (5), á escuchar su voz de madre con que nos llama (6)? ¿A qué esas invitaciones, si su decreto eterno predetermina nuestros actos, si su moción irresistible nos hace realizarlos?

No queremos una gracia que se impone, sino una gracia que se nos propone. Según nosotros la concebimos, la gracia viene á nosotros y nos da, relativamente á las circunstancias en que nos hallamos, un poder verdadero, próximo y apropiado á la acción. Si nuestro libre albedrío obra con ella, es eficaz; si resiste, no es más que suficiente. Guárdenos Dios, sin embargo, de engrairnos hasta el punto de creer que regulamos con nuestras determinaciones la acción sobrenatural de la Providencia, que nos comunica sus auxilios. Admiti-

(1) Mundemus nos ab omni inquinamento carnis; at spiritus perficientes sanctitatem in timore Dei. (II. Cor. VII, 1.)

(2) Véanse los textos citados en la Conferencia vigésima primera parte, al principio.

(3) Sic currite ut comprehendatis. (I. Cor. X, 24.)

(4) Cum timore, et tremore salutem vestram operamini. (Philipp. II, 12.)

(5) ¿Quid est quod debui ultra facere vineam meam et non feci eam? An quod expectavi, ut thesauri arvas, et fecit labruscas? (Isaia, V, 4.)

(6) Quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti? (Matth., XXIII, 37.)

mos de buen grado la infalibilidad de la gracia, infalibilidad puramente moral que no perjudica a la libertad; porque resulta de la conveniencia de las disposiciones, de los medios, de las circunstancias, de las iluminaciones, de las excitaciones interiores, trama compleja que concluye por una persuasión supereminente, la cual tiene Dios en cuenta para conducirnos a sus fines, y la cual debemos a su pura bondad.

Que no se nos acuse, pues, de que damos a la elección de Dios un motivo sospechoso de herejía, por ejemplo, la cooperación prevista de nuestra libertad. Creemos firmemente que son del todo gratuitos los auxilios sobrenaturales, y porque la gracia se ordena a la gloria, considerando la predestinación en su conjunto: elección, vocación, justificación y glorificación, confesamos que es una obra enteramente gratuita. Que no se nos reproche de dividir las obras de la salvación en dos partes, la una para la gracia y la otra para la libertad, pues reconocemos que toda obra de salvación es una, y que procede de una manera indivisible del concurso de Dios y del libre albedrío (1). Decimos con el Apóstol: «Dios obra en nosotros el querer y el obrar;» porque, dirigida por la ciencia media, ha dispuesto su omnipo-

(1) Pedro Danes, celebre profesor de la Universidad de Lovaina, atribuye a los molinistas esta division de las obras sobrenaturales: «Volunt inquit, ut liberum arbitrium ex domestica virtute, suaque peni (no scilicet aufferitur) addit ut duo (supposito quod gratia confortat vires ut quatuor), et ibi exurgit virtus desumpta ex viribus gratis, et liberi arbitri seorsum sumpta; sicuti numerus binarius additis quaternario, facit numerum senarium, utrovis seorsum sumpto majorem. (Tract. De gratia, tit. XV, párrafo 6.ª, edicion de Lovaina, 1758, pág. 444.)

tencia todas las cosas para que queramos y obremos.

Tal es nuestro sistema. Queda por sondear un abismo: la preferencia de Dios para los que ha puesto en tales circunstancias, que la gracia obtenga su efecto. Pero fuera de esto, todo se explica: equilibrio y armonía de los términos; si Dios prevé los méritos, predestina a la gloria; si prevé los deméritos, condena a la pena: la responsabilidad es de la libertad, porque se determina a sí misma. Se concibe mejor que Dios pueda decir a sus elegidos: «Nadie será coronado, sino el que pelearse varonilmente;» y a los réprobos: «Yo quise, y vosotros no quisisteis.» *Voluit et noluitis*. En fin: si Dios parece menos dueño en nuestro sistema, se muestra más padre, y el alma espera con más tranquilidad su juicio: *Di. etinus* (1).

Inútil es decir, señores, que los tomistas contestan a los principios y conclusiones de este sistema. Puesto que la ciencia media viene a parar, lo mismo que los decretos predeterminantes, en el inexplicable misterio de las preferencias divinas, les parece poco prudente y poco sensato correr un velo sobre el conocimiento de Dios, comprometer su omnipotencia y su soberano dominio, trastornar toda la metafísica divina, por más que se obtengan de esta suerte algunas explicaciones más fáciles. Por lo demás, las explicaciones fáciles no siempre son las más conformes con la verdad: más de una vez la herejía se ha paliado con ellas. Pero los tomistas no pretenden ser la última palabra. De una y otra parte se lanzan réplicas como los cañones de los buques enemigos, resueltos a destruirse mutuamente. Yo las

(1) Cf. Molina: *Libri arbitrii cum gratis donis divinae praesentia*, Suarez: *De gratia. De auxiliis divinae gratiae*.

omito: me basta haber expuesto fielmente las dos principales opiniones en que se concentran los esfuerzos del espíritu humano sobre la explicación de la cuestión más difícil que puede proponerse. Entre estas opiniones extremas, como entre las zonas determinadas y los colores simples del arco iris, se encuentran algunas otras (1) que juzgo inútil exponer. Contien-

(1) El sistema de Molina, adoptado por Lessio, ha sido modificado por el *Congruismo* de Suarez. Entre los congruistas hay algunos que ensañan, como los tomistas, la predestinación gratuita *ex omni parte*, pero subordinándola á la ciencia media. Los agustinianos admiten en su mayor parte la predestinación gratuita á la gloria anteriormente á la prevision de los méritos. El medio de esta predestinación es una gracia eficaz por sí misma; pero esta gracia obra moral y no físicamente. Desacian, pues, los decretos productivos y la premocción física. En cuanto á la gracia suficiente, se explican de diverso modo. Según unos, jamás obtienen su efecto; según otros, puede obtenerlo en ciertas circunstancias; de donde se sigue que la voluntad no siempre tiene necesidad, para obrar, de ser excitada por esa irresistible é infalible virtud que procede de la gracia eficaz. De aquí los nombres de *Agustinianos rigurosos* y de *Agustinianos moderados*. La escuela de Lovaina proscribió en 1587, con severa censura, la doctrina de Molina y de Lessio. La defensa de esta censura dió origen al *Lovanismo*, que se divide en *Lovanismo riguroso* y *Lovanismo moderado*. El primero rechaza todo uso de la ciencia media. Respecto al estado de la inocencia, se aproxima al *Agustinianismo*; con respecto al estado presente, admite una especie de premocción física que es diferencia de la de los *Tomistas* en que ella da, no sólo el acto, mas también la potencia. El *Lovanismo moderado* es casi lo mismo que el *Agustinianismo moderado*. Tomás, si no, en sus *Comentarios sobre la gracia*, haes consistir la eficacia de los auxilios divinos en su muchedumbre y en su variedad; en una palabra, en la acumulación de las gracias suficientes. Desecha la ciencia media y pretende que la ciencia

táas con pesar en vuestro ánimo los dos sistemas cuya exposición acabais de oír: el uno más divino, el otro más humano; el uno noblemente colocado sobre las alturas de la metafísica y contemplando desde allí todos los seres y sus relaciones, el otro más humildemente aplicado al conocimiento experimental del juego de las facultades humanas y de sus actos; el uno más atrevido y más firme en la marcha lógica de sus concepciones, el otro más temeroso y más flexible en la solución de las dificultades; el uno más grandioso por su unidad, el otro más accesible á nuestra debilidad; el uno más austero, el otro más complaciente; el uno mejor comprendido por las generaciones creyentes, formadas en el respeto y en el culto de la autoridad absoluta, el otro más simpático á las generaciones racionalistas, en medio de las cuales se han desarrollado hasta la exageración el sentimiento y el amor de la libertad; el uno más terrible al naturalismo de Pelagio, el otro más funesto al fatalismo de Calvino. Los dos armados de fuertes argumentos y de sutiles respuestas; los dos celosos de su ortodoxia; los dos tratando de convencerse de herejía; los dos intercalando en el calor de la discusión fuertes palabras calumniosas y reprimaciones insensatas. Han combatido so-

de simple vision basta á Dios para dirigirse en sus decretos. Ambrosio Catarino distingue dos clases de escogidos: los privilegiados, como la Virgen, los profetas, los Apóstoles, etc., cuya predestinación es anterior á los merecimientos; los vulgares, cuya predestinación á la gloria sigue á la prevision de los merecimientos. Sólo á los escogidos privilegiados se deben aplicar las palabras de la Sagrada Escritura de que nos servimos para establecer que la predestinación á la gloria es completamente gratuita. No es esta la única opinion singular que ha emitido Catarino.

temeramente durante años enteros en presencia de la Iglesia con heridas de amor propio y la muerte de un hombre. (Honor al valor desgraciado! Esperamos que este episodio no se volverán á renovar. La Iglesia no ha decidido nada, señores, dejándonos en plena libertad (1).

Escoged la opinión que más se conforme con el temperamento de vuestro espíritu, y estad seguros que á cualquier parte que os inclinéis hallareis buena y santa compañía (2).

(1) Mucho se ha escrito sobre la famosa congregación de los jesuitas. Molina, decía, debía ser condenado cuando Clemente VIII murió. Paulo V, su sucesor, había preparado una Constitución, cuya publicación impidieron el crédito y la instancia de los jesuitas. Mas para que se viera que la Iglesia se ha determinado nada sobre esta materia, basta el decreto sigiloso de Inocencio X (25 de Abril de 1654): «Ceterum non iam Romae quam alibi, circumferantur quaedam acta in scriptis: et forsitan typis excussa, congregationum habiturum curam hab. rec. Clemente VIII et Paulo V super quæstione de auxiliis dicimus gratis, tan sub nomine Francisci Pignatelli, olim Rectoris Romane Diocesis, quam F. Tomæ de Senno, Ord. Presb. aliorumque Presbiterorum et Theologorum, qui ad assertum, predicta interfuerunt congregationibus, necnon quoddam autographum, seu exemplar auctoris Constitutionis ipsius Pauli V, super definitione predicta quæstionis de auxiliis, ac damnationis auctoritate, seu sententiarum Ludovici Molinæ Societatis Jesu, eadem Societatis sua, presentis hoc nostro decreto, declarari ac decerni, predictis ascriptis actis, tam pro sententiâ PP. Nicolai S. Dominici, quam Ludovici Molinæ aliorumque Soc. Jesu religionum, et autoritate sine exemplari predictæ auctoris Constitutionis Pauli V, nullam omnino esse fidem adhibendam, usque ab alterutra parte, seu a quocunque alio allegari potius solitibus, sed super quæstione predicta observanda esse decreta Pauli V et Urbani VIII, necnon prædecessorum.

(2) Sería demasiado largo enumerar los doctores, los teólogos eminentes y las escuelas célebres que han seguido en las cuestiones que tratamos las huellas de San Agustín.

Tal vez deseareis saber cuál es mi parecer, mas no lo sabreis, á no ser que lo adivineis, pues me he propuesto, para conservar igual el fiel de la balanza, no echar ni en un platillo ni en otro esa millonésima de grano que vale mi opinión. Pero entonces, me preguntareis, ¿para qué exponer esos sistemas? Por dos razones importantes, señores. He querido probaros que el espíritu católico no adolece del embotamiento que se le atribuye, que no abdica cobardemente ante los misterios que la Iglesia propone á su creencia, que nó se prosterna ante lo incomprendible sino despues de haberlo limitado, concentrando hacia él todas las luces de la razon. He querido, en segundo lugar, preservaros de esa injusticia vulgar, que consiste, cuando se trata de una cuestión difícil, en imputar á la Iglesia opiniones que acepta sin darles el sello de sus definiciones y en exigir de su sabiduría y de su prudencia respuestas categóricas á todas las dificultades procedentes de los sistemas. La Iglesia tiene el derecho de remitiros de uno á otro para defender sus dogmas, y vosotros no lo tenéis para rehusar á sus dogmas la sumisión de vuestra fé bajo el pretexto de que

de Santo Tomás. Verdad es también que por el lado contrario tampoco faltaron el talento y la virtud. «Molina, dice José de Maistre, era un hombre de genio, autor de un sistema, á la vez filosófico y consolador, sobre el dogma terrible que tanto ha fatigado al espíritu humano, sistema que nunca ha sido condenado ni lo será jamás.» (De la Iglesia católica, lib. I, capítulo 19.) Suarez rinde á los teólogos de su Compañía este testimonio, el cual suscritimos con toda nuestra alia voluntariamente: «Sunt tibi per Dei gratiam et sancti fidei, et prudentiæ, ac religionis, et non mediocriter doctrinæ ac eruditionis tomæ et auctoritatem non modicum obtulerunt.» (Prolegom. II, De scientia conditionata, cap. I, número 7.) Añadimos lo que Suarez no podía decir de sí mismo. Poseía una sólida y vasta ciencia, y era tan santo como sabio.

tal ó cual opinion no los explique según vuestros deseos.

Ahora entro en el oficio de simple expositor de la doctrina católica, para deciros lo que debéis crear acerca de los misterios de la predestinación y de la gracia, y por qué debéis creer, aun cuando no comprendáis.

II

Un Papa, escribiendo á los Obispos de Francia, les dirigia estas memorables palabras: «No despreciamos las profundas y difíciles cuestiones, largamente tratadas por los que han combatido la herejía; pero no juzgamos necesario definir las, porque para confesar el dogma de la gracia de Dios, cuyo poder y misericordia no debemos menos cabar, basta atenernos á lo que nos han enseñado los santos doctores en sus escritos, según las reglas de la Silla Apostólica (4).» Estas reglas pueden resumirse en un solo axioma, que la prudencia de la Iglesia no ha perdido nunca de vista en la cuestion que nos ocupa: «Es preciso no quitar nada á Dios, ni quitar nada á la libertad.» Guiado por este axioma, voy á deciros lo que debéis creer. Escuchadme con atención; no se

(4) Profundiores, vero, difficiliorisque partes occurrantur questionum, quas lectus pertractavit, qui haereticis resisterent, sicut non audeamus contemnere, ita non necesse habemus adhibere, quia ad confirmandum gratiam Dei, cuius operi, ac dignitati nihil penitus adversus-illum est, satis sufficere credimus quicquid, secundum praedictas regulas apostolicas solis, nos scripta docuerunt: ut prorsus non opinemur catholicum, quod apparuit, praefixis sententis esse contrarium. (Decretum Celestini Papae ad episc. Galliae.)

trata de opiniones libres, sino de los dogmas de la fé.

Dios ha creado al hombre por pura bondad; su omnipotencia era libre para no sacarnos del no ser al ser; pero el amor le ha dictado el decreto de nuestra creacion. Esto no podia ser para que el hombre pereciese. No son, pues, sólo los elegidos los que Dios quiere salvar (1). Conforme á las palabras del Apóstol, la Iglesia os exhorta á creer que Dios quiera con voluntad antecedente, sería, sincera y activa, la salvacion de todos los hombres (2).

Estos hombres que Dios quiere salvar no los abandona á sí mismos; es necesario que los gobierne: ¿podría hacerlo, si ignorase lo que deben hacer y lo que de hecho harán? Debeis, pues, creer que las acciones libres del hombre están eternamente presentes á la ciencia infinita de Dios (3).

Saber no basta. El que gobierna con perfeccion, debe poseer la razon total de su gobierno,

(1) La quinta proposición de Jansenio fué condenada en estos términos: «Semipelagianum est dicere Christum pro omnibus omnino hominibus mortuum esse, aut sanguinem fuisse: falsum, temerarium, scandalosum, et intellectum eo sensu, ut Christus pro salute dimittat praedestinatorum mortuus sit, impium, blasphemum, contumeliosum, divinae pietati derogantem, et haereticum declaramus, et huiusmodi damnamus» (Ita Inoc. X, et Alex. VII.)

(2) Obscuro igitur primis omnium fieri observationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones pro omnibus hominibus. hoc enim bonum est, et acceptum coram Salvatore nostro Deo, qui omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire. Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum homo Christus Jesus, qui deum redemptionem semetipsum pro omnibus (1 Timoth. II, v. 1 et seq.)

(3) Non est ulla creatura invisibilis in conspectu ejus; omnia autem vnda et aperta sunt oculis ejus. (Heb. IV, 13.)

esto es, ver el fin á que llegarán los que gobernarán, los medios por los cuales se conseguirá infaliblemente este fin, ordenar los medios al fin. Debeis creer que existe en esto una Providencia.

Más, siendo el fin del hombre propia y absolutamente sobrenatural, y no perteneciendo los medios proporcionados á este fin al orden de la naturaleza, el acto con que Dios ordena y conduce á su fin á los que se salvan, es un acto de una providencia especial. Debeis creer, pues, que existe una predestinacion (1).

Teniendo esta predestinacion por principio lo que no es debido á nuestra naturaleza, lo que no puede obtenerse por nuestros méritos, debeis creer que, considerada en su conjunto, es puramente gratuita (2). Y porque está fundada sobre la ciencia infalible y la voluntad omnipotente de Dios, debeis creer que es cierta é inmutable (3).

(1) *Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti... predestinavit nos... secundum propositum voluntatis suae.* (Ephes. I. 4. 5.)

Veritatem predestinationis hujus, et gratia, que nunc contra haereticos cura diligente defenditur, nunquam Ecclesia Christi non habuit. (S. Aug. *De bono persecutorum*, cap. XXIII, número 64.)

(2) *Quis prior dedit illi et retribuitur ei?* (Rom. IX, capítulo XXXV.)

Sentes Apostolica non tantum semel, sed etiam secundo et tertio adversus pelagianorum reliquias, pro defensoribus gratuita predestinationis sententiam tulit, ut jam haec sententia non quorumvis doctorum opinio, sed fides Ecclesiae catholicae dici debet. (Bellarm. lib. II *De gratia et lib. arb.*, cap. XI.)

(3) Firmissime tene, neque perire posse aliquem eorum quos Deus predestinavit ad regnum colorum, nec quemquam eorum, quos non predestinavit, ad vitam ulla ratione posse salvari. (S. Fulgent. Lib. *De fide*, cap. XXXV.)

Dios es la justicia misma, no recompense sino el mérito, ni castiga más que al demérito; debeis, pues, creer que el hombre, mediante la cooperacion de su libre albedrio á la gracia, puede merecer de Dios la vida eterna, y que por negar su cooperacion se hace digno de la reprobacion (1).

Digo: la cooperacion del libre albedrio á la gracia de Dios; pues nuestra naturaleza es incapaz, para empezar por sí sola la grande obra de nuestra santificacion. Ninguna obra natural puede merecer, por ningun título, el don inefable con que Dios nos previene y nos atrae á sí; debeis creer, pues, que la gracia, como lo indica su nombre, es un don enteramente gratuito de la bondad divina (2).

La gracia, á que coopera el hombre, se llama eficaz, porque consigue su efecto; pero el libre albedrio sometido á su acción, no es meramente un instrumento pasivo, sino que obra con acción propia; y si no resiste de hecho, conserva el poder de resistirla (3). Debeis, pues, creer que las obras de la salvacion son imputables á nuestra li-

(1) *Si quis dixerit justos non debere pro bonis operibus, quae in Deo fuerant facti expectata, et sperata aeternam retributionem a Deo, per eius misericordiam, et Jesu Christi meritum, si bene agendo et divina mandata custodiendo, usque in finem perseveraverit: Anathema sit.* (Conc. Trid. Sess. VI, can. 23.)

Unusquisque propriam mercedem accipiet secundum suum laborem. (I Cor. III, 8.)

Iis qui sunt ex contentione, et non acquiescunt veritati, credunt autem iniquitati, ira et indignatio. (Rom. II, 8.)

(2) Nullis meritis gratuita praeventibus, debetur merces bonis operibus, si fiant; sed gratia, quae non debetur, praecedat ut fiant. (Synod. Araus. II, cap. XVIII.)

(3) Véase la cita del Concilio de Trento. (Conferencia vigésima, al fin.)

bertad (1), y que el que nos crió sin nuestra inter-
vencion, no nos salvará sin ella (2).

No todos cooperan á la gracia de Dios; por eso
no todos se salvan. Sin embargo, Dios no manda
lo imposible: cuando nos manda, nos advierte
que hagamos lo que está en nuestro poder, y que
pidamos lo que no podemos, y nos ayuda para
que podamos hacer lo que Él manda (3). Juzgad,
dice Él, entre mí y mi viña; ¿qué más pude hacer,
y no lo hice? ¿fué causa, por ventura, el que Yo
esperase de ella racimos, para que ella no diese
sino uvas silvestres? (4). Juicio que le condena,
reproches inicuos y crueles, si Dios rehusa sus
auxilios á los que caerán un día bajo el golpe de
sus venganzas. Debeis, pues, creer, que además
de la gracia eficaz, hay otra gracia suficiente que
da al hombre, atendida las circunstancias pre-
sentes, un poder completo y apropiado á los actos
buenos que debe hacer, y que esta gracia no
tiene su efecto final por la resistencia de nuestra
voluntad (5).

(1) Si quis dixerit hominis justificari bona opera ita esse dona
dei, et non sint etiam bona ipsius justificati merita... Anathema
sit. (Conc. Trid. sess. VI, cap. 11.)

(2) Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te. (S. Aug.)

(3) Deus impossibilia non habet, sed jubendo monet; et docere
quod possis, et petere quod non possis, et adjuvat ut possis.
(Conc. Trid. sess. VI, cap. XI.)

(4) Vide supra.

(5) Aliqua Dei precepta hominibus justis voluntibus, et con-
tantibus, secundum presentes, quos habent, vires, sunt impos-
sibilia; deest quoque gratia, qua possibilia sunt... Interiori gratiæ
in statu naturæ lapsæ nunquam resistitur. (Proposiciones de
Jansenio condenadas por Inocencio X y Alejandro VII.)
Nec semper Spiritui Sancto resistitur. (Act. VII, 31.)

Nec illi debent sibi tribuere, qui venerunt, quia vocati vene-
runt, nec illi qui noluerunt venire, debent alteri tribuere, sed
tantum sibi; quoniam, ut venerunt, vocati erant in libera volun-
tate. (S. Aug. Lib. 83, Quæst.)

Esto gracia la concede Dios á todos; á los justos
para que cumplan los preceptos de su ley (1), á
los pecadores para que se convirtan (2), á los in-
fieles para que reciban las luces de la verdad (3).
Debeis, pues, creer que los que marchan obstina-
damente por las vías de la iniquidad son culpa-
bles, dignos de la desventurada suerte que les es-
pera (4); que su reprobacion no es un decreto eter-
no que los empuja al mal, ó les cierra ante todo
acontecimiento la entrada en el cielo (5); sino una
sentencia equitativa, pronunciada en presencia de
sus faltas, eternamente previstas y eternamente
reprobadas; en fin, que hay tanta justicia en esta
reprobacion, como misericordia en la predestina-
cion de los elegidos (6).

Hé aquí, señores, el Credo de la predestinacion

(1) Si quis dixerit Dei precepta homini etiam justificato, et
suo gratia constituto esse ad observandum impossibilia: Anathe-
ma sit. (Conc. Trid. sess. VI, cap. XVIII.)

(2) Nolo mortem impij, sed ut conservetur et vivat. (Ezeq.
XXXIII, 11.) Qui accepta justificationis gratia per peccatum exci-
derunt, rursus justificari poterunt, cum excitante Deo... amissam
gratiam recuperare procuraverint. (Conc. Trid. sess. VI.)

(3) Pagni, Judæi, heretici, alique hujus generis, nullum
omnino accipiunt a J. C. influxum, adeoque hinc recte infe-
res, in illis esse voluntatem nullam et inertem, sine omni
gratia sufficienti. (Proposición condenada por Alejandro VIII,
núm. 33.) — Nulla habetur gratia nisi per fidem. — Extra Ecclē-
siam nulla conceditur gratia. (Proposiciones condenadas por
Clemente XI, núms. 26 y 29.)

(4) Qui vocatus non venit, sicut non habuit meritum promi-
t, ut vocaretur, se inchoat meritum supplicij, cum vocatus
venire negligit. (S. Aug. Lib. 83, Quæst.)

(5) Véase la Conferencia vigintiuna-segunda, cita del Con-
cilio Tridentino á propósito de Calvino, II parte, al principio.

(6) Bonus est Deus, justus est Deus, potest sine bonis meritis
liberare quia bonus est, non potest quæpiam damnare sine ma-
lis meritis, quia justus est. (S. Aug. Lib. III contra Julianum.)

y de la gracia en que se eliminan el cómo y el por qué con tanto empeño debatido en los sistemas; sin embargo, lo confieso sin embarazo y sin vergüenza, no suprime todas las dificultades. ¿Cómo es Dios dueño y soberano absoluto, si nuestra voluntad puede resistirle eficazmente? ¿Cómo somos nosotros libres, si una gracia infalible, todopoderosa, prepara nuestras determinaciones? ¿Cómo se comprende que Dios, que no salva á nadie sino por una liberalidad enteramente gratuita, no reprobaba ninguno sino por un justo juicio? ¿Por qué tanta desigualdad en la distribución de sus dones? ¿Por qué esas preferencias con los que nada han hecho para merecerlas? ¡Abismo y misterio! responde el Apóstol: *Oh altitudo!* Las explicaciones, que suelen darse á estas dificultades, semejan á las briznas de yerba que toma un niño en su mano, para medir las profundidades del Océano. Estas materias son tan difíciles, dice San Agustín, que, cuando se defiende el libre albedrío, parece como que se niega la gracia de Dios; y al contrario, cuando se afirma la gracia de Dios, parece como que se suprime el libre albedrío (1).

Si desearis saber por qué Dios salva á este más bien que á aquel, escudriñad, si podeis, la inmensa profundidad de los juicios divinos; pero notad el precipicio que se abre á vuestras plantas (2).

Si, señores, mirad por qué proponéis cuestiones

(1) *Ista questio, ubi de arbitrio voluntatis et grata disputatur, ita est ad discernendum difficilis, ut quando dependit liberum arbitrium, posteat autem. Lib. De gratia Christi, cap. XLVII.*

(2) *Cur autem illam potius quam illam libere, aut non libere, scrutatur qui potest ejusdem ejus tam magnam profunditatem: veritatem cavet precipitium. (Enchir. capítulo XCIX.)*

nes temerarias, relacionadas todas con una dificultad fundamental, que es imposible explicar. Todo se haría claro como la luz del día, si pudierais resolver este sagrado problema, conocer las relaciones precisas de la soberanía absoluta de Dios con la libertad creada. Pero, ¿cómo podreis hacerlo? Obrando sobre cantidades completamente determinadas, podreis definir de una manera precisa sus relaciones. Por ejemplo, si yo os doy tres y nueve, vosotros me direis con toda precisión: que tres es á nueve como nueve es á tres; tercera parte y raíz cuadrada por una parte, múltiplo y segunda potencia por otra. Pero si os doy tres poco más ó ménos y nueve poco más ó ménos, no podreis responderme, sino con el poco más ó ménos. Hé aquí nuestra posición en presencia de los términos, cuyas relaciones precisas sería necesario conocer para la resolución de las arduas cuestiones de la predestinación, de la gracia y de la Providencia. Porque, notado bien, señores, las dificultades que nos preocupan, no son tan propias de los dogmas sobrenaturales que acabo de exponeros, que no se pongan al filósofo espiritualista, tanto como al creyente católico, puesto que el dogma natural de la Providencia pone en relación la soberanía de Dios y la libertad humana, y supone una distribución de auxilios desiguales, una correspondencia, ó una resistencia por parte del hombre, una conclusión final de misericordia y de justicia, en el gobierno divino.

¿Conocemos nosotros bien á Dios? ¿Conocemos bien la libertad? No.

Sabemos que Dios existe; una inducción irresistible nos obliga á afirmar su infinitud en todo género de perfección, un razonamiento vulgar nos convence de su acción providencial. Mas por

pecho que nos instan á decir lo que es Dios en sí mismo, luego nos embarazamos en cada una de nuestras palabras. La negación, según la exacta y profunda observación de San Dionisio, tiene para nosotros más fuerza y precisión que la afirmación misma. Podemos decir con certeza lo que Dios no es; pero decir lo que es de una manera total y adecuada, esto es una cosa superior á nuestras ideas y á nuestro lenguaje. ¿Por qué sucede así, señores? Porque no conocemos á Dios sino por las criaturas y por nosotros mismos; porque nuestra naturaleza, tan bella y noble respecto al mundo inferior, cuyos reyes somos, no llega á ser una reducción infinitesimal de la naturaleza divina; no es sino una imagen muy imperfecta y en un orden completamente distinto y diferente.

De aquí es que, preocupados siempre de nuestros propios pensamientos al hablar de las cosas de Dios, le atribuimos sin pensarlo, nuestro modo de ser, de ver y de obrar. Dependientes bajo todos conceptos, medimos el ser infinito de Dios por el ser finito de las criaturas; nos lo imaginamos sujeto á obligaciones y deberes que se derivan de no sé qué ley superior al mismo Criador y á su obra, mientras que el Ser divino es necesario primero, tan independiente de las otras existencias, que posee sin ellas la plenitud del ser, y tan señor y dueño de ellas, que es su única ley.

A pesar de que nuestras potencias y facultades se limitan las unas por las otras, trasladamos á Dios esta imperfección y consideramos divididas su inteligencia, su voluntad, su libertad, su sabiduría, su poder, su liberalidad, su misericordia, su justicia; y sin embargo, es cierto que las propiedades y las perfecciones divinas se compenetran y se identifican en el mismo ser y en el mis-

mo acto. El tiempo, que divide en partes sucesivas nuestra existencia, nos coloca entre las dos extremidades de lo pasado y de lo porvenir, no viendo lo que ya no es sino mediante la memoria, y lo que aún no ha sucedido sino por medio de conjeturas difíciles; y á pesar de que la mayor parte del tiempo nos hallamos sorprendidos por lo inopinado, y nos vemos obligados á regular nuestra conducta según nuestra experiencia y nuestros previsiones, pretendemos, no obstante, aplicar á Dios la medida de nuestra vida. Si bien no creemos que se instruya con la experiencia ni que pueda sorprenderle algún accidente inesperado, pretendemos que su presciencia debe poner límites á su libertad, á su bondad y á su poder; y con todo, es innegable que Dios existe, vive, conoce, obra sin salir de sí mismo, en un instante inmóvil que corresponde y abraza simultánea é indivisiblemente todas las fases sucesivas de la duración. Incapaces de querer el bien por puro amor, de permitir el mal sin hacernos cómplices, buscando fuera de nosotros mismos los motivos de nuestras acciones, pretendemos hallar en las criaturas las razones por las cuales Dios obra; y no obstante, es una cosa muy cierta que el principio y el soberano Señor de todo, sólo de sí mismo toma los motivos de su acto creador y providencial.

Esto en cuanto al conocimiento de Dios. Tocante á la libertad, poseemos el sentido íntimo y el conocimiento experimental de su existencia; pero ¿podemos darnos razón de todas sus determinaciones? Aún dado que leyésemos corrientemente el libro de nuestra vida, ¿podríamos leer el gran libro de la vida humana, en todos los tiempos y en todos los lugares? Notadlo bien, se-

ñores, que la cuestión de los destinos no se plantea sólo entre Dios y vosotros, sino entre Dios y la humanidad entera. Para responder ó las dificultades que atormentan nuestro espíritu, es necesario, pues, que veamos de una sola mirada el conjunto de los seres libres, gobernados y dirigidos por Dios á sus fines; es necesario que conozcamos claramente el movimiento universal de la libertad humana, las influencias que se han multiplicado en su derredor para solicitar ó para empujar su acción, los golpes que ha recibido, las solidaridades que la acompañan; en fin, la historia íntima del género humano. ¡Cuán lejos estamos de poseer este conocimiento!

Con razón os decía poco há que los dos términos cuyas relaciones tratamos de averiguar tan ansiosamente no están sino de una manera imperfecta determinados, y no pueden suministrarlos los elementos de una solución precisa. ¿Queréis determinarlos con exactitud, señores? ¿Queréis explicarme la suprema independencia de lo infinito con relación á lo finito, y definirme adecuadamente su soberano dominio que se sigue de ella? ¿Queréis mostrarme cómo unas propiedades y perfecciones sin límites se compenetran en un mismo ser y obran juntamente en un mismo acto? ¿Queréis hacerme comprender la coexistencia de la eternidad divina y del tiempo, la misteriosa correspondencia de un siempre indivisible con las sucesiones de la duración, de la visión y de la acción simultánea de Dios, con los acontecimientos que se suceden unos en pos de otros en el curso de los siglos? ¿Queréis decirme los motivos que Dios tiene en su esencia para regular las manifestaciones de sus perfecciones? ¿Queréis hacerme conocer el estado y el ejercicio de la liber-

tad humana en todos los individuos de todos los tiempos y de todos los lugares, y contarme la historia íntima del género humano pasado, presente y futuro? ¿Queréis? Os concedo toda esta semana para hacerlo; y si lo hacéis, me comprometo, bajo mi honor, á explicáros en ocho días, y á la misma hora, de lo alto de esta cátedra, los más profundos misterios del gobierno divino, entre otros, la predestinación y la gracia, de modo que desaparezcan todas las dificultades.

Pero esperaría en vano. Vosotros no tenéis para conocer á Dios otros medios que vuestros caminos y vuestros pensamientos, y vuestros caminos no son los míos, dice el Señor. *Viv vestra, non viv meae*; ni mis pensamientos son los vuestros: *Cogitationes meae non cogitationes vestrae* (1). Vosotros no tenéis para conocer la libertad humana sino vuestras propias determinaciones, y vuestras determinaciones no son más que un pequeño y oscuro párrafo de la historia general del libre albedrío. Si añadís á esto las imperfecciones de vuestro lenguaje, fundado en simples analogías, y en el cual se encuentran á cada paso las palabras *precer, preparar, predestinar, predestinar* y otras, todas improprias para expresar adecuadamente el acto simple y siempre presente de un ser que ni ha pasado ni está por venir, reconoceréis que es necesario renunciar á la resolución del problema que se nos ha propuesto. En estos términos: Hallar y precisar las relaciones del soberano dominio de Dios con la libertad, y diréis con el sabio: «Hemos entendido que no puede el hombre hallar la razón de las obras de Dios...» y cuan-

(1) Isaie, LV, 8.

to más se esfuerce por hallarla, tanto menos la hallará (1).»

¡Pues qué! ¿Será necesario, á pesar de la incertidumbre y de las angustias en que nos arrojan estos dogmas áusteros, creer todo sin comprender? Y ¿por qué no, señores? ¿No es mejor obrar así que tomar ante Dios una actitud odiosa y ridícula? Odiosa, por que esforzándonos por explicar á fondo los misterios de la predestinación y de la gracia con los datos inciertos de que disponemos y el lenguaje inexacto de que nos servimos, nos es imposible no faltar contra alguna de las perfecciones de Dios. Ridículo, porque nuestra ignorancia nos expone á multiplicar las necedades. Nada más cómico, ¿no es así? que un fogonero disertando sobre mecánica, ó un aldeano sobre política. Pues bien; ante las insolubles y misteriosas cuestiones del gobierno divino, nosotros somos ménos que fogoneros respecto de la mecánica, ménos que aldeanos respecto de la política; lo cual hacia decir á un hombre espiritual y original: «Cuando escuchan nuestros *cómo* y nuestros *por qué* sobre la conducta de Dios en la obra de la salvación, los ángeles deben sin duda reírse bien.»

Examinemos seriamente nuestra situación, pues no es tan humillante ni tan crítica como se la imagina. Tenemos á la vista verdades ciertas, apoyadas en la autoridad de la razón y en la autoridad infalible de la Iglesia. Por una parte, es cierto que Dios existe, que es infinitamente perfecto, que ha creado todas las cosas, que las ordena y gobierna, que la soberanía de su gobierno es absoluta, y que regula desde la eternidad la suerte eterna de

(1) *Intellexi quod omnium operam Dei nullam possit homo invenire rationem... et quanto plus laboraverit ad querendum, tanto minus inveniet.* (Eccles., VIII, 17.)

los seres inteligentes y libres; que siendo sobrenaturales el fin del hombre y los medios para alcanzarlo, deben ser objeto de una providencia especial; que esta providencia no puede ser la misma para los que corresponden á su acción y para los que le resisten; que en la conducta de esta providencia nada debe ofender la libertad, la soberanía, la presciencia, la infalibilidad, la santidad, la bondad, la justicia de Dios, pues entonces dejaría de ser un ser infinitamente perfecto. Por otra parte, es cierto que somos libres, que el libre albedrío nos da el dominio de nuestros actos, y que del dominio de nuestros actos resulta para nosotros la responsabilidad del bien y del mal. Por ambas partes es cierto que estas verdades concuerdan entre sí, porque es absolutamente imposible que una verdad sea contraria á otra verdad. ¿Qué más se requiere, señores, para tranquilizar vuestros espíritus inquietos? Vosotros no veis el acorile, pero un principio cierto os dice que existe. ¿Sacrificaréis á vuestra débil vista intelectual las verdades que os deslumbran? Esto sería un absurdo. «No se debe negar, dice San Agustín, lo que es claro, porque no se comprenda lo que está oculto. *Non ideo negandum est, quod apertum est, quia comprehendere non potest, quod occultum est* (1).» Si un hombre, viendo de lejos las torres de Nuestra Señora de París, hiciése este raciocinio: «Yo veo dos torres de iglesia; tengo, pues, motivo fundado para creer que hay una iglesia entre estas dos torres; pero yo no veo la iglesia; luego no hay torres, seguramente le factaríais de locura. No me creo autorizado á trataros de esta suerte. Mostraos sabios, pruden-

(1) *De Dono perseverantia, cap. XIV.*

tes, reservados, ante el profundo misterio de vuestros destinos. Aceptad lo cierto, ó inclinad respetuosamente ante lo incomprendible. Convenceos de que en esta materia es falsa toda suposición que perjudica á una verdad bien probada. Repetid muchas veces estas palabras de grandes sábios y de grandes santos: «Dios es la bondad misma; nosotros los que le hacemos usar de su justicia, *Deus de suo optimus, de nostrá justus* (1).» «La bondad y la justicia son las perfecciones que regulan la acción de Dios en la obra de la salvación. *Dei predestinatio, nunquam extra bonitatem, nunquam extra justitiam* (2).»

El que nos ha criado sin nuestra cooperación, no nos salvará sin ella: *Qui fecit te sine te, non salvabit te sine te*. Ninguna injusticia hay en que Dios refuse salvar á los que se pierden, puesto que podrían salvarse si quisieran: *Non utique Deos injuste noluit salvos fieri, cum possent salvi esse si velent* (3).» Bajo la suave y saludable influencia de estas máximas que la Iglesia propone á nuestra consideración, sentiréis calmarse vuestras congojas, y las dificultades serias, por más que sean inexplicables, no podrán turbaros en adelante.

Digo las dificultades serias, señores, pues hay, entre otras, una que se ha hecho comun, por lo repetida, á que el buen sentido puede responder satisfactoriamente. El dogma de la predestinación agota en el alma humana la fuente de toda actividad fecunda y destruye los fundamentos de la vida moral; porque todo el que cree en el dogma de la predestinación,

(1) Tertulian.: lib. *De resurrectione carnis*, cap. XIV.
(2) S. Prosper.: *Respons. ad object. Vincent*, cap. X.
(3) S. Aug.: *Enchirid.*, cap. XCIV.

puede hacer este raciocinio:—«¿Estoy predestinado ó no; si estoy predestinado, como quiera que obré me salvaré; si no lo estoy, por más que haga me perdere eternamente.—Nada más fácil que refutar este solismo vulgar, con que no se avergüenzan de contradecir la enseñanza católica muchos buenos ingenios. Basta ahora aplicarlo á una acción cualquiera de la providencia natural que Dios tiene sobre los seres libres, para tocar con el dedo su manifiesto absurdo. Sabemos que nada sucede en este mundo que no esté sujeto á la divina providencia y á la inmutable voluntad del soberano Señor de todas las cosas. El ha medido nuestra vida y contado nuestros días; conoce, porque lo ha preparado, el instante preciso de nuestra muerte. ¿Podremos por eso discurrir de esta manera?—«¿Dios ha determinado que yo muera pronto, ó que muera dentro de veinte años; si ha decidido que muera dentro de veinte años, como quiera que obré vivirá hasta entonces. Puedo, pues, descuidar de mi salud, vivir del aire, arrojarle al agua, al fuego, por la ventana, nada tengo que temer.—Hablar así, dice muy acertadamente un teólogo, no es discurrir, sino delirar. *Plane deliria ista sunt, non argumenta* (1). La predestinación, como hemos visto, forma parte de la Providencia; mas la Providencia subordina siempre los medios al fin: la cooperación activa de nuestro libre albedrío á la gracia de Dios es un parte necesaria e integrante de la obra de nuestra salvación. La salvación es una cosecha de gloria; no hay cosecha sin sol y sin lluvias, ni sin trabajo y sin siembra: la salvación es el precio de nuestras victorias; mas si el soldado no

(1) Billuart: *Tract. de Deo, Dissert. XIX*, art. 2.^o

puede vencer sin ser ayudado del Dios de las batallas, es también necesario que use esforzadamente de sus armas: la salvación es el puerto á que debe arribar la frágil nave de nuestra alma después de una travesía más ó ménos larga, sobre las hinchadas ondas de este mundo; pero si la travesía no puede hacerse sin que el viento del cielo nos impulse, no se hará tampoco si nuestra mano perezosa abandona el gobernalle y no cuida de tender las velas. Yo no puedo estar cierto de lo que Dios ha decidido de mí; esto es de fé (1): hé aquí por qué me conservo en un santo temor; mas sé ciertamente que nada ha decidido sin mí: hé aquí por qué debo obrar santamente y esforzarme en asegurar, según la palabra del Apóstol, mi vocación y mi elección, por la perseverancia en las buenas obras. *Quapropter magis satagite, ut per bona opera vestra, certam vestram vocationem et electionem faciatis* (2).

Señores, os suplico que os ocupéis ménos de lo que Dios ha decidido que de lo que vosotros decidís por vosotros mismos. Estais aquí cuatro ó cinco mil hombres; entre estos cuatro ó cinco mil hombres hay cristianos que levantan muy alto el estandarte de la fé, que caminan con perseverancia por la senda de los mandamientos de Dios, que someten á la autoridad de la Iglesia su espíritu y su corazón, que se purifican de sus faltas por la penitencia, que sufren con paciencia el dolor, que se es-

(1) *Nemo, quamdiu in mortalitate vivitur, de arcano divinitus predestinationi mysterio usque adeo presumere debet, ut certo statuat se omnino esse in numero predestinationis... non nisi revelatione scribi potest quos Deus elegerit.* (Cone. Trid., sess. VI, cap. 12.)

(2) Il Petr. I, 10.

fuerzan en ganar las escarpadas alturas de la perfección cristiana, que derraman en torno suyo la luz y el bien, que esperan temblando los juicios de Dios, confiados enteramente en su infinita misericordia: ¡Señales son estas de predestinación! ¡Acaso estos cristianos no quieren libremente lo que hacen, á pesar de las contradicciones de los hombres, las injurias de que se les colma, los obstáculos que encuentran á cada paso, los escándalos y las seducciones del mundo, las tempestades que estallan en sus corazones? ¡Quién osará reprochar á Dios de que los salve? Al lado de estos cristianos hay cobardes é impíos, infieles á su educación y á las promesas de su juventud, traidores á su fé, despreciadores de las leyes divinas, enemigos sistemáticos de las causas santas, esclavos de las pasiones, empedernidos en el crimen, sublevados contra el sufrimiento, sin oraciones, sin obras buenas, sin cuidado de la justicia eterna que les espera y de la constante misericordia que los persigue. ¡Señales son estas de reprobación! ¡Acaso estos miserables no quieren libremente ser lo que son, á pesar de las protestas de su conciencia herida, la edificación de las virtudes que florecen á su vista, las severas lecciones que reciben, los tiernos llamamientos de la Iglesia, que les envía sus apóstoles, las vivas y caritativas instancias de sus amigos, las lágrimas de sus mujeres, las oraciones de sus hijos? ¡Quién, pues, osará reprochar á Dios el que los condena?

Señores, el poeta Milton, después de haber descrito una asamblea general del Pandemonium, nos representa los ángeles caídos dispersándose á través del mundo. Los unos, llenos de rabia, hacen volar en pedazos las rocas y las montañas, cabalgando sobre torbellinos á través de los aires; los otros, más pacíficos,

retrados en un valle solitario cantan en ritmo melancólico su desgraciada caída. Pero los que están preocupados de pensamientos más elevados, puestos aparte sobre una eminencia, discurren profundamente sobre la Providencia, la presciencia, la voluntad, la suerte irrevocable, el libre albedrío, la predestinación. ¡Vano trabajo! La solución huye delante de ellos, y persiguiéndola se pierden en un laberinto sin salida. (1).

Espero que nosotros un día seremos más felices que esos peciticos. Mas entre tanto, es preciso estudiar la predestinación y la gracia, no en el abismo insondable de los consejos divinos, sino en vosotros mismos, señores. Si mirais por parte de Dios, decid con San Pablo: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, ó impenetrables sus caminos! Porque, ¿quién entendió la mente del Señor, ó quién fué su consejero? ¿O quién le dió á El primero alguna cosa, para que pretenda ser por éllo recompensado? Pues de El y por El y en El son todas las cosas (2).

Pero no insistais. Volved pronto sobre vosotros mismos; poneos á la obra; velad, orad, trabajad, combatid, santificaos, resolved prácticamente el misterio de vuestros destinos, en lugar de buscar en vano su solución especulativa. Un viajero, apremiado por llegar al término, no espera antes de la partida la solución

(1) *Paraiso perdido*, lib. II.

(2) *Oh altitudo divitiarum sapientie et scientie Dei! Quam incomprehensibilia sunt judicia eius et investigabiles vię eius! Quis enim cognovit sensum Domini? Aut quis consiliarius eius fuit, aut quis prior dedit illi et retribuatur ei? Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sant omnia.* (Rom. XI, 33-36).

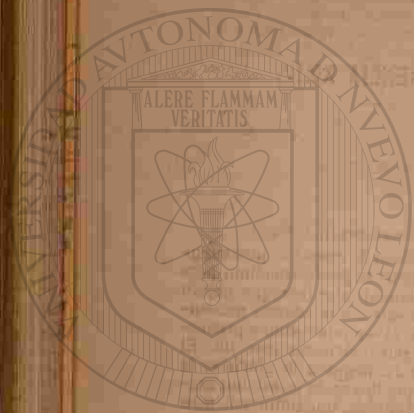
de todos los problemas de mecánica, que se ocultan en las entrañas de una locomotora; toma el tren, y se deja conducir: imítadle. Una máquina divina, la gracia, os espera; no os inquietéis ni de su naturaleza, ni de su manera de obrar; subid y dejaos trasportar hasta el término de la carrera; y entonces llegareis seguramente á la gloria, que os desco con todo mi corazón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CONFERENCIA XXIV.

LA ACCIÓN DE LA GRACIA.

Excmo. Sr. Srn. Monseñor (1), Sr. Srns.

Me era imposible, en la cuestión precedente, separar la gracia de la predestinación; porque el acto providencial, que tiene por objeto la obra de nuestra salvación, abraza necesariamente, junto con el fin a que somos predestinados, el medio para alcanzar este fin. El medio necesario para llegar a la gloria es la gracia. Ya sabéis que la gracia es un don gratuito de liberalidad divina, una influencia misteriosa y sobrenatural del primer principio de todos los movimientos, con el cual obra activamente y de un modo indivisible nuestra libre voluntad. Sabéis, además, cómo, al explicaros las sublimes armonías de la obra de Dios, os he mostrado la gracia coronando las magníficas prerogativas del hombre, la vida divina comunicándose a nuestra naturaleza y asociándola a su gloria, la creación entera

(1) Monseñor el Coadjutor y Monseñor Ravinet, antiguo Obispo de Troyes.

convirtiéndose, por esta asociación, en una obra acabada, en que brilla la más alta perfección que puede concebirse. Considerábase la gracia entonces como un don permanente que modifica la esencia del alma, que la hace realmente participante de la naturaleza y de la vida divina, que hace al hombre un verdadero hijo de Dios, confiriéndole así una belleza y una dignidad suprema (1). Pero ese don permanente con el cual se daba cima á la perfección del universo, en la persona de nuestro primer padre, esa vida divina de que nosotros podemos participar, no expresan todo lo que se entiende por gracia. Dios ordena al don habitual un don actual, en estado de acción transeúnte, que desempeña en la economía de su providencia un papel de importancia para nuestros destinos eternos, como habeis podido convenceros por lo dicho en nuestra conferencia anterior. Me parece, pues, que nuestro estudio sobre el gobierno divino sería incompleto, si nos contentásemos con las breves indicaciones que os dejo hechas. La acción de la gracia, ó, para hablar en el lenguaje de la Escuela y del Catecismo, la gracia actual, merece un examen particular, como el que me propongo hacer en este día.

No quiero definir cual es su entidad sobrenatural, ni de qué manera es eficaz ó suficiente, ni cómo se divide y subdivide en gracia antecedente, concomitante y subsiguiente, en gracia que previene, excita, llama, inspira, obra, coopera, dirige, gobierna, protege, ayuda, confirma y consuma; estas son cosas secretas, difíciles, complicadas, en las cuales el doctor de la gracia, San Agustín, confesaba

(1) Véase la Conferencia décimoctava: *La vida divina en el hombre.*

su impotencia (1), y que es inútil repetir ó introducir. Considerémos simplemente, á la luz del dogma católico, lo que obra en nosotros la gracia.

Resumiré sus operaciones en dos proposiciones en que expreso de un modo terminante y de intento, la acción de la naturaleza; pues no debemos apartarnos menos de los herejes que, confundiendo la gracia con la voluntad de Dios, convierten á la naturaleza humana en instrumento puramente pasivo de su omnipotencia (2), que de los otros que dan á la naturaleza, en la obra de nuestra salvación, una iniciativa y unos derechos usurpados. Digo, pues: 1.ª La naturaleza prevenida, fortalecida y ayudada por la gracia, se prepara á ser santificada por la misma. 2.ª La naturaleza santificada se perfecciona bajo el influjo de la gracia, hasta ser definitivamente confirmada en el bien por la última gracia. Más breve: Acción de la gracia antes de la justificación: acción de la gracia después de la justificación.

I.

Que la gracia nos previene es una verdad de fé definida por la Iglesia, contra una famosa hereja que turbó los primeros siglos cristianos, y que, lo temo mucho, cuenta aún en

(1) *Gratia, que humanis cordibus, divina largitate tribuitur, nimium est secreta, et a sensibus remota. (Libro de Præsertim, Sanct. cap. VIII, n.º 19.)*

(2) *Gratia est operatio manus omnipotentis Dei, quam nihil impedire potest aut retardare. Gratia non est aliquid quam voluntas omnipotentis Dei jubentis et facientis quod jubet. (Proposiciones de Quænal condenadas por Clemente XI. Constitut. Unigenitus.)*

nuestros días ignorantes sectarios. Nosotros creamos fácilmente en Dios obligaciones de justicia para con nosotros, y considerando las buenas disposiciones de nuestra naturaleza, nos imaginamos que Dios está obligado á inclinarse hacia nosotros, y darnos don por don. Mas San Pablo ha dicho: *quis prior dedit illi, et retribuetur ei?* (1). ¿Quién ha dado primero á Dios para que pretenda ser por ello recompensado? *Si gratia jam non ex operibus, alioquin gratia jam non est gratia* (2). La gracia es un don gratuito; no procede de nuestras obras, porque si así fuese, ya no sería gracia. Pero nosotros participamos más de nuestras ilusiones, que de la doctrina de San Pablo. Y cuando no apelamos á la justicia divina para nosotros, lo hacemos para nuestros amigos. Cegados por una ternura demasiado humana, seducidos por la honestidad real ó aparente de su vida, nos admiramos ménos de que estén obstinadamente alejados de toda creencia y práctica religiosas, que de cómo Dios no les salga al encuentro, no más que si estuviese obligado á ello. Error funesto que nos hace olvidar la única perfeccion que deberíamos invocar: la misericordia.

Si, señores; la misericordia, y no el mérito, es el único principio de la primera gracia que convierte un alma á Dios; porque, dice Santo Tomás, además de que el mérito excluye el ser gratuito, no hay proporción alguna entre el don que se nos hace, y la naturaleza en que se recibe. El don que se nos hace contiene en germen la posesion de lo infinito, y la naturaleza, por más adornada que se la suponga, de las más bellas cualidades, merece solamente

(1) Rom. XI. 35.

(2) Rom. XI. 6.

en un orden finito; el don que se nos hace es un acto de providencia especial, y la naturaleza, aun cuando tenga derechos, no puede hacerlos valer sino en presencia de la providencia general. Además, el pecado que precede siempre á la primera gracia en la naturaleza caída, agrava nuestra impotencia, y la hace más manifiesta (1).

La acción de la gracia es, pues, soberanamente libre en su principio: el hombre no puede ni prepararse para ella, ni merecerla. Muchas veces por una condescendencia, que guarda un medio entre la justicia y la pura bondad, quiere Dios escuchar las oraciones de las almas santas en demanda de su misericordia por la conversion de un pecador, y contar con sus méritos respecto de los que han recibido en sus venas una sangre, por largo tiempo impregnada, digámoslo así, de la gracia. Mas no cede á sus instancias por verdadero derecho; porque la oracion no tiene promesas infalibles, sino para el que la hace, y el mérito personal no puede transferirse á otro. En esto Dios obedece á una gran conveniencia, llamada por Santo Tomás la proporción del amor (2). Es muy conveniente, en efecto, que

(1) *Donum gratie potest considerari secundum naturam ipsius rei que donatur, et sic etiam non potest cadere sub merito non habentis gratiam, tum quia excedit proportionem nature tum etiam quia ante gratiam in statu peccati, homo habet impedimentum pro merendi gratiam, scilicet ipsum peccatum. (Summ. Theol., I.º y II.º q. 114, art. 5.) Deus homines justos convertit ad seipsum, sicut ad speciem finem.* (Ibid. q. 162, art. 6.)

(2) *Merito congrui potest aliquis alteri mereri primam gratiam: quis enim homo in gratia constitutus imple Dei voluntatem, congruum est secundum amicitie proportionem; ut Deus implet hominis voluntatem in spiationem alterius. (I.º y II.º q. 114, art. 6.)*

el amigo todopoderoso no se deje vencer en generosidad, por el alma que emplea todos sus esfuerzos en agradecerle; puesto que el hombre justo no rehusa nada á la voluntad de Dios á quien ama, Dios le concede en retorno lo que él pide para los otros, y extiende hasta sobre la descendencia de sus elegidos, la bendición que han hecho fructificar en sus personas.

Si no podeis apelar á la justicia divina, cuando se trata de obtener para los otros la primera gracia, podeis, á lo menos, teniendo la dicha de estar en amistad de Dios, pedir la con fé en su condescendiente misericordia. Y si vuestra oración no obtiene el efecto primero y directo que esperais, no dejará de excitar la liberalidad divina; y puede ser que la gracia, retrocediendo ante los obstáculos que encuentra allí donde le pediais que obrase, se comunique á un alma más abierta de algun infiel, perdido en el extremo del mundo. Podeis, además, jóvenes que me escuchais, santificándoos á tiempo, y multiplicando vuestros méritos, purificar las fuentes de la vida, cuyas ondas corren generosas, para comunicaros la paternidad; podeis prepararos una descendencia bendita, en que Dios mire con ojos más benignos y más compasivos la sangre de sus amigos, en que estén reprimidos los apetitos de la materia, y por lo tanto, disminuidos los impedimentos que todo hombre trae consigo, al nacer, para la primera gracia de Dios. ¡Ah! como si no fuese bastante la triste herencia que se trasmite de hombre en hombre, hace más de sesenta siglos, cada generacion la aumenta con sus depravadas inclinaciones! La sávia humana recibe con harta frecuencia nuevos gérmenes de corrupcion, no sólo en los pueblos envueltos aún en las sombras de la muerte, sino tambien en los que viven en plena luz del cristianismo. Por una disposicion pro-

videncial, de que trataremos algun dia, la gracia de la vida previene á vuestros hijos; pero, ¿no prevenis, por vuestra parte, á la gracia actual que ha de solicitar en el primer acto humano de esos pequeños y queridos seres, la primera eleccion del libre albedrio para dirigirla á Dios? La ley de herencia que trasmite al fruto de vuestra vida la impresion y el movimiento de los hábitos funestos de una juventud demasiado licenciosa, vuestras viles complacencias por unas inclinaciones y caprichos infantiles que se convierten en pasiones, vuestras palabras imprudentes y tal vez criminales, los ejemplos de vuestra vida harto suelta y libre, el tumulto de vuestro corazon en que la voz del mundo ahoga la voz de Dios; todo esto, ¿no obstruye las avenidas de esas tiernas almas que necesitaban la acción de la gracia? ¿No sois vosotros, finalmente, la primera causa de los obstáculos que frustran la acción de la Providencia, dispuesta á colmar de beneficios á vuestros hijos? No insisto más sobre esta misteriosa responsabilidad: vosotros pensareis en ella.

Volvamos á nuestro principio. Es de fé que el hombre no puede prepararse de una manera positiva á la gracia, esto es, por el derecho que se adquiere con el mérito; sin embargo, puede prepararse de una manera puramente negativa, esto es, por la remocion de los obstáculos que rechazan la acción de Dios. «El misterioso sol de justicia, dice San Ambrosio, ha salido para todos, y ha venido para todos (1).» Es propio de su naturaleza derramar su luz y su calor; pero si sus rayos no encuentran más que almas opacas, nadie le obliga á

(1) *Mysticus ille sol justitiam omnibus ortas est, omnibus venit. (In Psalms, 118.)*

hacerlas transparentes: las cuales sólo á sí mismas deben atribuir las espesas tinieblas en que se hallan envueltas. Escuchad sobre este punto la sólida doctrina de Santo Tomás: «Pertenece, dice, á la divina Providencia proveer á todo hombre de lo que es necesario para su salvación, con tal que no se le ponga obstáculo... (1) y cómo está en poder del libre albedrío el poner ó dejar de poner obstáculos á la recepción de la gracia, por eso no están libres de pecado los que se los han puesto libremente (2).»

Cierto, que la omnipotencia de Dios no conoce obstáculos. Sobrepuja y derriba, sin esfuerzo alguno, los muros de barro y las torres de orgullo en que se encierra una alma habituada al pecado, como para defenderse de sus santas invasiones. Agustín se humilla bajo sus golpes, Pablo derribado muda sus amenazas y maldiciones en estas humildes y sumisas palabras: Señor, ¡qué queréis que haga? (3). Puede, en un instante, transformar un vaso de iniquidad en un vaso de elección. Leemos en la historia, y yo he leído más de una vez en el libro de la conciencia humana, estos milagros de la omnipotencia divina. Pero este es un caso extraordinario, y aquí examinamos el modo ordinario con que obra la gracia. Así, no es lo ordinario que un río se hinche con aguas torrenciales y rompa todo lo que encuentra á su

(1) Hoc ad divinam Providentiam pertinet, ut callibet provideat de necessariis ad salutem, dummodo ex parte ejus non impediatur. (Quest. 14, De Verit., art. 11, ad 1.º)

(2) Cum hoc sit in potestate liberi arbitrii impedire divine gratie receptionem, vel non impedire, non immerito in culpam imputatur ei, qui impedimentum prestat gratie receptioni. (Contra Gentiles, lib. III, cap. XV.)

(3) Act. Apost. IX, 1-19.

paso para derramarse sobre los tierras áridas, sino que corran mansamente sus aguas por las pendientes en que halle ménos resistencia; no es lo ordinario que uno entre en alguna parte forzando las puertas muradas ó tapiadas, sino moviendo suavemente las que se entreabren. El buen sentido nos dice, pues, que el modo ordinario de la gracia es dirigirse á las almas buenas, con preferencia á las que se arrastran ignominiosamente por el impuro lodo de todos los vicios; es dirigirse á las almas ignorantes y débiles con preferencia á las dominadas por el orgullo. En muchos lugares del Evangelio, nos manifiesta Jesucristo, con su palabra y con su ejemplo, esta natural inclinación de la misericordia hácia los pequeños: estos pueden ser arrastrados al mal por doctrinas perversas y ejemplos escandalosos; pero afortunadamente la humildad y el candor natural de sus almas los preserva de esa obstinación particular de los soberbios, que procuran, por medio de sofismas, hacer paces con la iniquidad.

En este sentido es necesario, señores, interpretar el repetido axioma de los escolásticos, en el cual pretendían los novadores del siglo XVII hallar un sabor de herejía:—Al que hace todo lo que está en su poder, no niega Dios su gracia: *Facienti quod est in se, Deus non denegat gratiam*. No se dice que la da, como si la naturaleza por sus propios méritos tuviese derecho á su liberalidad; se dice que no la niega, para manifestar que sigue libremente las reglas dictadas por su sabiduría para la libre comunicación de sus dones.

Este axioma, así entendido, declara el triste estado de los pueblos infieles, cuya suerte eterna preocupa á todos los que tratan de justificar á la Providencia, en el gobierno del género humano. ¡Por qué parece que la gracia

se detiene en las fronteras de las regiones malditas, por ellos habitadas? ¿Por qué?—¡Ah! porque han aumentado, y aumentan cada día, mediante repetidas prevaricaciones, nuevos obstáculos a la comunicación de los dones de Dios. Sin embargo, no están tan abandonados como nosotros lo imaginamos.

El sol de la gracia ha salido sobre su horizonte, dispuesto á hacer penetrar sus rayos, donde las sombras de la muerte sean menos espesas. Tal es la doctrina del Angélico Doctor, expresada en el texto tan conocido, cuyas primeras palabras acabó de citaros: «Toca á la divina Providencia proveer á todos los hombres de lo necesario para su salvacion, con tal que ellos no le pongan impedimento. Por eso, si un infiel ó un salvaje, nacido en los bosques, sigue la inspiracion de la recta razon en apetecer el bien y huir el mal, se debe tener por una cosa indudable, que Dios le revelará por una inspiracion interior lo que es necesario creer, ó bien que le enviará un predicador, como en otro tiempo envió á San Pedro al centurion Cornelio (1).» Es cierto que hay más de un paso del primer acto de la naturaleza á la vocacion sobrenatural, y la rectitud moral de un hombre justo, benéfico, religioso, temeroso de Dios, como era Cornelio, no se adquiere por las solas fuerzas del libre albedrio. Mas la mocion de Dios no falta á aquel en quien halla un germen de buena voluntad: le previene con auxilios gratuitos que sin comen-

(1) (Vide supra...) Si enim aliquis in sylvis nutritus, ductum naturalis rationis sequeretur in appetitu boni et fuga mali, certissimum tenendum est, quod et Deus, vel per interium inspirationem revelaret ea que sunt ad credendum necessaria, vel aliquem fidei predicatorem ad eum dirigeret, sicut misit Petrum ad Cornelium. (De Verit., loco cit.)

zar aún la vida sobrenatural, cuyo principio es la fé, la preparan desde lejos (1); auxilios llamados por los teólogos medicinales.

Me preguntareis, tal vez, para qué esas gracias medicinales? ¿Está enferma la naturaleza y necesita ser curada? Si, señores, la naturaleza está enferma de una herida que recibió en su origen, y que el tiempo no ha hecho más que enconar.—¿Cómo ha sucedido eso?—Tened paciencia, que yo os lo diré. Al presente contentaos con escuchar los gritos de angustia lanzados, á través de los siglos, por las almas grandes; contemplad el horroroso espectáculo de las miserias morales de la humanidad, sobre todo en aquellos puntos en que no han penetrado aún las enseñanzas de la fé, y os convenceréis completamente de esta verdad: la naturaleza está enferma.

La herejía ha derramado sobre estos males lágrimas hipócritas, y ha condenado nuestra naturaleza á una total impotencia. A creer en su palabra, el libre albedrio, sin los auxilios de la gracia divina, no puede hacer otra cosa que pecar. Todas las obras de los infieles son otros tantos pecados, y las virtudes de los filósofos son otros tantos vicios (2). Por otra parte, el racionalismo, echando un velo sobre la abierta llaga del pecado, ha pretendido que la

(1) Præxigitur ad gratiam (in quantum est ipsum habituale donum Dei, aliqua gratiæ preparatio, quia nulla forma potest esse nisi in materia disposita (I. II.º q. 112, art. 2.) Est... preparatio gratiæ imperfecta, quæ aliquando præcedit donum gratiæ gratum facientis, quæ tamen est á Deo movente. (Ibid. ad 1.º)

(2) Liberum arbitrium, sine gratiæ Dei adiutorio, non nisi ad peccandum valet. Omnia opera infidelium sunt peccata, et philosophorum virtutes sunt vitia. C. Prepart. de M. Baye condem. por S. Pio V, Greg. XIII, Urbana VIII.)

inteligencia humana no necesita sino de sus alas, para recorrer el vasto imperio de las verdades; que las solas fuerzas del libre albedrío bastan para conseguir su perfección moral. Pero ha intervenido la Iglesia, y rechazando con mano soberana á esos apóstoles de la desesperación y de la presunción.— ¡Callad, les ha dicho, la naturaleza no está muerta, sino enferma; y la gracia de Dios es la que cura. La naturaleza no está muerta; porque en las tinieblas del error, ha podido discernir las primeras verdades de que se ha valido el Apóstol, para reprocharle sus infidelidades é ingraticudes (1). La naturaleza no está muerta, porque los gentiles viviendo fuera de la ley, han hecho naturalmente las obras prescritas por ella (2). La naturaleza no está muerta; porque en la Escritura, vemos á Dios, que no recompensa sino el bien, bendecir ciertas acciones de los infieles con la prosperidad y buen resultado (3). La naturaleza no está muerta, pero está enferma. El vuelo de su razón desfallace á cada instante, y le precipita en las tinieblas, cuando cree cererse aun en las esplendentes regiones de la luz; los esfuerzos de su voluntad mal regulados, mal dirigidos y siempre contrariados por la violencia de los apetitos, no pueden sostener la larga y difícil carrera de las virtudes, que hacen al hombre bueno. ¿Quién no conoce la historia de las

(1) Rom. cap. I, 19-32.

(2) Cum enim gentes, quæ legem non habeat, naturaliter ea quæ sunt legis faciunt, ejusmodi legem non habentes, ipsi sunt alibi lex. (Rom., cap. II, 14.)

(3) Beneficenti Deus obstetriciisbus (Ægyptiacis). At quia timuerunt Deum, edificavit eis domos (Ezod., cap. I, 29-31.) Dedit ei (regi Námchodonosor) terram Ægypti, pro eo quod laboravit illi, ait Dominus Deus. (Ezech., cap. XXXI, 20.)

monstruosas aberraciones del espíritu humano! ¿Quién no sabe que los filósofos, aun los más sabios y más puros, han estado siempre contaminados con algún grosero error? ¿Quién no ha visto con tristeza los crímenes más abominables, protegidos por las leyes y por las creencias religiosas, entrar en las costumbres de las naciones civilizadas: el robo, la mentira, la crueldad, la tiranía del vencedor sobre el vencido, del grande sobre el pequeño, del rico sobre el pobre, del señor sobre el esclavo, del hombre sobre la mujer, del padre sobre el hijo, desórden de los sentidos, infamias innominadas é innominables? ¿Y todo esto podría ser fruto de una naturaleza sana? ¿No proceden, más bien, de su enfermedad y decaimiento? En lugar de someterse al imperio del espíritu, «la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu,» dice el Apóstol. Echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo. Porque bien sabemos que la ley es espiritual, y yo soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado. Por lo que yo mismo no apruebo lo que hago; pues no hago el bien que amo, sino antes el mal que aborrezco. ¡Oh qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? *Infelix homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus?* La gracia de Dios: *Gratia Dei* (1). «¡Sí, sólo la gracia de Dios! Ella es la que per-

(1) Caro concupiscit adversus spiritum. (Gal., cap. V, 17.) Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis mee, et captivam me in lege peccati. — Scimus quia lex spiritualis est ego autem carnalis sum, vanundatus sub peccato. — Quod enim operor, non intelligo. Non enim quod volo bonum hoc facio, sed quod odi malum illud facio. Infelix homo... (Rom., cap. VII, 13, 14, 15, 24, 25.)

feccionando la luz de la razón, la hace discernir las tinieblas de la luz, ver en su conjunto, no solamente las verdades especulativas, sino las verdades prácticas, que dirigen la conciencia. Ella, rectificando la voluntad, la dispone á obedecer las órdenes de la razón práctica, y á cumplir todos los preceptos de la ley de Dios; ella, fortificando el libre albedrío, le comunica virtud para sostener los asaltos de las tentaciones violentas, tan funestas á la virtud; en fin, la gracia es la que forma un hombre de bien (1).

Esta verdad de fe os parece extraña, señores, porque estais habituados á conceder una parte excesiva á la naturaleza caída, en el conocimiento de la verdad y en la práctica del bien. Mas, ¿de dónde procede esto?—De que no considerando sino las facultades humanas, cuyas operaciones analizaia psicológicamente, olvidais totalmente el medio en que vivís: hace diez y ocho siglos que ese medio está saturado de la gracia de Dios. Las enseñanzas de la fé, las sabias prescripciones de la disciplina cristiana, la virtud de los Sacramentos, los ejemplos heroicos de los santos, han formado con el tiempo una atmósfera saludable, en cuyo seno habeis nacido. Vosotros respirais en su divino ambiente, y os asimilais su fuerza sobrenatural; oponiéndoos á ser cristianos, pensais y obrais cristianamente, y por ingratos que seais, os aprovechais de una honestidad, cuyo principio real es la gracia. En efec-

(1) Cf. *Summ. Theol.*, I.^o y II.^o, q. 109, art. 1. *Utrum homo sine gratia uliquid verum cognoscere possit* art. 2. *Utrum homo possit velle, et facere bonum sine gratia?* art. 4. *Utrum homo sine gratia per sua naturalia legis precepta implere possit* art. 8. *Utrum homo sine gratia possit non peccare?*

to, ¿qué seriais vosotros sin la predicación del Evangelio, sin las luces y los beneficios que le acompañan? O salvajes, ó bárbaros, ó paganos civilizados. El más hombre de bien entre vosotros se comeria, tal vez al presente, á su semejante, ó viviria del pillage, ó de la rapina, ó celebraria algun misterio inmundos, ó cubriría como los sabios de la antigüedad, con el manto de la sabiduría, algunos de esos vicios que la opinión pública absolvía en otro tiempo, y que hoy condena como eterna deshonra.

¿Qué digo, señores? No es necesario suprimir la predicación del Evangelio; aun en los lugares en que se deja sentir la influencia de las gracias exteriores, que debemos á la práctica pública del cristianismo, podeis encender la linterna de Diógenes, y buscar al verdadero y perfecto hombre de bien: al hombre sabio sin orgullo, al rico sin ostentación, al pobre sin envidia, al prudente sin astucia, al fiel á su palabra, al mas amante de la justicia en todo caso que de su interés, al firme sin dureza, al fuerte en la adversidad, al paciente en sus trabajos, al dispuesto siempre á servir al prójimo, al que abre á la miseria una mano dadivosa, al constante en la amistad, al que perdona generosamente las injurias, al que no admite rencor alguno contra su enemigo, al que reprime sus pasiones, regula sus apetitos, vela sobre sus sentidos, sabe someterse sin bajeza, mandar sin altanería, y sin desprecio, y sobre todo inclinarse delante de Dios con una razón convencida de su infinita grandeza, con el corazón lleno de un amor que excede á todo amor. ¿Dónde se halla este hombre de bien? ¿Sois vosotros, señores, vosotros que pretendis no debier vuestra honradex sino á la naturaleza? Mas perdonadme, mi pregunta es indiscreta. Yo creo que sois todos el hombre de bien que acabo de describir. Con todo, no me

hareis jamás creer que la gracia, que cura la naturaleza, no tiene alguna parte en vuestra honradez.

Y aunque así fuese! La honradez no es todo el hombre. Dios, como os he dicho en otra parte, exige de nosotros una perfeccion mayor. Nos señala como fin último la vision eterna de su esencia, y el medio único proporcionado á este fin, es la comunicacion íntima de la vida divina, como un don permanente: esta comunicacion que, en cada uno de nosotros es siempre precedida del pecado, se llama justificacion: pues como dice el Apóstol, la accion de la gracia precede á la justificacion mediante la vocacion: *Quos vocavit hos et justificavit*. No debéis creer, señores, que se descubra con la razon el orden sobrenatural, y que se entre en él de lleno, por el solo hecho de una preferencia puramente humana. Nadie sale de la esfera limitada de la naturaleza, para aspirar á la vida divina, sino por un llamamiento de Dios, el cual se compone ordinariamente de dos gracias; la gracia exterior de la enseñanza, y la gracia interior de iluminacion y de atraccion, seguida del asentimiento del alma humana á la verdad y á sus consecuencias prácticas. El infiel necesita de esta doble gracia, como aquellos á quienes se dirige la primera predicacion de los apóstoles; ¿pero nosotros?

¡Ah! bajo los rayos esparcidos por todas partes de la verdad católica, veo á una multitud de desgraciados que caminan aún en las tinieblas: los cuales, iluminados largo tiempo por la luz, se han deshonrado por una apostasia pública, y parece que no tienen vigor y audacia sino para vengarse, blasfemando de Aquel que los habia llamado.

Mas miserables que los infieles de nacimiento, que, según las melancólicas y tiernas ex-

presiones de la Escritura, están sentados en las tinieblas; huyen cuando la luz se acerca. ¿Qué digo? se esfuerzan contra ella y procuran apagarla: tan grande es su deseo de que nadie goce de ella, porque á ellos les desagrada. Empeñados por juramento á la impenitencia, marchan resueltamente á su condenacion. ¡Con qué voz de trueno los llamará Dios todavía! ¡Misterio! Pero, si la voz de la gracia no resonase ya más para ellos, ¿qué podrán reprochar á la Providencia, cuyos misericordiosos designios han frustrado?

Al lado de estos renegados, ¿cuántos otros no hay incrédulos sólo por haber atendido con descuido al llamamiento de Dios! Prevenidos antes de la edad de la reflexion por preocupaciones mundanas é influencias extrañas, han olvidado con harta facilidad la verdad escuchada con oido distraido, si es que la han escuchado. De todo lo que han visto, oido y estudiado despues, no han recogido más que ideas falsas, y preocupaciones que los tienen alejados de la fé. Mas, por compasion de su ignorancia, Dios no renuncia á llamarlos todavía. Su palabra les sale al encuentro por los labios de una esposa amada, de un amigo caritativo, de un apóstol elocuente, por las páginas de un libro en que se manifiesta la fé de una alma grande y bella. Escuchan, leen, se sienten conmovidos; sin embargo, ni el amor más tierno, ni el desinterés, ni la elocuencia, ni el estudio, ni la ciencia los convencerán, si Dios no añade á esas preparaciones exteriores una preparacion interior, que da á esas almas la inteligencia de la verdad, y les hace adherirse á ella mediante la fé. Lydia escucha las predicaciones de San Pablo, pero el grande Apóstol no hubiera tenido más favorable acogida que en el Areópago, si el corazon de su huésped no hubiese sido abierto por una mis-

lierosa operacion de la gracia de Dios: *Domini-
anus aperuit cor eius intendere his, quæ dice-
bantur à Paulo* (1).

Es preciso, señores, tener en cuenta esta operacion de la gracia, no ménos que vuestros esfuerzos personales. Vosotros sois culpables cuando vuestra alma obstinada, á pesar de todos los motivos que la incitan á instruirse en las cosas de Dios, rehusa concurrir á la gracia exterior de la vocacion, de cualquiera manera que os prevenga. Pero cuando, después de haber respondido por la atencion y serias investigaciones á esta primera gracia, os oigo quejaros de que no poseis aún la fé; yo tengo el derecho de preguntaros, si no queda todavía algun resto de orgullo ó de cobardía, que os hace retroceder ante las consecuencias prácticas de vuestra adhesión, y os impide decir con una voz franca y un corazón sincero: Señor, haced que vea: *Domine, fac ut videam* (2).

No podemos acercarnos á Dios, ni prepararnos á la participacion de su vida sino por la fé, que es el principio necesario de nuestra salvacion; y la fé es en nuestras almas el fruto de la gracia actual (3). Mas yo veo entre vosotros á muchos que tienen la fé, y cuya alma se halla no obstante privada del gran don de Dios. No ignoran, y en las horas serias en

(1) Act. XVI, 14.

(2) Luc. XVIII, 41.

(3) Si quis per naturæ vigorem... Evangelicæ predicationi consentire posse confirmat, absque illuminatione, et inspiratione Spiritus Sancti, hæreticè fallitur spiritu. (Gonç. Aranzio, II, can. 7.) Si quis dixerit sine prævenienti Spiritus Sancti inspiratione, atque ejus adjutorio hominam credere... posse sicut oportet; ut ei justificationis gratia conferatur: Anathema sit. (Concil. Trid., sess. VI, can. 3.)

que reflexionando sobre sí mismos; sondean el abismo abierto por el pecado en sus almas, se entristecen, y querrian acabar con esa vida imperfecta, cuyas buenas obras se marchitan á medida que las practican, y cuyos méritos están heridos de impotencia. Querrian, pero no quieren aún. El pecado les causa rubor; pero no tienen ánimo para romper sus lazos; desean practicar la virtud, pero no se sienten con valor para sacrificarse como ella exige. Intranquilos, turbados, atormentados por la fé que les dice sin cesar: *Convertios. Convertimini*, no saldrán de esta crisis misteriosa, hasta que digan resueltamente: Señor, convertidnos, que Tú eres nuestra salud: *Converte nos, Deus salutaris noster* (1); porque sola la gracia causa el arrepentimiento que agrada á Dios. Pecadores, desconfiad de vuestra debilidad, temed sus mudanzas, está bien; pero no olvidéis, os conjuro, que hay una fuerza infinita siempre dispuesta á asistirlos. Haced lo que está en vuestro poder, pedid lo que no podeis hacer, Dios hará siempre más de lo que os debe (2).

Ved aquí, señores, la accion de la gracia antes de la justificacion. La he descrito, no segun mi fantasia (Dios nos preserve de la fantasia en cuestiones tan delicadas) sino segun las enseñanzas terminantes de la fé. La fé es la que nos dice que la gracia previene á la naturaleza, la fortifica, ayuda y eleva sus operaciones preparatorias. La naturaleza no es, pues, una fuerza independiente que pide pres-

(1) Psalm. LXXXIV.

(2) Siquis dixerit, sine præveniente Spiritus Sancti inspiratione, atque ejus adjutorio hominam... penitente posse, sicut oportet, ut ei justificationis gratia conferatur: Anathema sit. (Concil. Trid., sess. VI, can. 3.)

(Cf. Summ. Theol., I.^a y II.^a q. 109, art. 7.)

tado, en un momento crítico, el auxilio de otra fuerza para obrar con ella, como el conductor de un vehículo toma un refuerzo; sino que es una fuerza enteramente subalterna, dominada por otra fuerza superior, que obra indivisiblemente con ella. Sin embargo, en esta acción indivisible, la naturaleza no es absorbida ni destruida; conserva sus propiedades, goza de su libre movimiento, y se prepara, dice Santo Tomás, bajo la acción de la gracia a ser santificada por ella (1).

¿Cómo se obra esta santificación? ¿Cuál es la acción de la gracia después de la santificación? Tales son las dos cuestiones que nos faltan por tratar.

II.

Si nos es dado, señores, conocer y enumerar las operaciones de la gracia en la preparación del alma humana a la justificación, nos es imposible describir de una manera exacta su proceso. En éste Dios es absolutamente libre en su acción, procediendo más ó menos aprisa, según que su misericordia le apremia más ó menos á llegar á sus fines (2). Pero cuán-

(1) Cf. *Summ. Theol.*, I.^a y II.^a q. 109, art. 9.

(2) Cum homo ad gratiam se preparare non possit, nisi Deo sum proveniente, et movente ad bonum, non refert utrum subito, vel paulatim aliquis ad perfectam preparationem perveniat. Contingit autem quandoque, quod Deus movet hominem ad aliquod bonum, non tamen perfectum; et talis preparatio precedit gratiam... Sed quandoque statim perfecte movet ipsum ad bonum, et subito gratiam homo accipit... et ita contigit Paulo, qui subito cum esset in progressu peccati, perfecte motum est cor ejus a Deo audiendo, addiscendo, et veniendo, et ideo subito gratiam est consecutus. (*Summ. Theol.*, I.^a y II.^a q. 112, art. 2 ad 2.)

do todo está dispuesto como El quiere, la obra de nuestra justificación se realiza en un instante (1).

En este Pentecostes interior, el Espíritu Santo viene sobre nosotros, no de una manera visible, pero con el mismo ímpetu que en el cenáculo, derramando en nuestras almas la vida divina; y con un mismo acto el libre albedrío se vuelve á Dios, se desprende de las ataduras del pecado, para entregarse á El y queda limpio de toda culpa (2). Esto no es propiamente un milagro, porque nuestra alma erizada á imagen de Dios y destinada por El á la vida eterna, apetece la comunicación de su vida (3). Sin embargo hay cierta cosa tan admirable, que el Angélico Doctor no teme decir con San Agustín, que la justificación del pecador es mayor obra que la creación del cielo y de la tierra. *Majus opus est, ut ex impio justus fiat, quam creare celum et terram.* Si la manera en que Dios obra la justificación no es tan grandiosa, como cuando saca el ser de la nada, lo que hace en ella es un bien mayor. Si este bien es menor absolutamente hablando que el de la gloria, Dios dispensa proporcionalmente mayor bondad al darnoslo (4).

Quando se realiza la obra, la naturaleza

(1) *Summ. Theol.*, I.^a y II.^a q. 112, art. 7.

(2) Quatuor, que requiruntur ad justificationem impii, tempore quidem sunt simul... sed ordine nature usum eorum est prius altero. Et inter ea, naturali ordine, primum est gratis infusio; secundum motus liberi arbitri in Deum; tertium est motus liberi arbitri in peccatum, quartum est remissio culpe. (*Ibid.*, art. 8.)

(3) *Ibid.*, art. 10. *Utrum justificatio impii sit opus miraculosum?*

(4) Cf. *Summ. Theol.* I.^a II.^a q. 112, art. 9. *Utrum justificatio impii sit maximum opus Dei.*

queda santificada por la gracia, es decir, que Dios le comunica una forma divina, que da la vida al alma, como el alma al cuerpo. Recordad ahora, señores, lo que hemos dicho el año pasado sobre este misterio, y sobre sus importantes consecuencias. Enriquecida con la vida de Dios, la naturaleza tiene derecho a la visión y posesión de la naturaleza divina, y mientras que llega a su término, puede merecer, por una manera divina, con cada una de sus obras (1). Sin embargo, como nota Santo Tomás, no se debe entender que la comunicación que se nos hace bajo la forma de un don permanente, excluya toda acción ulterior y puramente transeunte de la gracia (2). El movimiento sobrenatural que nos justifica, ordenado al último término de nuestra existencia terrestre, progresa con el tiempo, y sus progresos se manifiestan por un aumento de vida y de amor. La naturaleza merece este aumento, correspondiendo al impulso que le imprime la acción, renovada con frecuencia del espíritu que la ha santificado (3). No estaba todo acabado, cuando la fecunda palabra del Creador hacía salir los gérmenes de las especies

(1) Cf. *Summ. Theol.* I.^a y II.^a q. 11, art. 2 et 3.

(2) *Donum habituale gratie non ad hoc datur nobis, ut per ipsum non indigamus ulterius divino auxilio; indiget enim quilibet creatura, ut à Deo conservetur in bono, quod ab eo accepit. Operatio Spiritus Sancti, que nos movet et protegit, non circumscribitur per effectum habitualis doni, quod in nobis causat.* (*Summ. Theol.* I.^a y II.^a q. 100, art. 9 ad 1.^{am} et ad 2.^{am}.)

(3) *Motus aliquis moventis non solum se extendit ad ultimum terminum motus, sed etiam ad totam progressionem in motu. Terminus, autem, motus gratie est vita eterna. Progressus autem in hoc motu, est secundum augmentum charitatis vel gratie.* (*Summ. Theol.* I. y II.^a q. 114, art. 8.)

que pueblan el universo; debían obedecer á esta orden, *creced y multiplicaos*, prestando el concurso de su propia energía á la acción constante de la Providencia: así sucede con el alma del justo. No se acaba toda la obra cuando las sombras que la cubrían, se disipan al soplo de la gracia, ni cuando el Sol Eterno la inunda de abrasadora luz, ni cuando las virtudes sobrenaturales se comunican á la naturaleza apaciguada, ni cuando los hábitos naturales, transformados por una virtud misteriosa, se revisten de una fecundidad superior; no, no está todo acabado. Después del *fiat* que ha creado este nuevo mundo, Dios vuelve á repetir su orden: *Crescite et multiplicamini*. Y porque no podemos cumplirla sin su ayuda, hace salir del hogar en que ha concentrado su propia vida la fecunda lluvia, cuya fuerza aumenta á medida que se multiplican. ¿Que no nos sea permitido penetrar el secreto de su omnipotente misericordia! Allí veremos cómo la gracia produce otra gracia, cómo la vida produce otra vida, cómo la simiente produce otra simiente; veremos en ella mundos de perfecciones, cuya existencia depende de una primera acción, dócilmente recibida y obedecida por la voluntad.

Mas ¿para qué, señores, ir á buscar en Dios un secreto, que se manifiesta á nuestros ojos en los adelantamientos cotidianos del justo? El florece, dice la Escritura, como la palmera del desierto, cuyos sazonados dátiles brinda la mano del afortunado cosechador; crece como el cedro del Libano, cuyas vigorosas ramas se extienden á lo largo, mientras que la erguida cima se esconde entre las nubes (1); germina

(1) *Iustus ut palma florebit, sicut cedrus Libani multiplicabitur.* (*Psalms. XC.*)

como el lirio, cuyos fecundos bulbos se multiplican, mientras que la flor siempre abierta en presencia del Señor, prodiga sus perfumes (1); graba en su corazón una escala misteriosa y va subiendo sin cesar de virtud en virtud (2); camina como un astro resplandeciente y crece hasta llegar al perfecto día (3); libre en la santa esclavitud de la gracia, se adelanta con la cara descubierta hacia la gloria de Dios que le espera, transformado con El en una misma imagen, y conducido por el Espíritu Santo de claridad en claridad (4). Esta es su ley. Dios le ha dicho: «Sé perfecto como el Padre celestial es perfecto (5).» «el que es justo que se justifique aún, y el que es santo, que se santifique aún: *Qui justus est justificetur adhuc, qui sanctus est sanctificetur adhuc* (6).»

Esta progresión de la justicia y de la santidad está combinada con maravilloso arte. El movimiento de la naturaleza, acelerado por la gracia, se distribuye en tres fases admirables de perfeccionamiento. En la primera el justo se purifica: curado del pecado en el espíritu, conserva todavía sus restos en la carne, cuyos apetitos no han experimentado la influencia de

(1) *Iustus germinabit sicut lilius, et florebit, in aeternum ante Dominum. (Offic. Confess.)*

(2) *Ascensiones in corde suo disposuit... ibunt de virtute in virtutem. (Psalm. LXXXIII.)*

(3) *Iustorum semita quasi lux splendens, et crescitque ad perfectam diem. (Prov. cap. 4, v. 18.)*

(4) *Ubi spiritus Domini, tibi libertas. Nos omnes, revelatae facie, gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur à claritate in claritatem, tamquam à Domini spiritui. (II ad Cor. cap. III, vers. 17 et 18.)*

(5) *Estate ergo perfecti, sicut et Pater vester coelestis perfectus est. (Math. VI, 48.)*

(6) *(4 pœ. XXII, 11.)*

la vida divina; y cuyas rebeliones tienden a despertar los hábitos adormecidos por el deseado reposo de la convallescencia espiritual. Vagas sombras se ciernen aún en torno de su alma santificada, la impiden ver en un día claro, en que no se disimula ninguna imperfección, y conocer plenamente lo que le conviene. El justo, excitado por la gracia, vela sobre sí, dirigido por la luz y virtud de lo alto trabaja por destruir en sí mismo las reliquias del pecado (1). Se humilla, porque sabe que Dios comunica á los humildes sus gracias que él tanto necesita; se humilla para evitar las fatales consecuencias del orgullo que extravía el juicio, y prepara todas las caídas; se humilla para borrar hasta las últimas huellas de esa delicada susceptibilidad de que nacen la aversión y la cólera; se humilla para disponerse á la obediencia, principio de las grandes victorias. Busca en su corazón la causa de su egoísmo y de sus afecciones desarregladas; le obliga á salir de sí mismo, y á romper las funestas ligaduras que la impiden entregarse libremente al servicio de Dios y del prójimo;

(1) *Indiget homo auxilio gratiæ, speciali ratione, propter conditionem status humanæ naturæ; quæ quidem licet per gratiam sanetur quantum ad mentem, remanet tamen in ea corruptio, et infectio quantum ad carnem, per quam servit legi peccati, ut dicitur. (Rom. VII, 25.) Remanet etiam quædam ignorantia obscenitas in intellectu, secundum quædam ut dicitur Rom. VIII, 26, quid oremus sicut oportet, nescimus. Propter varios enim rerum eventus, etiam nos ipsos non perfecte cognoscimus, non possumus ad plenum scire quid nobis expedit, secundum illud Sep. IX, 14; cogitationes mortalium timide, et incerte providentiæ nostræ. Et ideo necesse est nobis ut a Deo dirigamur, et protegámur, qui omnia novit, et omnia potest. (Summ. Theol., I.º y II.º q. 109, art. 2.)*

borra en su memoria las imágenes harto vivas, que podrían causarle deseos culpables. Reprime en su corazón y en sus labios todo sentimiento y toda palabra capaces de herir la verdad, la justicia ó el amor. Huye del mundo que le solicita; desprecia los honores que le fientan; se desprende de los bienes fugitivos, que le hanan olvidarse del único y eterno bien; impone silencio á sus sentidos ávidos de placeres; los mortifica, los castiga, disminuye su energía para acallar sus exigencias, y los somete al imperio del alma, poco antes deshonrada por una esclavitud vergonzosa. En esta tarea ingrata y continuada la naturaleza siente más de una vez desfallecimiento; mas este no la conduce hasta la muerte. Las faltas y las imperfecciones disminuyen en gravedad y número, á medida que su raíz, combatida diariamente por generosos esfuerzos, pierde de su vigor; y el justo victorioso pasa del estado de purificación al estado de iluminación.

Una gracia sucede á otra gracia, y sus radiantes fulgores revelan al hijo de Dios, la verdad y el bien, que poco antes le ocultaban las últimas sombras del pecado. Cres, pero su fé no es ya aquella adhesión tímida y dificultosa, que se espantaba de los misterios, y luchaba contra las orgullosas protestas de la razón. El Espíritu Santo le ha comunicado la inteligencia y la ciencia de las cosas divinas. Se apoya con tanta firmeza en la palabra de Dios, que ninguna contradicción basta para conmovérle; discierne como por instinto los matices más sutiles del error, ve claramente que ninguna verdad natural puede contradecir á los sagrados dogmas que adora, hace de la fé la regla suprema de todo conocimiento y de toda ciencia, tiene siempre fija en su pensamiento la fuente misma de las verdades eternas, vive bajo la especial protección de Dios, y goza de

la felicidad prometida á los corazones limpios: *Beati mando corde, quoniam ipsi Deum videbunt* (1). Y como cuanto más contempla á Dios, tanto mejor le aparecen las criaturas en su verdadera claridad; por eso no las mira sino con una piadosa tristeza, de la cual le alivia la ciencia divina: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur* (2).

El justo espera; pero su esperanza, perfeccionada con el don del temor filial, pasa de un apetito todavía egoísta de la felicidad, al puro deseo del bien en sí mismo. Ménos teme perder su felicidad, que ofender al que ha de ser eterno objeto de ella. Honores, bienes, placeres, todo le parece una cosa baladí. El reino de Dios está ya en su corazón purificado de toda concupiscencia terrestre: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum* (3).

El justo ama, no ya con ese amor inicial cuyo principal acto consiste en evitar el mal; sino con ese amor que crece á medida que se une á su eterno y perfecto objeto; amor sublime, perfeccionado por el don de sabiduría, y que recibe de ese mismo don el poder de gustar las cosas divinas, y de decir con un sincero entusiasmo: «¿Quién me separará de mi Amado? ¡La tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion, la espada! No, no, estoy bien seguro de que ni el temor de la muerte, ni el amor de la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarme del amor de

(1) *Math.* V, 8.

(2) *Ibid.*... 5. Cf. *Summ. Theol.*, II.^o y II.^o q. 8 et 9.

(3) *Math.* V, 8. Cf. *Summ. Theol.*, II.^o y II.^o q. 29.

Dios (1). Amado sobre todas las cosas, comunica Dios á su justo, en cuanto puede un ser finito recibirla, la inmensidad de su bondad, haciéndole derramar sobre todos el bien que le viene de lo alto. Parientes y extraños, amigos y enemigos, justos y pecadores, todos reciben su distinción tiernos testimonios de una caridad, que mira á Dios como á su principio y término supremo. La miseria, sobre todo, tiene el poder de seducir su corazón, experimenta en su naturaleza enternecida y compasiva sus misteriosos atractivos, y fuertemente impulsado á remediarla, no puede menos de hacerle participante de todos sus bienes. Sus limosnas, sus servicios, sus oraciones, sus sábios consejos, sus dulces correcciones, su tiempo, su salud, su vida, pertenecen á los desgraciados. ¿Podría menos la divina misericordia de redoblar, respecto de este justo, sus gracias y beneficios? ¿No está escrito: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia? *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur* (2). Pero la misericordia no es el último don que se le da, y que él hace. Si mira al cielo, á sí mismo, á sus semejantes, el justo recibe el gran bien de la paz, gloriosa herencia de los amados hijos de Dios: *Beati pacifiet, quoniam illi Dei vocabuntur* (3).

(1) *Quis ergo nos separabit a charitate? Tribulatio, an angustia, an fames, an nuditas, an periculum, an persequutio, an gladius. Certus sum quia neque mora, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, nequa instantia, neque futura, neque altitudo, neque profundum, neque alia creatura poterit nos separare a charitate Dei...* (Rom. VIII, 35, 38, 39.)

(2) *Math.* V, 7.

(3) *Ibid.*... 9. Cf. *Summ. Theol.*, II.* y II.* q. 20, 29, 30, 31, 32, 33, 45.

Vedle adelantar, á través de los peligros, en la vida moral. Donde la vigilancia, la provisión, la circunspección, la condescendencia, la habilidad humanas se estrellan miserablemente, él pasa con honor; porque el Espíritu Santo le asiste con sus divinos consejos, y le previene contra los extravíos con su misericordiosa bondad (1).

Se llama justo; y le conviene este nombre, pues su vida es el cumplimiento de toda justicia. Respetar todos los derechos, reconocer todos los beneficios, no es más que el principio de la virtud, y él no se contenta con eso sólo. Por amor de la paz sabe sacrificar libremente sus intereses, y no satisfecho con servir á las causas privadas y públicas con todo el rigor del deber, se sacrifica hasta la inmolación. Dios le habla, y es demasiado poco para él obedecer á sus mandamientos; su justicia iluminada por el don de piedad, le mueve á abrazar la vida perfecta de los consejos, y seguir, como otras tantas órdenes, las secretas inspiraciones de la gracia. Hambriento y sediento de la justicia aspira á saciarse de ella; *Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur* (2).

Que se presente para gloria de Dios una empresa árdua, ante la cual se abaten todos los ánimos; él está preparado á poner manos á la obra, confiado en el brazo del Omnipotente. Si sobreviene la tribulación, la angustia y el dolor, sabrá soportarlos con una paciencia heroica, y besar respetuosamente la mano que le hiere. ¿Qué digo? exhala gritos que espantan á la naturaleza: *¡O sufrir, ó morir! ¡Padecer,*

(1) Cf. *Summ. Theol.*, II.* y II.* q. 52.

(2) *Math.* V, 6.

Cf. *Summ. Theol.*, I.* y II.* q. 121.

no morir! No necesita de consolaciones humanas, sólo la consolación del cielo le llena de alegría, en lo más fuerte de sus lágrimas ó de sus males. Atleta magnánimo de la verdad y del derecho, los defiende heroicamente contra toda violencia; y la fuerza del Espíritu Santo, de que está revestido, le sirve de armadura contra los asaltos de la persecución. Que se le calumnie, que se le maldiga, aprisione, destierre, que se derrame en medio de los más crueles tormentos su sangre generosa; nada quebranta su constancia, se tiene por dichoso en sufrir por la justicia, y ser mártir de ella: *Beati qui persecutionem patientur propter justitiam* (1). Ha conseguido templar el ardor de sus pasiones, y ahogar los viles apetitos de la naturaleza corruptida; pero desea ofrecer á Dios una hostia más agradable en una carne virgen de placeres permitidos, reprime los más vagos deseos, los más lejanos pensamientos. Para evitar los choques y las contradicciones de la vida común, refrena con paciencia la aspereza de su carácter; se oculta, se humilla y se juzga por el más pequeño de todos. Su mansedumbre, fruto de una humildad tan sincera como profunda, gana las atenciones de todos: *Beati miles, quoniam ipse possidebant terram* (2).

Que progresos, señores! pero no está aquí aun el término. Iluminado por la gracia, el justo ha dicho á cada virtud: ¡Mas arriba! ¡mas arriba! *Eccelsior*. Subía hácia Aquel que es la perfección misma, y ahora que ha llegado, ahora que las tempestades de la naturaleza, retiradas á lo lejos, no despiden ya sino pa-

(1) *Math.* V, 10. *Cf. Summ. Theol.*, II.^a y II.^a q. 124, 135, 139.

(2) *Math.* V, 4. *Cf. Summ. Theol.*, II.^a y II.^a q. 141, precip. 154, 152, 160, 161.

lidos relámpagos, y no dejan oír más que débiles susurros, como los de una bella noche de estío, cuando el heroísmo no le exige ya esfuerzos, exclama: *«Mihí adhesere Deo bonum est.* Es bueno para mí estar unido con mi Dios, y gozar de El.» Tal es el estado de unión. El justo está, todo en Dios, á quien se entrega, y de quien se halla penetrado. Piensa en Dios, ama en Dios, respira en Dios, vive en Dios, hecho un espíritu y una cosa con El. Su caridad perfecta santifica sus menores acciones, hasta los suspiros de su pecho, hasta los latidos de su corazón. No desea más que una cosa, que es verse libre de los lazos mortales de la carne, que le impiden mirar á su único bien: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo* (1).

Tal vez os quejareis, señores, de haberos conducido á las profundidades de la mística; no me arrepiento. ¿Podría obrar de otra manera? ¿Podría yo hablaros de la acción de la gracia, y callar sus efectos más admirables? La gracia es la que forma los santos, esto es, á los héroes de todas las virtudes; estos héroes no son entes imaginarios; pues los siglos

(1) Ita diversi gradus charitatis distinguuntur secundum diversa studii, ad que homo perducitur per charitatis augmentum. Nam primo quidem incumbit homini studium principale ad recedendum a peccato, et resistendum concupiscentiis ejus, que in contrarium charitatis movent; et hoc pertinet ad incipientes, in quibus charitas est nutrienda, vel fovenda, ne corrumpatur. Secundum autem studium succedit, ut homo principaliter intendat ad hoc, ut in bono proficit, et hoc studium pertinet ad proficientes, qui ad hoc principaliter intendunt, ut in eis charitas per augmentum roboretur. Tertium autem studium est, ut homo ad hoc principaliter intendat, ut Deo inhaereat et eo fruatur, et hoc pertinet ad perfectos, qui cupiunt dissolvi et esse cum Christo.

(Philipp. 1, 21. *Cf. Summ. Theol.*, II.^a y II.^a q. 24, art. 9.)

cristianos los han visto aparecer con bastante frecuencia. Nuestros martirologios, en que están inscritos millares de nombres, no contienen más que los cuadros de este inmenso ejército de hombres como vosotros, elevados por la gracia á las alturas de la perfeccion. La gracia santificándolos con su accion bienhechora, no ha trabajado sólo por la gloria de ellos, sino al mismo tiempo por bien de la humanidad. Contad, si os es posible, las obras de beneficencia y de misericordia, debidas á la ingeniosa caridad de los santos; obras de tal suerte entrañadas en nuestras costumbres sociales, que llegamos á olvidar su principio divino, para atribuir las á la naturaleza: contad esas legiones de mártires que han enseñado á la conciencia humana cómo el derecho triunfa de la fuerza, y que la verdadera libertad habita en un templo inviolable, cuyas puertas santas no pueden forzar los tiranos. Pero el más grande beneficio de los santos es su propia vida; vida típica que ejerce sobre la naturaleza una sublime atraccion, y conserva en la humanidad la gloriosa emulacion de las virtudes.

Así como en las sociedades desprovistas de artistas, todas las profesiones están condenadas á una estacionaria mediocridad; así sucede con la práctica de la virtud, en las sociedades que carecen de santos. Vosotros ensalzais al hombre honrado; pero ¿acaso la honradez constituye la santidad en su más alto grado? ¿Acaso los santos no poseen todas las virtudes en grado heroico, del hombre honrado, sin esa estima de sí mismo, sin esa vana complacencia, sin ese resto de soberbia que oscurece casi siempre la vida de los más íntegros? ¿Acaso el hombre honrado no es una cosa bien rara, por no decir imposible, donde no han florecido jamás los santos? ¿Acaso la san-

tidad producida por la gracia, no es una gracia exterior que Dios hace á los hombres de bien, para invitarlos á la perfeccion? ¡Ah! señores, estad seguros, que si el simple hombre de bien fuese el santo de una sociedad, la gente honrada no tendria gran significacion en ella. No puedo explicarme el encarnizamiento calculado de ciertos críticos contra nuestros tipos sobrenaturales; si no es que parezca que la influencia de la gracia ha levantado demasiado el nivel de la honradez, y que no tengan á mal rebajarlo, y ponerlo á su alcance. Nos recomiendan la estimacion del hombre de bien, y nosotros lo estimamos tanto como ellos; pero para corresponder á la gracia de nuestra vocacion, debemos mirar á los santos, y aplicarnos á imitar sus virtudes.

¡Ah! me direis, ¿qué somos nosotros en comparacion de esas obras maestras de la gracia? Nuestra virtud vacilante no se levanta, sino para volver á caer, y la vida divina que hemos nombrado hoy, se derramará mañana del vaso harto frágil que no puede contenerla. ¿Para qué consumirnos en vanos esfuerzos? Esperemos hasta el instante supremo, en que no tendremos que temer el retorno de las pasiones, ni los desfallecimientos de nuestra debilidad.—¡Esperad! Señores; ¡pero no sabéis que la gracia de la perseverancia final, que necesitaremos para aquel supremo instante, es entre los dones gratuitos de la liberalidad divina, el don gratuito por excelencia? ¡No sabéis cómo esa gracia, que protege hasta el fin al alma justificada, mientras esta continúa sus progresos, cómo esa gracia que ha de decir á nuestras virtudes: *Consumatum est!* y á nuestra alma llena de la vida divina: *Proficiscere!* ¡Parte para el cielo! no la han merecido, ni han podido merecerla los santos? ¡Y contais vosotros con ella para aquel supremo instante

después de una vida de abandono y de infamias? ¡Hay cosa más insensata? (1).

Mirad, señores, á nuestros grandes modelos. Los santos no han merecido la gracia de la perseverancia, pero atentos á este oráculo del Espíritu Santo: El que está en pie mira no caiga (2), han hecho todo lo que estaba en su poder para no alejarla; mas vosotros, al contrario, parece que os habeis propuesto rechazarla. La justificación no era para los santos sino el punto de partida de un trabajo sin premio presente, y de una lucha encarnizada; mas vosotros queréis convertirlo en el reposo de una victoria definitiva. Los santos velaban su descanso los movimientos del enemigo interno y externo, mas vuestra necia vanidad ha creído al enemigo destruido, y os habeis echado á dormir con esta ilusión. Los santos purificados del pecado, han combatido resueltamente sus miserables reliquias; mas vosotros librados de vuestras faltas, habeis dejado perezosamente retoñar sus malditas raíces. Los santos desconfiaban de su debilidad, vosotros confiáis en vuestras propias fuerzas. Los santos dando gracias á Dios por el gran beneficio de la justificación, pedían á su misericordia la conservación de él; mas vosotros habeis olvidado la liberalidad de vuestro médico divino, y la oracion no ha desplegado vuestras labios ingratos. Dios ha tenido compasion de los esfuerzos de los santos; mas á vosotros os ha abandonado justamente en vuestras culpables negligencias. Y ved aquí por qué habeis vuelto á caer; ved aquí por qué yaceis, postra-

(1) Cf. *Summ. Theol.* II.º II.º quest. 109, art. 10, et *quæst.* 114, art. 9.

(2) Qui existimat stare, videat ne cadat. (1.ª ad *Corinth.* X, 12.)

dos, heridos y desanimados en la esclavitud de vuestras anteriores pasiones. No esperéis á la última hora para levantaros, señores, no esperéis, yo os conjuro. La gracia podría faltáros entónces; al presente está á vuestras puertas; abridlas.

Pero, si esas puertas entorpecidas resisten sobre sus goznes, abridlas Vos, ¡oh Dios de bondad y de misericordia! Vos nos habeis dicho por vuestro apóstol: «Orad los unos por los otros, para que seais salvos (1).» ¡Pues bien, héme aquí! Os ruego, con el corazón lleno de amor y con los ojos arrasados en lágrimas, por todos los pecadores que me escuchan. Iluminadlos, tocadlos, convertidlos; y cuando vengan, dentro de poco, á pedirme el pan de la vida, haced que vea sobre sus frentes, transformadas por la gracia, las señales de su predestinacion.

(1) Orate pro invicem, ut salvemini. (*Jacob.*, cap. V, 16.)



ÍNDICE

DE LOS PRINCIPALES ERRORES CONTRARIOS A LOS DOGMAS
EXPUESTOS EN ESTE TOMO.

I.—CONFERENCIA XIX.—(Véase la primera parte: *Existencia del gobierno divino.*)

1.º El Ateísmo y el Panteísmo suprimen de hecho la providencia y el gobierno del mundo, como obras de una inteligencia superior a éste. El Ateísmo sustituye la Providencia por el acaso, ó por las leyes inatas que no definen; el Panteísmo por la evolución progresiva de lo infinito en lo finito. Compárense estos errores con las pruebas de la existencia de Dios. (Tom. I, Conf. III, VI.)

2.º Entre los filósofos paganos, sostenía Epicuro y su escuela que en el mundo todo es efecto del acaso; los dioses entregados al reposo y á la molición del empuje, no se ocupaban en el gobierno del hombre, ni de las cosas inferiores á él.

Los estoícos inventaron el destino, especie de ley viriente y eterna, á la cual estaba sujeta hasta la misma divinidad.

Escuchemos lo que dice uno de los interlocutores del *Diálogo de Minutius Félix*, el pagano Cecilius: «Los cristianos pretenden que su Dios, curioso, inquieto, tenebroso, imprudente, se halla en todas partes, lo sabe, lo ve todo, hasta los más secretos pensamientos de los hombres; se mezcla en todo, incluso los crímenes, como si su atención pudiese alcanzar á tanto, y en el gobierno general del mundo, y en la provision minuciosa de cada particular? ¿Qué pretension. La naturaleza sigue su marcha, sin que Dios se mezcle en ella; los bienes y los males caen al acaso sobre los buenos y sobre los malos; los hombres religiosos son muchas veces tratados por la fortuna peor que los impíos. Y si el mundo estuviese gobernado por una Providencia, irían sin duda las cosas de otra manera.»

Muchos sabios contemporáneos no se elevan más que este filósofo pagano.

3.º Aristóteles crea en la Providencia? Hay motivos para dudarlo, si se atiende a que su Dios solitario, encerrado en las alturas de su pensamiento, no se digna desear el conocimiento de las cosas del mundo. Siendo principio del orden sin saberlo, no obra sobre los seres, como las causas eficientes, sino en cuanto es primer motor; los ordena solamente en razón de causa final, mediante la atracción de lo inteligible y de lo apetecible. Pero en el *Libro de mundo* (si es auténtico), Aristóteles modifica notablemente esta teoría.

Aportándose en la antigua tradición del género humano, afirma que Dios es el principio de todo ser y de todo orden; que ninguna naturaleza se basta á sí misma sin la ayuda y tutela de Dios. Desecha la comparación, que de Dios se hace, de un rey como los de la tierra, que abandonan el gobierno de las provincias á sus ministros y oficiales. No hay región alguna en el mundo, por apartada que sea, donde la Soberanía Omnipotencia, cuya silla es el cielo, no pueda penetrar. Es más racional y más digno de la augusta majestad del Soberano Ser, creer que su virtud infinita penetra el mundo entero, comunica á los cielos sus movimientos, y provee á la conservación de todas las criaturas, por un acto simple que supera sin esfuerzos todas las dificultades. Semejante á un director de orquesta, á quien obedecen ciegamente todos los ejecutores de una sinfonia, Dios hace marchar, á una señal, el mundo por él gobernado. En una palabra, es la ley suprema que conserva en equilibrio el universo; ley perfecta é invariable, más poderosa y más estable que todas las leyes escritas sobre libros tablas, en que nosotros buscamos la regla de nuestra conducta. (Cf. *Pero Ricconi, pro Alexandro, Kapf. VI*.)

(Véase la segunda parte: *Soberanía universal del gobierno divino*.)

1.º Platon, según el testimonio de San Gregorio de Nisa, admitía una triple providencia: 1.º La providencia del Dios supremo que gobierna las naturalezas espirituales é intelectuales, los generos, las especies y las causas universales.

2.º La providencia de los dioses inferiores que recorren el cielo, la cual se ejerce sobre cada animal y cada planta, y dirige los movimientos de generacion, de corrupcion y demás transformaciones. 3.º La providencia de los demonios ó genios espírituales sobre la tierra, cuyo objeto es la direccion de la vida humana. La segunda providencia y la tercera dependen de la primera, pues el Dios supremo es quien asigna los oficios á los ángeles inferiores.

Esta hipótesis, dice Santo Tomás, se conforma con la doctrina católica, en cuanto refiere toda accion providencial al primer autor; pero es contraria á la fé, en cuanto no somete, de un modo inmediato, todas las cosas particulares, á la Providencia divina. (Cf. *Summ. contra Gentiles*, lib. III, cap. 76.)

2.º El racionalismo espiritualista admite como un dogma

fundamental de la religion natural la existencia de la Providencia. Pero, ¿qué providencia es esta? ¿es la accion de un Señor Soberano que vela é interviene, por sí mismo, en la ejecucion de todos los pormenores de un plan eterno, por el cual ha ordenado todas las cosas?—No: es la contemplacion inmóvil de una serie indefinida de hechos concebidos en las causas que los han de producir, y en la ley á que están sujetos. El concurso de Dios con las fuerzas, cualesquiera que sean, argüiria multiplicidad en su Ser simplísimo. Dios por su acto creador provee á las causas de toda la energía que necesitan, para producir indefinidamente, y las deja proseguir su curso bajo la direccion de las leyes generales, fundadas todas en una generalísima. «La diversidad de las leyes encierra en sí una analogía tan perfecta, dice M. Jollo Simon, que no son todas ellas más que fórmulas diferentes de una sola ley. Dios pronunció esta ley, y el mundo empezó á existir, con toda su inmensa variedad, lleno de armonía. Todo está contenido en esta ley (1), é la cual llaman, desde la antigüedad, todas las lenguas y todas las filosofías el Verbo por excelencia. El Verbo es unico, en el cual se encierran todas las lenguas. El acto creador es unico, y en él se contiene la ley universal que produce y gobierna en todos los sentidos, en el sentido de la extension y en la continuacion de la historia, con una armonía tan sorprendente, que conmueve á nuestra alma, cuando la entrevé en alguno de sus detalles. Ritrer, adivinar, conjeturar, es todo lo que puede hacer la debilidad humana. Nosotros afirmamos con certeza la unidad del sistema del mundo, ó sea la armonía universal de sus leyes: pero no nos es dado formar una idea completa, una vision clara y entera de esta unidad y de esta armonía. Al contrario, Dios por el solo hecho de ser inteligente, y que sabe lo que hace al crear el mundo, abraza con una simple mirada el conjunto de las leyes y la prolongada serie de la historia, puesto que todo, siglos y espacio, está contenido en la palabra creadora.»

¿Y qué entienden por una ley general que crea y gobierna en todos sentidos?—Es la voluntad del Creador manifestada por un signo? Esta voluntad podrá ser conocida y ejecutada por los áeres privados de inteligencias (como la concepcion? Si no la conocen, ¿cómo la cumplirán? Si no la cumplen, ¿como causa el orden universal? ¿es la voluntad de Dios regulando, en todas sus particularidades, la accion de las causas segundas? No; pues esto seria admitir el concurso que se rechaza con todo empeño.—Es una fuerza distinta de Dios,

(1) «Un mundo más perfecto, pero producido por medios más sencillos y más simples, no representaria, de una manera tan sobresaliente como el nuestro, el carácter de los atributos divinos.» (Maignanck, *Nouvelles es- sayes sur la métaphysique*.)

fuera cuya acción se extiende á todos los efectos que se realicen en el mundo? Pero, entonces tendríamos una providencia subalterna, que no sería la providencia de Dios: sería, pues, un ente de razón, y un ente de razón no crea ni gobierna nada. Por lo demás, M. Julio Simon se despacha á sus anchuras contra la doctrina ortodoxa de la cooperación divina. La confunde con el error de los que, agendo la causalidad de las causas segundas, atribuyen todos sus efectos á la acción inmediata de Dios. La cooperación divina no perjudica más á la simplicidad é inmutabilidad del Ser divino, que el acio creer, admitido por el racionalismo; y por otra parte, es algo menos misteriosa que un ente de razón que crea y gobierna en todos sentidos. (Cf. *La Religion naturelle, la Providence*, chap. IV.)

3.º Aviccion, en su libro *Fontes vite*, dice que no siendo activos los cuerpos por sí mismos, sus efectos aparentes son producidos por virtud de la substancia espiritual que los penetra. Es el error señalado en nuestra Conferencia: el cual suprime la eficacia propia de las causas segundas para atribuir á Dios, de un modo inmediato, todas las operaciones. Santo Tomás lo rechaza como contrario á la sabiduría divina, que no produce ninguna cosa inútilmente; al poder y á la bondad de Dios, que no podría así comunicarse á otros seres: á la unidad del órden universal cuyo enlace sería inenunciable, y á las ciencias naturales cuya base se destruiría puesto que nos sería imposible el conocimiento de los seres, desde el punto en que los supusiéramos privados de toda acción propia. (Cf. *Summ. contra Gentiles*, lib. III, cap. 69.)

II.—CONFERENCIA XX.—1.º (Véase la primera parte: *Existencia del libre albedrío*.)

Braunsobre, en su *Historia del Maniqueísmo* (Tom. II, lib. VII, Cap. I, §. 7), ha pretendido que ningún anímuo, ni aún esta secta herética, ha negado el libre albedrío. Admitimos que no hubo nunca una negación directa; pero sigue de aquí que no haya habido sistemas que pusieron en peligro el libre albedrío?

Los estoicos ¿no imponían su ciego destino á la voluntad del mismo Dios? ¿cómo podría sustraerse la voluntad humana de su inexorable poder? (Cf. Índice del tom. II, n. II.º, n. I.º)

Los materialistas ¿no derivan todos los actos del hombre, pensamientos y determinaciones de las leyes inflexibles que rigen las moléculas, cuya única existencia admiten?

Los herejes ¿no han destruido el libre albedrío bajo la presión de la gracia, que confunde con la voluntad omnipotente de Dios? Ya lo veremos en las notas sobre la Conferencia XXIII.

2.º (Véase la segunda parte: *Soberanía de Dios sobre la libertad*.)

1.º Giceron, para salvar la libertad, negó la presciencia

de Dios respecto de los futuros libres. (Cf. Índice, tom. II, n. II.º, n. I.)

2.º El naturalismo contemporáneo no concedo á Dios más que una soberanía incompleta sobre el libre albedrío. Dios, dice, creó nuestras potencias, conoce nuestras determinaciones por sus motivos y las regula, mediante su ley intimada á la conciencia, y sancionada con promesas y castigos. Y nada más. «Digamos muy alto (habla M. Jules Simon) que la libertad del hombre está entera, y que es eficaz de por sí, y que Dios no coopera á nuestros actos ¿por qué negar al hombre esta plenitud de su personalidad? ¿Hay acaso mayor dificultad en admitir la libertad del hombre y la eficacia de su voluntad, que en admitir la existencia propia y aislada de su substancia?... En el hecho de admitir que Dios penetra nuestros más secretos pensamientos, nos vemos obligados á reconocer que el hombre tiene la plena posesion de sí mismo, y que la libertad recibida de Dios es un hecho real y no una ilusión.»

¿De dónde este rehusar toda cooperación en los actos de nuestra voluntad? 1.º De que esta cooperación empieza por la violacion de la justicia, y concluya por una comedia. Nuestra libertad se reduce á una ilusión: pues creemos obrar, y es Dios quien obra en lugar nuestro. 2.º De que Dios cooperando á nuestros actos se convierte en causa de una multitud de cosas buenas y malas; lo cual comprometa su santidad. Todas las escuelas teológicas responden á estas dificultades. Sin recurrir á la premoción física de los tomistas que espanta á los tímidos, se puede admitir con el concurso general é indeterminado del poder divino, un finjo moral determinado y eficaz, que salve la soberanía de Dios, y no perjudique á la libertad, ni comprometa la santidad divina. En caso de elegir, ¿no vale más reconocer un misterio en la conciliacion del libre albedrío y la soberanía absoluta del Señor de todas las cosas, que admitir una vergonzosa abdicacion de su realera y omnipotencia, ante una criatura que queda convertida, en este caso y dentro del órden universal, en un principio independiente de actividad, en una verdadera causa primera? (Cf. *Religion naturelle*, 2.ª parte: *La Providence*, chap. IV.)

III.—CONFERENCIA XXI. (Véase segunda parte: *La oracion de suplica*.)

Hemos refutado, en la segunda parte de nuestra conferencia XXI, el error de M. J. Simon, tomado de J. J. Rousseau, y desgraciadamente defendido por un gran número de espiritistas orgánicos ó superficiales, que no gustan de encontrarse con dificultades, ó que retroceden ante ellas, sin profundizarlas. Fúenos más á la larga á nuestro filósofo moderno, para la mejor inteligencia de su pensamiento. A los que la reprochan por su sistema sobre la Providencia, en que aleja á Dios de nosotros, hasta el punto de hacerle inaccesible, en

que suena una perfección metafísica que resultaría á un Dios solitario, extraño al mundo y al hombre; en una palabra, en que suprima al verdadero Dios, á la Providencia, al Padre, responde: «Estas quejas son injustas, y suponen ignorancia de la doctrina que combaten. Dios nos conoce á cada uno por su nombre, y asiste á todas nuestras obras: no nos mira con indiferencia, pues es amor. Pero no cambia para nosotros sus leyes, que son obra de su inteligencia, y no pueden variar á medida de nuestros desordenados deseos y de nuestras frívolas pasiones. Nos ha dado el mundo, puesto que es evidente nuestra soberanía, dentro de la esfera en que estamos colocados. Es tal la virtud de transformación, que nos ha dado sobre las fuerzas físicas, que despues de tres mil años de civilización, no conocemos todavía sus límites. Finalmente, lo que prueba que Dios no es indiferente á la marcha de la sociedad, es el haber establecido la ley del progreso; y la prueba de que no es indiferente á los intereses de cada uno, es que nos ha destinado para la vida bienaventurada, dándonos en esta todos los instrumentos y todos los auxilios que necesitamos para llegar á ella (1).» Aquí el deber: el cielo despues de esta vida: he aquí lo que Dios nos ha dado. ¿Qué más podría hacer por nosotros un Dios y un padre?»

¡Oh Dios mío! una cosa bien sencilla: lo que hacen los padres criados por Vos á tu imagen, ocuparse de sus hijos.

En el capítulo de la oración, dice así: «Si se pudiera representar á Dios como padre, ocupado incesantemente en la felicidad de cada uno de sus hijos, gozando con sus alegrías y sufriendo con sus penas, auxiliado de sus necesidades cotidianas, y modificando, para proveer á ellas, las leyes generales, capaz de conmovérsese por una súplica más ferviente y de conceder á una exhortación perseverante un don que según sus designios y su saliduría debía renusar, entonces la oración sería juntamente posible, útil y eficaz. Pero en este cuadro tan conmovedor de la solicitud divina, muchos de sus trazos carecen de toda verdad: no pueden representar á Dios próximo á nosotros, sino degradándole. Considerando su perfección, se ve que es imposible admitir que pueda cambiar nada de lo que ya ha querido, y que este cambio pueda tener por causa, las instancias de un ser tan frívolo y tan imprevisor, como el hombre, digase lo que se quiera, si Dios modifica su voluntad, no es inmutable; ni permanece siempre igual y semejante á sí mismo; así, como nosotros, bajo la acción del movimiento y del tiempo, y deja de ser infinito.

(1) En las *Disertaciones* de Ariano, Júpiter se justifica de haber puesto á Rómulo en una condición tan miserable: «Oh Epicteto, si fuese posible, yo te haría libre. To te di á lo más alto el poder de pensar y de querer: con lo cual tú no dependes de nadie.» Y el esclavo responde: «Estoy contento, doy gracias á los dioses.»

La resolución que Dios tiene tomada es la mejor de las que puede tomar; cambiándola ahora, hará menos bien, y se deprecia dos veces: la primera por tomar una resolución mala, y la segunda por tomarla por debilidad. Para evitar esta consecuencia, sería preciso admitir que nosotros podemos mejorar los designios de Dios, á instruirle acerca del bien. Todas estas hipótesis son absurdas, y causa horror el pronunciarlas, y horror el oírlas. Ese Dios, tan bueno en la apariencia, no sería más que un artista imperfecto, cuya obra necesita reparar á cada paso, y que necesariamente la repara mal, si atiende á todas nuestras súplicas, incesantes y contradictorias. En vano se dirá que no cede á nuestras súplicas sino cuando son razonables, porque esto sería un juego de palabras; pues nunca son razonables sino cuando son conformes á su voluntad; lo cual equivale á decir que nunca nos escucha. Así se concibe cómo Dios es inmutable. Lamas modifica sus designios, ni nuestras súplicas pueden apartarle de su orden.»

Ni en las penas, ni en los trabajos podemos clamar al cielo. Sin embargo, podemos pedir la fuerza, la resignación, la virtud, el bien del alma, no el del cuerpo; lo que pertenece á nuestro destino, y no lo que se ordena á nuestra prueba. He aquí la verdadera súplica, la sola que nos es permitida (1). Ya no diremos más: «Dios mío, hazed que broten mis espigas;» sino diremos: «Dios mío, dadme fuerzas para sembrar» ó «consolidadme por no haber cosechado.» No diremos más: «Dios mío, haz que pase mi planto;» sino: «Dios mío, haz que el viento me guarde por el que tiene razón, y á quien asiste la justicia, y si yo debo perder, haz que sufra la desgracia como hombre (2).»

Y ¿para qué podemos hacer esta súplica? ¿Para obtener la gracia? De ninguna manera; como porque esta súplica no es en realidad otra cosa, que un firme propósito de obrar bien, y una aspiración á Dios. Nos damos, pues, á nosotros mismos todo lo que necesitamos, y Dios nada tiene que darnos.

(1) Kant llega hasta considerar la súplica como una superstición servil en palabras firmes; pero Dios dice no servilidad con lo explicamos nuestros deseos, firmados en nuestra interior (De la Religión, conclusiones de la 4.^a parte). Pero si la oración no es más que una aspiración al bien, y á Dios que es el principio del bien, puede ser útil, según Kant, esto es, puede conducir un perfeccionamiento moral, ya en consecuencia ser admitida por la religión natural. La semejanza de esta doctrina con la de Malab' amplias correspondencia, sobre todo, si atendamos á la diferencia de origen de los dos filósofos y al carácter de los dos filósofos.

(2) Federico Schlegel, dice los verdaderos bienes, tanto que los pidamos, ó que no; y sólo á nosotros los males, á menos de los pidamos. (Platón, *Escuela Académica*, Traducción de M. Cousin, Tom. V, pág. 131.)

«La religion natural no permite esas demandas, esas instancias que convierten al hombre arrodillado delante de Dios en un cortesano mendigando un favor.» Que sea degradante postrarse ante los hombres, y más aun ante el vulgo, con instancias vergonzosas, está muy bien; pero que sea humillante el postrarse delante de Dios? ¡adelante, pues! (*Cl. Religión naturelle*, 2.ª parte: *La Providencia*, cap. IV, 4.ª parte, *El culto*, cap. I.

IV.—CONFERENCIA XXII. (Véase la segunda parte, al principio.)

Ya hemos hablado del *duodécimo maniqueo*. (Véase Índice del tom. II, §. III, n.º 2.º) ¿Es cierto que Manes sea el autor de esta sistema? Spenser, Windel, Beausobre creen que el maniqueísmo es un plagio. Segun Plutarco, la doctrina de los dos principios se eleva á la más remota antigüedad. La atribuye en un tratado de *Isis y Osiris*, no sólo á los Persas, á los Caldeos, á los Egipcios y en general á los Griegos, sino á los más celebres filósofos, como Pitágoras, Empédocles, Heráclito, Anaxágoras, Platon y Aristóteles. «Los Egipcios, dice Spenser, llaman al Dios bueno, *Osiris*, y al malo, *Typhon*. Los Hebreos supersticiosos han dado á estos dos principios los nombres de *Good* y *Evil*. Los Persas llamaron *Ormuzd* al primero, y *Ahrimán* al segundo. Los Griegos tenían tambien sus demonios *buenos*, y sus demonios *malos*. Los Romanos tenían sus divindades *bienhechoras* y sus deidades *maléficas*.» (Disert. de Niroo emisso, cap. XIX, sect. 1.ª)

«Pero estos sabios, dice Bergier, han abusado de su condición. No han notado bastante la diferencia que hay entre los que admiten dos principios eternos, activos, y los que consideraban la materia como un principio pasivo: entre los que admiten dos principios creados é independientes el uno del otro, y los que los consideraban como seres creados y secundarios, subordinados á una causa primera y única.» Antes que Manes, habian profusado Basilides, Valentin, Marcion, Marcion y otros, la doctrina de los dos principios, tomada probablemente del misticismo persa: pero habian cambiado un punto muy importante, á saber: el de ser creados por un principio eterno. Combatido vigorosamente por los Padres y Doctores de la Iglesia, proserito por los edictos de los emperadores, pudo no obstante el maniqueísmo multiplicarse en las tinieblas y extenderse en varios países, gracias á la hipocresía, la mentira, el perjurio, las falsas profesiones de fe y á un rigorismo afectado. Aun se deja ver en la historia del siglo XII y XIII, pero despojado ya del principio fundamental de la secta. (Oe. Bergier, *Die. Theol.*, art. Maniqueísmo.

VI.—CONFERENCIA XXIII y XXIV, 1.ª Pelagianismo.
1.ª Plagio nació en Inglaterra á fines del siglo IV. San

Agustin le llama *Breton*, para distinguirle de otro Pelagio de Tarento. Era monje de Bangor, en el país de Gales; no porque viviese en un monasterio, como los conchitas de su tiempo, ó en un desierto, como los eremitanos; sino que pertenecía á los que llevando hábito religioso, vivian aislados en sus casas: á estos llamaban los Griegos *filósofos*, y los Latinos *monjes*. Nunca fué promovido á los sagrados órdenes; y así le llama lego San Zósimo, en su carta á los obispos de África.

En 405 el monje de Bangor fué á Italia, y comenzó á sembrar sus errores en las pequeñas reuniones, particularmente en las de mujeres, á quienes sedujo muy pronto; mas esta conquista tan fácil no llenaba las miras de su ambicion. Dotado, segun San Agustin (lib. *De natura et grat.*, cap. 6 y 33), de un espíritu de gran temple, vivo, penetrante, inclinado á las discusiones, tortuoso y disimulado, se impuso á algunos discípulos, que se hicieron celebres por el ardor con que defendieron y propagaron la doctrina del maestro.

El escolo *Celestio* fué el primero y el más notable de todos. Su ardiente y audaz proselitismo lo aseguró, muy luego, la direccion de las inuestas pelagianas.

Juliano, noble de origen y jóven obispo de Eolana (hoy Avellino), orgulloso, amigo del fausto, desoso de gloria, abrazó la herejía pelagiana para crearse renombre. Su elocuencia fácil, su espíritu sutil, sus conocimientos en las Escrituras, su erudicion en las ltras griegas y latinas, merecian ser mejor empleadas. Batido por San Agustin, arrojado de su silla y de Italia, y finalmente de Constantinopla y de Oriente por el emperador Teodosio el jóven, vino á morir miserablemente en una oscura villa de Sicilia, en que fué maestro de escuela.

Anto, diácono de la iglesia de Cetoda, versado en las lenguas griega y latina, prestó un buen auxilio á Pelagio, para corregir la barbarie del lenguaje de éste.

En cuanto al maestro, ocultando con color de piedad sus inclinaciones á la vida voluptuosa, habló, escribió, turbó la Iglesia, y perseveró siendo hasta el fin, á pesar de las confesiones que se le arrancaron, el enemigo de la gracia de Dios.

¿Cuáles eran sus errores? Pueden reducirse todos ellos á tres clases.

1.º *Errores sobre el pecado original.*—Adán era mortal antes como despues de su caída.—Su pecado dañó á él solo, y no al género humano.—Los niños nacen en el mismo estado de Adán antes de su prevaricacion.—Pueden obtener la vida eterna, aunque no rechazan al bautismo.—Esto no es necesario para la remision del pecado, ni para conseguir la vida eterna; sino para recibir la adopcion en Cristo, y ser participantes de su herencia... La concupiscencia, las malas inclinaciones, la ignorancia, la debilidad, las miserias de la vida, y la muerte no son pena del pecado.

2.º *Errores sobre el libre albedrío.*—El libre albedrío está actualmente sano, fuerte, perfecto, apto para toda obra buena como antes del pecado de Adán.—El hombre puede llegar, con las solas fuerzas de su libre albedrío, a la perfección de la justicia, y vivir, sin movimientos desordenados de las pasiones, libre de todo pecado.

3.º *Errores sobre la gracia de Dios.*—No se da la gracia de Dios: basta el libre albedrío para bien vivir: para cumplir los mandamientos de Dios luego que se comienza, y para obtener la vida eterna. Esta es la primera forma de la herejía pelagiana; en la cual los santos se atribuyen a sí mismos la fuerza de los argumentos católicos, flaman gracia a la naturaleza y al libre albedrío, como dones gratuitos de la divina bondad. Desapies, obligados por la impugnation de los católicos, confesaron que la gracia era distinta de la naturaleza; pero entendían por gracia la ley y la doctrina, negando la gracia interior. Por fin, perseguidos hasta sus últimas trincheras, admitieron una gracia interior de iluminación, y más tarde una gracia de voluntad; mas esta doble gracia sirve, decían, para obrar con mayor facilidad y perfección, pero no es necesaria para curar a la naturaleza, para prevenir sus conatos, ni evitar su debilidad, pues el hombre tiene en sí mismo la posibilidad para todo bien. Además, no se la debe considerar como un don gratuito, sino como la recompensa de los méritos adquiridos por la buena voluntad del hombre. Esto era negar la noción fundamental de la gracia: *Si gratia foret non esset operibus, alioquin iam non est gratia*, estos errores de Pelagio se hallan en sus principales libros, a saber:

- 1.º *De Trinitate, libri tres.* 2.º *De natura, liber unus.* 3.º *De libero arbitrio, libri quatuor.* 4.º *Expositivum in omnes 8. Pauli epistolas, libri tridecim.* 5.º *Ad Demetriadem de Virginis institutione, liber unus.* 6.º *Defensio fidei ad Augustinum.* 7.º *Libellus fidei ad Innocentium.* 8.º *Varie ad diversos littere.* De todas estas obras no quedan enteras más que tres, que son la cuarta, la quinta y la sétima, pero aunque se hubiesen perdido todas, conoceríamos bastante a Pelagio, por los escritos de los que lo han refutado.

La lucha sostenida por la Iglesia contra el pelagianismo fué enérgica y gloriosa. En el espacio de diez y nueve años se reunieron veintitres concilios, ya para desterrar sus huesos nuevamente reclutados, ya para descubrir sus fundamentos, y de consagrar sus hipéritas concesiones. En 412 el concilio de Cartago, en 415 el concilio de Jerusalén, en Diciembre del mismo el concilio de Diospolis; en 416 el segundo en Cartago; y á últimos del mismo año el concilio de Milevi, y el tercero en Cartago; en 417 el concilio de Roma, en el mismo, los concilios de Constantinopla, de Antiochia y otro en Roma; y en Noviembre el primero de todo Africa; en 418 tercer concilio en Roma, segundo y tercero de Africa; en 419 el cuarto de Africa; en 425 el concilio de la provincia de Ci-

lizia; en 424 segundo concilio en Constantinopla; en 425 cuarto concilio en Roma, y quinto de Africa; en 427 el concilio de los obispos de Francia en Arlés; en 429 el concilio de los obispos de Inglaterra en Verolam; en 430 quinto concilio en Roma; en 431 el concilio general de Niceo.

La acción vigorosa y eficaz de los concilios fué apoyada por las constituciones de los soberanos pontífices: San Inocencio I, San Zósimo, San Bonifacio I, San Celestino I, San Sixto III, y San Leon Magno. Con ocasión de recibirse las cartas apostólicas del Papa San Inocencio, pronunció San Agustín aquella sentencia que se ha hecho tan celebre: «*A Silla apostolica nos ha evitado sus devociones; la causa está terminada: *Aude a sede apostolica rescripta veniant, causa finita est.**»

Los edictos de los emperadores Honorio, Constante, Valentinianno III y Teodosio el Joven, vinieron á unirse á las constituciones apostólicas para desterrar la herejía. Por su parte los doctores católicos levantaron su poderosa voz, y trataron á fondo la cuestión contra los tortuosos argumentos de Pelagio y sus discípulos. San Jerónimo escribió sus *Cartas á Marcelino y á Crescencio*, sus tres libros *Diálogos contra Pelagio*, los *Perfectos* ó los *comentarios sobre Hermitas*, sus *Cartas á San Agustín*, y se retiró, contando á este la dirección del combate.

Paulo Orosio, español, refutó en su *Apologhía* las blasfemias del herejearca. (*Apologhicus contra Pelagium de arbitrio libertate.*)

Sixto, presbítero de la Iglesia de Roma, sucesor que fué del Papa San Celestino, se anticipó, en los seis libros de su *Hypognosticon*, á las sentencias pontificales que pronunció después.

Mario Mártir ofreció al emperador Teodosio el Joven su *Compendiarium*, en el cual la historia y el dogma están tratados de mano maestra.

Pero el héroe de la lucha es, sin duda alguna, el grande obispo de Hipona, San Agustín, que por el número, la fuerza y la claridad de sus escritos, mereció ser llamado el Doctor de la gracia. Sus principales obras contra el pelagianismo son:

- 1.º Los tres libros *De peccatorum meritis et veniacionibus*, escritos en 412.
- 2.º El libro *De spiritu et littera* (412).
- 3.º El libro *De natura et gratia* (415).
- 4.º El segundo sermón *De verbis Apostoli* (417).
- 5.º El libro *De gratia Pelagii* (417).
- 6.º Las dos epistolas *Ad Sordana presbyterum* (418).
- 7.º El libro *De gratia Christi* (418).
- 8.º Los libros *De nuptiis et concupiscentia* (419).
- 9.º Los cuatro libros *Ad Bonifacium* (420).
- 10. El *Enchiridion Laurentianum* (421).
- 11. Los seis libros *Contra Julianum* (421).

12. El libro de *De gratia et libero arbitrio* (424).

13. El libro *De corruptione et gratia* (425).

14. *Opus imperfectum contra Julianum* (424).

Los libros *De predestinatione sanctorum* et *De dono perseverantiae* están escritos contra los semi-pelagianos, de quienes hablaremos luego.

La materia de la controversia entre los católicos y los pelagianos no era la gracia habitual, sino la gracia actual. Ya hemos dicho, en otra parte, cuál era el pensamiento de los pelagianos sobre la gracia habitual. (Véase Indice del tom. III, pag. 252.)

¿Mas, ¿de qué gracia se trataba? Era, como pretendían los jansenistas, de ese impulso irresistible de la voluntad divina, que determina necesariamente la voluntad humana? Ciertamente que no. Esa gracia fué reprobada por la Iglesia como contraria á la libertad.

San Agustín defendía contra el pelagianismo la gracia eficaz por sí misma! Así es, según el parecer de los teólogos; pero sus adversarios pretendían, no sin alguna probabilidad, que el Santo Doctor trataba de establecer, en nombre de la Iglesia, la necesidad y lo gratuito de una acción sobrenatural y trascendente de la voluntad divina sobre la voluntad humana, para comenzar, continuar, obrar y consumar la obra de la salvación. Como quiera que fuese, la lucha de la autoridad y del ingenio contra el pelagianismo dió por resultado el reducir esta herejía á sus últimas concesiones, llamadas por los teólogos su tercer estado. Los pelagianos confesaron finalmente la existencia de una gracia interna, cuya necesidad habían negado constantemente, así como lo gratuito de su donación, y prepararon el camino á los semi-pelagianos.

2.º *Semi-pelagianismo*.—Los libros de San Agustín contra los pelagianos, extendidos en las Galias, causaron mucha sensación. Creyendo comprometido el libro albedrío, cierto número de obispos y de sacerdotes juzgaron que debían salir á su defensa; mas no fué sino en detrimento de la gracia, y aproximándose á Pelagio, cuyos errores principales reprochaban sin embargo. De aquí salió el *semi-pelagianismo*. Sus cabezas principales fueron:

Castino, egipto moque, que después de pasada una buena parte de su vida en los desiertos de la Tebaida, fué ordenado de diácono en Constantinopla por San Juan Crisóstomo; luego de sacerdote en Roma; vino á Marsella, donde fundó dos monasterios, uno para hombres y otro para mujeres. Hecho abad de San Víctor, escribió sus *Conferencias espirituales* para instrucción de sus monjes. En la Conferencia terciadécima es donde profesa el semi-pelagianismo.

Fausto, abad de Lerins, y después Obispo de Riez, escribió contra los predestinacioneros un libro *De gratia et libero arbitrio*, en que defendiendo los errores de Castino,

Gennadio, presbítero de Marsella. En su *Vida de los hom-*

bres ilustres, se declara abiertamente defensor de las doctrinas semi-pelagianas. Hay que añadir un cierto Vicente, á quien respondió San Próspero, y que muchos autores han confundido con el célebre Vicente de Lerins.

Es enteramente insoportable é injusta la opinión de Varquer, que pone á San Juan Crisóstomo entre los semi-pelagianos; la primera banalidad de este grande Doctor sobre Adán y Eva, es una manifiesta y contundente refutación de los errores de estos.

Los semi-pelagianos no negaban, como Pelagio, la existencia del pecado original, ni sus dolorosas consecuencias en la naturaleza humana. Tampoco pretendían que el libre albedrío estuviese tan sano como en el estado de la inocencia, ó que sea el socorro de una gracia interior, pudiésemos hacer toda suerte de obras buenas, ó elevarnos al más alto grado de perfección, y consumir de este modo por nuestras fuerzas naturales la obra de nuestra salvación; admitían, por el contrario, hasta cierto punto, la necesidad de la gracia, pero la atenúan, y negaban que fuese un don de Dios enteramente gratuito.

¿Cuáles eran en realidad sus verdaderos errores? Los jansenistas, condenando el semi-pelagianismo en el sentido de la propia herejía, lo han confundido de propósito con la doctrina católica. No nos haremos cargo ahora de un errada dictámen sobre este punto.

Los teólogos han interpretado con variedad las doctrinas semi-pelagianas, conforme al sistema particular que defendían. La opinión más general y acertada nos parece la que distingue á los semi-pelagianos en dos clases. La primera de los que, como faciano, confesaban que la gracia en muchas ocasiones es concedida al hombre sin ningún mérito precedente, pero que no obstante es las más de las veces, la recompensa de los méritos; la segunda, de los que pretendían que la gracia es siempre dada en razon de los méritos adquiridos por el buen uso del libre albedrío. O de otro modo: la primera, de los que, apartándose, cuanto les era posible, de Pelagio, atribuían á la gracia todas las obras de la salvación, menos la primera voluntad de creer, que llamaban el principio de la fé, ó la piadosa atracción á creer, la cual merecía todas las gracias necesarias para las buenas obras; la segunda de los que, acercándose al pelagianismo, atribuían al libre albedrío, no sólo el principio de la fé, sino todo deeso de bien dando, de esta suerte, á la voluntad humana la iniciativa de toda obra buena.

A pesar de la variedad de las afirmaciones, pueden reducirse á dos errores fundamentales, los de los semi-pelagianos.

1.º Todos han negado constantemente la necesidad de la gracia interior y preveniente para el principio de la fé.

2.º Ninguno ha admitido la necesidad de la gracia para perseverar en la fé.

Estos errores fueron denunciados, desde Inigo, á San Agustín por dos legos, San Próspero y San Hilario: el Santo Doctor los refutó en sus dos libros *De predestinatione exaltatoria* y *De perseverantia donata*. Despues de la muerte de San Agustín, el Papa San Gelasio I escribió á los obispos de la Galia una carta estableciendo en la causa semi-pelagiana. San Próspero continuó el combate, de que habla sido glorioso promotor, con su libro *Contra collatorum*, y otros tres apóstoles, cuyos títulos son: 1.º *Responsiones ad capitula Gallorum*, 2.º *Ad capitula Objectionum Vicentianarum responsiones*, 3.º *Ad ecclesia Germaniana responsiones*. Tenemos además un poema de *De ingrotis*, y su carta á Rufo: *De gratia et libero arbitrio*. San Hilario, compañero de San Próspero, se mostró defensor decidido de la doctrina de San Agustín contra los restos del pelagianismo. En 401, el Papa San Gelasio condenó, en un sínodo romano, los libros de Casiano y de Fausto. Finalmente, San Fulgencio de Purpuro en Africa cayó sobre el enemigo con todo el peso de su invencible y elocuente palabra. Tres libros sobre la gracia, siete sobre la verdad de la predestinación y la gracia, atestiguan el celo de este infatigable atleta.

Sin embargo, no pudo triunfar del error; y fue necesario que el sagrado Concilio de Orange (529) en la catedral de la serpiente, cuyo papa no se atuvo á la floreciente Iglesia de la Galia. Tenemos de ese Concilio veintinueve cánones ó capítulos sobre la gracia y el libre arbitrio, aprobados y promulgados por la Santa Sede, á quien habian sido presentados.

El semi-pelagianismo no era ya más que un hecho pasado de los primeros siglos de la Iglesia, cuando los protestantes y jansenistas acusaron á la escuela molinista de residuar este error. Há aquí lo que dice á este propósito Bossuet en su segunda instrucción pastoral contra el ministro calvinista Burozet: «Nacido en el año M. D. C. LXXI, mis maestros molinistas son semi-pelagianos, y que la Iglesia romana tolera un verdadero pelagianismo en toda su rúta. Respecto de los molinistas, bastaría que hubiese abierto siquiera sus libros para ver en ellos que reconocen para todos los elegidos una preferencia gratuita de la misericordia divina; una gracia preveniente en todos los casos, y necesaria para toda obra de piedad; y en todos los que practican, una dirección especial que los conduce á ellas.»

La opinión molinista, como todas las que se agitan á los bordes del abismo de la predestinación y de la gracia, puede tener sus inconvenientes y sus puntos negros; pero sus partidarios han puesto siempre su honor en no salirse de los límites de una severa ortodoxia. Al terminar estas notas sobre el pelagianismo y semi-pelagianismo, advertiremos que estos dos errores concluyen necesariamente por negar la predestinación gratuita.

3.º *Predestinacionismo*.—Algunos autores llaman *predestinacionismo ortodoxo* á los que defienden la doctrina de la predestinación absoluta ó enteramente gratuita. Nos parece más propio reservar este calificativo para los herejes, los cuales aparecieron ya en el siglo quinto con este nombre. Esta herejía empezó por una reacción exagerada contra las doctrinas de Pelagio, por una exageración violenta y monstruosa de la doctrina de San Agustín. Jansenio pretendía que el semi-pelagiano Fausto introducía en sus escritos un enemigo imaginario, para comprender mejor á San Agustín; pero los concilios de Arlés y Lyon, celebrados en el año 475, nos quitan toda duda sobre la realidad de la herejía predestinacionista, cuyos autores se citan en ellos por sus nombres, que eran *Lucidas* y *Mouino*. La multitud de sus errores puede reducirse á seis capítulos principales.

1.º Dios predestina sus elegidos á la gloria por un decreto necesitante; y por otro decreto absoluto, y sin la prevision de los méritos, predestina los demás hombres á la condenacion eterna.

2.º El dicho decreto determina los medios que conducen á los réprobos á su perdicion, y por consecuencia están predestinados al pecado.

3.º Dios quiere salvar á los que efectivamente se salvan, pero no á todos los hombres.

4.º Jesucristo no ha muerto, más que por los elegidos y predestinados.

5.º Despues de la caída del primer hombre, el libre albedrío quedó completamente extinguido.

6.º Los sacramentos son inútiles, y no confieren gracia á los que están predestinados á la muerte eterna.

Sirmond atribuyó falsamente á los monjes albigenses de Adromel la invencion de estos errores: mas el sabio Cardenal Noris ha demostrado que esos monjes eran semi-pelagianos, (lib. 1, Hist. Pelagii, cap. XV.)

Los primeros predestinacionistas, despues de ser condenados en los concilios de Arlés y Lyon (475), fueron refutados oficialmente por Fausto, abad de Lerins, quien no supo evitar el semi-pelagianismo.

En el siglo novavo vemos reaparecer el predestinacionismo en la persona de Gotascelto, monje benedictino en la abadía de Orbais, diócesis de Soissons. Era, si hemos de dar crédito á Huetano, un hombre que no tenía de monje más que el hábito. Espíritu duro, inquieto, revoltoso, faccioso, amigo de novedades, dispuesto á imponerse siempre y á formar escuela, teniéndose por digno de ganar algunos discípulos. Ordenado irregularmente en 885 por Richard, obispo de Reims, partió para Roma en 887; recorrió la Balucenia y la Panonia; despues vino á Lombardía, donde comenzó á extender sus errores.

Enseñaba que Dios, desde la eternidad, ha predestinado

anos á la vida eterna, y otros á la condenacion; que este doble decreto es absoluto, independiente de la provision de los méritos ó demeritos futuros de los hombres; los predestinados por Dios á la muerte eterna no pueden salvarse, los predestinados á la vida eterna no pueden condenarse; que Dios no quiere salvar á todos los hombres, sino á solos los elegidos; que Jesucristo no ha muerto sino por estos últimos; que después de la caída del primer hombre no tenemos libertad para obrar el bien, sino solo para obrar el mal. Como se ve, estos errores son con corta diferencia los de los predestinacionistas del siglo quinto.

Arrojado de Italia, Gotescalc vino á Maguncia cuyo arzobispo era Rabano Mauro. Esto emprendió la refutacion del herejico; pero se desistió en su refutacion sobre un punto, y el astuto Gotescalc aprovechó este error, para acusar á Rabano de semi-pelagianismo.

El arzobispo de Maguncia queria admitir una doble predestinacion: una á la gloria y otra á la pena, consistiendo esta última en un decreto justo, por el qual Dios condena los reprobos á la muerte eterna, supuesta la provision de sus demeritos. Tanto para la pena como para el pecado, pretendia que por parte de Dios no habia sino una simple provision. Esto era conlugar á los autores mismos que citaba, San Próspero y San Agustin, los cuales expresamente distinguen entre la pena y el pecado, y afirman que Dios provee el pecado y no lo predestina; más respecto de la pena que merece el pecado previsto, no solamente la provee, sino que la predestina y la ordena de antemano, como una cosa justa; resultando de aquí una doble predestinacion: la una de los buenos á la gloria, y á las gracias con que la merezcan; la otra de los malos á la pena debida al pecado previsto, pero no predestinados á él.

Gotescalc, condenado como hereje por Rabano Mauro, fué delatado á Hinemaro de Reims su metropolitano; pero su causa estaba embrollada. Un concilio celebrado en Quierzy á orillas del Oise, le condenó á la degradacion del sacerdocio, á los azotes, como hereje, incorregible, contumaz, hombre de costumbres depravadas, que habia abusado de su autoridad para corromper á los fieles, como monje infiel á su vocacion, mezclado contra derecho en los negocios eclesiásticos y seculares. Fué encerrado en un monasterio de Auvillers, diócesis de Reims. Hinemaro solicitó de él, por medio de sus carceleros, una retractacion, y la dió, envalta en expresiones capciosas, á las cuales podia atribuirse un sentido católico; pero que en el fondo contenian el veneno de sus errores. Se aprovechó de la misma equivocacion que la habia servido para acusar á Rabano Mauro de semi-pelagianismo, repetida por Hinemaro. Este encargó una refutacion á Scot Erigena, refutacion desdichada, llena de errores semi-pelagianos, que

hizo creer á muchos sabios y hombres piadosos, que Gotescalc era injustamente perseguido y condenado, por ser el discípulo de San Agustin.

Entre los que se interesaron por su persona, condenando los errores de que le creian inocente, está San Remigio, Arzobispo de Lyon, sucesor de Amolou, el cual habia recibido cartas de Hinemaro, en las cuales nagaba éste la doble predestinacion. San Remigio las discutió en un sínodo en que se estableció la doctrina de la doble predestinacion, segun explicamos más arriba, y donde se determinó que Gotescalc no debía ser condenado. «Su temeridad y sus intemperancias de lenguaje eran consumables; pero por eso no debia condenarse la verdad divina.» Rhairan, monje de Corbie, y San Prudentio, Obispo de Troyes, eran de este parecer.

Descontento de la decision de la Iglesia de Lyon, Hinemaro indujo á Carlos el Calvo á que convocase una segunda reunion de obispos en Quierzy del Oise. En esta asamblea se redactaron cuatro capitulos célebres con el nombre de *Capitulos de Quierzy ó Carisianos*. El primero se intituló: «No se da más que una predestinacion por parte de Dios. *Quod una tantum sit predestinatio Dei.* La Iglesia de Lyon discurrió erradamente estos capitulos, y en un sínodo de las tres provincias de Lyon, de Viena y de Arlés, reunido en Valence (855), los obispos del Mediodía de Francia redactaron veintitres cánones, cuyos seis primeros resuelven las cuestiones suscitadas por Gotescalc y Scot Erigena. El tercer canon afirma, como la Iglesia de Lyon, la doble predestinacion. Un concilio celebrado en Langres, en 859, confirmó los seis cánones primeros del concilio de Valence, menos la censura contra los capitulos de Quierzy. Finalmente, quince días más tarde, reunidos en Savoniere, junto á Toul, los obispos de doce provincias eclesiásticas, fueron definitivamente aprobados, segun la convocacion del concilio de Langres, los seis cánones de Valence, á pesar de la protesta en contra de Hinemaro; con lo qual se estableció la paz. El Papa San Nicolas I confirmó las decisiones del concilio de Toul. Gotescalc murió en su prision hereje y loco.

En el siglo octavo, el profesor de Oxford, Wiclef, renovó con creces las blasfemias de los antiguos predestinacionistas. «Dios predestina, segun el hereje inglés, todas las criaturas inteligentes á cada uno de sus actos, aun al pecado. El hombre no es libre, sino en cuanto obra espontáneamente, pero no puede querer de otra manera de la que quiere. Ni los predestinados pueden perder la gracia, ni los reprobos pueden porcastarse en ella. Dios no pudo impedir el pecado del primer hombre. Todo lo que existe y todo lo que sucede en el mundo es una necesidad absoluta.»

Los errores de Wiclef fueron condenados por las universidades de Praga, de Oxford y de Paris, por los concilios de Londres (1382 y 1386) y de Oxford (1408), por Juan XXIII y

definitivamente por el concilio de Constanza, que en la sesión octava católicamente y cinco proposiciones respectivamente de herejías, erróneas, escandalosas, ofensivas á los oídos piadosos, turbarias y sediciosas. Wicelof, despues de una retractacion equívoca, hecha en el primer concilio de Londres, se retiró á Lutterworth, donde habia formado una pequeña congregacion llamada de *sacerdotes pobres*, compuesta de discípulos muy afectos á su maestro, y ardientes propagadores de sus perniciosas doctrinas. En los brazos de estos discípulos acogió su muerte. Cuarenta años despues de esto, por efecto de los decretos de Constanza, se abrió en su patria, fué exiliado su cadáver y quemado, y arrojadas sus cenizas á un río cercano á Lutterworth.

Si en el siglo, los wicelofistas se extendieron hasta en Bohemia, Juan Hus, eclesiástico de la zona por su eloquencia y por la autoridad de sus costumbres, los refutó al principio; pero bien pronto seducido él, se convirtió en apóstol de los errores que antes combatía. Herido con las censuras eclesiásticas por su arzobispo, apeló á la Santa Sede, y de la Santa Sede, que confirmó la sententia dada contra él, apeló al concilio emendado. Sostuvo su herejía en presencia de los Padres de Constanza con imperturbable audacia, y rehelde á todos los nobles empleados para convencerle, y agrediendo á toda retractacion, fué condenado, entregado al brazo seccular y quemado públicamente.

Si su discípulo Jerónimo de Praga, que le habia seguido á Constanza, se retractó; mas luego, avergonzado de su retractacion, volvió á su error, y fué quemado á su vez como relapso. Privada de sus cabezas la herejía wicelofista, se dividió en varias sectas, que se fundieron luego en el protestantismo.

1.º *Protestantismo*.—Esta herejía múltiple subsiste aun en nuestros dias, en periodo de descomposicion, para resolverse en puro racionalismo. Todos saben su origen y sus principales autores, Lutero y Calvino.

Lutero, fraile agustino de Wilttemberg, instruido, eloquente, pero demasiado pagado de sí mismo, comenzó á extender sus errores con ocasion de confiarse la predicacion de indulgencias á los frailes prediadores (1517). Llamado á comparecer en Achemburgo ante el Cardenal Cayetano, legado de la Santa Sede en Alemania, se mostró tal cual habia de ser hasta el fin, orgulloso y altanero. Venido por el celebre Eckius en las discutas públicas, y condenado por las facultades de Colonia y Lovaina, escribió una carta de submission al Sumo Pontífice Leon X. Este, enterado por Eckius del peligro que corría la fe por las predicaciones de Lutero, condenó cuarenta y una proposiciones del herejia (1520).

El papa, antes de desmoronarse completamente, los rayos de Roma, en lugar de humillarle, exaltaron su furiosa rabia; estalló en mil injurias contra la Iglesia Romana, con-

tra el Soberano Pontífice, los cardenales, los obispos y los doctores católicos, y compuso libros en que atacó, una en pos de otra, las verdades de la fe, entre los cuales es celebre su obra de *captivitate Babylonica*.

Los tiempos eran acagos. La Santa Telesia de Dios, cubierta de llagas, necesitaba una prueba que hiciera resplandecer su inalterable belleza, velada con los desordenes del clero, y los abusos introducidos en la administracion de las cosas santas. La palabra *reforma* era pronunciada por todos. Lutero se apoderó de ella, y agarró en derredor de ella los restos de la herejía de Wicelof, que esperaban en la oscuridad una señal de levantamiento. Tuvo por cómplices el odio concebido contra el clero, la ambicion de apoderarse de sus bienes, y de dominar en lugar de ellos, la animosidad de los príncipes contra Carlos V. la vanidad de los hieratos, que se precian de entender las cosas religiosas mejor que los mismos teólogos, la perversion de las almas, y sobre todo la profecion de los grandes señores, impacientes por sacudir el yugo de las prácticas religiosas del catolicismo, penosas para ellos. Há aqui la explicacion de este hecho. Atribuirlo, como hacen los protestantes, á una mision divina, es el ridículo carácter brutal y grosero, las incertidumbres y las vacilaciones del pretendido apóstol de la reforma, cosas que están muy lejos de revelar la accion del Espíritu Santo. No mencionaremos aqui todos los errores de Lutero, sino aquellos que tienen relacion con los dogmas expuestos en nuestras conferencias vigésimaseisenta y vigésimaseisenta.

1.º *Sobre la predestinacion*.—Lutero enseñaba que Dios, por un decreto antecedente, positivo, inmutable, necesario, predestina los unos á la fe que justifica y á la gloria, y los otros al pecado y á las penas eternas; que Dios es causa y autor del pecado, y que no quiere salvar sino á sus elegidos.

2.º *Sobre la gracia*.—Que es debida al hombre, como complemento necesario á su naturaleza; que no hace violencia á la voluntad; pero que le impone la necesidad de obrar invencible é irresistiblemente, de suerte que no esté en su poder el acto contrario; que élis obra propia y únicamente todo lo que hay de bien en nosotros, sin que la voluntad tenga parte en ello; que su fuerza consiste en una delicia violenta y necesaria; que no hay, en el estado actual de la naturaleza humana, más gracia que la eficaz.

3.º *Sobre el libre albedrío*.—Que el libre albedrío despues del pecado es una palabra sin realidad, que es enteramente pasivo respecto del bien formalmente considerado; que de sí mismo peca siempre, á causa de la concupiscencia que se mezcla en sus actos, y de la corrupcion del pecado, de que está inficionado desde su nacimiento.

4.º *Sobre la justificacion*.—Que consiste en que el justo tenga la firme conviccion de que sus pecados son perdonados por la misericordia divina; que esta fe justifica sin la cari-

dad (véase Índice, tom. III, pág. 253); que la causa formal de nuestra justificación no es un don inherente al alma; que cada uno puede estar cierto con fe divina de poseer la gracia que la justicia es igual en todos los justos; que las buenas obras no son necesarias, después de la justificación, para salvarse; que Dios manda cosas totalmente imposibles al hombre, aun después de justificado; que los justos no merecen con sus buenas obras para la vida eterna.

Estos errores de Lutero fueron condenados primeramente por León X, en 1520; después en 1528 por el Sinodo de Sens, presidido por el Cardenal Duprat, y por el Sinodo de Bourges; en 1542 por la facultad de París, en 1545 por la facultad de Lovaina, y finalmente, por el Concilio de Trento, que, en veintinueve sesiones, examinó, refutó y anatematizó las herejías de Lutero y de Calvino (1545-1563).

Lutero no imitó a los herejes que quisieron conservar hasta el fin el prestigio del celibato. Se casó con una monja que había seducido. Rodeado de hijos que no habían nacido sino por un doble sacrilegio, murió mirando tristemente al cielo, de que se sentía desterrado.

Juan Calvino compartió con Lutero la paternidad del protestantismo. Había nacido en Noyon, por el año 1501, de padres católicos. En Bourges, donde había ido a estudiar jurisprudencia, tomó relaciones con Wolmar, discípulo oculto de Lutero. En París frecuentó las reuniones de los novadores, que celebraban con ventisuelos clandestinos. Perseguido por el gran Justicia Juan Morin, enemigo decidido de los herejes, se retiró a Basilea en 1536. Allí compuso su famoso libro de las *Instituciones*, obra metódica, y notable por la elegancia de su estilo. En 1536 fijó su residencia en Ginebra, donde ejerció luego sobre las conciencias una dictadura sin piedad. Discutir con los que no eran de su parecer, le parecía cosa execranda. Desterrada y quemada. Bolsec, Miguel Servet, Gentilis, Okin, Blandrat fueron las principales víctimas de su tiránico poder. Calvino, por la dureza de su carácter, era apto para el predestinacionismo. En este punto aceptó todos los errores, llevándolos hasta las últimas consecuencias. No repetiremos lo que dijimos más arriba; sólo señalaremos tres particularidades del error calvinista sobre la justificación.

1.º El justo no sólo está cierto con fe divina de su justicia, sino también convencido de su perseverancia, de su predestinación y de su elección a la gloria.

2.º La justicia de tal manera se da a los elegidos, que jamás pueden perderla; los que se cree que la pierden, es porque nunca la han tenido.

3.º El bautismo, que Lutero creía necesario, es inútil a los niños predestinados, porque Dios les admite a la participación de su herencia, desde que son engendrados.

Calvino fué condenado, juntamente con Lutero, por el

concilio de Trento; raxon por la cual escribió un libelo contra esta santa asamblea, que intituló *Antidoto*. Murió en Ginebra en 1564.

La doctrina calvinista sobre la predestinación, demasiado cruel con la libertad, debía necesariamente provocar en el seno de la secta protestante enemigas. En 1601 Jacobo Van Harmine, conocido bajo el nombre de *Arminius*, se declaró contra los decretos necesitantes, y sostuvo manifiestamente, que Dios quiere con una voluntad sin embargo a todos los hombres; que da a todos, sin excepción, los medios suficientes para la salvación; que no prueba sino a los que hayan abusado de estos medios. Tuvo bien pronto un gran número de acéruces, aligerados por esta doctrina de la dura presión que sufrían en su conciencia. Mas el profesor Gomar enarboló la bandera del rigorismo, y el calvinismo se dividió en dos facciones: una de los *arminianos* ó *demonstrantes*, y otra de los *gomaristas* ó *contra-remonstrantes*. El sínodo nacional de Dordrecht, convocado en 1618 para sentenciar sobre la diferencia, dió la razón a los gomaristas. No fué respetada su decisión, ni en Alemania, ni en Inglaterra, ni siquiera en Ginebra, donde estaba todavía fresca la memoria de Calvino. Los arminianos triunfaron, y el calvinismo se tornó en pelagianismo.

No es esta sola la division que desparra el seno del protestantismo: Bossuet en su *Historia de las variaciones*, nos manifiesta el movimiento de descomposicion que, partiendo desde los primeros dias de la reforma, se agrava de dia en dia. En la actualidad el protestantismo está fraccionado en una multitud de sectas, en las cuales sería difícil de hallar la doctrina pura de Lutero y de Calvino.

5.º *Bayanismo*.—Miguel Bayo (de Bay), nacido en Melin, territorio de Ath, en Hainaut (1513), estudió en la universidad de Lovaina, donde se recibió de doctor. Nombrado en 1552 profesor de Escritura Sagrada, empezó, de acuerdo con Juan Herraels, a enseñar sus errores. En sus opúsculos:

1.º *De libre arbitrio*, 2.º *De charitate, justitia, et justificatione*, 3.º *De sacrificio*, publicados en 1563, aparentando refutar á los protestantes, renovó la mayor parte de sus errores.

Estos opúsculos turbaron vivamente á los teólogos; y la turbacion llevó al colmo, cuando á su vuelta del concilio de Trento, publicó Bayo sus libros: *De scripto operum*, *De prima hominis justitia*, *et de virtutibus impiorum, de sacramentis in genere, et de forma baptismi*.

En estos libros, Bayo enseña que la buena venturanza y la gracia de los ángeles y de los hombres, inocentes y justos al salir de las manos de Dios, no son dones gratuitos, sino dones debidos á la naturaleza; que las gracias, actual y habitual, recibidas en el estado de la inocencia son una consecuencia natural de la creacion; que el mérito de las acciones

en el estado presente es puramente natural; que los privilegios de exención de la ignorancia, y del sufrimiento, y de la muerte, son una deuda pagada por Dios al estado de la inocencia; que en la naturaleza caída al libre albedrío no tiene virtud sino para pecar; que el hombre caído no puede evitar ningún pecado, que no puede tener en sí mismo ninguna amorosidad, ni en el orden natural; que todas las acciones de los hombres son pecados, y todas las virtudes de los filósofos son vicios; que en la naturaleza reparada la retribución eterna se da en atención á las buenas obras, y no en atención á los méritos de Jesucristo; que toda obra buena es meritosa por sí misma de la gloria, como toda acción mala lo es de la pena eterna; que el mérito de las buenas obras no procede de la gracia santificante, sino de la obediencia á la ley; que todas las acciones de los catecúmenos que preceden á la remisión de sus pecados, como la fe y la penitencia, merecen la vida eterna.

Como nota abundantemente Claudio Montaña, el sistema de Bayo es una mezcla de pelagianismo tocante al estado de la inocencia, y de luternismo y calvinismo respecto á la naturaleza caída.

Condenado por Pío V. que censuró en 1557 setenta y nueve proposiciones, sin nombrarle, Bayo se retractó después de muchas vacilaciones. Mas volvió á sus errores, y turbó de nuevo á la Universidad. Entonces Gregorio XIII envió á Lovaina al Cardenal Francisco Toledo, insigno teólogo de la Compañía de Jesús, el cual, en una asamblea general, publicó la Bula *Præcisissime nostre*, por la cual renovó en el Papa la condenación de San Pío V. Bayo respondió á esta promulgación: «Yo escucho según la intención de la Bula, y como la Bula condena, *damna secundum bullæ intentionem, et non bullæ damna.*» A lo que todos los doctores, licenciados, bachilleres y estudiantes, añadieron: «Condenamos y recibimos la Bula con respeto, y prometemos obedecer. *Damnamus, et bullam reverenter suscipimus, atque obedientiam pollicemur.*» Después de esta retractación, Bayo escribió al Soberano Pontífice Gregorio XIII, quien le contestó en 15 de Junio de 1580, con un breve lleno de amenazas de gozo y paternal afecto. Miguel Bayo murió el 16 de Setiembre de 1580, á los setenta y siete años de edad.

6.° *Jansenismo.*—El jansenismo no murió con su autor; los teólogos belgas se encargaron de conservar el fermento de esta herejía, cuyos principios y errores respaldaron en el *Augustinus* de Cornelio Jansenio.

No podemos contar, en esta simple reseña, la larga y tortuosa historia del jansenismo; sólo indicaremos sus principales períodos y variantes.

Jansenio, nacido en Acquín, junto á Leerdam (Holanda, 1585), hizo sus estudios en Utrecht, en Lovaina y en París, donde contrajo amistad con Juan Hauranne de Saint-Cyran, que había de ser más tarde uno de los autores de su herejía.

Empezó desde entonces á bosquejar su *Augustinus*. De vuelta á Lovaina se graduó de doctor, obtuvo la cátedra de Sagrada Escritura, y fué presentado por el rey de España para el obispado de Ipres. Murió de peste en 1638, poco tiempo después de su nombramiento. Había trabajado por espacio de veinte años en su obra, cuya publicación ocurrió, en su muerte, á sus amigos. Se hallan en ella diversas protestas de sumisión á la Santa Sede; pero el autor no podía ignorar que enseñaba errores ya condenados.

Publicado en Lovaina durante el año 1640, el *Augustinus* fué condenado en 1642 por el Papa Urbano VIII, censurado por la Sorbona y de nuevo condenado, en 1653, por Inocencio X, cuya decisión había solicitado el clero francés. Se extrajeron cinco proposiciones que contenían al veneno de la herejía, y fueron censuradas.

1.° «Algunos mandamientos de Dios son imposibles á los hombres justos, que quieren cumplirlos, y hacen por ello todo lo que está en su poder, atendidas las fuerzas presentes; les falta la gracia, que les haría posible su cumplimiento.» Temeraria, impia, blasfema, herética, ya condenada por el Concilio de Trento.

2.° «En el estado de la naturaleza caída, no se resiste nunca á la gracia interior: Herético, contrario á muchos textos del Nuevo Testamento.

3.° «En el estado de la naturaleza caída, no se necesita para merecer ó desmerecer una libertad exenta de necesidad; basta una libertad exenta de coacción ó violencia: Herética. El Concilio de Trento ha declarado que la gracia, aun la eficaz, no supone necesidad alguna al libre albedrío.

4.° «Los semi-pelagianos admiten la necesidad de una gracia preveniente para todas las buenas obras, y eran herejes por cuanto creían que la gracia es de tal naturaleza, que la voluntad humana puede admitirla ó resistirla: Falsa y herética.

5.° «Es un error semi-pelagiano decir que Jesucristo ha muerto y ha derramado su sangre por todos los hombres: Falsa, temeraria, escandalosa, y entendida en el sentido que Jesucristo ha muerto solo por los predestinados, impia, blasfema, injuriosa, derogadora de la bondad divina, herética.

Esta condenación fué mal recibida por los que habían tomado el partido de Jansenio. Arnaud y muchos otros doctores sostuvieron que las proposiciones censuradas no estaban en el *Augustinus*; que no estaban condenadas en el sentido de Jansenio, sino en un sentido falso; que sobre este punto el Soberano Pontífice había podido engañarse; de aquí la famosa distinción de *derechay de hecho*. Esta distinción hizo fortuna entre los hombres instruidos.

Alexandro VII la reprochó en 1665, y proscribió un formulario en que se declaraba la condenación de las cinco proposiciones de Jansenio, en el sentido del autor y de la Santa Sede.

No faltaron rotracarios alentados por los obispos de Aleth, de Amiens y Angers: Pavillon, Choart de Finzain, Cantal y Arnaud. Después se recurrió á la superchería del *silencio respetuoso*, que consistía en pensar inferiormente que la Iglesia y el Papa podían engañarse, atribuyendo un sentido herético á las proposiciones de Jansenio, mientras que con juramento se declaraba condonar esas proposiciones, en el sentido intentado por el autor y reprobado por el Papa. Clemente XI, por su Bula *Vineam Domini Sabaoth* (15 de Julio de 1703), condenó el *silencio respetuoso*; y entonces se volvió al doble sentido, esto es, á la *evacuación del derecho y del hecho*.

En este estado de cosas fué cuando el oratoriano Quessel publicó sus *Reflexiones morales sobre el Nuevo Testamento*, obra de la cual sobre los errores de Jansenio, Clemente XI respondió á esta publicación con la Bula *Unigenitus* (Setiembre de 1713), en la cual condena, *in globo*, cien proposiciones sacadas de las *Reflexiones*. No señalarémos sino las que tienen relación con las materias tratadas en las Conferencias vigésima-tercera y vigésima-cuarta.

Queuel enseña que la operación de la gracia es la operación misma de la voluntad omnipotente de Dios, á la cual nadie puede resistir; de donde deduce que, cuando Dios quiere salvar á uno, se salva necesariamente; por consiguiente, cuando no se salva alguno es porque Dios no quiere salvarle; cuando un hombre peca, es porque le falta totalmente la gracia.

Jansenio había dicho que algunos Mandamientos de Dios son imposibles aun á los justos, por falta de gracia. Queuel va más lejos: pretende que á los infelices les está negada toda gracia; que la fe es la primera gracia, y que el que carece de ella no recibe ninguna otra; que á los infelices les está negada la gracia, y que están en la imposibilidad de cumplir los Mandamientos que Dios les impone; que se niega á los pecadores la gracia; que quien no esté en estado de gracia, es incapaz de hacer ninguna obra buena, ni orar siquiera; que no puede obrar más que el mal; que será condenado, aun por el mal que no puede evitar sin los auxilios de la gracia.

«La Bula *Unigenitus*, dice Bergier, excitó grandes tumultos en Francia, donde los espíritus estaban en fermentación, y donde el error había hecho grandes progresos. Hubo obispos, corporaciones eclesiásticas, escuelas de teología que apelaron de la decisión del Papa al Concilio futuro, cuya convocación estaban bien persuadidos que no se realizaría. No omitieron medio alguno para justificar la doctrina condenada, empleando hasta falsos milagros para canonizarla.»

Nada dejaron por decir á hacer los *quesnelistas* para hacer recedir la Bula *Unigenitus*; pero, finalmente, esta salió triunfante. Hoy la herejía de Jansenio no tiene otra representación, que la pequeña y miserable Iglesia de Holanda, comprometida recientemente con los viejos católicos de Alemania, por la consagración del apóstata Reikens.

Los jansenistas han ensayado, aunque en vano, confundir sus errores con lo que ellos llamaban el antiguo y verdadero tomismo. Pascal, en su segunda *Provinciada*, ha empleado todo su talento en esta tarea imposible. Sería oírlos que Jansenio, hablando en una de sus cartas (Epist. XVI) de las escuelas molinista y tomista, afirmaba que la una y la otra estaban á cien leguas de la verdad... que decía: «mis agrada Agustín, y me causa fastidio Tomás. *Augustinum degusto, fastidium Thomae.*»

Hay, en efecto, entre la doctrina jansenista y la doctrina tomista tanta diferencia, como de las tinieblas á la luz. Jansenio niega en Dios la voluntad antecedente, sincera y activa de salvar á todos los hombres; los verdaderos tomistas la admiten. Jansenio pone la causa de la necesidad de la gracia en la enfermedad de la naturaleza caída; los tomistas la hacen derivar de la dignidad de la causa primera, de la subordinación de las causas segundas, y de su impotencia natural para las obras sobrenaturales. Jansenio pretende que la voluntad, sometida al imperio de la gracia eficaz, no tiene poder verdadero y propio de obrar otra cosa, que la que obra; los tomistas afirman lo contrario. Jansenio enseña que sola la gracia eficaz da una verdadera y completa potencia para obrar; los tomistas atribuyen esta potencia á la gracia suficiente, y dicen que lo propio de la gracia eficaz es aplicar esa potencia al acto. Jansenio hace consistir la libertad en la exención de toda violencia; los tomistas la hacen consistir en la exención de toda necesidad. Jansenio no reconoce en el hombre caído la potencia de inclinarse bajo el imperio de la gracia ó de la pasión que le necesita; los tomistas rechazan con horror esta alternativa, tan contraria á la libertad, y reconocen en él la potencia activa de resistir á la pasión, y aun á la gracia eficaz, por más que en el hecho no resistía. Siروسا, en la doctrina de Jansenio, que Dios priva de lo necesario á los que rebusa el impulso victorioso de la gracia; los tomistas con su concepto, el Doctor Angelico, enseñan que en la obra de la salvación, la divina Providencia no falta á nadie en los medios suficientes. El jansenismo ataja en cierta manera la voluntad de Dios de las otras perfecciones; los tomistas hacen obrar de concierto las perfecciones divinas, en la acción sobrenatural que determina nuestros actos.

El Padre Estéban Dechamps, en su *Historia del jansenismo* (Caput. III, cap. II), reprobando á los que confundían los tomistas con los partidarios de Jansenio, dice enérgicamente: «Es el colmo de la mentira. Esta confusión es para llenar de indignación á los que conocen á fondo las dos afirmaciones. *Ad istud falsitatem omnem superat, et ob iis cum stomacho ridetur, quibus utraque opinio nota est, atque perperata.*»

Por lo demás, Jansenio había tenido cuidado en su segun-

do libro *De gratia Christi* (cap. II) da establecer siete diferencias entre la doctrina tomista y la suya, la que pretendia sacar de San Agustin. Decia de los tomistas: «son mas aristotelicos, que agustinianos.» Para concluir diremos que el jansenismo ha sido condenado por la Iglesia, que ha tratado siempre con grande honor al tomismo.

Al presente estamos bien lejos del jansenismo. El racionalismo, ensalzando las fuerzas de la naturaleza, nos ha hecho olvidar casi la gracia de Dios, y no es raro encontrar cristianos, sus instruidos, que son pelagianos sin saberlo.

(Cf. Gondin, *De gratia*, part. II, q. I.—Billuart, *Tract. de Deo*, dissert. VII, art. 6, §. 5; *Tract. De Gratia*, dissert. I, II, §. 1 et 2.—Natal Alexander, *Historia ecclesiastica*, sac. V, cap. III, art. 2, et seq., a 11, sec. IX, dissert. V, sac. XIV, cap. II, sac. XV, cap. II, a 1. 10, 12, 14.—Robrbacher, *Historia ecclesiast.*, libros XXXVIII, LXXXI, LXXXIV, LXXXV, LXXXVI, LXXXVII.—Bergier, *Diction. Theol.*, articulo: *Pelagianismo, Semi-pelagianismo, Predestinacion, Predestinacionismo, Gotescae, Wiclef, Husitas, Lutero, Calvinismo, Bayanismo, Jansenismo, Unigenitus.*)

ÍNDICE ANALÍTICO

DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTE CUARTO TOMO.

CONFERENCIA XIX.

EL GOBIERNO DIVINO.

Pag.

Estudiada la obra del Criador, resta considerar su gobierno.—La obra no puede ser abandonada á sí misma, como han pretendido ciertos filósofos.—Dios creador es provisor.—En esta primera conferencia se contienen las consideraciones generales siguientes: 1.º ¿Cómo se justifica racionalmente la enseñanza católica, tocante á la existencia del gobierno divino?—2.º ¿Cuál es la constitucion de este gobierno?—1. El mundo necesita de un acto conservador, como continuacion necesaria del acto creador.—El acto conservador es el primer efecto del gobierno divino.—¿Qué es gobernar?—Necesidad del gobierno divino metafisicamente probada.—No se necesita apelar á las profundidades metafisicas, para establecer la verdad del gobierno divino.—El mundo nos ensena mediante: 1.º imágenes, 2.º hechos, 3.º un solemne reconocimiento, que un acto de una inteligencia infalible y de una voluntad soberana preside á sus destinos, es el gobierno divino.—Desarrollo.—Conclusion contra el ateismo incompleto, que admite la

do libro *De gratia Christi* (cap. II) da establecer siete diferencias entre la doctrina tomista y la suya, la que pretendia sacar de San Agustin. Decia de los tomistas: «son mas aristotelicos, que agustinianos.» Para concluir diremos que el jansenismo ha sido condenado por la Iglesia, que ha tratado siempre con grande honor al tomismo.

Al presente estamos bien lejos del jansenismo. El racionalismo, ensalzando las fuerzas de la naturaleza, nos ha hecho olvidar casi la gracia de Dios, y no es raro encontrar cristianos, sus instruidos, que son pelagianos sin saberlo.

(Cf. Gondin, *De gratia*, part. II, q. I.—Billuart, *Tract. de Deo*, dissert. VII, art. 6, §. 5; *Tract. De Gratia*, dissert. I, II, §. 1 et 2.—Natal Alexander, *Historia ecclesiastica*, sac. V, cap. III, art. 2, et seq., a 11, sec. IX, dissert. V, sac. XIV, cap. II, sac. XV, cap. II, a 1. 10, 12, 14.—Robrbacher, *Historia ecclesiast.*, libros XXXVIII, LXXXI, LXXXIV, LXXXV, LXXXVI, LXXXVII.—Bergier, *Diction. Theol.*, articulo: *Pelagianismo, Semi-pelagianismo, Predestinacion, Predestinacionismo, Gotescae, Wiclef, Husitas, Lutero, Calvinismo, Bayanismo, Jansenismo, Unigenitus.*)

ÍNDICE ANALÍTICO

DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTE CUARTO TOMO.

CONFERENCIA XIX.

EL GOBIERNO DIVINO.

Pag.

Estudiada la obra del Criador, resta considerar su gobierno.—La obra no puede ser abandonada á sí misma, como han pretendido ciertos filósofos.—Dios creador es provisor.—En esta primera conferencia se contienen las consideraciones generales siguientes: 1.º ¿Cómo se justifica racionalmente la enseñanza católica, tocante á la existencia del gobierno divino?—2.º ¿Cuál es la constitucion de este gobierno?—1. El mundo necesita de un acto conservador, como continuacion necesaria del acto creador.—El acto conservador es el primer efecto del gobierno divino.—¿Qué es gobernar?—Necesidad del gobierno divino metafisicamente probada.—No se necesita apelar á las profundidades metafisicas, para establecer la verdad del gobierno divino.—El mundo nos enseña mediante: 1.º imágenes, 2.º hechos, 3.º un solemne reconocimiento, que un acto de una inteligencia infalible y de una voluntad soberana preside á sus destinos, es el gobierno divino.—Desarrollo.—Conclusion contra el ateismo incompleto, que admite la

existencia de Dios, y niega su gobierno.—II. El gobierno de Dios consiste en un solo acto de su inteligencia y de su voluntad infinitas: su análisis para ponerlo a nuestro alcance. Este análisis se reduce á tres artículos que llamaremos la constitución del gobierno divino.—1.º El gobierno divino es una monarquía universal y absoluta.—Explicaciones.—2.º Las leyes del gobierno divino son inmutables.—Explicaciones.—3.º La acción del gobierno divino es estable y santa, en su fin y en sus medios.—Explicaciones.—Estas explicaciones tienen por objeto dilucidar el texto de cada artículo, y establecer sólidamente los principios que habrán de servirnos de base en los debates sucesivos.—Conclusión..... 5

CONFERENCIA XX.

LA SOBERANÍA DEL GOBIERNO DIVINO Y LA LIBERTAD.

La diferencia que existe entre el hombre y los demás seres respecto de la soberanía de Dios es harto importante, para que dejemos de considerarla más en particular.—Dos cuestiones: 1.º El hombre posee realmente una facultad, en virtud de la cual es dueño de sus acciones? 2.º Si la suprema autoridad de Dios no está obligada á doblegarse á esta facultad, cómo se adapta á ella?—I. Demostración prometida de la libertad.—Dos razones de esta demostración.—Definición del libre albedrío.—Su existencia.—Pruebas: 1.º La Escritura.—2.º El estudio de nuestras facultades.—3.º La experiencia; la conciencia de nuestra responsabilidad.—4.º La universalidad de la tercera prueba.—5.º Las consecuencias de la negación del libre albedrío.—Primera consecuencia: El género humano es inexplicable en su vida práctica.—Segunda consecuencia: Es ridículo en la gloria.—Tercera consecuencia: Es odioso en la justicia.—Los materialistas aceptan estas consecuencias; ¿qué sociedad nos preparan?—II. Poseemos el dominio de nuestras acciones, sin dejar

por eso de ser dependientes del dominio universal y absoluto de Dios sobre las criaturas.—El primer signo de la soberanía de Dios es su ley: infusa, hablada, escrita, sancionada por la justicia.—Esta ley explica la universalidad de la soberanía divina.—Pero esta soberanía es absoluta. Y en este concepto, debe ejercerse de una manera más directa y más inmediata, sobre nuestro libre albedrío y sobre cada una de sus acciones.—Pruebas de esta afirmación sacadas de la ciencia y de la suprema causalidad de Dios.—Tres explicaciones de la acción directa de la soberanía divina.—1.º El concurso general é indeterminado de Dios.—2.º La preparación de los medios y el influjo moral de la persuasión.—3.º La acción de los tomistas.—Objeciones contra esta acción refutadas por Santo Tomás.—Lo que debemos creer..... 31

CONFERENCIA XXI.

LA INMUTABILIDAD DE LAS LEYES DEL GOBIERNO DIVINO Y LA ORACIÓN.

El hombre coopera al gobierno divino mediante la oración.—Definición católica de la oración: Elevación de nuestra alma á Dios para rendirle nuestra adoración, y pedirle las cosas que necesitamos.—Algunos filósofos suprimen la peticion.—Vamos á ponerlos: 1.º de acuerdo con ellos. 2.º A tratar de ponerlos de acuerdo con nosotros.—I. Necesidad de la adoración y de la acción de gracias.—Pruébese esta necesidad.—El hombre obligado á adorar y dar gracias personalmente por razón de su naturaleza.—Obligado por el mundo entero en razón de su dignidad.—Es rey y sacerdote de la creación.—Su oración, aun cuando se limita á adorar y dar gracias, desempeña un papel importante en el gobierno divino.—La existencia de la naturaleza entera pende, en alguna medida, de este acto.—Ningun filósofo sensato puede negar estas verdades.—II. Aun sin con-

siderarla como súplica, la oración está dotada de una eficacia intrínseca e inmediata, que es preciso no olvidar.—Los amigos de la religión natural no niegan esta eficacia; sino la legitimidad y la eficacia de la súplica ó demandada.—Se prueba contra ellos que la súplica del hombre á Dios es una necesidad y una obligación.—Objecciones sacadas de la dignidad humana.—Refutación.—El derecho de petición lejos de humillarnos, nos convierte en cooperadores de Dios.—Conclusión. *Petitione, et accipietis*.....

CONFERENCIA XXII.

LA INFALIBILIDAD, LA SANTIDAD DEL GOBIERNO DIVINO Y EL MAL.

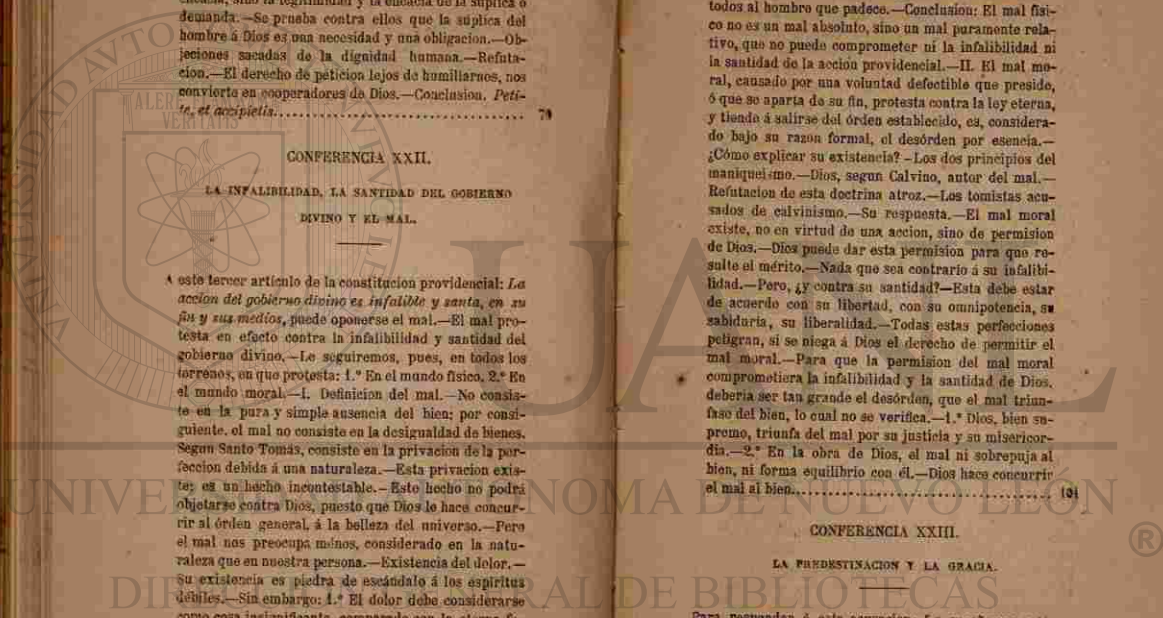
4 Este tercer artículo de la constitución providencial: *La acción del gobierno divino es infalible y santa, en su fin y sus medios, puede oponerse el mal.*—El mal protesta en efecto contra la infalibilidad y santidad del gobierno divino.—Le seguiremos, pues, en todos los terrenos, en que protesta: 1.º En el mundo físico. 2.º En el mundo moral.—1. Definición del mal.—No consiste en la pura y simple ausencia del bien; por consiguiente, el mal no consiste en la desigualdad de bienes. Según Santo Tomás, consiste en la privación de la perfección debida á una naturaleza.—Esta privación existe; es un hecho incontestable.—Este hecho no podrá objetarse contra Dios, puesto que Dios le hace concurrir al órden general, á la belleza del universo.—Pero el mal nos preocupa ménos, considerado en la naturaleza que en nuestra persona.—Existencia del dolor.—Su existencia es piedra de escándalo á los espíritus débiles.—Sin embargo: 1.º El dolor debe considerarse como cosa insignificante, comparado con la eterna felicidad que se nos promete.—2.º Dios lo debe á su justicia.—3.º Nos muestra el término á que debemos aspirar.—4.º Afirma nuestros pasos en el camino que

nos conduce á él, perfeccionando nuestras virtudes.—5.º Nos engrandeció mediante el triunfo de nuestra parte superior, y haciendo digno de la admiración de todos al hombre que padece.—Conclusión: El mal físico no es un mal absoluto, sino un mal puramente relativo, que no pueda comprometer ni la infalibilidad ni la santidad de la acción providencial.—II. El mal moral, causado por una voluntad defectible que preside, ó que se aparta de su fin, protesta contra la ley eterna, y tiende á salirse del órden establecido, es, considerado bajo su razón formal, el desórden por esencia.—¿Cómo explicar su existencia?—Los dos principios del maniqueísmo.—Dios, según Calvino, autor del mal.—Refutación de esta doctrina atroz.—Los tomistas acusados de calvinismo.—Su respuesta.—El mal moral existe, no en virtud de una acción, sino de permiso de Dios.—Dios puede dar esta permisón para que resulte el mérito.—Nada que sea contrario á su infalibilidad.—Pero, ¿y contra su santidad?—Esta debe estar de acuerdo con su libertad, con su omnipotencia, su sabiduría, su liberalidad.—Todas estas perfecciones peigran, si se niega á Dios el derecho de permitir el mal moral.—Para que la permisón del mal moral comprometiera la infalibilidad y la santidad de Dios, debería ser tan grande el desórden, que el mal triunfara del bien, lo cual no se verifica.—1.º Dios, bien supremo, triunfa del mal por su justicia y su misericordia.—2.º En la obra de Dios, el mal ni sobrepaja al bien, ni forma equilibrio con él.—Dios hace concurrir el mal al bien.....

CONFERENCIA XXIII.

LA PREDESTINACION Y LA GRACIA.

Para responder á esta acusación: *La enseñanza católica destruye, con los dogmas de la predestinación y de la gracia, las explicaciones racionales que se pueden dar del gobierno divino, se trata en esta conferen-*



cia de estos dos misterios, no para explicarlos, sino para mostrar cómo la fé debe aceptarlos. 1.º ¿Qué es la predestinación, á la cual va unida la gracia, como medio de ejecución, y qué esfuerzos ha hecho el espíritu humano para aclarar este misterio? 2.º Dejados aparte los sistemas, ¿qué es lo que se debe creer y por qué se debe creer, aun cuando no se comprenda? I. El dogma de la predestinación se deriva del dogma de la Providencia.—Fin y medio del orden sobrenatural.—Definición de la predestinación.—Explicaciones del misterio.—1.º Según los tomistas. Principios de metafísica sobre la ciencia y suprema causalidad de Dios.—Dios ve en su decreto.—Objecciones contra este decreto refutadas.—Aplicación de los principios á la predestinación.—La predestinación enteramente gratuita, fin y medios.—¿Qué es la gracia eficaz?—Conclusión: En la obra de nuestra salvación, todo depende de la libre bondad de Dios.—2.º Según los molinistas, modificados por el congruismo.—Ciencia media.—¿Cómo ve Dios los futuros libres?—Cómo esta ciencia regula sus decretos?—Aplicación de estas nociones á la predestinación.—Predestinación á la gloria, dependiente de los méritos.—Predestinación á la gracia, enteramente gratuita.—¿Cómo obra la gracia?—¿Cómo es eficaz ó simplemente suficiente?—Conclusión: Dios es ménos dueño, pero más padre en este sistema.—Paralelo de los dos sistemas.—Son opiniones libres.—Razon por qué se han expuesto.—II. Lo que se debe creer.—Proposiciones de fé.—El *credo* de la predestinación deja subsistentes las dificultades.—Estas dificultades se concretan en este problema: Explicar las relaciones verdaderas de la soberanía de Dios con la libertad.—Los dos términos de este problema imperfectamente conocidos, por cuya razón es imposible su resolución.—Tenemos, sin embargo, verdades ciertas. Estas bastan para que desentimemos enteramente las dificultades, por serías que ellas parecen.—Refutación de una objeción comun.—Se apela á la conciencia del auditorio.—Conclusión: Estudiar en sí mismo la predestinación y la gracia..... 147

CONFERENCIA XXIV.

LA ACCION DE LA GRACIA.

Conseguimos la gloria mediante la gracia.—Dos suertes de gracias.—La primera, don permanente, queda ya explicada.—La segunda, acción transeunte ó gracia actual, se explica en esta conferencia, por las proposiciones siguientes: 1.º La naturaleza, prevenida, fortalecida y ayudada por la gracia, se prepara á ser santificada por la gracia. 2.º La naturaleza santificada se perfecciona bajo el influjo de la gracia, hasta que llegue á ser confirmada en el bien por la última gracia.—Más breve: Acción de la gracia antes de la justificación; acción de la gracia despues de la justificación.—I. 1.º La gracia previene á la naturaleza.—El hombre no puede merecerla ni prepararse para ella de una manera positiva.—¿Cómo puede prepararse para ella de una manera negativa?—Axioma de la escolástica: *Faciunt, quod est in se, Deus non denegat gratiam*. ¿Cómo debe entenderse?—Su aplicación á los infieles.—2.º La naturaleza está enferma.—¿Cómo la cura la gracia?—La gracia es la que hace al hombre honesto.—3.º La honestidad no es todo el hombre.—El hombre necesita de la gracia para recibir la fé.—Para recuperarla.—Para arropertirse, como conviene, de sus faltas.—Conclusión: La naturaleza, prevenida, fortalecida y ayudada de la gracia, obra de una manera indivisible con ella.—II. Dios emplea más ó ménos tiempo en prepararnos, pero la obra de la justificación se realiza en un instante.—¿Cuán maravillosa sea esta obra?—No excluye toda operación ulterior y puramente transitoria de la gracia.—El justo obedece á su ley: *Qui justus est, justificatur adhuc*, etc.—El movimiento de la naturaleza, perfeccionado por la gracia, se distribuya en tres periodos maravillosos de perfección.—1.º Periodo de purificación.—2.º Periodo

de iluminación.—3.º Período de unión.—La gracia es, pues, la que produce los santos.—Influencia de los santos en la sociedad.—Debemos imitarlos y no descuidar nuestra salvación.—Gracia de perseverancia.—Los santos no han podido merecerla, pero han hecho todo lo que estaba de su parte para no desmerecerla.—¡Cuánto dista nuestra conducta de la de ellos!—Conclusión. No esperar a la última hora para santificarnos.—Invocación..... 187

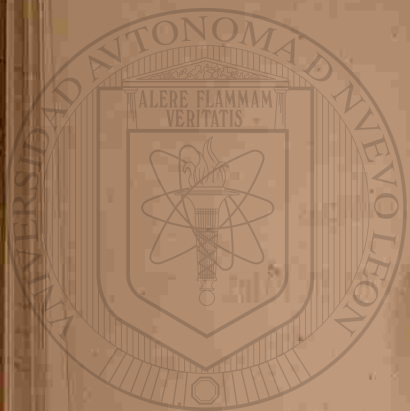
NOTAS.

Índice de los principales errores contrarios á los dogmas expuestos en este tomo..... 247

PRIN. DE LA. FROBENI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONFERENCIAS

DE

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

MODERNA

ATENEAS RELIGIOSA

505 E. L. VALLEJO S. C. S. C.

5400 AV. C. DEL VALLEJO S. C.

APARTADO POSTAL No. 444

MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONFERENCIAS DE NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

EXPOSICION

DEL

DOGMA CATÓLICO.

PREPARACION DE LA ENCARNACION

POR

EL M. R. P. SANTIAGO MARÍA LUIS MONSABRE,

MAESTRO EN SACRADA TEOLOGÍA

DEL ÓRDEN DE PREDICADORES

TRADUCIDAS POR EL R. P. FR. PAULINO ALVAREZ,

DEL MISMO ÓRDEN.

CUARESMA DE 1877.

CON LAS DIGNAS LICENCIAS.

MADRID:

IMPRESION DE LA PROPAGANDA CATÓLICA,
calle de Souvénier, 2.

1896.



CONFERENCIA XXV.

EL PLAN DE LA ENCARNACION.

Oreó su Jernm Christus.

Exmo. Señoa, Monseñoa (1), Señores:

Explicando el primer artículo del símbolo en los cuatro años pasados, hemos desarrollado todo un plan de verdades y de acciones divinas, que nos es preciso creer y que arrebatan nuestra admiración. Ante todas las cosas y por encima de toda existencia está Dios. Simplicidad perfecta y plenitud infinita, ser personal y viviente, unidad y trinidad, se contempla a sí mismo eternamente, se admira, se ama, se bendice, y no necesita sino de sí para ser feliz. Pero su bondad le impele a comunicar el bien que posee en toda su plenitud y hacer participantes de su felicidad a otros seres. Para esto se propone el traspasar todas las tendencias de toda naturaleza creada y creable: su misma esencia vista cara a cara y sin velo es lo que él determina dar a la criatura

(1) Su Eminencia el cardenal Gálber, arzobispo de París, Monseñor Ravinet, antiguo obispo de Troyes.

como objeto supremo de su eterna bienaventuranza. Conforme a este pensamiento crea el universo, conjunto armonioso de existencias, al cual imprime el sello de su perfeccion; escala maravillosa de ser y de vida, en medio de la cual se halla el hombre, cuya naturaleza mixta enlaza el mundo superior de las inteligencias con el mundo inferior de la materia; el hombre, imagen y semejanza de su criador, dotado como él de inteligencia, de amor y de libertad, más grandes que los espacios por el pensamiento, más fuerte que el tiempo por la indestructibilidad de su alma, y para colmo de honor, divinizado por la gracia. Dios, creador, es también gobernador del mundo que ha creado. Todo marcha bajo el impulso de su voluntad soberana. La misma libertad se somete sin menoscabo a sus miras y disposiciones; el mal, cediendo a las piadosas industrias de su sabiduría infinita, concurre finalmente al triunfo del bien, y la criatura racional, prevenida por la gracia, curada de sus miserias, perfeccionada por la lucha, por la práctica de las virtudes y por la unión de su alma con la suprema perfeccion, confirmada en el bien por una gracia final, toma posesion de la felicidad del cielo para la cual ha sido criada.

Hé ahí, señores, el resumen de las veinticuatro conferencias en que sucesivamente he tratado de la existencia del ser, de las perfecciones, de la vida, de la obra y del gobierno de Dios. Yo veo en ello un designio completo al cual podría Dios limitar nuestra creencia y su accion divina. Mas este designio no es otra cosa, en realidad, que una parte del plan grandioso concebido por la eterna sabiduría y ejecutado por la omnipotencia de nuestro Criador. Llegado há la hora de conocer este plan en su totalidad y de estudiar todas sus magnificencias. Hoy entramos en el misterio cris-

tiano por excelencia: preparados, señores, con nuevos actos de fé, que bien lejos de humillar nuestra razon, agrandarán la esfera de sus conocimientos y la trasportarán a un mundo desconocido de la naturaleza, en donde se sentirá inundada de nueva luz.

Doy principio a esta segunda parte de mi obra dogmática por la preparacion de la Encarnacion, exponiendo en el dia de hoy el plan de este grande é inefable misterio.

I.

Un arquitecto no forma el mismo plan para levantar una humilde cabaña, que para edificar un palacio, ni el mismo para un palacio que para un templo. El plan de una obra depende del fin que se propone el que la dirige: veamos cuál era el fin de Dios cuando se decidió a crear el mundo. ¿Quería Él satisfacer la inclinacion natural que le lleva a hacer bien y a manifestar su gloria por la belleza de la creacion? Esto no tiene duda; mas para ello bastaba ya la obra divina, segun la he descrito hasta aquí. Dios aún quería más. ¿Qué quería pues? Quería llevar al ultimo término la tendencia que siente de comunicar su suprema bondad: quería manifestar fuera de si sus infinitas perfecciones en todo su esplendor: quería levantar su obra al más alto grado de gloria y de belleza de que fuese capaz. Lo quería así, lo afirma la doctrina católica, y nos da una prueba de ese querer en el misterio que propone a nuestra fé; en la Encarnacion, union íntima de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la única persona de Jesucristo, Verbo de Dios, Hijo del Eterno Padre y hombre como nosotros.

Jamás conoceríamos nosotros el plan de Dios por más que penetráramos en el abismo

de su pensamiento y escudriñáramos sus designios, si estos designios y este pensamiento no nos hubieran sido revelados por el Apóstol San Juan en aquella sublime página de su evangelio que dice: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... todas las cosas fueron hechas por El; y nada se hizo sin El. Todo lo que fué hecho era vida en El... y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria, gloria del Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (1).

¡El Verbo se hizo carne! Este misterio, obrado en el tiempo, pero visto y decretado desde la eternidad, es el fundamento preordenado, la clave de bóveda, la pieza principal y maestra de la obra divina. Todo comienza en El, todo va á El, todo descansa en El, y todo El era necesario para cumplir las intenciones de nuestro gran Dios.

En efecto, señores, si el Verbo se hace carne, la acción comunicativa de Dios lejos de coartarse, colma sus deseos y llega hasta el último término de su natural movimiento. Dios no puede darse más: El derrama sus dones sobre la naturaleza, y en cada uno de estos dones podemos conocer un vestigio de su sér infinito: El comunica á nuestra alma la luz de la inteligencia, y en esta luz podemos adorar el sello de su cara adorable; El entra aún mas profunda é íntimamente en nosotros con su gracia, pero la gracia que nos hace vivir de su vida, no es sino una forma sobrenatural y creada: El quiere dársenos á sí mis-

(1) In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil. Quod factum est in ipso vita erat... Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti á Patre, plenum gratiæ et veritatis. (Joh., cap. 1.)

mo en la gloria del cielo, pero esto no puede ser sino como objeto inteligible de nuestra eterna contemplación. Nada de esto satisface la tendencia infinita que El siente de comunicarse: falta un don último que darnos, el don de sí mismo segun su sér propio, natural y personal, de suerte que se puede decir: un Dios es hombre, un hombre es Dios. Este don quiere El dárnoslo: su grande y generosa naturaleza se dejará llevar de este deseo, y seguirá todos los progresos de la efusión. A la materia inerte dará espíritu de vida, y la hará criatura racional. Esto está bien. A la criatura racional comunicará su gracia y la hará santa. Esto está muy bien. A la criatura santificada le hará ver su esencia y la volverá gloriosa. Esto está perfectamente bien. En fin, á la criatura racional, santa, bienaventurada, unirá hipostáticamente su Verbo y la hará Dios. Esto es lo sumo: las comunicaciones divinas quedan como agotadas.

En segundo lugar, si el Verbo se hace carne, las perfecciones divinas, impresas necesariamente en toda obra de Dios, se manifiestan con un esplendor infinito. Esto lo vemos en el número inexplicable de las cosas creadas, en la ley de progreso que regula la perfección ascendente de los seres, y en la ley de penetración en virtud de la cual se descubren en todos estos seres las tres siguientes palabras: Poder, sabiduría y amor; ¡pues cuanto mejor se echará esto de ver en la creación misteriosa que resulta de la unión íntima y personal de lo infinito y de lo finito!

Aunque en todos los instantes de que se compone el círculo interminable de los tiempos, multiplicase los números y acrecentase la perfección de los seres, Dios no produciría sino imágenes reducidas y lejanas de su sér y de su perfección. La criatura, por más exce-

lente que sea en su esencia, y sublime en su acción, y brillante en sus manifestaciones, siempre queda á una distancia infinita de lo increado. No hay número que pueda medir este abismo; no hay fórmula que pueda expresar esta insondable profundidad. Pero ¡oh maravilla de poder! el Verbo se hace carne, y el abismo desaparece, y los números se venacen, y lo finito, de repente, llamado por la fuerza de lo alto, franquea el espacio que lo separa de lo infinito, deja absorber ese *yo* que resiste á la acción mortífera del tiempo, á las transformaciones tan frecuentemente victoriosas de la materia, á las influencias dominadoras de otros *yo*, y va á buscar su subsistencia en lo infinito que le comunica su grandeza, su perfección, su propia vida. Crear millares de mundos no es más que un juego en comparación del acto prodigioso que así transporta lo creado en lo increado.

Este acto de poder es mandado y dirigido por la sabiduría eterna cuyas miras pasan en este misterio más allá de todos los designios que hemos admirado en el orden maravilloso del universo, y más allá de todos los que podríamos suponer, y de todos los que el mismo Dios podría concebir en la disposición de los mundos posibles que eternamente permanecerán ocultos en las profundidades de su esencia. Ya habéis visto, señores, al estudiar la armonía del mundo, la señal característica de la sabiduría: la atracción de la diversidad por la unidad. La muchedumbre de criaturas agrupadas por fuerzas centralizadoras; la progresión de los seres formando la escala gigantesca por donde llegan á la perfección; la inmensa variedad de existencias sometidas á leyes simples que regulan su composición y armonizan su movimiento; la violencia de los contrastes corregida por imitaciones; las na-

turalezas inferiores penetradas por las naturalezas superiores hasta el punto de ser resumidas en un viviente, el hombre cuya naturaleza mixta es el punto de reunión de los seres de la tierra, el centro armónico, el mundo abreviado donde vienen á tocarse los dos polos de la creación: la materia y el espíritu: todo esto está admirablemente expresado por el bello nombre *universo*, que vosotros daís á la obra de Dios: nombre con el cual alabáis la sabiduría eterna, proclamando la unidad que es el fruto de su acción, dirigiendo la acción de la omnipotencia. Sin embargo, por maravillosa que sea la unidad de los seres criados, nunca les da más que una perfección limitada. Lo finito permanece aún muy lejos de lo infinito, dualismo persistente que las evoluciones eternas de lo finito jamás resolverán en unidad. Mas he aquí que lo infinito obedeciendo á los designios de la sabiduría, se inclina sin menoscabarse á lo finito, y estos dos extremos que la naturaleza separa eternamente el uno del otro, no son ya más que un solo ser, un solo viviente, una sola persona. El Verbo se hace carne y la unidad de cuanto hay en el cielo y en los espacios se consume. Toda la variedad se absorbe en la simplicidad, todos los progresos se coronan por la suprema perfección, todas las penetraciones se terminan por la penetración divina; el criador y la criatura, lo finito y lo infinito sin perder ni confundir su naturaleza, no tienen más que una sola y misma subsistencia, en la persona del Verbo encarnado. «El Verbo imagen del Dios invisible, dice el Apóstol, es, pues, según los designios eternos, el primogénito de toda criatura, porque en su encarnación ve la sabiduría divina la unidad de todo. Por este título le pertenece ser el fundamento mismo del universo. En el cielo y en la tierra, las cosas visi-

bles y las invisibles, los principados y las potestades, todo está establecido en El. Todo fue criado por El y en El, todo se apoya, todo reposa en El, todo se mantiene en El, porque plugo á Dios darle toda su plenitud» (1). ¡Toda plenitud! La verdad de esto no deja que desear, si consideramos de qué manera se obra esta unidad. No es el ángel de quien Dios haya de tomar la naturaleza criada para unirse á ella. El ángel representa, es cierto, la más noble parte del universo, pero no es todo el universo. Todo el universo es la naturaleza humana, hija, por su alma, del mundo de los espíritus, reducción típica del mundo de la materia por su cuerpo, donde se dan un óculo todos los elementos, todas las composiciones, todos los movimientos, todas las evoluciones, todas las vidas. El Verbo, pues, se hace carne para mejor realizar este consejo de la sabiduría divina: Hacer todas las cosas una sola. *Qui fecit utraque animus* (2).

A este efecto, Dios se humilla, y por la humillación se nos da; manifestación suprema del amor. Darse á sí, no es el último desahogo del que mucho ama después que ha agotado todos los bienes? El amor va más allá de las necesidades y de los deseos; el amor abre sus tesoros y los derrama á manos llenas; el amor prodiga las palabras tiernas, los consejos, el valor, los consuelos, los sacrificios; el amor, desesperando hacerse, comprender, dice al amado: «Si, yo daré mi vida por ti. ¡Que

(1) Qui est magis Dei invisibilia, primogenitum omnia creatura: quoniam in ipso condita sunt universa, in coelis et in terra; visibilia et invisibilia, sive throni sive dominationes, sive principatus, sive potestates: omnia per ipsum et in ipso creata sunt. Et ipse est ante omnes, et omnia in ipso constant... Quia in ipso complacuit omnem plenitudinem inhabitare (Coloss. cap. I, 15, 16, 17, 19).

(2) (Ephes. cap. II, 14.)

quiere decir esto, señores, sino que el amor no se satisface sino con la entrega del más grande de los bienes? Pero la criatura, al darse á sí misma, no puede dar más que un bien de poco valor, si se compara con la inmensidad de nuestros deseos y con las larguezas de la divinidad. De su seno, abierto por el amor, Dios ha dejado llover todas las riquezas de la creación. Nosotros no vivimos sino de sus dones, y nosotros mismos somos el primer don de su bondad. A los tesoros de naturaleza él añade los tesoros de la gracia. Pero el supremo bien de su persona aún no lo ha dado. Hélo aquí. El Verbo se hace carne; el mundo ansioso abre sus brazos, lo estrecha y exclama: Mío es el bien soberano. ¡Emmanuel! Dios está conmigo.

Prestemos atención, señores, al eco misterioso de esta voz. Apartad por un momento vuestra vista de las manifestaciones del poder de la sabiduría y del amor divino, y volvedla al mundo en posesión del Hijo de Dios. ¡No lo veis hermoso y glorioso, con una hermosura y una gloria más grande de la que se puede pensar? Todas sus imperfecciones desaparecen ante la perfección del Verbo, y Dios contemplando su obra ve en ella con infinito gozo de su corazón, un igual á sí en todas las cosas. El ser de los seres, el eterno, el inmenso, el soberano perfecto pertenece á la tierra. Sus criaturas le dicen: Hermano mío. ¡Qué importa la pequeñez del móvil teatro donde se celebra el himeneo de la naturaleza divina y de la naturaleza humana! La tierra honrada por la penetración real, substancial, personal del infinito, absorbe de cierto modo la inmensidad, el hombre, la tierra y la humanidad toda entera es absorbida por la naturaleza que el Verbo encarnado asocia á su divinidad. Como todo el que lleva en sus venas la sangre de un rey, es de familia

real, todo el que lleve en sus venas la sangre de un Dios, es de familia divina. Como se acostumbra mirar al rostro de un hombre para conocer por su fisonomía y formas la nobleza de su linaje, la elevación de sus pensamientos y la grandeza de su alma, así Dios mira a la cabeza del mundo que él ha creado para juzgar de su valor. ¡Oh maravilla! El mundo tiene una fisonomía verdaderamente divina. La faz que presenta á lo infinito es el espejo vivo de su sustancia, el esplendor de su gloria, la imagen adecuada y sustancial de sus eternas perfecciones. Dios, reconociéndose en él, se inclina y le dice con una amorosa complacencia: «Tú eres mi hijo; yo te he engendrado en el hoy que ni tiene principio ni fin: *Filius meus es tu, ego hodie genui te* (1).

No es esto todo, señores. El mundo divinizado en su sustancia, por el misterio de la Encarnación, debe serlo necesariamente en toda su acción en virtud de este principio: La operación sigue al ser, *Operari sequitur esse*.

Hemos llamado divinas las obras de la gracia y lo son en efecto, no por emisión directa, sino por transformación. Una forma comunicada modifica la esencia de nuestra alma, sin que la naturaleza que la comunica pertenezca á nuestra persona. Dios obra en nosotros y hace el mérito sobrenatural de las obras que cumplimos bajo su acción. Esto es ya grande, y yo no temería decir que el hombre santificado viene á ser un ser divino que hace obras divinas, y que considerado desde la altura de este misterio, el mundo ennoblecido por la gracia en la persona del hombre, es en toda la extensión de la palabra una obra divina (2). Sin em-

(1) Sal II.

(2) Véase el artículo correspondiente: *La vida eterna en el hombre*.

bargo, aún hay algo más grande que esto, desde que el Verbo se hace carne. Un hombre Dios obra por su propia virtud actos infinitos, y estos actos corresponden á la creación de la cual es él representante en su calidad de primogénito. Esto es una contestación magnífica de lo que pasa en la esencia divina. Allí se oyen los conciertos de la Trinidad santa que en inexplicable armonía canta su propia gloria. Mas escuchad: este mismo cántico es contestado desde el seno de la creación con las mismas notas y con el mismo ritmo. Callad, astros soberbios, mar inmenso, montañas elevadas, valles profundos: cesad, cánticos de la naturaleza despertada por las caricias del día; cesad, voces poderosas de la humanidad; silencio, coros armoniosos de los ángeles: dejad hablar al Verbo encarnado. El conoce á Dios como Dios se conoce á sí mismo, él ama á Dios como Dios se ama á sí mismo, él, pues, bendice á Dios como Dios se bendice á sí mismo. La Religión del tiempo es igual á la religión de la eternidad.

Resumamos, señores, estas consideraciones. Al remontarnos al principio de los tiempos hemos pedido á Dios la revelación de su pensamiento en la creación del mundo, y hé aquí la respuesta que se nos ha dado. Dios quiere llevar hasta el fin la tendencia que por su suprema bondad tiene de comunicarse; quiere manifestar fuera de sí sus infinitas perfecciones en todo su esplendor; quiere dar á su obra el más alto grado de belleza y de gloria de que sea capaz. La Encarnación del Verbo, siendo sólo capaz de llenar este pensamiento, entra en el plan del universo como el fundamento preordenado, la clave de bóveda, la pieza principal y maestra de la obra divina.

Parece, pues, que Dios no se dejará esperar; y que el Verbo hecho carne va á aparecer en

el principio del mundo para coronar inmediatamente la obra de los seis días. La primera sangre de la humanidad será para él; y muy pronto los hombres, hermanos suyos, participantes de su inocencia y de su inmortalidad, irán agruparse en derredor de su radiante majestad. Más bello que todas las criaturas, hará palidecer los astros con el resplandor de su luz; el Océano ensanchará sus senos para festejar su presencia; las montañas y las colinas saltarán de gozo á su vista; los árboles de las selvas inclinarán su copa ante su noble frente; la naturaleza desplegará todas sus riquezas para alombrar sus caminos; las flores exhalarán sus perfumes; los vivos acudirán de todas partes para recibir sus curias; la humanidad en su arrebatamiento admirará sus encantos y le pedirá con voz tierna y sumisa la revelación suprema de su divina gloria; los ángeles descenderán á la tierra para llevar sus mensajes; todo será para el adoración, alabanza, acción de gracias; y él, rey magnífico, derramará á manos llenas sus beneficios y sus gracias; pontífice glorioso y risueño, primer cantor sublime de voz dulce y poderosa, presidirá la fiesta universal, dirigirá el coro inmenso de la creación, divinizará el cántico de la tierra y de los cielos, y hará que los homenajes de la criatura correspondan á la infinita majestad del Creador.

¡Qué hermosa! ¡Qué gloria!... Mas no es así, señores, como Dios piensa de la Encarnación de su Verbo; no es así como quiere él introducirlo en el plan de su obra; no es así como él decreta su aparición en el mundo.— ¡Qué hay pues? ¡Es que la Encarnación no tendrá lugar! Si, lo tendrá; esperemos un poco, aún no conocemos bien el plan de Dios en toda su austera é ingeniosa magnificencia. Es preciso estudiar más: escuchadme.

II.

La sabiduría divina no tiene esas miradas tímidas, inciertas, vagas y confusas de nuestros espíritus limitados. Ella conoce desde un principio cada pormenor de sus obras. Suponer que en virtud de un decreto cualquiera, toma sus precauciones contra una eventualidad que puede sobrevenir y sorprender su gobierno, ó bien que modifique sus designios para atemperarse á las contingencias, es rebajarla á nuestra condición y atribuirle nuestras miserias. Todo está previsto, cuando ella decide alguna cosa. Sus planes se forman á un golpe de vista y los instantes de razón que nosotros nos imaginamos para analizarlos, son meras ficciones de nuestra débil inteligencia. No obstante, como nosotros no tenemos su mirada, y que por lo tanto nos es imposible comprender la perfecta simplicidad de sus designios y de sus actos, tenemos necesidad de recurrir al análisis. Hasta ahora nos hemos valido de este procedimiento que nos ha dado totalmente cuenta del plan divino de la creación. ¿Qué le falta pues? Una circunstancia que lo decide todo, y que sin alterar la esencia del misterio ni su fin supremo que es la gloria de Dios, modifica singularmente su aspecto: esta circunstancia es el pecado.

Dios lo ve venir al mundo que él ha escogido para manifestar su más grande gloria, y por un juicio inescrutabile permite su invasión; pero al mismo tiempo quiere repararlo; al mismo tiempo decreta que el reparador sea su hijo unigénito revestido de una carne pasible y mortal. Así en esta calidad es como le hace entrar en su plan, y por la Encarnación res-

dentora han de ser cumplidos sus designios.

No creais, no, que su grandeza haya disminuido por la aparición del mal cuyo oprobio cae de rechazo sobre el Verbo hecho carne. Al contrario; sin mudar nada las sublimes intenciones que todos hemos admirado, el plan divino se agranda, abrazando, por decir así, todas las posibilidades: la manifestación de las perfecciones divinas resulta más gloriosa y más completa; y el Hijo de Dios, hecho hombre para ser más humillado, aparece con nueva hermosura.

Yo me engañé, señores, al deciros que sola la unión del Verbo con la naturaleza humana manifestaba en todo su brillo las perfecciones divinas. Las que yo he hecho notar en mis precedentes consideraciones, no han levantado todas su voz; algunas de ellas guardan silencio. En el plan de la Encarnación redentora, por el contrario, nada calla. Todo el ser divino canta á voz llena en el seno de la creación. Semejante al artista que quiere significar con una ruidosa y brillante entrada el regocijo y las emociones de una hermosa función, así Dios hace oír al mundo el concierto de sus perfecciones.

¿Acaso su poder no es más maravilloso, su sabiduría más profunda, su amor más ingenuo?

Maravilla es cortar por medio de la unión hipostática la distancia inmensa que separa lo infinito de lo finito, el creador de la criatura. Mas ya una vez preparada por la gracia, la criatura ha dado un paso inmenso que la acerca á su hacedor; viviendo de su vida, nada repugna la unión personal. ¿No es aún más maravilloso iría á buscar á los bordes de la nada donde ella ha huido por el pecado? No solamente el abismo franqueado es más profundo sino que Dios nos muestra lo que nosotros hu-

biéramos ignorado en otra condición, esto es, su fortaleza contra el mortal enemigo de su infinita Majestad. Para combatirlo, destruir su imperio y reparar bajo un plan más grandioso la ruina que ha causado, su omnipotencia toma en sí nuestras miserias triunfando de lo que parecía imposible. El eterno nace, el inmutable crece en edad, el impassible sufre, el inmortal muere; la muerte destruye la muerte y engendra la vida. «Ruegos que me digais, exclama San Hilario, si esta acumulación de tantas cosas contra la naturaleza en una misma persona, no nos revela toda la omnipotencia de Dios» (1).

Profunda es la sabiduría que sin confundir la naturaleza creada con la naturaleza increada obra la unidad de todas las cosas en una sola subsistencia. Más profunda aún en la encarnación reparadora, ella tiende á juntar dos cosas enemigas y á sacar de las mismas entrañas del mal la salvación y regeneración del mundo. ¡Cosa extraña! El Redentor que ella nos da, reine en su persona al ofensor y al ofendido; él es Dios como el Eterno Padre cuya cólera quiere aplacar. Cual cordero preparado para la inmolación, lleva sobre sí los pecados del mundo; y de tal manera está penetrado de ello, que el Apóstol exclama estupefacto: «El que no era sino inocencia, ha obrado como pecador.» *Erim qui non nocentium peccatum pro nobis peccatum fecit* (2). Vedlo sometido á la pena del pecado, á la humillación y á la muerte: el mismo pecado le sirve de instrumento de gloria y de salud. Con la humillación que es el abatimiento de toda grandeza, se en-

(1) Hilár. Pietav. De Trinitate. Lib. V, núm. 13.

(2) Cor. II, cap. V, 21.

grandece él y engrandece a la humanidad (1). Con la muerte, vergüenza de nuestra naturaleza tan ávida de inmortalidad, con la muerte que separa, con la muerte que destruye, con la muerte que aniquila para vivificar este gran cadáver del género humano de quien la vida divina ha huido, ¡con la muerte, por medio del más grande de los crímenes, absuelve de todo crimen! Cosas parecen estas enormes é incomprendibles, que el judío llama un escándalo y el gentil una necesidad: *Judeis quidem scandalum gentibus autem stultitiam*; pero que en realidad son consejos muy profundos que en apariencia de escándalo y de necedad, confunden la vana sabiduría y la vana fuerza de los hombres (2).

Magnífico es el amor que impulsa al soberano bien a darse en persona después de haber inundado el mundo de sus larguezas: pero el Cristo glorioso y dominador cuya aparición nos hemos imaginado al principio del mundo, retiene necesariamente ciertos bienes que el Cristo redentor sacrifica, como son: su gloria y su vida. Para este último no hay festejos en la naturaleza, nada de entusiasmo en la humanidad. Para El la pobreza en la cuna, la persecución y el destierro desde su infancia, la oscuridad, las privaciones, los sudores y las fatigas de la vida pública, la ingratitud, el desprecio, el odio, la traición de los hombres y todo coronado por un drama lúgubre y sangriento: la muerte en un patíbulo. Cuando quiere ser magnífico hasta el exceso, el amor olvida el juicio, el amor no raciona, el amor ignora medida, el amor vence las dificultades,

(1) *Humilissimas divinitatis procezio nostra.* (Sáo Leon, *Serm.* 51 vel. 56. *De Passione Domini*, I cap. 25)

(2) *Cor.* I, cap. I, 23.

el amor no conoce imposibles, el amor, no pudiendo alcanzar lo que desea, mata al amante: *amor necit amantem* (1). Este amor lo manifiesta en la Encarnación reparadora. El amor de su magnificencia lo lleva hasta el punto de prodigar sus bienes, no sólo a sus amigos, que ya sería cosa grande, sino a sus mismos enemigos. Esto es verdaderamente demasiado. *Magnum est magna dare amicis, et proximis; nimis inimicis* (2).

Si no me engaño, señores, la introducción del Verbo redentor en el plan de la encarnación nos hace ver más grandiosa la manifestación de las perfecciones divinas. Sin embargo, no es este todo el concierto que Dios nos quiere hacer oír. Dos perfecciones que apenas hubiéramos conocido en una creación immaculada presidida por el Verbo encarnado, vienen a reforzar el coro del poder, de la sabiduría y del amor. Ya sabéis que son la misericordia y la justicia.

Las magnificencias del amor divino os habrán hecho presentir esta encantadora perfección que Dios pone en ayuda de nuestra miseria. El la compadece, pero su inalterable naturaleza, dice Santo Tomás, no se presta más que al acto supremo de la misericordia que consiste en socorrer la miseria. *Repelleré miseriam maxime competit Deo*. El no puede entristecerse; por eso en El no hay más que lo que tiene de perfecto la misericordia. Si, compadecerse de la miseria, apropiarse la miseria, bajarse al que sufre y sufrir con él, hacer

(1) *Amor ignorat indicium, ratione caret, modum necit.* Amor non accipit de impossibilitate solutionem, non recipit de difficultate remedium. Amor nisi ad desideria pervaserit necit amantem. (Petrus Chrysologus, *Serm.* CXLVII, *De Incarnationis Sacramento*.)

(2) *Opuscul. de Eucharistia*, atribuido a Santo Tomás.

entrar la miseria de otro en su corazón, hacer su corazón miserable como el otro corazón para mostrarle cuánto le ama, esto es la misericordia. *Miserum cor, miseria cordis, misericordia* (1). Vosotros me direis que esto es una debilidad; qué me importa! Dios nos la ha dado, y hasta se ha revestido de ella. No pudiendo sufrir en su inmutable naturaleza, ha querido tomar la nuestra y ha querido hacerse semejante en todas las cosas a sus hermanos para llegar a ser misericordioso: *Unde debuit per omnia fratribus similari ut misericors fieret* (2). Hizo comprender a su corazón lleno de ternura que el medio de socorrernos mejor en nuestros males era sufrirlos. El mismo, dándonos ejemplo de paciencia. Todos nuestros dolores penetraron en su alma y en su carne con tanta fuerza que le hicieron llorar, gemir y padecer más que todos los hombres juntos, pudiendo así llamarse, rey de misericordiosos. El llora en su pesebre, llora en sus vigiliass silenciosas, llora sobre el sepulcro de un amigo, llora en la colina desde donde contempla figurada en Jerusalem la ingrata humanidad, llora en el jardín solitario donde tan horribles se le representan nuestras miserias que sufre agonias de muerte: verdaderamente El es hombre de dolores: *Virum Dolo-*

(1) Respondeo dicendum quod misericordia est deo maxime attribuida, tamem secundum effectum non secundum passionis affectum. Ad cuius evidentiam considerandum est quod misericors dicitur aliquis quasi habens miseriam eorum qua scilicet afficitur et materia alterius per tristitiam ac si esset eius propria miseria. Et ex hoc videtur quod operetur ad depellendam miseriam propriam, et hinc est misericordia effectiva. Tristari ergo de miseria alterius non competit deo sed repellere miseriam alterius, hoc maxime ei competit: ut per miseriam quemcumque defectum intelligamus. (Suares, Theol. I, p. 4, 28 art. 3.)

(2) Heb. cap. II, 27.

rum et scientem infirmitatem (1). «Oh Señor, exclama el venerable fray Luis de Granada, ¿quién te trajo del cielo a la tierra sino amor? ¿quién te bajó del seno del Padre al de la Madre sino amor? ¿quién te puso en el establo y reclinó en un pesebre, te echó por tierras extrañas sino amor? ¿quién te hizo traer á cuestras el yugo de nuestra mortalidad por espacio de tantos años sino amor? ¿quién te hizo sudar, y caminar, y velar, y trasnochar, y cercar la mar y la tierra buscando las ánimas sino amor? ¿quién a ti nuestro verdadero Sansón, ató, y trasquiló, y despojó de tu virtud y fortaleza, y te entregó en manos de tus enemigos para que te escarneciesen, y escupiesen, y burlasen, sino el amor de tu esposa la Iglesia y de cada una de nuestras ánimas? ¿quién finalmente te trajo hasta poner en un pato y estar allí todo de pies á cabeza tan maltratado, las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, las venas agotadas, los labios secos, la lengua amargada y todo finalmente despedazado? ¿quién pudo hacer tal estrago como éste sino el amor? ¡Oh amor grandel! ¡Oh amor gracioso! ¡Oh amor tal cual convenia á las entrañas y á la inmensidad de aquel que es infinitamente bueno y amoroso y todo misericordial» (2).

Si, Dios es todo misericordia; así nos lo enseña el Verbo redentor. Mas ¿por qué tanta muchedumbre de humillaciones y de sufrimientos? Por qué? Porque Dios quiere que en su obra la justicia hable en el mismo tono y con el mismo ritmo que las otras perfecciones. El ser divino debe manifestarse bajo todas formas. Vemos la justicia divina en la distri-

(1) Isaías, cap. LIII, 3.

(2) Meditaciones de la Pasión de Jesucristo. Medit. III, cap. III.

bucion de los bienes que convienen á cada naturaleza; pero nuestros débiles ojos apenas saben distinguirla del amor que da y de la sabiduría que ordena. Dónde más clara y distintamente se nos representa es en el mal moral, como ya os lo he dicho en otra ocasion, porque es propio de la justicia el castigarlo (1). Todas las penalidades de la vida, trabajos improbos, privaciones, enfermedades, dolencias, engaños, angustias, pesares, padecimientos de cuerpo y de alma, forman un lúgubre cortejo que rodea, oprime, hostiga y abrumba al pecador, al cual la justicia divina conduce hasta las puertas de los abismos eternos. Vosotros, señores, ya habeis visto pasar esa justicia rigurosa, y acaso en este momento estará amenazando vuestras cabezas; pero sólo contemplando en Jesucristo salvador, podreis conocer sus profundidades sagradas.

Siendo infinita en su ser la justicia de Dios, no puede quedar satisfecha sino cuando el castigo es igual á la ofensa. El equilibrio de estas dos cosas es su triunfo y su manifestacion más completa. Pero ¿dónde hallar en la creacion la materia de una pena que iguale al pecado? Porque sabido es que el pecado se aparta del soberano bien, lo niega, y cuanto es en sí, lo destruye; pues tiende á reducirlo á la impotencia y hacerlo desaparecer para reemplazarlo por un bien mezquino que el alma humana desca (2). La majestad de Dios

(1) *V. supra la Conferencia de La voluntad divina.*

(2) *Ultimus vel rebus istis (scilicet terrenis) esset contenta voluntas, nec in ipsum (horribile dictum) desecivisset autorem. Nunc autem ipsam quantum in ipsa est Deum per ipsam voluntatem propriam omnino enim vellet Deum peccata sua aut vindicare non potuit aut consentire. Vult ergo non esse Deum, quare quantum la seva est, vult eum aut impotentem aut insipientem, Cruclis plangit et membris excrucians malum, quae Dei potentiam, iustitiam, sapientiam perire desiderat. (Iban. Serm. III de resurrectione.)*

ultrajado, dice Santo Tomás, da al pecado una infinidad que no puede ser compensada ni satisfecha por ningún ser finito (1). Y en efecto, ¿qué bien podría sacrificar el pecador que fuera digno de compararse con el bien infinito que El ha despreciado? ¿Qué bien podrá hacer que Dios esté obligado á aceptar? ¿Qué bien que Dios no tenga derecho á quitárselo en castigo de su crimen, antes que él haya satisfecho? Y aun cuando un inocente, si hallar se puede, quisiera responder por los culpables, ¿qué bien poseerá él que no lo deba ya en homenaje á su Criador? No, ninguna criatura puede volver á Dios el honor que el pecado le quita. La inmensa hecatombe de la naturaleza entera no daría la medida de las exigencias de la majestad divina (2). Pero la sabiduría eterna ha hallado quien responda dignamente al ofendido por todos los culpables. El Verbo hecho carne y revestido de nuestra miseria va á presentarse á su padre y ofrecerle unos bienes que no podrá menos de aceptar, porque no pesa sobre ellos deuda alguna, y el Hombre Dios les da un valor infinito. He ahí tu víctima ¡oh justicia santa! Tú has querido una expiacion que fuese digna de la majestad cuyos derechos defiendes, y por esta exigencia has hecho en cierta manera necesaria la Encarnacion. Es verdad que una súplica, una palabra, un suspiro, una lagrima, una simple mirada del Dios hecho hombre bastaría cumplidamente para satisfacerte; pero con tan

(1) *Peccatum contra Deum committit quaedam infinitatem habet, ex infinitate diverge maiestatis, tanto enim offensa est insofar quanto insofar est ille in quem delinquitur. Unde oportet ad condignam satisfactionem et actus satisfactionis habere infinitatem infinitam ut pote et Dei se hominis existens. (Summa Theolog. III. p. 4. l. art. 2 ad 2. um.) Nota. La infinidad de que habla Santo Tomás no es en genere etisino sino la genero moris.*

(2) *S. Athanas. Orat. 1. contra Arianos.*

pequeñas señales nuestros entendimientos groseros no verían tus infinitas grandezas. Tú humillas, tú maldices, tú multiplicas los oprobios y los golpes, tú arrancas, tú despojas, tú aniquilas, tú destruyes, tú haces correr la sangre hasta la fuerte y muerte infame de cruz, para que iluminados por tus venganzas y sumidos en una piadosa consternación ante el drama del Calvario, confesemos tu inmensidad cantando con una voz conmovida: ¡Cuán grande es esta justicia que necesita una víctima tan noble, tanta vergüenza y tan crueles tormentos! Misterioso y adorable encuentro! Dios es el que se irrita contra el pecador, Dios es el que tiene compasión del pecador, Dios es el que se precipita contra el culpable, y Dios el que se pone en su lugar; es Dios el que hiere, es Dios el que castiga, es Dios el que merece el perdón (1). La justicia y la misericordia se encuentran, se dan la mano, y se abrazan sobre el corazón moribundo del Verbo Redentor (2). En este abrazo el poder, la sabiduría y el amor hacen oír un grito sublime. Es el último sonido de vuestro maravilloso concierto ¡oh perfecciones de mi Dios! Es el signo de suspensión donde reposa nuestra admiración oprimida por la plenitud de vuestras manifestaciones.

Ciertamente, señores, en el plan de la Encarnación reparadora Dios se muestra más grande que en ningún otro plan, y aun digo que su Verbo encarnado aparece aquí más bello.

El monarca pacífico cuya radiante majestad hubiera iluminado los primeros días del

(1) *Suscipit ipse peccatum ne perdatet peccatores, in se crucifixum suum, iudea renouit ut amaret se peccatores proderet magis solvendo debitum quam dimando.* (S. Patrus. Cirolog., Serm. XXIX.)

(2) *Misericordia et veritas obviaverunt sibi, iustitia et pax osculata sunt.* (Palm. LXXXIX.)

mundo, si el género humano no hubiese pecado, merece, es verdad, nuestra admiración; pero por bello que él se nos presente en la mística poesía de nuestros sueños, falta una doble corona a su frente: la corona del vencedor y del Salvador. Es bello para un rey hacer sentar consigo sobre el trono todas las virtudes; bello reinar como señor absoluto sobre un pueblo sumiso y que confía en la fuerza, sabiduría y bondad del que lo gobierna; bello, corresponder a los homenajes del pueblo con la magnificencia de los beneficios. Mas cuando llega el enemigo y da un grito de guerra; cuando sus batallones triunfantes han derrotado ya las tropas que guardaban las fronteras, cuando asientan su pie insolente en el suelo de la patria como si él le hubiese conquistado para siempre; volver a su encuentro y ponerse al frente de la batalla, romper sus legiones, dispersarlas, ponerlas en fuga a costa de mil heridas, salvar, en fin, un pueblo de la muerte y volver a él todo teñido en sangre, coronado con los laureles de la victoria, y más dueño que nunca de todos los corazones por el prestigio de su valor y abnegación, esta es la gloria más bella que un rey puede ambicionar.

Dios no quería privar de esta gloria a su querido Hijo al introducirlo en un mundo invadido por el mortal enemigo de su majestad: el pecado. Dichosa culpa, exclama la Iglesia, que mereció tener tal Redentor. *¡Oh felix culpa quae talem merit habere redemptorem!* (1). El Verbo hecho carne, desde el primer instante de su vida pasible y mortal, entra en lucha con el pecado. Batalla formidable en donde su gloria parece eclipsarse con su vida. Abatido, cubierto de sangre, martirizado, espira sobre

(1) *Sábado Santo. Bendición del cirio pascual.*

el cadáver del enemigo; pero bien pronto sale de la tumba y se vuelve a los suyos, para decirles: Tened confianza, yo he vencido al mundo: *Bonifidite, ego vici mundum* (1).

El profeta lo ha visto en su triunfo, «¡Quién es éste, exclama, que viene de Edom y de Bozra con las vestiduras teñidas en sangre! Este hermoso en su vestido, que camina en la muchedumbre de su fortaleza. Yo el Verbo que hablo justicia y que combato para salvar: ¿Porqué, pues, oh Verbo, es bermejo tu vestido, y tus ropas como las de los que pisan en un lagar? Yo sólo pise el lagar, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo, los pisé en mi furor, y los rehollé en mi ira, y se salpicaron con mi sangre mis vestidos, y manché todas mis ropas. El día de la venganza está en mi corazón, y el año de la redención ha venido» (2).

Gloria á ti ¡oh Verbo Redentor! Vos sois bello en vuestra gloria nativa y yo me enorgullezco de poder llamaros el Hijo de Dios, el esplendor del Padre, la imagen viva de su sustancia infinita, el primogénito de toda criatura, el heredero de todas las cosas, el dueño y señor del universo; pero cuando contemplo vuestra carne ensangrentada, cuando os veo venir triunfando del combate de la muerte, coronado de gloria y de honor por vuestra pasión y para mi salvación, yo os hallo aun

(1) Joann., cap. XVI, 33.

(2) *Quis est iste qui venit de Edom sicut vestitus, de Bozra iste formosus in stola sua, gradens in multitudinis fortitudinis roae. Ego qui loquor iustitiam et propagatoris sum ad salvandam. — Quare ergo rubrum est vestimentum tuum sicut calcantium in torculari. — Torcular calcavi solus et de gentibus non est vir mecum; calcavi eos in furore meo et concitavi eos in ira mea; et speravi est sanguinis eorum super vestimenta mea et omnia vestimenta mea inquinavi. — Dies enim ultimum in corde meo annus redemptionis meae venit. (Isaias, cap. LXIII, 1-4.)*

más bello y me enorgullezco cada vez más de poder llamaros, ¡Jesús, Jesús!, ¡oh mi Jesús!

Dios es más grande, el Verbo encarnado más bello en el plan de la Encarnación reparadora; pero tampoco vosotros, señores, habéis sido olvidados en este misterio, pues que por vosotros se obra y por vuestra salud: *Propter nos homines et propter nostram salutem*.

Llevando hasta el extremo de comunicarse, Dios cumple los deseos de nuestra naturaleza anhelosa desde su origen y atormentada del pensamiento de lo infinito. Ella lo busca en sus aspiraciones religiosas, en sus especulaciones filosóficas y en las felicidades engañosas que pretende alcanzar. Quisiera unirse á él en cuanto es dado á su miseria para descansar en su posesion de todas las fatigas. Sabedora de las tradiciones, exclama con el profeta y los patriarcas: Muéstranos, Señor, tu gloria (1). Enséñanos tu cara y seremos salvos (2). Derramad cielos vuestro rocío, y las nubes lluevan al justo (3). Infiel á la luz y engañada por sus pasiones, inventa sistemas monstruosos que confunden el cielo con la tierra, el Criador con la criatura, ó bien fabrica vanos simulacros ante los cuales satisface su natural deseo de ver lo que adora (4). El Verbo se ha hecho carne y se llama Emmanuel, Dios con nosotros. Ya podrás tí verlo, tocarlo, abrazarlo, y esperar gozosamente en su corazón el fin de los males y las supremas revelaciones de la eternidad.

(1) *Ostende mihi gloriam tuam. (Exod. cap. XXXIII, 17.)*

(2) *Ostende faciem tuam et salvus erimus. (Psalm. LXXXIX.)*

(3) *Rorate coram et tubas pluviam iustitiam (Isai. cap. LXXV, 6.)*

(4) *Ipsi gentiles ob hoc simulacra fingunt, ut in ipsis meritis cerneret quod colerant. IS. Petrus Chrysolog. Sermon. De Incarnationis Sacramento.)*

Dios quiere hacernos oír en la persona y en la vida del Verbo Redentor el gran concierto de sus perfecciones; pero por poco que estudiemos a fondo sus manifestaciones, hallaremos que no anuncian la gloria de Dios sino en cuanto se ponen á nuestro servicio. El Verbo encarnado viene á traer la luz de lo alto á nuestra razón; que hundida en tinieblas, sólo con pasos inciertos camina hacia la verdad. El habla, y nuestros sentidos al percibir su voz fijan su atención en la autoridad divina que es el fundamento inmutable de nuestra fe. Nosotros habíamos perdido de vista la eterna felicidad que nos fué prometida desde la cuna de nuestro linaje; y nuestros deseos se envilecían con los bienes mentidos; la humanidad del Salvador nos pone en contacto con el soberano bien, y Dios, al hacérsenos visible, nos da á gustar las cosas invisibles (1). Nuestros corazones tímidos apenas osaban pasar de la adoración temblorosa al amor de la divinidad; el Verbo encarnado viene á encender en nuestros corazones el fuego sagrado del amor. Al ver, pues, tanta bondad, ¿quién dejará de amarlo? Al ver en él tantos bienes, ¿quién podrá negarle el homenaje de un piadoso y tierno agradecimiento (2). Los sacrificios que impone la virtud espantan nuestra debilidad, el dolor abate nuestro ánimo, la muerte consterna nuestra naturaleza ansiosa de inmortalidad, y el espectáculo de nuestras defecciones que todos los días sentimos acaba por hundirnos en el desaliente. Pero ¡hé aquí el Hombre Dios que siendo el primero en los caminos del

(1) Ut dum visibiliter Deum cognovimus per hunc in invisibilium amorem rapiamus. (Praelatio Nativit. Domini.)

(2) Si totum me debet pro me facto, quid solum pro me refecto et refecto hoc modo. (S. Bern. de diligendo Deo, cap. V. edn. 15.)

deber y del sufrimiento, nos alienta con su ejemplo á seguir sus huellas ensangrentadas (1); su corazón abierto nos ofrece en nuestros males un refugio lleno de paz y dulzura (2); su muerte coronada de gloria nos invita al desprecio de los vanos terrores que la vista del sepulcro nos causa, yendo en pos de él, todo bien se hace posible, con todo trabajo es llevadero, toda la vida se prepara gustosamente al sacrificio. Nosotras habíamos perdido el recuerdo de la dignidad de nuestra naturaleza y la deshonrábamos con toda suerte de crímenes; pero la unión del Verbo y de la humanidad, los implacables rigores de la justicia divina, en la carne sagrada del Salvador, nos recuerdan á cada instante cuánto es lo que valemos, y nos hacen oír esta lección: *Reconoce, oh hombre, tu dignidad y hecho partícipe de la divina naturaleza, no vuelvas á tu vileza antigua con una conducta indigna*. En fin, nosotros gemíamos en la doble esclavitud del pecado y del infierno; mas por el abrazo de la justicia y de la misericordia, en su dolorosa muerte, el Redentor rompe nuestras cadenas, y nos vuelve á la santa libertad de los Hijos de Dios.

Hijos de Dios somos: hé aquí nuestro más noble blason. La belleza y la gloria que Dios quiso dar al mundo por la encarnación, vienen á brillar acumuladas sobre nuestras frentes. No al ángel sino al hombre llama el Eterno Padre: Hijo mío! Hermanos de un Dios, llegamos á ver realizados nuestros sueños de grandeza, y esos héroes de la divinidad que nuestra ima-

(1) Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci ita et vos faciatis. (Joan. cap. XIII. 15) Christus passus est pro vobis, vobis relinquens exemplum ut equamini vestigia eius. (1 Petri. cap. II. 21.)

(2) Venite ad me omnes qui laborati et onerati estis.

ginacion se esforzaba en figurar somos nosotros, pobres mortales. Al ver á Dios lleno de gloria el hombre queda satisfecho en sus deseos, confirmado en la verdad, llevado á su último término, excitado al amor, impulsado al bien, fortalecido en el dolor, defendido de la muerte, persuadido de su dignidad, salvado del cautiverio, y finalmente divinizado por el Verbo redentor.

He aquí, señores, en toda su inmensidad y majestad el plan real y actual de la encarnacion: no busqueis otra cosa. Vosotros podeis creer con los teólogos que la union de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, podia tener lugar bajo otro plan: podeis pensar con una escuela ilustre que, en virtud del decreto presente, el Verbo hubiera encarnado aunque el hombre no pecase; pero, en definitiva, si quereis salir de la hipótesis para entrar en la realidad, es preciso que os atengais al decreto eficaz, por el cual se nos ha dado el Verbo Redentor (1). Este es el Verbo que Dios ha visto y decretado darnos desde la eternidad: este el Verbo por medio del cual cumplió sus grandes designios, este es el Verbo en cuyo alrededor hace el gravitar su obra: este es el Verbo de quien hablan las verdades que estudiaremos en adelante: este es el Verbo á quien es preciso aplicar las que hemos estudiado hasta aquí. — La existencia de Dios nos la demuestra el con su presencia, la personalidad de Dios nos la presenta el obrado á nuestra vista; él nos manifiesta las perfecciones infinitas, él nos revela la vida divina, él es el proto-tipo, el autor, es el fundamento y el coronamiento de la creacion; él recibe las adoraciones y los servicios del mundo invisible; él da á la naturaleza humana

(1) Véase al fin del tomo la nota primera

la imagen de su humanidad santa; él ensalza la grandeza del hombre hasta lo divino, él lo conduce al fin sobrenatural, él es el ejemplar y la fuente de la gracia; él es el punto céntrico y el eje regulador del gobierno divino; él redime la libertad de la esclavitud de las pasiones y la dirige con su ley y la pone bajo la dulce y soberana influencia de su gracia; él hace igualar nuestra oracion á la majestad divina; él hace olvidar con su hermosura infinita el mal físico; él fecunda y transforma el dolor; él borra con sus méritos el mal moral y libra al mundo de su funesto imperio: en él comienza la predestinacion, en él se obra, él la merece y él la consume. El está sobre todo y en todo, y todo está en él. ¡Bendito sea el Dios bondadosísimo y santísimo que nos lo ha dado!

Concluyo, señores, y al concluir os suplico que excuseis la prolijidad de mi palabra en un tan grande asunto. Las inteligencias más privilegiadas aún podrian profundizar más en este misterio de la Encarnacion reparadora, y hallar en él, como afirma Santo Tomás, otras conveniencias inapercibidas (1). Pero mirad bien no transformeis estas conveniencias en otras tantas necesidades que encadenen la libertad de Dios. La union de la naturaleza divina es por excelencia el acto libre y gratuito de la infinita bondad. Ninguna obligacion tenía Dios de hacernos oír el gran concierto de sus perfecciones dándonosos él á sí mismo; y aún supuesta la caída del pecado, podia él remediaria con una simple palabra de perdon. Todo, pues, es fineza y piadosa condescendencia en sus planes (2), los cuales, por mucho que

(1) *Fit considerante mysterium incarnationis semper magis se amplius mirabilia congruunt et valentius sese offruunt.* (Summ. Contra Gens. cap. 34.)

(2) *Deus qui dives est in misericordia propter nimiam charitatem que dicitur cum essemus mortui peccato, convivificavit nos in Christo.* (Ephes., capitulo II, 3.)

se expliquen, siempre serán, como dice San Dionisio, la más nueva de las novedades (1).

En cuanto á aquellos de vosotros que se extrañan del plan de la creación y lo niegan porque hallan en él dificultades, yo les saldré al encuentro más tarde, por de pronto me contento con decirles aquellas palabras de Basilio de Seleucia: «donde Dios obra, lo imposible cesa,» y aquellas otras de un teólogo piadoso: Los que niegan la Encarnación, son á mi parecer ingratos más bien que incrédulos. Sienten más deber tanto á Dios que creer: los espanta, no la grandeza de la obra, sino la grandeza del beneficio (2).

(1) *Id quo habemus redemptionem per sanguinem eius ut notum fuerit nobis sacramentum voluntatis eius ascendit.*

(2) *Qui ergo incarnationi obiectant inquit quatuor in rebus, una quod deum uentura sunt, tantum debere Deum uisum quam credere largientur, differre illis, non tam opere, quam beneficia pondus et magnitudo. (Thomassin, de Incarnatione Verbi, Lib. I. cap. II, 74.)*

CONFERENCIA XXVI.

LA HUMANIDAD EN ADAN.

MONSEÑORES (1), SEÑORES:

Al concebir Dios el plan general de su obra, previó la invasión del pecado, y consiguientemente á esta prevision, decretó la encarnación de su hijo en una carne pasible y mortal, y ordenó este misterio á la redención del género humano. Muy lejos de perder por eso en majestad, se muestra aún más grande, su plan se extiende, y el Verbo encarnado se nos presenta en él más hermoso. Es bien sabido que la eficacia de la encarnación reparadora debe extenderse á toda culpa cometida por el hombre. Sólo nuestra malicia puede poner obstáculos á la misericordia é impedir su misterioso y saludable encuentro con la justicia. «La sangre de Jesucristo, dice San Juan, puede lavarnos de todo pecado» (2).—El Salvador se ofreció en expiación por nuestros pecados,

(1) *Mr. el confesor, y Mr. Dupanloup, obispo de Orleans.*

(2) *Sanguis Jesuchristi emundat nos ab omni peccato. (I. Joana, capitulo I, 7.)*

se expliquen, siempre serán, como dice San Dionisio, la más nueva de las novedades (1).

En cuanto á aquellos de vosotros que se extrañan del plan de la creación y lo niegan porque hallan en él dificultades, yo les saldré al encuentro más tarde, por de pronto me contento con decirles aquellas palabras de Basilio de Seleucia: «donde Dios obra, lo imposible cesa,» y aquellas otras de un teólogo piadoso: Los que niegan la Encarnación, son á mi parecer ingratos más bien que incrédulos. Sienten más deber tanto á Dios que creer: los espanta, no la grandeza de la obra, sino la grandeza del beneficio (2).

(1) *Id quo habemus redemptionem per sanguinem eius ut notum fuerit nobis sacramentum voluntatis eius ascendit.*

(2) *Qui ergo incarnationi obiectant inquit quia increduli, una quidem sententia sunt, tantum debere Deo gratia quam credere tergiversantur: deterret illos, non tam operis, quam beneficii pondus et magnitudo. (Thomassin, de Incarnatione Verbi, Lib. I. cap. II, 74.)*

CONFERENCIA XXVI.

LA HUMANIDAD EN ADAN.

MONSEÑORES (1), SEÑORES:

Al concebir Dios el plan general de su obra, previó la invasión del pecado, y consiguientemente á esta prevision, decretó la encarnación de su hijo en una carne pasible y mortal, y ordenó este misterio á la redención del género humano. Muy lejos de perder por eso en majestad, se muestra aún más grande, su plan se extiende, y el Verbo encarnado se nos presenta en él más hermoso. Es bien sabido que la eficacia de la encarnación reparadora debe extenderse á toda culpa cometida por el hombre. Sólo nuestra malicia puede poner obstáculos á la misericordia é impedir su misterioso y saludable encuentro con la justicia. «La sangre de Jesucristo, dice San Juan, puede lavarnos de todo pecado» (2).—El Salvador se ofreció en expiación por nuestros pecados,

(1) *Mr. el confesor, y Mr. Dupanloup, obispo de Orleans.*

(2) *Sanguis Jesuchristi emundat nos ab omni peccato. (I. Joana, capitulo I, 7.)*

y no por nuestros pecados personales únicamente, sino por los del mundo entero: *Ipe est propitiatio pro peccatis nostris; non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi* (1). No obstante, señores, hay un pecado al cual más directa é inmediatamente va dirigida la eficacia de la redención, según los designios de Dios; no porque sea más grave que los que en nuestra voluntad se cometen, sino porque, sin exceptuar á personas, inficiona toda la naturaleza, y es la raíz maldita de toda iniquidad: este es el pecado original (2). Conviene que lo examinemos antes de penetrar en las santas profundidades del misterio cuyo decreto ha ocasionado. La herejía ha alterado su noción y exagerado sus daños: el racionalismo se mofa al oírlo nombrar y lo mira con desden como uno de tantos cuentos pueriles que la superstición inventa para engañar á los ignorantes y ponerlos bajo el yugo de un vano terror. Es necesario, pues, definirlo y probar su existencia relacionada de tal manera con las demás verdades católicas, que sin él todo el dogma se destruye.

Pero si yo no me engaño, señores, no podemos proceder al estudio del pecado original sin haber antes contestado á estas dos cuestiones: ¿La humanidad no es más que una sola familia? ¿Cuál era en su origen el estado de esta familia?—Si el género humano, como los grandes ríos, se engrasa de diversos manantiales, si la constitución nativa del hombre ha sido siempre y bajo todos los puntos de vista lo que es hoy, claro está, que las ideas de caída, de trasmisión y de universalidad en la caída son completamente ininteligibles, y que el pe-

(1) *Ibid.*, cap. II.

(2) *Cl. Summ. Theolog.* III, part. quest. 1.^a art. 5.^o, *Utrum principalis Christi incarnatio facta fuerit ad tollendum peccatum originale quam actuale.*

cado original no es más que una palabra vacía de sentido. El hecho no puede darse sino á condición de que; primero, toda la humanidad esté contenida en Adán, su primero y único padre; segundo, que este padre haya poseído antes de pecar una perfección de la cual no ha quedado más que el recuerdo. Hé aquí mis dos proposiciones. Pasemos á las pruebas.

I.

Que la humanidad no tenga más que un solo origen; que ella sea una por la naturaleza y la sangre, es una de las primeras verdades que nos enseñan las escrituras santas. Nada más sencillo y más grandioso al mismo tiempo, nada más precioso y más lleno de misterios que la narración bíblica al contarnos el origen de nuestros primeros padres. Dios, habiendo creado el mundo con sus gradaciones admirables, parece recoger su pensamiento y sus fuerzas para el coronamiento de su obra.—«Hagamos al hombre, dice él, á nuestra imagen y semejanza: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*» (1). Formado de barro y animado de espíritu de vida, el hombre aparece. Más bello que todas las criaturas por las formas nobles y armoniosas de su cuerpo, gira en torno suyo su vista dominadora, y con su pensamiento toma posesión del universo. Cuando todas las cosas pululan y se multiplican á sus pies, ¿quedará él, solo y estéril, en lo más alto de la creación?—No, señores; Dios le mira y le dice que no es bueno que el hombre esté solo, que necesita de una ayuda que le sea semejante: *Non est bonum hominem esse solum, faciamus ei adiutorium simile sibi* (2). ¿Para

(1) Génesis, cap. I, 26.

(2) *Ibidem*, cap. II, 18.

qué esta ayuda? ¡Para partir con ella el peso del reino!—Es inútil; él lo lleva alegremente; su vasta y poderosa inteligencia es suficiente para cumplir el orden que Dios le dió de gobernar y someter a sí toda criatura. Mas porque le es necesario imitar a su criador, cuya tendencia es de comunicarse; porque no puede guardar para sí todos los gérmenes de vida que Dios depositó en su ser; porque, como dice Santo Tomás, las altas funciones de su inteligencia no deben ser sacrificadas a las funciones inferiores de donde nace la vida del cuerpo, le conviene una ayuda en quien resida toda la fuerza pasiva de la generación, cuya fuerza activa conserva él como soberano dispensador (1). «Demos, pues, al hombre, dice el Señor, una ayuda semejante á él.» *Faciamus ei adiutorium simile sibi.*

He aquí el misterio, señores. La incredulidad se esfuerza en ridiculizarlo; pero jamás consiguió que los corazones castos y los espíritus rectos y serios desprecien su poesía sublime y sus profundas significaciones.—Bien podía Dios formar de la misma materia, de que antes se había servido, el cuerpo de la criatura que había de ser compañera de nuestro primer padre, y repetir ante sus ojos asombrados la inspiración todopoderosa que le había comunicado la vida; pero prefirió sorprenderle con una nueva maravilla que ha de ser causa de un más grande amor: y juzgando que el hombre no sería semejante á él si le negaba el ser principio único de la vida humana, quiere sacar de su sustancia el cuerpo que él ha de animar. Adán vencido de un sueño misterioso, se adormece, sin saber nada de las in-

(1) Cf. Summ. Theol. I, p. quest. 92, art. 1.º: *Utrum mulier deberet produci lo prima rerum productione.*

tenciones de su criador. Acaso, en un placido sueño estará viendo lo que se hace; pero él no toma parte en nada: una fuerza sobrehumana encadena sus sentidos. Dios se acerca en silencio, toma una de sus costillas, la cubre de carne y hace de este hueso robado al hijo de su amor un edificio viviente, la mujer, ser encantador, que está esperando que su esposo despierte (1). Pero dormid aún, padre del género humano, dormid, reposad al lado de vuestra compañera y dejadnos meditar por un instante los grandes designios de Dios. Eva sale de vos; de vos y de ella saldrán los hijos con que se expresará vuestro comun amor; vos que no habeis nacido del hombre, sois pues el primer principio de la familia humana como el Padre inaccesible que está en los cielos es el primer principio de la familia divina. Eva sale de vos; de vos y de ella saldrán las innumerables generaciones que han de poblar el mundo; vos sois, pues, el principio de toda vuestra especie, como Dios creador es el principio de todo el universo (2). Eva, imagen divina, sale de vos; vos no la hubierais amado tanto si saliese de otra parte que de vuestra sustancia; pero, como parte de vos mismo, ella os será amable cuanto lo puede ser una criatura y vos vivireis unido á ella con lazos que durarán tanto como vuestra propia

(1) *Inimul ergo Dominus separavit in Adam, cuiusq. obdormiuit, nihil vitam de costis eius, et replevit carnem pro ea. Et edificavit Dominus Deus carnem quam tulit et de Adam in mulierem, et addidit eam ad Adam.* (Genes., cap. II, 21, 22.)

(2) *Conventura fuit mulierem in prima verum institutione ex viro formati magis quam in alia administratione. Primo quidem ut in hoc quodammodo dignitas primo homini restitueretur, ut secundum Dei similitudinem esset et ipse principium totius suae speciei, sicut Deus est principium totius universi. Unde et Paulus dicit: (Act. XVII, 26) quod Deus fecit ex uno homine genus humanum.* (Summ. theol. I, p. quest. 92, art. 2.º)

vida (1). Eva sale de vos; no de vuestra cabeza, donde reside la inteligencia que gobierna, porque ella os será sumisa; no de vuestros piés que pisan la tierra, porque ella no será vuestra esclava; sino de vuestro costado, cerca del corazón, allí donde nacen las afecciones del amor, porque ella será vuestra amiga (2). Eva sale de vos, ella os espera, despertad.

El magnetismo divino ha cesado; Adán se levanta, y en la mujer que Dios le presenta se reconoce a sí propio. Es él mismo con algo menos de fuerza, pero con más delicadeza; con algo menos de bizarría, pero con más encantos. El contempla, admira, se conmueve, se regocija, y su casto amor, inspirado por el Espíritu Santo, entreabre sus labios para cantar este celebre epitafio que vendrá a ser la ley fundamental de la familia: «Hé aquí un hueso de mis huesos y carne de mi carne; tendrá un nombre que recuerde el mío, porque de mí salió. Por esta causa el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá con su esposa y serán dos en una sola carne» (3). A este cántico de Adán contesta Dios con un mandamiento que dará vida a la humanidad entera: «Creced y multiplicaos.»

(1) *Stenado, et vir magis diliget matrem, et si inseparabilis inhereret, dum conceptus est eam ex se esse productum... et hoc maxime necessarium fuit in specie humana, in qua mater et femina commanent per totam vitam. Quod non contingit in aliis animalibus (Ibid., art. 2.)*

(2) *Conveniens tant mulierem formari de costa viri ad significandum quod inter virum et mulierem debet esse socialis conjunctio. Neque enim mulier debet dominari in virum, et ideo non est formata de capite, neque debet a viro suspici tanquam serviliter subjecta, et ideo non est formata de pedibus. (Solim. Thaum., l. 9., quest. 62, art. 1.)*

(3) *Diciturque Adam: Hoc nunc os ex ossibus meis et caro de carne mea, hoc vocabitur Virago, quoniam de viro semper est, quomobrem reliquit homo patrem suum et matrem et adheret uxori suae et erunt duo in carne una. (Genes., cap. II, v. 23, 24.)*

Tal es, señores, la narracion bíblica. La historia sagrada nos muestra despues de esto a la madre del género humano saludando con piadoso cántico el alumbramiento de su primogénito (1), las generaciones que se van sucediendo y poblando la tierra hasta la catástrofe que de nuevo pone a la humanidad bajo un solo hombre, y las tres familias de Noé proyectando por todos lados sus ramas que Moisés sabe llamar por sus nombres y unir las a su tronco. Por largo tiempo el hombre habia quedado satisfecho con esta historia, de la cual se encuentran varios rasgos en las antiguas tradiciones de diferentes pueblos y hasta en las fábulas del politeísmo; pero á ciertos espíritus inquietos y superficiales no les satisface, y creen verla desmentida en la fisonomía hoy tan variada del género humano extendido por toda la superficie del globo. El monogenismo les parece estar en contradicción con los resultados de la experiencia, del estudio de las lenguas y de las exploraciones que sucesivamente nos han hecho conocer casi todas las tierras habitadas. ¿Cómo admitir la unidad de la especie humana, si ante nosotros aparecen esos tipos tan profundamente diferentes en color, en formas, en expresion, en costumbres y lenguajes? ¿Cómo creer que el negro haya salido de la misma sangre que el blanco? que el repugnante salvaje casi semejante al animal y que como el animal parece no tener sino instintos, sea hermano del noble europeo en cuya frente brillan los resplandores del pensamiento? Aquí esos rasgos armoniosos y ese aire expresivo que se echan de ver en un ángulo recto; allá ese cráneo hundido; esa cara

(1) *Adán vero cognovit uxorem suam Evam, quam conceptit et peperit Cain dicens: Possedi hominem per Damm. (Genes., cap. IV, 1.)*

abultada, esos pómulos prominentes, esos labios abiertos, esa nariz achatada, esas orejas disformes; aquí el pigmeo, allá el gigante; aquí la actividad inteligente, allá la inercia, más lejos el embrutecimiento; todo esto es posible que sea de la misma familia?

Piémonos aún cómo el oído viene en auxilio de la vista para marcar las diferencias. El percibe unos sonidos que ninguna semejanza tienen entre sí: gritos roncós y guturales, silbidos, entonaciones melodiosas. Comparad los unos con los otros, y pasad de las construcciones bárbaras á las cláusulas melodiosas, de la miseria á la opulencia, de la sencillez al énfasis, de la poesía nebulosa á la precision científica; no se trata ya, que se sepa, de dialectos cuyas terminaciones variadas no alteran el genio de la lengua madre que los ha producido, sino de idiomas enteramente irreducibles é independientes que á todas luces se ve que no han podido salir de una misma fuente.

Recordemos, en fin, cuánto ha sido necesario al genio y á la fuerza, al valor y á la constancia, para descubrir esos remotos países invadidos ya por el género humano; y de qué medios tan perfeccionados disponemos hoy para cortar las distancias y triunfar de las tempestades del Océano. Este simple recuerdo bastará para convencernos de la imposibilidad en que se hallaban los antiguos pueblos para pasar de uno á otro hemisferio en endebles carabelas ó pesadas canoas, lanzadas á la aventura, á través de las grandes aguas, donde la calma no es ménos peligrosa que las mismas borrascas.

Profunda diversidad de tipos y de idiomas, imposibilidad de poblar la América y las apartadas islas de la Océania, por emigraciones ó expediciones en los tiempos en que debió de verificarse; todo protesta contra la unidad

de la especie humana. Dejémonos, pues, de creer á ciegas esas leyendas que no tienen otro fundamento que el interés religioso del cual debe prescindir la ciencia: consideremos la humanidad como un género dividido en cierto número de especies que traen su origen de varios centros de produccion ó creación.

Así discurren los poligenistas. Pero antes de cerrar su boca con una prueba soberana que nos ofrece la ciencia fisiológica, examinemos uno tras otro los fundamentos de su argumentacion.

La diversidad de tipos es un hecho innegable; pero, bajo esta diversidad, la naturaleza humana permanece siempre la misma en su conformacion general, en sus aptitudes y en sus tendencias. En todas partes el hombre es el animal real que marcha recto, mientras los otros se arrastran; en todas partes ejerce sobre los reinos inferiores de la creación el mismo dominio; en todas partes su frente orgullosa mira al cielo; en todas partes sus pies huelan con arrogancia el suelo; en todas partes sus hábiles manos se prestan á obras maravillosas, que él modifica según sus necesidades ó fantasías; en todas partes su cerebro es el trono de su inteligencia donde brilla el pensamiento; en todas partes expresa con un lenguaje articulado, no sólo sus instintos y pasiones como el bruto, sino sus ideas; en todas partes reconoce como regla de su vida los mismos grandes principios de moral; en todas partes adora un sér superior; en todas partes es susceptible de perfeccion; en todas partes está sujeto á las mismas enfermedades, manifestadas por los mismos síntomas; en todas partes, condenado á muerte, aspira á la inmortalidad. Estas semejanzas fundamentales que tan claramente indican una misma naturaleza en la humanidad, son de tan poco va-

lor que se puedan justamente posponer á esas diferencias superficiales que en número mayor y aún más marcadas se hallan en otros animales de una misma especie? Tomad el esqueleto del hombre en todas las razas; ¿no veis en su conformación y talla ménos diferencia que entre el perro de presa y el lebrél, el de Terranova y el de la Habana? Comparad el cabello y la barba de los hombres de todos los pueblos; ¿serán tan desemejantes como la lana del merino y la del carnero de Soloña? Reunid los colores de todos los rostros humanos desde el negro más oscuro hasta el blanco más pálido; ¿hallareis más variedad que la que hay entre las palomas? El color que á primera vista parece la señal más característica de la raza, está muy lejos de tener la importancia que generalmente se le da. Bajo una cutis negra se ven tipos regulares que no desdenaría el estatuario; y bajo una cutis blanca, tipos deformes que sólo le falta el color para ser negros perfectos. La mayor parte de vosotros, señores, sabeis muy bien que la cutis del negro es completamente semejante á la nuestra en cuanto á la naturaleza y disposición de sus tejidos. La coloración es un fenómeno local puramente accidental y casi insignificante para la determinación de la especie (1).

(1) Nuestros consideramos la piel en su conjunto como compuesta esencialmente de tres capas: la dérmis, la epidermis y el cuerpo mucoso de Malpighi. Todos los anatomistas admiten la existencia de estas tres capas, pero varias el explicar su union; y luego cada uno las subdivide en un cierto número de capas secundarias. No hay necesidad de entrar en esas particularidades. La dérmis, que está debajo de todas, tiene el mismo color, blanco en el Negro Guinea que en el Europeo. La epidermis, más superficial, es enteramente igual en todas las razas. El cuerpo mucoso que se halla entre las dos capas anteriores, sólo presenta una ligera tinte amarilla en todas las especies del cuerpo, siguió tambien en todas las razas, ménos en la negra que toma un color más ó ménos moreno. Por aquí se ve á que se reduce ese fenómeno de co-

A las analogías se añaden los hechos incontestables que hablan muy alto contra las conclusiones exageradas que los poligenistas pretenden deducir de la variedad de tipos. ¿Qué diferencia de aspecto del Lapon al Húngaro! y sin embargo, su idioma atestigua que su origen es el mismo. Los Tartaros y los Turcos varían físicamente de los Mongoles, y no obstante, sus lenguas son de una misma familia. Lo mismo sucede entre los Tehermeses y los Vogules, de cabellos negros y ojos pardos, y los Filandeses y Parmianos, de ojos azules y cabellos rojos. No creemos necesario citar más hechos. Tengo la convicción de que si se nombrase una sociedad competente con el fin de buscar en la sola raza francesa y reunir en la sola ciudad de Paris los tipos más diversos sólo les faltaria, á vuelta de pocos años, un poco de pintura para ofrecer á nuestra curiosidad una coleccion completa de Lapones, Samoyedos, Tartaros, Mongoles, Indios, Malayos, Cafres, Hotentotes, Patagones y los demás.

La variedad de lenguas tampoco prueba nada contra la unidad de la especie humana. Si bien los descubrimientos de los últimos siglos nos han mostrado tal multitud de idiomas que ha dado que pensar por un momento á los monogenistas; muy pronto vueltos en sí de su perplejidad han emprendido con afán su estudio y no han tardado en recoger el fruto de su atrevida empresa. Toda lengua se compone de dos partes, una inmutable, otra flexible y variante. Esta última, trasformada sucesivamente

formación étnica de los hombres. En todos se halla el mismo principio y únicamente varía su color más ó ménos segun dominan mas ó otros elementos. A este propósito podríamos repetir lo que Linné decía de las flores: nihil in creta colori. No todos los hombres negros son de hecho negros; algunos hay entre ellos que asemejan á los más blancos.

te por el trabajo del hombre, puede dar por resultado, á vuelta de ocho ó diez siglos, una lengua enteramente desconocida. En el día de hoy nadie habla el francés de Carlos Calvo, sólo los eruditos lo entienden. Las raíces, por el contrario, resistiendo á todas las manipulaciones que sufren las desinencias, permanecen en el fondo de todo idioma como el signo indicador de su procedencia. El estudio de este signo ha permitido á la ciencia dividir el lenguaje humano en tres grupos primitivos. Uno es aquel en que dominan las lenguas sin gramática, semejantes á las voces de un niño, enérgicas, pero sin ligazon; el otro está compuesto de lenguas semíticas, llenas de vida y valor, adorno natural de esa brillante poesía en que las impresiones y las sensaciones se suceden con rapidez; el tercero comprende todos los idiomas indoeuropeos, ricos, regulares, flexibles cuanto fecundos, igualmente propios para la poesía que para la exposición de los hechos y precisión científica. Determinar estos grupos, demostrar que una sola lengua, atravesando el Asia y la Europa, desde Ceilan hasta la Islandia, une en larga zona los pueblos más diversos, sería un trabajo excelente. Pero, al fin, puesto que nos hallamos en presencia de tres grupos perfectamente distintos; ¿no deberemos afirmar la multiplicidad de las especies? La ciencia, preocupada por esta cuestión, ha avanzado más en sus investigaciones. Después de reducir el número de idiomas independientes, ha examinado con cuidado sus afinidades en los elementos comunes que pertenecen á su esencia (1), y habiendo hallado estos elemen-

(1) L. D. Nyländer *Das Sprachgeschickte der Thianen...* Historia de las lenguas thianes, después de haber examinado la lengua manchera bajo el punto de vista gramatical y de la sintaxis, compara con otras tantas palabras griegas dos mil quinientas palabras mancheras, pertenecientes parte al estilo, etc.

tos, concluyó por afirmar que esos idiomas han sido en su origen uno mismo; que no fué ni una separacion gradual, ni un desarrollo individual lo que produjo entre ellos esas diferencias, sino una fuerza activa, violenta, extraordinaria, suficiente para conciliar las apariencias de conflictos y para explicar de un golpe sus semejanzas y sus alteraciones (1). Así hablan los sabios distinguidos cuya autoridad es de gran peso en la filología.

Más áun dado, señores, que los idiomas primitivos no tuvieran entre sí ningún elemento común, y que fueran absolutamente independientes y de todo punto irreducibles, ¿tendríamos con esto una demostracion concluyente de la multiplicidad de las especies en la humanidad? De ninguna manera. A todo más podríamos formar una conjetura que tiene por contrapeso otra conjetura igual. Los idiomas difieren; pero la unidad de las ideas primordiales, la comunidad de tradiciones fundamentales, la posibilidad de traducir uno en otro todos los idiomas, la facultad que el hombre posee de apropiarse todas las lenguas, nos autoriza á creer que la multiplicidad de los idiomas

vado y parte al estilo familiar, inferiendo de ahí que los principios elementales, las raíces, las desinencias, son los mismos en las dos lenguas; y hasta llega á decir que el manchero es un dialecto primitivo del griego. Discurremos después sobre los idiomas longanos que según el Asia poliglotica, pasan de orientales, y sobre el mongol, el turco, el tibetano, el chino, el himarico, el birmanés, el samoyedo, el genésico, el énos, el Kamt-chatko, el coreá, el birghilí, el tibetano, el coreá, el japonés, el birman, el alemán, el annamita, el seguren, el malayo, el georgiano, semita, se ve forzado á concluir en que todas las lenguas habladas en Europa, Asia, en el Norte y Noroeste de África, y en la mayor parte de las islas situadas entre el Asia y América, tienen entre sí un grado de parentesco más ó ménos estrecho, como lo prueba tambien la sintaxis del griego antiguo. (Apud Cassi, loco citato.)

(1) Cf. Wiseman *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religión* revisada. (Discurso 3.)

no es un hecho original, sino un accidente en la vida de la especie humana; y esta conjetura se convierte en certeza, cuando leemos aquel pasaje de la Biblia.—«No había en la tierra más que una lengua, y los hombres hablaban de la misma manera, pero Dios, viendo su orgullo, dijo:—Venid, descendamos, y confundamos su lengua, para que nadie comprenda a su prójimo.—Y la lengua de toda la tierra se confundió, y el Señor dispersó á los hombres por la faz de todas las regiones» (1).

La autoridad de estas líneas escritas en la época en que la humanidad, cercana á su origen y llena aún del recuerdo de los sucesos que habrían motivado su dispersión, no tenía ningún interés en inventar hechos fabulosos, no puede ser destruida por una simple conjetura científica. Si la filología pudiese invocar á su favor el testimonio de otras ciencias, pudiera ser que la narración bíblica se debilitara. Mas así como la observación filosófica, según os lo he mostrado, y la topografía del globo, y el estudio de los monumentos, y las tradiciones, y la fisiología misma, como veremos pronto, están acordes con la narración bíblica acerca del origen de la especie humana, así también estamos autorizados para creer como cierto lo que la Escritura nos dice de la confusión de las lenguas y de la dispersión del género humano.

¿Dudáis vosotros, señores, de esta dispersión? ¿Os parece imposible que todos esos países remotos que en el siglo XVI se comenzaron á descubrir hayan sido poblados por

(1) Erat autem terra habilit unius et sermonem eorundem. Descendit autem Dominus et dixit: Venite, descendamus et confundamus ibi linguam eorum ut non audiant invicemque proximum suum... Et confusum est labium universae terra et inde dispersit eos Dominus super faciem concastrarum regionum. (Genes. Cap. XI 1-9)

emigrantes salidos de una sóla region? Pues tomad un mapa general; si está bien hecho, en pocos minutos quedareis convencidos. Europa, Asia y Africa están unidas perfectamente; paso á paso y sin dejar la tierra firme se puede llegar á todas sus fronteras. Solo la América parece formar mundo aparte; sin embargo, hacia Islandia, isla última del Norte de Europa, proyecta la vasta tierra de Groenlandia, separada tan sólo por el estrecho de Bering del Norte de Asia. El archipiélago de las Aleutenas, desde Kamtchatka hasta cerca de la isla de Alaska, ofrece á los nuevos navegantes una serie de etapas marítimas. El archipiélago de las Kuriles une al Kamtchatka con Japon; próximo al Japon está China. Hé aquí, pues, tres vías por donde pasar del antiguo al nuevo mundo. La mar tiene como la tierra sus rutas de comunicación, rios inmensos sin nacimiento ni desembocadura; las corrientes. En el Océano Pacífico el Kurosiwo (1) lleva á las costas de California las flotas del Japon y China que casi veinte siglos antes de la era nueva conocían ya la brújula. La contra corriente ecuatorial conduce al Malaya hasta el istmo de Panamá. Por la gran travesía del mar de las Indias pasa el Africano del Cabo á la Australia y á la Nueva Zelanda, unidas á su vez á la Indo-China por las islas de la Sonda. En el Atlántico; la Guinea se aboca con el Brasil por la corriente ecuatorial del Sud, y el atrevido fenicio, después de haber franqueado las columnas de Hércules para explorar la costa africana del Oeste, puede dirigirse por la corriente ecuatorial del Norte y

(1) Esta corriente se llama también corriente de Tesson por el nombre de Mr. de Tesson que ha hecho constar su existencia en el viaje que hizo acompañando en calidad de intérprete al capitán Dupetit Toussar.

arribar á las Antillas. Por tres partes es posible la emigracion del antiguo al nuevo mundo. Hé aqui lo que nos dice la Geografía: ella misma se ha hecho. Veamos lo que nos dice la historia y los monumentos. Ya en el siglo IX una bula del Papa Gregorio IV (1) hace mención de las misiones de Islandia y Groenlandia: hacia fines del siglo XIII los frailes Predicadores fundaron en este último país uno de sus conventos. En una de sus expediciones echaron de ver los españoles las proas doradas y las vergas plateadas de las embarcaciones mercantiles de la China y Japon (2). Vasco Núñez, al atravesar el istmo de Panamá, encontró cerca del cabo Darien negros africanos. Hernán Cortés, conversando con el infortunado Moteczuma, le oyó decir que sus antepasados habían venido de los países lejanos de Ultramar (3). En fin, las tradiciones, las cosmogonías, los edificios religiosos, los palacios, los geroglíficos, las instituciones de los pueblos de América en la época de la conquista española presentan tantos puntos de contacto con

(1). Ad Anagarium (935).

(2). Esta hecho lo refiere Gomara, compañero de Hernán Cortés.

(3). Muchos Días há, que por nuestras escrituras tenemos, de nuestros Antepasados, noticia, que Ya, ni todos los que en esta Tierra habitamos, ni somos Naturales de ella, sino Extranjeros, i venidos á ella de partes muy extrañas. E tenemos asimismo, que á estas Partes trajo nuestra Generacion un Señor, cuyo Vassallo todos éramos, el cual se volvió á su naturaleza, y después tornó á venir, desde su mucho tiempo: i tanto, que la estaban casados los que havian quedado, con las Mujeres Naturales de la Tierra, i tenían mucha generacion, i muchos Pueblos, donde vivian: é queriéndonlos llevar consigo, no quisieron ni ni menos recibite por Señor: i así se volvió. E siempre hemos tenido, que los que de él descendieron havian de venir á sojedar esta Tierra, i á nosotros, como á sus Vassallos. E según de la parte que Vos decís que venís, que es hacia do sale el sol, i las cosas que decís de ese gran Señor, ó Rei, que así os envió, creemos y traemos por cierto el ser nuestro Señor natural, en especial que nos decís, que el há muchos Días, que tenía noticia de nosotros. (Primera carta de Hernán Cortés), párrafos 21 y 29.

los de Asia, que nos es imposible dudar de su parentesco (1).

(1) Humboldt que con sus propios ojos examinó toda aquella tierra, dice así de las analogías que ofrecen los americanos con los mongoles y otros pueblos del Asia central: «Se parea una de hallar á fines del siglo XV, en un mundo que llamamos nuevo, tantas instituciones antiguas, ideas religiosas, formas de edificios, que en el Asia parecen remontarse á la aurora de la civilización. Vence allí rasgos característicos de la humanidad lo mismo que de la estructura interior de los vegetales extendidos por todo el globo. Por todas partes se veía un tipo primitivo, á pesar de las diferencias producidas por los climas y por la acción de otras muchas causas accidentales; la comunicación de los dos mundos está probada de una manera indubitable por las cosmogonías, los monumentos, los geroglíficos é instituciones de los pueblos de Asia y de América. (Voy des Cordillères et monuments des peuples indigènes d'Amérique.)

Con motivo de la venida de los Indios Jowais á Paris en 1845, Honorato Jaquelin decía: «He visitado las principales islas de la Polinesia, y he notado muy grandes analogías con los americanos. La semejanza de fisonomía es para mí la mejor prueba de la identidad de los americanos con los polinesianos; pero si miro sus costumbres, los testimonios se presentan en tropel. Aunque se halla alguna diferencia en su género de vida, todos ellos tienen el mismo grado de civilización; casi la misma jerarquía social y sacerdotal; religiones igualmente oscuras y una misma veneración á los sepulcros. Entre los Mandanes, como en la Nueva Zelanda y en las Marquesas, los cadáveres se depositan en abóicos de cañas entrelazadas, y se presenta comida á los hijos despojados. Entre los Asimbubines y las otras tribus óseas plazas empalizadas al lado de cada población, destinadas para la reunión de las asambleas; lo mismo sucede en las Marquesas y otras islas de Polinesia. En las costas de la isla de Pascua viene levantadas rocas enormes con formas de gigantes. En otros puntos de la Océano y sobre todo en la isla de Oualan, se encuentran morillas formadas de masas extraordinarias, problema para los navegantes, y restos de construcciones circulares muy comunes en las dos Américas. A los polinesios lo mismo que á los amerindios les gustan los adornos, se pintan de vivos colores, se tñen la piel, se afeitan, rasuran una parte de la cabeza, tñen y alargan el fóculo de la oreja, y cuelgan de ella pesadas joyas. Los indigenas de Oualan se cubren el labio inferior de una cocha, y esta cocha está extendida por toda la costa Noroeste de América. El vestido de los jefes de Tahiti, llamado *Epata*, es el poncho de los Americanos. Estos los pueblos son guerreros, se sirven de las mismas armas y la caballería del enemigo es su trofeo. Un tan grande número de analogías que fácilmente podría yo multiplicar; ¿pueden provenir del acaso? (Citado por Comte, *Historia universal*, Lib. I, cap. III, *Unidad de especie humana*.)

Ya veis, señores, como los fundamentos en que se apoyan los poligenistas para negar la unidad de la especie humana son tan poco sólidos que su tesis cae por tierra bajo todos los puntos. Ved ahora el argumento concluyente contra todo su sistema; la ciencia fisiológica nos lo ofrece.

El hombre, según el cuerpo, está sometido á las leyes que gobiernan el reino animal. Pues bien, todo animal está dotado de una doble fuerza: de la fuerza plástica, en virtud de la cual puede, bajo la influencia de los climas, modificar accidentalmente su naturaleza; y de la fuerza de trasmisión, en virtud de la cual comunica su naturaleza con las modificaciones inherentes. De estas dos fuerzas combinadas proceden la especie y la raza. Cuanto la fuerza plástica es flexible en sus esfuerzos, tanto la fuerza de trasmisión es inmutable. Es necesario que ella permanezca en la especie para que ésta sea perpetua. Si obra en unión con otro género, pronto es castigada con la esterilidad, por la violencia que hace á la naturaleza. *El creced y multiplicaos*, que fué pronunciado en la aurora de los tiempos sobre toda vida, no sale de los límites de la especie; de suerte que la señal verdaderamente característica de la especie no debe ser buscada sino en la fecundidad continua.

La especie puede definirse: «El conjunto de individuos más ó menos semejantes entre sí, descendientes, ó que puedan mirarse como descendientes de una pareja primitiva única, por una sucesión no interrumpida de familias» (1). En estas condiciones, el monogenis-

(1) De Quatrecas, *Histoire naturelle de l'homme. Unité de l'espece humaine* (Revue des Deux Mondes, premier Janvier 1861).

mo es la única doctrina que la ciencia nos permite aceptar. En efecto, señores; al paso que la selección aplicada á ciertos individuos tomados de géneros cercanos no os da jamás sino productos híbridos cuya fuerza de trasmisión es nula ó limitada á algunas generaciones, la unión del hombre y de la mujer, cualquiera que sea la diferencia de tipos, recibe de la bendición divina una virtud que permanece indefinidamente en las familias. La sangre del negro y del blanco, no son líquidos extraños que rehuyan unirse para producir el sér viviente: como dos ríos amigos, confunden sus fértiles ondas aliándose y modificándose, hasta que la sangre más perfecta ha triunfado. En toda generación humana la fecundidad es permanente, y á esto debe la humanidad la unidad de su especie, so pena de que—afirma un sabio naturalista—«Las leyes que regulan el organismo humano estén en contradicción en los puntos principales y verdaderamente característicos con las leyes de todos los otros organismos vivientes» (1).

La fuerza de trasmisión prueba la identidad de la especie y la conserva. La fuerza plástica, representada por los instintos, costumbres y pasiones, y sometida á la influencia de los medios, puede, como tengo dicho, introducir en una especie modificaciones considerables sin alterar la esencia. Estas modificaciones se arraigan, toman fuerza y se multiplican por herencia y por el clima. Á la herencia debemos demasiados bienes y demasiados males para que podamos negar su misteriosa virtud: el clima, á cada instante estamos viendo lo que influye. Si los seres insen-

(1) *Ibid.* [15 Decembre 1860].

sibles no están exentos de su acción; si el mármol, por ejemplo, pierde bajo nuestro cielo sombrío el lustre y brillantez de que se reviste bajo los hermosos cielos de Grecia y de Italia, ¿cuanto más un viviente, en quien la inercia está reemplazada por la fuerza de asimilación? Tal flor que bajo nuestro cielo tornasolado palidece y se acobarda, bajo los rayos de un sol ardiente ostenta su corola hermosa y sus vivos colores: tal planta que en una fría montaña nada crece, en un valle más cálido llega á ser un arbusto opulento: tal árbol que languidece en un suelo árido, echa en un suelo húmedo un tronco y unas ramas gigantescas. Mas aún que los vegetales, trasfórmase el animal bajo la influencia del clima, porque su vida más perfecta colabora más activamente con las causas exteriores.

¿Sólo el hombre, el más perfecto de los vivientes permanecerá inmutable? ¿ó sólo el conservará su tipo uniforme, cuando en su organismo más delicado, más impresionable, más flexible, ofrece la fuerza plástica un concurso más enérgico á las fuerzas exteriores? Esto, señores, es imposible. Recordad lo que hemos dicho al tratar de la naturaleza del hombre: éste es un animal racional; su alma es la forma de su cuerpo; sus hábitos y pasiones se reflejan en su fisonomía. Por esto es imposible que un pueblo que posee unas tradiciones piadosamente conservadas, una inteligencia cultivada, el amor de lo bello y de lo grande, los nobles esfuerzos de la libertad contra los apetitos de la materia, costumbres finas é instituciones sabias, presente la misma fisonomía que un pueblo donde reinan una ignorancia crasa, los ejercicios materiales del cuerpo, la estúpida indiferencia, la satisfacción constante de los apetitos materiales, costumbres diso-

lutas, una opresión bárbara ó una independencia salvaje. Añadid á esto la acción de las causas físicas que afectan al organismo por fuera, como le afecta el alma por dentro; el luz, el calor, la electricidad, los alimentos. Tened en cuenta, según uno de nuestros grandes naturalistas, que las fuerzas de la naturaleza, hoy debilitadas, tenían en la época en que la especie humana fué dividida en grupos fundamentales, una fuerza superior á la que actualmente tiene hoy (1). Considerad, en fin, la obstinación de ciertas familias en no abandonar su género de vida, en no salir de su sangre; y todo esto bien pensado, ya podreis explicaros la existencia en la especie humana

(1) Las grandes variaciones de la especie humana, no son obra reciente de las causas naturales á que el hombre está sometido, como las causas secundarias que consisten en las enfermedades cutáneas y las cualidades de los cabellos. Cuando la especie humana fué dividida en grupos fundamentales; cuando las diferentes razas comenzaron á existir, la acción del clima, era muy superior á lo que hoy es. Las razas fueron formadas en una época muy cercada á la última catástrofe que cambió la faz del globo. Todos los elementos que reunidos componen lo que llamamos *influencia del clima*, conservaban en aquellos tiempos de agitación y de desórden, una fuerza muy superior á la que pueden ejercer hoy, en que la calma de un gran número de siglos ha debilitado todas las fuerzas de la naturaleza, y considerado la acción de un gran número de causas, por sus mezclas y sus combinaciones. En esta época vecina á la destrucción de la superficie del globo en que cada cosa se hallaba, por decir así, fuera de su lugar, los extremos estaban más separados unos de otros, los contrastes más marcados, los cambios más repentinos. Esta sucesión rápida de causas contrarias ó al menos muy diferentes, es la que ha obrado en los seres orgánicos los efectos más señalados, las modificaciones más profundas, las alteraciones más duraderas. El clima, pues, ha podido producir con el tiempo las razas de la especie humana, lo mismo que produce hoy las variaciones de segundo orden. (La época, en de Roux, *livron de Albi*, *Revue de questions des principales objections tirées des sciences et descriptives contre les bases de la religion chrétienne par l'insensibilité moderne*, pag. 242-244.) Paris, 1843.

de variedades arraigadas que nosotros llamamos razas (1).

Aun cuando alguna sombra oscureciera su formación, no por eso podríais proyectarla sobre esta verdad adquirida por la ciencia: La humanidad es una sola especie. Si aceptando esta verdad y queriendo al propio tiempo desvanecer toda duda, me hiciérais notar que Dios pudo muy bien crear en diversos lugares muchas generaciones de la misma especie, yo os respondería que esta es una afirmación que os sería imposible probar (2), que una afirmación de este género debe ceder el paso á una historia venerada por más de euarenta siglos, acatada por millones de hombres, confirmada por las tradiciones, las ciencias naturales, el estudio de las lenguas y la geografía; y yo reclamo de vosotros, en nombre del sentido común, que acepteis este gran principio, del cual depende el dogma de la encarnacion reparadora: Nosotros somos todos hermanos de una

(1) La raza se puede definir el conjunto de individuos semejantes, pertenecientes á una misma especie, que por vía de generacion han recibido y transmiten los caracteres de una variedad primitiva. (Dr. Quatrevalles, op. cit.) He aquí la clasificación de las razas, segun el mismo autor: 1.ª raza blanca: ramas cocoida (Estonios, etc.), caucásica, basca, semítica (Hebreos, Arabes, Abisinios), itálica (Nabitas, Turcos, Egipcios), india, iraníca, heleno-latina, celtica, germánica y escandinava; 2.ª raza amarilla: ramas sinesa (China, Indo-chinos, Tibetanos), mongola, turana (Turcos, Kalucos, Manchurios), nepalica ó birica (Siamoyes, Oulios, Lapones); 3.ª raza negra: rama noestriana, africana (Tornetanos, Cafres, Guineos), asal (Boschintenes, Hottentots). Á la raza amarilla se reducen particularmente las familias japonesa, malaya (Hois, Malayos), polinesiana (Taitiano); además, el conjunto de familias que póbstan en la America del Norte (Españoles, Colombianos, Chicanos, Californios, Comanches, Moquios, Mojicanos, Guatemales, Delaware, Himones, Cherokees, Choctaws, Seminoles, Osageis, y la América del Sur, Guaranos, Ascás, Quichuas, Peruanos, Paraguaios, Chiquitos, Mojos, Guaranis, Botocudos, Charrues).

(2) Véase el Índice, respuesta á la analogía entre el hombre, los vegetales y los animales, por M. Agassiz.

misma familia; porque la humanidad entera estaba en Adán.

¿En qué estado se hallaba la humanidad en Adán? Esta es la segunda cuestion que nos es necesario examinar.

II.

La teología distingue tres estados de creacion. Primeramente el estado de *para naturaleza*, en el cual el hombre exento de pecado y pertrechado intrinsecamente de todos los elementos y de todas las potencias esenciales á su constitucion, no tiene otro fin que conocer á Dios por medio de las criaturas y reposar en el amor lleno de dulzura de este objeto perfecto, sin jamás llegar á ver su esencia. En este estado, obedeciendo á las leyes que alteran y dividen todo compuesto, el cuerpo es pasible y mortal. El alma ejerciendo su actividad por el ministerio de los sentidos, está sujeta á la ignorancia y á la concupiscencia. Las imágenes la pueden engañar y los apetitos inclinarla contra las indicaciones de la razon hácia los bienes subalternos que la hacen olvidar el verdadero bien. Condenada á la lucha, ella espera su fin, sometiéndose á las órdenes de la conciencia y á los preceptos de Dios, que le da los auxilios naturales necesarios.

Sobre este estado se halla inmediatamente el de la naturaleza *intgra*, que puede tener el mismo fin que el precedente, pero en el cual es revestido el hombre de privilegios, que Dios sin injusticia la podria negar. Por ejemplo, el admirable vigor de su cuerpo resiste á la accion de las fuerzas disolventes que naturalmente obran en la materia; nada de sufrimientos, nada de muerte. La dominacion absoluta del espíritu sobre la carne preserva al alma de

las aberraciones del pensamiento y le permite contener la muchedumbre de los apetitos y prevenir sus rebeliones. Con paso tranquilo y firme ella marcha hácia su último fin por el camino derecho de la justicia y del deber.

Subámosle aún, porque hay sobre todos los estados precedentes uno superior, que la teología llama por antonomasia el estado de *inocencia, de justicia original y de santidad*. Este supone, además de la integridad de la naturaleza, un fin sobrenatural, es decir, un destino trascendente y todo gratuito de la misma naturaleza á la vision intuitiva, á la posesion inmediata de Dios, y como medio de esperar este fin, una penetracion íntima de la vida divina, que transforma el hombre y hace de él un hijo adoptivo de Dios, adorno de los dones del Espíritu Santo y hábitos infusos que sus fuerzas nativas no pueden producir, y capaz de ejercer bajo la mocion sobrenatural de la gracia actos eminentes que le dan derecho á la herencia celestial.

Este último estado, señores, llamado de inocencia, de justicia original y de santidad, de donde provenia la integridad de la naturaleza, es el estado en que fué creada la humanidad en la persona de nuestro primer padre. Estamos muy lejos, como veis, de aquellos doctrinarios abyectos que hacen salir al hombre de las entrañas del animal, después de haber hecho salir el animal de las entrañas de la tierra (1); lejos aún de los filósofos incrédulos que dan al género humano por primer padre al salvaje ignorante y grosero, cual es el que todavía se halla en los países sin civilizacion, observadores destinados, que no ven en el salva-

(1) Véase la conferencia decimasesta *La Naturaleza del hombre*, 1.^a parte.

je las señales manifiestas de una degradacion, y que toman por aurora el triste crepúsculo de una inteligencia casi apagada (1). Sin presentar tan francamente su tipo primitivo, una escuela espiritualista, más próxima á nosotros, despreciando la doctrina católica y la luz que arroja sobre la historia, y no teniendo en cuenta más que las miserias hechas y trasformaciones de nuestro estado actual, se ha esforzado en establecer entre la vida de la humanidad y la vida del individuo un paralelo sistemático; ha imaginado en el origen de nuestra historia yo no sé qué estado de infancia, punto de partida de todos los progresos del espíritu humano. Dicen ser la espontaneidad precediendo á la reflexion, la ignorancia disipándose á medida que las primeras generaciones se alejan de su cuna (2). ¿Ha olvidado esta escuela el respeto que á la antigüedad profesaron los sábios ilustres, que se llaman Confucio, Platon, Aristóteles, Ciceron, y los homenajes que con voz unánime han rendido á la sabiduría de sus padres? (3). No, señores; por boca de uno de sus más afamados representantes, tiene

(1) Véase en el *Salvaje* la energética pintura del salvaje, por José de Maistre.

(2) Véase las citas en el *Salvaje*.

(3) Confucio, Platon, Aristóteles, Ciceron, todos los genios más elevados del mundo pagano, celebraron con voz unánime la sabiduría de sus padres. Más bien se consideraran como restauradores de la antigüedad que como novadores. Convencidos de que lo más antiguo es lo mejor, favorecieron el testimonio de los antepasados en apoyo de lo más sublime que han dicho sobre Dios y sobre las verdades religiosas. ¿No sería absurdo este respecto á la antigüedad si todos estos filósofos no estuvieran convencidos de que las primeras edades fueron ilustradas con la ciencia de las cosas divinas? (M. el abate Lefebvre *Essai sur l'origine, la nature et la fin de l'Éducation*, citado por el abate Lefebvre, *Les dogmes catholiques*, Véase á Platon, *Loyes*, lib. IV, num. Phédon. Ciceron *De Legibus*, cap. XVI textual, lib. I, cap. XII, *De natura deorum*, lib. III, cap. LXXII, lib. II, cap. II y siguientes. Pienso de *Ídolo*

dichó que «todas las tradiciones antiguas se remontan á una edad en que el hombre, al salir de las manos de Dios, recibió de El inmediatamente todas las luces y todas las verdades, oscurecidas despues y corrompidas por el tiempo y por la ciencia imperfecta de los hombres. Esa es la edad de oro, ese el Eden que la poesía y la religion nos presentan en las primeras páginas de la historia» (1). Fijémonos en esta afirmación. Nosotros no tenemos derecho á sacrificar las tradiciones por los sistemas, mucho más cuando estas tradiciones acaban de confirmar una historia justificada por la ciencia, en la verdad fundamental que esta nos enseña, tocante á la unidad de la especie humana. Esta historia es la que se debe leer para conocer el estado primitivo de la humanidad en su cabeza. Dejemos, pues, las fantasías filosóficas y pasemos á los hechos.

Nos hallamos en medio de las ricas y encantadoras llanuras de la Armenia, á la hora en que la naturaleza toda joven no ha podido ser marchitada por el soplo del tiempo. Un vasto y magnífico jardín, regado por cuatro rios nacidos de una misma fuente, á cuyas orillas ha reunido el Señor todas las bellezas capaces de arrobar el corazón y todos los pla-

et Ovidius Aristoteles, De Mundo, cap. VI. Vida de Confucio por el Padre Amiot, tom. XII de las Memorias sobre los chinos, pag. 341.

Lucano en su Pharsalia nos representa al hombre primitivo instruido por el mismo Dios.

Discipule simul nascentibus auctor

Quisquis scire licet.....

(1) Causa, introducción á *El libro de la filosofía*, lección sétima.
M. Denon, conviniendo con los alegamos en la universalidad de la tradición, respecto á Eden, hace luego la misma confesión: «Es preciso, dice, que tales analogías se apoyen en algún rasgo general de la humanidad ó en alguno de sus instintos más marcados.» (*Histoire des langues semitiques*, páginas 476.)

ceres capaces de embriagar los sentidos, espera por su huésped y señor. ¡Hélo aquí! Dios lo trae en sus brazos y lo coloca en este paraíso de delicias (1). Allí es donde se queda dormido en sueño de éxtasis; allí es donde se levanta para contemplar el hueso de sus huesos, la carne de su carne, y cantar el himno de su casto amor.

¡Qué bello! la gracia, la nobleza, la majestad, la perfección de las formas que admiramos en las obras maestras del arte, no se acercan, ni con mucho, al armonioso conjunto de líneas, contornos, expresión y movimientos que nos ofrece ese cuerpo hecho de mano del mismo Dios y animado de un soplo de vida que traspira á través de su carne immaculada, irradia de sus pies á su frente real, y en su virginal hermosura nos hace admirar la doble expansión de la gracia y de una naturaleza perfecta. Adán ha recibido la gracia en una plenitud que jamás será excedida; por ella posee todas las virtudes sobrenaturales (2), y su naturaleza, inundada de este rio sagrado, recibe todos los privilegios de la integridad (3).

(1) Tullit ergo Dominus Deus hominem et posuit eum in paradiso voluptatis. (Genes, cap. II, 15.)

(2) Cf. Summ. theol., p. I, quest. 95 a. 1. Utrum homo fuerit creatus in gratia? A. 3. Utrum Adam habuerit omnia virtutes?

(3) Quod homo fuerit conditus in gratia. Videatur requisitoribus rectando primi status in quo Deus hominem fecerat, secundum illud Eccles. 7. Deus locuit hominem rectum. Erat enim sanctus secundum hoc quod ratio subdebatur Deo; rationi vero inferiora vires et anima corpus. Prima autem subjectio erat causa et secunda et tertia. Quamvis enim ratio subdebat Deo subiecta, inferiorque et subdebat (ut August. dicit). Manifestum est autem quod illa subjectio corporis ad animam, et inferiorum virtutum ad rationem non erat naturalis aliquis post peccatum mansisset, cum etiam in duobus data naturalis post peccatum permanserit (ut Dionys. dicit 4. cap. De div. nom). Unde manifestum est quod et illa prima subjectio qua ratio Deo subdebat; non erat solum secundum naturam, sed secundum supernaturalem donam gratiae. Non

Su alma, penetrada de una virtud maravillosa, domina los elementos corruptibles de la materia, y corrige su tendencia nativa á la disolución. Sin estar libre de las necesidades de la naturaleza, nada siente su humillante servidumbre (1). Señor de su cuerpo al cual alimenta del fruto del árbol de la vida (2), sin temer nada la acción del tiempo, ni sufrimientos, ni muerte, espera tranquilamente el perpetuo renovamiento de sus días. Todo va pasando á su vista, sólo él permanece sosegado hasta que Dios tenga á bien coronar con la gloria de sus supremas revelaciones su vida inmortal y sin mancha (3).

Toda esta vida es una contemplación, mientras su poderosa y noble inteligencia, libre de los sentidos, se eleva rápidamente de lo perecedero á lo eterno, de lo mudable á lo inmutable, de lo finito á lo infinito. El no ve aún la esencia divina cuya intuición le está prometida, ni los coros angélicos que acompañan á la majestad santísima de Dios; pero penetra tan vivamente con la vista del alma las criaturas que llevan impresas las perfec-

enim poterit esse quod effectus sit potior quam causa, (Summ. theol. I p. quest. 95 a. 1.)

Algunos autores han pretendido que la integridad de la naturaleza ha precedido á la gracia, la cual no fué dada á Adán hasta poco antes del pecado. El Concilio Tridentino, no queriendo resolver la cuestión, se ha servido en su definición de la palabra *constituitur*, en lugar de *creatur*. «Si quis non constituitur primum hominem Adam, cum mandatum Dei in paradiso fuerit transgressus, statim sanctitatem et iustitiam in qua constitutus fuerat antea, acerbam sit» (Sess. 5 can. 1.) La opinión de Santo Tomás es la más general y la más conforme al lenguaje de la Escritura.

(1) Cf. Summ. theol. I p. quest. 97. a. 1. Utrum homo in statu innocentie iudicabatur sibi?

(2) Cf. Ibid. a. 4. Utrum homo ex statu innocentie per lignum vite immortalitatem consequutus fuisset?

(3) Cf. Ibid. a. 2. Utrum homo in statu innocentie fuisset passibilis? a. 1. (Utrum homo in statu innocentie fuisset immortalis?)

ciones de Dios; posee una tan grande fuerza de reconcentración para descubrir y estudiar en sí mismo la imagen y semejanza de su Creador (1), como también las afinidades de su espíritu con los espíritus superiores, que mucho mejor que todos los filósofos y teólogos conocen los splendores del mundo invisible (2).

Semejante á esas mágicas iluminaciones que anuncian á nuestros ojos asombrados la apertura de una grande solemnidad, su inteligencia domina de un golpe la ciencia sin que le sean necesarios largos estudios ni experiencias. Todo lo que el hombre puede llegar á saber, lo aprende él del padre de las luces. Por la vía rápida de la inspiración, y sin el trabajo del análisis, posee en un momento la síntesis de los conocimientos humanos. Leyes del universo, secretos de la naturaleza, esencia y propiedades de los seres, géneros, especies, principios del orden intelectual y moral, conclusiones inmediatas y remotas, nada se le oculta. A estos conocimientos añade Dios la revelación de los misterios de su vida y de su gobierno espiritual. Su magnífica bondad no puede ocultar nada á aquel que ha de instruir y gobernar la humanidad naciente, y que aun en caso de desgracia, hará vivir las generaciones primitivas de esa misma ciencia. Como primer padre del género humano, Adán goza de toda la plenitud de la vida; como primer doctor, es justo que goce también de la perfección de la sabiduría. El es el más grande de los sábios. A pesar de esto, aun puede adquirir más, y gozarse en los encantos que produce cada descubrimiento de una verdad. En este

(1) Cf. Summ. theol. I p. quest. 94. a. 1. Utrum primus homo per essentiam Deum videret?

(2) Cf. Summ. theol. I p. quest. 94. a. 2. Utrum Adam in statu innocentie angelos per essentiam videret?

camino de progreso él marcha con paso seguro, pues que mientras su voluntad permanezca sumisa á Dios, nada hay por qué temer el error. La imaginación que trastorna nuestros juicios, sabe él sujetarla y hacer prevalecer sobre sus sueños las luces puras de la razón; la precipitación es ignorada de su prudencia, que se mantiene humilde y tranquila en los umbrales de lo desconocido (1).

El Perfecto en su inteligencia, no lo es ménos en su voluntad, la cual sigue sin oposicion los consejos de la conciencia y obedece dócilmente á los toques de la gracia. Amar el bien supremo sobre todos los otros bienes, le es tan fácil como el respirar. Ninguna pasión detiene el natural movimiento de su corazón hácia Dios, ni embaraza sus pasos en el camino de las virtudes. Tan firme como ilustrado, su libre albedrío reina soberanamente sobre los apetitos del alma y de la carne. Si deja á la pasión obrar en alguna de sus acciones, es para hacer más deliciosas las alegrías espirituales, más profundo su santo amor del bien y de la justicia, más vivas sus religiosas esperanzas (2); y si no tiene el mérito de una lucha costosa, tiene el que la prontitud y la fuerza del amor dan á los actos perfectos (3).

Tal es en su persona el jefe de la humanidad. Sus relaciones con Dios y con las criaturas llevan el sello de su grandeza y de su inocencia.

En todas las figuras de este mundo no halla el Creator bastantes encantos con que hacer feliz la vida del hijo de su amor. Af declinar

(1) Cf. Summ. theol. 1. p. quest. 94. a. 3. utrum primus homo habuerit scientiam omnium? a. 4. Utrum bonum in primo statu discipi possit?

(2) Cf. Ibid. quest. 95. a. 2. Utrum in primo homine fuerint passiones?

(3) Cf. Ibid. quest. 95. Utrum opera primi hominis fuerint minus officia ad erendum quam opera optata?

la tarde, cuando la brisa es deliciosa como el perfume de las flores, Dios hace oír en la soledad del Eden su paso majestuoso y su grande voz (1). Se acerca revestido de formas misteriosas cuyo resplandor eclipsa toda belleza criada, visita á nuestro primer padre y le invita á las dulces confidencias, á las tiernas expansiones. Adán le pregunta, Dios le enseña; Adán le ruega, Dios le escucha; Adán le adora y le da gracias, y Dios le bendice. ¡Familiaridad santa que no es todavía la union bienaventurada del cielo, pero que la prepara elevando el alma á las cosas de lo alto: comercio sagrado, que más tarde no será conocido sino por las almas perfectas, aunque nunca con la intimidad del paraíso!

Honrado con las visitas del Señor, Adán se siente más dueño de las criaturas. Ellas son suyas, porque así lo pide el orden de las cosas, y Dios se digna consagrar con un mandato su real dominación. Mas el padre de los hombres es un rey pacífico. Cuanto impone su grandeza, tanto atrae su inocencia, y los animales se llegan sin temor á sus pies. De un golpe de vista penetra su naturaleza, y da á cada uno el nombre que le conviene (2). El los llama, los

(1) Cum audisset vocem Domini Dei desubstantis in paradiso ad eum post meridiem. (Genes., cap. III. 8.) Segun este texto, se puede creer que Dios se acuerda visitar á nuestros primeros padres en el paraíso. Después del pecado ellos se esconden al oír el paso y la voz de Dios: antes del pecado están á su encuentro.

(2) Formavit igitur Dominus Deus, de limbo cineris animantium terre et universa volatilibus caeli, addavit ea ad Adam et videtur quid vocaret eas: et cum vidit quod non vocaret eas, creavit enim apud vocem Adam animas vivantes, spiritum est nomen ejus. Appellavitque Adam omniaque suis vocibus animantia, et universa, volatilia caeli et omnes bestias terre. (Genes., cap. II. 19, 20.)

Cf. Summ. theol. 1. p. quest. 95. a. 1. Utrum Adam in statu innocentiae animantium dominaretur? a. 2. Utrum homo habuisset dominium super omnes alias creaturas?

acaricia, y los despide. Todos sienten el encanto de su presencia y de su voz, y amansan, por darle gusto, su fiereza y duras pasiones (1); nada le temen, porque él no sabe más que mandar. Por más que la naturaleza le sea generosa, el hombre debe ser diligente é industrioso en cortegir por su mano las imperfecciones que de propósito ha dejado Dios en su obra. Adán está sometido á la santa ley del trabajo, trabajo desinteresado que pide el deber y no la necesidad, el sentimiento de lo bello y no la codicia; trabajo agradable con que se ejercita el cuerpo sin fatigarse; trabajo inteligente que dirige las fuerzas conocidas de la naturaleza en vez de luchar con fuerzas ignoradas; trabajo sábiamente ordenado, que no impide el deber piadoso de la contemplación (2).

Para secundar el trabajo de Dios, Adán tiene el encargo de guardar el lugar de delicias donde pasa su vida. *Posuit cum Dominus in paradiso colupitatis, ut operaretur et custodiret illum.* (3) ¿Para quién lo guarda? Para su posteridad; porque bien pronto será padre. No os imaginéis, como ciertos autores demasiado preocupados de nuestras miserias, que Dios por respeto á la inocencia de nuestros primeros padres, va á renovar en cada individuo de la humanidad el grande acto de la creación. Esto no es razonable, dice Santo Tomás. En todo estado es una honra comunicar la vida y asemejarse de esta suerte al principio de toda existencia. La humanidad es una especie, y la especie tiene sus leyes de multiplicación cuyo

(1) Cf. *Ibid.* quest. 102. a. 3. *Utrum homo sit positus in paradiso ut operaretur et custodiret illum?*

(2) *Genes.*, cap. II, 13.

(3) Cf. *Ibid.* quest. 102. a. 3. *Utrum homo sit positus in paradiso ut operaretur et custodiret illum?*

cumplimiento ha consagrado y santificado Dios con su bendición. En virtud de aquellas palabras pronunciadas sobre toda vida: *Crescite et multiplicamini, et replete terram.* Adán será padre sin que sea necesaria la intervención milagrosa de Dios en la efusión de su sangre. Pero escuchad, señores, esta candorosa y adorable expresión de la Escritura: «Adán y su esposa estaban desnudos y no por eso tenían vergüenza: *Erat autem uterque nudus Adam scilicet, et uxor ejus et non erubescerant* (1). La carne no ofrece, pues, á sus ojos más que los atractivos de la casta hermosura de que Dios la ha adornado en su creación. Ellos ignoran sus rebeliones y sus placeres criminales. Todo es santo para estos hijos de Dios, que deben multiplicar la gracia al mismo tiempo que la vida (2).

Aunque sus hijos tengan, al nacer, la tierna delicadeza del niño, no sufrirán por eso las enfermedades del mortal (3). Aunque se vean precisados á esperar la robustez de la voz con que muy pronto cantarán el himno de sus pensamientos; á su tiempo, sin embargo, recibirán la plena luz de una ciencia perfecta, y no temerán que el error se confunda con las verdades prontamente adquiridas y hechas su propiedad intelectual (4). Y si no nacen impecables, serán, desde el primer momento de su

(1) *Genes.*, cap. II, 25.

(2) Cf. *Summ. theol.* I^a q^{uest.} 98. a. 1. *Utrum in statu innocentie filius generalis? a. 2. Utrum in statu innocentie filius generatio peccatorum?*

(3) Cf. *Ibid.* quest. 99. a. 1. *Utrum pueri in statu innocentie mori nati virtutem perfectam habuerint ad motum membrorum?*

(4) Cf. *Summ. theol.* I^a q^{uest.} 100. a. 1. *Utrum in statu innocentie pueri nati fuissent in scientia perfecti? a. 2. Utrum pueri mori nati habuerint perfectum usum rationis?*

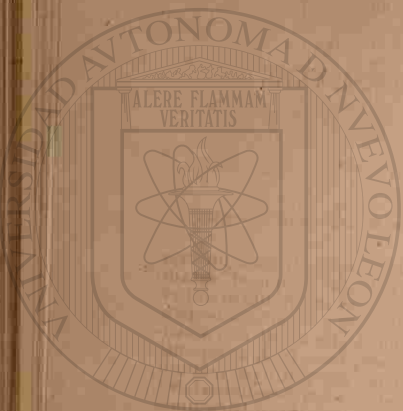
libre albedrio (1). En fin, para resumir en pocas palabras el pensamiento de esta Conferencia: La humanidad toda entera se halla en Adán en el estado de santidad y de integridad.

Vosotros mirais en derredor vuestro, os preguntais á vosotros mismos, y parece que me decís si finjo ilusiones. No, señores, cuento una historia. Cierto es que todo parece contradecir esta historia; la muerte, que corta una en pos de otra tantas generaciones, nuestras miserias, nuestras enfermedades, nuestras dolencias, nuestros errores, nuestras pasiones, nuestras faltas, nuestros crímenes: pero todo tiene su explicación en un acontecimiento que ha desfigurado la humanidad en su mismo principio. Pronto hablaremos de él. Por hoy, conpongamos en esta importante verdad: De un extremo al otro del mundo, los hombres, hijos de un mismo padre, están unidos por la doble fraternidad de la sangre y de la desgracia.

Esta verdad, proclamada altamente y en todo tiempo por la Iglesia, ha hecho brotar de su seno heroicos sacrificios. Allí donde los sacrificios son imposibles, ha avivado el fuego sagrado de la oración y ha abierto los tesoros de la limosna. Ante el Verbo encarnado, muerto por la salud del mundo, el más despreciado, el más vil de los salvajes es á los ojos de un cristiano cuanto puede ser el ciudadano más encumbrado. El cristiano no canta, como los pretendidos amantes de la humanidad, en las calles y en las plazas: Los pueblos son nuestros hermanos, nuestros hermanos...! pero en lo interior de su corazón siente vibrar dolorosamente las fibras de su amor fraternal cuan-

(1) Cf. *Ibid.* quest. 100. 2. 1. *Utrum homines fuissent nat. cum iustitia?*
2. 2. *Utrum pœrri in statu innocentie nat. fuissent la iustitia confirmati?*

do se acuerda de las naciones sentadas aún entre sombras de muerte. El cristiano no clama locamente por el universal y execrable triunfo de la libertad sobre las ruinas de todo poder; pero quisiera que la humanidad entera se viese libre del vergonzoso cautiverio del pecado. El cristiano no pretende inocular en todos los pueblos el virus de la revolución y hundirlos en una comun impiedad; pero si él pudiera, los bañaría todos en la sangre de Jesucristo y llevaría hasta los polos del mundo los beneficios de la encarnación reparadora.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

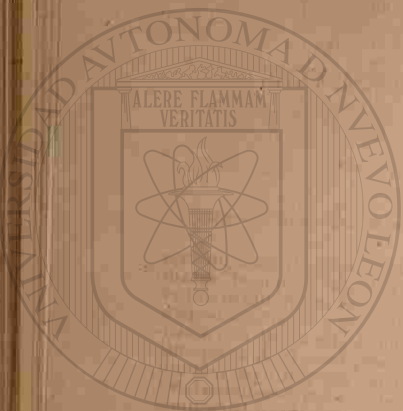
CONFERENCIA XXVII.

LA CAIDA.

EMINENTÍSIMO SEÑOR, MONSEÑORES (1), SEÑORES:

Antes de terminar nuestra última conferencia, hemos hecho ver, á la vez que el estado glorioso y feliz en que fué criado nuestro primer padre, el abatimiento y las miserias presentes de la humanidad. ¿De donde ese abatimiento y esas miserias? ¿Acaso Dios, arrepentido de lo hecho y celoso de nuestra perfeccion, ha cerrado la fuente de sus beneficios? No, señores, no. No debemos inculpar á Dios nuestra ruina. Adán perseverando, podia transmitirnos los dones que habia recibido de Dios. Su inmortal gloria debia consistir en ver multiplicarse su santidad y sus prerogativas en toda la posteridad. Mas esta trasmision hubiera sido sin honra si dependiese de las leyes necesarias á que están sometidos los seres sin razon. El hombre debia poner en ello todas sus facultades, y especialmente la que es señora de sus

(1) Su Eminencia el cardenal Guibert, Mons. Bezel, obispo de Vannes, y Mons. Ravinet, antiguo obispo de Troyes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CONFERENCIA XXVII.

LA CAIDA.

EMINENTÍSIMO SEÑOR, MONSEÑORES (1), SEÑORES:

Antes de terminar nuestra última conferencia, hemos hecho ver, á la vez que el estado glorioso y feliz en que fué criado nuestro primer padre, el abatimiento y las miserias presentes de la humanidad. ¿De donde ese abatimiento y esas miserias? ¿Acaso Dios, arrepentido de lo hecho y celoso de nuestra perfeccion, ha cerrado la fuente de sus beneficios? No, señores, no. No debemos inculpar á Dios nuestra ruina. Adán perseverando, podia transmitirnos los dones que habia recibido de Dios. Su inmortal gloria debia consistir en ver multiplicarse su santidad y sus prerogativas en toda la posteridad. Mas esta trasmision hubiera sido sin honra si dependiese de las leyes necesarias á que están sometidos los seres sin razon. El hombre debia poner en ello todas sus facultades, y especialmente la que es señora de sus

(1) Su Eminencia el cardenal Guibert, Mons. Bezel, obispo de Vannes, y Mons. Ravinet, antiguo obispo de Troyes.

acciones: el libre albedrío. Hé ahí por qué Dios, después de haber establecido la ley de la propagación, somete á nuestro primer padre y en su persona á todo el género humano, á una prueba que deba fijar el curso de sus destinos. «Como, le dice Dios, de todo árbol del paraíso; pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque en el día en que comieres, morirás de muerte» (1).

Dos cosas se infieren de esta prohibición: que el hombre es libre, y que Dios es Señor.

El hombre es libre. Si por de pronto no comprende hasta qué punto es dueño de sus destinos, porque sólo atiende á la dulce impresión de la gracia que dirige su voluntad hacia el bien, puede, en presencia del mal, formar conciencia de sus fuerzas y medir el apoyo que es capaz de prestar á su grandeza con una cooperación reflexiva y deliberada.

Dios es Señor. Y para afirmar la dependencia del dominio que él ha concedido, lo restringe con un sacrificio que el hombre está obligado á cumplir. Este es el sacrificio que dará á la bondad divina la señal de una efusión no interrumpida de sus dones, porque por él conocerá el hombre todo lo que Dios es para él y que Dios le ama más que él á sí mismo.

Revelar al hombre su poder; exigir de él una prueba extraordinaria de su obediencia y de su amor; consolidar por esta prueba la unión íntima del Criador y de la criatura; hacer del hombre, revestido de la gloria del merecimiento, el agente de su grandeza y de su felicidad; tal es, señores, el fin de la prueba impuesta á nuestro primer padre.

(1) Præcepit ei dominus: Ex omni ligno paradisi comede, de ligno autem scientiæ boni et mali ne comedas: in quocumque enim die comederis ex eo, morte moriaris. (Génes, cap. II, 16, 17.)

¿Cómo la soportó? ¡Ay! demasiado lo sabeis. El rey del mundo cayó, y las resultas de su caída han sido y serán dolorosas hasta el fin de los siglos para todas las generaciones. Pero no nos precipitemos en el estudio de este lamentable suceso. Hoy vamos á considerar de qué manera entró el pecado en el mundo. Esto es todo un drama que es preciso seguir de los cielos á la tierra; pues que aquel punto del universo, que fué cuna de la humanidad, no es más que un segundo teatro donde se continúa una revolución ya comenzada. Prestadme vuestra atención; yo os haré asistir al prólogo, á la acción y al desenlace del grande y triste drama de la caída.

I.

En nuestra conferencia sobre el mundo invisible, apoyados en la palabra de la Escritura, hemos llegado por las inducciones de la razón á las regiones que habitan los espíritus (1). Allí hemos admirado el poder, la ciencia y el amor, bajando como en cascadas armoniosas del seno de Dios á los coros angélicos y agrandándose á medida que ellos se acercan á la familia divina. ¡Qué bellas son las santas jerarquías de que el Criador ha poblado los cielos! ¡Qué admirable su concierto al cantar en las eternidades el sagrado trisagio! Convenía á la gloria de Dios coronar su obra con la creación de los ángeles, como espejos más vivos y resplandecientes de su inimitable bondad, como cantores más nobles y más hábiles de sus perfecciones infinitas.

Ellos han sido criados tan dichosos como bellos, recibiendo su rica naturaleza del mis-

(1) Véase la conferencia decimaquinta: *El Mundo invisible*.

mo acto que les dió el sér, todo su engrandecimiento (1). Sin embargo, no poseen desde el primer instante de su creacion, la perfecta y sobrenatural felicidad á que Dios los destina. Llamados á contemplar la esencia divina y á gozar de sus abrazos amorosos, es preciso que ellos mismos merezcan este honor que Dios no debe á ninguna naturaleza criada (2). Es cierto que su poder absoluto podria hacer salir de la nada una criatura perfecta, consumada en gracia y en gloria, en el instante primero de su existencia; pero su divina sabiduría no ha querido dejar á su poder una tan grande libertad, porque es más conveniente y más digno que el sér inteligente, en virtud de una cooperacion deliberada, sea colaborador de su propia grandeza y de su propia felicidad.

El ángel debe, pues, merecer. Por eso le ha dado Dios, al mismo tiempo que la naturaleza, la gracia, principio de todo acto sobrenatural y virtud proporcionada al fin que se trata de alcanzar (3). Y esa gracia ha sido medida según la perfeccion natural del espíritu á quien vivifica: cuanto él es más bello en su origen, tanto más tiene de gracia y de gloria (4). Pero es preciso que se decida, y esto pronto estará hecho. No hay allí dudas ni tardanzas en la resolución, porque basta que se le proponga el

(1) *Quantum ad beatitudinem quam angelus assequi virtute suae auctoritate potest, facti creati beatissimi: quia perfectionem huiusmodi angelus non acquirit per aliquem motum discretivum, sicut homo, sed statim et adest propter suam naturam dignitatem.* (Summ. theol. I, p., quest. 62, a. 1.º) Cf. *Ibid.*, quest. 58, aa. 3 y 4.

(2) Cf. *Summ. theol. I, p., quest. 62, a. 4.º* (Utrum angelus beatum suam beatitudinem mereat?)

(3) Cf. a. 3. Utrum angeli sint creati in gratia?

(4) Cf. *Ibid.*, a. 6. Utrum angeli alii consecuti gratiam et gloriam secundum quantitatem suorum naturalium.

bien para que inmediatamente lo acepte ó lo rechace de una manera inamovible (1).

Mirad ya á lo alto, señores, y seguid con la vista del alma el rápido movimiento de las jerarquías angélicas. ¿No las veis cómo obedeciendo á manera de relámpago al llamamiento de Dios, entran en apiladas falanges en el cielo de los cielos que se les ha abierto? Ah, no. Una borrasca espantosa estalla de repente á la puerta misma de la eterna bienaventuranza. Uno de los ángeles más bellos, Lucifer, demasiado satisfecho de sí mismo, rehusa las dádivas de Dios (2); su grito de rebelion, resonando en todas las jerarquías, arrastra en pos de él millares de espíritus celestiales. No es su fuerza quien los sujeta, es su hermosura que los arrebató (3). Una gran batalla se empuña en el cielo: *Factum est praelium magnum in caelo*: Miguel con sus ángeles hacen frente á los rebeldes. Nada de armas, nada de estampidos, nada de confusion, nada de sangre en esta lucha gigantesca; una sola palabra decide del éxito del combate: *Michael!* ¿Quién hay semejante á Dios? Esta es la descarga que en un abrir y cerrar de ojos destroza el ejército de los rebeldes y los precipita de las alturas á los abismos eternos (4).

(1) Cf. *Ibid.*, a. 5. Utrum angelus statim post unum actum meriti beatitudinem habuerit?

(2) Cf. *Summ. theol.*, I, p., quest. 63, a. 7.º (Utrum angelus supremus inter peccatores fuerit supremus inter omnes?)

(3) Cf. *Ibid.*, a. 8. Utrum peccatum primi angeli fuerit aliis causa peccandi?

(4) *Et factum est praelium magnum in caelo; Michael: si angeli sua praefabuntur cum dracone; et draco pugnavit et angeli eius et non valuerunt, ecce locus in ventris eorum amplius in caelo. Et projectus est draco ille magnus, serpens antiquus, qui vocatur diabolus et satanas, qui sedebat universum orbem; et projectus est in terram et angeli eius cum ipso missi sunt.* Apoc. cap. XII, 7, 8, 9.

Quomodo cecidisti de caelo. *Lucifer qui mané occideris* (1). ¿Cómo has caído del cielo, tú, Lucifer; tú que alegrabas la aurora de la creación con tus resplandores; tú, que llevabas el sello de la imagen divina, lleno de sabiduría y vestido de hermosura; tú, creado en las delicias del paraíso y colmado de los dones de Dios; tú, tan grande y tan rico; tú, querubín de alas extendidas para proteger el trono del altísimo, perfecto en tus caminos desde el día de tu creación? (2). ¿Cómo has caído? ¿Quomodo cecidisti? ¿Acaso Dios, celoso, ha temido la muchedumbre de tus perfecciones y te ha humillado y hollado por asegurar su grandeza? ¿Debemos estas ilusiones insensatas para aquellos que olvidan que toda belleza creada no es más que un reflejo de la belleza increada, y que nada hay capaz de espantar á aquel ante quien el universo es como si no fuera! ¿Te has imaginado tú á ti mismo una grandeza vana como aquella que tantas veces seduce nuestros débiles espíritus? Pero los fantasmas no tienen lugar en tu pura sustancia, donde la inteligencia se dirige con movimiento recto y firme á la verdad. No te lleva, no, ni la pasión ni la costumbre; tu naturaleza perfecta no conoce estas miserias. El error y la ignorancia son incompatibles con la felicidad en que fuiste creado (3). ¿Cómo has caído? ¿Quomodo cecidisti?

(1) Isai. cap. XIV, 12.

(2) Tu signaculum similitudinis, pleus sapientia et perfectus decoret in illis paradisi facti... Tu cherub extensus et protectus... Perfectus in vita tua in ille conditionis tue, donec inventa est iniquitas in te. (Ezech. capitulo XXVIII, 12, 13, 14, 15.)

(3) Ad quartum dicendum, quod peccatum mortale in actu liberi arbitrii contingit esse dupliciter. Uno modo ex hoc quod aliquod malum eligitur: sicut homo peccat eligendo adulterium quod secundum se est malum. Et tale peccatum semper procedit ex aliqua ignorantia vel errore: alioquin id quod est malum non eligetur ut bonum. Errat quidem adulter in particulari, eli-

Dificili nos es, señores, responder á esta pregunta, porque nuestra naturaleza mixta apenas puede daros á entender los actos angelicos. Sin embargo, ello es cierto que los ángeles pecaron. «En las santas jerarquias se han hallado malvados, dice la Escritura, que no han querido conservarse en la verdad (1). Dios ha visto su iniquidad y no los ha excusado (2). Todo el que peca, sigue el partido del diablo; porque el diablo ha pecado desde el principio» (3). El ha pecado como pecar pueden los espíritus. Los bienes groseros que fascinan nuestros sentidos no podían tener para él ningún atractivo. Sólo en el orgullo pudo hallar su ruina (4), y este orgullo ha venido á ser la

per hunc delectationem inordinati affectus, quasi aliquid bonum ad nos sequendum propter inclinationem passionis sui habitus etiam in universali non erit, sed verum de hoc sententiam tenent. Hoc autem modo in Angelis peccatum esse non potuit, quia nec in angelis sunt passionis quibus talis aut intellectus ligatur, ut ex superioribus patet (q. 59, a. 4); nec iterum primum habitus procedere potuit ad peccatum inclinans. Alio modo contingit peccare per liberum arbitrium, eligendo aliquid quod secundum se est bonum, sed non cum ordine debite mensuræ aut regulæ: ita quod defectus inducens peccatum est solum ex parte electionis, qui non habet debitum ordinem nisi ex parte recte delectæ sicut si aliquis eligat orare, non attendens ad ordinem ab Ecclesiis institutum. Et huiusmodi peccatum omni præsugit ignorantiam sed absentiam solum considerationis eorum que considerari debent. Et hoc modo Angelus peccavit convertendo se per liberum arbitrium ad propriam bonam absque ordine ad regimen divinæ voluntatis. (Summ. theol. I. q. quæst. 61 a. 1. 22 a.)

(1) Diabolus in veritate non stetit (Iovin. cap. VIII, 44.)

(2) In angelis reperit pravitatem (Job, cap. IV, 16). Deus angelis peccatis non peperit. (II. Petr., cap. II, 4.)

(3) Qui facit peccatum in diabolo est, quoniam ab initio diabolus peccat. (Iovin. cap. III, 8.)

(4) Ita vultus peccata in angelis esse peccata, ad quæ contingit affecti spirituales naturam. Spirituales enim sunt naturam affecti non contrariæ: ad bona que sunt propria corpori, sed ad ea que in rebus spiritualibus inveniri possunt. Nihil enim affectus nisi ad id quod esse naturæ potest esse quodammodo conveniens. In spirituales autem bonis non potest esse peccatum, dum

fuente maldita de toda iniquidad: *Initium omnis peccati superbia* (1). El se ha dejado seducir de su propia hermosura (2). Yo subiré, exclama este soberbio, y seré semejante al Altísimo (3). *Ascendam et similis ero Altissimo*. ¿Ha creído él realmente que podía igualarse á la infinita majestad de Dios? No. Este luminoso espíritu subía muy bien que su ser finito, aunque creciese por toda la eternidad, jamás sería igual al infinito (4). Pero protestando magnánimamente contra el orden establecido, ha comenzado la larga é interminable serie de esos orgullosos naturalistas que repudian sus destinos sobrenaturales y no atienden más que al desarrollo de su naturaleza, ó que osan aspirar á la felicidad suprema de ver á Dios, sin contar para llegar á este término sublime más que con sus propias fuerzas. En una palabra, Lucifer no ha querido tener la felicidad más que de sí mismo, lo cual es propiedad de sólo Dios (5).

He ahí su primer crimen: el orgullo. La en-

quis ad se afflictor illi per hoc quod in tali affectu superioris regule non accititur. Et hoc est peccatum superbia, non subd. superior; in eo quod debet. Unde peccatum primum angelis non potest esse aliud quam superbia. (Summ. theol. 1 p. q. 28. a. 2.)

(1) Ezech. cap. X. 15.

(2) Elevatum est cor tuum in decore tuo (Ezech. cap. XVIII. 17).

(3) Luc. cap. XIV. 13. — Jacturam et vana gloriolam suble dabimus quia arrogantes estis. (Hieronym. Epist. 23.)

(4) Cf. Summ. theol. 1 p. q. 28. a. 3. — Utrum diabolus appetit esse ut Deus?

(5) In hoc appetit indebitis esse similis Deo, quia appetit ut faciat ultimam beatitudinem ad quod virtute suae naturae poterat pervenire, avertens tamen appetitum á beatitudine supernaturali, quae est ex gratia Dei. Et hoc convincit dicta Anselmi, qui dicit quod appetit illud, ad quod perveniret, si attenderet. Et haec duo quodammodo in idem redunt: quia secundum utrumque appetit finalem beatitudinem per suam virtutem habere quod est proprium. (Summ. Theol. 1 p. q. 63. a. 3.)

vidia le sigue despues (1). Dios, dice el Apóstol, al introducir á su unigénito Hijo en el mundo, ordenó por segunda vez que los ángeles le adorasen. *Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terre, dicit: Et adoret cum omnes angeli ejus* (2). Esta voz segunda supone otra primera. Por eso podemos creer con algunos santos doctores y eminentes teólogos que el plan total de la creación fué desde un principio revelado á los ángeles, que en él vieron al Verbo encarnado y que Dios les pidió un cántico de adoracion para este gran predestinado. Innumerables voces resonaron al momento entonando al Verbo hecho carne una *aleluja* festiva; pero aquellos que el orgullo habia pervertido ardiéron en mortal ira contra la naturaleza humana, y prorumpieron en mormullos. ¡Oh! esplendor del Padre, dijeron ellos, espejo inalterable y viviente de la sustancia divina, ¿por qué envileceste? Si quieres unirte á la criatura, únete á nuestra luminosa y pura esencia, y no te vayas á arrastrar por imundo lodo, pues que de otra suerte sufrirás los desprecios de nuestra grandeza. Y el Verbo pronunciando sobre ellos terrible sentencia, les respondió: Apartaos, malditos! *Ite, maledicti*.

No hagais cálculos, señores, para saber cuánto tiempo duró el misterioso y tragico acontecimiento que os refiero. Mi relacion demasiado prolija no puede pintar la rapidez con que se han sucedido los actos divinos y angélicos. Propuestas y revelaciones de Dios, rebeliones del orgullo y de la envidia, juicio, sen-

(1) Post peccatum superbiae contemptum est in angelis peccatum invidiae, secundum quod de hinc hominis doluit, et etiam de excellentia divina, secundum quod, in Deo contra voluntatem diaboli ipsius utitur in gloriam divinum. (Ibid. n. 1.)

(2) Ad. Hebr., cap. I. 6.

tencia; maldición, combate de los espíritus fieles con los rebeldes, victoria, derrota, eterno destierro de las falanges reprobadas, todo se obró en un instante (1).

Caido há esa raza soberbia, y rodando va todavía de abismo en abismo, siempre maldita, siempre herida de la mano vengadora de Dios, contra la cual se levanta ella en aborrecimiento cruel y en orgullo insensato (2). Ella conserva íntegra su bella naturaleza con sus luces y poder (3), y esto es precisamente lo que le desespera, pues que tanto más humillada y avergonzada se ve en su infortunio, cuanto es mayor su nobleza. La gracia no la ilumina, pero aun así conoce demasiado su caída (4). Ella padece por verse privada de la felicidad que buscaba con un ardor desarreglado; padece por ver que los ángeles, sus antiguos hermanos, jamás podían pecar ni perder su bienaventuranza (5); pero esto no puede convertir su dolor en arrepentimiento; tanto se ha obstinado en el mal su voluntad para siempre inflexible! Al mal se han vuelto todos sus dones y en el mal permanece su obstinación, semejante á esos animales cuyo diente penetrante y cruel se hunde tan profundamente en la presa, que lo mismo es cogerla que despeda-

(1) Cf. Summ. theol., I. p., quæst. 63, a. 3. Utrum aliqua mors fuerit inter creaturam et ipsam angelam.

(2) Superbia coram qui, odium te, ascendit semper. (Psalm. LXXIII.)

(3) Propter simplicitatem suae substantiae & naturae angeli aliquod substratum potest... Ideo deus naturalis in eis integravit. (Summ. theol., I. p., quæst. 64, a. 2.)

(4) Cogitio, quam est per gratiam in speculatione certissima, non est angelicalitatis habita, sed diminuta... Cogitatione vero quæ est affectiva producta Dei amore et proprie pertinet ad datum spirituales sunt in aliter privati sicut et charitate. (Ibid.)

(5) Cf. Ibid., a. 1. Utrum dolor sit in doctribus?

zarla (1). Incapaz de hallar la dicha en la paz, corre tras las falsas complacencias de la venganza, ó ejerce la espantable fuerza de su naturaleza sobre los espíritus y sobre los cuerpos.

Venganza contra Dios, á quien intenta arrebatarse las adoraciones de la criatura oponiéndose á su omnipotencia por la seducción (2); venganza contra los ángeles leales cuyo gobierno y protección contraria, perturbando la naturaleza y engañando las almas: venganza sobre todo, contra el hombre llamado á ocupar los tronos que ella ha dejado en el cielo, induciéndole al mal para arrastrarlo consigo en la eterna desventura (3).

Esta venganza bien sé que hace sonreír á los espíritus fuertes que creen haber aniquilado á los demonios, bajo el peso de una vanidosa poesía. Pero si ellos al negar la existencia y la acción de los espíritus malos, creen haber hallado una novedad, se equivocan grandemente. Los epicúreos del judaísmo y del politeísmo les han precedido mucho tiempo antes. Y si los sarcasmos de estos han hecho muy leves huellas en la creencia del género humano, es de creer que los soberbios desprecios de nuestros contemporáneos no alcanzarán mejor fortuna. La tradición existe, y es su autoridad demasiado imponente para que no sea estimada en más que las burlas de los que la rechazan. Nosotros ya hemos demostrado, señores, la existencia de los espíritus: sobre esta verdad la razón había lo mismo que la fé. Pues si los espíritus existen, ¿se

(1) Cf. Ibid., a. 2. Utrum voluntas demonis sit ebrietas in malo?

(2) Cf. Ibid., quæst. 102, a. 2. Utrum diaboli possint homines seducere per aliqua miracula?

(3) Cf. Ibid., a. 1. Utrum homines impingentur á diabolo? a. 2. Utrum tenere sit proprium diaboli?

podrá negar su libertad? Y si son libres, ¿por qué no se ha de creer su caída? Y si hay espíritus reprobados, ¿por qué no han de usar de su poder malféfico? ¿No es prueba de este poder el que los pueblos seducidos y amedrentados, los hayan adorado bajo los nombres de divindades crueles, funestas, sin piedad: *dirae, infastae immanesque deitales*; y que los filósofos más sensatos hayan confesado su existencia y descrito su influencia en el mundo? Y el mismo San Pablo no está acorde con la historia religiosa de todos los pueblos, y con el genio de los Platones y Aristóteles, cuando nos dice: «Nuestra lucha no es únicamente contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los reyes invisibles de este mundo tenebroso, contra los espíritus de iniquidad extendidos por el aire?» (1).

Vosotros, señores, no sabéis explicaros las hostilidades de los demonios contra el hombre ignorante de su malignidad: ¿pero, sabéis bien, por qué el malo es enemigo de todo aquel que no se le parezca? El quiere atajar la virtud antes que la virtud sepa despreciarlo; él procura sorprenderla; la arma lazos; la persigue hasta verla caer, y si no puede pervertirla y corromperla, se esfuerza á lo menos por hacerla sufrir. Seguridad á vuestras conciencias, penetrad hasta la raíz de las faltas que han dehonrado vuestra vida, y fácil os será descubrir, antes que una belleza que os ha seducido, la tentación de un malvado, envidioso de las glorias de vuestra inocencia; de un mal-

(1) Non est nobis dollicitio aetheris principis et potestatis, adversus mundum tenebrarum horum, contra spirituales potestates in caelestibus. (Ephes. cap. VI, 12.)

Cf. Introducción al dogma católico, conferencia vigesimacuarta. Del discernimiento de los milagros. — Prestigios diabólicos.

vado que, con lisonjas, promesas ó amenazas, os ha inducido al pecado, únicamente por el placer de veros semejantes á él. Este malvado no es más que el instrumento de los espíritus infernales, cuyos asaltos permite Dios para dar más solemnidad á la prueba, y más gloria á los triunfos de la virtud.

La caída de las virtudes celestes podía no ser en el principio de las cosas más que una sombra providencial destinada á hacer resaltar los esplendores de nuestra fidelidad. Mas, por desventura, ha venido á ser el prólogo del drama de nuestra ruina. Tiempo es de entrar en la acción de este drama, y seguir paso á paso sus peripecias.

II.

Hemos contemplado al primer hombre adornado de sus privilegios y colmado de las delicias del Eden, donde goza de las comunicaciones de Dios y conversa con los ángeles. Pero, según está dispuesto en el plan divino, una vez dividido por el pecado el mundo de los espíritus, cuya misión es obrar sobre los seres inferiores, el hombre tiene que sufrir por necesidad sus influencias en sentidos contrarios. Al paso que los ángeles buenos sostienen su marcha y afirman sus pasos en el camino de la felicidad eterna, donde será consumada su perfección, los ángeles malos maquinan su pérdida y preparan asechanzas. No es esto mal querer de parte de Dios, pues que ninguna criatura, por poderosa que sea, es capaz de perjudicar al rey del mundo contra su voluntad. Siempre tiene el poder de resistir, y este poder más fuerte entonces que ahora, debía, según los designios de Dios, acrecentar con la victoria los méritos de nuestro primer padre

y su grandeza (1). No os extrañéis de ver entrar en la escena al ángel caído; la Providencia lo llama, y su propia perversidad lo incita.

Ya se acerca; pero ¿en qué forma? «*Sed et serpens erat callidior cunctis animantibus terrae, quae fecerat Dominus*» (2). La serpiente, dice el Génesis, era la más astuta de cuantos animales había hecho el Señor. ¿Ha abatido verdaderamente el espíritu maligno su naturaleza tan bella aun en medio de su crimen ó infortunio, hasta el punto de tomar el cuerpo de un animal? ¿Por qué no? Acostumbrados nuestros primeros padres á comunicarse con el mundo invisible bajo el velo de diferentes figuras, nada les podía extrañar; y asegurada, por otra parte, su alma contra las sugerencias interiores del demonio, era necesario que éste se les apareciese exteriormente (3). Si hubiese manifestado su presencia en una aparición conforme á su naturaleza afada, y á su triste belleza herida por los rayos del cielo, aquellos á quienes quería sorprender, hubieran

(1) *Divina sapientia disponit omnia survive (ut dicitur sapient. octavo) in quantum scilicet sua providentia singulis attribuit, quae eis, committam, eorumque salutem curam: quia (ut dicitur) Div. quarto capitulo de divinis nom.) Providentiae non est autem corrumpere sed salvare. Hoc autem potest ad conditionem humanae naturae ut ab aliis creaturis jvari vel impediri possit. Unde conveniens fuit ut Deus hominem in statu innocentiae et tentari permitteret per angelum malos et jvari) cum faceret per bonos. Ex speciali gratia hoc erat si collatum ad nullam creaturam exteriori si possent nocere contra propriam voluntatem plus quam ipsam tentationis diabolica resistere poterat. (Summa. resol. II.º q. 165. a. 1.)*

(2) *Génesis. cap. III. 1.*

(3) *Suggestio, quae spiritaliter diabolo homini aliquid suggerit, ostendit diabolum plus habere potentatis in homine, quam suggestio exterior, quae per suggestionem interiorum immutatur a diabolo saltem hominis phantasia sed per suggestionem exteriorum immutatur sola exterior creatura. Diabolus autem minimam potentatem habebat in homine ante peccatum. Et ideo non potuit cum interiori suggestionem sed solum exteriori tentare. (Summa. Theol. II.º q. 165. a. 2.)*

descubierto á su enemigo. No obstante; si á pesar de la precision y autoridad del texto no quereis ver en esta escena más que un símbolo, por lo ménos reconoced la profunda habilidad del enemigo del género humano. El busca rodeos, se hace pequeño, se arrastra, serpentea: esta es la marcha natural del malvado.

Si el malvado descubriera al momento su alma pèrvida y sus funestos proyectos, irritaria el decoro y se expondria á la vergüenza de una pronta repulsa. Sólo insinuándose por medio del engaño puede prolongar sus atentados y asegurar el éxito. Todo miente en él; su vista, su voz, sus palabras. El engaña los ojos, los oídos, el corazón; él es á la vez caricia y veneno. Vosotros mismos, señores, habeis encontrado esta serpiente en vuestra vida privada y en vuestra vida pública. Serpientes son los falsos amigos, que se han ingerido en vuestras afecciones para mejor lisonjear vuestras altas tendencias y obtener de vuestra debilidad una apostasia de la virtud. Serpientes, los aspirantes al poder que se arrastran á los piés del pueblo, captan su confianza imbécil con vanas promesas, lo incitar á la revolución y á las catástrofes, con el fin de llegar á su tiempo á la cumbre de la fortuna sobre las ruinas hechas á costa del honor y de la sangre. Hay tantas serpientes en el origen de nuestras caldas privadas y sociales, que nada extraño me parece ver una causando la caída de nuestros primeros padres.

Mirad, os ruego, su direccion. No se presenta al hombre sino á la mujer, porque sabe que es de débil fuerza (1). *Dixit ad mulierem.*

(1) *In actu tentationis diabolus erat in principale agens, sed mulier auctoritatem quasi instrumentum tentationis ad deiciendum virum tum quia mulier erat inferior viro, unde magis seduci poterat: tum etiam propter con-*

Ménos inteligente que el hombre, la mujer puede hacerse más fácilmente vana y orgullosa. Formada de la sustancia misma del hombre, ha adquirido un misterioso poder del cual puede ella servirse para el mal, como para el bien. Ella ama, ella se siente amada; y esto es demasiado para que abigue la esperanza de una condescendencia que tarde ó temprano asegura el triunfo de su voluntad. Dichoso el hombre cuya mujer piadosa hace sentir en el hogar doméstico el dulce imperio de su amor. Si llevado de sus pasiones se dispone á abandonar el camino del deber, pronto una respetuosa ternura le contendrá. Si en una hora de olvido le desatiende, no le faltará, para volver en sí una palabra, una mirada, una lágrima de aquella que le es querida. ¡Ah! qué bien han comprendido los enemigos de Dios este poder de la mujer! Ellos quisieran valerse de ella para acelerar la completa destrucción del resto de nuestras virtudes cristianas, y de nuestras creencias religiosas. Este es el secreto de ese rabioso coraje con que persiguen todo lo que representa entre nosotros la influencia divina, y de la obstinación con que trabajan por secularizar la educación de la mujer. Desgraciado el hombre si algún día lo consiguen. No solamente no le detendrá jamás en la pendiente de la más abominable corrupción, sino que arrastrado por la misma que lo podía detener, se precipitará más rápida é irremediabilmente en el abismo. Pervertir á la mujer, es la obra diabólica por excelencia.

Satanás sabía bien su oficio de corruptor. Se dirige, pues, á la mujer: *Dirit ad mulierem.* Por qué, dice él, ós ha mandado Dios que no

fructuorem vobis ad virum, maxime per caus diabolum poterit virum seducere.
(Summa theol. II^o II^o p^o quest. 183 a. 2. ad 1.)

comierais de todo árbol del paraíso? (1). ¿Por qué? pregunta: este es el modo más seguro de tentar á un alma. Una contradicción franca escandalizaría la virginidad de la fe; es preciso prepararla por los grados enervantes de la duda. Muy bien se ha dicho, señores, que «la interrogación es el arte de poner en cuestión lo que es» (2). Pero ¿qué podrá ponerse en cuestión á un alma en quien aún resuena la palabra del cielo? ¿El derecho radical de Dios á mandar ó prohibir? Esto es imposible. Nosotros mismos, por poco que conservemos de buen sentido en nuestros desvarios, jamás osamos poner en cuestión la suprema autoridad de Dios. Más bien nos persuadimos que nos engañan, y que nuestra misma conciencia, condenando el objeto hacia el cual se mueven nuestros apetitos, va más lejos que la voluntad divina. ¿Cómo la madre del género humano, más perfecta que nosotros, podrá padecer un error, ni aun sombra de duda, sobre una verdad de esta importancia! No es, pues, la autoridad de Dios lo que Satanás pone en cuestión en ese *por qué*; hé aquí el objeto de la prueba. Él no lo nombra, como si fuese indigno de llamar la atención, pero se advina; sobre él pesa la pregunta que se puede traducir así: ¿Es justa la prohibición que os ha impuesto Dios de no comer del árbol del bien y del mal? Efectivamente, señores, el árbol de la prueba parece á primera vista un juego inconveniente de la omnipotencia divina. Creo que más de una vez os habreis escandalizado de esto, no negando como han hecho algunos, la historia toda de la caída, á causa de esta sola circunstancia, sino despreciando los intérpretes que se atle-

(1) Génes. cap. III, 1.

(2) Lacordaire, conferencia sesagésima tercera: De la caída.

nen á la letra de la narración bíblica, y buscando en la misma corteza del árbol de la ciencia, yo no sé que pecado vergonzoso que nadie osa nombrar. *Ilusiones* vanas de la imaginación, que fácilmente se os pueden dispensar.

Considerad la persona del hombre. ¿Es espíritu? Si. ¿Es cuerpo? Si. ¿El espíritu y el cuerpo obran separadamente en él? No. El hombre, espíritu y cuerpo, une inseparablemente en todas sus operaciones los dos elementos de su naturaleza, y siente la necesidad de figurarse por signos lo que en él hay de más inmaterial: el pensamiento, los sentimientos, el deber. Es preciso, pues, si es que ha de ser probado, que la prueba afecte á toda su naturaleza, y consiguientemente que haya en el objeto de esta prueba un signo que hable á los sentidos, y represente al espíritu la autoridad de una voluntad superior que manda. Poco importa que este signo sea cosa grande ó pequeña con tal que exprese una idea digna de Dios. ¿Atendeis acaso á la materia ó á la forma ó al color de la cerca ó muro que cierra un campo? Que sea de madera ó de piedra, redondo ó cuadrado, blanco ó negro, nada os importan estos detalles pueriles, y sólo veis allí el derecho del propietario y la santa majestad de la ley. Libraos de violarlos, si no queréis oír las amenazas de la justicia.

Vosotros respetáis un madero muerto, ¿qué digo respetáis? lo adoráis. El tronco de un árbol seco que hallaron un día los soldados romanos, al cual añadieron otro palo atravesado para enlavar en él al hombre que los tribunales civiles y religiosos acababan de condenar, vosotros lo llamáis la cruz santa, veneranda y preciosa. *Cruz sancta, cruz veneranda, cruz pretiosa*; el estandarte del rey de reyes. *Vezi-*

lla regis; vosotros lo saludais con amor y gratitud, y si os dan una partecita de él la guardais entre oro y plata, y la acercais temblando á vuestros labios y á vuestro corazón. Y sin embargo, nada más vil que este árbol. Si lo hubieran dado á un pobre antes que Jesús de Nazaret hubiera muerto en él, acaso no lo utilizara ni para una viga de su cabaña. ¡Cuál es, pues, señores, el misterio de vuestros homenajes? ¡Ah! no van ellos enderezados al leño, sino á la sangre que en ese leño fué derramada, y al amor infinito que encierra esa sangre. Vosotros adorais la cruz, porque Jesús, verdadero hijo de Dios, muriendo por nuestra salvación, ha puesto en ella todo su amor. Pues bien; el árbol de la prueba es análogo al árbol de la cruz, con la diferencia de que el árbol de la cruz es un madero muerto, mientras que el árbol de la prueba es un madero viviente y fértil. Plantado en medio del paraíso, absorbe por sus raíces las olas de los ríos sagrados, lanza hácia el cielo su copa y deja caer de sus ramas cargadas, magníficos y deliciosos frutos que contienen de una manera misteriosa el germen de la culpa. Algo grande y temible hay aquí. El leño muerto y el leño vivo son los dos signos de Dios. En el uno ha infiltrado, al espirar, su incommensurable misericordia; en el otro, ha querido expresar con un mandato su autoridad sin límites. Si con mano profana y sacrilega tocáis el árbol de salud, ofendeis el amor de Dios redentor. Si con mano temeraria cogéis el fruto del árbol de la prueba, ofendeis la majestad santísima de Dios, dueño y señor de todas las cosas. ¡Yo te saludo, árbol del paraíso! Esos á quienes tú escandalizas, no tienen ojos para ver. El cristiano venera en tí al padre del árbol sagrado del Gólgota. Leño viviente, tú nos has dado la muerte á fin de que el leño muerto nos diese la vida. ¡Y quién

sabe si la cruz habrá salido de tus mismos vástagos? (1).

Eva ha comprendido la alta significacion del árbol de la ciencia, y no cede á la tentacion del desprecio. Reconociendo la autoridad y sabiduría del Criador en su mandamiento, responde ingenuamente al tentador: «Nosotros comemos de todos los frutos del paraíso: *De fructu tignorum qui sunt in paradiso vescimur*, pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso nos mandó el Señor que no comiéramos ni lo tocáramos, no sea que muramos: *De fructu vero huius quod est in medio paradisi, praecepit nobis Deus ne comederemus et ne tangeremus illud, ne forte moriamur* (2). No sea que muramos, responde. No dudaba ella de la veracidad de Dios, sino que ignoraba hasta cierto punto lo que era la muerte, y si esta pena era irreversibile. El demonio se aprovecha de esta incertidumbre, y haciendo caso omiso del objeto de la prueba, niega abiertamente su sancion: *Nequaquam morte moriemini* (3). «Nada de eso, vosotros no morireis.» Para nuestros débiles espíritus, la negacion franca y absoluta es una potencia; por poco que ella encuentra de favorable en los apetitos inferiores, pronto trastorna las más solidas verdades. Pero una inteligencia como la de nuestros primeros padres, firme, esclarecida, dueña de sí misma, no se deja vencer tan fácilmente. Siempre le repugna la negacion de las cosas contrarias á sus firmes creencias. El espíritu de mentira que presentia esto, sin esperar por la respuesta, que sin duda seria la fuga

(1) Cf. Summ. Theol. II^o II, p. quest. 165. *Utrum fuerit convitatus iudaeus et ordo primas reuoluntatis*
(2) Genes. cap. III. a. 3.
(3) Genes. cap. III. 4.

de la mujer espantada, la hostiga con más instancia: «No morireis, dice él; sabe muy bien Dios que el día que comiereis de ese árbol, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses onociendo el bien y el mal: *Scit enim Deus quod in quocumque die comederitis ex eo, aperientur oculi vestri, et eritis sicut dii scientes bonum et malum* (4).

Satanas se acuerda que la jactancia de su propia excelencia le ha hecho caer del cielo, y comprende que este es el blanco á donde debe dirigir sus ataques para perder á una criatura perfecta. Su último asalto está dado; esperando queda. Mas ¡ay! que la engañosa promesa, seréis como dioses, ha causado impresion; el orgullo se levanta en el alma inocente de nuestra madre (2). Prendada de las bellezas interiores que antes sólo habia mirado con ojos de humilde reconocimiento, olvida que las palabras del enemigo son una acusacion maligna de envidia y de dolo lanzada contra Dios; y por más que no abriga la necia esperanza de igualarse á su Criador (3), cree que va á hallar en sí misma la fuente de toda verdad, la ley de la vida, los secretos del porvenir y la facultad de conseguir la bienaventuranza suprema por virtud de su propia naturaleza (4).

(1) *Ibid.* 8.

(2) Cf. Summ. Theol. 2^o 2^o q. 163, a. 1. *Utrum primi hominis peccatum fuerit superbia?*

(3) *Similium solum accipiantur ad Deum; primi parentes non appetierunt, quia talis similitudo ad Deum non cadit in approbationem, praecipue sapientis. (Ibid. a. 2.)*

(4) *Primus homo peccavit precipue appetendo similitudinem Dei quantum ad scientiam boni et mali, sicut serpens ei suggestit: ut scilicet per virtutem propriae naturae determinaret sibi quid esset bonum, et quid malum ad agendum, vel etiam ut seipsum peccocognosceret quia sibi boni vel mali esset futurum. Et secundario peccavit appetendo similitudinem dei quantum ad*

Acaso me diréis, señores, que allí hubo un increíble desatino, y sin embargo vosotros mismos, ¡oh hijos de Eva! vosotros mismos habéis incurrido en él. La palabra del ángel caído ha atravesado los siglos levantando por todas partes tempestades de soberbia: ella ha agitado todas las naciones, y ha agitado á la nuestra, más frecuente que ninguna otra en revueltas insensatas. Filósofos, sabios, políticos, grandes, pequeños, todos han sido mordidos de esa tarántula diabólica:—seréis como dioses.— Este, confunde sistemáticamente todos los seres en una sola sustancia, con el fin de que todos puedan participar de lo infinito. Aquel, quiere que la razón rechace la inspiración y asistencia de un espíritu superior, y haga salir indefinidamente de su propio fondo, todos los conocimientos con que pueda construir en su día la síntesis de la verdad. El sabio se imagina que va á sorprender los secretos del universo, dominar las fuerzas de la naturaleza, y someterlas á su voluntad, despues de haberlas sujetado á sus cálculos. Los hombres de poder no piensan más que en su derecho, y pretenden gobernar las conciencias á la manera que administran los negocios públicos. Y los mismos pueblos, cansados de la honrosa modestia de una vida laboriosa, y halagados por los pontífices de la revolución, esperan llegar á ser dueños absolutos de sus destinos. En una palabra, señores, no querer hallar más que en sí y por sí lo que se debe creer y se debe obrar para ser dichosos y perfectos ¿no es esto la locura de nuestro orgullo? *Eritis sicut dii scientes bonum et malum*. Tras el crimen está el cas-

propriam potentiam operandi: ut scilicet virtus propria nature operaretur ad beatitudinem consequendum. Unde Aug. dicit (II Super. Gen. ad litteram) quod mani) similitis liberat amur proprie potestatis. (Ibid.)

tigo. Queremos engrandecernos, pero nuestra razón debilitada por sus excesos no sabe imponerse á los apetitos groseros, y de ahí viene que caigamos afrentosamente en el fango del materialismo.

La mujer pecadora es el tipo de esta decadencia. Antes que ella hubiera consentido en las sugerencias del orgullo, los castos placeres del espíritu la hacían olvidar los placeres de los sentidos. Semejante á esas bestias fieras que huyen al despuntar el día, así huyen de la luz de una inteligencia perfecta las pasiones viles, quedándose adormecidas en una oscuridad misteriosa. Tan pronto como los vapores de la soberbia han envuelto entre sombras la razón, ellas se reaniman y corren á buscar su pábulo. «La mujer miró la fruta, vió que era deleitable al gusto, y hermosa á los ojos: *Vidit igitur mulier quod bonum esset lignum ad vescendum, et pulchrum oculis, aspectuque delectabile. Y cogió y comió. Tulit de fructu illius et comedit*» (1). Todo se acabó para ella; la caída está consumada. ¡Infeliz mujer!

¡Infeliz mujer! pero aún más infeliz humanidad! La victoria de la serpiente es un hecho sin trascendencia, mientras el jefe del género humano no sucumba, porque él es quien entraña en su ser el germen activo que ha de dar vida á las generaciones (2). No es el ángel caído el que lo acometerá: por trábiles que sean sus metamorfosis, no será fácil que engañen al

(1) Genes. cap. III, 6.

(2) Manifestum est autem secundum doctrinam philosophorum, quod principium activum in generatione est a patre; materiam autem mater ministrat. Unde peccatum originale non contrahitur á matre sed á patre. Et secundum hoc si Adam non peccante Eva peccasset, filii originale peccatum non contraherent: et converso autem esset, si Adam peccasset et Eva non. (Summ. Theol. I^{II} q. quæst. 81. a. 5.)

hombre rey. Otra prueba más delicada se le reserva. El hueso de sus huesos, la carne de su carne, la hija de su propia vida, su misma compañera tan amada hará con él el oficio de tentador. Dios permite este agravamiento del pecado de la mujer, porque quiere sondear el corazón de nuestro padre, y obtener de él a costa de sus beneficios el sacrificio del más grande de los amores terrenos por el eterno amor. Adán, prendado de la belleza de su esposa, la ha querido desde el primer instante, cuanto jamás un hombre pudo querer á una mujer. En el corazón de ella, ha puesto su corazón desde que la vió y le dió la mano. Ambos á dos no tienen más que una misma vida, y hé aquí que es preciso separarse. ¡Animo, padre! Prestad oídos al clamor de vuestra posteridad: rompéd esos lazos que no pueden ménos de seros funestos. El Todopoderoso sabrá muy bien enviaros otro sueño, y formar de vuestra carne otra esposa digna de vuestra grande alma. Así hablan el deber y la gracia. Pero escuchad, señores, lo que nos dice la Escritura. «La mujer ofreció la fruta á su marido, y éste comió: *Deditque viro suo qui comedit* (1). ¡Qué terrible concisión! Sólo se cuenta el hecho fatal; todos los pormenores se pasan en silencio. Es fácil, sin embargo, adivinarlos. La voz del deber y de la gracia fué ménos atendida que las promesas de Satanás, traducidas por las caricias, las tiernas miradas y las dulces palabras de una mujer amada. Adán se dejó inflatar, como la primera víctima del ángel caído, de la esperanza de ser semejante á Dios, y se solazó sin duda de poder asociarse á la mujer amada en su nueva grandza. Su tierno afecto disminuyó la falta que Eva había come-

(1) Genes, cap. III, 6.

tido con mayor orgullo (1), pero al mismo tiempo el la agravó con todo el peso de su más perfecto conocimiento y de su responsabilidad (2). Adán ha caído, ahora sí que podemos exclamar: ¡Infeliz humanidad!

III.

«Apenas Adán, vencido del orgullo y del amor mundano, hubo comido de la fruta prohibida, la tierra se estremeció hasta lo profundo de sus entrañas; la naturaleza, pesados ya de la falta de Eva, exhaló un segundo gemido; el cielo se oscureció, estalló el rayo, y gruesas gotas á manera de tristes lágrimas cayeron sobre la tierra deshonrada» (3). Así es, señores, como Milton anuncia el desenlace del drama funesto, cuyas peripecias acabais de ver. Corto es el desenlace, pero cuántos desastres á la vez! La amenaza de Dios se cumple, y en un momento llegan á comprender nuestros primeros padres el misterioso énfasis de esta palabra divina: *Morte moriemini*.

Muerta la gracia que vivificaba su naturaleza, y la inundaba de las luces del cielo; muertos los resplandores de esa bella inteligencia, que veía sin sombra la verdad y el bien, y dirigía tan soberanamente todas las facultades del

(1) *Quantum ad speciem superbie gravius peccavit malior.* (Sommerl. Theol. II^a II, quæst. 163, a. 4.) Adám lo peccatum concupiscentie amicitie quam involentis, qui pterquam sibi ostendatur Deus, se homo et amico fiat inimicus quod cum facere non debuisset divina sententia iustus exitus indicavit. (Agust., Lib. XI de Genesi ad litteram cap. ultim. s. med.)

(2) Si consideremus conditionem personarum utriusque, scilicet mulieris, et viri, peccatum viri est gravius, quia erat perfectior. (Sommerl. Theol. loc. cit.)

(3) Earth trembled from her entrails, at pain
To pang; and Nature gave a second groan;
Sighs howl'd, and musing wonder, some sad drops
Wept at completing of the mortal sin
Original. (Paradise Lost Book, II.)

alma; muerto ese poder del libre albedrio que imperaba á los sentidos y apetitos desarreglados; muerto ese santo candor, jamás ofendido por el calor de la sangre, y que en la armonia de las formas nada veía sino la casta belleza de la carne; «los ojos de los culpables se abrieron, y advirtiendo que se hallaban desnudos, se avergonzaron el uno del otro y se cubrieron. Y como oyesen la voz del Señor, que venia andando por el paraíso a la hora de la tarde, se escondieron entre los árboles para no ser vistos de él» (1). Poco antes salian a su encuentro; ahora los desdichados piensan que con huir evitaran su presencia. Vana esperanza. Una sola voz todopoderosa basta para traerlos ante su juez. «Adán, ¿dónde estás? dice el Señor.— Señor, responde Adán, oí vuestra voz en el paraíso, y temí, porque estoy desnudo.— ¿Quién te ha dicho que estabas desnudo, sino porque comiste del árbol del cual te habia yo prohibido que comieras?» (2). Sed humilde, oh padre del género humano; que si arrepentido de corazón decís: Señor; he pecado, tened piedad de mí, puede ser que todo se remedie.—Pero no, él se excusa y se lanza como un loco en los brazos de la muerte.—La mujer que me habeis dado por compañera, dice él, me dió el fruto de ese árbol y comí. Y el Señor dirigiéndose á la mujer, la interpela: ¿Por qué has he-

(1) Et aperit sunt oculi arborum; cumque cognovissent se esse nudos, consequuntur folia ficus, et fecerunt sibi pariconata. Et cum audissent vocem Domini dei dormibentis in paradiso ad vespem post meridiem, abscondit se Adán et nuda ejus a facie domini Dei in modis ligni paradisi. (Genes. cap. III. 7. 8.)

(2) Vocavitque Dominus Deus Adam et dixit ei: Unde es? Qui ait: Vocem tuam audivi in paradiso: et timui eo quod nudus essem, et abscondi me. Cui dixit: Quis enim induxit tibi quod nudus esses, nisi quod ex ligno de quo praeceperam tibi ne comederes, comeditis? (Ibid. 3. to. 11.)

cho eso?—La serpiente me engañó, responde ella, y comí» (1). Está bien: la causa está ins- truida; escuchemos ahora la sentencia. No es esta nueva: es aquel *morte morieris* que cae sobre la naturaleza humana y la despoja de sus privilegios.

Después de haber maldecido de nuevo al espíritu del mal bajo la figura de reptil que habia tomado para seducir; después de haberlo encadenado á la materia que es el mas grande suplicio de ese sér altivo; después de haberlo condenado á arrastrarse por la tierra donde nos prepara emboscadas y donde será hollado al dero golpe de nuestra libertad victoriosa (2), Dios se dirige á la mujer y la dice: «Multiplicaré tus calamidades y tus alumbramientos: darás tus hijos á luz con dolor, estarás bajo el poder del hombre y él te dominará» (3). Castas esperanzas de una maternidad sin mancha y sin padecimiento; dulce sociedad del hogar doméstico donde el amor crea la igualdad: todo se ha perdido. ¡Oh mujer! muy caro habrás de pagar la gloria de revivir en el fruto de tus entrañas y solo por medio de amargas quejas podrás llegar á entonar este gozoso cántico: un hijo nos ha nacido. Tu amor poco há tan poderoso, ya no tendrá la misma fuerza de subyugar al dueño que Dios te ha dado. Los

(1) Dixitque Adám: Mulier quam dedisti mihi seduxit me: et comedi. (Loc. cit.)

(2) Et ait Dominus ad serpentem: Quia fecisti hoc, maledictus es inter omnia animalia et bestias terrae: super pectus tuum gradieris et terram comedes: contrita eris: vasa tuarum calcabunt pedes tuos. Inter te et mulierem, et tenet virum, et servus filius, quia contulit caput tuum, et tu insidaveris calcans ejus. (Ibid. 14. 15.)

(3) Mulieri quoque dixit: Multiplicabo dolorem tuum, et conceptus tuos: in dolore paries filios, et sub viri potestate eris, et ipse dominabitur tui. (Ibid. 16.)

primeros enajenamientos de la pasión lo lanzarán a tus pies; pero muy pronto verás reanimarse su altivez mezclada de esa debilidad, y por más que no llegue a ser el tirano del hogar, siempre sentirás en su misma benevolencia, la compasión del más fuerte y la autoridad del más grande. Muerto el vigor sobrenatural que no te prometía sino alumbramientos llenos de honor y de alegría; muerta la sobrehumana y victoriosa belleza ante la cual el compañero de tu vida abdicaba sus derechos de dominio: *Morte morieris.*

Tampoco tu marido será excusado. «Adán, le dice el Señor; porque has dado oídos a la voz de tu mujer y has comido del árbol del cual yo te había prohibido que comieras, maldita será la tierra en que tú trabajes; con espinas comerás de ella todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste tomado; porque polvo eres y en polvo te convertirás» (1). Fertilizada la tierra con la bendición de Dios, nada negaba a su rey. A la vez que pagaba un tributo a la vida de los animales, multiplicaba para servicio del hombre sus más ricas producciones. Dios la maldice, y hé aquí, que sus entrañas se cierran y se vuelven ávaras. El hombre se ve precisado a inclinarse y abrirlas para arrancar con el sudor de su frente el pan de cada día, y velar por que la simiente, de que espera vivir, no sea sofocada por plantas extrañas que hagan inútiles sus es-

(1) Adám vero dixit: quia audisti vocem uxoris tuae, et comediti de ligno ex quo praecipitum tibi ne comederet, maledicta terra in operibus: in tribus comedet ex ea cunctis diebus vias tuas. Spinas et tribulos germinabit tibi, et comedet herbam terrae. In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in terram de qua sumptus es: quia pulvis es, et in pulverem revertetis. Loc. cit. 18 y 19.)

fuerzos. El manda; pero todos los animales parece que lean en su frente el anatema de su pecado. Ya no tienen confianza en la autoridad de este rebelde, y en lugar de obedecer como antes al primer llamamiento de su voz, huyen amedrentados de su compañía y sólo a duras penas y con mil ardidés puede llegar a domesticarlos. El trastorno de la naturaleza no es más que un eco del trastorno de su ser. El orden primitivo se ha revuelto en él completamente, y el polvo de que su carne había sido formada, rota la liga, tiende de nuevo a la descomposición. Muerta esa soberanía tranquila y pacífica, que sin lucha y sin violencia sometía todas las criaturas; muerta esa robusta e infatigable constitución que jamás sea tiría el peso del trabajo; muerta esa misteriosa virtud que aseguraba al rey de la creación la perpetua renovación de sus días, y hacía del cuerpo humano un edificio indestructible: *Morte morieris.*

¡Cuántas ruinas y despojos! ¡Ah! sin duda, Dios tendrá piedad de esos infelices a quienes tan severamente castiga, y antes de desaparecer, les dirigirá alguna palabra de consuelo. Mas no, al darles por limosna un vestido con que cuban su desnudez, se burla de ellos diciendo: «Hé aquí a Adán hecho ya como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, cuidemos no alargue quizá su mano y tome también del árbol de la vida; y coma, y viva para siempre. — Y echóla el Señor Dios del paraíso del delicia, para que labrase la tierra de la que fué tomado; y echádole fuera, delante del paraíso puso querubines, y espada que arrojaba llamas, y andaba alrededor para guardar el camino del árbol de la vida» (1).

(1) Facti quoque Dominus Deus Adam et uxor, viri tunicas pellicias et indidit eis et ait: Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est, sciens bonum et malum: tunc ergo ne forte mitti manus suam et sumat etiam de ligno vite

¡Ah! ¡Dios mio, vos sois demasiado cruel! ¡Herid, sí, que es vuestro derecho; pero no deshonéis vuestra justicia con el insulto!

No acostumbra la justicia de Dios insultar al pecador, sino con el fin de que recurra á su misericordia. San Agustín nos hace notar que las palabras de Dios dirigidas á nuestros primeros padres, no tanto eran una ironía cuanto una enseñanza, para que aprendiéramos á abatir y contener las arrogancias de nuestro orgullo. La previsora bondad de Dios muestra á los pecadores del porvenir este grande ejemplo de un hombre que, en lugar de conseguir la felicidad que su desarreglada ambición anhelaba, pierde en su tentativa insensata todos los bienes que poseía (1).

Después de este último aviso dado al género humano, el tribunal divino se levanta, el juez desaparece, y no quedan más que los condenados y el verdugo: los condenados, que marchan llorando por el camino de su destierro, sin atreverse á volver los ojos para decir adiós á la patria de su inocencia y de su fortuna: el verdugo, siempre invisible y preparando en silencio el último golpe que hará sentir todo el rigor de la sentencia divina: *Morte morietis*. Adán y Eva lo han perdido todo: pero conservan todavía tal vigor en su joven naturaleza,

et comēti se vivit in aeternum. Et omniū eum Dominus Deus de paradiso volopūti se operaretur terram de qua sumptus est. Ejecitque Adam et collocavit ante paradisum voluptatis Cherubim et flammeum gladium atque veritatem ad custodiendam viam ligni vitae. (Genes. cap. III, 22, 23, 24.)

(1) Verba hæc Dei non tam sunt primis parentibus insultantis, quam cœterorum ne ita superbiat deterruit, propter quos sola conscripta sunt quia scilicet deum voluit Adam non habet factus, quæsi fieri voluit, sed nec illud ad quod factus fuerat conservavit. (August. Lib. XI De Genesi ad litteram, cap. XXXIX.)

Cf. Summ. Theol. II^o q. 9. quæst. 164. De parente peccati primi hominis. Tota quæst.

que aún no comprenden en toda su extensión la grandeza del castigo. ¿Qué será la muerte? se preguntan ellos con inquietud y dolor. Observan con mirada triste la caída y segura de la hoja, que el viento se lleva; escuchan con espanto las quejas de los animales moribundos, y contemplan con miedo sus cuerpos sin movimiento. ¡Oh mi Señor! pregunta la mujer con voz conmovida, ¿es esto la muerte? Y Adán no sabe responder sino un *quizá*. Mas pasado algún tiempo, el verdugo comienza esa universal carnicería que no concluirá sino con los siglos: Caín, acaba de matar á su hermano Abel. Cuando la madre del género humano ve á sus pies el cuerpo ensangrentado de su hijo querido, quédase helada de espanto y prorrumpe en gemidos y sollozos. Siéntase después, y poniendo sobre sus rodillas el cadáver frío de su Abel, lo cubre de besos y le dice: hijo mio, yo soy tu madre, ¿no me oyes? Abre tus bellos ojos, mirame, respóndeme. ¡Dios mio! ya no ve, ya no habla, ya no respira, no siente, está frío... ¡Abel! ¡Abel!—La voz grave y temblorosa del padre, responde: Mujer, Dios lo habia dicho: hé ahí la muerte. Y juntos se pusieron á llorar por largo tiempo, y con sus lágrimas purificaron su pecado.

Lloremos con ellos, señores. Lloremos nuestros queridos muertos, y más que nada, lloremos el pecado que abrió á la muerte las puertas de este mundo. El olvido de estas dos cosas, la muerte y el pecado, es perjudicial á nuestra vida transitoria y de destierro. Cuando la terrible sentencia, *Morte morietis*, no resuena en nuestro corazón, nos vemos tentados á creer que no tendrán fin los días de nuestra existencia, y nos esforzamos en reanimar los miserables restos de la antigua hermosura que adornaba nuestra naturaleza, para convertirla en Eden. ¡Esfuerzos sacrílegos! Ya no hay pa-

raíso para nosotros en esta tierra. Levantada está la espada del querubín sobre los palacios soberbios y sobre las ciudades voluptuosas, donde pretendemos fabricar la felicidad. Espada del querubín, es un ejército de bárbaros; espada del querubín, es la turba tumultuosa de plebeyos enfurecidos, que á su tiempo lanza Dios contra los Eden de la civilización. No esperemos su llegada para levantarnos del sueño de una culpable ilusión. A la luz de esta divina palabra, *Morte morieris*, busquemos más bien el paraíso en las altas y puras regiones de la eternidad.

CONFERENCIA XXVIII.

LA CAÍDA EN LA HUMANIDAD.

MONSEÑORES (1), SEÑORES:

El jefe del género humano ha prevaricado; por su prevaricación ha atraído la cólera de Dios, y ha perdido la justicia original en que había sido criado. Todos los dones gratuitos que dimanaban de esta justicia, han desaparecido, y con ellos el imperio absoluto del alma sobre los apetitos de la carne, y la fuerza de resistir á la acción de las causas que obran en la descomposición del cuerpo humano. Sólo han triunfado la ignorancia, la concupiscencia, el sufrimiento, la muerte y la vergonzosa servidumbre de la naturaleza bajo la férula del espíritu seductor. En una palabra, Adán ha caído.

¿Su caída es un hecho personal? No. El padre de los hombres arrastra consigo en la caída á toda su triste posteridad. No solamente nos trasmite el dolor y la muerte, sino que su pecado pasa á cada uno de los miembros de la hu-

(1) Mr. el Coadjutor, y Mr. Mermillo, obispo de Ginebra.

raíso para nosotros en esta tierra. Levantada está la espada del querubín sobre los palacios soberbios y sobre las ciudades voluptuosas, donde pretendemos fabricar la felicidad. Espada del querubín, es un ejército de bárbaros; espada del querubín, es la turba tumultuosa de plebeyos enfurecidos, que á su tiempo lanza Dios contra los Eden de la civilización. No esperemos su llegada para levantarnos del sueño de una culpable ilusión. A la luz de esta divina palabra, *Morte morieris*, busquemos más bien el paraíso en las altas y puras regiones de la eternidad.



CONFERENCIA XXVIII.

LA CAÍDA EN LA HUMANIDAD.

MONSEÑORES (1), SEÑORES:

El jefe del género humano ha prevaricado; por su prevaricación ha atraído la cólera de Dios, y ha perdido la justicia original en que había sido criado. Todos los dones gratuitos que dimanaban de esta justicia, han desaparecido, y con ellos el imperio absoluto del alma sobre los apetitos de la carne, y la fuerza de resistir á la acción de las causas que obran en la descomposición del cuerpo humano. Sólo han triunfado la ignorancia, la concupiscencia, el sufrimiento, la muerte y la vergonzosa servidumbre de la naturaleza bajo la férula del espíritu seductor. En una palabra, Adán ha caído.

¿Su caída es un hecho personal? No. El padre de los hombres arrastra consigo en la caída á toda su triste posteridad. No solamente nos trasmite el dolor y la muerte, sino que su pecado pasa á cada uno de los miembros de la hu-

(1) Mr. el Coadjutor, y Mr. Mermillo, obispo de Ginebra.

manidad, despojada por él de la justicia y santidad original, según estas palabras del Apóstol: «Por un solo hombre entro el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, y así todos han heredado la muerte de aquel en quien todos pecaron.» Este pecado de Adán, una en su origen, y transmitido por propagación, no por imitación, es inherente y propio á cada uno de nosotros (1).

Tal es, señores, la doctrina que la Iglesia propone á nuestra creencia, por boca del Santo Concilio de Trento.

Esta doctrina es para muchos espíritus una piedra de tropiezo y de escándalo. No hablamos ya de aquellos que, obstinándose impiamente en divorciar la razón de la fe, miran con desden todos los dogmas en que se declara la intervención sobrenatural de Dios, sino de esos espíritus inquietos, especuladores y mal instruidos, que sin negarse absolutamente á creer, con facilidad se dejan desconcertar de los mis-

(1) I. Si quis non confiteretur, peccatum hominem Adam, cum mandatum Dei in paradiso fuisse transgressum, statim sanctitatem et iustitiam, in qua constitutus fuerat, amississe, incurrisseque per officium prevaricationis huiusmodi iram et indignationem Dei atque idem mortem, quam antea illi comminatus fuerat Deus, et eam morte captivitatem sub eius peccatore, qui mortis deinde habuit imperium, hoc est, diaboli, et omnia Adam per illam prevaricationis effectum, secundum corpus, et animum deteriora commutatum fuisse Anathema sit.

II. Si quis Adam prevaricationem sibi soli et non eius propagationi, asserit nocuisse, et acceptam á Deo sanctitatem et iustitiam quam perdidit, sibi soli et non nobis etiam cum perdidisset, aut imputatam illam per inobedientiam peccatum, mortem et pœnam corporis tactum in omne genus humanum transfudisse, non tantum peccatum quod mors est animæ anathema sit, cum contradicit Apostolo dicentem: «Per unum hominem peccatum intravit in mundum, et per peccatum mors et sic in omnes homines morte pertransiit, in quo omnes peccaverunt.»

III. Si quis hoc Adæ peccatum, quod origine unum est, ut propagatione non imitatione transfusum omnibus, inest unicuique proprium, anathema sit. (Concil. Trid. sess. V, can. 1, 2, 3.)

terios y favorecen más de lo debido á las objeciones de la incredulidad. Según ellos, basta exponer el pecado original para refutarlo, y argüir diciendo: — que una criatura que no existía, no podía ser cómplice de una acción mala (1); — que dependiendo la responsabilidad de la libertad, no es posible que uno sea responsable de una acción que no ejecutó, ni libremente, ni de manera alguna (2); — que la conciencia se niega á admitir que una falta cometida por el primer hombre, haya infectado toda la naturaleza (3); — que la justicia que castiga á los inocentes por los culpables, y que declara culpable al que nada hizo, es la *rendetta* bárbara, y no la justicia de hombres de razón (4). En fin, que tomado á la letra el dogma del pecado original, es una doctrina bárbara. La ignorancia, ayudada de la imaginación, es bastante para trastornar las ideas y crear preocupaciones, prevenciones, desconfianzas que impidan la creencia de la doctrina católica.

Estas preocupaciones, estas prevenciones, estas desconfianzas, quiero yo disiparlas, señores, y espero que mi buena voluntad será recompensada con el buen éxito, si vosotros quereis seguirme paso á paso en el examen metódico de la importante cuestión que hoy se nos presenta. Este examen, no será inútil á aquellos de vosotros que tienen fe; él los confirmará y los enseñará cosas que ignoran, y les suministrará armas contra las dificultades de que constantemente son asaltados.

Digamos en primer lugar, lo que no es el

(1) Bayle.

(2) Janet, Philosophie et religion (Revue de los dos mundos, 15 Mayo 1859).

(3) Laurent, Le Christianisme, pag. 457.

(4) Janet, loc. cit.

pecado original. Las eliminaciones hechas nos dirán lo que es, para que más fácilmente podamos explicar su trasmisión.

I.

¿Es el pecado original una corrupción de la sustancia misma del alma, como han dicho algunos herejes? No, señores; el alma es una sustancia simple é inalterable, que sólo á la omnipotencia de Dios debe su existencia. Es imposible concebir que un sér simple pueda corromperse, y que lo que viene directamente de Dios sea sustancialmente mal. Por otra parte, no vemos cómo un acto de nuestro primer padre pudiera alterar de antemano, una sustancia que aún no había sido creada.

Nada sustancial hay, pues, en el pecado original. Busquémoslo en nuestras facultades. ¿Es el pecado un acto de ellas? ¿Es, por ejemplo, el acto prevaricador del mismo Adán, el cual sin entrar en nuestra naturaleza, se nos imputa por la justicia divina? Pero el acto prevaricador de Adán, no sale de su persona. Pasajero por su naturaleza, no puede perpetuarse por una imputación sin motivo, y esta imputación no haría que realmente se trasmitiese como inherente y propio á cada uno de nosotros, según lo define la Iglesia. ¿Será entonces un acto de nuestra voluntad? ¿un consentimiento dado al pecado de nuestro primer padre, en el momento en que tomamos posesion de la vida? ¿ó bien una complicidad misteriosa, real y actual de nuestro libre albedrio, en el libre albedrio de Adán representando y conteniendo su posteridad? Esta es, señores, la creencia en que nos suponen los incrédulos, para levantarse enredros contra nosotros, llenos de una santa indignación y de un soberbio menosprecio. Contra esto, que ellos llaman nuestros absur-

dos dogmáticos, invocan la razon y la conciencia, mofándose de las doctrinas de la Iglesia, tocante al pecado original, y respondiendo irónicamente:

«Cómo lo pude yo hacer si aún no había nacido?»

Esto es demasiada ignorancia ó demasiada deslealtad. La Iglesia no dice, la Iglesia jamás ha dicho que nosotros fuésemos culpables del pecado de Adán. La Iglesia jamás ha atribuido á nuestro libre albedrio una complicidad, no digo ya actual, mas ni siquiera virtual ó interpretativa en el acto voluntario y personal, por el que el jefe del género humano cometió su culpa. Ella nos enseña, que este acto nos ha dañado y nos ha perdido, como vosotros podeis decir á un hijo, que el crimen de su padre es para él una deshonra: jamás, nunca jamás, ha enseñado la Iglesia que nosotros lo hubiésemos cometido. Es muy fácil á la osada desvergüenza, achacar á aquéllos, de cuya doctrina reniega, absurdos en que jamás han pensado. Pero la desvergüenza, por mucho que se esfuerce, no podrá turbar el candor de la verdad. Imperturbablemente la Iglesia afirma que el género humano cayó en la persona de su primer padre; que hay un pecado comun á todos, en cada individuo de la humanidad. Job dice: «¿Quién puede volver puro, lo que de impuro germen fué concebido?» (1). Y David: «He aquí que fui concebido en iniquidad, y en pecado me concibió la madre mía» (2). Y el Apóstol:— «Todos mueren en Adán» (3). Somos por natu-

(1) Quis potest facere mundum de immundo conceptum servare. (Job cap. XIV, L.)

(2) Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum et in peccatis concepti mater mea. (Psalm. L.)

(3) In Adam omnes mortificantur. (I Corint. cap. XV, v. 22.)

raleza hijos de ira» (1). Instruida por las santas Escrituras, apoyada en los Doctores, siempre conformes en este punto (2), asistida del Espíritu Santo, la Iglesia afirma, pues, que hay en nosotros un pecado desde el instante mismo en que comenzamos a vivir; pero también nos dice, por boca de San Anselmo, que este pecado no es acto de nuestra voluntad personal (3); condena á los que pretenden impulsarnos sin relacion á la voluntad de aquel que lo ha introducido en el mundo (4); ella quiere que nosotros nos purifiquemos de él, y nos manda que nos arrepiñamos.

Es muy cierto que este pecado debe ser voluntario, para que verdaderamente sea pecado, pero no es voluntario, sino en la causa general y primera que contiene toda la especie humana, y de donde procede el universal movimiento de la generación, á la manera que Santo Tomás, que el acto de un miembro no es voluntario sino en el alma, primer motor de todo el organismo. Por eso es llamado pecado de *naturalidad*, y no pecado de *persona*, pecado original, y no pecado actual (5). En este sen-

(1) «Eramus natura filii irae» (Ephes. cap. II. 3).

(2) Non aliud (scilicet de peccato originali) ex quo Christi Ecclesiam constituit, est, dicituram Scripturarum tractatores et christianarum disputantium scriptores viderunt, non aliud á maioribus acceperunt, non aliud postea transferunt. (S. Aug. Lib. III. De peccat. merit. cap. VI.)

(3) Quod in infanticibus non est iustitia quam debent habere, non hoc fecit voluntas illorum voluntas personalis sicut in Adam, sed agens naturale quem ipsa natura accepit ab Adam. (St. Anselm., lib. De Concept. Virg. et peccat. orig. cap. XXXII.)

(4) Peccatum originis vero habet rationem peccati sine ulla ratione et respectu ad voluntatem a qua originem habuit (47. Prop. Ball. demerita).

(5) Omnes homines, qui nascuntur ex Adam, possunt considerari ut una homo in quantum conveniunt in natura, quam a primo parente accipiunt, secundum quod in civibus omnes homines qui sunt unius communis, reputantur quasi unum corpus, et tota communitas quasi unus homo. Sicut etiam Porphyrius dicit (c. de specie, circa med. f. 3), quod participatione speciei

tido, señores, es como se debe entender esta palabra del Apóstol: «Todos han pecado en Adán,» lo mismo que los textos de los santos Padres, que nos atribuyen cierta participacion en el pecado de nuestro primer padre (1). Y yo, á la verdad, no veo que este sentido pueda ofender la razon de los incrédulos, ni alarmar el pudor de su conciencia. Pronto volveremos sobre este punto de la enseñanza católica.

plures homines sunt unus homo. Sic igitur multi homines ex Adam derivati sunt, tanquam vituli membra unius corporis. Actus autem unius membri corporalis, sicut manus, non est voluntarius voluntate ipsius manus, sed voluntate animae, quae primo movet membrum. Unde homicidium, quod manus committit, non imputatur manus ad peccatum, si consideretur manus secundum se, ut divisa a corpore; sed imputatur ei in quantum est aliquid humanum, quod movetur a primo principio motivo hominis. Sic igitur inordinatio, quae est in uno homine ex Adam generato, non est voluntaria voluntate ipsius, sed voluntate primi parentis, qui movet motuine generationis omnes, qui ex eius origine derivantur, sicut volens animam movet omnia membra ad actum. Unde peccatum, quod sic a primo parente in posterum derivatur, dicitur originale, sicut peccatum quod ab altero derivatur ad membra corporis, dicitur actuale. Et sicut peccatum actuale quod per membrum aliquod committitur, non est peccatum illius membri, nisi in quantum illud membrum est aliquid ipsius hominis, propter quod vocatur peccatum humanum: ita peccatum originale non est peccatum ipsius personae, nisi in quantum haec persona recipit naturam a primo parente: unde et vocatur peccatum naturae, secundum illud Ephes. II. Eramus natura filii irae. (Somn. Theol., I. II. p. quæst. 87, §. 1.)

Defectus originis iustitiae... in quolibet homine rationem habet culpa ex his quod per voluntatem principii naturae. Id est, primi hominis. Inductus tamen defectus in II. Sept. dist. 36, quæst. 4. §. 2.

Voluntas alterius et actus eius, non potest ante proprie dici voluntas mea, nisi vale meum, sicut voluntas mea personalis, et velle meum personale.

Omnes autem Doctores et sancti catholici tenent et docent tam verum quam scripto, quod peccatum originale in parvulo non est voluntarium voluntate vel ipsius voluntaria personalis ipsius parvuli, sed voluntate primi hominis. (Ubrando ver. II, dist. XXXI. q. 2.)

(1) Por ejemplo, las palabras de S. Ireneo: «Denni in primo Adam offendimus non facientes eius peccatum» (Lib. V. adversus haeret. cap. XVII.). Neque enim alteri eandem eramus debitores, sed illi cuius et proceptum transgressi fuimus ab initio. (Ibid.)

Si el pecado original no es un acto de nuestra voluntad, ¿qué es, pues, señores? Un estado evidentemente; otra cosa ya no queda. Pero ¿qué estado? ¿Una pura acumulación de penas? Mas la pena, supone el desorden moral. Suprimid este desorden; la pena no es más que una cruzada, y quien la fulgura, un tirano. ¿Estuvarnos acaso tocados de una enfermedad misteriosa, que provenga de un virus mezclable en el fluido de la generación? ¿Pero de dónde viene este virus? ¿Cómo puede pasar del cuerpo al alma, é influir en la naturaleza entera? Los que lo han imaginado, jamás podrán responder á estas preguntas. Esa inclinación fatal, que nos lleva á los placeres de la carne, ó sus rebeliones del sentido réprobo, que tan profundamente constituyen á las almas generosas, hasta obligarlas á pedir á grandes gritos, como el Apóstol, que Dios las libre de su cuerpo mortal, la concupiscencia en una palabra, no es el pecado que buscamos? Tampoco. Los apetitos de la carne le son naturales, y la razón, abandonada á sus propias fuerzas, no las gobierna tan soberanamente que no tengan ellos el poder de rebelarse. Una gracia, especial, puede someterlos despóticamente, es cierto; pero Dios, ninguna obligación tiene de honrar con esta liberalidad, toda gratuita, nuestra política interior. Nada le podía impedir, si él hubiese querido, crear al hombre primitivo con la concupiscencia. Ella no es un desorden de nuestra naturaleza, sino respectivamente, y la afección que de ella recibe nuestra virtud, no es un efecto directo del acto de la voluntad que nos ha hecho caer. Y además, ¿no sabéis que el bautismo borra el pecado original (1), y

(1) Si quis nocuit (in baptizatis) non tolli nocentia, quod videtur et propter rationem u. potest haberi. Arabibus est (Cont. Trid. Sess. V. can. 5.)

que nada digno de condenación queda en aquellos que han nacido en Jesucristo (1). Y á pesar de eso, vosotros, hombres regenerados, sentís aún que el fuego de las pasiones enciende vuestra sangre, y que ni el agua santa, ni vuestros esfuerzos, ni las frecuentes visitas de la gracia, ni acaso el hielo de la avanzada edad, han apagado sus criminales ardores. ¿De dónde procede este fenómeno? ¿Ha mentido el Apóstol? ¿Os ha administrado la Iglesia sacramentos medicos? ¿ó es que debemos buscar en otra parte la propia y la esencia del pecado original? Si, señores, busquemos siempre, penetremos hasta en lo más íntimo de la naturaleza humana. En esas profundidades sagradas, donde reside el poder de conocer, de amar, de querer libremente, ha dicho un hombre tristemente célebre, todo ha sido desconcertado por la caída de nuestro primer padre, todo inclinado por la maldad de su culpa. La razón se agita entre tinieblas, la voluntad carece de la fuerza de decisión al bien; impotencia radical de conocer y amar á Dios; tendencia irresistible al mal; necesidad natural de cometerlo; he ahí la esencia misma del pecado original. Yo no me tomaré la pena de refutar este maniqueísmo luterano; bastame exponerlo á los anatemas de vuestra conciencia. Al mismo tiempo que ella os da cuenta de vuestra debilidad, os acusa de vuestras defecciones, y os felicita de las victorias alcanzadas con generosos esfuerzos sobre vuestras inclinaciones depravadas. Basta esto para honor de vuestra razón y de vuestra libertad.

Pues, en fin, si el pecado original no es ni una alteración de la sustancia del alma, ni un acto de nuestra voluntad, ni una simple pena,

(1) Nihil ergo nocet damnationis est in his qui sunt in Christo Jesu. (Rom. VIII, cap. 1.)

ni una enfermedad misteriosa, producida por el virus de que está inficionada la fuerza generadora, ni la concupiscencia, ni la infección radical de todas nuestras facultades, ¿qué es, pues? Escuchad a Santo Tomás: «El pecado original, dice él, es un estado de desorden procedente de la disolución de aquella armonía primitiva, en que consistía la razón de la justicia original (1). De la esencia del alma pasa este desorden a las facultades, y se hace sentir principalmente, en las regiones inferiores de la naturaleza (2). ¿En qué consiste precisamente este desorden, o, para usar del lenguaje de la escuela, cual es su razón formal? Esto es lo que conviene aclarar. Para esto necesito, señores, recordar aquí la noción de nuestro estado primitivo; y no os pido que me perdoneis esta repetición, porque es absolutamente necesaria».

II.

¿Qué es el hombre considerado únicamente en los principios constitutivos de su naturaleza? Es un ser mixto, compuesto de un alma simple e incorruptible, unida sustancialmente a un cuerpo múltiple en sus elementos, y por lo tanto, sujeto a corrupción. Por su inteligencia el alma apetece la verdad, por su voluntad apetece el bien, y esta apetencia no se puede satisfacer sino en la verdad y bien supremo.

(1) Peccatum originale est quedam inordinata dispositio proveniens ex dissolutioe illius harmoniae in qua consistebat ratio originalis iustitiae. Summ. Theol. P II p. 4. quae. 84. a. 7. 1.

(2) Cf. Summ. Theol. loc. supra citato. quae. 85. a. 1. Utrum originale peccatum sit magis in carne quam in anima? a. 2. Utrum... sit per prius in essentia animae quam in potentia? a. 3. Utrum... per prius inficit voluntatem quam alias potentias? a. 4. Utrum... potentiae sint magis infectae quam animae?

Dios; no como conocido y poseído en el misterio de su esencia infinita, sino como conocido y poseído por las manifestaciones visibles y finitas de sus perfecciones. Libre y suelta de los sentidos, y no teniendo que luchar sino con sus propias imperfecciones, el alma caminaria con paso más ligero y seguro hacia el objeto natural de sus tendencias; pero unida al cuerpo, tiene que medir sus pasos y estar muy alerta contra las ilusiones de la parte sensible que la expone al error y la condena a la ignorancia; tiene que velar, más aún que sobre los apetitos superiores, sobre el apetito inferior de la carne, y luchar con él, y reprimirlo, para que no traspase los límites de una satisfacción legítima. Si bien por la dignidad de su esencia y de sus facultades es la soberana de la naturaleza, la concupiscencia, sin embargo, puede sublevarse contra ella. Su deber es triunfar de esta sublevarción, y para ello Dios le ayuda con la eficacia de sus auxilios naturales. El cuerpo obedece a la ley de los compuestos que por su naturaleza tienden a disolverse bajo la acción de fuerzas contrarias, de donde viene la pasibilidad y la muerte.

Hé ahí, señores, lo que los teólogos llaman estado de *pura naturaleza*. Según afirmación de todos, este estado es perfectamente posible. «Dios, dice Santo Tomás, podía muy bien criar en el principio del mundo un hombre dotado únicamente de sus elementos y facultades naturales, y por consiguiente un hombre mortal, pasible y sujeto a las rebeliones de la concupiscencia. En esto Dios no hubiera hecho ofensa alguna a la naturaleza humana, porque estos defectos son consiguientes a su misma constitución; ni habría en ellos culpas ni penas, en atención a que serían causados por la naturaleza misma, y no por un acto de la vo-

luntad» (1). «Hoy nos parece miseria y castigo, dice San Agustín, si fueran consecuencia natural de nuestra constitución intrínseca, lejos de culpar á Dios, deberíamos alabarle» (2). Pero ya lo hemos visto, señores, la bondad divina se ha dilatado en nuestra creación. Dios nos ha hecho para contemplar un día los misterios de su esencia, y nos ha encaminado á este fin sublime de la vida dándonos un don sobrenatural, una gracia singular de perfección y de santidad, que penetraba en un principio la naturaleza humana, y le comunicaba todos los privilegios de la integridad. El alma, sumisa á Dios por la justicia, y libre de los embarazos de los sentidos, marchaba alegre por las regiones luminosas de la verdad, y reinaba como señora absoluta sobre los apetitos. El vigor sobrenatural que ella recibía de su unión amorosa con Dios, descendía hasta los elementos corruptibles de la materia, y les servía de escudo contra el dolor y la muerte. Pero entendid bien, os ruego, la economía de este maravilloso estado. Todo en él depende de la gracia de santidad. Mientras esta gracia persevera,

(1) ... Poterat. Deus a principio, quando hominem condidit, etiam illum hominem e limo terrae formare, quem in conditione naturae relinqueret, ut a mortalitate et passibilitate esset, et pagnam concupiscentiam ad rationem sanctam, in quo nihil humane naturae derogaretur, quia hoc ex principio naturae consequitur: non tamen lege defectus in eo rationem caligine aut potius habuisset, quia non per voluntarium casuum fuit. (De II Sent., dist. 31, quaest. 1, n. 2, ad 3.)

(2) Ad miseriam iustae damnationis pertinet ignorantia et difficultas. Quoniam etiam, si essent primordiales naturae, nec sic culpanda Deus, sed laudanda essent. (I. Retract., cap. IX.)

Status salutis potest ad divinum potentiam comparari, possibilem omnium: hincque possibilis convenientissimè ratione dari potuisse videtur, divinae sapientiae et bonitatis esse, propter quod parum naturam esse praedictis ignorantis, et concupiscentiae defectibus condere potest Deus sic sapienter velle. (De Rahat., De pecc. orig., cap. LI.)

nada de ignorancia, nada de error, nada de concupiscentia, ni de sufrimiento, ni de muerte. Cuando ella desaparece, todo en un punto desaparece: ciencia, imperturbabilidad, imperio de la razón sobre las pasiones, impassibilidad, inmortalidad. Nada queda sino la naturaleza, con los principios esenciales á su constitución.

Ahora, pues, ya os he contado la caída trágica del padre de la humanidad. Con su desobediencia, él ha roto el pacto sagrado que le unía con Dios, y ha desviado voluntariamente la naturaleza humana de su fin; al perder la gracia original de la justicia, perdió de un golpe todos los efectos de esta gracia. La armonía de su ser se desconcertó, y este desconcierto vino á ser propio é inherente á toda criatura salida de su sangre, por afectar á la naturaleza misma.

Podemos definir, pues, el pecado original, en cuanto á su esencia, la privación de la gracia primordial dada á la naturaleza humana en la persona de Adán: en cuanto á sus consecuencias directas, la supresión de los privilegios de integridad que provenían de la penetración de la gracia, y por consiguiente de la vuelta de nuestro ser á la pura naturaleza.

Nada más hay, señores, y yo hallo que esto es bastante. Si el hombre caído sólo se ha apartado del fin sublime á que Dios en un principio le ordenara, si sólo ha sido despojado de la vestidura gloriosa de gracia y de inocencia con que Dios le había adornado; si sus defectos sólo procedan de este despojo, y no de su constitución primitiva; si este despojo es voluntario por la culpa cometida, según hemos dicho; su estado es por lo tanto semejante en un todo al del hombre que Dios hubiera podido criar sin la gracia de justicia y de santidad. El hombre caído no tiene más que los elementos y las fa-

cualdades que convienen esencialmente á un sér humano, lo mismo que el hombre de la pura naturaleza. El hombre caído, está sujeto á la ignorancia y al error, lo mismo que el hombre de la pura naturaleza. El hombre caído, debe sentir, combatir y vencer las rebeliones de la concupiscencia, lo mismo que el hombre de la pura naturaleza. El hombre caído, sufre en su cuerpo el choque de las fuerzas enemigas de su reposo y de su salud, y se encorva bajo el yugo humillante y terrible del dolor, lo mismo que el hombre de la pura naturaleza. El hombre caído, estropeado, herido, y deshecho con la lucha y el sufrimiento, cae, en fin, sin aliento en los brazos de la muerte, lo mismo que el hombre de la pura naturaleza. Lo que ambos temían y lo que á ambos martiriza, por parte de la naturaleza, es la inmediata consecuencia de la union del alma con una carne corruptible cuyos apetitos jamás se dominan. Pero el hombre caído no es ni más débil para el bien, ni más inclinado al mal, que el hombre de la pura naturaleza. El pecado original le priva de lo que su gloria y su fuerza hubiera hecho; ninguna cualidad viciosa añade á los principios constitutivos de su sér.

Tal es, señores, la doctrina que se desprende de los principios de Santo Tomás. No soy yo quien interpreta estos principios; lo que acabais de oír, lo he tomado de los teólogos más eminentes de las tres grandes escuelas, tomista, escotista y jesuita. Todos están acordes en decir que el pecado original es una privación, y que en el órden intelectual y moral la diferencia entre el hombre caído y el hombre erigido en estado de pura naturaleza es análoga á la que existe en el órden físico entre un hombre civilizado, despojado vergonzosamente de sus propios vestidos, y un salvaje que ja-

más ha cubierto su cuerpo; todo lo demás es igual (1).

(1) Privatio originalis iustitiæ, per quam voluntas subdebatur Deo est formalis in peccato originali. (Summ. Theol. I^a II^a p. quest. 82, a. 2.)

Respondio dicendum quod ea que sunt ad finem disponunt secundum necessitatem finis. Finis autem, ad quem homo ordinatur est, est ultra facultatem naturæ creatæ, scilicet destinatio, que in visione Dei consistit, non enim Deus hoc est cõnaturale. Unde oportuit naturam humanam saltem insatiari, ut non solum haberet illud quod sibi ex principiis naturalibus debebatur, sed etiam aliquid ultra, per quod facilius in finem perveniret, et quia ultimo fini amore inhærere non poterat, nec ad ipsum tendendum pervenire, nisi per viam supernam partem que est mens et intellectus, seu ratio; in qua imago Dei insignita est; idcirco ut illa pars in Deum tenderet, subiectiones sunt sibi vires interiores, ut nihil in eis accedere possent quod mentem retineret, et impediret ab itinere in Deum, et pari ratione corpus hoc modo dispositum est ut nulla passio in eo accedere possent per quam mentis contemplatio impeditur, et quia hæc omnia in ordine ad finem, homini inserant, ideo facta coordinatione sine peccato, hæc omnia in natura humana esse desiunt, et relictus est homo in illis tantum bonis, quæ cum ea naturæ vires principis consequuntur. (In II Sent., dist. 36, quest. 1, a. 1.)

Defectus qui per originem traditur rationem culpæ habens non est per abstractionem vel corruptionem aliquam boni, quod naturam humanam constituit ex principiis suis, sed per subtractionem boni, quod naturæ superadditum erat. (In II Sent., dist. 33, quest. 1, a. 1.)

Entre los tomistas, 1.^o Chyetano. «Sicut persona unda et persona expoliata, non distinguuntur in hoc, quod una sit magis, aut minus unda; ita natura in puris naturalibus et natura expoliata gratiæ et iustitiæ originali, non differunt per hoc, quod altera carum sit magis aut minus in naturalibus destituta... sed quantum ad rationes rerum magna differentia est, quia sicut in persona unda, nuditas, negativitas, rationem habet, in expoliata vero habet rationem privationis vestis debite conservati... Ita defectus animæ et corporis naturæ in puris naturalibus nec culpæ, nec poenæ, nec vulnerum, etc., rationem habent, sed naturalium conditionum, in naturam autem lapsa habent rationem corruptionum, vulnerum, poenæ et culpæ in parte susceptivæ illius.» (In Comm. in I-II p., quest. 109, ad 2.)

2.^o Domingo Soto. «Peccatum originale primum facti, cui poenita erat poenitentia, sollicit ut genus nostrum in suam naturam recideret.» (Lib. I, De naturæ et gratiæ, cap. IX.)

3.^o Gonet. «Homo in statu naturæ lapsæ non habens peccatum actuale, sed tantum originale, non est debilius ad bonum morale quam esset in statu naturæ puræ... Alii denique docent, hominem in statu naturæ lapsæ nullo ex modis assignatis esse debiliorem ad bonum morale quam esset in statu

Partiendo de estos principios, que el pecado original es una privación, ¿cómo explicar los nombres que se le dan y los efectos que se le atribuyen? Nada más fácil. Se le llama muerte, enfermedad, mancha; él hiere la naturaleza, debilita el libre albedrío y nos hace esclavos del demonio. Todo esto es rigurosamente cierto, en el mero hecho de privarnos de la justicia original y de sus efectos. El pecado original es una muerte, porque destruye esa vida superior de la santidad, que diviniza los actos de la naturaleza y eleva a ésta por el esplendor del merecimiento a la altura de sus destinos sobre-

naturae parat, sed in utroque statu eisdem privata esse vires, eandem dif-
 ficulter ad bonum, et propositum ad malum, cum in utroque sit donis su-
 pernaturalibus destitutus, habeatque contrarietatum appetitum, et varias per-
 turbationes ab extrinseco. Unde in eo solum putant hominem lapsam distin-
 gui ab homine in pura naturalibus existente, quod iste se haberi ut nudus,
 ille vero in nudis seu spoliatus: nam primus nunquam habuisset dona su-
 pernaturalia nec exigentiam ipsorum, secundus vero his in poenam peccati
 originalis privatus est. Ita ex nostris docent Cajetanus, Conradus, Medina,
 Azarias, Marxa a Serra, Gabriel a San Vincentio, Soto. Ex aliis vero Scotus,
 Valentia, Bellarminus, Suarez et Curiel. (Glyp. Theol. Thomist., t. II,
 disp. 2. De statu naturae lapsae, p. 2.)

Entre los escolásticos, D. Soto. «Cum dicitur peccatum originale esse
 formaliter privationem originalis justitiae, non dicitur privationem secundum
 omnes suas partes, sed secundum primam et potentiam; ita et privatio sus-
 ceptiva, hoc est gratiae et charitatis originalis, hominis, dum ex Adamo nasci-
 tur, inhærens, sit peccatum originale formaliter... Quia vero per eandem ori-
 ginalem, quod contahitur, non se habet per modum actus, sed habitus seu
 termini (nec enim eo dicitur peccatum sed peccatorum) assimilandum est po-
 tuit peccato habitus! Adami consistens in privatione, quam actuali importat
 de formali aliquid positivum.» (Scol., quest. VIII, p. 3, tract. X, p. 684.)

Entre los jesuitas, S. Bellarmino. «Quare non magis differet status ho-
 minis post lapsum a statu ipsius in pura naturalibus, quam differet spoliatus
 a nudo neque detorserit est humana natura, si [edipam naturalem] detrahas,
 neque magis ignorantia et infirmitas laborat, quam esset et laboraret in pura
 naturalibus constituta. Preterea corruptio naturae non est aliquis doni naturalis
 carentia, neque ex aliquo malae qualitatis accessu, sed ex sola doni super-
 naturalis ob Adæ peccatum emissionis profecti; quae sententia communis est

naturales. ¿La gracia no es al alma lo que el alma al cuerpo? Separado del alma, el cuerpo es absolutamente incapaz de todo acto de la vida natural. Separada de la gracia, el alma es absolutamente incapaz de todo acto de la vida sobrenatural. En el orden divino para que fue creada, está tan realmente muerta, como el cuerpo sin el alma está realmente muerto en el orden humano. Bossuet ha dicho muy bien: «Quien nos engendra, nos mata.»

El pecado original es una enfermedad; enfermedad para esta pobre carne poco antes im-
 pasible é inmortal, y que ahora sufre y se descom-
 pone; enfermedad para esta pobre alma
 cuyo vigoroso temperamento de luz y de do-

doctrinarum scholasticorum veterum et recentiorum. (Controv., De gratia primi
 hom., cap. V.)

2. Suarez. «Omnis difficultas interna bene operandi ex peccato originali
 mortis, provenit, vel ex ignorantia intellectus, vel ex concupiscentia sensitiva
 vel ex corporis mortalitate: sed hæc tria non sunt majora in natura lapsæ
 quam essent in pura natura. licet diversum originem in hoc statu habeant
 quasi in illo. Ergo nec difficultas bene operandi est major, sed solam erit ex
 diversæ radice, et sub distinctis rationibus... Per peccatum originale omnia ignorantia
 pravæ dispositionis in nos transfunditur, sed solis ignorantia negativæ et
 privationis, quatenus nascitur sine fide... Eandem ignorantiam haberet
 homo creatus in pura naturalibus... De concupiscentia idem facile probatur,
 quia non per peccatum originale solum ablati sunt omnes habitus et omnia
 sua virtutis, quibus appetitus sensitivus vel continentur vel corroborantur:
 ipsa vero facultas appetitus, sive concupiscentia, sive concupiscentia in se immutata
 non est nocentior aut remissior facta... Idem potest fieri dicendum de
 corporis mortalitate, vel passibilitate: quia in utroque statu est eadem com-
 positio corporis humani ex interfectis materiæ contrariis qualitatibus affecta...
 Ergo ex nullo istorum capium potest esse major difficultas, vel minor fa-
 cilitas operandi bonum, in statu naturae lapsæ, quam in pura naturalibus in-
 sentitur.» (Preleg. IV, De stat. hum. natur., cap. VIII, t. VII.)

Adrianus de este pensamiento el de los teólogos de Salamanca. «Si iogis-
 mo de concupiscentia quatenus ad effectum, eandem haberet tunc quos nunc
 habet, quia cum anima et potentia careant omni ea perfectione, quam de
 facto per peccatum amiserunt, eodem modo propenderent ad bona sensibilia,
 sicut de factu: et eodem modo iudicium rationis anteverteret, et ad malum in-
 clinaret.» (Salmantic., t. IV, trac. XII, dub. IV, p. 2, num. 99.)

minacion, de que ella gozaba por los privilegios de la integridad, ha sido para siempre arruinado.

El pecado original es una mancha como el deslustre de los mármoles, de la plata y del oro, es una mancha para el suntuoso edificio que de ellos estaba enriquecido, y que ya no presenta más que las toscas piedras de sus paredes.

El pecado original hiere la naturaleza, porque le arrebató todos sus dones gratuitos y rompe la admirable armonía de la vida divina y de la vida humana, donde la subordinacion creaba la unidad. No dominando Dios la razon, la razon tampoco dominando Dios la razon, los cuales recobran su natural impetuosidad. Deshecha esa union primordial que conservaba subordinadas las potencias inferiores á las superiores, y destruido ese orden nativo con que cada facultad tendia á su propio objeto bajo la influencia de la justicia original, resultan las heridas de ignorancia, de malicia, de debilidad y de concupiscencia (1). La naturaleza sufrió menoscabo, como menoscabo sufre el poder absoluto de un rey, cuando se sublevan sus

(1) Per justitiam originalem perfecte ratio continebat inferiores animae vires, et ipso ratio a Deo particubatur ei subiecta. Haec autem originalis justitia subvertitur et per peccatum primi parentis, sicut jam dictum est. Et tunc omnes vires animae remanent quodammodo destituae proprio ordine, quo naturaliter ordinantur ad virtutem: et ipsa destituitur, velut alicuius dicitur natura. Sunt autem quatuor potentiae animae, quae possunt esse subiectae veritati, ut supra dictum est: scilicet ratio, in qua est prudentia; voluntas, in qua est justitia; irascibilis, in qua est fortitudo; concupiscibilis, in qua est temperantia. In quantum ergo ratio destituitur suo ordine ad verum, est valde ignorantia: in quantum vero voluntas destituitur suo ordine ad bonum, est valde malitia: in quantum vero irascibilis destituitur suo ordine ad ordinem ad verum infirmitas; in quantum vero concupiscibilis destituitur suo ordine ad delectabile moderatum ratione est valde concupiscentia. (Summ. Theol., I.º II.º p., quæst. 85, a. 3.)

vasallos, antes sumisos y obedientes á sus órdenes.

El pecado original debilita el libre albedrio. Esclarecido por una razon perfecta que absorbia la luz divina, pronto y seguro en sus determinaciones, vivo y ágil en sus movimientos, el libre albedrio practicaba sin resistencia todo el bien correspondiente á su potencia nativa. Al presente, la suma de sus fuerzas se halla como equilibrada por la suma de las dificultades que encuentra, y de las perplejidades á que le condena la pérdida de la infalible direccion que recibia de la inteligencia exenta de ignorancia y de error.

El pecado original nos hace esclavos del demonio, pues Satanás se considera como dueño de las criaturas extraviadas que no pueden ya alcanzar su fin. Envidioso de la felicidad del hombre, le hizo culpable imitador de su pecado, y por desgracia, nosotros le hemos abierto las puertas de nuestra alma, cerradas en un principio á sus sugerencias. El multiplica sus asaltos para impedir que nos levantemos, y trabaja por realizar en nosotros esta palabra del Apóstol:—*A quo quis superatus est, ejus et servus effectus est.* El vencido viene á ser esclavo de su vencedor (1).

Vosotros, señores, no podeis dudar que el pecado original, como privacion, merece los nombres que se le dan y produce los efectos que se le atribuyen. Mas yo os ruego que tengais presente una observacion que me parece de muy grande importancia para apreciar sanamente la caida de la humanidad.

Los teólogos pesimistas que creen ver el pecado original en todo acto malo, nos piden con cierta ironia que les mostremos esa pura na-

(1) II.º Petri, cap II, 19.

turalidad que la pérdida de la justicia original nos ha dejado. Nosotros les podríamos responder con el maestro de Esopo: Volved atrás los ríos y yo beberé el Océano. En efecto, señores; nosotros con nuestras propias prevaricaciones agravamos las consecuencias inmediatas del pecado original. La repetición y multiplicidad de estas prevaricaciones oscurecen la razón, disminuyen la inclinación natural de nuestra voluntad al bien, crean hábitos perversos y como una concupiscencia artificial que nos entrega, cada vez más impotentes y desarmados, al imperio del espíritu inmundo (1). Aún hay más; los gérmenes de la vida se impregnan de nuestras iniquidades, y cada acto de la generación humana trasmite á los apetitos no sé qué ardor fúnebre que los vuelve más exigentes. «Los hijos que nacen de iniquidad, dice el sabio, testigos serán de la maldad de sus padres» (2). Más todavía; los pecadores se buscan, se juntan y forman con el tiempo esos centros de corrupción, donde la virtud no respira. Pero fijaos bien; este lamentable estado de la humanidad caída, es la consecuencia próxima é inmediata de nuestros pecados actuales. Lo mismo sería, ó acaso peor, si Dios nos hubiese criado en el estado de pura naturalidad, donde, sin embargo, no hubiera habido pecado original.

Hé ahí, señores, lo que no han tenido bastante en cuenta ciertos apologetas cristianos,

(1) *Consecuti sunt etiam in homine moti alii defectus. Abundantibus enim in appetitu inferiori inordinatis motibus passionum, simul et in ratione deficienti lumine sapientiae quo divinitus illustratur voluntas dum Deus erat subiecta, per consequens, affectum suum (etiam sensibilibus probatū, in quibus à Deo aberrans, multipliciter peccavit, et ulterius immundis spiritibus se subdidit, (S. Thom., *Compend. Theol.*, cap. CXXIV.)*

(2) *Ex iniquis enim seminis filii nascuntur, testes sunt nequitiae adversus parentes in interrogatioe sua. (Sap., cap. IV, 6.)*

que creen poder demostrar filosóficamente la caída del género humano. El espectáculo de nuestras miserias físicas y morales revela, dicen ellos, una anomalía, un desorden, un trastorno profundo de toda la economía de nuestras facultades. No solamente estamos privados de una vida superior, sino que real y efectivamente estamos dañados en nuestra vida natural. Nuestra inteligencia y nuestra voluntad, que debieran obrar sin trabas ni embarazo, hallan á cada paso contradicciones humillantes que paralizan su natural movimiento. ¡Qué luchas entre la carne y el espíritu! El pensamiento, abatido, camina por sendas vulgares, y el corazón no sabe desprenderse de los lazos de los placeres sensuales. Nos sentimos arrastrados, como á pesar nuestro, por la pendiente del mal. Las grandes almas gimen y protestan contra esta violencia; las almas comunes la sufren hasta el embrutecimiento. No, el hombre no es ya el edificio magnífico cuyos fundamentos asentó Dios, sino un miserable cobertizo mal aderezado. «Contempladlo, decía Bossuet, y vereis en él señales de la mano divina; pero los desperfectos de la obra os harán comprender lo que el pecado ha influido por su parte» (1). ¡Y cuál pecado sino aquel que, transmitido por la generación, infligiera y degrada la misma naturaleza? O es el quien debe responder de nuestros desórdenes, ó es el poder, la justicia, la bondad de Dios contra quien debe lanzarse la acusación. «Esta última idea es tan injuriosa, que la sola filosofía, la filosofía pagana, ha adivinado el pecado original» (2).

Os confieso, señores, que este argumento presentado con el acento persuasivo de la elo-

(1) Bossuet, *Sermon sur la mort.*

(2) De Maistre, *Soirées de Saint-Petersbourg*, 2.^a édition.

cuencia, me ha conmovido profundamente más de una vez. Pero siempre la tranquila reflexión me ha aconsejado que desconfie de él. Pormás que se invoque el desorden de nuestra naturaleza, este desorden, pudiendo no ser otra cosa que el resultado de los pecados actuales del hombre entregado á solas sus fuerzas constitutivas, no nos conduce á resolver por su misma naturaleza el problema particular de un pecado de raza, sino más bien el problema general de la existencia del mal, problema que, en cualquier otro estado distinto del nuestro, sería preciso conciliarlo con las perfecciones de Dios. Este es sin duda el problema que preocupaba á los filósofos de la antigüedad, los cuales, á mi parecer, desde el momento en que se separaron de la corriente tradicional, sólo han adivinado los dos absurdos del principio eterno del mal y de la preexistencia de las almas. Se negará para salvar la prueba, la posibilidad de la pura naturaleza, y se pondrá por delante la necesidad original de una naturaleza íntegra con sus apetitos ordenados? En este caso, sólo valiéndose de mil sutilezas se podrá evitar las censuras de la Iglesia que ha condenado estas dos proposiciones: «Dios en el principio no pudo criar al hombre tal cual nace hoy. La integridad de nuestra primera creación no fué un ennoblecimiento gratuito de la naturaleza humana, sino su condición necesaria» (1). Y si la integridad, de la cual resulta el dominio absoluto del alma sobre el cuerpo y de la razón sobre los apetitos, no es un don gratuito, sino una cualidad esencial á nuestra naturaleza para hacerla digna de su autor, resta explicar cómo el pecado nos la arrebató,

(1) Deus non potuisset ab initio talem creare hominem qualis nunc nascitur.—Integritas prima creationis non fuit in dñitate humana nature ex creatio, sed naturalis ejus conditio. (Proposit. Bani 55.^a et 56. dñmatis á SS. PP.)

y cómo Dios permite esta monstruosidad. Empresa trabajosa y difícil contra la cual protesta este principio teológico: El pecado, aun el actual, no puede atorar la naturaleza en sus principios constitutivos (1). En fin, ¿no es de temer que el deseo de reforzar la demostración filosófica de nuestra caída, nos lleve á tales exageraciones de nuestras miserias, de nuestras inclinaciones, de nuestras fragilidades innatas, que caiga sobre nosotros una mayor culpabilidad, y que Dios se halle mucho más comprometido de lo que puede estar permitiendo desórdenes cuya causa son nuestras prevaricaciones voluntarias?

Yo desconfío, pues, señores, pero me abstengo rigurosamente de todo género de censura, tanto por respeto á la autoridad de la Iglesia que deja libre la apología cristiana para sacar de nuestras miserias la prueba de nuestras caídas, cuanto por honor á los grandes talentos que se han servido de esta prueba. Pero en todo caso juzgo que se la debe expurgar de las exageraciones nacidas de los arrebatos de la elocuencia, corregir la forma demasiado absoluta que le da el deseo por demás vivo de responder á la incredulidad con una demostración sin réplica (2); y juzgo tam-

(1) Manifestum est, quod illa subjecta corpora ad animum, et interiorum virtum ad rationem non erant naturalis, alioquin post peccatum manifestum cum etiam in documentibus data naturalis post peccatum permansisset. (Summ. Theol. I.^a p. quest. 55, et I.^a c.)

Bonum nature (scilicet ipsa principia nature), ex quibus ipsa natura constituitur et proprietates ex his causatas) nec tollitur nec eliminatur per peccatum. (Ibid. I.^a II.^a p., quest. 85, et I.)

(2) Un ejemplo entre mil.—Sin injusticia ninguna, Dios derriba en nosotros lo que en efecto halla, un alma empujada por inclinaciones innatas, en la cual no puede reconocer ni su obra ni su semejanza.—(No es cierto que nosotros hacemos todos con un odio secreto contra Dios, es decir, dispuestos á amarlo todo menos si Ser infinitamente amable? Martinet. *Solution des grands problèmes*, tomo I., cap. XXII.)

bien que importa mucho no separarla de la revelación y no emplearla sino para confirmar el argumento tradicional. En fin, á mi me parece que, en último resultado, sólo podemos inferir de esa prueba una caída cualquiera, sin que nos sea posible, prescindiendo de la revelación, precisar su naturaleza, tiempo, lugar y autor (1). Mediante estas modificaciones, yo os la dejo por lo que valga.

Por mi parte yo me atengo á la definición que ya he dado de la esencia del pecado original, y de hecho mi fe y mi razón, sin buscar el apoyo de un argumento equivoco, se contentan con la enseñanza de la Iglesia, confirmada por la universal y constante tradición del género humano. Las comparaciones que he establecido están á favor de esta enseñanza. Yo veo la filosofía disentir y dividirse cuando quiere explicar el miserable estado del hombre en esta tierra. Unos invocan un principio eterno, un mal por esencia, que se esfuerza por imprimir en mí su semejanza, y que confunde las ideas que me formo de la infinita perfección de una causa primera: otros me transportan á una vida inferior de la cual yo ningun

(1) En este sentido es como la emplea Santo Tomás en su Suma contra Gentes.

Secundum doctrinam hanc ponimus hominem á principio taliter esse constitutum, quod quavis ratio hominis Deo esset subjecta, et inferiores vires ei sine impedimento discurrerent, et corpus ad eas habitatione impediri non posset per aliquam impedimentum corporale: Deo etiam gratia supposito quod ad hoc perfectiorem naturam minus habebat, ratione autem aversa á Deo, et inferiora vires á ratione repugnarent et corpus vite, qua est per animum contrarias passionibus succiperent.

Sicigitur huiusmodi defectus quavis naturalis, homini si darentur absolute, considerando humanam naturam, ex parte eius quod est in ea interior, tamen consideranda divinam Providentiam et dignitatem superioris partis instantis naturae, satis probabiliter probari potest huiusmodi defectus esse positum; et sic colligi potest humanum genus peccato aliquo originaliter esse infectum. (Summ. contr. Gens. l. lib. IV., cap. III.)

recuerdo tengo: quieren que expie las faltas de una preexistencia sobre la cual mi conciencia se calla, y me condenan á la inhumana necesidad de no hallar compasión para mi desventura, porque mi desventura debe ser el justo castigo de lo pasado, y me mandan que adore hasta la misma desgracia, porque debo ver en ella la merecida recompensa de una vida oscura anterior á la existencia del mundo. Estos me propinan amarguras, representándome todas las pasiones como puras y santas, y predicándome que ellas tienen derecho á su libre desenfreno: aquellos, al decirme que el hombre ha sido criado, tal cual es, para el ejercicio y prueba de su libertad, me dejan casi sin luces sobre un profundo é imponente misterio de providencia que yo quisiera ver claro. En medio de estas variaciones y divisiones yo no sé á qué atenerme. Mi razón pide la constancia y la unidad, y yo no las hallo más que en la doctrina católica. La Iglesia, continuando la enseñanza de las santas escrituras que no son sino un eco de los recuerdos de los primitivos tiempos, jamás ha variado sobre este misterio de nuestra doble muerte espiritual y corporal debida al pecado de origen, y su voz sabia está sostenida por el murmullo elegiaco de las teologías antiguas que lloran con la pérdida de los bellos días de la edad de oro la invasión de todos los males sobre la tierra, y que imponen á los mismos niños ritos expiatorios antes que hayan podido ser culpables (1). Jamás esas teologías podrían convenir en este punto, dice uno de nuestros más grandes sabios, si no tuvieran la verdad por base (2). La Iglesia, tan bien apoyada

(1) Véase el Índice de la conferencia precedente.

(2) Cuvier.

da, me enseña que la humanidad ha sido criada para un fin sobrenatural y en un estado perfecto; que ella se ha apartado de este fin, y que ha caído de su perfeccion por el crimen de su primer padre; que este crimen, constituyendo para nosotros un estado, se propaga por todos; que Dios, sin embargo, no nos ha abandonado, sino que nos favorece constantemente con sus revelaciones, con sus promesas, con sus beneficios. Esto me basta para comprender el des-arreglo de la naturaleza, sus nobles aspiraciones y las contradicciones que se presentan, las santas impaciencias y los lúgubres gemidos de las grandes almas. Ninguna necesidad tengo de ir á buscar entre las tinieblas de nuestras miserias una luz que aclare el dogma: sino que al esplendor divino del dogma, yo contemplo y me explico el doloroso y terrible misterio de nuestros infortunios y de nuestros crímenes.

II.

Volvamos un momento, señores, sobre lo que acabamos de decir: En todo individuo de la humanidad hay una privacion de la gracia primordial que Dios habia añadido á nuestra naturaleza, y consiguientemente una privacion de los dones gratuitos emanados de esta gracia. Esta privacion no es pecado ni pena sino en cuanto que nosotros, para responder á los designios de Dios, debiamos poseer los grandes bienes de que estamos despojados por la prevaricacion de aquel que llevaba en su persona toda la especie humana. Hé ahí en perfecta conformidad con la doctrina de la Iglesia la idea del pecado original. Esta misma idea nos ha de facilitar la inteligencia de su trasmision.

Mas antes de emprender esta explicacion, conviene notar que aquí se trata de una transmi-

sion real y verdadera. Kant, haciéndose eco de un error antiguo, dijo: «El solo sentido razonable de la caída original es que nosotros hacemos diariamente de la misma manera: asíes como han pecado todos en Adán» (1). Mas en este caso no habria en la familia humana, sino la propagacion de un escándalo. Adán ha dado á sus descendientes el ejemplo del pecado; nosotros le imitamos: hé ahí nuestra desgracia y nuestro crimen. Pero no es así como le entiende el gran Apóstol. «Por un solo hombre, nos dice, entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte. Y así todos heredan la muerte de aquel en quien todos han pecado (2). Por el delito de uno solo somos todos condenados (3); por la desobediencia de uno solo fueron muchos constituidos en pecado (4). Todos muere en Adán (5), — todos han muerto (6).» En vano se esfuerza la heresía en desnaturalizar el sentido de estas palabras, porque él por sí mismo resiste á toda otra interpretacion violenta ó interesada, y él es el fundamento de una tradicion que jamás ha sido desmentida. Veinticuatro concilios la han vendido de las injurias del pelagianismo, y por último, el concilio de Trento, le ha dado la solemne consagracion de sus definiciones. «Este

(1) Religio israelitica del Grazero del blosso Vermeil. pag. 45, citado por Heninger.

(2) Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors, et ita in homines mors pertransiit, ita quo omnes peccaverunt. (Ad Rom., cap. V, 12.)

(3) Per unius delictum in omnes homines in condemnationem, (Ibid., 17.)

(4) Per inobedientiam unius hominis peccatores constituti sunt multi. (Ibid., 19.)

(5) Omnes in Adam moriuntur. (I Cor., cap. V, 22.)

(6) Omnes mortali sunt. (II Cor., cap. V, 14.)

pecado, uno en su origen, dice esa santa asamblea, no se trasmite por imitación, sino por propagación, viniendo á ser propio de cada uno (1).

Si esta transmisión es escandalosa y espantosa, señores, es porque vosotros la miráis más bien con la imaginación que con la razón. Os figuráis el pecado original bajo la forma de una falta voluntaria que achacamos á cada hijo de los hombres, como si efectivamente la hubiera cometido él mismo con un acto propio de su albedrío; entónces invocáis nuestra ausencia y protestáis con indignación: Yo no estaba allí; yo nada hice; injustamente se me castiga. No se trata de eso: una vez más os digo que el pecado original no es un acto, sino un estado de privación. Para explicar esta privación no hay necesidad de recurrir á un pacto celebrado entre Dios y nuestro primer padre, ni á la representación fingida de nuestro consentimiento en el consentimiento de Adán; basta aplicar á la raza humana la ley de herencia en virtud de la cual un ser no trasmite á sus descendientes sino lo que es y lo que posee.

Esta ley funciona á nuestra vista: la vida, los bienes, el honor ceden á sus exigencias. En la vida del cuerpo, herencia de fisonomía, de figura, de temperamento, de diatesis, de neuropatías; en la vida del alma, herencia de disposiciones intelectuales, de carácter, de sentimientos, de pasiones. «Este germen de que somos formados, dice Montaigne, lleva en sí las impresiones, no de la fuerza corporal solamente, sino de los pensamientos y de las inclinaciones

(1) *Adas peccatum quod origine unum est, et propagatione, non imitatione, transmissum omnibus inest uniusque proprium.* (Loc. cit.)

ciones de nuestros padres.» Si es los bienes, pasan del padre á los hijos en el estado en que se encuentran cuando viene la muerte. Si es el honor y vida pública del hombre honrado, «supremo tesoro de la familia, no hay hijo que no se sienta orgulloso y feliz de recibirlo de sus mayores, ó que no lleve con dolor la ignominia de sus debilidades.

El tiempo me falta, señores, para entregarme á consideraciones que os interesarían. Dignaos contentaros con las indicaciones que os hago, y decidme si, siendo la ley lo que es, os atreveis á rebelaros contra ella. No. Vosotros la respetáis, vosotros la tenéis en cuenta; y cuando se trata de unir los intereses de vuestras familias á otros intereses, os enteráis escrupulosamente de la sangre, costumbre, fortuna y reputación de aquellos cuya alianza ambicionáis, ó que buscan la vuestra. Que si falta alguna cosa á la vida, á la riqueza, al honor que deben unirse con vuestra vida, con vuestra riqueza, con vuestro honor, no por eso se levanta en vuestro corazón una acusación impía contra el autor y el dueño de todos los bienes, sino un sentimiento de piedad ó de indignación á la vista de aquellos, que habiendo recibido un depósito sagrado, no han podido ó no han sabido transmitirlo íntegramente.

Sed, pues, consecuentes con vosotros mismos y no olvidéis la ley de herencia en la propagación del pecado original. En el origen de las cosas, Dios la establece y la promulga. Todo su vigor nativo tiene que ser empleado en la transmisión de los dones más preciosos. Adán sale, en efecto, lleno de vida, de fuerza, de hermosura, de santidad, de las manos de Dios. Este es el estado en que oye promulgar la ley de transmisión: *Crescite et multiplicamini*. Evidentemente Adán no puede multiplicarse sin

reproducirse tal cual es (1). Si él diese menos de lo que tiene, la ley perdería. Sea, pues, que se considere la justicia original como un feudo de tal manera inherente á la naturaleza humana que la siga en el movimiento de la generación, ó sea que el acto generador haya sido dotado por Dios de una fuerza misteriosa, ello es cierto que en virtud del *multiplacanti* la justicia original, con los privilegios de integridad que de ella manaban, pasaria del primer hombre á sus descendientes. Pero ya sabeis la desgracia, señores. Adán prevaricó y fué despojado de la gracia; despues de esto nada de feudo perteneciente á la naturaleza, nada de fuerza misteriosa en el acto de la reproducción. Sin embargo, la ley de herencia persevera, y sigue su curso. Reducido á solos los elementos y á solos los principios constitutivos de la naturaleza humana, Adán trasmite lo que tiene. Mas la gracia que ha perdido, ¿cómo podrá trasmitirla? *Nemo dat quod non habet*. Sus descendientes se verán, pues, privados de los dones gratuitos de que él se ha privado á sí mismo; como el agua corriente es privada de toda virtud si le quitan los criaderos minerales por donde atraviesa; como los frutos del árbol son privados de su dulce sabor si le faltan los ingertos; como vuestros descendientes serian privados de vuestra ro-

(1) Est autem considerandum quod primo homine in sua institutione datum fuerat divinus quoddam supernaturalis donum, scilicet originalis iustitia, per quam ratio subdebatur Deo, et inferioris vires rationis, et corporis animar. Hoc autem donum non fuerat datum primo homini ut aliquam rem possessione tantum, sed ut eundem principio totius humanae naturae; ut scilicet ab eo per originem derivaretur in posterum. Hoc autem donum acceptum primus homo per liberum arbitrium amittit eo tenore quo sibi datum fuerat, scilicet pro se et pro tota sua posteritate. Defectus ergo huius doni totam ejus posteritatem consequitur, et sic iste defectus eo modo traducitur in posterum, quo modo traducitur humana natura. (S. Thom., *De Malo*, quaest. 4, a. 1.)

busfez, de vuestra fortuna, de vuestro honor, si vosotros lo perdeis (1). Nada más sencillo.

Y bien que la privacion de la justicia original sea un estado aborrecible que Dios no puede menos de ver con cólera, porque ofende sus desiguos, yo os apuesto á que no hallais en la ley de herencia, aun siéndonos tan funesta, nada que pueda herir la justicia, la sabiduria, la bondad y la santidad divina.

La herencia, tal cual ha sido establecida por Dios, es eminentemente una ley de solidaridad. Ella hace depender la suerte de los que nacen, de la suerte de sus progenitores; unos y otros pueden ser considerados como formando un solo hombre. Dicha y desdicha, todo depende de aquel que lleva en su ser una familia. Si es noble, glorioso y rico, la hace participante de su grandeza y de su fortuna; si infame, degradado, despojado de sus bienes y desterrado de la sociedad, á la cual ha ofendido, él hace á los suyos llevar el peso de su crimen y de su miseria.

Si se os pregunta por qué, señores, vosotros respondeis: porque la ley así lo pide. Vuestra razon no se ofende de un hecho particular que restringe la solidaridad, y si os presentan el hecho más general y más universal, os espantais, como si las cosas cambiasen de naturaleza cuando toman una más alta y más vasta importancia. Considerad, pues, os ruego, que

(1) Nec hoc (scilicet derivatio peccati originalis ad posterum) est contra ordinem iustitiae, quasi Deo puniente in illis quod primas parentes deliquit: quia ista poena non est nisi abstractio eorum quae supernaturaliter primo homini distributa sunt concessa per ipsum in alios derivanda; unde alia non debebatur nisi quantum per primo parentem in eos erat: transmittitur autem si rex det feudum multo transmittitur per ipsum ad heredem, si miles contra regem peccat, ut feudum exeat ut amittere, non potest postmodum ad ejus heredem devolvitur; unde iuste privantur peccati per culpam parentis. (S. Thom., *Compend. Theol.*, cap. CXCXY.)

la persona de quien todas las generaciones deben recibir la herencia, posee en sí sola toda la naturaleza humana. Adán es el hombre-especie; la humanidad entera, contenida en su persona, es solidaria de sus actos y de su suerte, porque él debe reproducirse tal cual es. Nada más justo. Quien heredaria, sin haberlos merecido, los dones gratuitos de la liberalidad divina, puede ser privado de ellos, sin haberlos desmerecido personalmente, en el momento en que aquel que los poseía para la especie, se despoja voluntariamente de ellos. La estabilidad de las leyes pide esta solidaridad en la herencia; de otra manera Dios estaría condenado á repetir sin cesar su obra. Hoy, por ejemplo, angustiaría á un Adán prevaricador para dar comienzo de nuevo á la especie en otro justo; pero este otro justo, después de recibir la orden de reproducirse, podría también prevaricar, y se haría necesario otro, y así siempre; y la especie humana no comenzaría jamás. Esto es insensato, señores. No hay otra solidaridad que la que puede prevenir el eterno conflicto de la malicia humana con el poder de Dios, fijando la ley de herencia á cualquier lado que la criatura se incline. Bien lejos, pues, de ser contraria á la justicia la ley de herencia, en cuanto implica la solidaridad, es una viva expresión de esta justicia.

En segundo lugar, afirmo que la herencia es una ley de armonía; pues que su objeto es reproducir en la especie humana una constante unidad. Aunque muy susceptible de variedades puramente accidentales, ella permanece inflexible siempre que se trata de la constitución misma de la naturaleza humana. Siempre y en todo caso es necesario que esta constitución sea en todas partes la misma. El *creceat et multiplicentur*, no puede tener más que un efecto; ó la naturaleza con sus gracias y

privilegios, ó la naturaleza con solos sus principios esenciales; pero nada de mezcla. Imaginamos que Dios, desentendiéndose de la ley de herencia, renueva en cada hombre el don de justicia y de integridad que concedió á Adán, y que cada uno de nosotros está sometido á una prueba que deba decidir de su suerte. De esta manera, merced á la infidelidad de unos y á la fidelidad de otros, tendríais bien pronto dos razas diversas en la humanidad, hija de un solo padre: una raza pecadora, condenada al error, á la ignorancia, á las pasiones, al sufrimiento y á la muerte, junto á otra raza inocente, luminosa, impasible, inmortal; promiscuidad monstruosa donde á cada paso estallarían tempestades de cruel envidia, de profundo rencor y de espantosas blasfemias. Qué bien está que los malvados luchen tan arduosamente con los buenos por más que los una la fraternidad de la naturaleza, de la debilidad y de la desgracia. ¡Oh, no! esta fraternidad no es ya aquel orden bello que Dios había preparado; pero, á lo menos, es un resto de la armonía donde aún se oía de ver, entre las sombras del pecado, el sello de la sabiduría divina.

En tercer lugar, la herencia es una ley de efusión. Considerada en el jefe de la familia humana, ella lo configura, más que todas las criaturas del cielo y de la tierra, al bien supremo cuya tendencia es de comunicarse. Como Dios es el principio universal de las cosas, Adán es el principio universal de la humanidad (1), y su poder de comunicarse se extiende á todas las gracias de que en su origen estaba enriquecido. Demasiado preocupados por lo que os falta, señores, olvidáis facilmen-

(1) *Adam in quantum habet potentiam humanam subit rationem causam universalem.* (S. Thom. De Malo, q. 7, a. 1. 22. 18.)

te los grandes bienes que la ley de herencia os prometa y osais quejaros de la bondad de vuestro criador como si no fuera contra sus intenciones que el poder trasmisivo de vuestro primer padre se hubiese encerrado. No obstante, aun en estas condiciones, es esto un bien que os resulta directa ó inmediatamente de la herencia; porque la naturaleza humana es en este mundo la más noble de las naturalezas criadas. Maldiceid, si vosotros tenéis la presunción de creer que hubierais permanecido más fieles que él, maldiceid al padre que os ha empobrecido; pero agradeced a la divina bondad el haberle conservado la fuerza de transmitir el bien de la naturaleza, despues del manifiesto de la justicia.

Si, bendecid la bondad de vuestro Dios y admirad su santidad, porque la herencia es una ley de la más sublime moralidad. ¿Qué cosa más capaz de imponer á un hombre el respeto de sí mismo, que el pensamiento de que en sí contiene los gérmenes de generaciones infinitas, y que estos gérmenes serán lo que él quiera! Ni las tentaciones que os atormentan, ni las seducciones que os agitan, ni las promesas mentidas de la voluptuosidad, ni los escandalosos ejemplos del mundo podrian jamás triunfar de vuestra razon y de vuestro valor, señoras, si aplicarais vuestro oido al porvenir para escuchar el llanto y quejas de vuestra posteridad. Esas profanaciones demasiado frecuentes, esas alteraciones profundas del bien sagrado de la vida, cuyo baldon eterno llevarán en su carne manchada vuestros hijos, son ¡ay! el fruto del criminal olvido de vuestra potencia generadora. Dios os habia dado esta potencia para que la enriquecierais con vuestras virtudes. Y si, remontándonos hasta su principio, entonces cuando el género humano fermentaba en una sola vida, queremos darnos

cuenta de estas palabras dirigidas á Adán: *Crescite et multiplicamini*, hallaremos una advertencia de la santidad de Dios á la criatura, como si le dijese: «Yo soy padre de todas las cosas; sé tú padre de tu madre: pero yo soy santo; sé tú santo como yo.»

Así, pues, la herencia, ley de solidaridad, de armonia, de efusion y de alta moralidad, es, por parte de Dios, una ley de justicia, de sabiduria, de bondad, de santidad. No á El debemos culpar que haya venido á ser una ley de pecado y de miseria.

Aquí me deteneis, señores, para haceros notar que la ley de herencia nada tiene que hacer en la trasmision del pecado original, atendido que el alma es quien principal y primeramente fué despojada de los dones de Dios; y que, en verdad, el alma no viene del hombre (1). La acción del hombre no pasa de los límites de la carne, y permanecería ineficaz, si la omnipotencia divina no hiciera descender el espíritu de vida al germen que mueve la fuerza generadora. Dios es, por consiguiente, el primer culpable del vacío que detesta en nosotros, porque de El depende ó negar á una carne flaca el espíritu que va á envilecerse al unirse á ella, ó comunicar á este espíritu una tal abundancia de vida, que la carne se renueve por su union con él.

Esta objecion, señores, es fácil que al primer momento os seduzca; pero si la queréis examinar detenidamente, hallareis que se apoya en un doble error. Es muy cierto que el alma no viene directamente del hombre; pero es á todas luces falso que Dios pueda de buen grado negarla á la carne que la reclama; es á

(1) Cf. *Somm. Theol.*, l. p. quest. 118, a. 2. *Utrum animas intellectivas crearetur ex semine?*

todas luces falso que El esté obligado, en cuanto Criador, á comunicarle más vida de la que esencialmente exige su naturaleza. Desde el momento en que quedan normalmente cumplidas todas las condiciones del acto de enjendar, el hombre tiene derecho á que toda su naturaleza sea reproducida; y lo que él no puede hacer, lo debe hacer Dios, para cumplir la ley que El mismo ha establecido (1). Por otra parte, en virtud de esta misma ley, el derecho del hombre se limita á la reproducción de su naturaleza tal cual es en él. Esta naturaleza, estando reducida por el pecado á solos sus principios constitutivos, Dios no le debe más. Si ella nace contaminada por el pecado, no debe de imputarse esto á su principio eterno, sino á su autor temporal. La herencia sigue su curso.

Pero bien, me diréis aún; nosotros sufriríamos sin queja esta herencia, á la vez favorable y funesta, si Dios dejase á todos los hijos de los hombres tiempo para reponerse, y si su justicia no castigase sino á los que con sus libres prevaricaciones se han adherido á la maldición que pesa sobre la posteridad de Adán. Pero no, la tercera parte de la humanidad es arrebatada en su flor; y si hemos de creer nuestra bárbara teología, la cólera de Dios carga sobre millones de pobres niños, que no han cometido otra falta que la de nacer, sin saberlo, de un pecador, y faltarlés un poco de agua. ¿Y aún queréis que no nos espantemos al pensar en los tormentos inmerecidos que sufren esos inocentes? No nos habéis más de

(1) Eiusdem non transiunt, quia Virtus seminalis non potest transire animam ratiocinabilem, movet autem ad ipsam dispositivè, unde per virtutem seminalis traductio huiusmodi naturæ à parente in prolem. (S. Thome Summ. Theol., I.^o II.^o q. quest. 81. a. 1. ad 2.)

vuestro reino de Dios, si su puerta ha de ser cerrada por una iniquidad semejante.

Nuevas ilusiones de vuestra imaginación, señores. Tranquilizaos, por favor, y dignaos escuchar las placidas explicaciones de uno de esos bárbaros, cuya crueldad os indigna. «Las almas de los niños, dice Santo Tomás, no están privadas del conocimiento natural que se debe al alma separada, sino que, como no oyeron en este mundo la enseñanza de los misterios ni recibieron el sacramento de la fé, les falta allí todo conocimiento sobrenatural. Exige la naturaleza que el alma sepa que ha sido criada para la bienaventuranza, y que esta bienaventuranza consiste en la adquisición del bien perfecto; pero que este bien perfecto sea la gloria de los santos que nos ha revelado el Espíritu de Dios, esto no lo alcanza su conocimiento natural. Las almas de los niños, no comprendiendo que están privadas de un tan grande bien, no sienten ningún dolor por esta privación, y poseen en paz el bien de la naturaleza» (1).

Esos pobres niños están separados de Dios, en cuanto á la union propia de la gloria; pero no de tal manera que no participen de los bie-

(1) Animæ puerorum naturalitèr quidem cognitioni non carent, quibus debetur animæ separata secundum suam naturam, sed caret supernaturali cognitione, quæ hic in nobis per fidem plantatur, eo quod hæc sic solum habetur in actu, non substantiam habet in se. Postquam autem ad naturalem cognitionem quod anima scit se propter beatitudinem creatam, et quod beatitudo consistat in adoptione pervenit bene; sed quod illud bonum perfectum, ad quod homo factus est, et illa gloria quam sancti possident, est supra cognitionem naturalem, ideo illud Aquilæ: Nec scitis videri, nec videri, unde sic de eis loquitur apostolus: Quæ preparavit Deus, diligentiæ vestræ, hæc dicta revelavit Deus per Spiritum Sanctum, quos revelatio ad eandem pertinet. Et propter hoc, quia animæ parvulorum se privati tali bono non cognoscunt, ideo non dolent, sed hæc quod per naturam habent, absque dolore possident. (De Malo, q. 3. a. 3.)

nes naturales y que no puedan gozar de su conocimiento y de su amor (1). «Nada de pena para sus sentidos, sino únicamente la privación, sin dolor, de la visión divina; he ahí toda su condenación» (2). Es decir, señores, que en esta condenación donde no veis más que una justicia cruel, ellos bendicen al amable Criador que les ha dado la vida, y se sienten dichosos con los bienes y perfecciones naturales que han recibido de su infinita bondad (3).

Dejad, pues, de indignaros por su suerte, y en lugar de ir á buscar en un mundo misterioso objeciones contra las perfecciones de Dios, admirad en vosotros los prodigios de su amor. Él podía alejar para siempre la humanidad de la gloria de la visión intuitiva, y no darle otra

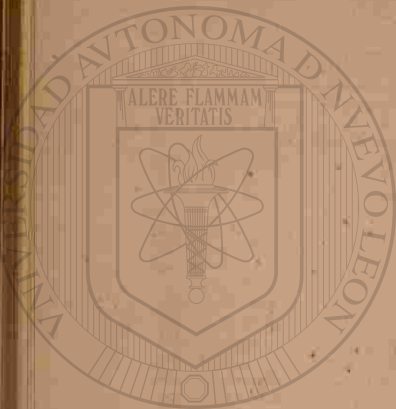
(1) *Quoniam pauci non explantur, alii separati a Deo quantum ad illam conjunctionem quae est per alium, non tamen ab eo penitus sunt separati, ita uti conjunguntur per participationem naturalium honorum, et ita citam de ipso gaudere poterunt naturalis cognitione et dilectione.* (In lib. II *Scor.*, dist. 33, q. 1. a. 2. ad quintum.)

(2) *Peccato originali non debetur poena sceleris, sed solum poena damni, scilicet carentia visionis divinae.* (*De Malo*, q. 5, a. 2.)

(3) *Nihil omnino dolent de carentia visionis divinae, imo magis gaudent de hoc, quod participant multum de divina bonitate, et perfectionibus naturalibus.* (In lib. II *Scor.*, dist. 33, quaest. 1, a. 2.)

Sivio el proponer esta dificultad.— La privación de la visión divina no puede ser sin dolor y sin tristeza.— responde sic. Triplex solutio est. Prima dicitur et quorundam aliorum, qui dicunt parvos non adituros in iudicio; no proinde non cogituros se proprio peccatum privati coelestis beatitudinis. Altera solutio est divi Thomae, qui docet, parvos quidem comparituros in iudicio, non tamen cogituros beatitudinem aeternam, quam ipse amiserunt; neque etiam casum propter quam amiserunt. Tercio est quia talis cognitio non potest haberi per vias naturales, sed per revelationem et fidem supernaturalem. Tercia solutio est aliorum, qui dicunt parvos et adituros in iudicio et cogituros diuinae beatitudinis, non tamen recepturos illam gloriam de amara beatitudine, sed partem divinae providentiae, partem et naturalis rectitudinis voluntatis ipsorum, futuram est, ut sit omnino conformis divinae voluntati, et contenti in bonis naturalibus, quibus erunt praesituli. (Tom. II, quaest. XI.)

bienaventuranza que la propia de su naturaleza, conquistada á fuerza de luchas entre la razón y los apetitos; pero, á pesar de todo, ha perseverado en sus generosos designios y decretado ese plan grandioso de regeneración, en el cual hemos visto manifestarse tan esplendorosamente su poder, su sabiduría, su amor, su justicia, su misericordia. El pecado, que merecía alejarlo de nosotros, nos lo trae hasta el punto de hacerse miembro de la familia humana, y darsenos á conocer cual acaso no hubiera sido conocido en otro estado. El pecado, que podía aniquilarnos eternamente, viene á ser ocasión de un embellecimiento por el cual la humanidad adquiere una vida divina. ¿Qué más nos falta? ¡Atras, atrás esas dificultades que amedrentan nuestra fé! Dejemos á los racionalistas ignorantes ó falsarios que griten llamándonos desatinados, injustos, bárbaros; y nosotros cantemos de nuevo con la Iglesia: ¡Dichosa culpa que tal Redentor mereció tener! *O felix culpa quae talem meruit habere redemptorem.* Por un solo hombre la ignominia y la muerte, por un solo hombre la vida y la gloria. ¡Caidos estamos! Aprovechémonos del conocimiento de nuestra caída para confesar humildemente nuestra ignorancia y nuestros errores, para velar sobre nuestras pasiones y estar dispuestos á combatir las, para resignarnos al dolor y ponernos alerta contra las sorpresas de la última hora. ¡Estamos reparados! Aprovechémonos de nuestra reparación para pedir á la dé las luces que faltan á nuestra alma, á la gracia el valor y las fuerzas que faltan á nuestra voluntad, para hacer meritorios nuestros sufrimientos y preparar una santa muerte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

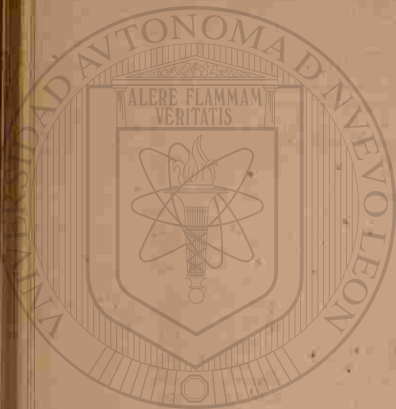
CONFERENCIA XXIX.

LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS...

EMINENTÍSIMO SEÑOR, MOXAZSON (1), SEÑORES:

Al terminar nuestra última conferencia cantábamos con la Iglesia diciendo: ¡Oh feliz culpa que tal Redentor mereció tener! *Oh felix culpa quae talem meruit habere redemptorem*. La invasión del pecado es, en efecto, la que decide en los consejos de la sabiduría divina el plan magnífico de la encarnación reparadora, cuyos grandes rasgos os he mostrado y cuyos admirables y encantadores detalles estudiaremos muy pronto. Mas si es cierto que este plan fué inspirado por un amor misericordioso de nuestro Dios, ¿no parece que deberá ser ejecutado en la hora misma en que el género humano se hace pecador en la persona de su primer padre? El amor no sufre tardanza, y cuando ve al amado que tiene necesidad de su auxilio y de sus beneficios, allá va presuroso á socorrerle. Y si, pues, la encarnación ha de salvar al mundo, ¿no será necesario que prevenga los estragos del pecado? ¿Cuántos miserables van á perecer eternamente si el

(1) Su Eminencia el Cardenal Gilbert, Mons. Ravinet, antiguo Obispo de Troyes, y Mons. Carlos Monchi, abad mitrado de Mariastein (Suiza).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CONFERENCIA XXIX.

LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS...

EMINENTÍSIMO SEÑOR, MOXAZSON (1), SEÑORES:

Al terminar nuestra última conferencia cantábamos con la Iglesia diciendo: ¡Oh feliz culpa que tal Redentor mereció tener! *Oh felix culpa quae talem meruit habere redemptorem*. La invasión del pecado es, en efecto, la que decide en los consejos de la sabiduría divina el plan magnífico de la encarnación reparadora, cuyos grandes rasgos os he mostrado y cuyos admirables y encantadores detalles estudiaremos muy pronto. Mas si es cierto que este plan fué inspirado por un amor misericordioso de nuestro Dios, ¿no parece que deberá ser ejecutado en la hora misma en que el género humano se hace pecador en la persona de su primer padre? El amor no sufre tardanza, y cuando ve al amado que tiene necesidad de su auxilio y de sus beneficios, allá va presuroso á socorrerle. Y si, pues, la encarnación ha de salvar al mundo, ¿no será necesario que prevenga los estragos del pecado? ¿Cuántos miserables van á perecer eternamente si el

(1) Su Eminencia el Cardenal Gilbert, Mons. Ravinet, antiguo Obispo de Troyes, y Mons. Carlos Monchi, abad mitrado de Mariastein (Suiza).

hijo de Dios retarda su manifestación? Que venga, pues, en la aurora de los tiempos; nuestra desgracia lo pide, la armonía de la obra divina lo reclama; porque así como la obra de la naturaleza comienza por la perfección de Dios criador, así es justo que por la perfección del Verbo hecho carne, lleno de gracia y de verdad, comience la obra sobrenatural de la reparación. Sin embargo, los días, los años, los siglos van pasando y se renuevan, los hijos de Adán se extravían, se envejecen, se pierden, el mundo se trastorna, y el *hijo del hombre* no acaba de venir. ¿Qué misterio es este? ¿Es la negligencia del amor, que hace mentir la sabiduría? ¿Es la sabiduría que detiene el amor?

Tales son, señores, las cuestiones que presenta el gran maestro cuya doctrina vamos siguiendo (1). Escuchad su respuesta: «La sabiduría de Dios, dice Santo Tomás, regula todas sus obras; los tiempos están en su mano; ella dispone por su orden los sucesos. Debemos, pues, creer que para el más importante, y más sublime y más misterioso de los sucesos, ha escogido la época más conveniente. Nuestra limitada sabiduría preferiría el principio de los tiempos; la sabiduría divina espera su plenitud, según esta palabra de San Pablo a los galatas: *At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum factum ex natiere*» (2). ¡La plenitud de los tiempos! expre-

(1) Vaseo Sum. Theolog. III, p. quæst. 1.º a. 5. *Utrum conueniens fuerit Deum incarnari ab initio mundi. Videtur quod, etc.* 1, 2, 3.

(2) Sed contra 2.ª, quod dicitur Gal. IV. *At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum factum ex muliere, factum sub lege. Ubi dicit Gloss. quod plenitudo temporis est, quod præstitum fuit à Deo patri, quando mitteret filium suum. Sed Deus sua sapientia omnia definit. Ergo conuenientissimum tempore Deus est incarnatus. Et sic conueniens non fuit, quod à principio humani generis Deus incarnaretur. (Loco cit.)*

sion luminosa y profunda que nos indica el momento preciso en que convenia realizarse los designios de Dios. Cuando el Verbo se hace carne, los tiempos se llenan, es decir, Dios consuma las obras de preparación. Es una copa próxima a rebosar, que da á beber á su Cristo, el cual apura sus heces amargas, su leche y su miel. Quiero explicarme. Dios debía la larga demora de su encarnación á nuestra libertad y á nuestro orgullo; hé aquí por qué los tiempos están llenos de errores, de crímenes y de deseos de la humanidad. Dios debía la larga demora de la encarnación á la majestad de su hijo; hé aquí por qué los tiempos están llenos de promesas, de prodigios, de solemnes y benéficas catástrofes. Meditemos hoy estas dos verdades.

I.

«Porque el hombre había pecado por orgullo, dice Santo Tomás, convenia que fuera humillado hasta reconocer la necesidad que tenia de un libertador. Hé aquí por qué Dios le deja por de pronto abandonado á las propias fuerzas de su albedio en la ley de la naturaleza. Pero como no bastase la ley de la naturaleza para contenerle en sus desvarios, Dios le da la ley escrita; y como aun á pesar de la ley escrita continuaba agravando cada vez más sus pecados, estuvo bien que el hombre mismo, desfallecido, clamase por el divino médico que le había de curar de sus males» (1). Tal es, señores, en lo que mira á nos-

(1) Non statim post peccatum conueniens fuit Deum incarnari. Primo quidem, propter conditionem humani peccati, quod ex superbia provenerat. Unde ex modo erat homo regenerandus, ut humiliatus recognoscere se libertatem indigeret. Unde super illud Gal. III. *Ordinatus per angelum in manu mediatoris*, dicit Glossa: *Magnus Dei consilio factum est, ut post hominis ex-*

otros, la divina economía del doloroso retardo que ha suspendido por más de cuarenta siglos la ejecución del decreto eterno de la encarnación. Yo veo en ella la mano de un Dios sabio y bondadoso hasta en sus severidades. Nosotros habíamos despreciado sus primeros beneficios, él no quiere ya imponernos gracia alguna. El propone, y respetando esta libertad de que nosotros abusamos para ofenderle, quiere esperar su aceptación y sus súplicas.

Por otra parte, el orgullo que nos había hecho caer, no estaba aún castigado por la experiencia, y los hijos de aquel que se había cegado de su propia excelencia, hasta creer que todo lo era debido, podían engañarse en cuanto á la naturaleza de una reparación tan pronto ofrecida. El apresuramiento de Dios en levantar nuestra naturaleza tan luego de haber caído, ¿no podría parecer á esta primera generación, todavía vigorosa y embriagada de soberbia, dispuesto por una necesidad á la cual no podría sustraerse la omnipotencia, y en lugar de arrojarse confusa y arrepentida á los pies del Verbo encarnado, alzarse con su orgullosa frente para admirar en sí su propia perfección y engreírse con este sacrilego pensamiento: *Eritis sicut dii*? La tentación hubiera sido más fuerte que el hombre caído, privado de la abundante gracia que provenía de la justicia primitiva; ni se hubiera medido seguramente la distancia que separa la naturaleza apocada de la perfección infinita.

¿Por ventura no me he engañado? El orgullo

sum non sileo Dei sicut mitteretur. Reliquit enim Deus prius hominem in libertate arbitrii in lege naturali, ut sic vires naturas suas cognosceret; ubi cum deberet legem accepti, qua data, invaluit morbus non legis, sed naturae vitio, ut ita cogita sua inermicatus, clamaret ad medicum, et gratiae quaereret auxilium. G. Summ. Theol. III p. quaest. 1.^a art. 5.

humano no sólo no apreciaría el don de Dios, sino que lo desdenaría; porque en el principio la naturaleza ignoraba la profundidad de su caída, y se sentía demasiado lozana y poderosa para presentir los desvíos y crímenes de que era capaz. Semjante á esos enfermos presumidos que llevan en su seno un germen de muerte y que, sin embargo, rehúsan los auxilios del arte, mientras no se sienten abatidos por completo, la humanidad pecadora podía menospreciar la eficacia del remedio divino y volver inútiles las prevenciones de Dios, antes de comprender cuanto son apetecibles.

Cualquiera que fuese, señores, la actitud tomada por el orgullo ante una redención apresurada, era necesario que nos convenciéramos de que Dios es dueño de sus dones, y que estos dones son indispensables para nuestra regeneración. Pues ¿y qué medio más seguro para traernos á esta convicción que la experiencia? La experiencia que, demostrándonos cómo por nuestra parte no somos más que vileza, demostraría las ilusiones insensatas de nuestra imaginación exaltada por la soberbia; la experiencia que, haciéndonos ver nuestra cortedad intelectual, nos haría sentir la necesidad de un maestro lleno de las luces del cielo; la experiencia que, presentando al desnudo nuestra corrupción moral, nos forzaría á implorar los auxilios y la asistencia de un médico divino; la experiencia que aceptaría el beneficio de Dios con tanta más resolución y fe, cuanto más impaciente lo había esperado; la experiencia que, sin hacernos merecer este beneficio, nos haría menos indignos de él, permitiéndonos expiar con nuestros humildes deseos el orgullo que fué el principio de nuestra desventura.

Indudablemente la justicia, la sabiduría y la bondad de Dios, habían de querer esta ex-

perencia; hé ahí por qué el misterio de la Encarnación reparadora se ha retardado hasta que los tiempos estuvieron llenos de nuestros errores, de nuestros crímenes y de nuestros deseos.

Si os veis tentados, señores, de no ver en estas razones de la dilación de la Providencia más que hipótesis sutiles, imaginadas por la teología para explicar una incomprensible negligencia del gobierno divino, prestad atención, os ruego, á los orgullosos clamores que aun hoy lanza la razón, despues de diez y ocho siglos de luces y de gracias. ¿No repite ella en provecho suyo el oráculo pérfido y mentiroso que engañó á nuestros primeros padres: *Eritis sicut dii*? ¿No lleva su pretension hasta decir que las evoluciones de la naturaleza han hecho al infinito formar conciencia de sí mismo en lo finito? ¿No se ha atrevido á rebajar la sublime realidad de nuestros misterios á la condición de un puro símbolo de progresos que ella realiza con sus propias fuerzas? ¿No se cree capaz de tomar posesion de toda verdad y de cumplir por sí misma toda especie de bien? ¿No considera toda verdad de Dios, toda revelacion de Dios, toda redencion por Dios, como superflua, inútil, humillante para la dignidad humana? Ceguedad espantosa que, segun os hice notar el año pasado (1), se aprovecha, sin querer darse cuenta, de la penetracion de las luces y de las gracias de la encarnacion, de que ahora gozamos en el ejercicio de nuestras facultades intelectuales y morales, y que al mismo tiempo olvida la larga y vergonzosa experiencia que la humanidad ha hecho de su débil poder. Yo no la excusaria, pero me hubiera esta ceguedad, si la naturaleza no hubiera ensayado sus esfuerzos. Pero he-

(1) Véase la conferencia XXIV. La accion de la gracia, 1.ª parte.

chos ya todos sus ensayos, nada me queda que recordar, y las pretensiones del racionalismo sueñan á mis oídos como una siniestra bufonada dirigida al género humano. Si quereis saber de lo que es capaz el hombre, salid de la contemplacion de vosotros mismos, retroceded los siglos hasta el dia bendito en que los ángeles anuncian al mundo la grande nueva; penetrad con vuestra mirada en el abismo de los tiempos; ¿qué veis? ¡Ah! El Apóstol ha dicho bien: Los tiempos están llenos... *At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum.*

Los tiempos están llenos de errores. Las sublimes lecciones del Eden sólo por una edad han podido contener la razon impaciente de sacudir el yugo de la enseñanza divina y de correr por sí sola las peligrosas aventuras de un libre exámen. Mientras la noción del verdadero Dios se oscurece, y la sombra envuelve los conocimientos fundamentales de nuestro origen, de nuestra naturaleza, de nuestros deberes, de nuestros destinos; mientras el pueblo se mantiene, por todas partes, de tradiciones desfiguradas; la ciencia se esfuerza en reconquistar la verdad que las pasiones cubren de tinieblas; quiere hacerse un Dios, pero este Dios no es mas que una mezcla confusa de todos los seres, un conjunto ridiculo de todas las contradicciones; un espíritu que es materia, una infinidad que progresa, una inmensidad que se mide, una eternidad que pasa, una perfeccion suprema sobre la cual recae la responsabilidad de todos los crímenes. Este Dios es un principio impotente que divide con el mal eterno el imperio soberano de las cosas. Este Dios es una mónada, solitaria y abstracta, un número árido, cuyas misteriosas evoluciones no puede concebir el espíritu. Este Dios es una causa ineficaz que trabaja y no puede dar el sér á la materia. Este Dios es un monarca egoísta que se en-

cierra en su palacio, para gozar allí de su gloria, y deja marchar el mundo a los caprichos del azar. Este Dios es un hado cruel que ahoga la libertad, y cierra sus oídos a las súplicas de la humanidad. Este Dios es el señor de razón que se llama naturaleza. Este Dios es la materia infinita, eterna, subsistente por sí misma, y extrayendo de su vasto seno todas las existencias.

Y ¿qué es el hombre? ¿de dónde viene? ¿Quién lo sabe? Las tradiciones le dan un padre de quien los mismos dioses han recibido la vida. Pero el Dios todo es infinito en sus manifestaciones; pero el Océano es una fecunda matriz que contiene los gérmenes de todas las cosas; pero el torbellino eterno está cargado de átomos que se agitan, se encuentran, y se transforman al acaso.

¿Qué somos nosotros? Aquí unos brutos, allí unas partecitas de lo infinito. Hoy no tiene el hombre más que un alma, mañana tiene tres. Para este el alma es un espíritu, para aquél no es más que una agregación de átomos, para el otro un fuego sutil cuya tensión es indefinida.

Sea que nazca de la cabeza, del pecho ó del muslo de un Dios, sea que los ciegos hados ó la caprichosa fortuna lo hayan dividido, el género humano se compone de castas distintas y envidiosas que jamás se han de mezclar.

¿Qué debemos nosotros hacer? Este quiere que yo contemple el bien; aquel, que me deje llevar a la buena ventura; uno me manda favorecer la tensión del fuego sutil; otro me aconseja que ordene mis sensaciones, que mida el placer por la fuerza de mi temperamento, que haga consistir toda mi moralidad en la voluptuosidad. La más sabia filosofía exagera el honor de la virtud en provecho del orgullo, mientras la voz del pueblo me invita a seguir

el ejemplo de los dioses que la pasión ha fabricado.

¿A dónde vamos? ¿A perdernos sin memoria y sin conciencia de nosotros mismos en el infinito? ¡Acaso! ¿A rodar sin fin de un cuerpo a otro, siempre perseguidos en nuestras transmigraciones por nuestra imperfección! ¡Acaso! ¿A tomar posesión de un paraíso sensual que no será otra cosa que la prolongación de nuestras felicidades terrenas? ¡Acaso! ¿A sumirnos miserablemente en el abismo de la nada? ¡Acaso! ¡Acaso! ¿Para qué, pues, buscar tanto la verdad, si todo se puede afirmar y negar? No pudiendo saber nada, de todo dudamos, hasta de nuestra misma duda (1). ¡Oh verdad santa, cómo te veo atormentada, mutilada, desfigurada! Sin embargo, no creáis, señores, que haya sido desterrada del mundo. Dios le ha dado un asilo en su pueblo; el génio la busca en sus lucubraciones, y hasta en los lugares en que más la cubren de manchas y plagas, el alma recta y sincera puede aún reconocer algunos de sus destellos divinos. Ella subsiste para acusar ante el tribunal de Dios a los degenerados é insensatos que la han abandonado; pero no reina ya. Entregado a sí mismo el espíritu humano ha dejado triunfar el error de que los tiempos están llenos.

El crimen engendra el error, el error llama al crimen. Por eso, señores, tan llenos como están los tiempos de errores, lo están igualmente de crímenes.

Mirad lo que nos dice la historia. El Dios de los dioses, el Señor de los señores, el Creador y la Providencia del mundo no encuentra

(1) Véase para mayor desarrollo de estos errores: *Introducción al dogma científico*, tomo I; Apéndice: *Golpe de vista sobre los principales errores filosóficos*.

por todas partes sino religiones inhospitalarias, ídolos infames. No solamente los astros puros que nos prodigan su luz y las criaturas violentadas que un culto sacrilego ha arrancado de su reposo y de su obediencia natural, sino que los mismos vicios elevados bajo figuras humiliares á los honores de la apoteosis, los vicios incensados y adorados, el adulterio, el incesto, la glotonería, la destemplanza, el robo, el fraude, el orgullo, la cólera, la violencia y la crueldad, y cuantas pasiones execrables hay en las entrañas del hombre, son otros tantos dioses que el hombre invoca para obtener su criminal asistencia (1), otros tantos dios-

(1) He aquí algunos ejemplos de las plegarias que á sus dioses dirigian los poetas del paginismo:

«¡Oh! si tristes y ricos funerales
 Hubieran ver que un ilo que yo tengo
 No vive ya la vida de mortales!
 ¡Oh, si bajo el rastriño que sostengo
 Resonaran tenores estruendos
 De algún varón de fulgido abolengo!
 ¡Que no pudiera yo, dioses queridos,
 Borrar el nombre de este dabil niño
 Y heredar sus lineros recogidos!
 Ya veis cuán bilioso es, cuán sin cariño»

Ebullit potui praeclearum funis! Et si
 Sub rastro creper argenti mihi seria, dextro
 Hercule! hujusmodi utinam quem proximus haerec
 Impulso, expungam! namque est scabiosus et acil
 Bili timet.

(Petron., Sat. II. De bona mente.)

Laverna hermosa, da engañar al mundo,
 Y dame aparecer cual justo y santo.
 Cubre mis fraudes con sombrero blanco
 Y mis pecados con paves profundas

(Horat., l. Ep., XVI.)

«A los Dioses inmortales
 Recuenta en todos los tiempos
 El cómo á mí plegaria

ses que el hombre glorifica con una vergonzosa imitación de sus inimizias (1). La teurgia, la magia, las artes diabólicas, las supersticiones tenebrosas y maldéticas tenidas en honor por todas partes: la oscuridad de las iniciaciones y de los misterios, santificando la orgia y la prostitución en lugar de cabritos y becerros, el hombre degollado por su semejante sobre el altar de celestiales bebedores de sangre; el enemigo convertido en hostia y sacrificado en las hecatombes; los sacerdotes engañando al pueblo; los filósofos ocultándole la verdad; la naturaleza ultrajada todos los días y en todos los lugares con impurezas que apenas se pueden recordar ni escribir sus nombres en las páginas insensibles de la historia. En la familia; el padre transformado en tirano; la mujer olvidada, arrastrada, deshonrada, maltratada, repudiada, vendida según los caprichos de su señor, sin respeto á su dignidad de madre; el niño que acaba de nacer, tentado como un animal, y si no promete robustez, condenado

Para pedistes concilio,
 Porqué aumenten mis riquezas
 Para que en el foro entero
 Sea mi arca la primera
 Entre todas las del pueblo.»

Primo foro vota, et cunctis notissime templis,
 Divitiis ut crescam, ut opes, ut maxime toto
 Nostris sit arca foro.

(Juvenal., Sat. X, Voda.)

(1) «Por qué el Dios eternal es un momento
 del rayo con la fuerza victoriosa
 La bóveda rasgó del firmamento?
 Para asustar á la mujer medrosa.
 Yo, débil hombre, tal no hisiera.
 Sin embargo, lo haré con paz gozosa.»

(At quem Deum? qui templa, novell summa sonita concussit
 Ego hominibus hoc non fatum! Ego vero illo: fecerim labas.
 (Terent., Eunuch., Act. III, sc. VI.)

sin piedad á la muerte por el brutal ciudadano que le dió la vida; el esclavo tratado como una bestia de carga, á merced del mal humor ó de la embriaguez mal dormida que lo envía al matadero, á las gemonias ó á los viveros. En la sociedad; la guerra sin derecho de gentes, entregado en manos de los vencedores naciones enteras y legitimando toda suerte de crueldades; incendio y destrucción de ciudades, devastación de campos, transformados en desiertos, matanza de niños, violación de mujeres, carnicería de prisioneros, esclavitud de reyes, llevados, cadena al cuello, tras el carro de los triunfadores; el orgullo de casta complaciéndose en humillar y oprimir á los pequeños; la exacción consumiendo las provincias; la usura devorando los ahorros del ciudadano, el salario del artesano, el pan del pobre; el pobre detestado, despreciado y barrido como una inmundicia; la riqueza sin medida, al lado de la miseria sin alivio; el incentivo á la disolución hasta el punto de tomar espantosas proporciones; el pueblo ávido de combates sangrientos convertidos en escenas de placer; y sobre todo, los reyes jamás satisfechos de una dominación sin leyes y sin freno, los reyes usurpadores sacrilegos del poder, y de los honores debidos á solo Dios, los reyes pidiendo incienso y ordenando dar culto á sus estatuas.

¡Cuántos crímenes, buen Dios! Y lo peor es, señores, que estos crímenes no son hechos particulares reprobados por costumbres generales, sino hábitos transmitidos de nación en nación, y desarrollados licenciosamente bajo el triple patronato de la opinion, de las leyes y de la religion.

En este abismo de iniquidad ha arrojado el pueblo judío sus prevaricaciones. Dios lo ha separado de los gentiles, y le ha dado una ley

santa para preservarlo de la corrupcion. El, siempre protegido, siempre bendecido, siempre consolado, siempre salvado, multiplica sus ingratitudes. El murmuró, se gajea, olvida las promesas, desprecia las amenazas, mezcla su sangre con la sangre de los extrajeros, abandona el templo, corre á los bosques sagrados, sacrifica en los lugares altos, inmola sus hijos á divindades crueles, imita las infamias de las naciones y despues de haber llorado los reyes santos, se echa en brazos de monstruos que los Profetas maldicen y que la ley excomulga. Quisiera uno poder descansar en él, y consolarse contemplándolo, despues del horror que causa el género humano; pero no, él llena la medida y es preciso decir: ¡Oh, si, los tiempos están llenos de crímenes!

¡Enorgullecidos, pues, con esta experiencia, y creed aún en la omnipotencia de la razón! Pero preguntais, sin embargo, si Dios no se ha engañado, si queriendo dar una lección á nuestro orgullo, no ha llevado la humanidad á la desesperacion. No, señores. En el fondo del alma humana hay siempre un fondo de rectitud que la alienta en su miseria y la invita á humillarse. Con la ayuda de las promesas divinas y de las tradiciones, ella puede en tan universal naufragio cogerse con el deseo al cable salvador que la ha de sacar de los abismos del error y del vicio. La esperanza de un libertador ha bajado del cielo al mismo tiempo que la maldición condenaba la mujer á alumbramientos dolorosos. Esta es la esperanza en que se afirman las almas espantadas por las sombras de muerte que se ciernen sobre el género humano. Adán, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, todos los patriarcas anhelan ver el día del Señor (1). Los verdaderos israel-

(1) Abraham exultavit ut vidisset diem mortis. (Joan. cap. III, 36.)

litas miran con piadosa ansiedad al porvenir y lanzan ardientes suspiros. Sorprendidos por la muerte, no por eso se creen engañados, sino que cierran sus ojos con la dulce confianza de que un día el enviado de Dios, el libertador, vendrá a visitar su tumba, y tocará con mano bondadosa sus huesos demolidos, sus cenizas olvidadas. Prestad atención a las humildes y conmovedoras expresiones de sus deseos: «Señor, dicen, esperando estamos al que nos ha de salvar (1). Arma tu poder y ven (2). Muéstranos tu adorable cara, y seremos salvos (3). Ten misericordia de nosotros, que te esperamos (4). Miranos, Señor, pueblo tuyo somos todos (5). ¡Oh! si rasgaras los cielos y descendieras a nosotros (6). Derramad, cielos, vuestro rocío y lluevan las nubes al justo (7). Ábrase la tierra y germine al Salvador (8). Envía, Señor, el cordero que ha de dominar la tierra (9). Pronto vendrá y no tardará (10). Este es nuestro Dios, le hemos esperado y nos salvará (11). Semejantes a esos murmullos, a esos ruidos, a esas explosiones de voz que animan la naturaleza al despuntar la aurora, las súplicas se hacen cada vez con más instancia a medida que los tiempos avanzan. Los deseos llegan al colmo cuando el anciano Zacarías entona su *Benedictus*.

(1) *Salutare tuum expectabo Domine.* (Gen., cap. XLIX.)

(2) *Exiit potentiam et visum, ut saluaret faciem nos.* (Psalm. LXXXIX.)

(3) *Quiesce facies tuam et salvi erimus.* (Ibid.)

(4) *Miserere nobis, Domine, miserere nobis.* (Job., cap. VIII, te.) *Domine miserere nostri, te expectavimus.* (Is., cap. XXXIII, 9.)

(5) *Ecce respice, populus tuus omnes nos.* (Ibid., cap. LXXIX, 9.)

(6) *Unam dirumpere coelos et descendere.* (Ez., cap. LXXV, 3.)

(7) *Rorata coeli desuper et nubes pluit iustitiam.* (Ibid., cap. XLV, 3.)

(8) *Aperiatur terra et germinet salvatorem.* (Ibid.)

(9) *Emitte agnum, dominatorem terrae.* (Ibid., cap. XVI, 1.)

(10) *Veniet et non tardabit.* (Habacuc., cap. II, 3.)

(11) *Expectavimus eum, et salvabit nos.* (Is., cap. XXXV, 3.)

No creais, señores, que estos deseos sean tan propios del pueblo de Dios, que el resto de la tierra los ignore. Israel tiene más esperanza, es cierto, porque sus promesas son más ciertas y precisas; pero también en los otros pueblos de la tierra se nota una agitación santa; todos pasan los siglos esperando. El oriente y el occidente claman por un salvador. Las grandes ciudades, las estepas solitarias, los bosques salvajes, las islas apartadas y los lejanos continentes esperan su venida. Los chinos miran al occidente de donde ha de venir «el *redentor santo* enviado de Dios, el santo que sabrá todas las cosas, y tendrá todo poder en el cielo y en la tierra» (1). Los indios cuentan con una encarnación de Vishnu para reparar los males hechos por Haly, antiguo dragón (2).

Los egipcios saludan de lejos al hijo de la mujer que ha de amansar la rabia de Tyfon (3). Los persas, enseñados por los magos, escuchan la palabra que viene del primer principio, y cuyo nombre es *yo soy*. Este es Mithra, mediador entre Ormuzd, de quien recibe las órdenes, y los hombres que están confiados a su cuidado; Mithra, el vencedor del principio malo Ahriman, Mithra el libertador que nacerá de una virgen (4). Los mejicanos y los escandinavos esculpen en la roca viva y en los monumentos la figura del Dios que ha de aplastar la gran serpiente (5). Los druidas de la Galtia

(1) *L'Invariable milien*, traducido por M. Remusat, nota p. 144-145.—*Morale de Confucius*, núm. 196.

(2) Dubois, t. III, 3.^a part., pág. 415.

(3) Pintros, *De Isis et Osiris*, núm. 21.

(4) Anquetil-Duperron, *Système mythologique des magis, Mimesis de l'Académie des Inscriptions*, t. LXL, p. 298-309. Pintros, *De Isis et Osiris*, núm. 41, 42, 43. D'Herbelot, *Bibliothèque orientale, art. Zerduscht*.

(5) A. de Humboldt, *Vue des Cordillères*, t. I, p. 255-276. Moltes, *Voyage en Norwege*.

levantan una estatua y un altar á la Virgen cuyo hijo esperan. La Grecia espera también á un vástago de Apolo que traerá un reinado de justicia (1), á un Dios, hijo amado de un padre enemigo, el cual se ofrecerá á suceder en los padecimientos de Prometeo, figura del género humano castigado por la cólera divina (2). La esperanza, que los poetas reaniman, Platon la confirma. «Debemos esperar, dice por boca de Sócrates, que alguno venga á enseñarnos de qué manera hemos de conducirnos con Dios y con los hombres:» á lo cual responde Alcibiades: «¿Cuándo vendrá este tiempo? ¿Quién nos enseñará estas cosas? Tengo un deseo ardiente de conocer á ese alguno» (3). En fin, en los umbrales de la Edad nueva, Virgilio canta en estos términos la esperanza del universo:

«Llegó por fin la hora pútrima
Del templo amado que en el templo sacro
De Cintas rayóse. Ya de los siglos
La gran revolución, la época nueva
Comienza ya á emprender otra carrera.
Del encuberto cielo al mundo baja
Nueva noche... que en el seno
De la divinidad tomara aliento.
Y que verá altonar sin extrañeza
Los altos dioses con los grandes héroas,
Y el mismo heillar á muy sobre todos
Ojal héroas y ojal Dios: al mando entero
En paz ya puesto por los patrios hados
Declará sibilas leyes su gobierno...
Hora es ya de venir, ya los honores
Es tiempo de aceptar á ti dadas».

(1) Boulanger. *Récherches sur l'origine du despotisme oriental*, sec. X, p. 116.

(2) Enqullo, *Prometeo encadenado*, Plutaro, en su *vida de Pompeyo*, nos ha conservado el verso de 5.^a part. de la *tragedia de Esquilo, Prometeo encadenado*, en que este último llama á su salvador: el amado hijo de un padre enemigo.

(3) Sócrates. *Alcibiades*, II.

(Plat. Alcib. II.)

¡Oh, preciado hijo de los altos dioses!
Vástago ilustre del eterno Jove.
Mira ante tí, los astros te saludan:
La tierra, el bello cielo, el mar profundo;
No quieras retardar la alegre entrada
Del siglo de oro porque espera el mundo (1).

Dios ha logrado su objeto, señores. Quería humillar nuestro orgullo mediante una larga experiencia de nuestras miserias intelectuales y morales y hacer que nuestra libertad corriese voluntariamente al cumplimiento de su obra reparadora. Para esto no necesitaba Dios de otra cosa que de tiempo, y al efecto dejó que trascurriesen cuarenta siglos. No pertenece, no, á nuestra vacilante sabiduría juzgar estas medidas y decir: demasiado ha durado la experiencia; el Libertador se hizo aguardar demasiado. Intimamente debemos estar convencidos de que la sabiduría divina forma sus cálculos cual conviene. El mundo está lleno de errores; Dios va á iluminar el mundo, no haciendo imposible el error, sino haciendo que la doctrina de su Verbo funde tales resplandores, que donde quiera que ella penetre las sombras de la muerte queden disipadas y no pueda el error manifestarse sino con ese irritante carácter de insania y de malicia que le impedirá prescribir y universalizarse.

El mundo está lleno de crímenes; Dios va

(1) Ultima Convicti venit iam carminis astra,
Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo,
Iam nova progenies caelo dimittitur alto...
Ille Deum vitam accipit, divitiarum videt
Permixtos herbas, et ipse videlicet illic,
Foculatumque regis patris virginitatis artem...
Aggredere o magnos, adest iam tempus, honores,
Cara Deum soboles, magnam Jovis incrementum.
Adspice cuncta nutantem pendere mundum,
Terrasque, tractusque maris, caelumque profundum.
Adeoque vulture laetentur ut omnia saecula.

á curar las enfermedades del mundo, no porque vaya á encadenar todas sus pasiones ni á sofocar todas sus explosiones culpables, sino porque la ley santa de su Hijo, sus ejemplos, las virtudes de sus justos, purificando la atmósfera moral en que respira la conciencia y se mueve la libertad, tendrán un tal peso ante las costumbres públicas, que arrebatarán al crimen la triple protección que lo inoculaba en el corazón de las naciones. Los tiempos están llenos de deseos; Dios va á satisfacer las exigencias de los tiempos, no porque otra obligación le fuerce más que la infalibilidad de sus promesas, sino porque se digna tener en consideración las humildes súplicas de los miserables que le imploran. Haciéndonos desear su encarnación, el Verbo libertador nos revela la grandeza del don de Dios: dejando al error y al crimen tiempo para multiplicarse, nos prepara una manifestación más solemne de su poder y de su amor. Esto bastaría para justificar la conducta de la Providencia; pero yo, señores, quiero que esta justificación sea completa. Meditemos, pues, juntamente este segundo pensamiento: Dios debía retardar la encarnación para más ensalzar á su hijo; y hé aquí por qué los tiempos están llenos de promesas, de prodigios, de grandes y saludables catástrofes.

II.

«Se observa, dice Santo Tomás, que los actos típicos por los cuales lleva Dios las cosas á la cumbre de su perfección siguen un orden progresivo de lo menos perfecto á lo más perfecto» (1). La creación no fué hecha toda de un

(1) Non fuit conversio statim post peccatum Deum incarnari... propter ordinem promotionis in bonum secundum quem ab imperfecto ad perfectum progreditur. (Summ. Th. III p. q. 1.º a. 3.)

solo golpe; á la materia informe sucedió la materia ordenada; en la materia organizada tuvieron lugar las primeras señales de vida; y la vida, ruidimentaria y oscura en un principio, fué poco á poco desarrollándose y perfeccionándose hasta formar los reinos, los tipos, las familias, los géneros y las especies. Por más que la ciencia no haya podido medir hasta ahora con exactitud el tiempo de la acción creadora, ni definir todas las transformaciones de que fué sugeto el mundo antes que Dios le juzgase digno de servir de palacio al rey de las criaturas, no nos deja, sin embargo, género alguno de duda sobre la verdad de una larga y paciente operación que procedió con sabia tardanza para hacernos seguir y admirar sus progresos. Todo es perfecto cuando el hombre va á aparecer; todo está bien hecho cuando va á tomar posesión del mundo: *Cuncta sunt valde bona.*

Ahora bien, señores, si por consideración á la dignidad del hombre, creyó Dios conveniente proceder con lentitud en la preparación de su morada; si en un mundo en donde nadie podía disputar el imperio, plugo al Todopoderoso multiplicar por grados los ensayos y las promesas de esta vida más elevada y más noble que estaba llamada á reinar sobre las otras vidas; si juzgó que los cataclismos eran necesarios para colocar el trono y extender el dominio de su criatura privilegiada, que no creó Dios conveniente á la majestad de su Hijo introducirlo en el mundo de una manera súbita y como por sorpresa, era desatender su grandeza no menos que el orden acostumbrado de los actos providenciales. Para la venida del Verbo encarnado necesaria era una preparación que estuviese en armonía con la dignidad de su persona y con la importancia de la obra que debía cumplir. Como al sol de

la naturaleza preceden una alba tímida que emblaquece el horizonte, y una risueña aurora cuyas purpúreas tintas coloran las nubes del cielo y las crestas de las montañas, del mismo modo el sol de la gracia debía ser precedido de un alba, la era patriarcal, y de una aurora, la edad profética.

Si los reyes de la tierra hacen marchar delante de sí correspondencias y heraldos, y avanzan acompañados de pomposo cortejo, el rey del cielo no podía presentarse sin avisar antes al mundo de su llegada por medio de figuras y oráculos, y sin enviar delante de sí un numeroso cortejo de personajes ilustres que recibieron de la gracia ciertas como señales, presagios de la futura grandeza de aquel que vendría en pos de ellos. En fin, si el mundo material fué tan poderosamente y por tan largo tiempo preparado para ser digna mansión del hombre rey a quien fué dicho: *Dominamini et subicite*, ¿cómo es posible creer que el mundo moral no hubiera de ser en modo alguno dispuesto y trabajado para pasar á la dominación del Hombre-Dios á quien dijo el Señor: Yo te daré en herencia las naciones: *Dabo tibi gentes hereditatem tuam?* (1).

Aun cuando solo en sí misma considerásemos la dignidad del Hijo de Dios, ella nos explicaría suficientemente la tardanza de la encarnación (2); pero la necesidad de una demora en la venida del Hombre Dios aparece más clara si la miramos relacionada con nuestra razón. En efecto: era preciso proponer al

(1) Psalm. II.

(2) *Noti facti conventum statim post peccatum Deum loquarum... Propter dignitatem Verbi incarnati, quis supra illud Gal. 4. At ubi venit plenitudo temporis, dicit Glossa. (Aug. Tract. 36 in Jo. ante medium.) Quanto major Julia vincta, tanto praeconium series longius procedere debet. (Summ. Theol. III p., q. 1, a. 5.)*

género humano la fé envuelta en un misterio profundo é incomprensible, hecho todavía más impenetrable, más profundo, y, no temo decir, más repugnante, por la muerte del Redentor, sus humillaciones y sufrimientos. Una aparición súbita, un inesperado testimonio, ¿bastarían para esta obra tan difícil? Bien sé que á Dios no le faltan recursos, y que puede mover secretamente las almas para atraerlas á su Hijo; pero no ignoro tampoco que Dios respeta la libertad del hombre, y que ofrece á su razón una prueba irrecusable, que, sin hacerle comprender el misterio, le da completa seguridad de que se ha cumplido. De esta manera Dios comprometo fuertemente nuestra responsabilidad, sea en la aceptación, sea en la resistencia, y su Hijo no arriesga una falsa entrada que comprometería su dignidad.

Pues bien, señores, la sola tardanza de la encarnación permite á Dios presentar esta prueba irrecusable que debe convencer nuestra razón antes que la fé la prosterae ante el misterio adorable que en la misma encarnación se encierra. En el vasto campo de los siglos siembra Dios sus oráculos, dirige y hace converger hacia su Hijo todo el movimiento sagrado de la inspiración. Este movimiento progresa á medida que se deslizan los tiempos, y cuatro siglos antes de la hora bendita de la aparición nada falta al cuadro profético de la persona, de la vida, de la obra, y de los triunfos del Verbo redentor.

La humanidad espera una manifestación grandiosa. Si el Hijo de Dios no es reconocido como tal, culpese en buena hora á la ceguera de las pasiones, pues Dios hizo de su parte todo cuando era posible para introducir en el mundo una tan grande majestad. Los oráculos son numerosos; tanto mejor: su confrontación con la realidad prometida los hará

más convincentes. Los oráculos están á larga distancia colocados en la escala de las edades; tanto mejor: más imposible será descubrir en su admirable enlace y conexión relaciones naturales. Para impedir la dispersión de estos oráculos, Dios, mediante íntimas y maravillosas intervenciones, conserva ese pueblo al cual los confiara en depósito. Para extenderlos y propagarlos permite conflictos, trastornos, desastres, los cuales, mezclando los hijos de Jacob con los de las demás naciones, dan ocasión á estas de esclarecer sus demasiado vagas esperanzas, y de corregir sus desfiguradas tradiciones. En fin, para asegurar el cumplimiento de sus promesas, hace Dios que suceda á la dominación de todos los imperios, el reinado universal de un pueblo, cuya capital vendrá á ser la cabeza del imperio de su prometido. Una vez más os digo, señores; mirad los tiempos. Por consideración á la dignidad de su Hijo, Dios los ha llenado de sus preparaciones; llenos están de prodigios, llenos de promesas, llenos de solemnes y saludables castigos.

San Pablo dice, hablando de sus mayores: *Omnia in figuris contingebant illis* (1). «Todo lo que les acontecía eran figuras.» Los hombres, las mujeres y los hijos, los profetas y los taumaturgos, los sacerdotes y los reyes, los guerreros y los legisladores, las glorias y los oprobios, la esclavitud y la libertad, los monumentos y los sacrificios, todo es figura en la historia hebráica, todo está animado de un soplo extraño, todo profetiza. El justo Abel, primera víctima del odio envidioso de un hermano, es el gran justo inmolado por un pueblo, del cual tomará su sangre, sólo porque

(1) *Corin.*, cap. X, 11.

Dios había puesto en ese justo sus complacencias. Noé, constructor del arca y salvador del género humano, es el fundador de la Iglesia, abierta á todos los que quieren huir del diluvio de iniquidades en que se sumerge el mundo. Melquisedec, cuyo nacimiento no se puede contar, y que ofrece á Dios el pan y el vino en sacrificio, es el sacerdote eterno cuya generación se pierde en el seno de Dios, y que sustituye á los sangrientos holocaustos un pan y un vino misteriosos transformados en carne y en sangre glorificadas. Abraham, padre de una familia innumerable, es el Cristo divino, tronco de la familia cristiana. Isaac, cargado con la leña para su propio sacrificio, es el Salvador encorvado bajo el peso de la cruz. Jacob, poderoso ante Dios, es el mediador, cuya omnipotente intercesión aplaca la colera divina. José, engañado, vendido por sus hermanos y salvador de un pueblo extranjero, es el dulce Jesús, á quien hizo traicion uno de los hombres de su paz, y que llamó á los gentiles para que en compañía de los hebreos se dividiesen la herencia de salud. Moisés, salvado de las aguas, legislador del pueblo santo, el más grande de los profetas de la ley antigua, es el divino niño, á quien una madre virgen preservó de los furros de un rey ambicioso, el Verbo redentor, el autor de la nueva alianza, el Señor que hace descender de las alturas de su humanidad una ley inmaculada, el Mesías profetizado y más que profeta. Aaron, príncipe del sacerdocio, es el sacerdote augusto de cuyas manos recibe el sacerdocio católico su benéfico y humilde poder. Sansón, triunfando de la muerte, es el mártir del Gólgota, vencedor con su sangre del pecado y del infierno. David, elevado de la abyección á un rango supremo, es Aquel de quien dijo el Apóstol: *Vidimus Jesum per passionem gloriam et ho-*

nore coronatum (1). «Hemos visto a Jesús en virtud de su pasión coronado de gloria y honor.» Los profetas martirizados por defender sus vaticinios, eran la figura de Aquel que siendo testigo de los misterios de Dios, pagó con su vida la predicación de la verdad. Israel probado por crueles infortunios y animado siempre de admirables esperanzas, es la Iglesia, pueblo y reino de Jesucristo. Todo vive del porvenir, todo habla del porvenir, todo figura el porvenir: *Omnia in figuris contingebant illis*.

Mas las figuras son tan sólo promesas imperfectas que no se pueden ver en plena luz hasta despues que aparece la realidad. Todas ellas juacas no pueden llenar los siglos. Hé aquí los oráculos; no anuncios inciertos y equívocos que se dejan oír a largos intervalos, sino anuncios ciertos, precisos, continuos, que llaman de antemano la atención y trazan en rasgos luminosos toda la vida del libertador esperado. El padre del hájje humano oye una palabra de esperanza; la serpiente es maldecida, el hijo de la mujer triunfará de sus embustes; el Prometido de Dios saldrá del linaje humano (2). «En ti y en tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra, se dijo a Abraham, a Isaac y a Jacob» (3). Ahora bien, los pueblos han rehusado la luz; el Prometido bajará sobre el corazón de un pueblo fiel; pero ¿qué tribu de este mismo pueblo heredará la promesa? «Juda, tus hermanos te alabarán, porque de ti saldrá El que ha de ser enviado» (4). El Prometido será, pues, hijo de Juda; pero iluminadnos siempre, oh divino Espíritu, que inspirais a los profetas, decidnos,

(1) Ad Hebr., cap. II, 4.

(2) Gen., cap. III, 15.

(3) Gen., cap. XII, 3.—cap. XXVI, 4. C. XXVIII, 14.

(4) Is., cap. XLIX, 8, et seq.

¿qué familia en Judá hará pasar su sangre a las venas de Aquel que ha de venir?—«Una vez juré por mi santidad, no mentré a David; su linaje permanecerá eternamente» (5). Levantaré para David un vástago de justicia, y será llamado el Señor nuestro Justo» (2). Todo esto se ha dicho sobre su descendencia. El Prometido será hijo de la humanidad, de la raza escogida de los patriarcas, de la tribu bendita de Juda, de la familia real de David. Pero, más luz aún, oh santos profetas, más luz, más luz. ¿Cuándo vendrá el Prometido? Escuchad, señores: «No será quitado de Judá el cetro y de su muslo el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y El será la expectación de las gentes» (3). El segundo templo será testigo de su presencia y de sus obras (4). Contad setenta semanas de años a partir desde el edicto de los persas para la reedificación del templo de Jerusalem, deteneos treinta y tres años antes de la mitad de la última semana y caed de rodillas ante una cuna; allí es donde reposa el enviado de Dios.—¿En dónde está, pues, esta cuna? (5). «Oh tú, Belén, tú eres un pueblo pequeño entre los millares de Judá; sin embargo, de ti saldrá el dominador de Israel, y su salida desde el principio, desde los días de la eternidad» (6). Nace en Belén, pero ¿cómo nace? «Maravilla inaudita, la mujer llevará al hombre en su seno» (7).—Hé aquí que la Virgen concebirá y parirá un

(1) Psalm. LXXXVIII.

(2) Jerem., cap. XXXII, 5, 6.

(3) Gen., cap. XLIX, 10.

(4) Agg., cap. II, 4, 16.

(5) Dan., cap. IX, 21 et seq.

(6) Mich., cap. V, 2 et seq.

(7) Jerem., XXI, 22.

hijo y será llamado Emmanuel (1). ¿Qué llegará á ser este prodigioso niño? Dios envía un ángel delante de él para prepararle su camino (2). Hace oír por vez primera en los confines de Zabulon y de Nephtali su palabra bendita (3). Viene á cumplir la voluntad de aquel que le envía (4).—No quiebra la caña ya cascada; ni apaga la mecha que humea (5);—predica los preceptos del Señor (6);—es el doctor de la justicia (7);—hace con Dios un nuevo contrato de alianza (8). Hace ver á los ciegos, oír á los sordos, caminar á los cojos, hablar á los mudos; sana las manos imposibilitadas, y sostiene las rodillas débiles (9).—El despierta á los que duermen el sueño de la muerte (10);—es profeta como Moisés que no tuvo semejante (11);—es aborrecido por los suyos (12); aquellos que él ama se declaran sus enemigos (13);—lo cogen entre sus uñas, como el pájaro es cogido por el cazador (14);—presenta sus mejillas á los que le abofetean y se deja saturar de oprobios (15);—se han dado treinta dineros para recompensar al que lo entregó (16);—y sus enemigos dijeron: condenémos-

- (1) Is. C. VII, 17 et seq.
- (2) Malch., cap. III, 1.
- (3) Is., cap. IX, 1, 2.
- (4) Psalm. XXXIX.
- (5) Is., cap. XLII, 3, 7.
- (6) Palatin. II.
- (7) Joel., cap. II, 21.
- (8) Jer., cap. XXXI, 31 et seq.
- (9) Is., cap. XXXV, 5 et seq.
- (10) Ibid., XXVI, 19.
- (11) Dant., cap. XVIII, 13 et seq., cap. XXIV, 10.
- (12) Palatin. XI, 27 LIV.
- (13) Ibid., CVIII.
- (14) Jer. Thren., cap. III, 5; cap. IV, 20.
- (15) Jer., cap. III, 30.
- (16) Zach., cap. XI, 12, 13.

le á la muerte más infame (1);—sirvámonos de un leño para hacerle morir (2).—El entregó su alma y ha sido contado entre el número de los malvados (3).—Han horadado sus pies y sus manos y han contado todos sus huesos (4).—Le han dado hiel por alimento y vinagre por bebida (5);—los que le ven le insultan (6);—pero El ruega por los trasgresores de la ley (7).—Es el último de los hombres, conoce todos los secretos del sufrimiento (8).—Mas Dios le dará el precio de sus dolores, justificará un gran número de aquellos cuyas iniquidades ha llevado; el Señor le dará una numerosa posteridad, porque El se entregó á la muerte (9). Su sepulcro será glorioso (10);—Dios no permitirá que su Santo vea la corrupción (11); sino que él lo sacará de las puertas de la muerte y le dirá: sientáte á mi diestra (12).—Es el príncipe de la paz (13),—su dominación se extiende de un mar á otro mar, y hasta las extremidades de la tierra (14).—Dios le ha constituido jefe y preceptor de los gentiles (15),—su imperio se multiplica (16),—y los ídolos se

- (1) Sap., cap. XI, 20.
- (2) Jer., cap. XI, 19.
- (3) Is., LIII, 12.
- (4) Psalm. XXI.
- (5) Psal. LXVIII.
- (6) Ibid., XXI.
- (7) Is., LIII, 12.
- (8) Ibid., LIII, 2 et seq.
- (9) Ibid.
- (10) Ibid., cap. XI, 19.
- (11) Psalm. XV.
- (12) Ibid., IX—CXXIX.
- (13) Is., cap. IX, 6.
- (14) Zach., cap. IX, 10.
- (15) Is., cap. LV, 4.
- (16) Ibid., IX, 7.

rompen en su presencia (1).—Su reino durará para siempre (2).—¡Oh santos profetas, qué hombre tan prodigioso nos anunciais! Callad: no es un hombre; «su generacion es desde el principio y desde la eternidad (3).—¿quién la contraria? (4).—Dios le ha dicho en un día que no tiene principio ni fin: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy, pídemme y te daré las gentes y las naciones por herencia (5).—Este es el Admirable, el Consejero, el Dios fuerte, el Padre de la eternidad, Emmanuel, ó Dios con nosotros (6).—Este es Jehová, nuestro justo» (7).

Señores, ¿es acaso una historia lo que cuento? No, todo es una profecía; hé ahí los oráculos de que están llenos los tiempos. Con un siglo de anticipacion un solo Profeta habria podido lanzarlos sobre el mundo tal cual acabais de oírlos, y esto seria sin duda una maravilla digna de la majestad del Hijo de Dios; pero para dar más fuerza á la prueba que de ellos debe sacar nuestra razon, y para prevenirse contra las discusiones del orgullo y de la mala fé, la sabia Providencia los siembra á través de largas edades, para que despues de haber recogido todos los fragmentos esparcidos de este mosaico, no podamos ya, sin locura ó crimen, rehusar de reconocer como el enviado del cielo, el libertador del género hu-

(1) Ebd., II, 18.

(2) Ebd., IX, 7.

(3) Mich., cap. V, 2.

(4) Is., LIII, 8.

(5) Psalm., II.

(6) Isai., IX, 6.

(7) Jer., XIII, 6.

Suplico al lector que vea mi *Introducción al dogma católico*, tomos VI y VII, en donde están desarrolladas y explicadas estas profecías.

mano, el Dios salvador, á Aquel que los reproducirá en su persona, en su vida y en su obra, con exacta semejanza.

No hay que perder una sola pieza de este mosaico profético. Estos tranquilos; un pueblo protegido lo guarda con un cuidado celoso, y si alguna vez el olvido invade su memoria, pronto las maravillosas intervenciones de la Omnipotencia divina le advierten del depósito que le está confiado. Desde Abraham, el padre de los creyentes, hasta los Macabeos que preservan su nacion de una suprema apostasia, ¡no están llenos los tiempos de prodigios!—Prodigio, la vida de los patriarcas, cuya alma religiosa conversa con el cielo, cuyos pasos son guiados por el Angel del Señor; cuya fienda ambulante es en todas partes respetada. Prodigio, la exaltacion de José en la corte de Faraon. Prodigio, la vocacion de Moisés, las plagas de Egipto, la marcha triunfal de los hijos de Jacob por entre los liquidos muros del Mar Rojo y el ahogamiento de los egipcios. Prodigio, los azotes que castigan las murmuraciones y las blasfemias. Prodigio, el maná y las aguas que brotan para apagar el hambre y la sed de una muchedumbre desahucada. Prodigio, el largo camino por el desierto. Prodigio, los rayos y truenos del Sinai, la gloria de Moisés y la ley santa grabada por los nueve Querubines en tablas de piedra. Prodigio, la caída de los muros de Jericó al sonido de las trompetas sagradas, y la obediencia del sol que se detiene por mandado de Josué, para darle el tiempo de la victoria. Prodigio, los triunfos de Gedeon y las hazañas de Sanson. Prodigio, el valor de aquellas mujeres osadas que salvan á su pueblo matando al enemigo. Prodigio, la grandeza de David y la sabiduria de Salomon. Prodigio, los ejércitos exterminados por los ángeles. Prodigio, las libertades

que suceden á los cautiverios. Prodigio, el misterioso enternecimiento que se apodera del corazón de los reyes, y que permite á los hijos de Judá reconstruir los muros y el templo de la triste Jerusalem. Prodigios, la santidad, los heroicos esfuerzos y las victorias de los Macabeos. Prodigios en el cielo, prodigios en la tierra, prodigios espirituales, prodigios temporales. Los tiempos están llenos de prodigios.

Al mismo paso que los prodigios que conservan los oráculos, marchan las catástrofes que los propalan. El pueblo judío es castigado por sus infidelidades; pero no siempre es el mismo enemigo quien se lanza sobre su cuerpo mutilado. Los grandes imperios vecinos sufren á su vez trasformaciones desastrosas. El antiguo Egipto, tan orgulloso con la fertilidad de sus campos y con la riqueza de sus ciudades, con la ciencia de sus sacerdotes y con la gloria de sus Faraones, grandes hasta en la misma muerte, con la saliduría de sus instituciones y con el poder de sus armas, que han llevado el espanto á la ribera del Indo; el antiguo Egipto, dice Bossuet, acaba su vida enervado, aturrido y destallecido, porque el Señor ha enviado sobre él un espíritu de vértigo; ya no sabe lo que se hace; está perdido (1), y sucesivamente es hecho presa de un Sabacon ó de un Cambises. En las márgenes del Tigris se levanta Nínive; esta es la herencia del hijo de Nemrod. ¡Marchad, Nino, al frente de vuestro millón de guerreros; asolad en vuestras ligeras expediciones la India y el Egipto; engrandeced vuestra capital con mil y quinientas torres; dadle un circuito de tres días de camino! ¡Y vos, ilustre Semiramis, edificad ciudades y allanad montañas! En segui-

da vendrán reyes valerosos, y todo será arruinado por un voluptuoso que de antemano ha grabado sobre su tumba este epitafio impio: «Viajero, escucha el consejo de Sardanápato, fundador de ciudades; come, bebe, ríe, que todo lo demás es nada.» El imperio nínivita cae en poder de Arbaces y de Belises que se lo reparten, y la misma Nínive se rinde muy pronto á los golpes de Babilonia su rival. Y ved ahora á Babilonia, esa ciudad soberbia, cuyo nombre pasará de generacion en generacion como figura de inmensidad, de esplendor y de corrupción. ¡Vedla cómo se levanta orgullosa á las orillas de su Eufrates que la atraviesa y la ciñe con sus brazos protectores! Vedla llena de maravillas que nadie iguala, ni acaso igualará jamás. ¡Vedla cómo se gloria de sus palacios, de sus templos, de sus jardines pensiles, de sus bosques sagrados, de sus enormes murallas, de la multitud que se agita en su vasto seno, del génio de sus reyes, de la audacia de sus capitanes, de la valentia de sus soldados, de la ciencia de sus adivinos, de la proteccion de sus dioses! El gran Nabucodonosor contempla con orgullo tantos esplendores, y desde la azotea de su palacio insulta la fortuna de las naciones y la majestad del mismo Dios. Pero, miralo bien, rey insensato. Sobre Baltasar tu hijo vendrá el Ciro profetizado, y sólo una noche bastará para hacer pasar tu imperio á manos de los persas. Los persas triunfantes y dueños del Asia, llevan al Africa sus armas victoriosas. En un instante esperan la conquista de la Europa y del mundo entero, mas la Grecia comienza á poner en movimiento sus fuerzas. Unificada por la astucia de Filipo, conda sus destinos á un héroe. Los dias de la Persia están contados. Darío, por muy justo que sea, y valiente, y animoso, y querido de sus pueblos, no puede ya sostener-

(1) *Discours sur l'histoire universelle, 3.^e part. cap. VIII.*

se ante una audacia que el genio y una ambición desmesurada empujan. Alejandro, vencedor ante los muros de Ispas, y en los campos de Arbela, triunfa en Babilonia, y continúa su marcha hasta la ribera del Indo. La tierra estupefacta no responde a sus victorias mas que con el silencio. Mas hé aquí que en una orgia desaparece Alejandro y con él su raza y su imperio. Todas las bestias de la vision profética se han devorado una tras otra. El último festín se reserva para la última bestia que Dios viene preparando desde siete siglos. Roma se lanza. En sus brazos de hierro ahoga uno en pos de otro los reinos agonzantes y cubiertos aun de las llagas sangrientas abiertas por su ruda espada. Mas voraz que los animales que la han precedido en el camino de los siglos, ella se alza con todo: obras maestras, leyes, costumbres, hombres y dioses. Ella es la dueña de todo. Los tiempos están llenos de catástrofes.

Señores, una filosofía vulgar no alcanza á ver en estas catástrofes sino juegos de pasiones y de fortuna; pero una filosofía más alta y más sana adora en ellos los castigos de la divina justicia; y los que han sido iluminados por la fe admiran en todo las preparaciones de Dios, ordenando las revoluciones del mundo á la venida del Prometido. Observad, os ruego, que estos grandes imperios que se van sucediendo, chocan todos á su vez contra el pueblo de Dios, le hieren y le dispersan. El Egipto ha recibido ya la visita de Abraham y de los hijos de Jacob. Sus tropas victoriosas llevan cautivos á los hijos de Israel, y despues de la ruina de Jerusalem, el anciano Jeremías se sienta á llorar con sus compañeros de infortunio á la orilla del Nilo. Jonás predica en Ninive y Salmanasar lleva al destierro las diez tribus separadas, y los reyes de Asiria con-

templan con admiracion las virtudes de Tobias. Nabucodonosor prende el resto del pueblo judío. Ezequiel y Daniel profetizan en el corazon de su imperio, y cabe los rios de Babilonia lloran los hijos de Sion sus desventuras y cantan sus esperanzas. Ciro emprende darles libertad. Asuero se desposa con la bella Ester. Alejandro se detiene lleno de respeto ante la majestad del gran sacerdote Jaddus, y va al templo de Jerusalem á adorar á Jehová: uno de sus sucesores hace traducir al griego los libros santos. En fin, Roma firma sus tratados de alianza con los Macabeos. Los judíos, dispersados por las catástrofes, dejan por todas partes hermanos que las divulgan, y de ahí ese prurito de viajar, esas idas y venidas que llenan los dos últimos siglos. Los hijos de Jacob levantan sus tabernáculos hasta en el centro de Roma. Consigo llevan sus oráculos; los gentiles pueden oírlos, reavivar sus recuerdos, corregir sus tradiciones y unirse á la esperanza del Libertador. Con razon, pues, he llamado solemnes y benéficas las catástrofes. A medida que se opera la difusion de las promesas divinas, se prepara tambien su cumplimiento. Todos esos pueblos caídos son como estratificaciones sobre las cuales se apoya la dominacion universal del pueblo-rey. Las luces de la civilizacion, difundidas por todas partes, irán á formar en torno del Libertador una aureola que no permitirá á la impiedad de los siglos venideros dudar de su existencia. El universo, sometido á un solo poder, comprenderá mejor el poder universal de Cristo sobre los espíritus. Los grandes caminos abiertos por los generales y procónsules, ayudarán á los apóstoles á promulgar la buena nueva. Y el imperio mismo, el imperio convertido un dia en su jefe, proclamará el reino de Jesucristo, y le cederá la capital. Toda car-

ne verá la salud de Dios: *Videbit omnis caro salutare Dei* (1).

¡Oh Dios miol bien podriais vos confundirnos bajo el peso de un impenetrable misterio; pero no, vuestra bondad nos permite comprender y explicar las tardanzas de vuestra Providencia. Enviad el que ha de venir. Los tiempos están llenos de promesas; que él las cumpla; los tiempos están llenos de prodigios; que él los porone con la inaudita maravilla que Jeremías anunciaba: los tiempos están llenos de catástrofes; que él se aproveche de ellas para establecer su reinado de paz. Todo está dispuesto, Señor; el mundo moral, tan larga y profundamente probado por vuestra Omnipotencia, espera con ansia vuestra palabra creadora; pronúnciada. No aquella de los primeros días: Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza; sino esta otra más misteriosa y llena de amor: Hagamos a Dios a semejanza del hombre.

¿Lo veis claro, señores? ¡Abrigais en vuestro espíritu alguna preocupacion que, cual nube siniestra, intercepte la luz de las explicaciones que acabais de oír? La gloria del Verbo encarnado debe ser separada de la salud de las almas. Con la tardanza de la encarnacion que tiene por efecto suspender su virtud reparadora, Dios pierde necesariamente, sacrificando muchedumbres inmensas que no pueden ser redimidas, todo el honor que parece guardar con la solemnidad de sus preparaciones. Si tal es vuestro pensamiento, desengañaos. La eficiencia de la redencion precede a la aparicion del Redentor. «Cristo es de ayer, es de hoy y es de todos los siglos,» dice el Apóstol (2). El cordero fué virtualmente inmolado

(1) Luc., cap. III, 6.

(2) Christus heri, et hodie, ipse et in saecula. (Heb., cap. XIII, 8.)

desde el principio de los siglos y desde entonces comenzó su libro de vida (1). En virtud de sus méritos futuros recibe toda alma la gracia de la salvacion desde el día en que el pecado entró en el mundo hasta el día en que se consumó el sacrificio del Calvario. La fé explicable que nos es pedida, no era necesaria a las generaciones que vivian en la esperanza del Libertador. Bastábales creer en un Dios que recompensa a los que le buscan con sinceridad (2), y esperar de su bondad verse libres de las miserias del pecado (3). Pues bien; a pesar de los errores y crímenes del género humano, nadie era incapaz de esta fé y de esta esperanza, «porque la gracia, dice Santo Tomás, a nadie falta, a todos se comunica en cuanto es de su parte» (4). Dios, con retardar la venida de su Prometido, no ha sacrificado la salvacion de ninguna alma, creedlo bien. Ha multiplicado las lecciones de su justicia para enseñanza del hombre; ha velado porque las tradiciones y el deseo del libertador fuesen por todas partes conservados; ha permitido que su pueblo fuese agitado, como un vaso, por las revoluciones y las catástrofes, para derramar sobre los gentiles el perfume de sus creencias,

(1) In libro vitae agni qui occisus est ab origine mundi. (Apoc., cap. XIII, 8.)

(2) Ceterum enim oportet accenduntur ad Deum quia est, et inquiruntibus eum remunerat illi. (Heb., cap. XI, 6.)

(3) Si qui tamen salvati fuerunt quibus reventio non fuit facta, non fuerunt salvati obsequio fidei meritorie; quia si non haberent fidem explicitam, haberent tamen fidem implicitam in divina providentia, credentes Deum esse liberatorem hominum secundum modum sibi placuisse, et secundum quod aliterius veritatem cognoscuntibus spiritus revelasset. (Salm., Theol. II.º II.º aa. quest. 2.º art. 7.º ad. 3.)

(4) Deus vult omnes homines salvos fieri, et ideo gratis nulli dedit, sed dimittit, quantum in se est, se communicat. (In Epist. ad Heb., cap. XII, Lect. 3.)

de sus promesas y de sus esperanzas. Revolved la tierra funeraria de los imperios, en todas partes hallareis huesos de Israel mezclados con los huesos de las naciones. La penetración de los oráculos estaba prevista: el anciano Jacob la anuncia á sus hijos al morir (1). Ella fue tan larga y tan profunda que uno de los últimos profetas no temió llamar al que había de venir, el Descado de las gentes (2). Y los mismos autores paganos nos muestran todo el Oriente embebido en la creencia de que el Dominador de los pueblos vendría de la Judca (3). Y fuera de esto, ¿qué sabeis vosotros de las operaciones de la Providencia en las almas? No, señores, no; la longura de las preparaciones divinas no ha dañado á la salud de las almas, y Dios al satisfacer su justicia y su sabiduría, no ha impuesto jamás silencio á su bondad. Estad bien persuadidos que los mismos que se perdieron no atribuyen su eterno infortunio á la tardanza de la redención, sino á su mala voluntad propia que no ha querido aprovecharse de las preparaciones de Dios.

¿No es esto lo que sucede todos los días, y á vosotros mismos que estais rociados con la sangre de la redención? Cada año os está repitiendo la Iglesia esta solemne advertencia: «Hé aquí el tiempo favorable, hé aquí los días de salud (4); preparad los caminos del Señor» (5). Y sin embargo los tiempos están llenos de

(1) Et ipse erit expectatio gentium. (Gen., XLIX, 10.)

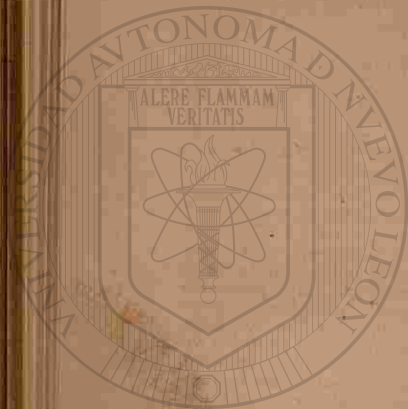
(2) Et vultus desideratus cunctis gentibus. (Agg., II, 8.)

(3) Percretaque oriente toto vetus et constantis opinio, esse in fatis, ut eo tempore Júdeus profecturus remaneret. (Sexton., De Judoic. Cler., Lib. VIII, Vespax, cap. 4.)

(4) Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis. (II. Cor., cap. VI, 2.)

(5) Parate viam Domini. (Is., cap. XL, 3.)

las ilusiones y errores de vuestra juventud, cuya vanidad y locura comprendéis en la madurez de la razón; llenos de faltas y acaso de crímenes, de cuyo peso quisiera deshacerse vuestra conciencia atormentada; llenos de los deseos de una paz que los remordimientos hacen imposible; llenos de las promesas de una enmienda que la Iglesia no cesa de pedirnos; llenos de prodigios, de ternura y de obsequios espirituales, que vosotros recibís de vuestras esposas, de vuestros hijos y de vuestros amigos; llenos de catástrofes saludables que no han contristado vuestros hogares sino para que os volváis á Dios; ¡y aun así no queréis recibir á Aquel que viene á vosotros! ¡Ah, Dios miol convertid Vos mismo en este día todas estas almas que yo no puedo conmovér, y permitidme que pueda decírlas muy pronto, al darles vuestro Verbo anonadado en el sacramento de amor: La plenitud de los tiempos ha llegado para vosotros, Dios os envía su Hijo. *At ubi venit plenitudo temporis misit Deus Filium suum.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONFERENCIA XXX.

EL PARAISO DE LA ENCARNACION.

EMERENCIANO SEÑON, MOISES NIKS (1), SEÑONES.

Dios, para honrar la majestad de su hijo, preparó de antemano el mundo moral para su venida, como de antemano habia preparado el mundo fisico para el hombre, re de las criaturas. La obra de reparacion que debia salvar al género humano es, en un orden superior, la repetición de la obra de la creación. De una y otra parte vemos sucederse las figuras, las promesas, los prodigios, las catástrofes, y llegar la plenitud de los tiempos. Esto no debe espantarnos. Las operaciones del poder divino están siempre reguladas por una misma sabiduría, cuyas leyes invariables se aplican a la producción de todo bien. El orden así lo quiere, dice Santo Tomás: *Hoc fit propter ordinem promotionis in bonum* (2). Sigamos este orden hasta su término, y acabemos el paralelo comenzado.

(1) Su Eminencia el Cardenal Gubbert, Mons. Ravinet, antiguo Obispo de Troyes, y Mons. Carica Motrich, Abad mitrado de Mariastein (Suiza).

(2) *Samm. Theol.* III p. quat. 1.º a. 5.

Después de haber preparado el mundo, Dios no introduce en él como al acaso al hijo de su amor. Desde el comienzo del período de sosiego había plantado un jardín de delicias en donde la naturaleza más variada y fecunda prodigaba sus dones para encanto de la vista y enajenamiento de los sentidos. De una misma fuente salían cuatro ríos que arrastraban en sus apacibles ondas el oro mezclado con las piedras preciosas. En este paraíso coloca Dios al hombre para que fuese juntamente su guarda y su obrero. *Posuit eum in paradiso voluptatis ut operaretur et custodiret illum* (1). Allí es donde nuestro primer padre entona el himno de sus bodas con la virgen, hueso de sus huesos, carne de su carne. Figura noble y embeleso del lugar bendito en donde Dios había de dar la última mano a la plenitud de sus preparaciones. En el mundo preparado para el nuevo Adán, el Verbo encarnado, era necesario un paraíso; no ya una tierra fértil de la cual hubiera de tomar posesión después de criado, sino una morada viviente donde se formase su carne adorable; un santuario lleno de misterio y de gracia donde se celebrasen las bodas inefables de la naturaleza humana y de la naturaleza divina. Y porque el Verbo, Dios eterno, es anterior á su paraíso; porque él lo ha escogido con su padre desde el principio de los siglos; porque lo ha preferido á todas las criaturas y ha concentrado en este único objeto las más tiernas complacencias de su amor, le pertenecía, antes de entrar en él, preservarlo de toda invasión de pecado y acumular en él todas las bellezas y todas las riquezas de la naturaleza y de la gracia.

Ya habreis adivinado mi pensamiento, se-

(1) Genes., cap. II, 8-13.

ñores, y habreis dicho en vuestro corazón: El paraíso de la encarnación es María (1). Sí, es María, y yo me siento hoy feliz y orgulloso de publicar sus grandezas ante la más hermosa asamblea del mundo cristiano. Yo sería un hijo ingrato, oh madre mía, si por vuestros tan largos beneficios no os rindiere en este día un tributo de alabanzas. Dulce es mil veces á mi corazón pagar solemnemente esta deuda de amor y hacer servir á vuestra gloria las bendiciones que habeis dado á mi palabra.

Se nos reprocha con frecuencia, señores, de llevar hasta el exceso nuestra admiración, nuestro amor y nuestro culto á la Santísima Virgen, y de desatender en este punto la austera tradición de los primeros siglos de la Iglesia. Este reproche encierra una ignorancia junto con una calumnia, ignorancia de la tradición y de nuestra verdadera enseñanza; calumnia que nos atribuye las extravagancias de una piedad mal entendida. Nosotros no somos responsables de esas extravagancias, sino únicamente de nuestros principios y de las consecuencias que de ellos deducimos. Hay, pues, un principio fecundo, que la teología explota hace más de diez y ocho siglos y que explotará hasta el fin de los tiempos para estimular la fe y el amor del cristiano. Hé aquí el principio: María es madre de Dios. Por razón de este título ocupa María un tan alto lugar en el plan divino, tiene tanta parte en el misterio de la encarnación, se halla tan íntimamente unida á la obra y destinos de su hijo, que nadie podrá admirarla, ni amarla, ni honorarla por

(1) Prologo de Constantinople (144) llama á María: «El inaccesible santuario de la inocencia... el paraíso virginal cerrado á la culpa, donde se ha de formar el segundo Adán.»

La Iglesia en su oficio saluda á María en estos términos: Ave immensitimes et rationalis fides paradisius. (2 noct. off. de Immacul. Concept.)

demás. Una vez para siempre, notad bien, os ruego, el sabio discurrir de la teología y la alta razón de la enseñanza católica. No vamos ahora á buscar la maternidad divina á través de grandezas y privilegios imaginarios; sobre este hecho único, prodigioso, inexplicablemente noble y bello, María es madre de Dios, construiremos todo el edificio de su gloria.

En el curso de nuestra exposición se nos ofrecerán ocasiones de saludar más veces esta gloria! al presente atengámonos á la idea general que ha regulado la marcha de nuestras conferencias, y contemplemos en María la plenitud de las preparaciones divinas. María es el paraíso de la encarnación. Pidamos al eterno custodio y sumo obrero que ha de venir á habitarlo, que nos diga lo que El ha hecho para preservar su morada de toda mancha y cómo la ha hermosado con sus dones.

Ya sabéis, señores, la ley que pesa sobre nuestra naturaleza caída, ley de muerte, en virtud de la cual todo nacido de linaje humano es hijo de pecado y se halla desposeído de la savia sobrenatural que en un principio animaba á nuestro primer Padre. Esta ley no exceptúa á nadie, á no ser al mismo Dios, que al tomar carne humana, no quiso servirse en su concepción de la potencia activa, por la cual es enfeudada toda carne. Todo aquel que nace de esta potencia, recibe de ella al mismo tiempo la muerte y la vida. María no estaba libre por naturaleza de esta fatal herencia. Envuelta como toda criatura humana en la corriente de la generación, por necesidad tenía que ser envuelta en la corriente del pecado. Cuando yo leo su genealogía, me parece oír como un ruido siniestro semejante al de un río cenagoso

que se precipita, confundiendo en sus aguas la onda pura de las blancas nieves con el lodo de los campos devastados. Se me figura que también el escogido paraíso del Hombre-Dios va á ser manchado, y tiemblo. ¿Cómo evitaréis vos, Virgen santa, la invasión de esa corrupción general? Bien veo que en la lista de vuestros antepasados se encuentran santos entre los criminales, y que los venerables ancianos de quienes vos seréis el fruto tardío, estaban llenos de la gracia de Dios. Pero esos santos, han sufrido lo mismo que los criminales, la ley común. Desde Adán hasta Joaquín, cada nombre de vuestra genealogía, como un vago gemido, murmura estas palabras de los libros santos: *Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea* (1). He aquí que he sido concebido en la iniquidad, y en el pecado me concibió mi madre. Por un sólo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte. *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit et per peccatum mors* (2). ¡Oh ley terrible del pecado, la naturaleza quiere que vos triunféis!

Pero escuchad, señores; ya oigo venir del cielo el río de la redención. Llamado por la esperanza y penetrado de una virtud reparadora, en virtud de los méritos futuros del Verbo encarnado, ha salido al encuentro del pecado hasta en la misma cuna del género humano; y si permitió por tanto tiempo que la ley de muerte se ejecutase en cada generación, fué porque esperaba que el sacramento de fé le abriese la puerta de las almas. ¡Esperará ya más cuando tantos motivos le apremian á que prevenga en el alma de María la invasión del pecado?

(1) Pablo, I.

(2) Rom., cap. V, 12.

Dios ha escogido desde la eternidad a esta hija de nuestra raza maldita para introducir en el mundo al Libertador, y previniendo sus destinos gloriosos, la ha asociado al culto anticipado que las cosas y la humanidad daban a su hijo, durante los largos siglos que precedieron a su venida: al culto silencioso é ignorado de las figuras, al culto elocuente y público de las profecías. La zarza ardiendo de Moisés, inundada de la gloria de Dios y conservando en medio de las llamas la humedad de su savia, la lozania de su verdor y el perfume de sus flores (1), ¿no es María desposada con el Dios de amor, verdaderamente Madre del Verbo hecho carne y conservando con el honor de la maternidad la savia, la lozania y el perfume de la virginidad? La vara de Aarón floreciendo en el interior del tabernáculo (2), ¿no es María la que en el momento en que las madres de Israel esperan dar a luz al Mesías, ella parece renunciar a esta insignie gloria, y que en el silencio y retiro de su casa engendra la flor profetizada? El arca de la alianza donde se conservan junto con las tablas de la ley, los recuerdos de los beneficios de Jehová, ¿no es María, tabernáculo de la ley viva, santuario venerable del más grande de los beneficios, la encarnación? Y aquella valerosa Débora, aquella osada Judith que combaten por el pueblo de Dios; aquella hermosa y tímida Ester que amansa la cólera de un rey celoso de su gloria y que abre a los hijos de Jacob el camino de la patria, ¿no es la Virgen poderosa a quien la humanidad regenerada deberá decir un día: Auxilio de los cristianos, puerta del cielo, rogad por nosotros? Preparada María, como su hijo, por las figu-

(1) Exod. cap. III.
 (2) Num. cap. XVII.

ras, ocupa también con él un lugar en las profecías. Dios la muestra a nuestros primeros padres, entonces mismo, cuando doloridos de su desgracia buscaban un apoyo para su esperanza. En esta segunda Eva y en su fruto bendito es en quien pone todo su odio la serpiente, y aquella es quien le ha de aplastar la cabeza: *Et ipsa conterat caput tuum* (1). Aunque al principio parece ser envuelta en la sombra de los tiempos, poco a poco se va haciendo la luz en torno suyo. David entrevé su hermosura y con lengua profética, mas rápida que la pluma de un apresurado escribiente, saluda la majestad de la reina que contempla sentada al lado del rey de reyes, triunfador y hermoso sobre los hijos de los hombres. «Escucha, hija del Altísimo, le dice; olvida tu pueblo y la casa de tu padre, el rey ama tu belleza y ese rey es tu Dios á quien el mundo adora y tú verás á las hijas de Tiro traerle presentes y á los pueblos poderosos inclinarse suplicantes ante tu cara» (2). Salomon, en la vision múltiple en que se le aparecen juntamente las esposas místicas del Verbo y del Espíritu Santo, canta, ya á la humanidad del Salvador, ya á la Iglesia, ya al alma santificada, ya á María, la más hermosa de las mujeres, la aurora de la redención, el astro radiante que recibe los besos del sol eterno, la paloma, la muy amada (3). Mas cercanos á la plenitud de nuevo tiempo, Isaías y Jere-

* (1) Genes., cap. III, 15.

(2) *Lingua meo calamus scribas velociter accipientis*—Speciosa forma prece filii hominum... specie tua et pulchritudine tua, intendi, propepe procece et reges. *Audisti regem et detulisti ante la castita sedentem circumdata varietate*—*Audisti filium et vidisti et inclina auram tuam, et obsecrasti populum tuum et domum patris tui. Et concupiscet rex decorem tuum; quantum ipse est Dominus fons tuus, et adorabunt eum*.—*Et filias Tyri in munusibus valium tuum deprecabuntur omnes divites plebis*. (Psalm. XLIV.)

(3) Cant.

mias, después de haber contemplado la fuente misma de las grandezas de María, su divina maternidad, anuncian al mundo la gran señal de las misericordias, la nueva y única maravilla de la omnipotencia de Jehová, la Virgen que concibió y parió á Emmanuel (1). La mujer por exceléncia, que sola y sin otra ayuda que la virtud del Altísimo será madre del hombre esperado (2). Y desde entonces se oye circular por los pueblos unos murmullos misteriosos; el nombre de una mujer se une á la tradición por todas partes extendida del Redentor; la Virgen que ha de dar á luz, recibe los homenajes de nuestros antiguos druidas y la voz armoniosa de los poetas, invita al divino niño, á quien espera el mundo, á reconocer á su madre con una sonrisa (3).

Así, pues, María es amada y escogida por Dios desde toda la eternidad. Ella es preparada en el tiempo á la vez que su hijo, y junto con él recibe el culto anticipado de las figuras y de los oráculos. A este culto debe suceder el culto presencial de obediencia y amor que el mismo hijo de Dios rendirá á su madre, las alabanzas y las bendiciones de la humanidad cristiana, y los eternos cánticos de los ángeles y de los justos. ¡Admirable cadena, diceis vosotros, cuyas dos extremidades se pierden en el seno de la divinidad! No os deis prisa á admirar, señores. Si la Virgen profetizada ha de sufrir la ley común y ha de ser invadida como todo individuo del linaje humano por el pecado original, la cadena se rompe; sus dos trozos desunidos se van cada uno por su parte,

(1) *Propter hoc dicit Dominus pater, vobis signum. Ecce virgo concipiet et pariet filium et vocabitur nomen eius Emmanuel (Isa. cap. VII, 14)*

(2) *Creatur Dominus novum spirit terram; femina circumdabit virum. (Jerem. XXX, 21)*

(3) *Indice parre pater, filiu cognoscere matrem. (Virgil. Eglas. IV.)*

según las dos eras que dividen el tiempo; nosotros no vemos ya en la conducta de Dios, respecto á aquella que él ha separado del resto de las criaturas por tantos privilegios, el carácter revelador de su perfecta sabiduría: la unidad. Pues que por muy pronto que Dios haya de purificar el alma de María, siempre será cierto que por algún tiempo ha estado manchada, que por algún tiempo ha sido odiosa á su criador, que por algún tiempo ha debido cesar todo homenaje ante ella, que por algún tiempo ha faltado la continuidad entre la era de preparacion y la era de gracia. ¡Oh, Dios, tened en cuenta vuestra sabiduría!

Tened tambien en consideracion vuestra dignidad, amenazada por esa larga serie de pecadores que precede á la madre de vuestro hijo. El Verbo que vos engendráis eternamente va á hacerse; al tomar carne, hijo de una mujer. Vos, el increado, el infinito, os llamais padre, una criatura finita se llama madre. Padre y madre de un mismo hijo, de un mismo Dios; ¡hijo mio Jesús! diceis uno y otro: ¡oh Padre inmaculado! yo no puedo comprender esta inefable comunidad de autoridad y de amor entre vuestra esencia, por siempre pura, y un ser sumergido, aunque sólo sea por un instante, en la corriente del pecado. Si en la asociacion de una hija de la humanidad á vuestro acto generador, si en la armonía de las relaciones que permiten al criador y á la criatura expresarse de la misma manera respecto á un mismo hijo, no puede haber de una y otra parte igualdad de perfecciones, esto es lo ménos, según creo, una vez que haya semejanza de pureza y de inocencia, y que la dignidad del padre no sea jamás ofendida por la indignidad de la madre.

Esta alta conveniencia adquiere mayor fuerza con la consideracion del mérito que Dios emplea para asociar á María á su paternidad.

La humanidad del Salvador no debe su nacimiento al comercio natural de la carne con la carne, sino que es concebida por una operación toda casta y divina. María, como esposa mística del Espíritu de Dios, sólo á él debe pertenecer. No conviene que sus sagradas bodas sean perturbadas por un recuerdo amargo, y que en el momento en que el Espíritu de luz toma de la sangre de la Virgen la sangre de la redención, el espíritu de las tinieblas pueda decirle: Esa con quien te desposas, fué un día mi esclava.

¿Mas por qué tarlar tanto, señoras, en apelar á aquel á quien María ha de llamar hijo suyo? Custodio eterno é incorruptible; bien veis que la corriente de iniquidad se encamina hácia el paraíso de vuestra encarnación. ¿Podeis vos impedir que sea inundado? Y si lo podéis, ¿lo queréis? No os diré yo que la ignominia de la madre es ignominia del hijo, y que corre riesgo vuestro honor si no tomáis una carne que esté limpia de toda mancha. Yo reclamo de vuestro amor filial que salveis el honor de vuestra madre. Un día, despues que hayáis abierto las puertas del cielo, os inclinareis á esta triste tierra y le direis á la Virgen desterrada: «El invierno del dolor ha pasado y la lluvia de las tribulaciones ha cesado ya; las nubes de la prueba se han disipado, y la primavera eterna ha venido. Levántate, amiga mia, y ven; ven y serás coronada.» *Jam hienis transit, imber abiit et recessit, surge propara, amica mea, et veni.... veni, coronaberis* (1). De su tumba, y virgen de corrupcion, se levantará vuestra amiga y volará á los cielos. Vos vendreis á su encuentro y la llevaréis por la mano al trono de su gloria. Al atravesar las jerar-

(1) Cant., cap. II, 14, 15; cap. IV, 5.

quias celestes les dareis esta orden: Prostraos, ángeles, hé aquí vuestra reina. Pero los ángeles, aunque humildes siervos vuestros, podrán responderos: ¿Cómo reina nuestra! Vos, Verbo divino, cuando quisisteis rescatar al género humano, escogisteis una naturaleza inferior á la nuestra. Nosotros la adoramos en el momento en que descorriendo á nuestros ojos el velo del porvenir, nos la mostró nuestro Padre cubierta de oprobios, sangrienta y desfigurada. La adoramos sin rebajarnos y le ofrecimos nuestros homenajes, porque aun llevando los pecados del mundo, ella era immaculada, y vos estábais con ella. Pero humillarnos hoy mas, imposible. Esa que viene, es cierto que os ha dado vuestra carne; pero ¿no hubieramos podido nosotros, si nos lo permitiérais, formar para vos un cuerpo de los más puros elementos? Miradla y miradnos. Ella nacida de una sangre infeccionada; nosotros de la boca del Altísimo; ella manchada por el pecado; nosotros conservando purísima nuestra esencia; ella odiosa un día á vuestros ojos; nosotros siempre llenos de gracia ante vuestra cara. Que reine, pues, sobre los del mundo que han sufrido como ella la ley del pecado; pero reina nuestra...? En tan extraño trastorno que coloca bajo una naturaleza pecadora una naturaleza siempre santa, ¿dónde está vuestra sabiduria? ¿Dónde vuestra justicia?

¡Oh amado hijo de María! es preciso que para defenderos de estos reproches, defendais á vuestra madre de tan solemne afrenta. Una vez más os pido: salvad su honor. Vos la amasteis desde antes que fuese concebida, y Dios os ha constituido en custodio de este paraíso que os está destinado. ¡No hareis retroceder esas olas que llevan á toda generacion la funesta herencia del pecado, para que aparezca vuestro paraíso en medio del mundo

devastado por la muerte, como una isla deliciosa, risueña, embalsamada, bañada por todas partes con las aguas de la redención? Posible es para vos este prodigio, porque vos sois el supremo dispensador de vuestros méritos; vos lo debéis á vuestro amor filial, lo debéis á nuestra fe. ¿No está bien que nosotros comprendamos hasta dónde llega la eficacia de vuestra encarnación reparadora? ¿Y cómo lo sabremos nosotros si sólo causa parcialmente la justicia original, si no alcanza en cada sér humano una completa victoria sobre el profanador de los nacimientos? ¡Basta de regeneraciones tardías! Es ya tiempo: las preparaciones de Dios han llegado al colmo. Mandad. Atrás el pecado que deshonra los gérmenes de la humanidad! Adelante las olas que purifican. ¡Que vuestra muy amada sea, desde el primer instante de su concepcion, toda hermosa y sin mancha! ¡Que todo sea vida, pureza y gracia en el paraíso de vuestra encarnación!

Si esto es así, señores, todo está bien: la encarnación reparadora iguala al acto creador. Siguiendo la marcha de la caída, ella trastorna, es cierto, el órden primitivo de la primera pareja, pues que hace salir al nieto Adán de la nueva Eva; pero al mismo tiempo lo imita tomando por punto de partida la justicia original. Todo está bien: María nada tiene que envidiar á los ángeles: su concepcion immaculada garantiza los derechos de su maternidad divina al reinado universal. Todo está bien: el hijo de Dios recibe de una naturaleza preservada é íntegra la sangre preciosa que ha de correr por sus venas sagradas. Todo está bien: el Esposo divino posee totalmente y sin mengua a la virgen que será fecundada por su misteriosa y castísima operacion. Todo está bien: el Padre eterno nada tiene por qué sonrojarse de la madre purísima que dirá con él:

Hijo mio. Todo está bien: el culto anticipado y el culto presencial de María se juntan en el mismo misterio; el culto anticipado se completa, las figuras se explican, las profecías se cumplen. El vellón de lana de Gedeón, ya humedecido con el rocío del cielo en medio de un suelo árido, ya intacto bajo los torrentes de lluvia que caen en derredor suyo (1), es María inundada de la gracia de Dios desde el primer instante de su concepcion, cuando toda criatura humana carece de ella, y preservada del pecado, cuando toda alma viviente está sujeta á él. La amiga toda bella y sin mancha, el jardín cerrado, la fuente sellada (2) del Cantar de los cantares, es María immaculada, que queda sobre todos los hijos de los hombres y preservada por su divino custodio de las asechanzas del pecado.

Todo está bien, ó mejor dicho, señores, todo nos parece bien, porque es fácil que me digáis, y con razon, que la sabiduria humana está sujeta al error siempre que se propone sondear el dogma misterioso de los caminos de Dios; que ciertas especulaciones teológicas pueden muy bien no ser más que quimeras, y que al presente se trata de saber si las conveniencias por nosotros imaginadas se hallan conformes con los hechos; en una palabra, si la Virgen Santísima, paraíso de la encarnación, ha sido realmente preservada del pecado original: si la Immaculada Concepcion es un dogma de fe. Escuchad á la Iglesia docente hablando en la persona de su jefe infalible á toda la cristiandad: «Nos declaramos, pronunciamos y definimos, que la doctrina que sostiene que la bienaventurada Virgen María fué en el

(1) Judic. cap. VI, 36-40.

(2) Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te. Hortus conclusus, sator mex splanis, hortus conclusus, fons signatus. (Cant., cap. IV, 7, 12.)

primer instante de su concepcion, por una gracia y privilegio singular del Dios Todopoderoso, en vista de los méritos de Jesucristo Salvador del linaje humano; preservada inmune de toda mancha de pecado original, es una doctrina revelada por Dios y que por consiguiente debe ser firme y constantemente creída por los fieles» (1).

Merced á la luz que esta definicion proyecta sobre las consideraciones que la preceden, podemos volver á decir con seguridad: Todo está bien. Despreciamos las interpretaciones burlescas con que la ignorancia protesta contra este fallo doctrinal que acabais de oír. La Iglesia jamás ha soñado hacer de María una divinidad, ni aun asimilar su concepcion á la de Jesucristo. Su definicion no canoniza ni de lejos las fábulas que una mística demasiado ardiente ha inventado acerca de los principios de la madre de Dios; ni tampoco nos obliga á creer que las leyes de la generacion humana hayan sido modificadas por ella, ni que las fuerzas generadoras, á las cuales debe la vida, hayan estado exentas, al unirse, de la influencia del pecado (2); lo que pura y simple-

(1) *Auctoritate Domini nostri Jesuchristi, beatorum apostolorum Petri et Pauli, et Nostre, declaramus, pronunciamus et definimus, doctrinam que tenet beatissimam Virgineam Mariam in primo instante esse Conceptissimam fuisse singulari omnipotentis Dei gratia et privilegio, tantis meritis Christi Jesu Salvatoris humani generati, ab omni originali culpa libere preservatam immunitam, esse a Deo revelatam, atque idéo ab omnibus fidelibus firmiter constantique credendam. (Bula Ineffabilis.)*

(2) *Scientiam ex corpore Mariarum motu solutum conceptum et formatum fuisse, fingere enim ridiculosa et patribus incognita, intricata, quibusdam novatoribus plebecula, non solum nec enim factis eger honoribus impenita Mariae gloria, que veris abundat. (Contenson. Mariologia, Theol. lib. X, dissert. VI, cap. 1.)*

Beata virgo fuit concepta secundum carnis concupiscentiam, ex commistione maris et femine. (Summ. Theol., III p., quest. 27 a. 2, ad. 4.)

mente nos enseña la Iglesia es que María, en el instante mismo en que por la infusion del alma racional quedó hecha una persona humana, recibió la eficacia de la redencion, y por consiguiente, poseyó una naturaleza inocente y llena de gracia, en lugar de esta naturaleza inficionada y pecadora que los hombres se transmiten (1).

Nada ménos complicado y nada más fácil de comprender que esta doctrina. Conviengo que su definicion dogmática es nueva; pero la cosa definida ha sido creída siempre, sin que la Iglesia hubiese guardado silencio. La mision de la Iglesia no es de trasformar en dogmas las especulaciones del espíritu humano, sino de conservar con cuidado y prudencia el depósito sagrado de las verdades que Dios le ha confiado. Los dogmas tienen su raiz en la revelacion, la tradicion es el canal por donde corre á través de los siglos su savia divina, y aun cuando los libros santos sólo nos suministrasen indicaciones vagas, la voz de los Apóstoles, de los Doctores y del pueblo cristiano debe ser considerada como un eco de la voz de Dios. Ahora, pues, un Apóstol, Andrés, hermano de San Pedro, cuyas palabras fueron piadosamente recogidas, decia así á los fieles de la primitiva Iglesia: «Porque el primer hombre habia sido criado de una tierra immaculada, era necesario que de una virgen también immaculada naciera el hombre perfecto, por el cual el hijo de Dios, que antes habia formado al hombre, nos diese la vida eterna que los hombres

(1) *Sane vetus est Christi fidelibus ejo ergo ejus beatissimam Matrem Virgineam Mariam pijsse sententiam, ejus animam in primo instante creationis, atque infusionis in corpus fuisse specialiter Dei gratia et privilegio, tantis meritis Jesuchristi ejus filii, humani generis Redemptoria, a macula peccati originali preservatam immunitam. (Palabras de Alejandro VII, citadas en la Bula Ineffabilis.)*

habian perdido en Eva (1). Esto mismo es lo que enseñan los Santos Doctores, los cuales ya sea comantando el oráculo del paraíso ó la salutación angélica, ya dirigiéndose á la piedad del pueblo, dicen de María que es más santa que los ángeles, más gloriosa que los cielos, más pura que el sol. Que la naturaleza se detuvo temblorosa esperando que la gracia produjese en ella su efecto (2). Que ella sola, madre de la vida, partió con Eva, madre de la muerte, el privilegio de la inocencia original (3). Que fué exenta de toda mancha (4). Que jamás se debe pronunciar su nombre, cuando se trata del pecado (5).

¿Pero podré yo citar todos los testimonios recogidos en esa gran sumaria que la Santa Sede formó antes de la definición? (6). La igl

(1) *Et propterea quod ex immaculata terra creatus fuerat primus homo, necesse erat ut ex immaculata virgine nasceretur perfectus homo, quo filius Dei, qui ante considerat hominum, vitam aeternam quam perdidissent homines per Adami peccatum, (Mater. S. Andree Apóst. apud Morcelli.)*

(2) *Quoniam futurum erat in Dei genitrici et virgo ex Anna oritur, natura gratia factum anteverto minime, ausa est verum tantum expectavit. Quoniam gratia fructum suum produceret. (Juan. Dabasi. Orat. IV. De Virgine Maria.)*

(3) *Quae duxit feminae innocentis et simplicitatis floruerunt Mariae et Eva, altera soluta, altera nostrae mortis origo fuit. (S. Eiren. Syr. Sermon. exegit. ad Genesim.)*

(4) *Virgo per gratiam ab omni integra labe peccati. (S. Ambrosio. in Psalm. CXVIII. serm. 25. núm. 56.)*

(5) *Excepta sanata Virgine Maria, de qua propter honorem Domini mudam prostra, cum de peccato agitur, haberi volo questionem. (S. Augustin. De Nat. et gratia, cap. XXXVI. núm. 42.)*

(6) *Antes de pronunciar esta definición, el Soberano Pontífice Pío IX, quiso que en toda la cristiandad se hicieran informaciones sobre esta creencia. A su rendida cada en Gaceta (e de Febrero de 1854) constataron 630 arzobispos y obispos. Cuatro solamente se pronunciaron contra la definición, haciendo constar, sin embargo, que la creencia y la devoción á la Inmaculada Concepción eran generales en su clero y pueblos. Y san de estos cuatro opo- sitores, tres se retractaron muy pronto.*

sia griega no quedó atrás en las alabanzas públicas, tributadas en todo tiempo á su immaculada, ni la Iglesia latina cedió un punto cuando la escolástica, descarriada sin duda por una fisiología errónea, y ménos atenta, por cierto, á la tradición que á los argumentos teológicos, se formó una opinion que la aislaba de la creencia popular (1). No trataré ahora de hacer justicia á nuestro gran Doctor Santo Tomás, á quien se atribuye la paternidad de esta opinion. El es mi guía en la ciencia, pero no la regla de mi fe; en este momento me basta recordar aquellas magistrales palabras caídas de su pluma: *Talis fuit puritas beatae Virginis, quae peccato originali et actuali immunitas fuit* (2). Exención del pecado original y del pecado actual, tal fué la pureza de la immaculada Virgen (3). La Iglesia permitió las disputas de escuela, pero sin ocultar su creencia, altamente manifestada con fiestas y privilegios (4). Ella esperaba, porque nada

(1) *En el tiempo en que San Bernardo parecía combatir como una novedad la Inmaculada Concepción en su Carta á los cronistas de Lyon, núm. 77 y 8, Arnolfo de Chartres, su amigo y biógrafo, escribió: Spiritu Sancto obumbrante, incoendium originale (in Maria) extinctum est; Ideoque inobscure affligi non deest: nec nostram iustitiam ut illud vas electionis communiis tassaretur. Quoniam plurimum à castitate differens, natura communicabat, non culpa. (De cardinalibus Christi operibus.)*

(2) *In I. lib. Sentent., dist. 44. § 3. a. 3.*

(3) *Véase sobre la opinion de Santo Tomás y de su escuela el Índice de esta Conferencia al fin del volumen.*

(4) *El Soberano Pontífice Pío IX, enumera en la bula Ineffabilis todo cuanto han hecho sus predecesores en favor de la creencia de la Inmaculada Concepción: «En mis vros Predecesores. Nostri vehementer gloriosi sunt Ayoatolice sus auctoritate festum Conceptionis in Romana Ecclesia instituerit; ac proprio officio, propriisque missa, quibus praerogativa Inimunitatis ab hereditatis labe manifestissime ostendebatur, augere, honestare, et cultum jam institutum omni opo promovere, amplificare, aive erogantia indulgentiis, sive facultate tributa civitatibus, provinciis, regionibus, et Disparum sub titulo Inmaculatae Conceptionis rationam sibi diligenter. atque comprobatis Sodalitatibus,*

más propio para desarraigat una creencia errónea, nada más propio para conformar una creencia que viene de Dios, que las discusiones sabias de los teólogos. La Iglesia, siempre prudente, esperaba, pues; y la fé ayudada de la ciencia sabia y sabia siempre, mientras la negación tímida y respetuosa no osaba salir de sus recintos reservados. Por fin llegó el día en que, cediendo á las instancias de los obispos, de los reyes y de los pueblos de los obispos, la Iglesia por una definición triunfal sacó de los limbo, en que la prudencia lo tenia sepultado, el dogma venerado por tanto tiempo de los cristianos. Oyéronse entonces por todas partes voces de alegría; el mundo católico se iluminó y fiestas pomposas celebraron de polo á polo el dogma de la Inmaculada Concepción. Vosotros habeis sido testigos de este espectáculo, señores; y este espectáculo recordaba á nues-

Congregationibus, Religiosisque Familiis ad Immaculatæ Conceptionis honorum institutis, sive laudibus eorum pietati delatis, qui monasteria, seminaria, aliaque, tempis sub Inmaculati Conceptus titulo exercerint, sui generis religionis intersita Inmaculatam Desparatæ Conceptionem struere propagare approposuerint. Insuper summopere letitii sunt decessare Conceptionis datum ab omni Ecclesia esse habendum eodem censu ac numero, quo festum Nativitatis, idemque Conceptionis factum cum octava ab universa Ecclesia celebrandam, et ab omnibus inter ea, quæ præcepta sunt, sancte colendam, ac Pontificiam Capellam in Patriarchali Nostra Liberales Basilica die Virginis Conceptionis sacro quatuordecim anno peragendam. Atque exoptimus in fideliem animis quod de magis fervore hanc de Inmaculata Desparatæ Conceptione doctrinam, necnonque pietatem excitare ad ipsam Virginem sine labe originali conceptam colendam, et venerandam, prælo sunt quam liberrissime facultatem trahere, ut in Lætantis Liberales, et in ipsa Missæ præfatione Inmaculatæ ejusdem Virginis proclamatur Conceptus, atque alio lex eruditi ipsa supplicandi lege statuerent. Nos porro tantorum Prædecessorum vestigiis inherentes non solum quæ ab ipsa pierrissimo sapientissimoque fuerunt consultata probatissima, et receptissima, verum etiam memores Sicut IV, proprium de Inmaculata Conceptione officium auctoritate Nostra munivimus, illiusque eorum universæ Ecclesie lætissimo processu auxilio concessimus. »

tro siglo, cuya fé se creia moribunda, el enterrecimiento y el entusiasmo de la Iglesia de Eteso cuando los fieles, abrazándose, clamaban: ¡Maria es Madre de Dios! despues que los Padres del Concilio habian condenado á Nestorio. Pero entonces la definición de la maternidad divina nacia, como de ordinario, de la inminencia de un peligro. En nuestros días, por un privilegio inaudito, la definición de la Inmaculada Concepción ha nacido de la exuberancia de fé. Este es el caso en que, quizá, nunca tendrá mejor aplicacion aquel axioma teológico: «En cuestiones de fé, el sentimiento comun del pueblo no hace leve fuerza (1). Vosotros érais la mayor parte de este pueblo cristiano, señores, y lo sois aún. Vosotros crecis conmigo que el Verbo de Dios ha guardado fielmente su paraíso, y abrigo la conviccion de que balago vuestra fé al hablaros de este misterio, que tan bien prepara los grandes dogmas que muy pronto habremos de estudiar. Una palabra más para coronar esta primera parte de mi conferencia.

Maria fué preservada de la mancha original; cómo crear despues de esto que las zarzas, las espinas, las plantas groseras y malsanas de que nuestras almas están deshojadas, hayan podido germinar en el alma de ella? Si el honor de Dios, con quien habia de tener relaciones tan íntimas, exigia que ella fuera exenta de un pecado, voluntario solamente en nuestros primeros padres, ¿podia permitir que fuese culpable por un acto de su propia voluntad? Si los ángeles inmaculados no podian reconocer por reina suya á una criatura caída por una ley fatal, ¿cuánto ménos á una criatura

(1) In questione fidei, communi populi sentis non letem facit idem. (Melchior Cano. De locis theologici, lib. V. cap. VI.)

ra que libremente se había deshonrado? Y fuera de esto, ¿qué pecado podría cometer un alma en quien las pasiones obedecían sumisas y silenciosas al imperio de la razón, y en quien la gracia iba preparando sin cesar la morada de la sabiduría eterna? No, no hubo en ella ni la más ligera falta; era preciso que el oráculo fuera verdadero en todo sentido; que la amiga de Dios fuera toda hermosa y sin mancha, *totā pulchra es amica mea, et macula non est in te* (1).

Yed aún hasta dónde llega la delicadeza del divino guarda. La Virgen inocente podría ser sospechosa de un crimen en el momento en que se cumpla el prodigio de su maternidad; pero no, la debilidad humana, fascinada por falsas apariencias, no turbara con sus injustas acusaciones la paz del lugar bendito que va á cubrir con su sombra la virtud del Altísimo y fecundar el Espíritu Santo. Castas bodas tenderán sobre este misterio un velo protector. El Verbo encarnado consentirá, por el honor de su madre, el ser llamado el hijo del carpintero José, y el pueblo cristiano aprenderá de la Virgen y de su esposo, que el amor puro, la unión de los corazones, la comunidad de abnegación, la emulación de las virtudes dan al matrimonio su verdadera dignidad, más bien que la unión carnal de las pasiones y sentidos (2).

Descansemos un poco, señores, antes de contemplar el trabajo del hijo de Dios en su paraíso.

(1) Cf. Summ. Theol., III p. quæst. 27 n. 4. *Utrum per sanctificationem (B. Virgo) fuerit consecrata quodammodo peccatis?*

(2) Cf. Summ. Theol., III p. quæst. 29, a. 1. *Utrum Christus natus debeat de Virgine desponsata?*

II.

Ya os he dicho, señores, que la razón formal del pecado original consiste en una privación de la santidad y justicia con que Dios había adornado primitivamente la naturaleza humana, y en una reversión de esta naturaleza a sus principios esenciales. De aquí se sigue que una criatura no puede ser preservada del pecado original sino por la infusión de una gracia que la restablezca en el estado primitivo del primer hombre cuando salió de las manos de Dios. Guardar y embellecer son dos actos conexos del Verbo de Dios preparando su morada terrestre, y todas las bellezas de este paraíso se presentan como una expansión de la primera gracia de la Inmaculada Concepción, la cual es debida á las influencias anticipadas de la maternidad divina.

No esperéis, señores, que yo os describa bajo todos sus aspectos la tierra virgen y fértil en que debe de nacer el Hijo de Dios hecho hombre. Este es un mundo de perfecciones que es preciso recorrer detenidamente, con un guía espiritual, para llegar á conocer y apreciar bien sus maravillas. Nosotros debemos contentarnos con una ojeada rápida que bastará, según creo, para darnos una idea de las infinitas riquezas y delicadezas de la sabiduría divina en la preparación del gran misterio de la encarnación.

Todas las bellezas de María se hallan en germen en una primera gracia de inocencia y de santidad, cuya excelencia y efusión en la naturaleza, y expansión sobrenatural, y acción precoz y perseverante, consideraremos brevemente.

La excelencia de la primera gracia con que el divino hacedor embelleció su paraíso vi-

viente, se puede medir por la intimidad de sus relaciones. «Es manifiesto, dice Santo Tomás, que cuanto más se acerca un ser al principio de donde recibe sus propiedades, más participa de la eficacia de este principio. Por eso los ángeles que están más cercanos á Dios, participan de las bondades divinas más que los hombres. Pero más cercana que los ángeles está la Virgen bendita que revistió al Verbo de Dios de nuestra naturaleza y le llamó hijo suyo. Por eso debió recibir de Cristo una plenitud de gracia sobre todos ellos, viniendo á ser la obra maestra de las operaciones sobrenaturales de Dios» (1). Cuantas perfecciones derramó el Creador en todas sus obras, todas las contiene María en el sólo germen de su santidad. El eterno y justo dispensador de las gracias ha condensado en cierta manera todos los dones que ha hecho y que hará á sus santos, para que formasen el primer adorno de la más cara de sus predestinados (2). Todo el poder de la redención obró en ella desde el primer instante (3), y le confirió tal dignidad, que los resplandores del cielo y de la tierra son como

(1) Quanto aliquid magis appropinquat principio in quolibet genere, tanto magis participat effectum illius principii. Unde Dico. Sic. 1.º cap. Coelst. Hinc. 7.º Quod angeli qui sunt Deo propinquiores, magis participant de bonitatibus divinis quam homines. Christus autem est principium gratiarum, secundum divinitatem quidem auctoritative, secundum humanitatem vero instrumentally: unde et Joan. 1.º dicitur gratia et veritas per Jesum Christum facta est. Beata autem virgo Maria propinquissima Christo fuit, secundum humanitatem; quia ex ea accepti humanam naturam. Et ideo pro cæteris majorum debuit á Christo gratias plenitudinem obtinere. (Serm. Theol., III part., quest. 27, art. 5.º)

(2) Quod quod creature singulis distribuitur justis contulit, Mariæ adorantæ concessit. (Arnold. Carnot.)

(3) Redemptura humanum genus, protium universum contulit in Mariam. (S. Bernard. Serm. de Aqueductu.)

si no fueran ante ella (1). Dios, tomando carne de esta tan amada criatura, se hizo imagen de ella, y á ella la hizo como imagen infinita de su infinita bondad (2); por esta causa, dice un piadoso teólogo, le dió una primera gracia que comenzó allí donde todas las otras terminan; una primera gracia mayor, más perfecta, más intensa que la gracia de todos los seres racionales que existieron desde el principio y que existiran hasta el fin de los siglos; una primera gracia que oprime bajo el peso de su excelencia las jerarquías angélicas, la multitud de predestinados y el inmenso coro de las criaturas á las cuales ha embellecido la justicia (3).

Esta gracia empujante produce en toda la naturaleza de María el mismo efecto que en Adán producía la justicia original, fuente de los privilegios de la integridad. Ella ilumina

(1) Virgo inter animas sanctissimam et angelorum choros supereminet, meritis singulorum omnium illius quæsitæ et sic spirituum habebit dignitatem et stit quasi non alit. (S. Petr. Damian. serm. De Assumptione.)

(2) Fecit hanc Deum bonitatis suæ infinitam imaginem. (S. Thom. opusc. De charitate.)

(3) Quæ certe prima gratia tanta fuit, ut crediderim Mariæ primam gratiam in seipsa ubi aliorum omnium gratias deduxit, in ut primitivæ Mariæ gratia gradus fuerit major, perfectior et interior quam gratia omnium angelorum et hominum quotquot fuerint ab origine mundi et ad finem usque facti sunt. Unde Maria novem angelicorum Hierarchiarum, et totius prædestinatorum turæ quam discurrere nemo potest, dona gratiæ quasi æræ quædam, sed cum multo profusa casuulo prius die conceptionis habuit et etiam in totas contra Mariam sigillatim iustorum expeditur choros, loventuratum gratiarum ponderosa á Mariæ parte depressa. (Gotterson. Theolog. mentis et cordis, tit. X. dicitur. VI, Mariologia, cap. 1.º, specul. 2.º)

La Iglesia expresa el mismo pensamiento en la bula dogmática de la Inmaculada Concepción. «Quæpropter illam longe ante omnes angelicos Spiritus, cunctosque Sanctos collegium omnium charismatum copia de Thesaurio divinitatis depremissa illi miraculo cumulavit ut ipsa ab omni peccati labæ semper libera ac tota pulchra et perfecta cum innocentie et sanctitatis plenitudinem præ se ferre, quæ major nob Deo nullatenus intelligitur et quam præter Deum nemo æsequi cogitando potest.»

la inteligencia, y si bien no le comunica aquella singular penetración, aquella ciencia universal de las cosas naturales, que debía tener el primer padre para enseñar al género humano y gobernarlo (1), la predispone para las más altas revelaciones y para un conocimiento más profundo de los misterios eternos; le da más firmeza en la contemplación de las cosas sobrenaturales, más aptitud para la intimidad divina; la hace más fáciles y más dulces las delicadas y perfectas operaciones de la vida mística; la predispone a más frecuentes éxtasis y a más sublimes transportes; la establece más sólidamente en la posesión de la verdad contra los asaltos de los fantasmas interiores, causas de nuestras ilusiones, de nuestros errores y de nuestros desvaríos. Ella fortalece la voluntad, la dirige y la hace tomar los caminos de las virtudes, en que nunca será igualada. Ella da vuelo a la libertad, encadena las potencias inferiores, las somete al imperio absoluto de la razón; las impide prevenir sus designios, perturbar sus consejos, resistir á sus órdenes y oponerse á los movimientos con que el espíritu y el corazón se elevan á las cosas celestiales para contemplarlas y gustarlas. En una palabra, ella hace del alma de María la obra más perfecta que ha salido de las manos de Dios.

Esta alma necesita una morada en que tenga ayuda tantas perfecciones, un instrumen-

(1) Quantum ad intellectum rerum supernaturalium et theologiarum majorem habuit B. Virgo quam Adam. Quantum vero ad intellectum rerum naturalium et civilium majorem habuit Adam quam Beata Virgo; quia inter eas res plures sunt quas Beatum Virginem scire nihil referebat, et quae in ea habuerunt superfluum, ut sunt plures artes quae sunt propriae viri, s. p. militariae, mechanicarum, navigationum, commentariorum, etc. Item ea quae spectant populorum gubernationem ad quam non erat destinata B. Virgo. (S. Antoninus, Theol. part. IV, tit. XV, cap. X.)

to exquisito del cual puedan servirse tan excelentes facultades para ejercer sin esfuerzo sus nobles operaciones. Así, pues, señores, á la vez que la gracia perfecciona el alma de María, fabrica y esculpe (1) para ella, según la expresión de un piadoso autor, un cuerpo virginal, en el cual la vida va á hacer brotar las fuentes cristalinas de la redención; un cuerpo digno de ser fecundado por la virtud del Espíritu Santo y de servir de templo á la majestad del Verbo anonadado; un cuerpo que el más hermoso de los hijos de los hombres penetrará de su vida y revestirá de sus gracias y encantos; un cuerpo cuya voz melodiosa, cuyas piadosas palpaciones y vibraciones santas cantarán mejor que el arpa de los serafines las alabanzas del Altísimo; un cuerpo cuya misteriosa y casta hermosura, reflejando las perfecciones y la misma gloria de su huesped divino, hará salir de sí á los poetas, inspirará á los artistas, seducirá á las vírgenes y arrebatará á los santos; un cuerpo cuyos elementos incorruptibles resistirán en la tumba á las fuerzas destructoras que descomponen toda carne y la convierten en árido polvo. Mas, ¿y por qué la tumba? ¡La gracia de María es acaso menos fuerte que aquella primitiva justicia que confería al padre del género humano los privilegios de la impasibilidad y de la inmortalidad? No, señores. No carece de objeto el que la carne immaculada de María quede abierta á las invasiones del sufrimiento y de la muerte. Pero el sufrimiento, más sensible y más profundo en esta naturaleza delicada, no servirá sino para convertirse en un manantial copioso de gloria y de méritos que se añadirán al tesoro de la redención; la muerte no vendrá

(1) Sculpta a Deo ipso statim. (Andreas Hierocolum.)

sino llamada por el amor; y será para María una más grande honra: el venerarla por la incorruptibilidad y una pronta resurrección, que si la hubiera evitado por un privilegio.

La naturaleza está perfecta. «Obedeced, pues, ya, germenes divinos, a las órdenes de la sabiduría eterna; entreabrid, flores, vuestras corolas, llenad de vuestros perfumes este santo paraíso, ataviaos de graciosos ramos y cantad la gloria de Dios en la más bella de sus obras. *Obaudite me divini fructus... florite flores... et date odorem et frondete in gratiam, collaudate canticum et benedicite Dominum in operibus suis* (1). La voz de Dios ha sido oída, señores. La gracia produce su fruto en el alma de María, y por una plenaria efusión, los dones del Espíritu Santo perfeccionan su obra á medida que aquella opera. Todas las flores germinan á la vez, se entreaabren y envían al cielo sus perfumes (2). Hé aquí la fé alimentada con la lectura y meditación de los libros santos, esclarecida con las luces del cielo, roborada con la conversacion de los ángeles y las comunicaciones intimas de la sabiduría divina; la fé, que ni la incredulidad de los hombres ni los velos con que se cubrió la majestad de Dios, ni el oscurecimiento de sus perfecciones en el gran escándalo de la cruz, no podrán jamás quebrantarla ni turbarla. Hé aquí la esperanza que se apoya en las promesas de Dios y concentra en el más ferviente de los deseos todas las ansias de la humanidad hambrienta de redención; la esperanza, preparada ya á resistir las pruebas y los abandonos que aseguraran el triunfo de la malicia de los hombres. Hé aquí la caridad, que no sabe vivir sino para

(1) Ezech. cap. XXXIX, 17, 19.

(2) In beata Virgine debuit apparere omnis illud quod fuit perfectissimum. (S. Th. in IV. Sent. dist. 30. quest. 2. a. 1.)

el amado celestial, que se entrega á él sin reserva y que abraza todas las criaturas para ofrecérselas; la caridad, que abre con anticipacion en el corazon de nuestra futura madre aquellos abismos de misericordia en que vendrán á refugiarse todos los pecadores de la tierra. Hé aquí la prudencia, tan delicada, que puede turbarse con la visita de los ángeles y vacilar ante las gloriosas proposiciones del cielo. Hé aquí la justicia, postrada ante Dios en una continua adoracion, dócil á sus mandamientos, flexible á todas sus inspiraciones, tiernamente abandonada á la sabia conducta de la Providencia, pronta á todos los deberes, hasta el olvido de todo reposo; espejo fidelísimo de aquella eterna justicia que sabe regalar liberalmente á todas las criaturas la parte del festín á que les convidó la bondad divina. Hé aquí la fortaleza, magnánima é invencible bajo los velos de la flaqueza; la fortaleza, que se ensaya en la sombra para los combates de la adversidad; la fortaleza, que sabrá, cuando sea tiempo, estar de pié en el Gólgota, recibir, sin murmullo de la cólera divina, los golpes destinados á los pecadores, y hacer de una virgen tímida la reina de los mártires, del corazon de la más tierna de las madres el altar en que será inmolado el más amable de los hijos. Hé aquí la templanza, que se desprende de toda alegría terrena para no gustar sino los castos placeres de la gracia y que marchará muy pronto, con un paso alegre y firme, por los caminos santos de la pobreza.

En derredor de estas virtudes heroicas, flores reales del más bello jardín de los jardines vivientes, se apiñan aquellas mil virtudes amables, cuyo encantador retrato dejó trazado San Ambrosio en su libro de las vírgenes. — «María era humilde de corazon y prudente de ánimo, grave en su conversacion, sóbria en

el hablar, purpura y reservada en sus menores palabras, aplicada a la lectura de los libros santos, alerta a todas sus obras, acostumbrada a buscar la voluntad de Dios más bien que la de los hombres, no libriendo jamás a nadie, queriendo bien a todos, respetando lo que es grande, y sobre todo, la santa majestad de los años... Ninguna afectación en el mirar de sus bellos ojos, nada de figereza en sus palabras, nada de inconveniente en sus acciones: su gesto, su paso, su voz, todo era armonía, y su cuerpo era tan propia imagen de su alma, que se creería ver en su persona la encarnación de la honestidad... Majestuosa y venerable en su andar y en su trato, no había para ella mejor guarda que ella misma, ni se observaba tanto la huella de su pié virginal, cuanto el aire de su virtud extraña. Todo lo que ella hacía era la regla misma. Practicar la virtud no era tanto para ella un ejercicio cuanto una lección que daba al mundo (1).

¿De quién es este retrato, señores? ¿De la madre admirable cuya santidad fué acrecentada y confirmada por el sagrado contacto de la divinidad? No, es de aquella virgen modesta que esperaba el cumplimiento de las promesas hechas al género humano. La gracia se hizo sentir en ella desde la aurora de sus días (2).

(1) *Enit Maria corde humilis, verbis gravis, animi proceris, locumque pacior, negotio studiosior, literis operosa, veracibus sermone, arbitrario mentis solita est humanum, sed Deum amplexor, multum laudare, bene velle omnibus, assurgere miseribus... Nulli sermum in oculis, nihil in verbis proceris, nihil in actis inverecundum, non gustus tractor, non incedens solutior, non vox petulantior: ut ipsa corporis aspectu simulacrum fuerit mentis, figura probitatis... Nullo meliora cantibus aut quibus vilicia, quas proceris, aut itaque venerabilis non tam vestigium vultu tolerare, quam gradum virtutis anteloceri; quia quicquid egerit, discipulis est. Sic Maria impobol virtutis officia ut non iam disceret, quam doceret.* (S. Ambros. lib. II De Virginitate.)

(2) *Adjuravit cum Deum manu diluculo.* (Psalm. XLV.)

¿Tuvo María conciencia de la acción de esta gracia en la época tenebrosa en que el hijo, nacido en el seno de ella, dormitaba aún y recibía pasivamente todos los beneficios de la vida? Yo no quiero penetrar este misterio. Bástame saber que ella estaba madura cuando las otras almas apenas comienzan a vivir, y que en el momento de su presentación en el templo, su razón de tres años era capaz de concebir magnánimos pensamientos, y de dictar a su voluntad heroicas resoluciones. Mientras las hijas de Israel ansian el honor de la maternidad, con la esperanza de dar a luz el Mesías, ella prefiere ser virgen (3). Su sér amado no es de esta tierra, y ya la gracia invita a su corazón a cantar aquellas palabras de los Cantares: «Os conjuro, oh hijas de Jerusalem, que si hallais al que ama mi alma, le digáis que me muero de amor (2). Yo soy para mi amado y mi amado para mí, que se apacienta entre lirios» (3). *Ego dilecto meo, ei dilectus meus mihi, qui pascitur inter lilia.*

Ella es toda de él: su alma, su corazón, su carne inmaculada de él son. El trabajo preparado por aquel a quien ella escogió por herencia suya, uniéndose a la perseverancia de sus esfuerzos, va acrecentando de día en día la plenitud primitiva de su santidad. Esas horas estériles durante las cuales se adormece nuestra naturaleza a fin de reparar sus fuerzas, son para la virtud de María horas fecundas. Su corazón vela, mientras su cuerpo reposa, porque el sueño no tiene en ella la fuerza de encadenar la actividad de su amor ni de detener los

(1) *Cf. S. August. Serm. III p. quæst. 28. p. 1. Utram mater Dei virginitatem reverit.*

(2) *Adhuro vos, filias Jerusalem, si invenieris dilectum meum, ut nuntiabis ei quia amore langueo.* (Cant. cap. V, 8.)

(3) *Cant. cap. VI, 2.*

incalculables progresos de la gracia que siempre obra en ella y siempre añade perfeccion á perfeccion (1).

¡Oh sábio y omnipotente preparador! venid, que vuestro paraíso os espera. Oasis en medio del triste destierro que muy pronto será bañado por el río de vida de la redencion, sonríe á todo lo que le rodea y anuncia la proximidad de los dias deseados. Los tiempos están llenos de tinieblas y de errores, pero allí todo es luz y verdad: los tiempos están llenos de vicios y de crímenes, pero allí todo es virtud, perfeccion y santidad: los tiempos están llenos de deseos inquietos, pero allí todos los deseos del género humano se concentran en una aspiracion ferviente y apacible que parece decir: Hé aqui que llega el día del Señor: *Eccc venit dies Domini*. Los tiempos están llenos de promesas, pero allí germinan, en la pureza, la carne y la sangre del Prometido: los tiempos están llenos de prodigios, pero allí va á obrarse bien pronto el prodigio supremo: los tiempos están llenos de catástrofes, pero allí todo es reposo para recibir al rey de paz.

La tierra, honrada con tan grande maravilla, ejerce sobre el cielo una atraccion misteriosa; el Verbo va á descender del seno de su padre. Lo que le atrae, más que los fervientes deseos de su predilecta, más que el perfume de los lirios que exhala su virginidad, es su humildad profunda. ¡Virtud seductora la humildad! Ella no templa el brillo del génio sino para hacernos buscar más ardientemente sus luces, ni oculta las buenas obras sino para volverlas más preciosas y estimadas, ni disimula la santidad sino para darle más colorido. Nos-

(1) Illic colla intermissa tempora; discolorandi non prius cupiditas quam necessitas fuit: ut tamen dum quiesceret corpus, vigilarer animus. (S. Amb. BE. II De Virginitate.)

otros la amamos y por ella amamos aún más las perfecciones que ella cubre con su sombra. En esto, señores, imitamos á aquel que ha amenazado con su ira á los soberbios y ha prometido las deferencias de su bondad á los humildes. Cuanto uno más se acerque con humillaciones voluntarias á los bordes de la nada, más uno participa de las maravillosas operaciones de la divina omnipotencia. La última mano de sus preparaciones es la humildad de aquella á quien él ha escogido. Maria, colmada de tantos dones, parece ignorar su propia perfeccion (1).—«Virgen madre, hija de tu hijo, exclama Dante, más humilde y más alta que toda criatura (2). En efecto, ella es tan humilde, que en el templo, donde se ha retirado, á todo el mundo desea servir; tan humilde, que noche y dia no cesa de pedir á Dios, como el mas grande de los favores, que le conceda ser esclava sumisa de la dichosa mujer que ha de ser madre del Mesias. ¡Ah señor, que habéis hecho de la nada todas las cosas, cuantos encantos tiene para vos este anonadamiento! ¡Rasgad los cielos y descendid; vuestra hora ha llegado!

Escuchad, señores, hé aqui el armonioso contrapunto del drama de la caída.—«En aquel tiempo, dice el Evangelista, fué enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una virgen desposada con un hombre de la casa de David, que se llamaba José, y el nombre de la virgen,

(1) *Besta virgo expressam fidem habebat incarnationis futuræ; sed cum esset humilis non tam alta de se exiebat.* (Sant. Tere. III p. quæst. 3o x. 1. 24 2.)

(2) *Virgine madre, figlia del suo figlio
Umira ed alta più che creatura.*

(Parad. XXXIII, 1.)

María (1). La caída comenzó por un ángel de tinieblas, la reparación comienza por un rayo de luz (2). El ángel de tinieblas era la misma astucia; el ángel de luz, la noble, franca y santa fuerza de Dios, *Gabriel*; el ángel de tinieblas sale de la tierra y sube enroscándose por el árbol de la ciencia, el ángel de luz descendiendo de los cielos y se presenta bajo una forma digna de su perfecta naturaleza, de la alta majestad del Dios á quien representa y de la misión que debe desempeñar (3); el ángel de tinieblas empieza por una pregunta insolente, llena de engaño: «¿Por qué os ha prohibido Dios comer de todos los frutos del paraíso?»—El ángel de luz se anuncia con un respetuoso saludo que expresa toda la verdad de las preparaciones divinas: «Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.»—Eva debía desconfiar de las preguntas y de la mentira; pero demasiado presumida de sí misma, quiere contentar su ávida curiosidad. María se turba con las palabras que oye, y su humildad no la deja creer que merezca tanto respeto. Es preciso que el ángel la anime y la recuerde las promesas divinas: «No temas, María, has hallado gracia delante de Dios, concebirás y darás á luz un hijo á quien darás el nombre de Jesús. Este será grande y será llamado el Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David

(1) In mense autem sexto, missus est angelus Gabriel á Deo in civitatem Gallilee, cui nomen Nazareth, ad virginem desponsatam viro cui nomen erat Ioseph, de domo David, et nomine virginis, Maria. (Luc. cap. I, 26, 27.)

(2) Aptum humanas reprobationes ut angelus milititerat ad virginem parit consecrandam divino, qui prima perditionis humanæ fuit causa, cum sepeca á diabolo mitteretur ad mulierem spirítu superbiae decipiendam. (V. Beda. Hon. in feis Anasisthonia.)

(3) Cf. Sæm. Theol. III p. quæst. 3o a. 5. Utrum angelus annunciatus de- buerit B. Virginis vilione comparari apparere?

su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin» (1).—Eva, tentada del demonio, comienza á dudar del mandamiento de Dios, y se siente sin valor para respetarlo; María, recibiendo las proposiciones del cielo, se acuerda de la libre promesa que habia hecho de ser virgen, y quiere que le aseguren que esta promesa no será violada (2). Satanás acaba su seducción por una negación atrevida y una promesa insensata. «De ninguna manera moriréis, sino que seréis como dioses.»—Gabriel decide el consentimiento de María por una postrera revelación de los designios ocultos de Dios, de sus castas operaciones y de la santidad de su fruto: «El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que de tí nacerá, será llamado hijo de Dios» (3).—Eva, leva de orgullo, alarga una mano osada, y coge de la fruta prohibida; este es su *fiat*, seguido muy pronto de las ignominias y miserias del género humano; María, siempre humilde, exclama: «Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (4).—Y entonces, señores, esta mentira de Satanás, *critis sicut dii*, se vuelve contra él. Nosotros somos verdaderamente como dioses. Como dioses,

(1) Quæ cum audisset, turbata est in armantibus suis, et cogitabat qualis esset ista salutiatio: Et ait angelus ei: Ne times, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum: Ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen eius Jesum. Hic est magna, et illius Altissimi vocabitur, et dabit illi Dominus Deus sedem David patris eius; et regnabit in domo Jacob in æternum. Et regni eius non erit finis. (Luc. cap. I, 29, 30, 31, 32, 33.)

(2) Dixit namque Maria ad angelum: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? (Ibid. cap. I, 34.)

(3) Et respondens angelus dixit ei: Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.—Ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur filius Dei. (Ibid. cap. I, 35.)

(4) Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum. (Ibid. cap. I, 38.)

pues que una hija de la humanidad es llamada á representar las criaturas en el contrato sublime de las bodas de la naturaleza divina con la naturaleza humana; como dioses, pues que una boca humana pronuncia un *fiat* que decide una maravilla mas grande que la de la creación; como dioses, pues que una hija de los hombres, juntamente con el Padre eterno, llamara á Dios hijo mio; como dioses, pues que Dios se hace semejante á nosotros. El Verbo se hizo carne. *Et Verbum caro factum est.*

El Verbo se hace carne, ¡oh misterio adorable! nosotros nos detenemos ante vuestras sublimes profundidades, esperando, para entrar en ellas, que la Virgen que fué tambien preparada, se dighe preparar nuestros espíritus. Virgen incomparable, madre admirable, dulce paraíso de la encarnación, perdonadme si no he hablado dignamente de vuestras perfecciones. Mi amor habia anhelado más, pero la debilidad de mi espíritu no lo ha permitido. Tened en cuenta la pureza y el fervor de mis intenciones más bien que la imperfección de mi cántico. Y pues vos habeis prometido recompensar á todos los que publican vuestra gloria, obtenedme la gracia que yo deseo sobre todas las gracias, de ver á los que han escuchado mi palabra tomar parte en el misterio de vuestra divina maternidad. Que yo los vea á todos; á todos sin que falte uno solo, acercarse luego á la mesa santa, y que su alma purificada se abra como un paraíso para recibir la majestad anonadada de vuestro querido hijo.

ÍNDICE

DE LOS PRINCIPALES ERRORES CONTRARIOS Á LOS DOGMAS
EXPUSTOS EN ESTE VOLUMEN.

I.—*Motivo de la Encarnación segun la escuela tomista y segun la escuela escotista.* (Véase la Conferencia XXV hacia el fin.)

La escuela tomista y la escotista sienten de diferente modo sobre el motivo de la Encarnación. Segun los *escotistas*, el plan divino de la Encarnación encierra dos decretos: uno que mira la substancia misma del Misterio, y cuyo motivo es la glorificación de la naturaleza humana; este decreto hace abstracción total del pecado; otro, que tiene por objeto la circunstancia de posibilidad en la naturaleza que debe recibir el Verbo, y cuyo motivo es la reparación del pecado y la restauración de la humanidad caída. De donde se sigue que, en virtud del plan actual y del decreto presente, el Verbo habria encarnado, aun cuando Adán hubiese perseverado en la justicia y la hubiese transmitido á sus descendientes.

Los fundamentos de esta opinion son: 1.º Las palabras de San Pablo en su Epistola á los Colosenses (cap. 1.º), en las cuales afirma que Jesucristo es «*primogenitus omnis creaturae, quoniam in ipso condita sunt universa in caelis et in terra... et ipse est ante omnes et omnia in ipso constant*». 2.º Muchos textos de los Santos Padres, siendo los principales los que á continuación expresamos: «*Quodcumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus, quod et limus, et sermo erat, quod et terra tunc. Sic enim prelatio Patris ad Filium: Facturum hominem ad imaginem et similitudinem nostram. Et fecit hominem, Deus ad imaginem Dei fecit illum.* (Gén., cap. 1.º, 26, 27), scilicet Christi, etcetera. Ita limus illo jam tunc imaginem induens Christi futuri in carne, non tantum Dei opus erat sed et pignus»

pues que una hija de la humanidad es llamada á representar las criaturas en el contrato sublime de las bodas de la naturaleza divina con la naturaleza humana; como dioses, pues que una boca humana pronuncia un *fiat* que decide una maravilla mas grande que la de la creación; como dioses, pues que una hija de los hombres, juntamente con el Padre eterno, llamara á Dios hijo mio; como dioses, pues que Dios se hace semejante á nosotros. El Verbo se hizo carne. *Et Verbum caro factum est.*

El Verbo se hace carne, ¡oh misterio adorable! nosotros nos detenemos ante vuestras sublimes profundidades, esperando, para entrar en ellas, que la Virgen que fué tambien preparada, se dighe preparar nuestros espíritus. Virgen incomparable, madre admirable, dulce paraíso de la encarnacion, perdonadme si no he hablado dignamente de vuestras perfecciones. Mi amor habia anhelado más, pero la debilidad de mi espíritu no lo ha permitido. Tened en cuenta la pureza y el fervor de mis intenciones más bien que la imperfeccion de mi cántico. Y pues vos habeis prometido recompensar á todos los que publican vuestra gloria, obtenedme la gracia que yo deseo sobre todas las gracias, de ver á los que han escuchado mi palabra tomar parte en el misterio de vuestra divina maternidad. Que yo los vea á todos; á todos sin que falte uno solo, acercarse luego á la mesa santa, y que su alma purificada se abra como un paraíso para recibir la majestad anonadada de vuestro querido hijo.

ÍNDICE

DE LOS PRINCIPALES ERRORES CONTRARIOS Á LOS DOGMAS
EXPUSTOS EN ESTE VOLUMEN.

I.—*Motivo de la Encarnacion segun la escuela tomista y segun la escuela escotista.* (Véase la Conferencia XXV hacia el fin.)

La escuela tomista y la escotista sienten de diferente modo sobre el motivo de la Encarnacion. Segun los *escotistas*, el plan divino de la Encarnacion encierra dos decretos; uno que mira la substancia misma del Misterio, y cuyo motivo es la glorificacion de la naturaleza humana; este decreto hace abstraccion total del pecado; otro, que tiene por objeto la circunstancia de pasibilidad en la naturaleza que debe revestir el Verbo, y cuyo motivo es la reparacion del pecado y la restauracion de la humanidad caída. De donde se sigue que, en virtud del plan actual y del decreto presente, el Verbo habria encarnado, aun cuando Adán hubiese perseverado en la justicia y la hubiese transmitido á sus descendientes.

Los fundamentos de esta opinion son: 1.º Las palabras de San Pablo en su Epistola á los Colosenses (cap. 1.º), en las cuales afirma que Jesucristo es «*primogenitus omnis creaturae, quoniam in ipso condita sunt universa in caelis et in terra... et ipse est ante omnes et omnia in ipso constant*». 2.º Muchos textos de los Santos Padres, siendo los principales los que á continuacion expresamos: «*Quodcumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus, quod et limus, et sermo erat, quod et terra tunc. Sic enim prelatio Patris ad Filium: Facturus hominem ad imaginem et similitudinem nostram. Et fecit hominem, Deus ad imaginem Dei fecit illum.* (Gén., cap. 1.º, 26, 27), scilicet Christi, etcetera. Ita limus illo jam tunc imaginem induens Christi futuri in carne, non tantum Dei opus erat sed et pignus»

ordenado ulteriormente a la persona del Cristo Salvador. Para mejor explicar su opinion distinguen los teologos en el decreto divino lo que ellos llaman instantes de razon. He aquí cual seria el orden de estos instantes, según la opinion adoptada por la escuela de Escoto. En primer lugar contempló Dios en sí mismo el soberano bien; despues miró en su pensamiento todas las criaturas; en segunda las predilectó á la gracia y á la gloria, y por último previó la caída del hombre en Adán, para cuyo remedio ordenó la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, y esta es la última fase del decreto (Scot. 3. dist. 39. quest. unic. num. 6.º).

Según los tomistas, en el primer instante Dios considerando con su ciencia infinita todos los seres posibles, quiso la comunicacion de su poder y de su bondad junto con la manifestacion de sus atributos. En el segundo instante eligió entre todos los posibles, el mundo actual para la manifestacion de su gloria. Hecho esto, decretó elevar la criatura inteligente al órden sobrenatural y adornarla con las dones de su gracia; y previendo el pecado, quiso por juicio inescrutable permitirlo. Despues decretó la reparacion de la falta en otro instante señaló á su Hijo Unigénito como reparador del mundo, mediante la Encarnacion del Verbo en una naturaleza pasible y mortal. Finalmente y como consecuencia de la Encarnacion, Dios ordenó al Cristo Redentor todos sus designios relativos á la edificacion de su bondad, á la manifestacion de sus perfecciones, á la glorificacion del mundo y felicidad de los elegidos.

Algunos tomistas colocan el decreto de la Encarnacion antes del decreto de la creacion del mundo y prevision del pecado; en esto se aproximan á Escoto y se alejan de Santo Tomás.

Las dos opiniones que acabamos de exponer son completamente libres. Santo Tomás confiesa ingenuamente la probabilidad de la primera: «Quidam probabiliter dicunt quod si homo non peccasset, filius Dei homo non esset. Alii vero dicunt quod cum per incarnationem non solum liberatio a peccato, sed etiam humane nature exaltatio et totius universi consummatio facta sit, etiam peccato non existente, propter has causas incarnatio fuisset. Et hæc etiam probabiliter sustineri potest (In 3. dist. 1.º q. 3. a. 3). Sin embargo, el Santo Doctor trata el otro parecer como el mas admisible y el más convenientemente. Assertium illi magis assentendum videtur.—Convenientius dicitur incarnationis opus ordinatum esse a Deo in remedium contra peccatum, ita quod peccato non existente, incarnatio non fuisset» (Summ. Theol. III p. quest. I. a. 3.º).

II.—CONFERENCIA XXV. (Véase al fin.—Necesidad de la Encarnacion.)

Santo Tomás al tratar de la necesidad de la Encarnacion,

distingue cuidadosamente la necesidad absoluta de la necesidad de conveniencia. Absolutamente hablando la Encarnacion no era necesaria para la reparacion del pecado; empero supuesto que Dios haya querido emplear el medio más á propósito para salvarnos y el más conveniente para la manifestacion de los divinos atributos, la Encarnacion, dada esta hipótesis, era necesaria (1). Por no haber empleado esta distincion, notacionen algunos herejes la siguiente anárqa réplica de San Agustín: «Insensatos son, dice, los que aseguran no quedar á la sabiduria divina otro medio de salvar á los hombres, que tomar nuestra naturaleza, nacer de una mujer, y sufrir todas las males que á los pecadores plugo infligirles; á los cuales respondemos, que podia ciertamente, pero que si de otro modo obrara desagradaria igualmente á la ignorancia de semejantes necios» (2).

Wicelof, coocouocente con su principio de que todo acontece por necesidad, y que Dios mismo obedece á un impulso necesario cuando produce alguna cosa, bien sea fuera, bien dentro de sí, se vió obligado á admitir que el Verbo debia indispensablemente hacerse hombre, padecer y morir por nosotros. Basóse, queriendo excusar á Wicelof, tivo la mala fortuna de prescribir que para la expiacion de nuestros crímenes, se habia necesario que Jesucristo muriera. La sana teología subordina siempre la necesidad de la Encarnacion á esta condicion, á saber: que Dios queria libremente una satisfaccion perfecta.

San Anselmo en su obra *Cur Deus homo*, al buscar la razon de este misterio, nos parece haber ido demasiado lejos, y exagerado el argumento sacado de la divina justicia.

«El pecado, dice, quita á Dios el honor que le pertenecia... Así que, por tanto tiempo permanecerá el pecador en su pecado, por cuanto no restituya lo que ha robado; y no hasta una mera restitucion: es necesario añadir algo de más para ce último resultado de que para la satisfaccion que todo reparar la ofensa causada. Esta es la satisfaccion que todo pecador debe á Dios... Perdonar por pura misericordia seria un desorden, y á Dios no conviene dejar nada desordenado en su reino» (3). Ahora bien: el hombre no puede pagar á Dios la deuda contraida por el pecado, de donde se sigue que un Dios revestido de nuestra naturaleza debia ofrecer á Dios en nombre de la humanidad entera, la satisfaccion que reclamaba la justicia soberana.

(1) Summ. Theol. III p. quest. 1. a. 7.

(2) Sunt stulti qui dicunt: Non poterat aliter sapientia. Nec homines libere nisi suscipere hominem: et nascere: de femina et a peccatoribus omnia illa pareretur. Quibus dicimus: Poterat omnino, sed si aliter faceret, similiter vestrae stultitiae displiceret (De agn. Christ. cap. XI. q. 1).

(3) Cur Deus homo, lib. I. cap. XII.

los Santos Padres es contrario á la interpretación alegórica, y las objeciones que se sacan de la anatomía del cuerpo humano son demasiado fáciles para que las tomemos en consideración. Posiblemente hablando, más fácil es transformar la sustancia de Adán en la de la mujer, que transformar el barro en un cuerpo viviente, en una criatura humana. (Vid. M. Darrés, *Historia general de l'Eglise*, tom. I, 1.ª época, cap. III.)

(Véase ibid. *Unidad de la especie humana.*)

La cuestión sobre la unidad de la especie humana es, según hicimos notar al principio de esta conferencia, una de las más importantes, puesto que de ella depende toda la coherencia de los dogmas cristianos, y por decirlo así, la historia del mundo. Esta no es, sin embargo, la opinión de Cousin. Há un libro en que ligeramente se expresa sobre este asunto en su *Introducción á filosofía de la filosofía* (lección 9.ª): «No hay más que una sola pueblo primitivo, es decir, una sola raza, y por consiguiente una sola lengua, una sola religión, una sola filosofía que, partiendo de un solo centro y foco común, se extienden sucesivamente por toda la superficie del globo, de tal manera que la civilización se obtenga por la vía de comunicación, y la historia no sea otra cosa que una tradición.» Si, pues, la historia no tiene otro fundamento que la naturaleza humana, la naturaleza que nos es común á todos, y que siempre la misma pero siempre modificada, se desarrolla por lo que sea con sus armazones y diferencias. Tal es la primera cuestión que encuentra en su camino la filosofía de la historia. Según mi parecer, este problema tiene más de importancia que se imagina.

Nosotros no tenemos á Mr. Cousin otra respuesta que la del sabio historiador César Cantú: «La cuestión, dice, que versa sobre la unidad de la especie humana, nos parece de una importancia capital, no sólo en el orden religioso y con respecto al pecado original y á la consiguiente redención, sino también en el terreno histórico, puesto que de este conocimiento depende el hecho de saber si la especie humana, esta mezcla de miseria y de grandeza, cayó de un paraiso, ó se fué levantando desde la condición del caos; si debemos estudiar solamente el desarrollo de la materia, cuyo subsecuente perfeccionamiento sea el origen de todos los seres, ó bien establecer la elevación del espíritu, creyendo al hombre y á la humanidad destinados á ayudarse y perfeccionarse, mediante el establecimiento de la armonía en la conciencia; si aquellos á quienes una política sin entrañas llama nuestros enemigos natos, son ó no nuestros hermanos. De la resolución de este problema solamente podemos deducir las reglas de la justicia que deben ser fundamento de la historia. ¿Cuán otros no serán los juicios del historiador, si Moisés, Mahoma, el emperador Cristóbal, Itubida, Tamerlan, son á sus ojos, personajes tan extranos como el reongféro ó el elefante!

¿Qué impresión tan diferente producirán en él las instituciones de Manú, los poemas de Kalidasa, los intonamientos de los Incaes y de Motezuma, arrojados al fuego por los españoles, la triste condición de los negros con quienes trafican los ingleses, si se acostumbrara á ver en ellos seres de raza distinta que la nuestra! (Hist. univ. lib. 1.ª, exp. III. *Unidad de la especie humana.*)

Poligenistas. (Véase ibid.)

Los poligenistas admiten, según hemos visto, la multiplicidad de especies humanas. Podríase dividirlos en varias clases.

La primera es la de los poligenistas bíblicos, quienes para explicar ciertas dificultades del texto sagrado, sostienen haber Dios eriado una raza anterior á Adán, á la cual denominan por lo tanto *preadámita*. Pocio descubrió este error en las *Hypotyposes* de Clemente Alejandrino. Pero ¿quó podia suceder que Focio diese con un ejemplar adulterado por los herejes? Así lo creó Rufino; Pocio mismo lo sospechaba, puesto que dice hablando de este error y de algunos otros: «Sea que provenga del autor, ó de algún otro que haya tomado su nombre.» Tillmann en sus *Memoires* (tom. II, pág. 191 y siguientes), dice que hay motivos para creer que el libro de las *Hypotyposes* haya sido publicado bajo el supuesto nombre de Clemente Alejandrino.

La invención de los preadámitas se atribuye con más razón á Isaac Peyrora, gentil-hombre eduinista, que en 1655 hizo imprimir en Holanda un libro intitulado: *Systema theologicum et Preadamitarum hypotesis*.

«En este libro muy curioso y notable, atendida la época en que se publicó, dice Mr. de Quatrefages, Peyrora se esfuerza en demostrar que la historia de Adán y de sus descendientes es la historia de los indios solamente, y no la de los hombres en general. Apoyándose en dos pasajes del Génesis, y fundándose en las diferencias que siempre se han reconocido entre los mismos hombres, Peyrora considera al primero de éstos relacionarlo con la creación de los gentiles, y al segundo con el origen del pueblo que Dios había elegido entre todos los otros. Los gentiles, eridos los primeros en el sexto día de la gran semana, y al mismo tiempo que los animales, perfeccionaron en algún sentido á la creación general; fueron formados como todos los demás seres y sacados como ellos de la materia del caos. Aparecieron al mismo tiempo en toda la tierra, y ninguna de ellos debió de entrar en el paraiso terrestre. Adán, el primer judío, formado del barro de la tierra, y Eva formada de una costilla de Adán, no debieron de ser erriados hasta despues del reposo del sétimo día. Solos debieron de habitar en el Edén y solos por consiguiente fueron los culpables del pecado contra la Ley, violando la prohibición que les habia sido hecha. Los demás hombres nacientes, bajo este punto de vista, no eran, sin embargo, menos

culpables de pecados *actuales*. El autor halla esta distinción confirmada por un pasaje de S. Pablo (1).

Para apoyar su hipótesis fundamental, Peyrera no invoca solamente la autoridad del texto relativo á los primeros días del mundo, sus argumentos más fuertes están sacados de la historia de Adán y de su familia. Hasta la edad de cincuenta treinta años el Génesis no da á aquel á quien se le nosotumbado á mirar como el primer hombre más que tres hijos, y los nombres que Adán pronuncia después del nacimiento de Set, no pueden dejar sobre esto duda alguna. Más tarde sólo dice la Escritura que tuvo hijos *de hijas*. Por consiguiente, desmues de la muerte de Abel, y antes del nacimiento de Set, la familia de Adán no contaba más que tres personas. Sin embargo, Cain, trascurrido por Dios, y condenado á andar errante sobre la tierra, manifiesta temores de morir á manos del primero que lo encuentra. Dios imprime sobre la frente de Cain una señal indeleble, y declara que el que lo mata será castigado con castigo siete veces mayor. ¿Cain podía por tanto encontrar enemigos? Cain en su alma llevo consigo á su mujer. ¿De dónde procedía esta mujer? Hasta esta época Adán no habia tenido más hijos que el que habia despedido de su eremio, y al que de semejante fratricidio fué inminente víctima. Es fuera, pues, que otras familias coexistieran al lado de la de Adán. Finalmente, apenas Cain tuvo un hijo, edificó una ciudad. Era por consiguiente necesario que hallase compañeros para edificarla y habitársela para poblarla. De todos estos hechos concluye el autor que existían otros hombres fuera de la familia adámica ó judía, y que estos, hombres, apartados por todo el mundo, eran los *gentiles*, aquellos primeros huéspedes de la gran eracción que fueron siempre tan claramente distinguidos de los judíos.

Peyrera interpreta en el mismo sentido un gran número de expresiones generales de la Biblia. La *tierra*, da la usual tantas veces se hace mención, no es á sus ojos la superficie entera de nuestro globo, sino la *Tierra Santa*, aquella parte que Dios habia destinado para su pueblo. Peyrera fija los límites de esta tierra, y presenta acerca de ella un mapa poco detallado, pero bastante exacto para su tiempo. A ella sola aplica la narración bíblica del diluvio, y á este lo compara con las grandes inundaciones parciales, cuyo recuerdo conservan muchos pueblos. De esta manera la historia de Adán es la introducción á la de Noé. Este patriarca quedó en el diluvio el único representante, no de la humanidad entera, sino de solos los judíos. Contra estos últimos solamente se irritó la cólera celestial. Dios nunca tuvo intención de destruir los gentiles. Admira por cierto la semejanza y hasta la identidad en ciertos puntos de las doctrinas de Peyrera con las

(1) *Ro. cap. 12, 13 y 14.*

opiniones muchas veces y aun recientemente emitidas. Peyrera no es en modo alguno un libre pensador, un espíritu fuerte; es un teólogo, un creyente, que admite como verdadero cuanto se halla en la Biblia, y los milagros en particular, solamente que les aplica su sistema como á todo lo demás. Según él, estos milagros fueron siempre personales; y aun cuando el texto afirma positivamente haber sido dorogadas las leyes de la naturaleza, él sostiene que sólo lo fueron localmente. Siempre halla en el libro que le sirve de guía algún motivo que apoya su interpretación. En una palabra, en Peyrera se encuentran mezcladas por todas partes una fe absoluta y una libre crítica. (M. de Quatrefoes, *Hist. nat. de Phomme. Unité de la espèce humaine*. Revue des Deux Mondes, 19 de Diciembre de 1860.)

El libro de Peyrera fué refutado por Desmarais, profesor de Teología en la universidad de Groninga. El autor fué condenado en Flandes por la Inquisición; pero apeló de la sentencia de este tribunal á Roma, en donde fué recibido por el Papa Alejandro VII con tanto cariño y bondad, que acabó por hacerse católico, publicó una retractación de sus errores, y se retiró á Nuestra Señora de las Virtudes, donde murió piadosamente.

La segunda clase de *poligénistas* es la de los *antibíblicos*. Compónese esta clase de filósofos del siglo pasado, los cuales, animados más bien por un sistema preconcebido que por la verdad de sus superficiales observaciones, admitieron la multiplicidad de especies, con el exclusivo objeto de contradecir las enseñanzas monogénistas de la Sagrada Escritura.

La tercera clase es la de los *poligénistas prácticos*, quienes defienden la distinción de especies á fin de justificar la esclavitud. Esta clase la hallamos ya en la civilizada Grecia, y en la antigua Roma, en donde el esclavo, despreciado y tratado con crueldad, era tenido por de distinta naturaleza que el ciudadano libre, y se lo llamaba animal con cara de hombre. En nuestros días y á la luz de la civilización cristiana, los americanos no recelaron acudir á este proceder de los antiguos para excusar sus crueldades, y su vergonzoso tráfico de carne humana.

Sabida cosa es, dice M. de Quatrefoes, que la esclavitud, habiendo sido primero aceptada por todas las naciones cristianas, como una institución regular, ha sido después justamente proscrita por la más or parte de ellas. Sabido es también que la Inglaterra, llevada de motivos muy distintos, se puso al frente de la cruzada anti-esclavista, y que casi todas las potencias se fueron sucesivamente adhiriendo á los tratados que ella propuso á fin de poner término al tráfico y emancipar la raza negra. Tampoco se ignora que los Estados Unidos rechazaron siempre sumamente proposiciones á causa de que la esclavitud está allí relacionada con muy grandes intereses. Sin embargo, en 1844 la Inglaterra, apoyada esta

vaz por la Francia, volvió á la carga, y M. Calhoun, ministro entonces de negocios extranjeros, no sabia qué responder á las notas que le dirigian las potencias ngrófilas, hasta que oyó hablar de los trabajos de M. Gliddon sobre las razas africanas. Llamó entonces al autor, el cual le indicó á su vez á entrar en relaciones con M. Morton, jefe de los antropólogos americanos. Una activa correspondencia se cruzó entre el ministro y el autor de la *Granja americana*. El resultado de todo esto fué una nota en la que M. Calhoun rechazaba toda modificación en el orden de cosas existente en la Union americana, fundándose en las diferencias radicales que separan los grupos humanos. Este modo de argüir desencorrió al ministro inglés, el cual se apresuró á responder que él no intentaba intervenir para nada en las instituciones domésticas de los otros pueblos. Despues de contar esta anécdota, M. Nott se felicita altamente del fastidio que la *verdadera etnología*, francamente introducida por M. Calhoun en las relaciones internacionales, causó á la diplomacia filantrópica.

«Así en América la cuestión antropológica se complica con la de la esclavitud, y al leer la mayor parte de los escritos que nos vienen de ultramar, parece que allí se debe ser ante todo *anti-actanista* ó *actanista*; pero en los Estados Unidos es preciso ser *bíblico* y de aquí los particulares matices que distinguen ciertas obras antropológicas americanas. Los anti-esclavistas son de ordinario abiertamente monogenistas, y aceptan el dogma de Adán, tal cual generalmente se le entiende. La misma fe profesan algunos esclavistas, pero á lo de justificar su conducta para con sus *hermanos los negros*, recurren á la historia de Noé y de los hijos de éste. Cam, dicen, fué maldito por su padre, y condenado á ser esclavo de sus hermanos; los negros descienden de Cam: luego reduciéndolo á la esclavitud no se hace otra cosa que obedecer al libro santo. Pero la América cuenta esclavistas poligenistas. Estos han vuelto á resucitar bajo diversas formas, y adornándola á la moderna, la doctrina de Peyrera. Proclamando alternativamente la divina inspiración del Antiguo y Nuevo Testamento, se esfuerzan en demostrar con descubrimientos lingüísticos, geográficos é históricos, que la narración bíblica relativa al origen y filiacion de los hombres es sólo aplicable á la raza blanca. Así han considerado á su arbitrio los diversos grupos como otras tantas especies distintas, aproximando lo más posible el negro á los monos y considerando como M. Calhoun,» (M. de Quatrefages, *loc. cit.*)

La terrible colision entre el Norte y Sur de América ha resultado la cuestion de la esclavitud. Los *poligenistas prácticos* no tienen ya razon de ser.

Los *poligenistas científicos* hacen profesion de mirar todas las tradiciones como si no existiesen, y de no pronunciar fallo alguno sobre cualquier materia, sin escuchar antes las observaciones de la ciencia.

Dejado á un lado toda cuestion de origen, y no teniendo en cuenta las semejanzas fundamentales que por todas partes se descubren en la naturaleza humana, desian exclusivamente á hacer resaltar las diferencias exteriores más notables, y convertir estas diferencias en otros tantos signos característicos de especies humanas que se remontan á diversos centros de profreccion. No convienen, sin embargo, en las clasificaciones.

Borri de Saint-Vincent divide el género humano en catorce especies cuyo cuadro es el siguiente:

+ *Leológicas, con cabellos lisos ó tendidos.*

* Del antiguo continente.

Iª especie — JAPÉTICA.

A. *Genis togata* — que lleva siempre vestido talar, y cuya frente quedaba al fin calva.

a. Raza *caucasiana* (occidental).

b. Raza *Pelagica* (meridional).

B. *Genis braccata* — todas sus variedades adoptaron vestidos cortos y quedon calvas por el sinciponio ó coronilla de la cabeza.

c. Raza *cética* (occidental).

d. Raza *germánica* (septentrional).

1ª variedad — *Teutónica.*

2ª variedad — *Esclavona.*

IIª especie — ARÁBICA.

a. Raza *atlántica* (occidental).

b. Raza *adriática* (oriental).

IIIª especie — INDIANA.

IVª especie — ESCITA.

Vª especie — CHINA.

** Comunes al antiguo y nuevo continente.

VIª especie — HIPERBÓREA.

VIIª especie — NEPTUNIANA.

a. Raza *malaya* (oriental).

b. Raza *océánica* (occidental).

c. Raza *japonica* (intermedia).

VIIIª especie — AUSTRALIANA.

*** Propias del nuevo continente.

IXª especie — COLOMBIANA.

Xª especie — AMERICANA.

XIª especie — PATAGONA.

†† Elásticas, de caballo crespó.

XIIª especie — ETIOPICA.

XIIIª especie — CAFRE.

XIVª especie — MELANESIANA Ó NEGRA.

☠☠ Hombres monstruosos.

- a. Cretinos.
b. Albino.

Segun Desmollins, la humanidad está compuesta de diez y seis especies.

- I^o especie — ESCITA ó ESCITA.
a. Raza Indo-Germana.
b. Raza Filandesa.
c. Raza Turca.
II^o especie — CALCASIANA.
III^o especie — SEMÍTICA.
a. Raza Árabe.
b. Raza Hebreo-Pelaga.
c. Raza Cética.
IV^o especie — ATLÁNTICA.
V^o especie — INDIANA.
VI^o especie — MONGÓLEA.
a. Raza Indo-China.
b. Raza Mongola.
c. Raza Hiperborea.
VII^o especie — KURILIANA.
VIII^o especie — ETÍOPIA.
IX^o especie — EURO AFRICANA. Negros de Mozambique, cafres, etc.
X^o especie — AUSTRAL AFRICANA.
a. Raza Hotentota.
b. Raza Bochimana.
XI^o especie — MALASIANA Ó OCEÁNICA.
1. Carolinos.
2. Dajakis y Bondjis de Borneo, y muchos Arafa-
ses y Alfuras de las Molucas.
3. Los de las islas de Java, Sumatra, Fénor, etc.
4. Polinesianos.
5. Ovas de Madagascar.
XII^o especie — PAPAUA.
XIII^o especie — NEGRO-OCEÁNICA.
1. Moycos de la Cochinchina.
2. Sabandja, Dajaks, etc., de las montañas de Ma-
daga.
3. Pueblo de la Tierra de Diowen, de Nueva-Cale-
donia y del archipiélago de Sanetti-Spiritus.
4. Vinirobares de las montañas de Madagascar.
XIV^o especie — AUSTRALIANA.
XV^o especie — COLOMBIANA.
XVI^o especie — AMERICANA.
1. Omagnas, Guaranis, Coroados, Puris, Aloures,
Olomacis, etc.
2. Botucadis y Guayales.

3. Moayas Esciarruas.
4. Araucanos, Paiches, Teuletes ó Patagones.
5. Petcheres, de la Tierra de Fuego.

Los progresos de las ciencias hicieron pronto caducar estas clasificaciones. Un naturalista contemporáneo, M. Agassiz, ménos pródigo que sus predecesores, no reconoce más que ocho especies, las cuales reúne en otros tantos centros principales ó reinos zoológicos. Estos son los reinos ártico, mongol, europeo, americano, negro, hotentote, malayo y australiano. Cada una de estas divisiones geográficas corresponde, segun él, á otras tantas especies de hombres diferentes que han sido criados aparte en el suelo que ocupan, ó más bien, y en conformidad con un lenguaje eufemístico materialista, fueron el producto de una fuerza local. Esta teoría es á los ojos de M. Agassiz, la conclusion aplicada al hombre, de los hechos establecidos por la historia natural con respecto á los vegetales y animales. Está, en efecto, reconocido, dice M. de Quatrefages, que estos dos reinos presentan grandes centros de creacion caracterizados por ciertos tipos que comprenden un numero más ó ménos considerable de géneros y especies; estos tipos las son propios, ó al ménos, no se descubren apenas en otras partes, de suerte que los animales y vegetales tuvieron origen sobre puntos diferentes en varios centros de creacion; quien quiera que reconozca la autoridad de la ciencia en semejantes materias, deberá admitir que las cosas pasaron de ese modo... (1). Debemos, sin embargo, hacer notar que Moisés sobre este punto se habla adelantado á la ciencia, y que, segun el Genesis, los vegetales y los animales fueron realmente criados en grandes grupos cuando dijo Dios: «Produzca la tierra hierbas, plantas y arboles; produzca seres vivientes, animales, reptiles, bestias de todo género.» Aquí no vemos ni para la fauna, ni para la flora, ni para la zoología ningun tipo primitivo único que sirviera de raíz á cada una de las especies actualmente vivientes. La multiplicidad espontánea debió por lo tanto ser el modo de creacion de los vegetales y de los animales, de donde, por analogía, infiere M. Agassiz que esta misma debió tambien ser la ley de creacion para el hombre. (Cf. Abate Lamarck, *Hist. generale de l'Homme*, 1^{re} époque, ch. III.)

Debemos hacer notar á M. Agassiz que la analogía que él invoca deberá ser apoyada en hechos más sólidos que la diferencia de los tipos. No es esta diferencia lo que mueve á la ciencia á reconocer muchos centros de creacion para el reino vegetal y animal, sino más bien la esencia de la flora y de la fauna paleontológica, ¿dónde está la fauna que nos enseña la

(1) M. de Quatrefages, *Unité de l'espèce humaine*.

creación dividida de la raza humana? En su ausencia la analogía debe ceder el paso a la historia, mucho más cuando esta historia está comprobada por la ciencia.

El último trabajo hecho en Francia en defensa de la doctrina poligenista data del año 1864; su autor es Jorge Poucaud, hijo del partidario de las generaciones espontáneas; el título de la obra: *Pluralité des races humaines*.

M. Littré en su *Dictionnaire de médecine* sostiene aún la división del género humano en siete especies, subdivididas en una multitud de razas.

El mejor argumento que se puede oponer á estas clasificaciones, siempre un poco fantásticas, sin otra razón de ser que los accidentes que modifican la naturaleza, pero sin alterarla en su esencia, es el que ya hemos presentado al fin de nuestra primera parte; el argumento de la fecundidad indefinida entre las razas más variadas del género humano.

Los sabios modernos creen que ya no es necesario el poligenismo para combatir las antiguas teorías religiosas; hábiles al transformismo. Pero tenemos que el transformismo es á la vez poligenista y monogenista; poligenista en el sentido de que la humanidad puede provenir de cinco ó seis parejas de monos transformados; monogenista hasta la monstruosidad, pues que los principios del transformismo nos conducen á las células rudimentarias de donde procede todo el reino animal, incluso el hombre.

Reunimos á nuestros lectores, para la refutación de esta doctrina, al tercer volumen de nuestra Exposición (conferencias 13 y 16, índice de estas mismas conferencias).

(Véase la II.ª parte. *Estado primitivo del género humano*.)

Hemos hecho notar que los que nos dan por progenitor al salvaje, se niegan, por su conveniencia, á ver la degradación de ese ser. Hé aquí una bella y enérgica pintura de José de Maistre que ilustra nuestra observación.

«No es posible fijar por un instante la vista en un salvaje sin leer el anatema escrito, no digo ya en su alma, sino hasta en la forma exterior de su cuerpo. Es un hombre deformado, robusto y feroz, en quien la llama de la inteligencia no despide más que un destello pálido é intermitente. Una mano terrible que oprime esas razas esclavizadas, bruta en ellas los caracteres distintivos de nuestra grandeza, la previsión y la perfectibilidad. El salvaje corta el árbol para coger su fruto; suelta el buey que los misioneros dejan á su cuidado, é le asa con la madera del arado. Nos contempla hace más de tres siglos sin querer recibir nada de nosotros, menos la pólvora para matar á sus semejantes, y el aguardiente para matarse á sí mismo; pero nunca ha pensado fabricar estas cosas; contentado con nuestra avaricia que no le faltará jamás. Como las sustancias más viles y más repugnantes son todavía susceptibles de una mayor degeneración, de la misma manera los vicios naturales de la humanidad presentan

aún mayor torpeza en el salvaje. Es ladron, cruel, disoluto; pero de otra manera que nosotros. Para ser criminales nosotros, nos es preciso violentar nuestra naturaleza; el salvaje, por el contrario, la sigue; siente apetito del crimen, y no tiene por ello remordimientos. Al mismo tiempo que el hijo mata á su padre para librarse de las molestias de la vejez, la mujer mata en su seno el fruto de sus brutales amores, para eximirse de las fatigas de la lactación. Al enemigo, aún vivo, le arranca la ensangrentada cabellera, lo despedra, lo asa y se lo devora cantando. Si da con nuestros licores más fuertes, bebe hasta la embriaguez, hasta la náusea, hasta la muerte, privado juntamente de la razón que retrasa al hombre por el estado, y del instinto que retrasa al animal por la repugnancia. Su condición es visiblemente degradada; séntese hundido en las últimas profundidades de su conciencia moral; hece temblar al observador que lo mira. ¿Queremos nosotros temblar ante nosotros mismos y de una manera muy saludable? Pues tengamos presente que con nuestra inteligencia, nuestra moral, nuestras ciencias, nuestras artes, somos con respecto al hombre primitivo lo que el salvaje con respecto á nosotros.» (*Soirées de Saint-Petersbourg*, 2.ª, entrefin.)

La escuela ecclésiastica, partiendo de este principio, que el género humano procede como el individuo—en lugar de poner á la cabeza de la humanidad al hombre perfecto dotado de una ciencia superior—nos muestra la Biblia y que de alguna manera nos lo dan á conocer todas las tradiciones, nos hace salir de la ignorancia, de la espontaneidad, del instinto.

«Las épocas más remotas, dice Mr. Jouffroy, son aquellas en que la humanidad nos parece hallarnos más cercana á la ignorancia absoluta. Esta ignorancia la vemos disiparse con tanto á medida que la humanidad se va alejando de su cuna... de allí parece seguirse que la ignorancia absoluta fué el punto de partida de la inteligencia humana, y que la ciencia absoluta es el término á que aspira y á que por su destino debe llegar. Estas dos intuiciones son verdaderas, salvo algunas restricciones.»

Hállanse en la inteligencia humana ciertas nociones que la experiencia no se las pudo dar, y cuando se examina la naturaleza de estas nociones, se observa que sin ellas nada podríamos comprender en cuanto á las cosas que la experiencia nos revela. De esta dicha observación resulta necesariamente que estas nociones no fueron adquiridas por la inteligencia humana, sino que le han sido dadas al mismo tiempo que las facultades con que ella concebía... La inteligencia humana no ha perdido, pues, de la ignorancia absoluta; ha sido colocada á la faz del mundo con la facultad de conocerlo por todos los medios; llevaba además en sí las nociones primeras indispensables para comprenderlo, lo que nos que sucesivamente han ido reapareciendo á medida que

la ocasión se ha presentado. Estas nociones innatas componen lo que se llama la razón, y constituyen el ser racional... El hombre no es capaz de aprender y de saber sino por ellas.» (*Nouvelles méthodes philosophiques*, pag. 10.)

Las nociones innatas de que aquí habla Mr. Jouffroy, no pueden ser llamadas conocimientos. El niño que acaba de nacer las posee (1), sin saber lo que que son. Apesar de la decisión con que rechaza la ignorancia absoluta, Mr. Jouffroy profesa, en realidad, que ella fué el punto de partida de la humanidad.

La religión, de la cual recibimos los más altos conocimientos sobre Dios, sobre nuestra naturaleza y sobre nuestros destinos, ha procedido á la filosofía por serlo esta inferior: la religión procede de la espontaneidad, la filosofía de la reflexión.

«La espontaneidad... es el fenómeno que da origen inmediatamente á la religión y que, indirectamente y por la reflexión que en ella se apoya, contiene y engendra la filosofía» (2).—La religión y la filosofía son, pues, los dos grandes hechos del pensamiento humano. Como la religión tiene por base la intuición espontánea; de la misma suerte la filosofía tiene por base la religión; pero sobre esta base se desarrolla de una manera original» (3).

Todo desarrollo intelectual comienza por un puro instinto, instinto moral y religioso, esencialmente confuso, carácter de la infancia del género humano, al decir de M. Saissset. «El instinto moral y religioso, dice, el instinto de lo divino, ha adquirido que hay de primordial en el hombre, lo que es anterior y superior á toda religión y á toda filosofía, lo que viene á ser el alimento y el asistido de toda creación religiosa y de toda especulación filosófica... Si el hombre se contentase con este instinto confuso, permanecería siempre estacionado en una forma infanzala, frustraría su destino y haría inútil el don más perfecto que Dios ha hecho á la criatura. Pero la Providencia ha dispuesto que este instinto moral y re-

(1) Es axioma de sólida filosofía, demostrado favorablemente por Santo Tomás, que ninguna idea puede concebir nuestro entendimiento sin la cooperación de los sentidos. Dada la verdad de este principio filosófico, que los antiguos expresaban con estas palabras: *Nihil extra intellecta quod prius non fuerit in sensu*, surge necesariamente que en el niño que acaba de nacer no es posible un conocimiento perfecto, ni aún siquiera la menor noción de idea más que una: La posibilidad con que el niño se forma algunas ideas generales demuestra tan solo que nuestra alma ha recibido en su creación el sello de las razones eternas y una participación de la verdad increada, según las frases del mismo Santo Tomás, en fuerza de lo cual, en raciocinio alguno y por un acto espontáneo de nuestro entendimiento, llegamos á conocer los primeros principios naturales de la verdad y del bien.

(N. del T.)

(2) M. Cousin, *Cours d'hist. de la phil.* IV leçon.
(3) *Ibid.* II leçon.

ligioso se desarrollase por su naturaleza con energía. El primer resultado de este desarrollo es lo que se llama una religión (1).

Y un poco más adelante: «La hipótesis de una religión perfecta, anterior á la civilización, no sufre un examen (¿Cuáles son los dogmas de esta religión? El Dios espiritual, único, inteligente, libre y bueno, que ama igualmente á todos los hombres. Pues bien: sabido es que antes del cristianismo no conocían los hombres á Dios; por todas partes no hallamos más que dioses nacionales y limitados. El mismo Jehová del mosaísmo es un dios local.)»

Si M. Saissset hubiese leído un poco más ó un poco mejor la Biblia, hubiérase persuadido que el Dios espiritual, único, inteligente, libre y bueno no es ciertamente una invención de la filosofía, y que el Jehová de los judíos era adorado como el Dios de todos los pueblos y de todas las criaturas.

Triste fortuna la de los sistemas, ó más bien, justo castigo de Dios. Esa orgullosa filosofía que creía llegar á enseñorearse del porvenir á imprimir su sello en el espíritu humano, vése hoy objeto de todos los desprecios que ella prodigaba á la religión.

La escuela materialista torna en moda sus pretensiones, sus ideas, sus procedimientos, su método... No es ya el hombre ignorante quien debe ser considerado como punto de partida de la historia humana; el salvaje mismo es para nosotros demasiado noble abyecto; la humanidad comienza por... el mono!

(Véase *Ibid.*, *Inocencia é integridad de Adán.*)

4.º *Peligro*, hablando del principio que la gracia no es diferente de la naturaleza y de la ley, enseñaba que el primer hombre había sido criado en el estado en que ahora nacemos. El estado sobrenatural, la integridad de la naturaleza son vanas palabras. Adán moraba en virtud de sus fuerzas naturales, y era, como nosotros, pasible y mortal.

2.º Lutero conviene en que Adán era justo, santo, feliz en el paraíso, pero que la justicia, la santidad, la felicidad lo eran debidas como apéndices necesarios de su naturaleza. «Este heresiarca, dice Moeller, parece haber puesto todo su empeño en contradecir á la Escuela en todos sus puntos. Contra los espeluznados que ven en la justicia primitiva un atributo accidental, enseñó que esta prerrogativa era propia de la naturaleza del hombre, que formaba una parte de su esencia, *essentia de natura, de essentia hominis*; y negando igualmente que se la fuese dada como un don sobrenatural, por la gracia, pretendió que era simplemente la obra de sus facultades naturales, el fruto de sus esfuerzos. El hombre todavía puro, decía él, poseía en la feliz condición de su origen

(1) M. Saissset, *Revue des deux Mondes*, Mars 1825.

todo lo que podía hacerle agradable á Dios. Por una virtud que le era propia, su cuerpo se hallaba en perfecta armonía con la razón, y todo su ser en relación íntima con el cielo. Sus facultades morales en especial, debían desarrollarse en el más alto grado; y sólo porque las poseía en su ser, tenía el conocimiento de Dios, el amor de Dios, la confianza en Dios, como también el por sí mismo y sin ningún auxilio sobrenatural, podía ponerse en relación con su Creador, cumplir la ley divina y practicar todas las virtudes» (1).

3.ª *Cálculo* y los demás jefes de la Reforma profesaron, en lo tocante á la justicia original, los mismos errores que Lutero.

4.ª *Bayo* no quería que se llamase gracia la integridad del primer hombre, por estar debida á la naturaleza *Insuper prima creatio non fuit indolata humanam naturam exaltata, sed naturalis eius conditio*. Esta proposición fué condenada por Pío V, Gregorio XIII y Urbano VIII.

(Véase *Ibid.*, *Paternidad de Adam*.)

Antes de responder á esta cuestión: *Utrum in statu innocentie fuisset generatio per coitum?* Santo Tomás hace notar que algunos doctores antiguos, preocupados únicamente por las miseria actuales y por los desórdenes de la concupiscencia, creyeron que en el estado de inocencia no debía hacerse la generación por el comercio carnal del hombre y de la mujer. Con que prodigio hubiera puesto en relación la divina omnipotencia las fuerzas activa y pasiva de la generación? Esto no lo dice; si aquí en qué términos expone Santo Tomás esta opinión. «Quidam antiquorum doctorum considerantes concupiscentie fertilitatem, que invenitur in coitu in isto statu, pessuerunt quod in statu innocentie non fuisset generatio per coitum. Unde Gregorius Nisenus dicit in lib. quem fecit de homine, quod in paradiso niter fuisset multiplicatum genus humanum, sicut multiplicati sunt angeli ab ipso convulso; per operationem divine virtutis. Et dicit quod Deus ante peccatum fecit masculinum et feminam, respiciens ad modum generationis, qui futurus erat post peccatum, cuius Deus prescius erat.»

El angélico doctor afirma con todo aplomo que esta opinión carece de fundamento: «Sed hoc nos dicitur rationabiliter.» La razón que da es, por estar en contradicción formal con la naturaleza. Las fuerzas activa y pasiva deben concurrir por su unión física á la generación; esta es la ley. En el estado de inocencia esta ley hubiera tenido su natural cumplimiento sin los desórdenes de la concupiscencia que entonces no había. *Sine ardore et illecebroso stimulo, cum tranquillitate anime et corporis*, como lo enseña S. Agustín. (Lib. XIV *De civitate Dei*, cap. XXVI, ante med.)

(1) *Synablogue*, livre I, chap. 15, 2

IV.—CONFERENCIA XXVII. (Véase la primera parte.—*Existencia, pecado, acción de los demonios*.)

1.ª El racionalismo, renovando el error de los epicúreos y subsecuo, niega la existencia de los espíritus superiores: no quiere ver en los ángeles buenos más que una personificación del bien, ni en los demonios, más que una personificación del mal. Satanás es un ser de pura fantasía, una tierra simbólica de que se ha servido la imaginación de los pueblos para pintar el mal cual lo veía. La Edad Media, nacida por las leyendas y afligida por el espectáculo de los monjes disolutos, «ad saña jamás, pintando la figura del demonio, de lo grotesco y fantástico. Para los miniaturistas, Satanás fué siempre una especie de arlequín burlesco, tapado con un capuchón y cubierto con una carota deforme, o bien, una vision aérea, una especie de diablo ambulante por el espacio; cosa que no carece de cierta originalidad, pero que nada tiene que ver para el sentimentalismo moral.»

Así habla M. Renan en sus *Etudes d'histoire religieuse* en que da valor al cuadro de Ary Scheffer; *La tentation du Christ*.

Más adelante dice: «Los símbolos no significan sino lo que se quiere que signifiquen. El mal no existiría en el mundo si al artista se le permitiera representarlo como un personaje mitológico y una excelente ficción. Entre todos los seres malditos á los cuales la tolerancia de nuestro siglo ha levantado de su anatema, Satanás es sin contradicción á quien mejor le ha ido con el progreso de las leyes y de la civilización universal. Poco á poco se fué diluendo en su largo viaje desde la Persia hasta nosotros, y ya no tiene nada de la malignidad de Ahriman. La Edad Media, que no daba oídos á la tolerancia, se complació en hacerlo feo, pícaro, atormentado, y para colmo de desgracia, ridiculo. Milton comprendió, por fin, esta pobre calamidad, y comenzó la metamorfosis que la alta imparcialidad de nuestros tiempos felizmente habia de acabar. Un siglo como el nuestro, tan fecundo en rehabilitaciones de todas clases, no podía escarcar de razones para excusar á un revolucionario mal afortunado á quien la necesidad de acción lanzó á empresas atrevidas. Para atenuar su falta, bien podría hacerse valer una multitud de motivos que no tenemos derecho á juzgar con severidad; pero yo prefiero atribuir nuestra tolerancia á una causa mejor, y suponer que si nos hemos hecho indulgentes con Satanás, es porque Satanás ha dejado una parte de su malicia, y no es ya ese genio feroz objeto de tantos odios y errores. El mal es evidentemente menos grande en nuestros días que en otro tiempo, y nuestra misma tolerancia, que es la mejor prueba de que el bien ha triunfado» (Ernest. Renan. *Etudes d'histoire religieuse. La tentation du Christ*.)

M. Renan se las toma luego á placer con el demonio y con la creencia religiosa de los pueblos. Cuando quería la Edad

Mejor pintar los vicios de que era testigo, no carecía de figuras originales y raras; pero estas figuras jamás debían ser confundidas con aquellas de que los artistas se servían para representar el género del mal. Su intención no era seguramente dar un cuerpo al que es espíritu; sino que se contentaban con simbolizar hechos. Expressaban una doctrina y representaban un ser real y viviente. (Con qué rasgos conviene mejor representar este ser? Esta es cuestión de gusto; pero cualquiera que sea la imagen, sería de mentir la creencia de los pueblos cristianos no ver en ella más que la pura alegoría de un ser de razón.

2. Los maniqueos enseñaban que los demonios son malos por naturaleza. Esta era una consecuencia de su teoría sobre los dos principios del bien y del mal. El demonio criado por un principio eternamente y esencialmente malo, no puede menos de ser malo por su naturaleza. Santo Tomás los rebate en su *Tratado de los ángeles* (*Summ. Theol.*, I part. quest. 63, a. 4.º): «*En sé, en cuanto es y tiene alguna naturaleza, siendo naturalmente al bien, como que procede de un principio bueno; porque el efecto representa siempre su principio. Acontece que á un bien particular vaya unido un mal, como si luego le acompaña la propiedad de consumir; mas al bien universal ningún mal puede ir unido. Por esto, si hay alguna cosa cuya naturaleza se ordene á un bien particular, puede naturalmente tender á algún mal, no en cuanto mal sino por accidens, en cuanto que está unido á un bien. Pero si hay alguna cosa cuya naturaleza se ordene á un bien según la razón de bien, ésta, según su naturaleza, no puede tender á un mal. Pues bien: está claro que cada naturaleza intelectual está ordenada á un bien universal, que ella puede aprender y que es objeto de la voluntad; por lo tanto, siendo los demonios criaturas espirituales, de ninguna manera pueden tener inclinación natural á mal alguno, de donde se sigue que no pueden ser naturalmente malos. — (Omne quod est, in quantum est, et naturam habet aliquam, in bonum aliquid naturaliter tendit, utpote ex principio bono existens: quia semper effectus convertitur in suum principium. Contingit, autem aliquid bono particulari, aliquod malo esse adiunctum; si autem conjungitur hoc natura, quod est, esse unum simpliciter aliorum. Sed bono universali nullum malum potest esse adiunctum. Si ergo aliquid sit, cuius natura quidem ordinatur in aliquid bonum particulare, potest naturaliter tendere, in aliquid malum, non in quantum malum, sed per accidens, in quantum est conjunctum eidem bono. Si vero aliquid sit, cuius natura ordinatur in aliquid bonum secundum communem boni rationem, hoc secundum suam naturam non potest tendere in aliquid malum. Manifestum est autem, quod quislibet natura intellectualis habet ordinem in bonum universale, quod potest apprehendere, et quod est objectum voluntatis. Unde cum demones sint substantie intellectuales,*

nullo modo possunt habere inclinationem naturalem in aliquid quodcumque malum. Et ideo non possunt esse naturaliter mali.»

Si los demonios no son naturalmente malos, al mal de ellos es efecto únicamente de su voluntad, y sería pasajero, si no fuera la obstinación que en él los fija y profesora.

3.º A mediados del siglo XIII algunos profesores de la Universidad de París enseñaron un cierto número de proposiciones malsonantes que fueron censuradas por el obispo Guillermo.

Una de ellas decía que los ángeles habían pecado en el primer instante de su creación. Santo Tomás la refuta en su *Suma teológica* (I parte, quest. 63, art. 5.º).

4.º Orígenes creyó que la voluntad de las criaturas, á causa de la flexibilidad natural del libre albedrío, no podía jamás estar fija ni en el bien ni en el mal.

Sólo exceptuó el alma de Cristo por su union con el Verbo.

(lib. I, *Perierch*, cap. VI.)

«Esta afirmación, dice Santo Tomás, repugna á la verdad de la bienaventuranza de los santos ángeles y de los hombres, los cuales no pueden ser verdaderamente dichosos sin la estabilidad sempiterna que es de esencia de la bienaventuranza. Repugna además á la autoridad de la sagrada Escritura... Por eso es preciso desecharla como errónea y creer firmemente la doctrina católica que nos enseña que la voluntad de los ángeles buenos está confirmada en el bien, y la voluntad de los demonios obstinada en el mal. El ángel goza de un tan perfecto empujamiento, que desde el primer acto fija su voluntad de una manera inmovible.

«In eo positio tollit veritatem baptismi á sanctis angelis, et hominibus: quia stabilitas sempiterna est de ratione veris beatitudinis. Unde et vita eterna nominatur. Repugnat etiam auctoritati Scripturas sacre que demones, et homines malos in supplicium eternum mittendos, bonos autem in vitam eternam transfrendos pronunciat. Unde hec positio est tanquam erronea reputanda: et tenendam est firmiter secundum fidem catholicam, quod voluntas demonum obstinata est in malo... Angelis apprehendit apprehensibilis prima intellectus: sicut et nos immobilitate apprehendimus per intellectum: quorum est intellectus homo vero per rationem apprehendit mobiliter, discurrendo de uno ad aliud, habens viam procedendi ad utrumque oppositum. Unde et voluntas hominis adheret alieni mobili, quasi potens etiam ab eo decedere, et contrario adherere, voluntas autem angelis adheret fixe, et immobilitate. Et ideo si consideretur angelus adhesionem, potest libere adherere, et hinc et opposito, in his, scilicet, que non est naturaliter unit. Sed postquam iam adheret, immobilitate adheret.» (*Summ. Theol.* 64, a. 2.)

5.º Becker, ministro protestante, en su libro *Le Monde*

enchanté, ha intentado probar que los espíritus no pueden obrar sobre los cuerpos; que todo lo que se dice de sus apariciones, operaciones y posesiones, es inventado por la imaginación en delirio ó por la impostura que trabaja para engañar la ignorancia. El demonio, desde su caída, está encerrado en los infiernos de donde no puede salir para atormentar ó tentar á los hombres. La tentación del paraíso es, pues, según él, una pura fábula. Becker, condenado por el consistorio de Amsterdam y privado de sus funciones, fue convalidado aún por muchos protestantes, los cuales le hicieron ver que borra el sentido de la Escritura para acomodarlo á su sistema; que acabada de imponerse á los personajes más respetables, y en fin, que sus principios, en cuanto á la infidencia de los espíritus sobre los cuerpos, iban directamente al materialismo. Esto, no obstante, no impidió que Becker fuese invitado y defensor en Holanda y Alemania.

Los filósofos espiritistas de nuestros días son del parecer de este protestante. Rechazan como fábulas todo lo que la Iglesia enseña sobre la acción de los demonios en los cuerpos, y sin embargo, admiten la acción del alma que es espíritu, en el cuerpo humano. Singular contradicción.

Of. Bérurier, *Diccion. Theolog.* art. *Demonio*.

Véase 2.ª parte (*Tentación y caída del hombre*).

1.º Parlando de este principio, que entre los orientales era costumbre enseñar por medio de figuras, algunos comentaristas entienden en un sentido alegórico todo lo que en la Escritura se cuenta del paraíso y de la tentación de nuestros primeros padres.

«Quién puede creer, dice *Origenes*, que Dios, como si fuera un jardinero, haya plantado un jardín y colocado en él un árbol de vida: que comiendo del fruto de un árbol pudiera adquirirse el conocimiento del bien y del mal; que Dios se pasase por ese jardín, y que Adán, para evitar su vista, se escondiese! No se puede dudar que todas estas cosas deben tomarse como figuras y no á la letra.»

Según *Filon*, exponiendo la doctrina de los *Escenos*, el Edevo es un jardín espiritual; Adán es el espíritu, Eva la carne, la serpiente el placer. Por la carne, el placer de los sentidos engañó al espíritu, el hombre se hizo criminal y perdió su inocencia y su felicidad.

Cristianos los hallado que se creen espíritus fuertes, á quienes la interpretación literal de la narración bíblica de la caída del hombre hace sonreír. La verdadera interpretación piensan haberla adivinado ellos. Nada de serpiente, nada de árbol, nada de diálogo, nada de promesa, nada de seducción. El objeto de la prueba era simplemente la privación de las relaciones sensuales entre el hombre y la mujer por cierto espacio de tiempo. El maligno pensamiento de traspasar el término señalado por Dios penetró en el corazón de Eva

como una serpiente. Eva se dejó á su marido, y la desobediencia fué consumada. He ahí todo el misterio.

Verdaderamente es necesario no haber leído la Escritura para imaginarse tan descabellada explicación. De tal manera están precisados los detalles de la narración mosaica, que es imposible no ver en cada uno de ellos una realidad. Hasta en las más antiguas tradiciones se echan de ver esos detalles, más ó menos desfigurados. En todas partes se encuentran sus leyendas paradisíacas.

(Véase Döllinger, *Paganisme et Judaisme*.)

Los *Parais* nos representan la tierra exenta de todo mal bajo el reinado feliz de *Jama*, hijo de *Vivanghant*. No había entonces ni variación de temperatura, ni tinieblas, ni muerte. En un paraíso construido por órden de Ormuz, los hombres, al abrigo de la corrupción, llevaban una vida deliciosa.

Entre los *Indes*, el monte *Merou*, con su jardín magnífico bañado por cuatro ríos, es la morada de *Shiva* y de *Indra*, la cual frecuentan los espíritus bienaventurados, alimentados del árbol de inmortalidad.

Los *Chinos* conservan la misma tradición de un jardín en que brota la fuente de inmortalidad dividida en cuatro ríos. De este paraíso ha salido la vida.

El paraíso de los *Egipcios* es una isla en que nació Osiris, que la habitó con Isis, su hermana y su mujer.

El *Edén* de los *Germanos* nos describe la edad de oro durante la cual los hombres inocentes viven en un íntimo comercio con los dioses.

Esta edad de oro se halla entre los *Mejicanos*, la cual es contemporánea de su primer padre Quetzalcoatl. Resido y los poetas latinos Ovidio, Virgilio, Javental, Tibulo y Lucrécio la han descrito. En esta edad no hay dolores ni decepción. La naturaleza se muestra festiva, y prodiga sus bienes sin cultivo: el hombre, querido de los dioses, domina todas las criaturas.

El árbol de la vida se encuentra, lo mismo que el paraíso, en el origen de las antiguas teogonías. Este es el *Par-Lo* de los *Chinos* que da á *Za-Kya* la suprema bienaventuranza, después de haberla contemplado durante siete días; el *Homa* indio cuya juventud es eterna; el que una vez ha gustado de su fruto no muere jamás; la *ambrosia* de Homero y de Hesíodo, el *Nepentes* de la mitología, que tenía el poder de transmitir la inmortalidad.

Junto al árbol de la vida vemos también el árbol de la ciencia del bien y del mal, y la serpiente.

La serpiente es el *Ahriman* de los *Persas*, que envidioso de la dicha de *Meschia* y *Meschiata*, el primer hombre y la primera mujer, se presenta á ellos bajo la forma de una colubra y les ofrece un fruto envenenado; el *Tyfon* de los *Egipcios*, serpiente alada (*anguipeñen atatis humeris typhosa fu-*

rentem) que llena de males la mar y la tierra; el *Tch-eou*, dragon gobernador de los Chinos, primer autor de la revuelta de la tierra contra el cielo; el *hijo de Loke*, de los Escandinavos, serpiente enorme que rodea el mundo y lo penetra da su veneno; el *Python* de los Griegos, destructor de la vida. En las tradiciones japonesas le serpiente está enroscada en un arbol. Los monumentos mejicanos representan al primer hombre y a la primera mujer separados por un arbol: la mujer *Cihuatl-ohualtí* tiene frutos en su mano. Segun los Mongoles el *Sekimo*, planta blanca y dulce, como el azúcar, sedujo al hombre, el cual consumió su desdicha comiendo de ella. En fin, la mitología griega nos representa á *Pandora*, mujer virgen del gran culpable *Prometeo*, derramando todos los males sobre la tierra.

Si juntamos todos estos recuerdos tradicionales, no nos será difícil formar una narración de la caída del hombre semejante á la de la Escritura. En nuestra conferencia hemos probado que todas los detalles de la narración bíblica, tomados á la letra, son perfectamente razonables. *Cayetano* interpreta, sin embargo, en un sentido metafísico la presencia y la acción de la serpiente, cuyas astucias y discursos no son otra cosa que sugerencias. Esta interpretación es contraria á la opinión de Santo Tomás que dice, que el alma de nuestros primeros padres estaba cerrada á las sugerencias interiores del demonio. Algunos teólogos han clamado vivamente contra la explicación de *Cayetano*; pero, á pesar de esto, la Iglesia no la ha censurado.

Cf. *Hettinger, Apología del Cristianismo*, tom. II, cap. VI, adiciones.)

Darraz, Histoire générale de l'Église, 1.^{re} époque, chap. III, *Paradis terrestre*. Aug. Nicolás. *Études philosophiques sur le Christianisme*, lib. II, chap. IV.

2.^o—*M. Janet*, en un artículo titulado *Philosophie et religion* (*Revue des deux Mondes*, 15 Mai 1870) nos reprocha de explicar la caída por la concupiscencia y la concupiscencia por la caída.

«¿Cómo fué posible el pecado original, dice él, sin tentación, sin pasiones, es decir, sin vicios? Fué el orgullo, dicen, la curiosidad indiscreta; el espíritu de rebelión; la desobediencia del hombre con la mujer. Pero ¿qué es todo esto sino la concupiscencia? La concupiscencia, que se considera como una de las consecuencias del pecado, es en realidad su origen; ella es la que lo explica en lugar de ser explicada por él.»

No es necesario recurrir á la concupiscencia para explicar la caída original. *Berti*, en su grande obra *De Theod. Disputo*, expone esta objeción que *Mr. Janet* toma de los pelagianos: «Eva desoó comer del fruto prohibido; esto desoó es la concupiscencia; luego la concupiscencia fué antes que la prevaricación.» Y el mismo teólogo responde: «La mala ve-

luntad que movió á Eva á comer la manzana de la serpiente, precedió á la concupiscencia; la mala concupiscencia que la llevó á desoár el fruto prohibido, fué efecto de la mala voluntad. Esto mismo es el argumento que San Agustín opone á los pelagianos.—Última objeción alóltre respondiendo precisamente en Eva malum voluntatem; qua serpenti sub dolo credideret et consentiam malam concupiscenciam, qua illo inhiaret dilecto.» (San Aug., Lib. IV, *Opera imp.*, cap. LVII.)

(Cf. *Berti, De Theod. disputis*, lib. XII, cap. XIII. Meric, *opuscule Raison et Foi*.)

V.—CONFERENCIA XXVIII. (Véase la primera y segunda parte.)—*Existencia y naturaleza del pecado original.*

Los pelagianos, de quienes hemos hablado varias veces y expuesto los errores (véase de las conferencias 18.^a, 23.^a, 24.^a, y 25.^a), no reconociendo el estado sobrenatural ni admitiendo siquiera la integridad primitiva de la naturaleza humana, negaban consiguientemente la existencia del pecado original. «El hombre, segun su doctrina, nace libre de toda mancha, y los niños que mueren sin bautismo tienen derecho, en virtud de su inocencia, á la vida eterna. La concupiscencia no es en el estado presente un señal de caída, sino una condición normal de la naturaleza y un medio de prueba. Las dificultades de la vida no son castigos del pecado, sino puras penitencias que tienen por objeto ejercitar nuestra paciencia. La muerte es el accidente fatal con que en todo estado debe terminarse la vida humana.—Ya hemos contado las encarnizadas luchas que los doctores del siglo V, y en especial S. Agustín, sostuvieron contra el pelagianismo, como tambien las definiciones de los concilios que condenaron esta herejía. El concilio de Trento lo resumió todo, doctrina de los doctores y definiciones de los concilios, en los cánones que al principio de esta conferencia hemos citado.

2.^o El pelagianismo fué el precursor de esa universal herejía que desecha todos los dogmas de la revelación, para ensalzar la naturaleza y atribuírle el poder de conocer toda verdad y de obrar todo bien por sus propias fuerzas.

El racionalismo rechaza con indignación el dogma de la caída. El homo hebreo no nace degradado y pecador. Las debilidades y tentaciones que así el se notan al mal, son el resultado de la composición de su naturaleza y deben servirle de prueba y de ejercicio.

«Esta doctrina de la felesía, dice Strauss, que hace reocer las consecuencias del pecado de Adán sobre toda la posteridad, tiene algo de tan repugnante para el sentimiento y para la razón, que ha merecido ser á su debido tiempo combatida.

«Que tenía, sino, de tan extraño é inesperado, el pecado del primer hombre para que transformase todo la economía primitiva del plan divino? El hombre habia sido hecho de tal condición, que podia pecar ó no pecar. Pecando obraba,

es cierto, cual no debía, pero cual podía obrar. ¿Por qué había de perder la libertad recibida de querer ó no querer? Y si es cierto que Adán, haciendo uso de su libertad, no merecía con justicia su desgracia personal, ¿tanto menos arrastrar toda su raza al abismo, y esto por una eternidad! ¿Qué diría la justa razón de la conducta de un príncipe que por castigar á un rebelde, aumentase en sí y en sus descendientes la propensión á las rebeliones?... ¿Cuál jamás la concebido la idea de hacer pesar sobre una conciencia inocente la responsabilidad de una culpa ajena? Lo que se debe, pues, decir es, que el estado de perfección primitiva de que hubiera gozado Adán, como también su caída y su postración, no son más que ficciones y mitos imaginados para explicar el origen del mal en la humanidad y no en la pareja primitiva, de la cual ignoramos hasta la existencia» (1).

Extraña manera de juzgar una doctrina, colocarse en un punto de vista opuesto al de aquel que la enseña. Si Adán hubiese sido criado con el poder puro y simple de pecar ó no pecar, sin una gracia que elevase su naturaleza á un estado superior, no habría efectivamente transición de un estado á otro, y por consiguiente, nada de decadencia; mas para entender el dogma del pecado original, es preciso partir de la idea de la justicia primitiva según la hemos definido. Que esta justicia sea una ficción, es lo que falta probar. La escuela eclesiótica francesa se expresa casi lo mismo que el racionalismo alemán. «¿Qué es el dolor? dice Mr. Damiron. ¿Es, como creeo Mr. le Maistre, la consecuencia y el castigo del pecado original? Efectivamente, si se admite con él el pecado original; pero admitir el pecado original es admitir un misterio, esto es, una cosa inexplicable é incomprensible. Y viniendo al pecado original, si se toma en todo el rigor del sentido místico, es un objeto de fe que lo crea quien pueda, pero no un hecho científico, y el filósofo que lo da por base á su sistema no establece sino un sistema ruinoso; porque, en último resultado, véase reducida á scilicet que el hijo es culpable del crimen de su padre, lo cual no se le pueda conceder con razones (*Essai sur le histoire de la philosophie au XIX siècle*, tom. I, p. 242).

«El dogma del pecado original no espantaría al colectivismo, si en lugar de un misterio hallase en él un pensamiento de alta filosofía; si el conocimiento de una fuerza creada, no culpable sino imperfecta, no mala sino defectible, tendría por objeto, no la explicación sino la prueba, no el castigo sino el ejercicio.» (Ibid. Introd., p. XI-27).

Es decir que la Iglesia debería cambiar la idea que Dios

(1) Giambenedetti II, p. 52, citado por Hettlinger. *Apología del cristianismo*.

le ha dado del hombre primitivo por la que se ha formado Mr. Damiron.

Mr. Janet, en un artículo vigorosamente refutado por el abate Meric (Opu. *Raisons et Foi*, 1890), repite las recriminaciones de Strauss.—«Comprendo, dice, el silencio, la humillación del espíritu y del alma ante los problemas insolubles. Comprendo la imperiosa necesidad de esperar y de creer, aceptando el imposible, por no decir más; pero presentarnos este imposible como la luz, es pedirnos más de lo que puede conceder un espíritu libre que sin gustarle la rebelión, no pueda, sin embargo, sin abdicar, hacer renuncia de todos los derechos de la conciencia y del buen sentido.—Pues bien; este imposible que Mr. Janet repugna, son los principales dogmas del cristianismo: la trinidad, la predestinación, la gracia, y sobre todo, el pecado original.

Este pecado rebaja á sus ojos la idea de justicia y desconcierta su creencia sobre la responsabilidad. Escuchémoslo.—«En cuanto á esa justicia que castiga á los inocentes y declara culpable al que aún no ha obrado, es la *cecidetta* bíblica, no la justicia de los hombres juiciosos. No es esta la verdadera idea que yo tengo de la justicia. Sobre este punto estoy que también nosotros tenemos una fe, una fe tan firme como la vuestra.» Y en otra parte.—«Si la responsabilidad depende de la libertad, ¿cómo puedo ser yo responsable de una acción que no solamente no hice libremente, sino que de ninguna manera podía hacer?»

«A menos de admitir la preexistencia de las almas ó una especie de panteísmo humanitario, ¿cómo comprender esta expresión teológica, que todos los hombres han pecado en Adán? Si yo puedo ser responsable de un pecado que se me ha transmitido por una acción á la cual no pude contribuir voluntariamente, porque en nada contribuí á mi nacimiento, ¿por qué no he de ser yo responsable, según las ideas del materialismo, de las fatalidades de mi cerebro y de los impulsos de mi vicaria organización?»

«Esta es, de una y otra parte, reemplazar la responsabilidad moral por la responsabilidad física; de una y otra parte el reino de la fatalidad.»

Si Mr. Janet quisiese estudiar seriamente la esencia del pecado original, la ley de herencia y la solidaridad que ésta encierra y que él sózadamente acepta en la apreciación de los hechos particulares de que todos los días es testigo, quizá comprendería cómo han pecado todos los hombres en Adán.

Por las citas anteriores se ve que los racionalistas, para desear la doctrina de la Iglesia, le atribuyen errores que jamás ella enseñó; á saber: que el hombre partió por el pecado en libertad que había recibido de querer ó no querer; que Dios, por castigar al primer rebelde, aumentó en él y en sus descendientes la propensión á las rebeliones; que hace pesar

sobre una conciencia inocente la responsabilidad de una culpa ajena; que el hombre es criado culpable y malo, y que es responsable de la acción de otro, como si fuese cómplice de ella, aunque nada haya contribuido. Para contestar á estas afirmaciones basta recordar las explicaciones que ya hemos dado. Toda la cuestión entre el racionalismo y la Iglesia se reduce á un hecho que es preciso aceptar ó rechazar. ¿Fue criado el hombre en un estado de inocencia y de justicia sobrenaturales de donde dimanaban los privilegios de la infancia? Si es cierto, no hallamos manifiestamente caídos. Si no es cierto, estamos de acuerdo con el racionalismo, pues que hemos admitido la posibilidad de la pura naturaleza. Pero nosotros tenemos una historia divina apoyada por la tradición universal.

Esta historia declara admirablemente nuestro actual estado. El racionalismo está reducido á suposiciones en desacuerdo con la enseñanza tradicional. Estas suposiciones, en lugar de darnos luz, hacen más tenebrosos y más difícil de resolver el problema de nuestras miserias. No hay nada de espíritu recto que no se decida por la historia divina si quiere reflexionar seriamente.

La informal lógica del error ha convido el racionalismo hasta unas afirmaciones que repugnan al sentido moral. Según Fourier y su escuela, «el hombre está dotado, por naturaleza, de una tan perfecta bondad, que todas sus pasiones son puras y santas y quedan derecho á su libre desenvolvitura. El deber de los hombres públicos consista en armonizarlas para hacer de la tierra un Eden.»—La aberración del espíritu de esta teoría merecería compasión si no hubiera necesidad de refutarla con el desprecio.

Una nueva escuela, poco contenta con las soluciones dadas al problema de nuestra miseria por el colectivismo y el furberismo, ha resucitado el antiguo error de la preexistencia de las almas. Platón había profesado este error para explicar las ideas innatas, Orígenes lo enseñó como el; pero otros filósofos se sirvieron de esto mismo para dar cuenta del origen de nuestros errores, de nuestras flaquezas, de nuestras debilidades. Cicerón, en su *Hortensius*, hace alusión á esta singular doctrina. «Los errores y las calamidades de la vida humana, escribe, hicieron decir á los antiguos tales, ó intérpretes encargados de explicar á los iniciados los misterios divinos, que nosotros no hablamos nacido en este estado de miseria sino para expiar algún gran crimen cometido en una vida superior; y me parece que also han visto de verdad en este punto. — *Ex quibus humanae vite errantibus et arduis, si, ut uiderunt, peteres illi dice nates, non in seceris iniquique tradendis diuinae mentis interpretis, qui nos ad aliqua scelera suscepta in uita superioris peccatum, Luendarium causa nates esse dixerunt, aliquid uideretur.*»

Mr. Juan Ruyssant (*Terre et Ciel*), Mr. Pedro Leroux (*Idé y Humanité*), y el helva Lorenzo (*de Christianismo*) van arrojados cuando nos presentan como una novedad esta antienfática de las primeras escuelas. Ellos reconocen altamente la degradación de la humanidad, pero la explican con una teoría inadmisibles. «Esta teoría, en efecto, dice Mr. Laforet, es contraria á la observación y á la razón, y sobre esto, inmorales. Es contraria á la observación, porque nadie hay que se acuerde de haber existido y pecado en una vida anterior. Es contraria á la razón, porque si somos castigados en esta vida por faltas cometidas en otro tiempo, esto evidentemente debe ser para expiarlas y corregirnos; mas cómo corregirnos de lo que no nos acordamos? Es inhumano, porque conduce á esta consecuencia, que no debemos temer dolor de la desgracia por ser un muy justo castigo, y que es preciso adorar los malos resultados por ser una muy justa recompensa.»

(Dr. Laforet, *les dogmas catholiques*, tom. II, livr. IX, chap. V.)

3.ª La doctrina del protestantismo sobre el pecado original es el reverso de la que acabamos de exponer. El protestantismo no solamente admite la existencia del pecado original, sino que la presenta como un desorden monstruoso que protesta contra las perfecciones divinas. «Es aquí toda la doctrina protestante, dice Mosnier. El pecado original cambió fundamentalmente la naturaleza humana: principio negativo y positivo á la vez, destruyó las facultades religiosas y morales para sustituirlas por una esencia mala: arrebató la razón superior y el libre albedrío del fondo de nuestro ser espiritual, é hizo de la ciega y brutal concupiscencia una parte integrante de nosotros mismos: en lugar de la imagen de Dios imprimió profundamente en nuestras almas la imagen de Satanás.» (*Symbolique*, liv. I, chap. 2.ª § 6.ª) Así tenía que ser, pues que, según Lutero, la justicia original no era un don sobrenatural, sino una cualidad esencial á la naturaleza, que consistió en la facultad de conocer y amar á Dios. Desvirtuada la justicia de esta manera concebida, ya no queda más que una radical impotencia de la razón y de la voluntad para el conocimiento y para el amor. El hombre peca toda una vida libertad para las cosas de este mundo, pero, según el formulario de la Reforma, ya no es más que un pedazo de sal, un tronco, una piedra, una estatua sin vida, que no puede hacer uso de sus ojos, de su boca, de sus sentidos, de su corazón, siempre que se trata de cosas espirituales y divinas concernientes á la salvación. *An spiritalibus et diuinis rebus, que ad anime salutem spectant, homo est inerte statua salis, uno similibus tronco et lapide, ac statua sicut carens, que non ullorum sensuum cordisue usum habet.* (Declar., art. 1, pá. 544.)

La apología de la confesión de Augsburgo enseña que el

hombre está enteramente privado del libre albedrío en las cosas espirituales: *Libero arbitrio in rebus spiritualibus omnino destituta est humana voluntas.*

Hay que decir, pues, con *Melancthon*, que las virtudes de los gentiles son verdaderos vicios, frutos de un árbol maldito: *Virtutes gentium vera vitia et arbore maledicta fructus.* (Loc. theol., ed. princ. 15, 21. fol. 16, ad C.)

Es una palabra, el pecado no es un accidente del hombre humano, es su misma esencia. *An non sicut ponis justitiam non fuisse de essentia hominis, ita sequitur peccatum, quod succedit, non esse de essentia hominis?* dice Lutero, argumentando contra los católicos. *Mortis de illa va* más lejos aún. El pecado original, según él, es una corrupción de la sustancia misma del alma racional.

Cabino, en sus *Institutiones* tergiversa: unas veces conviene con Lutero, diciendo que el hombre no es más que un *porro* racional, otras reconoce en el algún resto de fuerza religiosa y moral. Peto en su libro III es evidente que considera la concupiscencia como un pecado.

Victorino Strigel, queriendo moderar los principios de la Reforma y reconocer en el hombre una cierta aptitud y capacidad para las cosas espirituales *Modum agendi, Capacitatem aptitudinem* hizo se el blanco de la colera de los protestantes rigurosos.

El libro de la concordia condenó su doctrina en estos términos: *Repugnantur qui dicunt hominem ex initia sua origine adhuc aliquid boni, quantum tunc cumque erit, et quam exiguum atque tenui sit, reliquam hominis capacitatem videlicet et aptitudinem et vera aliquam in rebus spiritualibus.* (Lib. de clar., 1. de lib. arbit. §. 21.)

Por sus exageraciones el protestantismo arroja al hombre en brazos de la inutilidad y hace de Dios un tirano. El pecado original, esencia del hombre, es una resurrección del principio malo de los maniqueos.

(Cf. Laforet, *les dogmes catholiques*, tom. II, liv. IX, chap. IV.)

El protestantismo moderno ha roto con las exageraciones de sus padres. Con Mr. Guizot se acerca bastante a la idea ortodoxa del pecado original: con Mr. Guizot el caso en el naturalismo puro. Para éste el pecado original no es más que una quimera, un dogma bíblico. «Un error tan contrario al Evangelio como a la conciencia y a la razón.»

(Cf. Atanasio Coquerel, *un dogme nouveau, sermon prêché dans le temple de l'oratoire le 12 nov. 1854*, Paris, Joël Cherbulhé.)

A. Bayo, cuya historia hemos contado y expuesto en los *errores* (Índice de las Conferencias 23 y 24), está de acuerdo con Lutero sobre este principio, que la justicia original es esencial al hombre, y la llama *natural* en la proposición siguiente: *Falsa est doctorum sententia, primum hominem po-*

tius a Deo creari et institui sine justitia naturali. Esto ha hecho decir a Claudio Montaigne que Bayo es pelagiano en lo que toca al estado primitivo del hombre, y de hecho para los protestantes el bayonismo y el pelagianismo tienen un mismo punto de partida que es la naturaleza. Pero Pelagio niega resueltamente el pecado original: según él, la naturaleza ha quedado cual estaba al principio. Lutero y Bayo admiten la caída de la humanidad y de ahí la inevitable consecuencia de que la naturaleza sufre una alteración en su esencia misma. No hay, pues, que extrañarse de oír decir a Bayo, como los apologistas de la confesión de Augsburgo, que el libre albedrío es incapaz de evitar el pecado: *Pelagianus est error docere, quod liberum arbitrium, ceteris, ad illius peccatum vitandam: como también Melancthon, que todos los vicios de los infieles son pecados, y de las virtudes de los filósofos, vicia: omnia opera infidelium sunt peccata, et philosophorum virtutes sunt vitia.* (Propositiones damnatae a Pio V, Greg. XIII, et Urban. VIII.)

5.º En nuestros días, un teólogo católico alemán, *Hermes*, profesor sucesivamente en las universidades de Munster y de Bonn, al reñir a los adversarios del catolicismo Kant y Fichte, avanzó un cierto número de proposiciones que fueron vivamente contestadas y le hicieron ser acusado de herejía. Protegido por el conde Spiegel, arzobispo de Coloma, y celosamente defendido por sus discípulos, se sostuvo firme en la heresia y murió en Bonn el año 1881 en posesión de su cátedra. Sus discípulos formaron una escuela llamada *Hermesianismo*. En una obra del maestro, la *dogmatica christiana catholica* (Christ-Hatholische dogmatik) que ellos hicieron imprimir en Munster en 1834, se nota esta proposición: «A mi pesar, el pecado original consiste en la *sensualidad desordenada*: si esta palabra no fuese suficiente, substituyáse por una *corrupción desconocida de la naturaleza*» (Pág. 174.) Mis arriba afirma el autor que el pecado original consistió con una desproporción hereditaria y desordenada entre la razón y la sensualidad.» (Pág. 163.) Esto es, inclinarse al protestantismo, que coloca el pecado original en la concupiscencia, y ponerse en contradicción con el concilio de Trento.

6.º En nuestra primera parte nos hemos abstenido de citar otras varias opiniones erróneas y los nombres de sus autores.

Pighi y *Ularino* enseñaron que el pecado original no era otra cosa que la imputación puramente exterior del pecado actual de Adán. *Roffens*, *Allisodoro* y *Durando* afirman que este pecado consiste *in reatu peccati*.

Gregorio de Riez, *Richard*, *Henri* y algunos antiguos, creyeron que la degradación de la naturaleza era una enfermedad debida a la trasmisión de un virus morbífico mezclado en los gérmenes activos de la generación. Esta opinión alian-

donada de las escuelas, parece haber sido resucitada por Leibnitz, Wolf y Causse, los cuales han imaginado unos animalillos como impregnados del pecado de nuestro primer padre, descendiendo de una á otra generacion; y por Dur-Vivier que atribuye la propagacion del pecado original á una cadena no interrumpida de corpúsculos elaborados desde el principio.

(Véase la tercera parte.) *Transmision del pecado original.*

1.º Los pelagianos estrechados por los doctores católicos que les oponian la tradicion de la Iglesia sobre el pecado original, recurrieron á un subterfugio que ya hemos indicado al principio de esta parte de nuestra conferencia. Á las palabras de San Pablo que afirma haber entrado por un solo hombre el pecado en el mundo, responden que efectivamente así es; pero las interpretan diciendo que Adán nos dió el ejemplo, que nosotros hacemos como él, y por lo tanto que el pecado se propaga realmente, pero por imitacion. Ya hemos contestado á este error.

2.º Para explicar la transmision del pecado original creyeron muchos autores católicos que el alma del hijo emanaba del alma de su padre y que nacía *ex traduce*, de donde vino el *traduccionismo*; San Agustín insistió por algun tiempo á este error por parecerle á propósito para explicar la propagacion del pecado original, pero no se adhirió á él jamás decididamente; y aun parece haberlo abandonado en su última obra contra los pelagianos. En realidad no es fácil concebir como una sustancia simple pueda emanar de otra sustancia simple. La esencia general de la teología católica y de la filosofía espiritualista es que Dios crea el alma humana en el momento en que ésta se une al cuerpo: *Simul creantur cum corpore in instanti*, dice Santo Tomás (Summ. Theol. 1.º p. q. 119, a. 3).

Más grosero y no menos inconcebible que el traduccionismo, el *generacionismo* atribuye al acto generador el poder de producir el alma. Santo Tomás, para no negarlo, opone á la virtud activa de la materia la inmaterialidad del acto producido á la fuerza inferior de la semilla la transcendencia del principio intelectual. Hace notar que el alma intelectual subsiste en sí misma y puede ejercer sin el cuerpo los actos vitales que le son propios; por consiguiente, su existencia no puede depender del acto material de la generacion: por último, concluye que, asentar en principio que el alma es producida por el acto generador, es afirmar que el alma puede corromperse con el cuerpo. Por eso, añade, es herético decir que el alma se transmite con el semen. «Impossibile est virtutem activam, que est in materia, extendere suam actionem ad privandum inmaterialem affectum. Manis factum est autem, quod principium intellectivum in homine, est principium transcendens materiam. Habet enim operationem, in qua non communicat corpus. Et idcirco impossibile est, quod

virtus que est in semine, sit productiva intellectivi principii. Similiter etiam talis virtus que est in semine, agit in virtute animæ generantis que est actus corporis utens ipso corpore in sua operatione. In operatione autem intellectus non communicat corpus. Unde virtus intellectivi principii prout intellectivum est, non potest ad semen pervenire. Et ideo Philosophus in libro de generatione animalium dicit: *Refringitque intellectus sicut de foris vivente*. Similiter etiam anima intellectiva, cum habeat operationem vitæ sine corpore, est subsistens, ut supra habitum est. Et ita ubi debet esse et fieri. Et cum sit immaterialis substantia, non potest causari per generationem, sed solum per creationem à Deo. Ponere ergo, suam intellectivam à generante causari, nihil est aliud quam ponere eam non subsistentem, et per consequens corruptam cum corpore. Et idcirco hereticum est dicere, quod anima intellectiva traducatur cum semine.» (Summ. Theol., 1.º p., quest. 118, a. 2.)

El traduccionismo y el generacionismo han vuelto á aparecer en nuestros días en Alemania.

No hay necesidad de recurrir á estos errores: la háerencia aplicada al pecado original, segun lo hemos definido, nos explica suficientemente su transmision.

CONFERENCIA XXX.—(Véase la primera parte.) *La Inmaculada Concepcion.*

1.º Aun no hemos dicho que los que niegan el pecado original niegan tambien el dogma de la Inmaculada Concepcion. En un folleto titulado: *Un dogme nouveau... sermon preached dans le temple de l'Oratoire le 12 nov. 1851*, el pastor reformado *Alexandre Coquerel*, deniega que la doctrina de la Inmaculada Concepcion sea un error ingerido en otro error.

Á este propósito Monsiñor Pío, obispo de Friburgo, hace resaltar juiciosamente la oportunidad de la definicion de la Iglesia, la cual, protestando solemnemente contra el naturalismo, obliga á la herejía á ilustrar las almas de buena fe, haciéndoles ver hasta qué extremo han condeñado el principio del libre examen al protestantismo. «A la vez que él roclama muy alto un lugar en el seno de la sociedad cristiana, confiesa que no es cristiano, porque si no hay pecado original, no hay redencion, no hay Cristo, no hay regeneracion bautismal, ni un solo elemento del cristianismo subsiste.»

(Cf. *Œuvres de Mr. l'Evêque de Fribourg*, tom. II *Homélie prononcée dans l'église de Notre-Dame, le 8 Decembre 1851*.)

2.º *La Inmaculada Concepcion segun Santo Tomás (1).*

(1) Sentimos una verdadera fincion al traducir este precioso trabajo en idioma de Santo Tomás y de la Orden Dominicana, sin raras acortadas de

¡Beseñó Santo Tomás una doctrina contraria á la Inmaculada Concepción?

«Es cierto, dice Mgr. Malou, que en la controversia relativa al privilegio de la Inmaculada Concepción, los campeones de las dos opiniones contrarías invocaban la autoridad de la Escuela.»

El gran doctor veía: en su comentario sobre el primer libro de las Sentencias, admitió en terminos formales el privilegio de la Santísima Virgen... pero el conjunto de sus doctrinas conduce á la negación del privilegio, y los pasajes que niegan la Inmaculada Concepción son posteriores á los que la afirman.»

haberse opuesto sistemáticamente al privilegio de la concepción inmaculada de María.

«Hize hecho tan común esta falsa creencia, que ya no puede ménos de venir los oídos con clamor importunamente á los oídos que, ora en son de reproche, ora por un engaño irrevocable, lanzan en la frente de una gloriosa corporación esa acusación vana, injusta y, en boca de algunos, injuriosa.»

En realidad, aunque por los siglos pasados se hubiera opuesto el Orden de Predicadores, en su colectividad, al mencionado privilegio, nada por caso se le escapó al destino; porque nunca jamás los desahucados defendieron una opinión, mientras no salido de la esfera de opiniones, sostenidas por respetables doctores de diversas escuelas, predicadas por Santos Padres y respetadas hasta el punto por el Concilio Tridentino. Por eso, á las es esta inteligencia, van grandemente equivocados y acoran, como se dice, al viento, los que califican de talón la supuesta contradicción de la doctrina de los Dominicos. Baldón sería si llegando á ver la otra opinión creencia cierta y universal de la Iglesia, ellos se abstuvieran en su propio parecer. Pero cuando la doctrina de una opinión discutible fué un negro batán para su detención ¿quién se atreverá á llamar agnominia la defensa, por ejemplo, del sistema contrarista por más que tiempo andando, llegase á ser dudoso y crece contra la fe? Pero es el caso que, según se demuestra en este estudio del P. Moreau y en otras más extensas que se han escrito haciendo desde la mitad de este siglo á esta parte, nunca la Orden Dominicana se opuso en cuerpo á la opinión favorable de la Inmaculada Concepción. Un episodio interesante ocurrido en Roma al defensor el gran maestro de María, confiesa á satisfacción lo que venimos diciendo.

En el primer ensayo de la fea dogmática del *Calixtino*, expuesto á la aprobación de los Cardenales y otros muchos Prelados allí existentes, uno de los tres teólogos redactores, y un por cierto el dominico P. Spada, se hubió permitido emitir en una de las cláusulas esta misma que venimos reafirmando. Al ser leído el escrito ante tan augusta asamblea, el Sr. Cusani, de gloriosa y perpetua memoria, que allí se hallaba presente, no pudo ménos de levantarse protestando contra aquella cláusula, y pidió que fuese eliminada por injusta y ofensiva á una tan ilustre Orden religiosa, y por lo que reusó de sus heréticas. No siendo *hacrotici*. Los demás Cardenales y Prelados dieron su parecer á la atenta observación del Sr. Cusani; y la cláusula fué borrada de la lista.

Por último, el mismo hecho, innegable de que al lado de los muchos y grandes escritores dominicanos que defendieron la Inmaculada Concepción, se halla levantado alguno que la impugnaron; pero es una prueba más de que la Orden, lejos de imponer á nadie la opinión que se dice, ha dejado siempre á sus alumnos en plena libertad de abrazar y enseñar la que mejor les pareciera hasta tanto que Roma hablase.

¡Hay que suponer, como algunos dicen, una interpolación? Esta suposición no es razonable. El Rmo. P. Spada, Procurador general de la Orden de Predicadores, con tanta de frente la afirmación de Mgr. Malou; y siguiendo las huellas del venerable Serafín Capponi y de otros muchos santos teólogos Dominicanos partidarios del privilegio de la Santísima Virgen, se propone hacer justicia al Anónimo Doctor. Como tanto de arte la dialéctica y de celo el amor filial, todo lo emplea en esta controversia.

«Difícil es persuadirse, dice, que el Angel de las Escuelas haya caído groseramente en una vergonzosa contradicción al tratar las cuestiones teológicas.» El deber del crítico es por consiguiente poner de acuerdo consigo mismo á un tan grande genio.

Y ante todo nada más falso que el conjunto de los principios de Santo Tomás contraria á la negación del privilegio de María. Hablando de la exención del pecado, el Santo doctor asienta este principio general: El aumento de la pureza está en razón directa con el alejamiento de lo contrario. *Augmentum puritatis est secundum recessum á contrario.* (En libro I, *Sent.*, dist. 17, quest. 2, n. 4, ad 3.)

Y añade: «Y porque en la Bienaventurada Virgen hubo depuración de todo pecado, por eso llegó al sumo de la pureza; ménos que Dios, sin embargo, en quien no hay potencia alguna defectible como la hay en toda criatura, en cuanto es en sí. El quia in B. Virgine fuit depuratio ab omni peccato; ideo pervenit ad summum puritatis; sub Deo tamen, in quo non quantum in se est.» El mismo principio lo repite en otra parte *Puritas intenditur per recessum á suo contrario*; de donde concluye diciendo: *Y tal fué la pureza de la Bienaventurada Virgen, la cual estuvo exenta del pecado original y del actual.* - El talis fuit puritas B. Virginis qui peccato originali et actuali immunis fuit. (I *Sent.*, dist. 4, quest. 1, n. 3, ad 3.)

Ahora bien: estos mismos principios del Anónimo Doctor los hallamos en la *Summa* de Bienaventurada Virgen, por razón de ser Madre de Dios, posee cierta dignidad infinita recibida del Dios Infinito que es Dios; y en este sentido nada puede ser hecho que sea mejor que ella, como nada puede ser mejor que Dios. *Sciamus* Virgo ex hoc quod est Mater Dei, habet quantum dignitatem infinitam ex bono infinito, quod est Deus; et ex hoc parte non potest fieri melius, sicut non potest aliquid melius esse Deo. (I p., quest. 25, a. 6, ad 4.)

Cuanto más se acerca una cosa á su principio en cada género, tanto más participa del efecto de este principio; por donde San Dionisio, dice, en el capítulo IV de *De Divina Hierarquía*, que los ángeles que están más cercanos á Dios participan más que los hombres de las perfecciones divinas. Mas Cristo es el principio de la gracia; según la divinidad, como

autor, y según la humanidad, como instrumento, por lo cual San Juan dice: *Gratia et veritas per Jesum Christum facta est.* Y como la Bienaventurada Virgen María, estuvo cercosísima á Cristo según la humanidad, pues que de ella recibió Cristo la naturaleza humana, debió obtener de ella plenitud de gracia mayor que todos los otros. — Quanto aliquid magis appropinquat principio in quolibet genere, tanto magis participat effectum illius principii. Unde hiangys dicit quod angelus qui sunt deo propinquiores magis participant de bonitatibus divinis quam homines. Caritas autem est principium gratie, secundum divinitatem quidem auctoritative; secundum humanitatem vero instrumentaliter: unde et Joan dicitur: *Gratia et veritas per Jesum Christum facta est.* Beata autem Virgo María *propinquissima* Christo fuit secundum humanitatem, quia ex ea, accepit humanam naturam, et ideo pro certioris majoram *debit* á Christo gratie plenitudinem obtinere. (III p., quest. 27, a. 5, c.)

Identidad de principio, identidad de conclusión. Há aquí nuestro razonamiento, dice el Rmo. P. Spada.

«Si la Bienaventurada Virgen, por razón de su maternidad se halla de tal manera colocada cerca del Hombre-Dios, que su dignidad es en cierto modo *infinita*; es por razón de esta proximidad *debió* mejor que nadie obtener de Cristo una más grande plenitud de gracia, es evidente que la abundancia ó la excelencia de plenitud debió elevarse á un grado como infinito, es decir, á la cantidad completa, perpetua y perfecta, excluyendo el pecado de cualquier género que éste sea.

En la tercera parte de su *Summa*, Santo Tomás enseña constantemente que la Bienaventurada Virgen excede á los ángeles en la plenitud de la gracia, la cual fué mayor en ella que en ningún ángel. — *Beata Virgo excessu angelos... in plenitudine gratie, quia magis est in Deo. Virgo quoniam in aliquo angelo, hoc. cit., quest. 30, a. 2. ad. 1.* Pese bien; supuesta la mancha original en María, según se puede explicar su plenitud de gracia sobre los ángeles que ninguna especie de pecado han tenido jamás.

Añadamos á esto que todos los principios, con que Santo Tomás prueba que la Virgen debió ser exenta del pecado actual: como la honra del hijo de Dios, la afinidad con Cristo que tomó carne de ella, se aplican á la exención del pecado original.

Conclusión: Es falso que el conjunto de la doctrina del Ángel de las Siete alas conduzca á la negación del privilegio de la Santísima Virgen.

El Rmo. P. Spada, confirma esto haciendo una excursión por las principales obras del Santo, y se esfuerza después en explicar estas expresiones del Angélico doctor: *La Bienaventurada Virgen fué concebida en pecado original... contra el pecado original... estuvo exenta al pecado original.* Para

esto basta tener presente que Santo Tomás distingue la culpa (enajen) de la *debita* (dehntum ad entiam); de suerte que, según él, el pecado original encierra dos cosas: la infección de la carne ó la *debita*, y en el alma la culpa. Y bien que Santo Tomás no reconoce la verdadera causa del pecado en la infección de la carne, la llama no obstante algunas veces *peccato*, siguiendo en esto al Apóstol San Pablo. De este modo, supuestas en María la *debita* y la *necessitas* del pecado original, ¿por qué extrañarse que el Angélico Doctor haya dicho que la Bienaventurada Virgen fué concebida en el pecado original, *contra el pecado original; estuvo exenta al pecado original*, y otras cosas semejantes? Puesto que Santo Tomás enseñó expresamente que la Bienaventurada Virgen fué exenta del pecado original; puesto que repetidas veces tiene dicho que en María *no había absolutamente ningún pecado y que había llegado al sumo de la pureza*; puesto que los principios generales de su doctrina conducan á afirmar la exención del pecado original, aplicando las leyes de la hermenéutica, preciso es entender las referidas expresiones en el sentido de la *debita* y no de la culpa.

Séñor hace la misma distinción.

«En primer lugar, es preciso confesar absoluta y simplemente (et simpliciter) que la Bienaventurada Virgen pecó en Adán... En segundo lugar, la Virgen Santísima en virtud de su concepción estuvo sujeta al pecado original, ó en otros términos, debió contraer el pecado original si la divina gracia no lo hubiera impedido, de lo cual hablaremos más abajo. Esta conclusión se sigue tanto del fundamento puesto al principio como de la conclusión precedente. Y se prueba, en primer lugar, por lo que hemos dicho: La Bienaventurada Virgen pecó en Adán por haber nacido de él por natural origen como de una raíz infeccionada. Pero esta es toda la razón de contraer el pecado original, lo cual es en virtud de la concepción, á no ser que la gracia de Dios la proveya. » Dicendum ego concipio primo absolute et simpliciter. Item cum esse B. Virgineum in Adam peccasset... Dico secundo: Beatissima Virgo ex vi suæ conceptionis fuit obnoxia peccato originali, seu debitum habuit contrahendi illud, nisi divina gratia fuisset impedita, de quo infra dicetur. Hinc conclusio sequitur tam ex fundamento in principio posito, quam ex precedente et conclusio. Ex preterit primo ex dictis quia B. Virgo concepit in Adam ex quo habuam ex radice infecta per seminalem rationem est orta; sed hoc est tota ratio contrahendi peccatum originale, quod est ex vi conceptionis; nisi gratia Dei preveniat. » (III, p. d. 24, q. 27, art. 2, dispot. 3, sect. 2.)

Es muy claro que Santo Tomás dice en su comentario sobre el libro tercero de las *Senecencias*: «La santificación de la Bienaventurada Virgen no pudo ser conveniente antes de la infusión del alma, por no ser aún capaz de la gracia; ni tampoco en el mismo instante de la infusión, de suerte que por

la gracia entonces infundida fuera preservada de incurrir en la culpa original. En el linaje humano solamente Cristo tuvo el singular privilegio de no necesitar la redencion, porque es nuestra cabeza, sino que a todos convino ser redimidos por él.—Sanctificatio B. Virginis non potuit esse docenter ante infusionem anime, quia gratie, capax nondum erat: sed necessarii ea quo instanti infusionis, ut scilicet per gratiam tum infusam conservaretur, ne culpam originalem incureret. Christus enim hoc singulariter in humano generi habuit, ut redemptionem non egat, quia caput nostrum est, sed omnibus convenit redimi per ipsum» (D. 3, q. 1, arts. q. 2.)

Esta dificultad no es tal que no tenga respuesta. Cuando el Angélico doctor niega la santificación de la Virgen en el mismo instante de la infusión, debe entenderse de la purificación del vicio de naturaleza, purificación que hubiera existido a María de la deuda; lo cual, en efecto, no podía convenir más que a Cristo Redentor.

Santo Tomás dice en su Summa que la Santificación de la Virgen fue después de su animación.—*Certe relinquatur quoad sanctificationem B. Virginis, fuerit post ejus animationem.* (III, P. part. quest. 27, a. 2. e.)

Pero esto después, debe entenderse de una posteridad de naturaleza y no de una posteridad de tiempo. María no fue santificada sino cuando en ella hubo un sujeto de santificación, es decir, una persona formada de cuerpo y alma. *B. Virgo non fuit sanctificata nisi postquam conata eius perfecta fuit scilicet, corpus et anima.* Pero si es necesario que el sujeto preceda lógicamente a su santificación, no lo es que la preceda en un instante de tiempo. Por consiguiente *post animationem* indica una posteridad de naturaleza y no una posteridad de tiempo.

Tales son en sustancia los principales argumentos del R. P. Spada.

¿Podrá elegir de esta controversia? Primero, que el Reverendísimo P. Spada está dotado de una maravillosa erudición y de un inmenso talento como dialéctico y crítico. Segundo, que tiene razón cuando impugna este dicho inexacto de Mgr. Malou: «el conjunto de los principios del Doctor Angélico conduce a la negación del privilegio de la Virgen.» Pero se responderá al eminente controversista que sus distinciones y explicaciones difícilmente se pueden aplicar a ciertos textos de Santo Tomás, de que él hace caso omiso.

Santo Tomás, dice, en efecto, que todos deben ser redimidos por Cristo, que esto no podía ser si se hallase una sola alma, que no hubiera sido infectada por el pecado original, y que por consiguiente, ni a la Virgen ni a ninguno, sino al solo Cristo, fue dispensada esta gracia: *Omnibus convenit redimi per ipsum. Hoc autem esse non potest, si illa anima inveniatur quae nunquam peccate originali fuisse infecta, et ita*

que B. Virgini nec alieui propter Christum hoc concessum fuit» (III, Sent. dist. 1, q. 1, a. 1.)

El Santo Doctor dice además: «si el alma de la Virgen no hubiese sido nunca manchada por el contagio del pecado original, esto derogaría a la dignidad de Cristo, según la cual es universal Salvador de todos. Si nunquam anima Virginis fuisset contraigo originalis peccati inquinata, hoc derogaret dignitati Christi secundum quoniam est universalis salvator» (Summ. Theol. III part. q. 27, a. 2, ad. 2.º, 3.º). Sin duda lo que se ha dicho de la deuda es suficiente para explicar estas expresiones; pero concebida ni pecado original, estar sujeta al pecado original, contraer el pecado original; pero las palabras infección y mancha del alma no se pueden decir sino de la culpa. Fuera de esto, el Angélico Doctor nos enseña que el *fomes peccati* que resulta de la mancha original, no fue apagado en cuanto a la esencia sino solamente cohibido. (Loc. cit., art. 3.) En el artículo 6.º (q. 27). *Utrum sic sanctificari fuerit proprium, beate Virginis?* Pone a la santa Virgen en la misma clase que a los presantificados Juan Bautista y Jeronias, sin más diferencia que una mayor gracia de santificación. ¿No parece esto negar el privilegio de la Inmaculada Concepción? Atento únicamente a su plan de la Redención, olvida, sin duda, en las últimas cuestiones lo que en las primeras ha enseñado, sin darse cuenta de ello. Si el pensamiento es el mismo en la Summa y en el comentario del libro primero de las sentencias, ¿cómo creer que este gran amigo de la claridad y de la precisión no haya cuidado de hacer resaltar esta consonancia con las fáciles distinciones de *deuda* y de *culpa*, de *posteridad de naturaleza* y de *posteridad de tiempo* ¿cómo creer que la enseñanza de un tan crecido número de sus discípulos no haya sido más que una larga y grosera aberración?

Si, con todo eso, Santo Tomás se engañó, su error es inocente y no empaña ni su santidad ni su genio. Santo Tomás será siempre el Angel de las Escuelas y el Maestro de los maestros. Pero todo genio humano es fallible: sólo hay un maestro infalible: Dios, imitado por boca de su Iglesia.

3.º *La Inmaculada Concepción y la Orden Dominicana.*
«Bien puede decirse, escribe Mgr. Malou, que la Orden de Predicadores ha sido hostil a la Inmaculada Concepción, en cuerpo, y de una manera constante.»

El Reverendo P. Renard de Card, deslucó esta segunda acusación en un opusculo titulado: *L'Ordre des Freres Prêcheurs et l'Immaculée Conception.* Su victoria fue tan completa como era fácil. Las torcidas e injustas alagaciones del obispo de Brujas son, una tras otra, victoriosamente refutadas.

1. No es cierto que en una huidosa disputa Doms Scoto haya confundido a los teólogos de la Universidad de París, irritado a la Orden de Santo Domingo, que se adhería con una

profunda convicción á la opinión contraria á la Inmaculada Concepción, y provocado de parte de esta Orden una apelación á la Santa Sede. Ningun historiador fidedigno reduce tal fábula.

II. No es cierto que la Orden toda de Santo Domingo haya tomado la defensa de Juan de Monteson, el cual en 1373 sostuvo en sus tesis que la creencia de la Inmaculada Concepción era una herejía. La Universidad en sus actas habla de la apelación de J. de Monteson á la Santa Sede, pero ignora la convicción de la Orden. Estas tesis es el único historiador que la afirma, apoyando su dicho en razones cuya falsedad es evidente.

III. No es cierto que San Antonino haya negado la Inmaculada Concepción por estar sometido á la influencia de la Orden, pues, del B. Taulero y de San Vicente que vivían en aquella época, tambien se podría decir que defendieron este dogma por sufrir la misma influencia.

IV. No es cierto que la Orden haya aceptado jamás el oficio compuesto por Vicente Bandelli en honor de la santificación de la Santísima Virgen en el sentido restrictivo. La autoridad de la Orden nunca se ha pronunciado sobre este punto.

V. No es cierto que la Orden, para dar un sentido restrictivo á la santificación de María, haya afirmado que la santificación es de su naturaleza un paso del estado del pecado á la santidad. Santo Tomas enseñó categóricamente lo contrario, y la Orden ha profesado siempre la doctrina de Santo Tomas.

VI. No es cierto que los Prelados de la Orden de Santo Domingo se hayan opuesto en el Concilio de Trento á la definición de la Inmaculada Concepción, pues que *veinticinco* obispos dominicanos pidieron con el cardenal Pacheco que la cuestión fuese terminada por una definición dogmática, y esta numero *veinticinco* era casi el de los obispos de la Orden que se hallaban presentes en el Concilio. Contábase además entre los teólogos de la santa asamblea, Ambrosio Catarino y Domingo Soto, dos defensores del privilegio de María.

VII. No es cierto que el decreto de la congregación del índice (29 de Enero de 1644), que reservaba el título de *Inmaculada* á la Virgen Santísima y prohibía atribuirlo á su concepción, haya sido preparado secretamente por los Dominicos, abusando para ello de su posición. La composición y las revisiones de la congregación del índice no permiten de ninguna manera el triunfo de una acción clandestina de cuatro de sus miembros.

Pues bien; cuatro solamente son los miembros de la Orden de Santo Domingo que formaron parte de esta congregación; el Comisario del Santo Oficio y su socio, el Maestro general de la Orden y el Maestro del Sacro Palacio.

A estas respuestas contra las principales alegaciones del obispo de Bruselas, el R. P. Rouard añade una serie de hechos

incontestables que demuestran no haberse opuesto jamás la Orden de Predicadores á la Inmaculada Concepción.

I. Ausencia de todo documento contrario á la Inmaculada Concepción en las actas de los capítulos y en los decretos de los Maestros generales de la Orden.

II. Reducido número de autores dominicanos que han impugnado la Inmaculada Concepción. San Liguorio cuenta noventa y dos, Strozzi los reduce á veintidos, el Padre Alha á ocho.

III. Considerable número y autoridad de los teólogos dominicanos que han defendido la Inmaculada Concepción: San Liguorio cuenta 157, el Padre Alha 280, Strozzi y el P. Pacífici un número aun mayor.

Entre ellos todos los Santos canonizados, excepto San Antonino. (Ya hemos visto á Santo Tomas, en su comentario sobre el primer libro de las *Sentencias*, afirmar de una manera formal el privilegio de María.) La mayor parte de nuestros Beatos, entre otros el B. Jordan de Sajonia, el B. Jacobo de Voragine, el V. Taulero. Hombres ilustres y sabios, como Benedicto XIII, el cardenal Hugo de Saint-Cher, Pedro Paludano, patriarca de Jerusalem, el cardenal Torquemada, los obispos del Concilio de Trento, Vicente de Beauvais, Ambrosio Catarino, Domingo Soto, Luis de Granada, Juan de Santo Tomas, el venerable Sarala Capponi de Porretta, Natal Alejandro, etc.

IV. Juramento impuesto por las universidades y suscrito por los hermanos predicadores (1).

Segun el cálculo de P. Pacífici, religioso franciscano, los dominicos que desde 1497 debieron de prestar juramento de defender la Inmaculada Concepción, llegan á *veintimil*. (Y aun hay quien diga, exclama, tomando las palabras del P. Piazza, que la sabia Orden de Predicadores reprueba el sentimiento comun de los fieles sobre la Inmaculada Concepción!)

V. Las numerosas instituciones, asociaciones, obras piás en honor de la Inmaculada Concepción, erigidas por los Hermanos-Predicadores, Conventos de Gabra (A Andalucía), de

(1) Tengase, en efecto, presente que, en todas ó casi todas las más celebres universidades católicas del mundo se exigía á los doctores juramento de defender la Inmaculada Concepción, y consiguientemente el juramento inalienable de Dominicos que en todos tiempos y en todas ellas repataron suyas á otras cátedras. Si la Orden á que pertenecían defendiese sistemáticamente la opinión contraria, permitiría que la más ilustre poción de sus hijos desearase de sus cátedras para pasarse á militar bajo enemiga bandera? Y á este propósito aludimos la Orden en otro punto de su historia, á saber, que Santo Tomas había negado el privilegio de la Virgen, consuetud que los mismos doctores que en los claustros conventuales habían jurado seguir al Santo Doctor, jurasen despues impugnarlo en los claustros universitarios? Juzgare de esto el prudente lector. N. del T.

Zacatra (Méjico), consagrados á la Inmaculada Concepcion. Capilla en la Iglesia de San Pedro Mártir, de Nápoles. Inscricion del convento principal de Predicadores de Madrid: *Desparat Virginis sine labe concepta*. Cofradias en honor de la Inmaculada Concepcion en los conventos de Brusolas, de Sevilla, de San Pedro Mártir, en Nápoles (1536). Fundacion en el convento de Linz de una misa cantada todos los sábados en honor de la Inmaculada Concepcion (1648).

VI. Testimonios positivos rendidos á la Inmaculada Concepcion por la Orden de Predicadores en las actas de sus capitulos y de sus Maestros generales: En Valladolid (1603), Roma (1663), Benevento (1659) (1). Peticion dirigida por Juan de Marini, General de la Orden, á Alejandro VII para obtener la definicion dogmática. Peticiones de otros Capítulos y Maestros generales (2).

VII. Liturgia de la Orden de Predicadores. Es una misa que la ley de suplicar es ley de creer: *Lepens credendi statuat lex supplicandi*. Pues bien; la liturgia dominicana ha seguido siempre á la de la Iglesia en lo referente á la Inmaculada Concepcion, y aun varias veces tuvo el honor de adelantarse.

El Reverendo P. Rouard tiene razon y está en su derecho al responder á la injusta acusacion de Mgr. Malou: *No, la Orden de Predicadores jamás se opuso en cuerpo y de una manera constante á la verdad de la Inmaculada Concepcion*.

Confesamos sin dificultad, mas si bien en todas las demás Ordenes y aun en la de San Francisco se encuentran demopnes de la opinion contraria, en la dominicana los hubo en mayor número á causa de creerse al lado de Santo Tomas, pero su opinion no es justo imputarla á la Orden entera. Sin inchas teológicas no han sido más que escaramuzas de voluntarios tiradores; la gran armada dominicana nunca se declaró enemiga, como pretende el obispo de Brujas. Para apaciguar

(1) Scribantur Litterae ex nunc Summo Pontifici in nomine huius Capituli, et Provinciae Hispaniae, rogando cum omni submissione et efficaciter ut discurrat de *beatitudo hoc punctum*. Copiadas por expresiva las palabras con que Crespi de Bona, obispo dominico de Vich, pedía al Papa Alejandro VII la misma definicion: *Clamant hoc in unum totius christianitatis Religio... Tandem, Beatissime Pater, Religio mea dominicana, quod verbo, calumio, studio inoffensa profertur, laryssanda, irrequebilitate sollicitudine firmantem idem curat.* (N. del T.)

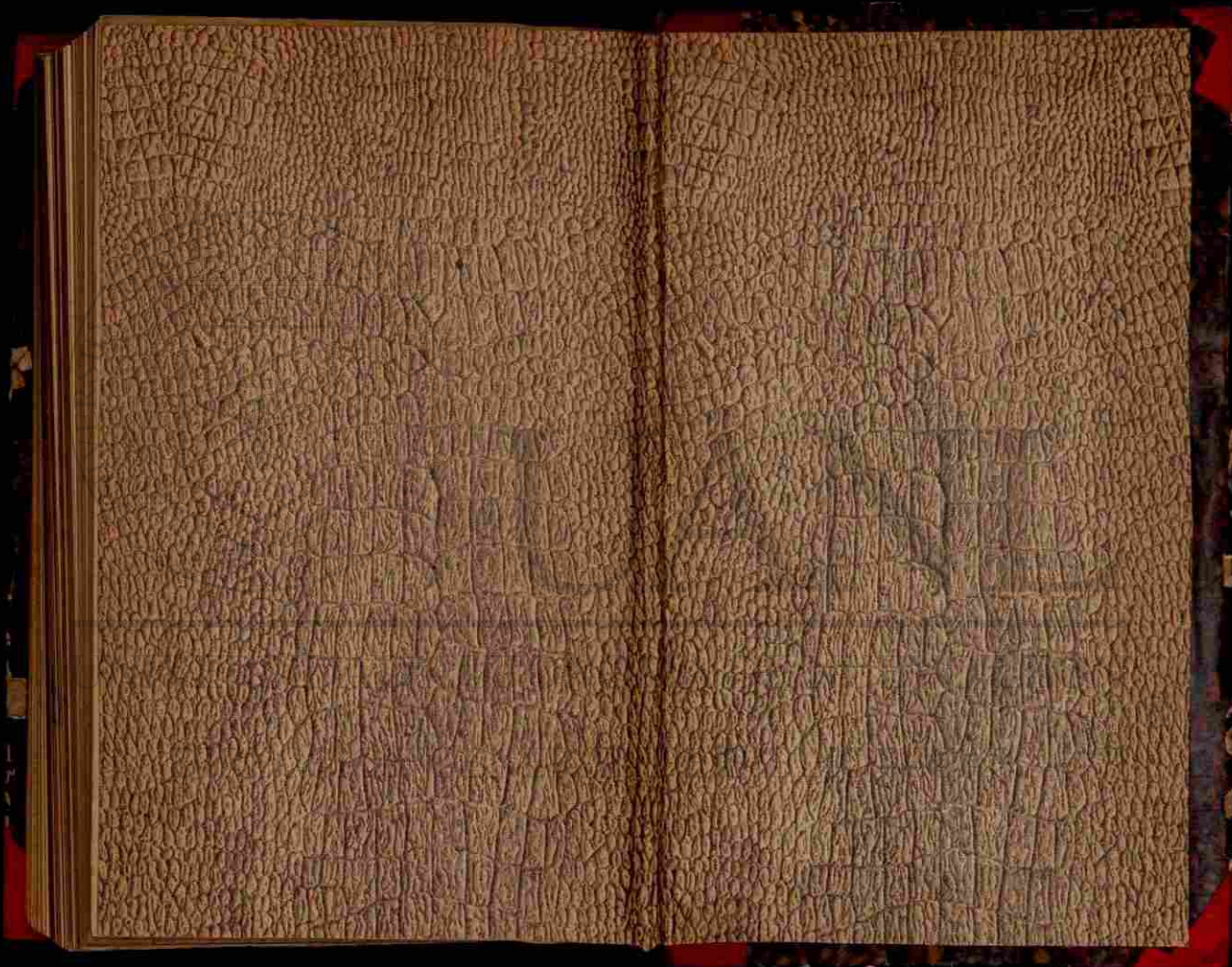
(2) En el armonioso y jamás oido concierto del mundo entero, cuando Pio IX. que ultimase la definicion dogmática, tambien la Orden de Predicadores levantó como siempre su voz poderosa uniendo sus fervientes votos á los votos de toda la cristiandad, y mereciendo por ello honras y especial mencion del inmortal Pontifice: *inter quos inclitum Praedicatorum Ordo*. N. del T.

las discusiones intervinieron sucesivamente los soberanos Pontifices Sixto IV, Pio V, Paulo V, Gregorio XV y Alejandro VII. Por fin el ardor del combate se fué poco á poco serenando, y la voz de los enemigos estaba casi apagada cuando el mundo entero esperaba la definicion de Pio IX.

Conclimnos con esta justa queja de uno de nuestros hermanos, el Rmo. P. Gaude, despues cardenal: «Yo no sé por qué fatalidad se ha extendido por el publico la opinion de que los religiosos de nuestra Orden y los discípulos de nuestra escuela, son adversarios de la Inmaculada Concepcion. Y esto murmulo acusador, que ha sabido hacer su camino, de tal manera ha merecido la fé de muchos espiritus, que nada más comun y ordinario que oirlo repetir. Nada ha bastado para destruirlo y sofocarlo; ni tantos autores nuestros que profesaron claramente la doctrina del privilegio de Maria, ni la turba *antz numerosa* de nuestros teólogos que le enseñaron, y de los cuales se citan ya las palabras, ya los nombres, ni los panegiricos pronunciados sobre este misterio; ni la expresion do *Concepcion Inmaculada* introducida en la liturgia, ni cien otras excelentes razones.

(Cf. Malou: *L'Inmaculé Conception de la Bienheureuse Vierge Marie comme dogme de foi*.—Rmo. P. Spada: *Exame critico sulla dottrina del angelico dottore Sio. Tommaso d'Aquino circa il peccato originale, relativamente alla Beatissima Virgine Maria* (Roma, 1865). Animadversiones, que proponit P. Fr. Marianus Spada in opus II, ac RR. D. J. B. Malou, traducido al francés bajo este título: *Saint-Tomás et l'Inmaculé Conception*, por el B. P. Sicard.—R. P. Rouard, *l'Ordre des Frères Prêcheurs et l'Inmaculé Conception*, Lettre á Mgr. Malou.

NIVELOMA DE NUEVO LEÓN®
 DE ALDE BIBLIOTECAS



REV
TE